

n Libi



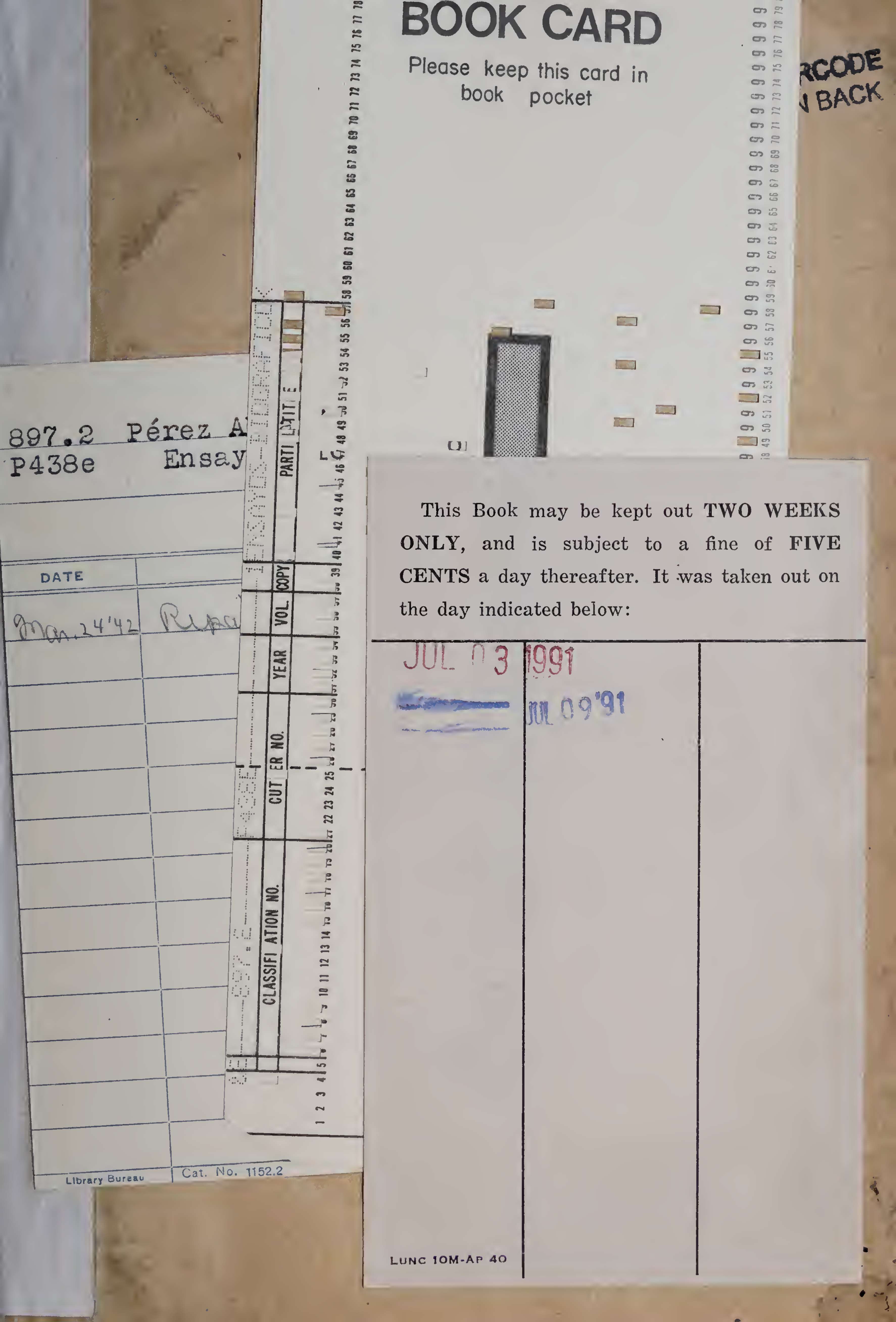
uirlo: varias veces
os, manchados y
prender que niños
tura lo hagan sin
d.
en esas condicio-
o.
de domicilio, está
Biblioteca, dando
su nueva dirección.

Para retirar una suscrición es indispensable avisarlo, liquidando lo que se adeude y devolviendo la novela que tenga en su poder.

"TEMPLO DE LA CIENCIA"

62--515 D.




BOOK CARD
Please keep this card in book pocket
RCODE
N BACK
897.2 Pérez A
P438e Ensay
DATE
Mar. 24'42
Library Bureau
Cat. No. 1152.2
ENSAYOS-BIBLIOGRAF
897.2
P438E
PARTIAL TITLE
COPY
VOL.
YEAR
CUTTER NO.
CLASSIFICATION NO.
This Book may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:
JUL 03 1991
JUL 09'91
LUNC 10M-AP 40

FELIPE PEREZ ALCALA.

(Aristófanes.)





MERIDA. YUCATAN. MEXICO.

IMPRENTA Y LINOTIPIA DE "LA REVISTA DE YUCATAN."

CALLE 59, NUMERO 462.

1,914.

1212

1212





SR. FELIPE PEREZ ALCALA.

BENEVOLO LECTOR:

Así como al sentir aproximarse el término de su existencia, un padre se complace en reunir en torno suyo á sus hijos, á quienes quiere, por feos y estúpidos que sean, por pobres y andrajosos que estén, ó quizá por esas mismas circunstancias, de la propia manera, en el ocaso de mi vida, no he podido resistir al deseo de seleccionar y agrupar en un sólo volúmen, aquellos de mis humildes trabajos literarios que, en mi desautorizado concepto, tienen algún interes permanente y que han visto la luz pública, en distintas épocas y en diversos órganos de la prensa yucateca, con mi firma ó con mi pseudónimo "Aristófanes."

Quiero esos trabajos, sí, porque son hijos de mi espíritu, porque en ellos encarnaron, y palpitan mis ideas, los anhelos é ilusiones de mi juventud, mis impresiones, observaciones y juicios de hombre, más ó menos erróneos, pero siempre honrados, leales y sinceros, y mis rectificaciones y desengaños posteriores, hojas secas arrancadas del árbol de la experiencia, por el helado soplo de la realidadd y de las decepciones.

He apartado a un lado todo aquello que solo tuvo una significación del momento, correspondencias, crónicas, discursos, impresiones de viajes, artículos de combate, etc., etc., y me he limitado á coleccionar lo menos malo de mis escritos históricos, acerca de nuestras guerras civiles y de razas; de crítica social, bajo la forma de festivas charlas carnavalezcas; de costumbres ó exclusivamente literarias, dividiéndolos en tres partes: "Ensayos biográficos," relativos á varios prominentes héroes de la contíenda social en Yucatán; "Cuadros históricos," de esa misma contienda

y de las civiles y "Hojas dispersas," artículos, estudios y leyendas sobre diversos asuntos, lamentando haber perdido y no encontrar en ninguna parte, á pesar de empeñosas pesquizas, algunos de ellos que fueron publicados en primas y ediciones literarias de la prensa periódica.

Al llevar á cabo este propósito, no acaricio ningún interés de lucro, toda vez que el volúmen carece de mérito, sino solamente, como queda expresado, el deseo de agrupar en él esos modestos é incorrectos trabajos.

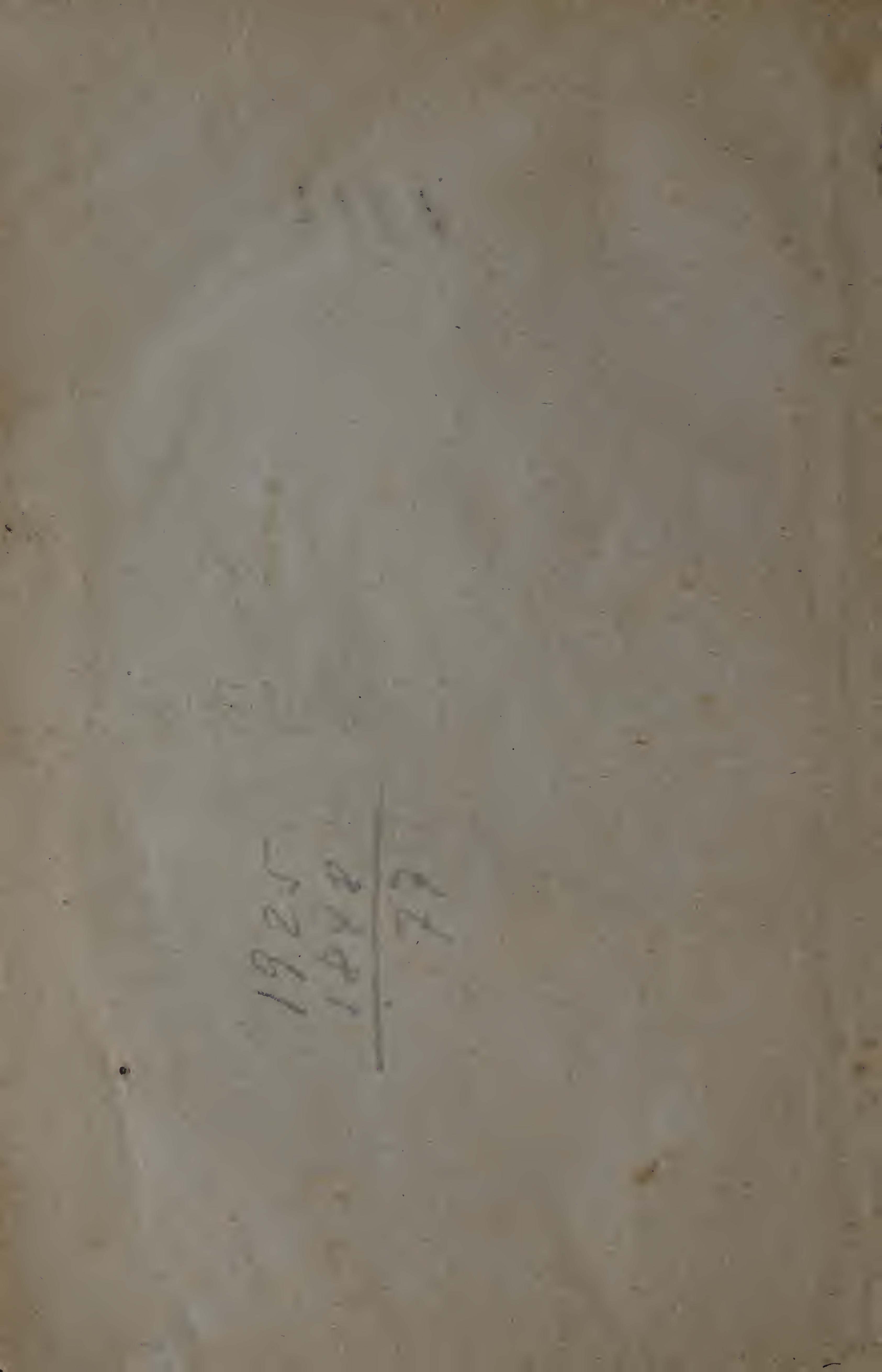
Ahí, pués, los tienes, lector amable, sin pretenciones de ningún género, tales como brotaron sucesivamente de mi humilde pluma, y para ellos imploro tu benévola y tolerante acogida.

F. Pérez Alcalá.

1212

Guerra Social de Yucatán.

Ensayos Biográficos.



PREFACIO.

Yucatán, durante el año de 1,848, fué teatro de uno de esos terribles acontecimientos, de uno de esos cataclismos sociales, de una de esas revoluciones que sacuden á un país sobre sus cimientos, que cambian su faz y que tras el incruento sacrificio de una parte de sus elementos y de sus hijos, le imprimen un vigoroso impulso hacia su progreso y civilización. En aquella crísis solemne en que la Península puso en acción todas sus fuerzas y todas sus energías, allí de entre las antes apacibles masas populares, surgió una pléyade de hombres valientes, infatigables y generosos, que abandonando su hogar ó arrojados de él por el machete y la tea del indio rebelde, empuñaron el fusil del soldado en aquel año de funesta memoria; y sin paga alguna, sin más alimentación que la que podían arrancar del campamento enemigo, y al través de horribles penalidades, no lo soltaron sino con la vida ó hasta haber rechazado á los bárbaros á lo más profundo de los bosques del Sur y del Oriente.

Apenas han transcurrido treinta y un años; aún existen muchos de los héroes que rescataron con su sangre la mayor parte del territorio yucateco del poder de los indios sublevados; y nosotros, jóvenes que vinimos á la vida después de aquel suceso, leemos con avidez la narración escrita de esa epopeya, ó palpitantes de emoción, rodeamos á esos beneméritos de la patria y escuchamos de sus labios la relación de esos heroicos combates, de esas épicas hazañas, que hechas por esos campeones, tienen todo el colorido encantador de la evidencia y todo el entusiasmo de los recuerdos

Como un débil homenaje hacia tan ilustres patriotas, voy á intentar bosquejar algunas de esas grandes y simpáticas figuras, según me lo permitan mis fuerzas y los conocimientos que de ellos poseo: me ocuparé solamente de esos modestos campeones sin cuyo heroismo, que les hizo tan notables, acaso los más de ellos hubiesen desaparecido en el limbo en que en todos tiempos se han esfumado tantos mi-

llares de soldados, cabos, sargentos y oficiales inferiores, que son en verdad los que realizan los grandes hechos de guerra y que con su sangre y vida conquistan esa corona de laurel que la historia coloca luego sobre la frente de sus Jefes, ignorándose su nombre y tal vez hasta su existencia. Tal es la justicia humana.

No pretenderé seguir á esos valientes en aquel laberinto sangriento, en ese poema homérico, en esa inmensa hecatombe que se llama campañas de 48 y 49, ni en la multitud de incursiones á las guaridas mismas del bárbaro, en que cada día y con frecuencia cada hora era un combate, y cada soldado un héroe. Sería eso escribir la historia de la guerra social. Casi no existen documentos de aquellos acontecimientos y los que hay son inexactos y contradictorios; apenas pueden recogerse noticias de los actores de aquel drama que aún sobreviven; pero su memoria no puede recordar todos los hechos, ya por su gran número y simultaneidad, ya por el tiempo que ha transcurrido desde entonces, ya porque tomando parte activa en ellos y ocupados sin cesar en combatir y defender su vida, no sabían ó no tenían tiempo para averiguar lo que acontecía á alguna distancia. Nó, no les seguiré en esa marcha triunfal pero terrible en que desde Izamal hasta los últimos pueblos del Sur y del Oriente, tenían qué arrancar palmo á palmo el terreno del poder del indio rebelde, que cada día se adiestraba más y más en el combate, alfombrándolo antes de sangre y cadáveres de ambos contendientes Me restringiré á seguirles de lejos y donde quiera que un rasgo heroico les eleve sobre esas legiones de valientes, allí me apoderaré de ellos y los enseñaré al lector con orgullo y entusiasmo Hecha esta advertencia, principiemos.

F. Pérez Alcalá.

Teniente Coronel Manuel F. Mezo.

Nació en Tizimín el 12 de Junio de 1813, hijo de D. Manuel Reyes Mezo y de Da. Prudencia Carvajal, ambos de familias distinguidas de la villa. Hasta los 34 años, su vida se deslizó en el trabajo, sin que tomase la menor participación en las contiendas civiles que trastornaban al país; se había hecho amar de todos por la bondad apacible de su carácter y su intachable honradez. Pero resonó una explosión aterradora que extremeció á la Península del uno al otro confin: los descendientes de la raza conquistada, armados y adiestrados en el combate por la lucha fratricida, dan en Tepich el espantoso grito de insurrección y principian esa horrible tarea de destrucción y exterminio que amenazó seriamente la existencia del Estado. La patria angustiada implora el socorro de sus buenos hijos y entonces Mezo abandona su tranquilo hogar, trueca los instrumentos de trabajo con el fusil y la espada del soldado y corre á alistarse en las filas de la civilización, con el grado de subteniente que por elección tenía ya entre los guardias rurales. Guarneció Calotmul y emprendió varias descubiertas sin encontrarse con el enemigo. Luego marchó en la brillante sección auxiliadora que acaudillada por el célebre Molas, combatió en el sitio de Valladolid, hasta la toma de Chancenote. En Marzo de 48 sucumbe Valladolid: las familias de Tizimín habían emigrado hacia Río Lagartos: la sección que comandaba el joven adalid Sebastián Molas y á la que pertenecía Mezo, comenzaba á desmoralizarse, y entonces aquel jefe levantó el campo en que sólo quedaban ellos y se dirigió á Río Lagartos á proteger el gran número de familias que aglomeradas allí en medio del pánico y la miseria, aguardaban embarcaciones para huir. En aquel puerto, ochocientos ó mil hombres fueron asediados por quince ó veinte mil indios rebeldes y después de diez días de continuo combate, en que vanamente intentaron ocupar la po-

blación. los nuestros se embarcaron para Sisal y de este puerto siguieron á Mérida, menos Molas que por enfermo prosiguió viaje á Campeche. En la Capital se organizó entonces la famosa sección Méndez compuesta de ocho compañías de milicia local y una de ellas fué confiada al ya capitán Mezo. Se pretendió que inmediatamente emprendiese su marcha sobre el enemigo, que ya casi divisaba las torres de la Catedral; entonces, aquellos hombres que tantas proezas habían de realizar, y que en su mayor parte habían visto su hogar y sus intereses convertidos en pavezas, que ignoraban el paradero de sus familias emigradas, protestaron en masa, rehusaron dar un paso, hasta saber en dónde estaban sus desdichadas familias y hasta que no las vieron llegar de Campeche, en donde es fama que las trataron mal, y hasta que fueron alojadas y atendida su subsistencia, partieron entonces al combate. Aquella sección se batió en el cerco de Izamal y el Coronel Méndez, que luego fué jefe de la División de su nombre, llegó á tiempo de contener la funesta desmoralización que reinaba entre las tropas que de un modo extraño acababan de abandonar aquella importante plaza; y gracias á su energía y al valor de sus soldados, esta ciudad fué recuperada en breve tiempo, y allí comenzó esa prolongada serie de batallas heroicas y sangrientas, en que se peleaba de día y de noche y en que paso á paso se iba arrancando el terreno al enemigo que lo defendía con ferocidad y que todo lo incendiaba y destruía al retirarse Imposible sería enumerar y referir todos esos millares de encuentros en que cada combatiente era un león y en los que descollaba Mezo. Me limitaré á apuntar algunos de sus principales hechos que pintan admirablemente su carácter.

Después de la toma de Cenotillo, tenazmente disputado por los indios, éstos sitiaron á nuestras tropas y echaron sobre ellas un diluvio de balas. Los nuestros, después de cubrir competentemente su línea de defensa, se sentaron á comer sobre el suelo, arrullados por la espantosa gritería de los sitiadores, el estruendo de sus fuegos, y el silbido de sus proyectiles que pasaban sobre las cabezas de nuestros valientes. Entre los diferentes grupos que comían á prisa para relevar á los de la línea que también debían tener hambre, había uno de los oficiales que charlaba alegremente y reía á carcajadas: era Mezo que se distinguía por su buen humor y admirable calma. Casi en medio del grupo había un perro echado, y cuando más alegres estaban nuestros oficiales, silbó una bala, sonó un ruido seco, el perro exhaló un breve quejido y se tendió cuan largo era: la bala le había roto el cráneo. Casi todos los oficiales dieron un

salto: Mezo no se movió ni interrumpió su comida y con dulce sonrisa:—"Señores,—dijo,—concluyamos de comer para ocuparnos luego de esos malditos indiscretos: **las balas no están marcadas, el hombre las dispara, pero Dios las dirige.**"

Tal fué la sencilla y filosófica frase que siempre dirigió á sus soldados al entrar en combate ó cuando los veía vacilar en él. En efecto, terminada la comida, nuestras tropas cargaron sobre las masas de indios y las rechazaron hasta larga distancia.

Mezo en la división á que pertenecía, prosiguió la campaña hasta reconquistar el Oriente, más allá de Chemax y Tihosuco; asistió á la ocupación de Peto por las cinco divisiones, y siempre se distinguió por su frío valor, inquebrantable dulzura hacia sus subalternos, profundo respeto hacia sus superiores y mereció con frecuencia, siendo simple capitán, que se le confiasen seis y ochocientos hombres para alguna peligrosa expedición.

Jamás tomó parte, ni lo toleró á sus soldados, en el escandaloso botín que durante la restauración hacían casi todos, jefes y soldados: jamás usó ni permitió el uso del licor entre sus subordinados, en combate ni fuera de él, salvo los casos precisos; jamás fué cruel ni duro con los que mandaba ni con sus prisioneros de guerra, siendo proverbial su clemencia y generosidad: jamás tuvo participación en el criminal comercio que se hizo de los indios: en fin, era un soldado de un valor á toda prueba y de una honradez acrisolada. Pobre empuñó el fusil del soldado en 47 y más pobre aún lo arrimó en 52 al retirarse á la vida privada. Limpias estaban su frente y su conciencia al entrar en campaña, y limpias estaban cuando volvió á su hogar tanto tiempo abandonado. Cosa singular! millares de veces se vió envuelto Mezo, entre las hordas bárbaras, nunca eludió un combate ni se cuidó de las balas y, según informes, sólo recibió una leve herida en Tunkás, al iniciarse la campaña. Ay! al arma fratricida estaba reservada el rasgar por segunda vez aquel cuerpo sagrado para la patria, y derramar algunas gotas más de aquella sangre preciosa.......!

Pero no anticipemos los sucesos, y prosigamos nuestra crónica. En Enero de 49, se le confirió por el Gobernador Barbachano el grado de primer Ayudante y en Abril el de Teniente Coronel del 6o. Batallón de milicia local, ascensos heroicamente adquiridos y meramente honoríficos, porque ningún jefe disfrutaba sueldo y hasta el más necesario sustento había qué ir á buscarlo con la punta de la bayoneta, al campamento enemigo.

En aquel mismo año, estando acampado en Tihosuco, fué nombrado Mezo para que con tres ó cuatrocientos hombres expedicionase á Canakiuic, hacienda á cuatro ó seis leguas hacia el Sur, llevando mulas para traer maíz: la misión era peligrosa, pues los indios hormigueaban en todas direcciones, más feroces que nunca: por eso fué escogido Mezo y por eso aceptó él. Los indios dejaron entrar á nuestras tropas en la hacienda, y en seguida les sitiaron, les cercaron el camino de regreso y en todo él les tendieron emboscadas, porque tal era su sistema de guerra favorito. Mezo llegó á la tarde, dsipuso la carga de las mulas y esperó: apenas cerró la noche, los indios estrecharon su círculo, comenzó su gritería de costumbre y una granizada de balas empezó á caer sobre nuestros soldados. Estos enfurecidos, se pusieron en movimiento, varios oficiales pidieron salir á barrer la línea, pero Mezo se opuso enérgicamente.

—"Nadie se mueva,—ordenó,—nadie dispare un tiro, excepto la línea, si es asaltada, lo que no creo que hagan esos alborotadores: durmamos tranquilos y mañana veremos lo que haya qué hacer."

Hubo qué obedecerle y mientras los sitiadores ahullaban y tiraban sin cesar, sin atreverse al asalto, nuestras tropas sepultadas en la más profunda oscuridad, guardaban silencio y dormían bajo la salvaguardia de su línea militar. Llegó el día y la gente se puso en pié.

—"Ahora es tiempo, muchachos, á ver los bravos",—dijo entonces Mezo, al ver al través de la neblina los millares de indios que les rodeaban, especialmente por el camino que debían llevar. Destacó dos columnas flanqueadoras á derecha é izquierda, al mando de bizarros oficiales, y con el resto de la fuerza y escoltando las mulas cargadas de maíz, salió él momentos después. En esta salida, corrió Mezo un grave peligro. Oyendo nutrido fuego de fusilería hacia adelante, y como entre la neblina percibiese tropas en una trinchera, á unos cien pasos de su columna, creyó que fuese uno de sus flancos que había salido al camino detenido ó rechazado por el enemigo y con unos cuantos hombres se lanzó hacia el reducto; pero de repente se vé envuelto por una nube de indios y se emprende una lucha heroica, terrible y desigual: Mezo y sus bravos se defienden como leones y acaso iban á sucumbir á la fatiga y al número, cuando uno de los flancos desemboca á retaguardia de los indios, los dispersa y Mezo y los suyos se salvan, con poca pérdida. Desde aquel momento, hasta que llegaron á Tihosuco, fué un continuo combate: nuestras tropas marchaban casi siempre

bajo el campo, abriendo camino, porque el natural estaba cercado, rodeados, escoltados, envueltos por masas de indios; pero éstos eran rechazados y dispersados á cada momento y Mezo llegó á Tihosuco con todas sus mulas cargadas de maíz, sin que por un momento siquiera se desmoralizase ó vacilase su valiente sección.

En Telá, se dice que corrió otro peligro inminente. Una sección expedicionaria acampaba en aquel pueblo abandonado: se oye de pronto hacia el camino que debían seguir, algunos tiros de fusil: Mezo al frente de 25 hombres y una pieza pequeña de artillería, sale en descubierta á averiguar la causa de aquellos tiros: pocos instantes después se oye una formidable descarga, y se vé regresar corriendo y en desórden á los hombres de Mezo: el campamento se pone en pié, sabe por los dispersos que la guerrilla ha caido en una gran emboscada de indios y que el bravo Mezo ha desaparecido entre un torbellino de enemigos. Un clamor de dolor é indignación resuena por todas partes y la sección corre en tropel al socorro de Mezo: llegan al sitio de la emboscada: la cureña del cañón ardía en medio del camino y Mezo que de un salto había alcanzado un árbol en donde se parapetó, ensordecido por la gritería de los indios y bajo una lluvia de balas, unas veces con la bayoneta calada, otras con la espada ó disparando su fusil con increible rapidez, se defendía como un jabalí cercado por una jauría de furiosos canes. Nuestras tropas lanzan un hurra de gozo y admiración, cargan y derrotan en un instante á los indios y corren á abrazar al impasible Mezo, que rendido de fatiga y bañado en sudor, pero ileso, arrima el fusil que le quemaba ya la mano y su espada al tronco del árbol-trinchera y se sienta para tomar aliento, se enjuga la frente y dice sonriendo á sus camaradas:

—"Caramba! ya era tiempo!"

Otra ocasión mandaba una **partida**, como entonces llamaban á ciertas expediciones: llega á una hacienda, ocupa el corral arrojando de allí á los indios que lo ocupaban y al sentarse á almorzar sobre una mesa rústica de palmas de guano sobre la tierra, se presentan los indios en mayor número al rededor de los corrales y un aluvión de balas cae sobre los soldados de Mezo; éstos echan mano de las armas y quieren responder á los fuegos del enemigo; pero Mezo con esa imperturbabable serenidad que jamás le abandonó ni en las circunstancias más críticas:

—"Muchachos—les dijo— no hay qué asustarse, no nos van á comer, acabemos de almorzar para que con fuerzas y alientos ya, peleemos mejor".

Y los soldados que siempre le amaron y respetaron profundamente, le obedecieron con esa fé ciega que inspira el valor y la prudencia unidos. Después de almorzar, efectivamente, sin que los indios asaltasen el pequeño campamento, sospechando sin duda una celada en aquella, al parecer, imprudente confianza, Mezo con su fuerza los atacó y dispersó.

Terminada la recuperación del Sur y del Oriente y establecidos los cantones militares, Mezo siguió prestando importantes servicios en esa multitud de incursiones y escaramuzas que á cada paso se daban, siendo uno de los primeros entre los bravos.

En 1852 guarnecía Tihosuco cuando pasó allí el General Díaz de la Vega, de marcha para su expedición á Bacalar y Chichanhá, y noticioso del mérito de Mezo le ingresó á sus filas. A la ida Mezo mandó una de las dos columnas flanqueadoras en la toma y combate de Chan Sta. Cruz: en aquel entonces moderno arte de guerra, era un consumado maestro: á la salida de Bacalar él comandaba la sección de vanguardia: á ocho ó diez leguas de la villa, había un riachuelo que era preciso atravezar bajo los fuegos del enemigo, ventajosamente situado: Mezo no vaciló y después de un encarnizado combate que un hábil flanqueo del capitán Atanasio García, su mayor de órdenes, resolvió en favor de los nuestros, el riachuelo fué pasado. En el tránsito de Chichanhá á Peto ocurrió, se cuenta, un incidente con el infatigable Mezo: un día que descansaba el campamento y escaseaban carnes hasta para los principales jefes, Mezo solicitó permiso para que con tres ó cuatro compañeros fuese á cazar liebres y pavos del monte á una sabana próxima en donde vieron muchas huellas de aquellos animales. Como era de esperarse, se le negó haciéndole presente el peligro que correría por una simple aventura; pero él insistió tanto, que el General se lo permitió con la formal promesa de no alejarse demasiado para que, en caso de que los indios les atacasen, se oyese el fuego y fuesen prontamente socorridos. Partieron, dejaron el camino y se internaron bajo el bosque; llegaron á la sabana, cazaron las liebres y pavos que pudieron cargar, porque abundaban allí en efecto, y calculando que si había enemigo próximo se dirigiría á donde resonaran los tiros, regresaron hacia el camino del campamento. Pero al desembocar en él, percibieron á trescientos pasos una columna de ciento ó doscientos indios que avanzaba silenciosa y cautelosamente sobre ellos. Los compañeros de Mezo quisieron tirar la caza y desaparecer bajo el bosque; pero Mezo temiendo el extravío en campos desconocidos de aque-

los hombres de que era responsable, les detuvo con un ademán y les dijo:

—"Verdad es que son muchos y ya nos vieron: pero qué dirá el General? qué dirán nuestros camaradas?" Entonces en grupo, con la caza á la espalda y el fusil amartillado en la mano, echaron á correr orillando el camino y cubriéndose con sus revueltas del fuego que les hacían los indios que ya corrían tras ellos. Cuando Mezo oyó muy próximo el rumor de sus pasos y silbar muy cerca de sus cabezas los proyectiles, —"Alto, de frente y fuego!"—mandó á sus compañeros.

Sonaron cuatro tiros á un tiempo y cuatro indios cayeron heridos ó muertos en la primera columna que sólo estaba ya á veinte pasos. Mezo y los suyos continuaron cargando y descargando sus armas con esa prodigiosa rapidez que dan la práctica y el valor sereno: los indios se detuvieron y vacilaron ante el temerario valor de aquellos cuatro hombres, cuyos trajes se confundían: los indios les siguieron ahullando de rabia y despecho y cuando nuestros héroes les sentían muy cerca, daban media vuelta, cebaban sus certeros tiros en las compactas columnas de indios, y mientras éstos recogían sus muertos y heridos, aquellos echaban á correr de nuevo; así avanzaron como media legua, hasta que oyéndose en el campamento aquella fusilería, la compañía de Tizimín, más próxima al teatro de aquel extraño combate, y calculando que Mezo, su amado jefe, se batía con los indios voló á su auxilio y encontró á nuestros valientes algo cansados, pero ilesos y con sus pavos y liebres á la espalda; parecía que el Dios de los héroes les había cubierto con su egida. Entonces huyeron los indios y nuestros cazadores fueron conducidos en triunfo al campamento. Estos rasgos que llegaron á hacerse casi comunes entre nuestras tropas, recuerdan vivamente esos épicos episodios que la historia nos refiere de las guerras de Troya, Granada y la Revolución Francesa. Dícese que Vega abrazó con efusión á Mezo, reprendiéndole al mismo tiempo su imprudencia.—Cuéntase también que cuando aquel digno Gral. cruzaba aquellas vastas y pintorecas sabanas del Sur, se detuvo un momento á contemplarlas y exclamó:

"—Qué hermosos campos de batalla!"

Cuando terminó la expedición de Vega, Mezo regresó á su hogar: pero ay! mientras él vertía su sangre y exponía su vida y sufría horribles miserias y penalidades y se sacrificaba en el altar de la patria con tanta valentía y generosidad, el genio del mal había invadido su hogar y echado de allí pa-

ra siempre la paz y la felicidad domésticas: misteriosas y terribles injusticias de la fatalidad! desde aquella época Mezo se retiró á la vida privada y nunca tomó parte en las contiendas contra el poder establecido. Rogado por sus conciudadanos ó por el Gobierno, desempeñó varias ocasiones empleos concejiles ó el mando de las armas en la plaza: fué siempre un leal é incorruptible servidor del Gobierno que le empleaba, y jamás empañó su buen nombre con una defección, ni en los casos más arduos.

El 1,863 cuando el señor don Felipe Navarrete se rebeló contra la administración del señor Lic. don Liborio Irigoyen, don Santiago Pérez Virgilio era jefe político del partido y Mezo jefe de las armas en la plaza: una noche, un grupo de rebeldes sorprendió y arrebató á Pérez Virgilio junto á una mesa de juego, con tal destreza y rapidez, que cuando Mezo lo supo, Pérez Virgilio debía estar corriendo á bastante distancia, sin poderle socorrer. Poco tiempo después, el guerrillero don Feliciano Padilla asaltaba la plaza: Mezo corrió al cuartel y mandó hacer fuego; pero los soldados estaban seducidos y no le obedecieron, acaso por primera vez, excepto uno ú otro: y en medio del tumulto, no obstante las terminantes órdenes de Padilla de no hacer mal á nadie y mucho menos á Mezo, éste recibió una leve herida de bayoneta en el brazo, casual sin duda, pues nadie era capaz de atentar á la vida de aquel hombre tan amado y respetado hasta de sus adversarios políticos. Se le dejó retirarse sin perseguirle ni inferirle el menor perjuicio, y viendo él perdida la situación en el partido, marchó por vía marítima á dar cuenta de ella y á presentarse á su Gobierno en Mérida llevando consigo cuanta tropa pudo reunir. El entonces Gobernador señor Irigoyen, ante el avance de la revolución, se refugió en Campeche, y quedó Mezo encerrado en la Ciudadela de San Benito con los fieles defensores del Gobierno, que poco después tuvieron qué capitular. Mezo regresó á Tizimín para dedicarse exclusivamente al trabajo. Dícese que el profundo disgusto que le causó el prematuro abandono de un Gobierno por quien se sacrificaba, su rendición en el castillo y una caída á caballo que sufrió en su vuelta de Mérida, entre Espita y Tizimín, le ocasionaron la enfermedad que le llevó al sepulcro en medio del sentimiento general de la sociedad tizimileña, el 18 de Agosto de 1,863.

Poco antes de morir le conocí yo: aunque niño entonces, le recuerdo perfectamente, porque la fisonomía de Mezo era de esas que vistas una vez, no se olvidan nunca. Su moreno

rostro tenía una gravedad dulce y apacible. Antiguas amarguras domésticas habían derramado sobre su semblante esa melancolía que, unida á la amabilidad é intachable honradez de su carácter, le hacían respetable y al propio tiempo simpático.

Hasta hoy, la patria no ha hecho nada en honor del patriota: sólo Tizimín agradecido ha adoptado su nombre. Paz al espíritu del benemérito teniente coronel Manuel F. Mezo! Honra eterna á su ilustre memoria!

Coronel Sebastián Molas.

Vió la luz en Tizimín en 1819, hijo de D. José Antonio Molas y de Da. María Nicolasa Virgilio. Muy joven era todavía cuando en el reñido combate que en aquella villa se libró, durante seis horas, entre las tropas que comandaba su padrastro D. Santiago Imán, iniciador de la gloriosa revolución de 1,840, y las del Gobierno á las órdenes del Coronel D. Tomás Requena, se hizo admirar por su arrojo y serenidad en medio del estruendo de la artillería que por primera vez tronaba en sus oídos de niño y cuyos proyectiles, así como los de fusilería, zumbaban á su alrededor. Era el resplandor primero de aquel genio, el primer rugido del que más tarde sería llamado el León del Oriente.

Molas siguió á su padrastro en la célebre guerra de independencia en 1,843, y luego desaparece de la escena pública y su vida corre tranquila junto al hogar doméstico, extraño á las convulsiones políticas que agitaban al Oriente y á la Península toda.

Entre el bramido de la guerra fratricida, se deja oir de repente un grito de espanto que hace temblar á la sociedad dad yucateca: acaba de estallar la explosión indígena de 1847: la patria en peligro llama á sus hijos y Molas entre los primeros, cambia sus instrumentos de trabajo por el fusil del guerrero y corre á alistarse bajo el estandarte de la civilización y de la humanidad.

El incendio avanza y se extiende, y numerosas y ahulladoras hordas de indios llegan como rugientes y tempestuosas olas hasta las puertas de Valladolid, la entonces hermosa y rica sultana de Oriente, que se extremece á sus primeros embates. El gigante corazón de Molas se inflama en las llamas del patriotismo, organiza violenta y espontáneamente una columna de valientes y vuela al socorro de Valladolid, amenazada ya por doquiera de ser en vuelta por más de 30,000 indios.

Penetra en la ciudad y pocos días después él y su heroica falanje son sitiados en Tikuch, dos leguas al Este de Va-

lladolid, por gruesas y compactas masas de rebeldes que al rayar la aurora del 3 de Enero de 1,848, les saludan con una horrorosa gritería y una lluvia de balas. Los dos capitanes Molas y Troncoso son escogidos entre los más bravos para batir á los sitiadores: aquello equivalía á marchar á una muerte probable; pero nuestros capitanes no vacilan y con la cabeza inclinada, seguidos de sus soldados, se hunden entre las nubes de enemigos y desaparecen entre el fuego y el humo: luchan como leones, todos hacen prodigios de valor, de temeridad, pero en vano; envueltos, vencidos, diezmados por la fatiga y la inmensa superioridad numérica de sus enemigos, retroceden ante el imposible y penetran de nuevo en la plaza, acosados hasta la línea de defensa. El combate continúa con encarnizamiento entre sitiadores y sitiados: á las cuatro de la tarde, era tal el número de muertos y heridos entre los últimos, que la sangre corría en el pavimento del templo. Hubo entonces qué tomar una resolución suprema: era preciso romper el sitio y salir ó quedarse y perecer todos en breve: se decidió la salida, pero conduciendo á todos los heridos, lo que hacía más y más terrible el paso. Quién llevaría la vanguardia? quién rompería esos muros vivientes que vomitaban la muerte, erizados de machetes y bayonetas . . . ? Oh! allí estaban el joven capitán Molas monta á caballo, se pone á la cabeza de la vanguardia, ban Mezo, Correa, Romero y otros campeones terribles: Molas monta á caballo, se pone á la cabeza de la varguardia coloca en medio de su columna á los heridos y emprende su marcha abriéndose paso con descargas y con las puntas de sus bayonetas y machetes, en medio de dos murallas de fuego que arrojan el mortífero y candente plomo sobre sus hombres. Molas, heroico, sereno y generoso, se bate sin cesar, anima á sus bravos, consuela á sus heridos, recoge á los que van cayendo, coloca en ancas de su corcel á un sargento que no podía caminar y avanza siempre adelante sin vacilar. Pero en la hacienda Kuichechen ya no es posible seguir: el caballo de Molas está atravesado de siete balazos, gruesas columnas de indios se presentan á vanguardia y nuestras tropas, cansadas, encajonadas por do quier, tienen qué detenerse y defenderse desesperadamente. El primer ayudante Fajardo sale de Valladolid á protegerlos con ciento cincuenta hombres y dos piezas de artillería y es detenido y rechazado por las emboscadas, antes de avistar á los nuestros. Entonces el coronel D. Agustín León, Jefe de la plaza, envía tropas tras tropas que siempre se estrellaban en las trincheras de los sitiadores de Kuichechen, hasta que la última partida llega y encuentra á los nuestros reposando

un momento de las terribles fatigas del día, porque el enemigo se ha retirado. Momentos después, inhumados los muertos del combate, las tropas entran á Valladolid.

Molas, licenciado, regresa á Tizimín; pero al formalizar los indios el sitio de Valladolid, fué llamado, y al frente de su sección penetró en la ciudad, arrollando cuantos obstáculos le pusieron los enemigos. Molas se batió siempre en los lugares más peligrosos con su acostumbrado arrojo y serenidad y tomó heroicamente el rancho Halal, uno de los cuarteles principales de los sitiadores.

Un día circuló en la línea un rumor que extremeció de indignación y espanto á Molas y su sección auxiliadora: el sitio de la plaza, debilitado algunos días sin saberse porqué, había tomado nuevo impulso y los indios más feroces é insolentes que nunca, se preparaban á consumar, poco tiempo después de la partida de Molas, la célebre y horrible traición de Halal en las importantísimas personas del Sr. Vicario Sierra, coronel Victoriano Rivero y otras: el rumor que tanto alarmara á Molas y valientes compañeros, era la toma de Chancenote, en el partido de Tizimín, noticia que gritaran los indios desde sus trincheras con delirante alegría: el coronel León lo sabía, pero lo ocultaba hasta á sus más inmediatos subalternos, para no desmoralizar á sus tropas.

Molas entonces se presenta al coronel León y con respetuosa firmeza le pide permiso para correr al auxilio del partido de Tizimín, tan próximamente amenazado y cuyos soldados se batían en Valladolid: León vacila en desprenderse de uno de sus más útiles Jefes y de su intrépida sección; pero Molas insiste con tal energía y con tan poderosas razones, que tuvo qué acceder á su pesar, suplicándole solamente que, antes de emprender su marcha á Tizimín, tomase y destruyese el campamento enemigo de Chichimilá, una legua al Sur de la ciudad, y cuartel general y almacen principal de víveres de los indios. Molas accede á su vez y se dispone el ataque para el día siguiente: pero la víspera del día fijado, en una brillante salida de nuestras tropas á flanquear y barrer la línea enemiga, saltan tras las trincheras de ésta, se encuentran á media legua de Chichimilá solamente y recordando en el delirio de la victoria que al día siguiente debía ser el asalto, nuestros valientes no quieren perder el medio camino adelantado y que habría qué conquistar de nuevo, quién sabe con qué éxito, y á los gritos de "á Chichimilá, á Chichimilá!" se precipitan sobre las trincheras que aún ocupaban los indios, trincheras escalonadas desde Valladolid hasta Chichimilá. En vano los Jefes superiores llaman al órden á las tropas, en vano les tocan con-

tramarcha; éstas enardecidas, con sus sargentos á la cabeza y á veces sin ellos, se baten como tigres, no escuchan nada, y de trinchera en trinchera, de asalto en asalto, llegan al cuartel principal del enemigo, y cuando los Jefes Molas, Rivero y otros llegan á caballo, nuestras tropas arrojaban á los indios de su último reducto, é incendiaban sus almacenes de víveres: destruído el cuartel general, se dispuso el regreso, y en todo el camino hasta Valladolid hubo qué sostener un continuo y terrible combate con los indios que ora les asaltaban con furor, ora les armaban temibles emboscadas. La misión de Molas estaba cumplida y al frente de su benemérita sección auxiliadora marchó á cubrir el partido de Tizimín: llegó á éste y aumentó y organizó de nuevo su columna.

Valladolid cayó el 13 de Marzo de 1,848: su inmensa población, su hermosura, su riqueza, su grandeza, en fin, se convirtieron en un informe amontonamiento de cadáveres, de escombros y pavezas. A tan tremenda noticia, los pueblos que aún no habían sucumbido, levantaron el campo sin esperar al terrible invasor. Molas, viendo perdido el Oriente y que los soldados de su sección, cuyas familias habían huído, comenzaban á desmoralizarse, levantó también su campo, siendo el último en el Oriente, y emprendió su marcha á Riolagartos, en donde innumerables familias sufrían aglomeradas allí toda clase de miserias y penalidades, aguardando embarcaciones para huir, antes de que el machete bárbaro las alcanzase. Mil ó más hombres que componían la sección Molas, sostuvieron en aquel puerto diez días de un encarnizado asedio, durante los que se combatía de día y de noche contra nubes inmensas de indios: al cabo de ese tiempo, contra la opinión de Molas que, altivo como siempre, no quiso tratar con los indios, pasando el mando ese día al General Imán, éstos parlamentaron con nuestros valientes y ofrecieron retirarse á condición de que les dejasen cargar la sal que necesitasen: hecho esto, los bárbaros desaparecieron. Entonces Molas, que hacía algún tiempo sufría una cruel é incómoda enfermedad, y que se resistía á abandonar el Oriente, porque creía posible recuperarlo aún; á las reiteradas y apremiantes órdenes de su superior que le mandaba levantar el campo, encargó el mando de su sección á su padrastro D. Santiago Imán, quien debía conducirla á Mérida y él se embarcó para la ciudad de Campeche, á donde fué á curarse en el seno de su familia.

Restablecida su salud, pasó inmediatamente á Mérida y se puso á las órdenes del Gobierno, el cual le ascendió á Teniente coronel y le envió con cien hombres á llevar mu-

niciones de guerra á los sitiados de Izamal, encargo que cumplió con su natural bravura.—Persuadido de su valor, energía y serenidad á toda prueba, el Gobierno le confió en la nueva organización militar, un puesto elevado en la 5a. división que debía operar sobre los pueblos de la costa.

Al iniciarse la campaña, encargado accidentalmente del mando, se vió en el caso de emplear su energía haciendo fusilar á siete hombres que se le rebelaron en Temax rehusando marchar y atreviéndose á tender sus armas sobre sus oficiales: aquel acto de energía salvó la moralidad de la división y mereció la aprobación superior. Triste es arrancar vidas que no hemos dado, pero á veces hay qué sacrificar algunas para salvar otras más numerosas!!

La 5a. división debía orillar la costa para quitar ese refugio á los indios rebeldes rechazados del interior del país; pero el joven y fogoso Molas no pudo resignarse á aquella misión tranquila: su alma valiente y aventurera ansiaba el combate y los peligros, y al frente de setecientos hombres, partió de Temax y arrollando cuanto obstáculo se le presentó y destrozando á los indios donde quiera que les encontró, no se detuvo hasta el pueblo de Sucilá, que ocupó después de un reñido combate: había avanzado diez y ocho leguas al Este y solo distaba cuatro leguas de Tizimín. Tomó á Panabá, cuatro leguas al Norte de su campamento, dejó guarnición en él, é hizo expedicionar á Espita y Calotmul, á cuatro y seis leguas al Sur y Sudeste, al primer ayudante Manuel Cepeda Peraza. En seguida desarrolló Molas una conducta tan generosa y conciliadora con los vencidos y explotó de tal manera sus relaciones en el partido de Tizimín, que pronto empezaron á presentársele multitud de familias y áun cabecillas de indios al frente de sus subordinados. Empero, sin embargo de los brillantes resultados que obtenía el joven adalid, sin duda sus operaciones contrariaban los proyectos del jefe de la 4a. división que maniobraba en el camino real de Valladolid; Molas recibió orden del General en jefe de situarse en Dzitás á ponerse de acuerdo con el coronel Méndez, pero el altivo guerrero se negó á ello.

Quién sabe hasta dónde hubieran llegado los triunfos y ventajas que alcanzaba Molas en la campaña; pero le sorprendió en sus operaciones una orden terminante del General en jefe para que se replegase á su punto de partida y secundase el movimiento de las cinco divisiones que marchaban á ocupar Peto y otros lugares importantes del Sur. Este movimiento retroactivo, que ejecutó Molas con la rabia en el corazón, reanimó á los indios, como lo temió, y éstoó

llevaron su audacia hasta sitiar Dzitás y quemar los alrededores de Temax.

El coronel Cosgaya sustituyó al bravo Molas en el mando de la 5a. división, y sabiendo que el coronel Lázaro Ruz con sólo dos ó trescientos hombres de la 4a. división había avanzado atrevidamente y ocupado Tizimín y que le tenían sitiado allí los indios en gran número, destacó á su segundo Molas que con ciento cincuenta hombres voló á su socorro: Molas penetró á la plaza sitiada y emprendiéndose luego una carga, fué tal el destrozo que se hizo en los sitiadores, que huyeron espantados y no volvieron á hostilizar Tizimín.

Molas se hizo cargo del mando de las secciones reunidas, reanudó sus hábiles operaciones de pacificación, y en pocos días nuestras tropas recorrían todo el partido de Tizimín. Sometido éste, Molas acompañó á Ruz y Peniche Gutiérrez á reconquistar los de Valladolid y Espita.

Los indios fueron rechazados hasta el fondo de los bosques, con la misma rapidez con que avanzaron hasta las puertas de la Capital, y Molas, victorioso siempre, les persiguió hasta las sombrías ruinas de Cobá, al Este de Valladolid.

A principios de 1,850, una división de mil hombres, poco más ó menos, ejecutó una rápida y triunfal excurción al campamento enemigo de Cruz-Cheen, uno de los principales de los indios: la división alcanzó magníficas victorias y ópimos resultados y su regreso fué saludado con un hurra de todo el Oriente. Cómo no había de triunfar la expedición si el jefe principal era el coronel Méndez y las tres secciones en que se dividió estaban confiadas á los coroneles Molas y Peniche Gutiérrez y teniente coronal Vergara, teniendo éstos subordinados, como los primeros ayudantes á D. Lorenzo Vargas y D. Andrés Romero y los capitanes García y otros muchos valientes . . . ?

Aprovechando esta expedición, los indios de la comarca cayeron sobre Espita, que estaba casi sin guarnición, en donde el vecindario les rechazó heroicamente batiéndose hasta los ancianos y los niños. De vuelta aquella, fueron enviados los coroneles Molas y Peniche Gutiérrez, hijo éste de Espita, á destruír el cuartel general de aquellos indios en Sisbicchen, lo cual ejecutaron con su inquebrantable valor y actividad.

En fin, es imposible enumerar los mil combates en que tomó parte activa nuestro héroe, y las horribles penalidades que todos sufrieron durante esa prolongada lucha de la barbarie contra la civilización.

Molas jamás evitó el peligro y fué siempre solicitado para las empresas árduas: siempre también supo acudir á donde su patria le llamaba. Brillaban en él, en alto grado, esa abnegación, serenidad y resignación supremas con que nuestros campeones de 1,848, 49 y 50 supieron combatir de día y de noche, bajo la más cruel intemperie, desnudos y hambrientos casi siempre, y obligados á buscar con la punta de sus machetes un pedazo de pan duro para mitigar su necesidad y sin prest de ninguna clase, excepto la tropa que era á veces socorrida.

Entretanto, llegó una nueva época para la campaña sobre los rebeldes: como antes lo hiciera el General Micheltorena, al llegar á la Península el General Rómulo Díaz de la Vega en Mayo de 1,851, á encargarse del mando de las armas, modificó el sistema de guerra é imprimió nuevo impulso á la campaña. Organizó tres brigadas de operaciones y noticioso de la fama y méritos de Molas, confió á sus órdenes una de ellas.

Durante la expedición de Vega á Bacalar nuestro héroe quedó prestando sus servicios en el Oriente. Dividido éste, fomentábase en su seno odiosas rivalidades de partido que causaban á Molas muchos y serios disgustos: el comercio de indios era escandaloso, y dícese, según el ilustrado historiador Baqueiro, que cuando faltaban indios prisioneros para contratar se tomaban de los pacificados, lo que hacía que se despoblasen los pueblos de indígenas y se conservase la guerra, ese cáncer social que aún corroe el corazón del Estado.

"Tizimín, especialmente, era la población más dividida, y lo más sensible era que habían arrastrado en sus discordias al joven coronel Molas, cuya autoridad buscaban y alardeaban y á quien, por fin, hicieron morir en un patíbulo. —Molas tuvo enemigos por sostener á sus parientes envueltos en las cuestiones que en su localidad se suscitaban: por ésto cayó en algunos desvaríos, cometió abusos y áun perdió el cariño y simpatías del coronel Rosado cuando mandaba en jefe las dos líneas militares. El General Vega, á pesar de ésto, á pesar de los informes que le dieron de él á su llegada, lo distinguió con el elevado carácter de Jefe de la brigada de su nombre, en la nueva organización de tropas, y además le dispensó su amistad y consideraciones particulares. Pero los desórdenes siguieron en Tizimín: en guerra abierta con los otros vecinos, los parientes de Molas se habían atraido en favor suyo á la señora María Nicolasa Virgilio, porque sabían cuánto la amaba y respetaba su hijo. Molas siguió también sosteniéndolos, hasta que á tal grado

llegaron las cosas, que cuando menos se lo figuraba, se vió envuelto en un proceso que de pronto dió por resultado que lo llamasen á Mérida y le retirasen por cierto tiempo el mando de la brigada.'' (S. Baqueiro, **Ensayo Histórico etc.**)

En Diciembre de 1,852, doscientos hombres procedentes de Sucopo y acaudillados por un oficial José M. Romero, asaltaron en desórden la plaza de Tizimín aullando contra el teniente coronel Mezo y el capitán Andrés Romero.

Molas que á la sazón se encontraba en la villa, corre á la plaza, se lanza entre las chusmas con riesgo inminente de su vida, las arenga, hace vibrar aquella voz poderosa de mando tantas veces escuchaba al través del estruendo de los combates y contiene el desórden; pero el oficial Romero los atiza de nueva, los soldados murmuran y golpean las culatas de sus fusiles y Molas entonces, viendo que exponía inútilmente su vida y comprendiendo el compromiso en que le ponía aquel suceso, corre al punto á Valladolid á sincerarse: pero el coronel M. Cepeda Peraza, antiguo subordinado de Molas, que á la sazón mandaba la plaza y la brigada, no sólo le desconoce; sino le intima prisión: Molas se indigna y como jefe de la brigada pretende hacerse reconocer y fusilar á Cepeda Peraza; pero intervienen varios caballeros de Valladolid, principalmente el Dr. D. Juan Pío Manzano, y consiguen aplacar al fogoso coronel.

Molas, según Baqueiro, no fué extraño al pronunciamiento que el 13 de Febrero de 1,853 estalló en la Capital, y por más que los furiosos enemigos de Barbachano se encarnizaron por perder á nuestro héroe, el General Vega que le amaba, aunque lamentaba sus faltas, se limitó á dar su brigada al General Martín Peraza, y dejarle á él como su segundo.

Refiere Baqueiro, de cuya importante obra extracto la mayor parte de estas noticias biográficas, por estar de acuerdo con los informes que he podido recoger de sus contemporáneos y hermanos de armas en esta villa, que fué avisado el General Vega de que Molas venía al Oriente comprometido para una revolución.—''Molas,—le dijo,—sé que se ha comprometido usted para una revuelta; pero con todo, vaya usted, y lo único que le suplico, es que se cuide.''

Añade Baqueiro que trajo Molas el acta de la revolución y que el General al despedirse de él, sabía y lo dijo á los que le rodeban, que en la bolsa se la hubiese encontrado, si le hubiese registrado. Los lectores juzgarán este episodio como mejor crean conveniente.

El 15 de Septiembre de aquel año, el capitán Crescencio Cortés, procesado por venta de indios, dá el grito de re-

belión en Tizimín, antes del tiempo fijado: Mezo huye y corre á dar parte á Valladolid: el capitán Medrano, fiscal del proceso que se seguía á Cortés, es aprehendido en medio de sus mismos soldados y se escapa de la muerte merced á la sumisión y áun simpatías que significó hacia la revolución: se le libra pasaporte y parte para la Capital. Molas encargado, como segundo, de la brigada y de la plaza de Valladolid, se indigna, concentra sus fuerzas, reniega de los hombres que precitaban los acontecimientos, y destaca una fuerza á vigilar las inmediaciones; pero ésta regresa momentos después y entra pronunciada y á tambor batiente; el resto de la brigada secunda la rebelión y un instante después se firmaba el acta de la revolución en la que figuraba el coronel Molas como Comandante en jefe y el coronel Manuel Cepeda Peraza que le acompañaba, segundo de las fuerzas restauradoras. La situación era grave: ambos eran bastantes jóvenes y se encontraban á la cabeza de una revolución, acaso inoportuna, pero cuyo programa era tan hermoso y prometedor! Cuéntase que Molas vacilaba ante una defección que obscurecía el resplandor de su gloria, que estaba decidido á marchar sobre Tizimín y apagar la revolución prematura, pero que no pudo resistir á las cartas y súplicas de sus parientes y á exhortaciones de su madre que le hacía comprender, que de no secundar el movimiento, él sería el verdugo de esos sus parientes que se lanzaran á la rebelión: parece que Molas se aterró á esta idea, movió tristemente la cabeza y la inclinó sobre el pecho murmurando:—"Que sea como ellos quieren, cúmplase la voluntad de Dios!"

Pobre Molas! tal vez presentía su suerte y el resultado fatal de aquel acontecimiento. Indudablemente que simpatizaba con ese plan revolucionario que prometía al Estado su emancipación del odioso centralismo, la restauración del sistema popular, federal, representativo, de la Constitución general de 24 y local de 50 y la insubsistencia de la división de tropas en móviles y sedentarias, alistándose todas ellas para la conclusión de la guerra social. Su corazón de patriota, de liberal y de héroe debió palpitar de entusiasmo; pero quizá no hubiera defeccionado, si no hubiesen anticipado el movimiento acordado para diciembre del mismo año, dándole tiempo para separarse honrosamente del servicio: pero estaba escrito que sus amigos le habían de sacrificar!

El Oriente en masa se alzó á la voz de aquellos dos jóvenes héroes, rodeados con la aureola de cien victorias sobre los bárbaros. Antes de cuarenta y ocho horas, tenían

ya más de dos mil hombres: y qué hombres! nada menos que los valientes de la 1a. y 4a. división que corrieran, en 1,848, indignados á recuperar Izamal; y no encontrando allí á los indios, se lanzaron en su persecución hasta alcanzarles en Tunkás, en momentos en que las demás tropas huían desbandadas hacia la Capital y en que la Capital misma acordaba levantar el campo y situar el Gobierno en Campeche! Eran los que no habían reposado un instante, hasta arrojar á los indios á lo más profundo de sus bosques!

Con tan brillante, aguerrido y victorioso ejército, con jefes tan distinguidos, con una bandera revolucionaria tan liberal y justa, tan popular, quién hubiera dudado de un triunfo rápido y completo!

Pero ay! el hombre propone y Dios dispone: el destino había ordenado otra cosa: la fatalidad había pronunciado su fallo inexorable, y la mano de Dios estaba suspendida sobre el infortunado Yucatán . . . !

Reanudemos nuestra narración. Molas organizó en secciones su ejército, puso á su cabeza á su segundo Cepeda Peraza, y mientras él se quedaba á recoger el resto de las tropas, hizo emprender á éste su marcha sobre la Capital. —Tal vez esto fué su desgracia,—observa el historiador Baqueiro.

Molas recibió en Valladolid noticias sucesivas de la rápida y triunfal marcha de Cepeda y de tener éste asediada ya la Capital.—"El triunfo es nuestro!"—decían sus oficiales.—"Dios lo quiera!"—respondía Molas.

Algunos días han transcurrido y al frente de la tropa que había colectado, el Comandante en jefe de la revolución se dirige hacia Mérida: en Izamal escucha noticias alarmantes: el coronel don Eulogio Rosado ha acudido con tropas al auxilio del Gobierno: Cepeda ha sido rechazado: Villamil, Ontiveros y Gio, jefes subalternos de Cepeda, han sido prisioneros y fusilados poco después. Y había algo más terrible aún: el cólera morbo se había desarrollado entre las fuerzas sitiadoras.

—"Adelante!"—exclama Molas palideciendo y frunciendo el ceño.

Apenas han perdido de vista á Izamal, la vanguardia divisa á un grupo de ginetes que viene al galope: llegan, y Molas se encuentra frente al coronel Cepeda Peraza, pálido y sombrío.

—"Todo se ha perdido!"—dice á Molas.

Este pasea tranquilo exteriormente su mirada al rededor: un puñado de oficiales y algunos soldados que lo rodean es lo que le quedaba de su brillante ejército. Una tris-

te pero serena sonrisa se dibuja en sus labios:—"Estoy perdido!"—murmura y vuelve riendas hacia Izamal.

Descansa algunos momentos en la ciudad: el tiempo está sombrío, como el alma de aquellos hombres: la lluvia cae lenta pero continua, como las lágrimas de la desesperación: todas las puertas se cierran á los apestados que guarecen de la lluvia bajo unos obscuros corredores: el silencio de los cementerios envuelve á la ciudad y rodea á nuestros aislados guerreros. Cepeda dá un abrazo, que era ¡ay! el último, á su jefe y hermano de armas, y seguido no más de dos ayudantes, toma rumbo al Norte. Molas rodeado de sus amigos y parientes permanece algunas horas en la ciudad, preso ya de ese hastío, de esa indolencia que causan las catástrofes. Al día siguiente organiza su pequeña tropa y con una pieza de artillería toma el camino del Oriente. La muerte, entretanto, se cernía sobre él: el Gobierno acababa de ofrecer por bando quinientos pesos por la cabeza de Molas é igual suma por la de Cepeda Peraza. Molas lo sabe en la hacienda Balantun y se echa á reir.

Llega á Tizimín el caudillo de la revolución: dícese que desde la catástrofe de Mérida, empezó á abusar del licor, sin duda para ahogar sus pesares. De su villa natal sale para Riolagartos, lugar que le trae á la memoria un mundo de recuerdos, allí donde cinco años antes combatiera como un héroe. Retira á su pequeña tropa que insiste en seguirle á donde vaya, sin paga alguna: Molas conmovido les ordena le dejen solo, entregado á su suerte, les aconseja se presenten al Gobierno y eviten que se les persiga: sólo quedan en compañía de Molas seis ú ocho amigos íntimos que eran los valientes jefes Vicente Pérez Virgilio, Pablo Salado, Narciso Virgilio, S. Pérez Virgilio, Crescencio Cortés, el asistente de Molas y uno ú otro sargento que no quiso separarse de su jefe querido. S. Pérez Virgilio y Cortés, viendo que Molas no apresuraba su fuga, se embarcan: el primero se detiene en Isla Mujeres á esperar á su primo hermano político Molas, y Cortés, el procesado por venta de indios, el que festinó por interés y seguridad personal la revolución, comprometiendo á los jefes, entonces les abandonó y no paró hasta Belice. Por fin, Molas y compañeros arriban á la isla de Holbox. El mismo día de su llegada invitan y no accediendo, intiman á un patrón de canoa que les embarque y les conduzca á donde les designasen, ofreciéndole una paga espléndida: el patrón, sin otro recurso, les cita para un lugar desierto de la playa: todos acuden á la hora fijada, menos Molas y Virgilio que se han demorado.

—"Mira, patrón,—decía el bravo atlético Salado,—cui-

dado con una traición; mira qué hermoso machete tengo!"

Al fin llegan Molas y Virgilio y en grupo todos se acercan á la orilla del mar.

—"¿Ya están todos?"—pregunta el patrón.

—"Todos"—le responden.

Y como si esta palabra hubiese sido una señal, estalla de repente una descarga de fusilería y un grupo de soldados que saltan de un barranco cubierto de arbustos, cae sobre los fugitivos: de éstos, Molas dispara sus dos pistolas, los sargentos y aistentes sus fusiles y luego unos se echan al agua, para alcanzar un bote que cerca estaba, otros machete en mano, se abren paso, distinguiéndose Salado por sus fuerzas hercúleas, y todos se escapan milagrosamente.

Hé aquí lo que había sucedido: el patrón, al ir en busca de su canoa, citó á nuestros fugitivos, de buena fé: pero en la playa se encontró con una embarcación, llena de soldados que, noticiosos del camino que seguían Molas y compañeros, venían á capturarlos: le detuvieron, le amenazaron y al fin le arrancaron una confesión: entonces le obligaron á conducirles al sitio señalado en donde desembarcaron, ofreciéndole buena paga si decía verdad y una descarga si les engañaba ó delataba. Ya sabemos el resultado. ¿El que no hubiese sido preso ni herido ninguno de los fugitivos, sería puramente casual ó fué por temor y respeto á aquel grupo de valientes en desgracia? Quién sabe!

Desde aquel momento en que se dispersaron los fugitivos, no volvió Molas á reunirse con sus amigos: en vano éstos le buscaron en toda la isla. Nuestros proscritos se alimentaban con frutos y raíces y mazorcas de maíz que Salado y Virgidio extraían de noche y arrastrándose por el suelo de las chozas de la población, porque eran tenazmente perseguidos y espiados por las tropas acantonadas en la isla: durante el día se ocultaban en los barrancos, en lo más espeso del bosque, hasta en las copas frondosas de los árboles que les servía de dormitorio en la noche, por temor á los tigres que abundaban en aquellas selvas. Una mañana percibieron un barquichuelo que costeaba al Oeste de la isla, tripulado poc cuatro ó seis hombres: le dejaron aproximarse, ocultándose nuestros valientes, y ya á pocos pasos, intimaron á los del bote, que se detuvieron, apuntándoles con sus carabinas y echándose al agua Salado y Virgilio con el machete enarbolado. El teniente coronel V. Pérez Virgilio les propuso que les condujeran á tierra firme, dándoles en cambio cuanto dinero tenían: los del bote rehusaron alegando que precisamente buscaban al coronel Molas y á ellos para aprehenderles; pero Pérez Virgilio les

hizo ver que Molas no estaba allí, que con entregarles á ellos nada ganarían, porque no estaban á precio sus cabezas, y eso sin contar con que todos estaban armados y la lucha sería dudosa. Los de bote vacilaron y al fin accedieron, dándoles el teniente coronel Pérez una rica cadena de oro que llevaba al cuello, de la que pendía una hermosa medalla del mismo metal, que bien valía veinte pesos, y un anillo de brillante de mucho valor. Nuestros prófugos fueron desembarcados á inmediaciones de Yalahau, aprehendieron á dos indios que les sirviesen de guía y al través de los breñosos bosques llegaron al cabo á Tizimín, en donde permanecieron ocultos, después de dar libertad á sus guías en Sucopo.

Volvamos á Molas, el interesante héroe de mi relación. Separado de sus compañeros y desarmado, se extravió bajo los espesos bosques de Holbox, cuya isla mide ocho ó nueve leguas de longitud. Vagó errante, perdido, evitando cualquier encuentro que le sería funesto: durante los primeros cinco días se alimentó con raíces y frutos, como sus amigos, cuyo paradero ignoraba, creyéndoles en poder de sus perseguidores; pesando á veces la noche en las ramas de algún árbol, huyendo de la voracidad de los tigres que se echaban bramando al pié del en que se guarecía: pero al sexto día, sintió los primeros síntomas del cólera, de ese espantoso asote que diezmara y derrotara sus tropas en la Capital.

—Estoy perdido!—murmuró, como en Izamal, y desde ese momento empezaron á bandonarle las fuerzas.

Desgraciado! descalzo, casi desnudo, con los pies, las piernas y casi todo el cuerpo ulcerado, sangrando, desgarrados sus miembros por las espinas y abrojos, sin ningún alimento, estenuado por la consunción, devorado por la sed y el hambre,cuánto debió sufrir aquel hombre atormentado por los mil recuerdos de un pasado lleno de gloria y de luz, y la horrible perspectiva de un porvenir tan terrible y sombrío, tan miserable! Si le descubrían, le aguardaba un patíbulo; si no le descubrían, perecería bajo el campo como una bestia salvaje, y su cadáver sería devorado por los animales: glorioso sepulcro para un héroe!—Parecía un esqueleto, un espectro vagando bajo los bosques: llegó un momento en que ya no tuvo fuerzas para subir á los árboles y cuando se cansaba se tiraba en el suelo, y allí dormía algunas horas. Ya no temía á los tigres y ¡ cosa extraña! los tigres pasaban junto á él y no le atacaban: parecía que respetaban aquella gran desgracia: si así era, ¡ qué reproche tan sangriento para muchos hombres racionales y más

aún, ilustrados! Molas llegó á tal grado de debilidad y eran tan crueles las penalidades que sufría, que su razón empezó á vacilar: tenía momentos de delirio ó de locura: ah! qué crimen tan grande habría cometido aquel desdichado para merecer tan rudo castigo...... ? Arrastrándose, ostigado por el hambre y la sed, hubo de alcanzar la punta oriental de la isla: allí había una corriente de agua, llamada Boca Nueva, y nuestro héroe-mártir se precipitó en sus ondas á refrigerar su cuerpo, pues era un insigne nadador.

Al décimo día, ya no podía más: hacía diez días que no comía nada nutritivo: al venir á nado desde una isleta próxima en que solía esconderse, le abandonaron las fuerzas y empezó á hundirse: un esfuerzo desesperado y la corriente misma le arrojó á la ribera en donde quedó exánime: tal vez iba á espirar allí en breve, cuando oyó voces, alzó la cabeza y percibió una pequeña embarcación que estaba ya próxima, llena de soldados que le apuntaron con sus armas. Molas se reanimó al ver aquellos hombres en que venía no lo que eran, enemigos que le buscaban, sino salvadores.

—Para qué me apuntan, mis valientes?—les dijo con triste y desdeñosa sonrisa—no ven que estoy desarmado y moribundo? Disparen, y crean W. que me harán un verdadero favor.

La tropa saltó á tierra, recogieron aquel semi-cadácer, le despojaron de un magnífico reloj que dejara escondido en la orilla, y de una hermosa cadena y una medalla con la imágen de la Guadalupana, todo de oro, que llevaba siempre al cuello, y le metieron á la embarcación. Allí encontró á su hermano político S. Pérez Virgilio que fué aprehendido en Isla Mujeres.

El jefe de la fuerza aprehensora, se llamaba Santiago Barrera, de Dzilam, que en compañía de un tal Reyes, campechano, por la codicia de los quinientos pesos ofrecidos por la cabeza de Molas, habían aceptado la triste comisión de perseguir y capturar al héroe. Disfrutarían por mucho tiempo de aquel dinero **tan bien ganado** ... .? Molas fué conducido á Mérida. En Telchac, ayudado por el infortunado coronel, pudo fugarse Pérez Virgilio.

Ahora, cedo con gusto la palabra al historiador Baqueiro que tan bién describe el desenlace del drama que se llamó "Revolución de 1,853."

"Molas era un cadáver cuando le llegaron á la capital, traíalo su custodia en **koché**, litera peninsular cuyo nombre no debe ser desconocido á nuestros lectores, y antes de

todo fué conducido á casa del General Vega, quien dispuso fuese llevado á las cárceles de la Ciudadela. Inmediatamente se le instruyó un brevísimo sumario; formóse en seguida el Consejo de guerra respectivo, y conforme á una ley de 12 de Agosto sobre conspiradores, se le sentenció á la última pena, la cual tuvo lugar á las ocho de la mañana del 14 de noviembre. Nadie, entretanto, se había acordado de él en su desgracia, á excepción de un extraño, que en nombre de la santa amistad, de aquella verdadera amistad, hija del cielo, no le abandonó un solo momento. Descalzo y hecho una miseria cuando fué reducido á la estrecha prisión, él fué quien acudió en el acto á llevarle un calzado y una muda de ropa. Sin un solo centavo para sus más urgentes necesidades, él fué también quien le proporcionó asistencia. El fué el único, que por haberlo suplicado, le acompañó hasta la noche, durmiendo en el suelo y prestándole toda clase de servicios.—Contaba que Molas le significaba su reconocimiento, pero que nunca le hablaba de su muerte; sabía que iba á morir y serenamente esperaba la hora. Era que tenía valor natural, imperturbable, no aquel que toma su orígen de la vanidad soberbia ó ignorancia, y como todo verdadero valiente, de sus labios no se desprendía una palabra maldiciente. Tampoco se acordaba de los servicios que había prestado á la patria y mucho menos invocaba la cooperación de sus paisanos, para que en nombre de ellos le salvaran. Todo lo sufrió con la mayor calma y valor, con aquel valor que, como hemos indicado, no se exaspera, no se esfuerza, que todo lo olvida y perdona, que nunca injuria ú ofende. Los pormenores que hemos recogido de sus últimos momentos son estos. Acompañados de los curas de la Catedral y de otros varios sacerdotes que fueron á verle, obsequió con docilidad las indicaciones que le hicieron, y como á las doce de la noche, después de haber orado ante la imágen del más grande y sublime de los mártires, suplicó que le dejaran reposar. Entónces quedó dormido profundamente hasta las cinco de la mañana, hora en que fué despertado para el desayuno.

—Tomemos,—dijo—la última taza de chocolate.

En seguida se levantó y pronunció estas otras palabras: "iremos de limpio"—y cambiándose la ropa interior y exterior, se apareció á la concurrencia que inundaba la Capilla, con el cabello muy bien arreglado y peinándose el bigote. El era alto de cuerpo, de un fuerte desarrollo muscular; de ojos grandes y expresivos, mirada no impotente sino graciosa, y todos en aquellos instantes se fijaban en él, por la gallarda presencia y maneras agradables con que

se hacía distinguir.—Su fiel amigo le acompañaba todavía, después de haberle preparado la caja mortuoria, un carruaje que debía conducir el cadáver al Cementerio, y una sábana para envolverlo. Al fin, partió el cortejo de la Ciudadela, con dirección al campo de Marte, vendado Molas con un pañuelo de seda, negro, sin embargo de haber suplicado al Comandante Irastorsa, encargado de estos últimos oficios, que no lo hiciera. Por ambos lados, marchaban soldados uniformados; al frente iban los curas de la Catedral, y detrás una multitud de paisanos, todos atravesando entre filas de tropas, que al rumor de las cajas y cornetas, iban gradualmente concentrándose junto al patíbulo para formar el cuadro. Una vez allí, la sociedad que en estos casos no sólo se muestra cruel, sino cobarde, no sólo destroza sino degrada, hicieron que se pusiera de rodillas, le leyeron la sentencia, y le hicieron que la bese. Todo esto lo verificó con la mayor serenidad y firmeza, sin apoyo ninguno, y con admiración vieron los concurrentes que sacara de la bolsa un pañuelo para arrodillarse; que lo sacudiera del polvo después de haberse levantado, que con él mismo limpiara el asiento que iba á ocupar, y, finalmente, que de un modo desembarazado extendiera los brazos para que se los ligaran. Hecho esto, en un abrir y cerrar de ojos, el inolvidable Coronel Sebastián Molas, ya no existía.''

Tal fué la trágica muerte del que se llamó el León del Oriente. ¡Así se premiaron sus eminentes servicios y la abnegación, entusiasmo y energía con que combatió por la patria en los luctuosos años de 1,847 hasta 1,851. Oh! por una falta de mucha trascendencia, ciertamente, por un error, por una debilidad solamente, se olvidaron tantos años de heroismo, de constantes fatigas, privaciones y peligros!

Tal es la justicia humana. Los parientes y amigos del héroe que tanto medraron á su sombra, estaban lejos, también proscriptos y ocultos, y no pudieron hacer nada por él: ¿pero y el gran partido político que comprometió y lanzó á Molas á la revolución, y cuyos corifeos, aunque escondidos, debían estar en la Capital, qué hizo para salvar á su leal amigo, á su valiente paladín, de la muerte? ¿qué hizo para siquiera endulzar sus últimos instantes, para hacer siquiera menos incómoda su estancia en el húmedo y estrecho calabozo? ¿por qué fué menester que un extraño amigo le consolara, sirviera y acompañara hasta el pié del patíbulo, hasta su último lecho en el Cementerio......? Oh consecuencia y gratitud humanas! Verdad es que la consecuencia y gratitud de los partidos políticos no es proverbial. Las más veces se sirven de los hombres como instrumentos que una

vez rotos é inutilizados son arrojados á un rincón, sin que se vuelvan á acordar de ellos.

Pero la posteridad se encarga de rectificar los errores de los contemporáneos. La historia ha hecho justicia á Molas, y honra sus mejores páginas con su nombre y hazañas. En un lugar céntrico de la Capital, se ha levantado hace algún tiempo, por acuerdo de una Legislatura, un monumento á su memória. ¡Honor á quien honor merece!

El historiador Baqueiro nos oculta el nombre del amigo que acompañó á Molas en su prisión, acaso porque lo ignoraba. Yo lo he averiguado y dícese que se llamaba José Matheo, hijo de Cataluña, en España y compatriota del padre del ilustre Coronel. Ignoro si aún vive el Sr. Matheo, pero vivo ó muerto, él ó su memoria, reciba las bendiciones, la más ferviente y tierna expresión de la gratitud del Oriente y especialmente de Tizimín.

Repose en la mansión de los héroes el espíritu del valiente Coronel Sebastián Molas! Honra y bendición eternas á su memoria!

Teniente Coronel José M. Vergara.

Nació en Tizimín, de Miguel Vergara y María del Cármen Estévez, el 19 de marzo de 1,810. Hijo del pueblo proletario, su humilde y sucesiva exsistencia de niño, jóven, esposo y padre, transcurrió laboriosa y tranquila en el hogar doméstico, consagrada exlusivamente á sustentar á su familia con su trabajo personal. El 29 de Marzo de 1,839, don Santiago Imán inició la célebre revolución de 1,840 y arrastró á ella á su compadre Vergara. Era la primera vez que éste empuñaba el fusil del guerrero, y desde entonces no lo soltó un solo momento, hasta sucumbir como un héroe, quince años después. Sigamos á ese ilustre soldado en su gloriosa carrera. Militó y se distinguió siempre por su arrojo y astucia en toda la memorable campaña se 1,840: en Campeche se le nombró primer Ayudante: en aquellos tiempos, los ascensos se conquistaban con hazañas, no con favores ni servilismo, y cada grado marcaba una etapa en el sendero de la gloria: combatió en la guerra de independencia en 1,843, entre los primeros, y desde entonces fué leal y denodado servidor del Gobierno establecido, repugnando siempre la guerra civil. Estalló la rebelión indígena en julio de 1,847 y fué uno de los primeros lanzados en persecusión de los indios sublevados, recibiendo en uno de tantos combates que libró y en que casi siempre salió victorioso, una peligrosa herida en el bajo vientre: apenas convaleciente, volvió á empuñar las armas. En noviembre de 1,847, fué uno de los principales jefes que á las órdenes del coronel D. Eulogio Rosado tomó parte activa en la memorable jornada á inmediaciones de Valladolid, en que el jefe insurreccionado D. José Dolores Cetina, al frente de una brillante división, fué derrotado por tropas del Gobierno en menor número, acaudilladas por el Coronel Rosado. Siendo Vergara uno de los más valientes campeones del Oriente, era siempre escogido para las expediciones más peligrosas á que dió feliz cima: combatió en el cerco de Valladolid y cuando esta ciudad sucumbió en marzo de 1,848, levantó el campo entre las tropas del coronel León

y durante aquel espantoso y sangriento paso de las horcas caudinas, siempre acudió en donde más se encarnizaba la lucha. En Espita se separó, y en compañía de su familia se dirigió á Tizimín, su villa natal. Cuando llegó á ella, una profunda tristeza oprimió su corazón: Tizimín estaba desierto: un silencio sepulcral, y una fatídica soledad reinaban allí donde poco antes bullía alegre y laboriosa multitud. Ya el capitán Molas, al saber la caída de Valladolid y abandono y pérdida total del Oriente, había levantado su campo el último y marchado á Ríolagartos. Vergara con su esposa é hijos, prosiguió tristemente su camino y se reunió á Molas en aquel puerto. Combatió, denodado como siempre, en el terrible asedio de la población y luego marchó con los demás á Mérida, mientras su familia era conducida á Campeche.—Entretanto, Izamal cae también en poder de los bárbaros: el Sur, Oriente, centro y costas del Estado se extremecen bajo las pisadas del indio sublevado que incendia sus templos y sus casas, destruye sus riquezas y degüella á sus habitantes: la más espantosa desmoralización invade las masas desde el hidalgo indígena que transporta en sus espaldas los bagajes de nuestras tropas, hasta el Gobierno del Estado que se prepara á huir á Campeche abandonando á nuestra hermosa Capital, cuyas torres saluda ya el rebelde aborígena á pocas leguas de la ciudad: las tropas se insubordinan, se desbandan ante las chusmas rebeldes; los jefes vacilan y sienten abatirse su ánimo...... Pero un hombre enérgico, secundado por un grupo de valientes, salva la situación: el coronel D. Juan José Méndez reorganiza su sección reforzada por los orientales que acababan de llegar de Riolagartos, logra contener en parte la desmoralización, y soldados de la 4a. división de operaciones, de que es jefe, avanzan y reocupan Izamal, abandonado ya de los indios: nuestros bravos se lanzan en pos de éstos, les alcanzan en Tunkás, les sitian, les destrozan y este pueblo, contra el parecer del General en jefe Llergo, queda constituido en cantón avanzado.

—¡Guerra sin cuartel!"—habían aullado los bárbaros.
—"Guerra sin cuartel!"—respondieron los nuestros recogiendo el guante.

Oh! y qué bien cumplieron su promesa unos y otros! Qué de escenas crueles y repugnantes, mezcladas con actos de heroismo! La pluma se resiste á escribir y el corazón se indigna y se avergüenza al recordar ciertos pormenores de aquellas campañas épicas. Sí, nuestros jefes y soldados, los campeones de la civilización, no tuvieron qué echar en cara nada á los indios, llamados salvajes, en punto á cruel-

dad y barbarie! Ni podía ser de otra manera, en vista del género de guerra que se hacía: cuán terrible, pero cuán inevitable es la ley de las represalias!—Pero, perdóneseme la disgresión y reanudemos el hilo de nuestro relato. Vergara corre entre los primeros sobre el bárbaro rebelde: apenas ocupado Tunkás, expediciona sin cesar, cae con la celeridad del relámpago sobre Cenotillo y hace ochenta y nueve muertos y dispersa completamente á los indios parapetados allí. Marcha sucesivamente sobre Labchén y Tacchebilá y donde quiera que hay enemigo, todo lo arrolla, todo lo destroza, nada le resiste, siempre vuelve victorioso y cargado de botín y ya el indio tiembla de odio y de terror al solo nombre de Vergara. Pero las brillantes operaciones de la 4a división son interrumpidas por la órden de replegarse para la ocupación de Peto: nuestros bravos obedecen con pena: Vergara ascendido á teniente coronel, es disparado como una bomba sobre Progreso y Dzonotchel, que toma á la bayoneta: marcha en seguida sobre Tihosuco, en la primera división que comandaba el coronel Zetina y establecido allí el campamento, emprende una serie de incursiones en que el infatigable campeón, el soldado de hierro alcanza siempre éxito favorable, gracias á su arrojo y astucia: conoce ya mucho el sistema de guerra de los indios y su sagacidad le hace triunfar sobre sus terribles emboscadas y ruines estratagemas. Por aquel tiempo, nuestro héroe sufrió una gran mortificación, castigo de una falta, acaso la primera que cometía de ese género. Era á fines de 1,848: Culumpich, hacienda del célebre caudillo indígena Jacinto Pat, cuatro ó cinco leguas al Sur de Tihosuco, era uno de los principales campamentos de los rebeldes: allí había víveres de que carecían nuestros soldados y rico botín. Vergara es escogido para ir á tomar aquel punto con una sección: marcha sin vacilar, llega, y se lanza al asalto. Los indios resisten con brío parapetados trás los corrales, la noria, en la casa principal y demás paredes, pero cargados con vigor por las tropas, al fin huyen en dispersión y los nuestros, descuidando su persecusión, se arrojan ávidos sobre el botín, hambrientos y haraposos como estaban. Un momento después reinaba entre las tropas el mayor desórden: casi todas se habían entregado á la pasión del licor que allí abundaba, y vagaban acá y allá vacilantes: los indios que acechaban y tal vez esperaban este momento, caen entónces sobre ellas con furor, las sitian, las dispersan y se ceban en ellos: un solo capitán—dice el historiador Baqueiro—ha conservado su buen juicio, ha conseguido reorganizar una pequeña fuerza, y cubriendo generoso la retaguardia de sus herma-

nos contiene al enemigo: entretando, la noticia vuela á Tihosuco, y el Coronel Pren con trescientos hombres llega, procura detener la derrota, reunir á nuestros soldados extraviados ó aletargados bajo el campo, recoge las armas tiradas, aquí y allá, y uniéndose á Vergara, á quien encuentra con algunos compañeros en el rancho Macal, corre á socorrer al intrépido capitán que ha sabido guardar el decoro de las armas yucatecas. Siento no conocer, como el Sr. Baqueiro, el nombre de aquel bravo capitán para consignarlo en estas pobres líneas.—En seguida Pren y Vergara atacan de nuevo á Calumpich y los indios son otra vez derrotados y dispersados. Desde aquel día, cruelmente mortificado el teniente coronel Vergara, fué modelo de órden, sobriedad y valor. Continuó en activo servicio sin más reposo que el que le exigían las nobles heridas que recibía en el combate. A principios de 1,850, mil hombres comandados por el coronel Méndez verifican una brillante expedición á Cruzchén, cuartel principal de los indios: Vergara, Molas y Peniche Gutiérrez, fueron los jefes de las tres secciones en que se dividió la fuerza y que se coronaron de gloria por las magníficas hazañas que realizaron en esa incursión, cuyo éxito fué aplaudido por todo el Estado.—Un día se encontraba Vergara en Chemax; la mayor parte del vecindario oía misa: de repente se escucha una gran gritería y una nube de indios cae sobre la población: las familias, se acogen al templo por instinto, la corta guarnición huye sorprendida. Vergara y algunos compañeros, recuerdan que hay cajas de parque y armas en el cuartel; corren allí, abren á patadas una de ellas y ocupando las dos únicas entradas del cuartel que se levanta sobre un cerro, se defienden heroicamente; mientras unos cargan con rapidez las armas, las iban descargando Vergara y los otros. Esta audaz resolución dió tiempo á que se reorganizara la guarnición y regresase al socorro de nuestros valientes, y rechazasen á los invasores. Vergara, aunque herido en el dedo meñique y perdiendo sangre, capitanea la tropa reunida, corre en persecusión de los indios, les alcanza y derrota, y vuelve victorioso: pero él volvía en camilla, porque había sido gravemente herido. Era la séptima herida que recibía de los indios.—Llegó el mes de septiembre de 1,853: el 15, el capitán Crescencio Cortés, por librarse de un proceso en que estaba envuelto, festina la revolución preparada, pronunciándose antes del tiempo acordado: Molas, Ruz, Cepeda Peraza y otros, puestos en el disparadero por este suceso, se ven en la precisión de secundar el movimiento en Valladolid: allí residía y servía Vergara. Molas fué personalmente á su casa á invitarle y luego á supli-

carle que les acompañase: Ruz, Cepeda Peraza y sus demás hermanos de armas tuvieron igual empeño, pero Vergara se negó con dulce firmeza.

—Señores,—les decía—van W. á salir mal: por otra parte, he consagrado mi vida á servir á mi patria contra los indios y por ella derramaré hasta la última gota de mi sangre; pero para la guerra civil, nó, perdónenme W., no quiero pelear con mis hermanos."

Pocos días después oyó el rumor de la catástrofe que sufrió la revolución ante los muros de la Capital y bajo el látigo del cólera, y vió llegar á los dispersos de aquel brillante y entusiasta ejército que levantara Molas.

—Ah! se los dije,—murmuró Vergara con tristeza, porque al fin amaba á sus compañeros de gloria y sufrimientos.

Ya por aquel tiempo la guerra social estaba casi terminada en el Oriente. Los indios habían sido reducidos á sus guaridas de Chan Santa Cruz y apenas una ú otra partida solía inquietar á nuestros pueblos, procedente de Kantunil y Yokdzonot. A principios de 1,854 se organizó una expedición á Chan Santa Cruz con trescientos hombres, poco más ó menos, al mando de los Jefes Ruz y Vergara. Por caminos extraviados y casi siempre bajo el campo, pudieron llegar á aquel punto y calleron como un rayo sobre los indios que huyeron despavoridos: pero éstos se rehicieron y reuniendo á sus tropas á toque de rebato, sitiaron á nuestros atrevidos expedicionarios. Estos les resistieron y rechazaron en varias salidas, y después de algún tiempo y valiéndose de ingeniosos ardides, levantando el campo y por medio de una hábil retirada entre los bosques, volvieron victoriosos á su punto de partida.—Estimulados por este feliz éxito, los mismos jefes organizaron poco después otra incursión con igual número de tropas aproximadamente. La familia y amigos de Vergara le aconsejaban que descansara y se retirase del servicio: que no fuese á aquella campaña: que viese que tenía esposa é hijos que en su gran pobreza no tenían más amparo que él.

—Nunca!—respondía,—antes que la familia está la patria y he jurado luchar hasta que termine la guerra de indios ó perecer en ella: mi vida pertenece á mi país.

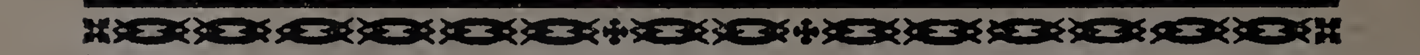
Veamos cómo cumplió su juramento. Nuestros valientes llegaron de nuevo á Chan Santa Cruz, arrollando cuanto obstáculo les impidió el paso, y los indios exacerbados, dícese que protestaron exterminar á la audaz columna invasora y envenenaron las únicas fuentes de agua de la población, lo que produjo en los nuestros una enfermedad seme-

jante al cólera: pero otros aseguran, y es lo más probable, que no hubo tal envenenamiento y que nuestros soldados se contagiaron del terrible azote que entonces hacía estragos entre los indios, según las muchas sepulturas que se encontraron y declaración de varios prisioneros. Los rebeldes sitiaron aullando de rabia á los que por dos veces, en poco tiempo, se les metían en su casa: se libraron encarnizados combates en que los nuestros vencían, volviendo los indios infatigables á ocupar sus trincheras después de cada derrota. Vergara, viendo que la columna menguaba bajo el plomo y machete del bárbaro y la guadaña del cólera, aconsejó á Ruz que emprendiera la retirada, pues aún era tiempo. El indómito Ruz le replicó que no se volvería hasta escarmentar por mucho tiempo á aquellos salvajes: Vergara, temiendo se dudase de su valor, calló y no dijo nada más. Pero llegó un día en que los mismos jefes Ruz y Vergara se sintieron acometidos de la peste infernal. Entónces se resolvió la salida, y nuestros extenuados soldados levantaron el campo de noche y en silencio: pero á poco espacio fueron alcanzados por los indios que cayeron sobre ellos como un alud. Nuestro valientes pelearon como leones, hicieron prodigios de valor, pero los más estaban enfermos y eran uno contra cinco por lo menos. Ruz y Vergara, fuertemente atacados del cólera, lucharon y se mantuvieron en pié hasta el último momento, pero al fin, cayeron uno al lado del otro y se miraron los rostros con sombría desesperación: Vergara estrechó la mano que le tendió Ruz y no le dirigió ni una palabra de reproche.

—Agua, agua— pedían á los soldados; pero no la había, ni podía encontrarse.

Estas fueron las últimas palabras que oyó un sargento que peleaba junto á ellos. Nuestras tropas, al ver caer á sus jefes, tiraron sus armas y se lanzaron al bosque, y mientras una parte de los indios se ensañaba en su persecusión, un grupo de ellos que distingió á Ruz y Vergara exánimes, sobre una piedra tendidos, se precipitó sobre ellos exhalando un rugido de feroz alegría....... Nada más llegó á saberse de ellos. De la columna expedicionaria, pocos regresaron y no supieron la suerte que cupo á sus jefes.—Tal fué la muerte del Teniente Coronel José María Vergara: había cumplido su promesa de no dejar las armas hasta morir ó terminarse la guerra social: había sucumbido como sucumben los héroes.—Hijo del pueblo pacífico y laborioso, y confundido en la oscuridad hasta la edad de 30 años, empuñó las armas en 1,839 y con su gran valor y astucia en la guerra, se conquistó, sin recibir favor de nadie, un grado elevado en

la clase militar, un honroso puesto en sociedad y su reputación de héroe es justamente admirada. Desde la revolución de 1,840 á que le arrastró su respetado compadre Imán y la guerra de 1,843 en que peleó como buen yucateco por el honor del país, Vergara no volvió á tomar parte en ninguna guerra civil, negándose á seguir hasta á sus queridos hermanos de armas Molas, Cepeda Peraza y Ruz, en 1,853. Siempre fué leal servidor del Gobierno que le empleaba. Había consagrado su existencia á la guerra social, como él mismo decía. Vergara fué siempre un soldado ejemplar: respetuoso con sus superiores, bueno y cariñoso con sus inferiores, jamás adquirió esos vicios funestos y vergonzosos que tan frecuentes se hicieron entre nuestros campeones de la guerra social, como el juego y el abuso del licor; ni tomó parte en la escandalosa ocultación de botín de aquellos tiempos, como lo prueba el que después de su muerte, mientras otros con ménos méritos que él, se habían enriquecido en la guerra y gozaban entónces de dulces comodidades, su esposa é hijos que vivían en la mayor pobreza, bajaban de Valladolid á Tizimín y mendigando casa para habitar, buscaban la precisa subsistencia con el sudor de su frente. Por fin, y después de árduos empeños, el Gobierno señaló á su viuda una módica pensión cada mes, desde hace algunos años, pensión que aún disfruta hoy, si bien no siempre con puntualidad. Hé allí la única recompensa concedida hasta este día á la memoria del benemérito Teniente Coronel José M. Vergara que tan importantes servicios prestó á su patria, sin que ésta le debiese el menor disgusto. Ojalá que más adelante se haga cumplida justicia á nuestro héroe de la guerra social!



Coronel Narciso Virgilio y Comandante de Batallón Pedro Salado.

Voy á ocuparme simultáneamente de estos dos distinguidos campeones de la guerra de indios, puesto que contemporáneos, militaron siempre juntos y perecieron en la misma jornada. Virgilio nació en Sucopo tres leguas al Este de Tizimín, por los años de 1,826 á 1,827, de D. Juan Virgilio y Da. María Antonia del Canto. Salado era cuatro ó seis años menor que él, nació en Tizimín y fué hijo natural de Da. María Salado. Virgilio inició su carrera militar en el asedio de Río Lagartos en Marzo de 1,848, en clase de subteniente, al consumarse la emigración del Oriente ante las hordas desvastadoras de la sublevación indígena, y Salado en la restauración, con el mismo grado. Al verificarse la reconquista del Oriente, ambos ingresaron á la 4a. división y tomaron parte y se hicieron notables por su arrojo y juvenil entusiasmo en todos los rudos combates que libró aquella célebre división, mereciendo ser sucesivamente ascendidos en la graduación militar. Ocupado ya el Oriente, marcharon siempre á las frecuentes y peligrosas incursiones que se hacían al campo enemigo, con el fin de destruir los focos de rebelión que aún existían. Ambos se hicieron célebres y terribles entre los indios por su intrepidez y sagacidad en conocer el rastro del enemigo y astucia en perseguirle, sobresaliendo Salado por sus fuerzas hercúleas y su agilidad en la carrera que hacía no se le escapase indio que veía huir de lejos, lo que le valió entre sus compañeros el epíteto de **perdiguero** ó cazador de indios. Ambos, en fin, coadyuvaron notablemente á la reconquista y pacificación del territorio hasta los confines de nuestras playas orientales, y alcanzaron el grado de Coronel, Virgilio, y Comandante de Batallón, Salado. Acompañaron á Molas en la revolución de 1,853, le siguieron hasta Holbox después de la derrota, y ya al ocuparme de ese infortunado paladín, he referido cómo separados de él por la mano de la fatalidad, pudieron regresar á Tizimín en compañía del

Teniente Coronel V. Pérez Virgilio y ocultarse bajo los bosques, huyendo de las órdenes de muerte dictadas contra ellos. Pérez Virgilio y Salado se refugiaron hacia Panabá, y Virgilio y algunos oficiales más, al Oriente de Tizimín, separándose para mayor seguridad. Nuestros proscritos supieron casi al mismo tiempo la prisión, rápido proceso y ejecución de Molas. Cuéntase que Virgilio, pariente del héroe-mártir, lloró de indignación y juró vengarle **así vendiese para ello su alma al diablo.** Entónces en su furor y despecho, pensó en los indios acampados en Xmabén, que permanecían en actitud hostil, aunque ya se iniciaban tratados de paz con ellos. Los oficiales Valencia, Moguel y Gío, compañeros de Virgilio, marcharon á Xmabén y pocos días después entraban en Sucopo al frente de cuatrocientos indios, y una comisión iba á avisar á Virgilio en su escondite. Virgilio se unió á ellos, aceptó las proposiciones que el general indígena Clemente Uch le hizo, recogió á los soldados de Sucopo y emprendió su marcha sobre Tizimín. Una columna de cincuenta hombres, destacada en descubierta de esta plaza, se le incorporó apenas le divisó y en la mañana de un domingo, 8 de Diciembre de 1,853, hizo su entrada en Tizimín después de una leve resistencia que pudo hacer la escasa guarnición, al mando del capitán Atanasio García, y en la que murieron el sargento Antonio Hernández de aquella villa y otro sargento Nájera, de una pequeña fuerza foránea. Entretanto los vecinos estaban alarmados, aterrorizados, al ver invadida la villa por aquellas tropas, en su mayor parte de mayas rebeldes, y á pesar de los desesperados esfuerzos de Virgilio por tranquilizarlos, todos huyeron de la población: los indios de la comarca acudían y formaban, no en las filas de los soldados, sino en las de sus hermanos de Xmabén. El general Uch, conociendo su superioridad, aumentaba sus exigencias y aún dícese que reclamó el mando en jefe de las fuerzas. Entónces Virgilio comprendió la enormidad de su falta y se asustó y tembló al medir sus consecuencias, al contemplar el horrible precipicio que se abría á sus piés. Estaba desesperado, arrepentido y pidió consejo á sus paisanos, doblando la frente ante sus justos reproches, escuchando con respeto sus reflexiones, especialmente las del Sr. D. Manuel Pérez Correa, á quien amaba y respetaba en extremo. Entretando, la noticia de estos sucesos había volado con celerilidad eléctrica de Tizimín á Espita, de ésta á Valladolid y de Valladolid á la Capital: el Oriente se había extremecido de espanto é indignación y todo el Estado se había sobresaltado. El Teniente Coronel V. Pérez Virgilio y Salado habían acu-

dido y buscaban el modo de conjurar aquella tempestad imprudentemente provocada por Narciso Virgilio. Este estaba en un potro...... Al fin, tomó una resolución suprema y procurando ganar tiempo para que el General Martín Peraza, Comandante de Valladolid, organizase tropas y viniese en su auxilio, propuso al general Uch que fuesen á Calotmul á recoger más soldados: Uch, deseando proseguir desde luego la campaña, aceptó: en Calotmul pasaron un día y Virgilio, ya con ciento cincuenta ó doscientos soldados suyos, hizo vér á su aliado que todavía eran pocos para marchar sobre la ciudad de Valladolid y que debían regresar á Tizimín para reunir más tropas, de allí pasar á Xmabén á engrosar sus filas y entonces dirigirse á Chemax y marchar en seguida sobre Valladolid. Regresaron, pues, á Tizimín y se dispuso que saldrían para Sucopo en la tarde del 11 de Diciembre.—Voy á intentar bosquejar la escena terrible que entonces tuvo lugar. Téngase presente que las tres cuartas partes del costado Norte de la plaza principal están ocupadas por las galerías y piezas interiores de la casa municipal, y que entónces, como hasta hoy, allí se encontraba el cuartel de armas. Llegó la hora de marcha: los indios, que evitaban mezclarse con nuestros soldados, formaron delante de esas galerías, dando frente al Sur, á las dos ó tres de la tarde del referido 11 de Diciembre, para recibir el **rancho**, pasar revista de armas y emprender luego su camino. Las tropas de Virgilio permanecieron en el interior: después del **rancho**, un oficial de Virgilio practicó la revista de armas, y con pretexto de órden y disciplina hizo que los indios que formaban dos en fondo se apiñasen de tal manera, que parecían una sola masa. Eran, como he dicho, las dos de la tarde: una fatídica soledad y un triste silencio apenas interrumpidos por la presencia y el rumor de las tropas, dominaban en la plaza y en toda la población: las puertas todas estaban cerradas, las plazas y calles desiertas: sólo había vida y movimiento en el cuartel: parecía que iba á acontecer algo espantoso: aquella profunda y sombría calma anunciaba una tempestad. Terminada la revista de armas, las tropas de Virgilio salieron á formar á la cabeza de la columna, pues el general Uch, desconfiado como todos los de su raza, había exigido que nuestros soldados marchasen á vanguardia. Al formar nuestros soldados, á la cabeza de la columna de indios, es decir, al extremo occidental de la línea tendida de Oriente á Poniente, no cupo en la línea recta toda nuestra tropa, y faldeando las casas del costado Oeste de la plaza, dió vuelta hacia el Sur, formando martillo. Los indios eran más de cuatrocientos y los nues-

tros más de doscientos: el general Uch había ya entrado en su **koché**, porque rudamente atacado del cólera, aun estaba enfermo y débil. Virgilio, situado en el lugar más visible, dió la órden de marcha: nuestras tropas que encabezaban la columna se pusieron en movimiento hacia el Oriente, desfilando á seis ú ocho pasos no más de la línea de indios: como sucede en tales casos, ya los nuestros todos caminaban frente á los indios y éstos no habían dado un paso: de repente, Virgilio que á caballo marchaba delante de la columna, se llevó la mano al sombrero y le dió media vuelta sobre su cabeza: nuestra columna que tenía clavadas en él sus miradas, hizo alto: Virgilio se quitó entonces el sombrero, y los fusiles de nuestros doscientos ó doscientos cincuenta soldados se tendieron rápidamente sobre la compacta línea de indios, y antes que éstos, sorprendidos, se diesen cuenta de lo que pasaba, resonó una descarga cerrada y media columna indígena rodó por tierra inmóvil ó revolcándose entre su sangre: la otra media aterrorizada, despavorida, echó á correr, pero nuestras tropas calleron sobre ellos, machete en mano y bayoneta calada. Los pobres indios no pudieron, no pensaron defenderse, no acertaron á disparar un tiro ni usar de sus otras armas: el general Uch fué asesinado en su litera que le incendiaron encima: otro hermano suyo y varios caudillos también fueron macheteados. Cuéntase que el general Uch, que era un indio de inteligencia despejada y agradable conversación, al ver lo que pasaba y recibir el primer machetazo, tuvo tiempo de exclamar:

—Ah! D. Narciso, para esto nos mandaste buscar! Y yo que te creí un caballero!

La carnicería fué horrible: los indios fueron perseguidos y asesinados en las calles, en las casas, pozos y cuevas en donde intentaron refugiarse; más de trescientos cadáveres se recogieron y fueron arrastrados al campo al día siguiente: aquello fué las vísperas sisilianas, el San Bartolomé de Tizimín.......! En la mañana del 12, hizo su entrada el General Peraza que venía de Espita con cuatrocientos hombres y se horrorizó al ver la hecatombe: cinco mulas estuvieron todo el día arrastrando cadáveres que empezaban á corromperse, para tirar al campo. El capitán García, comandante de la plaza, fué por órden del General á sacar á Virgilio y al teniente coronel V. Pérez Virgilio de su escondite y se los presentó: el General les abrió los brazos. Ay! cuán caro le costaba el perdón al coronel Narciso Virgilio!—Sean quienes fuesen los indios de Xmabén, acababan de ser víctimas de una traición horrible, de un espantoso

asesinato que subleva los corazones honrados. Ruboricémonos, sí, pero cuando se escribe historia se debe ser imparcial y severo. Los indios no se habían ofrecido, no estaban como enemigos, al contrario, habían sido llamados, se les había ido á buscar y habían venido, mediante condiciones, confiados en la buena fé y caballerosidad de los que les llamaban. Acaso aceptaron la invitación con secretas siniestras intenciones, pero todavía no las habían manifestado, no había un dato para condenarles. No, Virgilio en su indignación por la muerte de su pariente el desgraciado Molas, ciego de despecho, y cuéntase, que instigado por una valiente hermana de aquél, llamó á los indios, como D. Julián llamó á los moros á España, furioso por el ultraje de D. Rodrigo, si hemos de crer la leyenda; luego Virgilio conoció con espanto su involuntario crimen de lesa patria, pero ya era tarde y para conjurar las terribles consecuencias que pudiera producir aquella falta, tuvo qué cometer otra, una gran falta, oh sí, una gran falta contra la lealtad y la humanidad! Cuán funestos resultados suele dar la inmoderada satisfacción de las pasiones!—Salado fué llamado y perdonado por su participación en la revolución de 1,853: ni él ni el teniente coronel V. Pérez Virgilio habían tomado el menor participio en lo del llamamiento de los indios: en cuanto á los oficiales Valencia y Gio que les trajeron de Xmabén, fueron presos, procesados y remitidos á San Juan de Ulúa á cumplir la pena impuesta á su delito.....—Después de este terrible drama, Virgilio y Salado prosiguieron sus servicios militares en las expediciones sobre el campo enemigo: parece que marcharon á las dos incursiones de Ruz y Vergara á Chan Santa Cruz, y fueron de los pocos que se salvaron en la segunda. Sobre este punto, la tradición es dudosa. Llegó el año de 1,860 y se emprendió á las órdenes del coronel D. Pedro Acereto la célebre y desastrosa expedición á Chan Santa Cruz: Virgilio y Salado formaban en sus columnas: esa campaña casi contemporárea es generalmente conocida. Acereto entró victorioso á Chan Santa Cruz con sus mil ó más hombres, pero dícese que se durmió sobre sus laureles y en vez de batir y perseguir sin tregua á los indios y destruir sus guaridas, se estacionó en la plaza y dió tiempo á que se reuniesen en tanto que sus oficiales y soldados se entregaban al inmoral vicio del juego. Tengo ante mí una carta original del coronel Narciso Virgilio, fechada en Chan Santa Cruz á 23 de Enero de 1,860, dirigida á un individuo de su familia, y paso á copiar literalmente algunos párrafos que pintan la situación de las tropas en aquellos luctuosos días, sin corregir ni variar en nada los

términos en que están concebidos, para no profanar la originalidad de este precioso documento:

"El día 11 entramos aquí, dice Virgilio, como á las doce; en la entrada, murió José Cordero y un cosaco, y siete heridos entre ellos Luciano Romero, José Och mal herido. El día 13 salí con quinientos hombres para ir en un rancho llamado Yoklaguna distante dos leguas de esta plaza, antes de llegar en dicho rancho me hirieron un oficial que es el hijo de don Mariano Quijano, y al regresarlo á esta plaza con doscientos hombres los indios les cayeron á dichos doscientos hombres y les hicieron 6 muertos y quince heridos; el día 17 entré sin novedad; el día 18 salí con 400 hombres á batir á los indios que están frente de uestra línea; solamente pude corretearlos hasta media legua y les hice ocho muertos entre éstos al General Zapata á más otros nueve muertos y diez y nueve heridos. El día 20 salió Pancho Osorio con 400 hombres y sólo pudo quitarlos en tres trincheras; cuando oí el fuego vivo tomé 100 hombres, fuí á protegerlos, cuando llegué con la fuerza que se estaba batiendo, ya habían entrado en dispersión; inmediatamente con los 100 hombres los contuve, ese día nos mataron á un capitán y 11 soldados y 23 heridos; entre los heridos dos oficiales de Valladolid, es decir, desde el 11 que entramos aquí hasta la fecha tenemos 65 heridos y 27 muertos, y los indios todavía están frente á nosotros, es decir, estamos medio sitiados, nuestros soldados se han acobardado y los indios muy bravos en sus trincheras no hemos podido derrotarlos...... Ruega á Dios por nosotros porque quién sabe si nos volveremos á ver pero espero en María Santísima que he de volver: aquí nadie dá cinco por su vida, así es que te encargo cuides mucho á la familia porque á la larga si no nos matan los indios nos dejarán plantados nuestros soldados, porque anoche descubrí que se iban á desertar 100 hombres, inmediatamente procedimos á la averiguación y declararon todos que los habían engañado por un cabo, inmediatamente dicho cabo fué pasado por las armas y los otros llevaron á 200 palos, con todo este castigo se nos desertaron 24 esa misma noche, así es que estamos comprometidos, los indios á la larga nos sacarán de aquí, ellos no quieren dejar esta población porque es bien grande, la iglesia es casi como la de esa villa tienen como 20 casas de cimiento y otras tantas de ripio, saluda á todos los amigos, díles de mi parte que estamos perdidos no podemos con los indios; los jefes y oficiales unos á los otros se ven las caras y hay algunos que se dan por enfermos, ya verán que en doce días que estamos aquí ya tenemos cerca de cien hom-

bres muertos y heridos.—Rueguen por nosotros á Dios; adios todos y todas. Son las ocho hora en que están tocando retreta los indios con sus cornetas y cajas una cuadra de nuestra línea.......'' Doblada la carta, se lee en la parte opuesta al sobre de la dirección, lo siguiente: ''Estando poniendo el sobre de ésta, que son las diez de la noche han rompido el fuego los indios sobre nuestra línea, que quisieron entrar en cinco caminos y fueron rechazados, no duró más que media hora de fuego vivo, por nuestra parte no tuvimos novedad.—Virgilio—rúbrica.''

Tal es la desconsoladora descripción que á su modo hace de la situación de nuestras tropas en Chan Santa Cruz el 23 de enero de 1,860, uno de nuestros más valientes paladines: el lenguaje de Virgilio revela el supremo abatimiento de su espíritu, el mismo sin duda de todos sus compañeros. Oh! en aquel estado de ánimo y cercados por nubes de indios feroces é implacables, con cuarenta leguas de desierto entre ellos y el primer punto ocupado por los nuestros y sin la menor esperanza de socorro.......! Pocos días después de esta fecha, empezaron á llegar á Tihosuco, Peto y demás lugares fronterizos, los restos de la brillante División que llevára Acereto, pálidos, hambrientos y desnudos. Los presentimientos de Virgilio se habían cumplido: las tropas de Acereto diezmadas, desmoralizadas y privadas de recursos, levantaron el campo y salieron en órden: pero á poca distancia, tenazmente perseguidas, escoltadas por los indios, cayeron en una grande y terrible emboscada, rompieron filas, arrojaron sus armas para huir mejor y tiraron al campo, cada cual como pudo, extraviánse bajo el bosque los que no perecieron bajo el machete del bárbaro: la derrota fué espantosa, fué una carnicería: Virgilio y Salado desaparecieron: no volvió á saberse nada de ellos. Circuló entonces el rumor de que reconocido Virgilio por los indios que sabían el degüello de sus hermanos de Xmabén en Tizimín, le martirizaron cruelmente y le lidiaron como se lidia un toro, obligándole á embestir, género horrible de muerte que también se dijo cupo á Salado. Si eso fué verdad, terrible fué la represalia. Dios le habrá juzgado yá: la sociedad le ha absuelto y bendice la memoria de los héroes mártires de la guerra social. Paz á sus espíritus!

Coronel Victoriano Rivero.

Nació en Valladolid por el año de 1,812, poco más ó ménos, hijo de D. Miguel Rivero y Da. Juana Vega. Hasta el año de 1,847, su existencia la consagró al trabajo, teniendo muy poca ó ninguna ingerencia en las cuestiones políticas que se sucedían unas tras otras en aquella época de aciaga memoria. Fermentaban entonces en Valladolid las odiosas é imprudentes rencillas domésticas que dieran por fruto, por legítimo resultado, la tragedia del 15 de Enero. Los que vivían en el centro y se titulaban **aristócratas,** trataban con gran desprecio á los que vivían en los barrios y les llamaban **plebeyos.** Estos no debían presentarse, por dignos y honrados que fuesen, en bailes, fiestas, saraos, etc., de aquellos, ni aspirar á la mano de alguna de la clase de **sangre azul**; y si se atrevían, eran lanzados, rechazados con escándalo, con vejación. Y los **barrianos** sufrían en silencio, devoraban ultraje sobre ultraje y almacenaban en su corazón la hiel que gota á gota destilaban en él su vergüenza y humillación: dícese que en ocasiones dadas, solían usar de represalias; pero ellos llevaban la peor parte, pues la autoridad y la fuerza legal estaban en manos de sus contrarios. Funestos, sí, mil veces funestos errores que tan caros pagó luego la infortunada Valladolid, sin distinguirse entónces los inocentes de los culpables......!

El Sr. V. Rivero era bondadoso y pacífico, honrado y laborioso; pero había nacido en el barrio, era hijo del pueblo y le comprendía el desprecio á su clase, desprecio que soportaba con digna resignación.

Llegó el año de 1,847: á consecuencia de la revolución iniciada en Campeche el 8 de Diciembre de 1,846, Trujeque y Vázquez, caudillos partidarios de ella en el Oriente, pusieron sitio á Valladolid, defendido por trescientos hombres, no más, á las órdenes del valiente teniente coronel Venegas, el 13 de Enero: los sitiadores eran tres mil poco

más ó menos: todos ó la mayor parte de los vecinos de los barrios, corrieron á alistarse bajo las banderas de Truje--que: había sonado para ellos la hora de la venganza. ¡ay! y cuán cruel la tomaron, cuán bárbara fué esa venganza! ¡qué bien les ayudaron los indios que formaban la mayor parte de las tropas sitiadoras! El 15 se dió el asalto general: en lo más recio del combate, Venegas iza la bandera blanca, pero nadie la vé ó no la quieren ver, resuena como la trompeta del arcángel del exterminio el toque funeral del degüello y....... la historia y la tradición refieren con horror aquella espantosa jornada!—Cuéntase que Rivero formó en las filas de Trujeque: pero si tomó parte en el combate, no es probable que se haya manchado con el crimen, conocida como era la honradez de su carácter.—Después de aquel horrible drama y victoriosa la revolución, Rivero fué nombrado coronel del batallón "Constitución" que se formó de las compañías de los tres partidos del Oriente.—El 30 de Julio de aquel mismo año, Cecilio Chí lanza el grito de insurrección en Tepich y recorre la comarca de Valladolid incendiando, destruyendo, degollando cuanto encuentra en su camino. Rivero, Vergara y otros jefes son disparados en su persecusión y se cubren de gloria.—En Noviembre, el jefe pronunciado Cetina se presenta á inmediaciones de Valladolid y la ataca á la cabeza de un brillante ejército: Cetina, por falta de uniformidad en el ataque, por descuido, es completmente derrotado. El coronel Eulogio Rosado mandaba la guarnición de Valladolid y el coronel Rivero fué uno de los principales y más valientes defensores de la ciudad. —En Eenero de 1,848, las hordas de indios se aproximan á Valladolid: tiene lugar un encarnizado combate en Ti--kuch el 3, y el coronel Rivero marcha voluntario al socorro de sus hermanos: la hacienda San Lorenzo, Chichimilá y otros lugares á donde incursiona, son teatro de nuevas hazañas del infatigable Rivero: los bravos hijos de Valladolid, cuyo cariño y simpatías ha sabido captarse, se agrupan á su alrededor y le siguen con fé á donde quiera que vá. El 19 los indios se presentan en el suburbio de Santa Ana y en el primer empuje llegan hasta cuadra y media de la plaza principal de la ciudad: Rivero, con una sección de sus paisanos se arroja á su encuentro, les asombra con su valor y los rechaza hasta los confines de la población: entonces comienza el sitio: el coronel A. León es el jefe de la plaza: Rivero se multiplica, acude á donde es mayor el peligro, vence de nuevo en Chichimilá, atiza sin cesar el entusiasmo y la confianza en los defensores de la plaza y en las

familias que empiezan á aterrarse, sacrifica sus intereses, usa de sus influencias para que no falten recursos, y es el jefe predilecto de León. El 7 de Marzo, enardecido por su último triunfo en Chichimilá, Rivero pide marchar y marcha con trescientos hombres sobre Dzitnup, uno de los cuarteles principales de los indios: arrolla y dispersa al enemigo que le disputa con furor el paso, salta sobre sus trincheras, neutraliza con su heroismo sus terribles emboscadas, pues aún no había prestigiado el capitán Andrés Romero, de Tizimín, el **flanqueo**, entra en el pueblo y liberta al cura Villamil, prisionero entre los indios: pero éstos furiosos, se aglomeran en grandes masas alrededor de Rivero y juran su exterminio. Rivero no puede permanecer en Dzitnup, y emprende su regreso á Valladolid, abriéndose paso entre las nubes de enemigos que le caen encima con espantosa gritería: pero no es posible resistir, no es posible guardar el órden: la superioridad numérica de los indios es incalculable: cuarenta ó cincuenta valientes de Rivero mueren despedazados luchando hasta la temeridad, y los que pueden escapar huyen, pudiendo llegar veinticinco ó treinta heridos á Valladolid: Rivero que ha peleado como un león llega también rendido, cubierto de sangre, desesperado: en la trinchera principal encuentra al jefe Sr. Miguel Bolio y cuéntase que éste, indignado sin duda por el mal éxito de la jornada, se permitió algún reproche contra Rivero, hiriendo su suceptibilidad y se cambiaron algunas frases amargas, cuya consecuencia fué que Bolio pidiese marchar con trescientos hombres que él escogería, al mismo Dzitnup.

—Señor mío, vaya U. y verá!—le dijo Rivero.

—Iré!—replicó Bolio.

Bolio escogió á sus oficiales y soldados y partió: el que después fué general M. Cepeda Peraza era uno de los primeros. Tomó Dzitnup con el mismo brío que Rivero, pero como á éste, en seguida le cayeron también los indios...... Bolio y la flor de sus oficiales sucumbieron como héroes, batiándose cuerpo á cuerpo con sable y bayoneta: su columna fué derrotada, dispersada, despedazada y los que pudieron escapar del machete y del plomo ó del lazo de los indios, llegaron á Valladolir exparciendo el pánico y el desconsuelo en la ciudad.

—Ah!, se lo dije!— murmuró tristemente Rivero, que quería y estimaba mucho al valiente Bolio.....

Si Rivero perdió cuarenta ó cincuenta hombres, Bolio pereció con la flor de su oficialidad y sesenta ú ochenta valientes más. Entónces Valladolid, que se había extre-

mecido al oir la derrota de Rivero, tembló y se aterró al saber la de Bolio: las tropas foráneas comenzaban á murmurar y pedían ir á sus pueblos en donde estaban sus familias, cuya suerte ignoraban: los jefes dudaban yá: las familias lloraban angustiadas: el coronel León, mudo y sombrío en su desesperación, incomunicado hacía yá muchos días con la Capital, sin esperanza del menor socorro, no sabía qué hacer: pero ahí estaba todavía el coornel Rivero que con fé y valor inquebrantables hacía supremos esfuerzos para conservar el órden y la moralidad, siempre acudía á todas partes, hacía prodigios de valor y serenidad y era el terror de los indios, cuyos caudillos meditaban yá el modo de desembarazarse de él: rugía de corage cuando oía emitirse siquiera en voz baja, la idea de levantar el campo.

—Jamás, mientras yo exista!—esclamaba.

Entretanto, los indios estrechaban más y más el sitio de la ciudad, como la boa estrecha más y más sus anillos al rededor de la víctima que tritura para tragársela. Rivero, con ochenta hombres y un piquete de caballería, había podido sacar hábilmente gran número de familias que llegó felizmente hasta Izamal: á su regreso le hostilizaron los indios, y Vergara salió á proteger su entrada á la plaza.

El 10 ú 11 de Marzo, el coronel Rivero recibió una carta del caudillo indígena Miguel Huchim que acampaba en la hacienda Halal, extremo Norte de Valladolid; le citaba á una conferencia para tratar de la paz, manifestándole que estaba ya cansado de pelear y derramar sangre: Rivero enseñó la carta al coronel León y con esa verdadera abnegación del patriota pidió acudir á la cita. León consultó á sus principales jefes y demás personas ilustradas de la ciudad: unos opinaban en pró, otros en contra, dudando de la buena fé de Huchim: Rivero insistió y declaró que estaba decidido á ir á la cita: el coronel León, guerrero experimentado y sensato, le dijo entóncés estas palabras, según una carta que me dirije sobre el particular un testigo ocular y ayudante de Rivero en aquellos días: "Sr. Rivero, no es posible ni prudente creer en ese parlamento que pide esa gente, porque después del trifunfo que acaban de alcanzar sobre nuestras armas, no pueden humillarse." —"Sr. D. Agustín,—contestó Rivero,—se trata de salvar á las innumerables familias que gimen en el recinto de esta ciudad.; voy á conferenciar con esa gente para ver si consigo una tregua que nos permita sacarlas y esperar el auxilio que es probable nos envíe la Capital, aunque lleva-

mos yá diez y nueve días sin comunicación por ningún rumbo: en último caso, y por pretender ese objeto, sacrificaré con gusto mi vida, si por desgracia no obrasen de buena fé."—"U. sabe lo que hace"—insistió León.—"No tenga U. cuidado, y lo que fuere sonará"—replicó Rivero.

Tiene la palabra el historiador Baqueiro, que al narrar ese episodio triste del cerco de Valladolid, está conforme con los datos que sobre el mismo particular he recogido en aquella ciudad. "Rivero,—dice,—aceptó las indicaciones de Huchim y al siguiente día, haciendo que el Vicario Sierra le acompañase, dirigióse á Halal en unión de varios oficiales que se le incorporaron y de los presbíteros D. Marcelino Paz, D. Manuel Jesús Pérez y D. Ramón Vales. El Vicario era el que llevaba la vanguardia, y no tan pronto llegó á media distancia entre la trinchera de aquella parte de la ciudad y la de los indios, en donde había hecho alto, cuando aquellos se pusieron á llamarlo á grandes voces, y entonces, habiendo avanzado él, avanzaron todos los demás en medio de una inmensa turba que los fué rodeando y los condujo hasta Halal.—Una vez allí, manifestóles el Vicario Sierra que no tenía confianza en las promesas halagadoras de paz que les habían sido hechas, como lo probaba el que ellos por su parte no fuesen á la plaza, á cuyas palabras contestaron presentándosele más de veinte y cinco indios, ofreciéndole que lo harían, y en el acto lo verificaron, dirigiéndose serenamente á la ciudad. Mas cuando ellos apenas habían avanzado ménos de dos cuadras de distancia, los nuestros, á quienes se había invitado á descansar en una de las habitaciones de la finca, estaban yá prisioneros y con sus respectivos centinelas de vista, dispuesto esto por un indio que los había recibido de una manera grave, y que regenteaba el alto puesto de jefe ó caudillo, según el respeto con que lo miraban y trataban.—"Perdidos somos, Sr. Vicario."—exclamó el malogrado coronel Rivero, al ver la presentación de los centinelas y el cruzamiento de sus armas. Un momento después llegó Miguel Huchim y lo despojó de su sombrero, poniéndole el suyo; lo despojó igualmente de su chaqueta y se la vistió, hechos todos que convenciéndolo de su destino fatal, lo hicieron resignarse desde entónces, y sacando de la bolsa un reloj, como el último acto de su vida: "Tome Ud., Sr. Vicario,—le dijo al Vicario Sierra— es un recuerdo que le suplico entregue á mi madre cuando la vea."—Por último, después de haber salvado el Vicario Sierra mencionado, á varios oficiales y al Pbro. Pérez, á quienes

hizo regresar á la ciudad con el pretexto de irle á buscar sus paramentos sagrados, que debían servirle para el ejercicio de su elevado ministerio, según deseos y resolución manifestada por Huchim, fueron conducidos entre filas á Tezoco, en número de diez personas, entre ellas el primer ayudante Oviedo, que llegó en los últimos momentos, acompañado de los veinte ó veinticinco indios que fueron á la plaza y los cuales regresaron con garrafones de aguadiente cargados en la cabeza.—De Tezcoco pasaron á Tixuallahtún; de éste á Xoocen y de este último punto á Dzitnup, á donde llegaron á las nueve de la mañana del día 12 de Marzo, habiéndoles salido á recibir Cecilio Chí, Florentino Chan y Ceferino Cahum, quienes hicieron encerrar á los que tenían carácter militar en la única pieza del convento, y dejaron que se hospedáran libremente los tres sacerdotes que formaban parte de la comitiva, y eran éstos los Pbros. Vales y Paz, y el Vicario Sierra. Este último fué á alojarse en la pequeña sacristía de la iglesia.—Distribuidos de este modo, pasaron la primera noche de su prisión los desventurados presos, dejando á la consideración de nuestros lectores los pensamientos que habrán cruzado en las cabezas de los dos principales, Rivero y Oviedo, durante el curso de ella, al entregarse á sus tristísimos recuerdos. El uno, Oviedo, tendría presente que en aquel mismo lugar acababa de morir un hijo suyo, y que en aquel instante, una legua nada más de Valladolid, donde todavía combatían sus compañeros de armas, según el ronco tronar de la artillería que hasta allí llegaba, no sólo no podía vengar la sangre de éste, cuya muerte le había hecho derramar amargas lágrimas, sino que él mismo iba á humedecer con la suya aquella tierra de maldición. El otro, Rivero, bien tendría presente su último combate en aquel lugar, bien habrá recordado á sus compañeros de armas que en aquel día murieron; ¡cuánto se habrá acordado de su compañero Bolio! cuánta amargura habrá embargado su alma, cada vez que retumbaba en altas horas de la noche la artillería de Valladolid, que él tantas veces había llevado al campo de batalla! Y luego, al tener presente á su familia, cuán destrozado habrá sentido el corazón al recordar que fácilmente pudo salvarla entre las que condujo á Izamal, pero que sin embargo no lo hizo, comprometiendo de ese modo á sus desgraciados hijos! ¡Oh, noche horrible debió ser esa para aquellos mártires ilustres, que pronto debían morir . . . . !—En todo el día siguiente, que era el 13 de Marzo, no hubo novedad, pues aunque es cierto que los infelices prisioneros seguían sufriendo la ago-

nía moral de que eran víctimas, no había sido amagada su existencia, hasta las oraciones de la noche de ese mismo día en que fueron testigos de un hecho, fatal augurio, aun que á ellos no se les hubiese dicho nada de lo que al siguiente día les iba á suceder. A esa hora dió principio un desfile de indios que venían de los pueblos comarcanos, tomando en seguida el camino de Valladolid, cuyo desfile no vino á concluir sino al otro día, dejando á Dztnup en el más profundo silencio que se pudiese dar. Sólo habían quedado en el pueblo los presos del convento, vigilados por una guardia que había puesto algunos centinelas en las avenidas de la plaza como por vía de precaución.—En este estado de cosas, en medio de este profundo silencio, llegan al convento unos quince ó veinte indios de Muchucux, todos ellos de una estatura formidable, dirigiéndose á la pieza en que se hallaban los prisioneros. Inmediatamente, el Vicario que lo advierte, marcha al mismo lugar é interponiéndose entre ellos y la pieza, porque ha llegado á comprender que se les va á sacrificar, les ruega con lágrimas en los ojos pidiendo misericordia que no consigue; pues aunque al principio lo tratan con respeto, diciéndole que se separe, al fin, al ver su resolución de no abandonar la puerta, lo cogen fuertemente del brazo y lo retiran. Entonces él, en aquel momento se va á la iglesia, se prosterna delante de un Crucifiijo, extiende los brazos y entra en oración, mientras aquellos abren las puertas que defendía, acabando con los presos á machetazos, en los mismos momentos en que retumbaba el cañón por el camino de Valladolid, escuchándose en seguida un nutrido fuego de fusilería. ¿Qué era aquello? Era que Valladolid sucumbía, como si no hubiese podido resistir la grande pena que le causaba la pérdida de sus más valientes defensores, con cuyo motivo coincidía su caída con la muerte infortunada que recibían''.

Efectivamente, con el coronel Rivero, Valladolid perdió su última esperanza. Vivo y libre en medio de sus valientes, difícilmente y tarde se hubiera levantado el campo: perdido, en poder de los indios, la desmoralización, el pánico contenido hasta entonces por su presencia y energía, cundió con espantosa rapidez desde el último soldado hasta el comandante en jefe,—''Jamás, mientras yo exista!''—había exclamado Rivero, cuantas veces se trató en su presencia de levantar el campo. En efecto, no existía para la plaza, para sus soldados, estaba preso y sentenciado á una muerte demasiado próxima, cuando tomó aquella triste determinación; al menos, antes de morir, no su-

frió la gran amargura de saber que su querida ciudad de Valladolid había sido abandonada por una numerosa guarnición, con víveres aun, todavía con municiones de guerra! Probablemente, él no hubiese dado un paso atras hasta quemar el último cartucho, hasta ser metafísicamente imposible la defensa: entretanto, acaso la capital hubiera enviado un socorro eficaz, acaso...pero no nos extraviemos en conjeturar lo que hubiese podido suceder y deploremos lo que sucedió. Valiente y malogrado Rivero! breve fué su carrera militar, apenas duró un año: fué un meteoro, un relámpago, un rayo deslumbrador que cruzó rápido en el cielo de la patria durante la sombría y tempestuosa noche de la conflagración social: pero cuánta gloria, cuánta honra alcanzó en tan breve tiempo, y cuán grandes é importantes servicios prestó á la causa de la civilización, de la que fué mártir!— Oh! y Valladolid ó su representación municipal, al adoptar el nombre de un héroe sobre el suyo, por un decreto de la Legislatura del Estado, tuvo que ir á las altas regiones del Olimpo Mexicano á buscar á Juárez, que pertenece á toda la América libre, á todo el mundo republicano, dejando en olvido á un Rivero, á un Ruz, á quienes en justicia correspondía esa honra.... ¡Ingratos...!—No importa, la memoria del coronel Victoriano Rivero vive bendecida en la historia y en el corazón de los yucatecos, especialmente de los orientales y más particularmente de los buenos hijos de Valladolid, con la doble aureola del héroe y del mártir. Honor á quien honor merece!

Coroneles

Lázaro Ruz y Tomás Peniche Gutiérrez.

Como respecto de Virgilio y Salado, paso á ocuparme al mismo tiempo de los coroneles Ruz y Peniche Gutiérrez, porque sus gloriosos hechos de armas se confunden, ya que la mayor parte de sus lauros los recogieron el uno al lado del otro. Ruz nació en Valladolid, hijo de don Raymundo Ruz y de doña Micaela Rosado, ambos pertenecientes á las clases elevadas de la ciudad: no me ha sido posible saber con exactitud la fecha de su nacimiento.—Peniche Gutiérrez nació en Espita el 7 de Mayo de 1814, hijo de don Pablo J. Peniche y de doña Rufina Gutiérrez. Muy jóvenes aun, tomaron parte en las contiendas civiles que del año de 1840 al 47 tenían contínuamente trastornado el país, lo que hizo que estuviesen perseguidos casi siempre por el Gobierno establecido, y en Noviembre de 1,847, asistieron en las filas del coronel D. José D. Cetina, al combate que se libró en los alrededores de Valladolid y en el que fué derrotado Cetina. Por aquel tiempo, la espantosa guerra social declarada en Tepich por Cecilio Chí, entre las llamas del incendio y los gritos de las víctmas, había tomado terr--bles proporciones y el Oriente aterrado veía caer uno tras otro sus más florecientes pueblos en poder de los indios rebeldes que los reducían á escombros y pavezas, asesinando á sus habitantes. Ruz y Peniche Gutiérrez, en su clase de oficiales subalternos, combatieron contra los invasores hasta que al caer Valladolid, se replegaron, como todos los que pudieron salvarse, á la Capital. Terrible era entonces la situación del país que amenazaba desaparecer bajo el oleaje de las masas sublevadas. Izamal, el último baluarte avanzado de la Capital del Estado, acababa de sucumbir: las tropas aterrorizadas entraban insubordinadas y en tropel á Mérida ó á los pueblos de su procedencia que

todavía no habían caído en poder de los indios; éstos ocupaban ya las tres cuartas partes de la Península, y el eco fatídico de sus pisadas y de su salvaje grito, resonaban en las paredes de Mérida y Campeche: las familias huían de la Capital: el Gobierno desesperado, acordaba trasladarse á Campeche y su personal descolgaba ya el mueblaje de sus habitaciones: todo era confusión y terror: acaso nuestra hermosa Capital iba á ser triunfalmente invadida, profanada por los bárbaros.... pero entonces se verificó un fenómeno difícil de explicar satisfactoriamente, sino es por los que creen en la intervención directa de la Divinidad en los acontecimientos humanos. Cosa extraña! las masas invasoras que en pocos meses habían inundado casi toda la Península, se detienen de repente en los alrededores de Izamal, como espantadas de sus fáciles victorias: nada les ha resistido, todo lo han arrollado: nuestras tropas se desbandan ante ellas al ruido de sus pisadas, y ya divisan hacia Occidente las torres de la Capital, de la que les han contado maravillas y en cuyo seno se atropella una multitud aterrada, pronta tal vez á precipitarse camino de Campeche ó Sisal al oir aproximarse los pasos del invasor: pero lejos de avanzar los indios se detienen, vacilan y aun retroceden: pudiera creerse que una voz, que una mano invisible pero poderosa, irresistible, ha marcado el hasta aquí á su audaz y soberbia marcha. Entonces se verifica una enérgica y sublime reacción en los ánimos: el Gobierno se levanta á la altura de las circunstancias, se multiplica, toma medidas violentas y eficaces, nombra nuevos jefes á nuestras tropas y las organiza en divisiones.

"Los jóvenes tenientes coroneles Ruz y Peniche Gutiérrez,—dice el historiador Baqueiro que tantas veces he citado,—sin órdenes, sin instrucciones para el efecto, avanzan llevados de su inspiración y de su entusiasmo hasta Izamal; y este acontecimiento anunciado en la residencia de los altos poderes del Gobierno, con un repique general de campanas y el estampido de la artillería, robustece el entusiasmo en los corazones".

Peniche Gutiérrez es lanzado por el coronel Méndez, jefe de la 4a. división, sobre Tunkás, á la cabeza de mil doscientos hombres y desaloja de allí, tras un encarnizado combate, á los indios que lo ocupaban: éstos le sitian dos veces y dos veces son rechazados, derrotados, dispersados bajo el campo. Pronto llega Ruz á Tunkás y ambos adalides, como Vergara y Mezo, incursionan sin cesar sobre los indios donde quiera que se refugian y reunen, venciéndoles siempre, sin dejarles un momento de reposo en su contramarcha

y derrotas tan rápidas, cuando menos, pero más heróicas que su avance y victorias en nuestro territorio. Ya la situación ha variado: ya nada resiste el empuje poderoso de nuestros valientes que vuelan de triunfo en triunfo, á pesar de la inmensa superioridad numérica de sus enemigos que retroceden paso á paso hasta lo más remoto de los bosques del Sur y del Oriente.

Ruz y Peniche Gutiérrez, que conociéndose digno el uno del otro, se buscan y combaten casi siempre juntos, caen sobre Cenotillo, lo toman, dejan allí al valiente Mezo y avanzan hasta Tixbaká, en donde también son acosados por los indios, que al fin son derrotados: pero tienen qué retroceder rápidamente á protejer á Mezo que, cercado con su corta guarnición en Cenotillo por nubes de indios, hace una defensa heróica. Los indios son completamente derrotados una vez más.

Ruz, con esa confianza y atrevimiento del verdadero valor, con ese ardiente entusiasmo de la juventud y del patriotismo, avanza audaz hacia el Oriente y ocupa Tizimín con un corto número de tropas: los indios en número inmensamente superior le cercan y le atacan con desesperación: Ruz y los suyos se defienden como leones, pero acaso iban á pagar cara su imprudencia, cuando Peniche Gutiérrez desde Tixbaká y Molas desde Temax, vuelan á su socorro, penetran en la plaza sitiada, y dan tal carga á los indios sitidores, que éstos huyen despavoridos y no vuelven á hostilizar á Tizimín; aquella audaz empresa de Ruz, había precipitado, pues, la reocupación de esta villa y demás puntos del Oriente.

En seguida, Molas, Ruz y Peniche Gutiérrez marchan sobre Espita, lo toman. y avanzan sobre Valladolid, que también cae en poder de nuestras tropas, que ya no saben más que triunfar, donde quiera que combatan. Establecidos el cuartel general en Valladolid y los cantones en Tihosuco, Temax, Tikuch y otros pueblos, nuestros paladines continúan esa série de incursiones gloriosas, explorando los campos, destruyendo las guaridas de los indios y volviendo siempre cargados de botín y prisioneros. No es posible, otra vez lo he dicho, no es posible referir ni siquiera contar los combates sangrientos, los encuentros, las escaramuzas en que nuetros campeones pelearon con ese valor y esa abnegación que caracterizan al verdadero patriotismo, sin prest, sufriendo con harta frecuencia los rigores del hambre y de la sed y siempre casi desnudos y descalzos, al través de los breñosos campos, cuyas espinas desgarraban sus cuerpos y cuyo follaje casi siempre ocultaba esas terri-

bles emboscadas que vomitaban á quema-ropa la muerte sobre ellos........

Peniche Gutiérrez, con Molas y Vergara, marchó á la brillante y victoriosa expedición que con mil hombres condujo el coronel Méndez á Cruzcheen, en 1,850, y en la que todos se cubrieron de gloria. Ruz entretanto, recogía laureles por otro rumbo.

A la vuelta de Cruzcheen, Peniche Gutiérrez y Molas corren á destruir y destruyen el campamento enemigo de Sisbichheen, cuyos indios, aprovechando aquella expedición, cayeron sobre Espita, villa natal de Peniche, de donde fueron heróicamente rechazados por el vecindario.

Peniche Gutiérrez presta aún otros importantes servicios á su patria, se retira á descansar en el seno de su familia, en Espita, y allí le sorprende la muerte el 24 de agosto de 1,851. Su fallecimiento coincidió con la muerte del caudillo sublevado Miguel Huchim, aquel traidor que sacrificara á Rivero y compañeros en Halal y Dzitnup, y que pereció al Oriente de Valladolid, sorprendido por una partida que comandaba el capitán Nicolás Aguilar.

Tal fué á grandes rasgos el coronel Tomás Peniche Gutiérrez: Espita agradecida, ha adoptado sobre el suyo, el nombre del héroe. Honor y gratitud eternos á su memoria!

Volvamos al infatigable Ruz que no reposa un instante, y que hace de la comarca de Valladolid, hasta más allá de Tihosuco, un teatro de inverosímiles hazañas, de brillantes victorias con que sin cesar aterroriza á los indios y destruye sus guaridas. El nombre del coronel Ruz en alas de la fama, vuela por todas direcciones y es pronunciado con respeto, orgullo y entusiasmo y ofrecido como modelo á los jóvenes que aún empuñan por primera vez las armas.

Chuntzalam, Cruzcheen y otros y otros lugares pregonarán siempre su imperecedera gloria!

En la incursión. á Chruzcheen, el capitán D. Pedro Acereto sorprende y aprehende al caudillo de rebeldes Paulino Santollo, indigno hermano del heróico teniente Francisco Santollo, defensor de Chancenote y que pereció bajo los escombros de este histórico pueblo: pocos días después sufrió en Valladolid la última pena, como débil castigo á sus innumerables crímenes.

Cuando el general Díaz de la Vega verificó su expedición á Bacalar, mientras él partía de Tihosuco y salían del Sur otras tropas en combinación con las suyas, Ruz recibió la misión de barrer la costa oriental y quitar este re-

fugio á los indios arrojados de sus aduares, encargo que cumplió con su acostumbrado heroísmo y actividad.

Ruz acompañó á sus hermanos de armas Molas y Cepeda Peraza en la memorable y trágica revolución de 1,853.

A principios de 1,854, Ruz que había consagrado su vida á su patria, y que no dormía tranquilo mientras la guerra social la consumiese lentamente, condujo una expedición á Chan Santa Cruz, al frente de tres ó cuatrocientos hombres comandados por él y por su valiente compañero de armas, Vergara. Partió la expedición, arrolló cuantos obstáculos intentaron estorbar su marcha y ocupó Chan Santa Cruz: pero los indios le cercaron en seguida y le atacaron con furor: éstos fueron constantemente batidos y rechazados, pero los víveres y municiones de guerra llegaron á escasear: el plomo enemigo clareaba las filas de los nuestros y había que hacer una retirada peligrosísima con tan poca gente, rodeada de compactas masas de indios, feroces é implacables. Cuéntase que para verificar aquella retirada, se valieron nuestras tropas de una curiosa estratagema. Ruz, práctico, como sus compañeros, en aquellos dilatados campos, observó que había un lugar de la línea sitiadora poco cuidada por los indios, que creían imposible que los sitiados escapasen por allí. Una madrugada en que una densa nieblina y un silencio sepulcral envolvían ambos campamentos, Ruz mandó arrimar y sembrar palos tras de las trincheras de la línea de defensa, colocó sombreros en los extremos, arrimó fusiles con bayonetas junto á ellos y en medio del mayor mutismo y evitando hacer el menor ruido, levantaron el campo,, se deslizaron uno tras otro en la brecha mal guardada y escaparon sin ser sentidos. Cuando la aurora lanzó sus primeros resplandores, los indios que no habían oido nada, fijaron sus miradas sobre el campamento sitiado y al través de la espesa nieblina, vieron brillar á los primeros rayos del sol las bayonetas de los fusiles y percibieron los sombreros. No cabía duda, los sitiados estaban en sus puestos y velaban. Apénas el sol hubo disipado la nieblina, los indios rompieron sus fuegos con más brío que nunca, pero se asombraron al ver que los enemigos inmóviles tras sus trincheras no contestaban: entónces avanzaron con cautela, temiendo una celada, y al descubrir que habían sido completamente burlados, bramaron de rabia y despecho y se precipitaron sobre las frescas huellas de los nuestros: pero éstos estaban yá bastante lejos, marchando con velocidad y pocos días después hicieron su entrada triunfal en Valladolid, saludados con una hurra de entusiasmo.

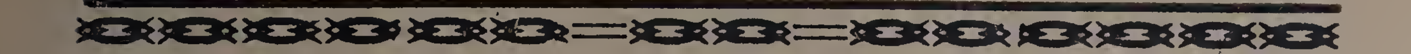
En mayo del mismo año, estimulados por el éxito de aquella primera incursión, los mismos jefes, Ruz y Vergara, organizaron otra con igual número de fuerzas, poco más ó ménos. Llegaron á Chan Santa Cruz, como en la anterior: espedicionaron con buen éxito en los alrededores: pero en su ardor temerario, Ruz, desoyendo las prudentes observaciones de Vergara, no se volvió, aprovechando la desmoralización de los indios, sino que permaneció con la idea de destruir completamente sus guaridas y, quién sabe! acaso creyó posible fundar un cantón militar en Chan Santa Cruz: si entónces hubiese recibido un poderoso refuerzo Ruz, ¿hubiese sido un imposible aquel atrevido pensamiento? ¿No, quizás, se hubiera terminado la guerra social, ó cuando ménos reducido á su menor expresión?...... Pero dejemos el campo de tan tristes suposiciones y veamos lo que sucedió. El cólera que en aquel tiempo hacia estragos entre los indios, invadió el campamento de Ruz, y el número de sus soldados decreció de tal manera, que la situación se hizo insostenible.

Ya al ocuparme de Vergara, bosquejé los sufrimientos inauditos de aquellos valientes, casi todos enfermos, inclusive los jefes que también cayeron. No hubo más recurso que romper el sitio, y aunque al principio se mantuvieron en orden, á un cuarto de legua no se pudo guardar ya, sonó el "sálvese el que pueda" y casi todas las tropas expedicionarias perecieron.

Ruz y Vergara, sucumbieron también, mas bajo la fatídica mano del cólera, que bajo el machete del indio que despedazó sus cuerpos exánimes, casi cadáveres.

La patria agradecida, particularmente el Oriente, bendice los nombres de esos héroes y guarda su memoria como una reliquia sagrada.

Que su noble ejemplo sea imitado por nuestros valientes guerreros!



Teniente Coronel Feliciano Pádillá.

Nació en la ciudad de Valladolid por los años de 1,835 á 1,836, hijo del señor Agustín Padilla y de la señora Paula Vázquez. Muy niño todavía, su familia trasladó su residencia á Calotmul y emigró con ella cuando la rebelión indígena de 1847; en la restauración, en que cada hombre capaz de portar armas fué un sodado, y cada soldado un héroe, Padilla se ciñó la cartuchera de simple soldado y tomó parte en las glorias y sufrimientos de la memorable 4a. división, alcanzando los grados sucesivos de cabo, sargento y subteniente por esa intrepidez y astucia que le hicieron célebre guerrillero.

Recuperados los pueblos, Padilla á la cabeza de un grupo de valientes de Calotmul, cuyo número no excedía de 30 ó 40 hombres, incursionaba con frecuencia al Oriente de aquel pueblo, sobre lo indios sublevados, cuyo cuartel principal era Yokdzonot, que aun solian cometer depredaciones en Calotmul y su comarca, batiéndolos siempre y haciendo de aquellos bosques en que llegó á ser tan práctico, palenque de multitud de hazañas.

En una de esas incursiones y durante una escaramusa, cayeron en su poder algunos prisioneros que pidieron á Padilla suspendiese sus fuegos, porque sus compañeros deseaban tratar de paz. Padilla hizo cesar el combate y escuchó á los prisioneros que en nombre de sus hermanos proponían su presentación, á condición de que se les dejase establecerse tranquilamente en el mencionado Yokdzonot, terminando toda persecusión y hostilidad. Padilla condujo á Calotmul á los prisioneros, y así en el tránsito como en la prisión, éstos fueron tratados con las consideraciones y miramientos que exigía su nuevo carácter de comisionados. Esta grata nueva fué comunicada al jefe político del partido que se situó en Calotmul: fué llamado el comandante de los indios, Uicab, y con la eficaz mediación de Padilla se terminaron sobre bases dignas y justas los arreglos de pacificación, en la que tomaron parte los principales vecinos de

la población, muy particularmente el señor don Severo Villamil que acompañó al valiente Padilla: entonces éste, antes terror y espanto de los indios de Yokdzonot, pasó á ser su más grande y leal y querido y respetado amigo. Se pretendió desarmar á los indios; pero se negaron éstos enérgicamente á ello y hubo que dejarles sus armas. La pacificación de Yokdzonot fué celebrada con júbilo, porque ya quedaba libre y tranquila la comarca de todo amago; pues ya también se habí sometido Kantunil.

Concluida la guerra de indios en el rádio reconquistado del Oriente, Padilla, que tenía decidida vocación por las armas, una educación sencilla, un carácter noble, generoso y apasionado y que no sabía negarse á seguir á sus amigos, acompañó á don Pedro Acereto, con quien le ligaba estrecha amistad, en todas las contiendas civiles en que figuró este personaje, y fué siempre su leal y entusiasta partidario, hasta la muerte de aquel célebre guerrillero. Pronto el nombre de Padilla voló en alas de la fama, y se hizo temible y respetable entre sus adversarios. Padilla y su compañía de Calotmul eran casi siempre los que resolvían el éxito de los combates á que asistían; era el brazo derecho de Acereto: Padilla, con su intrepidez jamás desmentida y su amabilidad é interés hacia sus soldados, llegó á adquirir tal influencia sobre ellcs, que le tuvieron fe y obediencia y cariño ciegos, y con los ojos cerrados corrían tras su jefe, á donde quiera que fuese y sea lo que fuere lo que hiciese. Por lo demás. los oficiales y soldados eran dignos de su adalid, su valor llegó á ser proverbial y casi todos perecieron en los combates, no existiendo hoy más que uno ú otro veterano inutilizado ó inválido de aquella famosa compañía.

Izamal, Temax, Motul, Tunkas, Tihosuco, Mukuiché y otros lugares, guardan en sus paredes el recuerdo de las glorias militares de Padilla. ¡Cuántas veces perseguido tenazmente por numerosas tropas al mando de acreditados jefes, Padilla burló siempre sus esfuerzos con un puñado de valientes! Padilla, como su jefe y querido amigo Acereto, jamás fué apresado ni sorprendido por sus enemigos.

En el combate de Tunkas, 1862, en los momentos decisivos y cuando la oportuna llegada de tropas frescas, comandadas por el Coronel don Andrés D. Maldonado, en auxilio de las del general don Manuel Cepeda Peraza, que en aquel pueblo atacaban á los revolucionarios acaudillados por el coronel don Pedro Acereto, casi en agonía, determinó el triunfo de aquellas, se vió á Padilla saltar sobre una trinchera enemiga machete en mano y desaparecer entre el humo de la descargas de los defensores del reducto.

Acereto falleció pocos días después en el campo. Bastante tiempo transcurrió sin que se tuviesen noticias de Padilla, se le tuvo por muerto y hasta su familia celebró oficios fúnebres en sufragio de su alma. Pero pasadas algunas semanas, apareció sano y salvo y fué recibido con ardiente júbilo entre los suyos.

En medio de aquellas contiendas civiles que se eslabonaban unas con otras y que aniquilaban al país, se presentó la funesta intervención francesa. Padilla formaba en las filas de la revolución local y fiel siempre á su partido y á sus amigos, sin bastantes conocimientos en política para discernir la conveniencia y justicia de la causa defendida, pronto se vió bajo el estandarte imperial como otros muchos más inteligentes y menos comprometidos que él, y que más tarde han pretenido echar lodo sobre los que han llamado traidores á su patria. Padilla no era más que un soldado, de corteza un tanto áspera tal vez, pues no tenía más educación que la de los campamentos; pero poseía un corazón valiente, leal, patriota y generoso como pocos, y tan desprendido y sin aspiraciones, que jamás pidió ni exigió nada en cambio de sus importantes servicios.

Establecido el Comisariato Imperial en Yucatán, victoriosa la revolución local que se echara en brazos de la intervención francesa y en la que Padilla tomó parte, éste se retiró del servicio militar y se consagró al trabajo y manutención de su familia .

Era el año de 1866. De repente circuló en el Oriente y luego en todo el Edo., una noticia que conmovió hondamente los ánimos. Los rebeldes de Chan Santa Cruz que acababan de hacer conocer su arrojo y audacia y el temple de sus armas al general Gálvez en Dzonot, como si hubieran querido que un general del Ejército Nacional apreciase de cerca la importancia y carácter de la guerra social en Yucatán, para informar de ello en la Metrópoli, en donde no se conocía ó no se quería conocer, se presentaron en número de cinco ó seis mil guerreros á las órdenes de los célebres caudillos Crescencio Poot y Bernardino Cen, á poner un estrecho sitio al cantón militar de Tihosuco, cuya guarnición de 3 ó 400 hombres estaba mandada por el Tte. Coronel don Daniel Traconis. Fácilmente se comprendía el objeto de los indios: Tihosuco, á catorce leguas al sur de Vallodild, era el cantón militar más avanzado de nuestra frontera y un baluarte que les estorbaba el paso hacia al interior: querían arrollar, suprimir aquel obstáculo á sus acostumbradas depredaciones y, quién sabe! acaso ante la desmoralización producida por la toma de Tihosuco, se precipitarían sobre

el Oriente y le destruirían hasta donde alcanzase su poder: tal vez esto explique la importancia rara de aquella expedición y la tenacidad y furor con que amagaron á Tihosuco. La situación era peligrosa. El Gobierno Imperial organizó tropas para socorrer la plaza sitiada y en breve setecientos ó más hombres tomaron posiciones 4 ó 5 leguas al NO. de Tihosulo, á las órdenes del general don Felipe Navarrete y del coronel don Francisco Cantón y más de mil quinientos, casi todos tropa de linea, al mando del general don Macario Prieto, se situaron en Ichmul, seis ú ocho leguas al Oeste de dicha villa, ocupando Xcabil, á dos leguas de Tihosuco, con trescientos hombres y una batería.

El coronel Cantón, á la cabeza de una columna intentó un vigoroso ataque sobre los indios, pero un copioso aguacero, varios incidentes que no son del caso recordar y principalmente el de no haber apoyado Prieto el movimiento como se le ordenó, le obligaron á replegarse con grandes pérdidas salvando trabajosamente á sus heridos.

Entonces comenzó la desmoralización entre nuestras tropas, las operaciones eran lentas y tortuosas y malas, porque según se dijo, la campaña era dirigida desde la Capital, es decir, á cincuenta leguas. No se intentaba un ataque general por temor á perderlo todo.

Entre tanto, los indios estrechaban más y más á la plaza sitiada, y cortaron toda comunicación de ésta con el exterior. Los sitiados luchaban con valor, pero cada dia menguaba su número, comenzaban á escasear las municiones de guerra y de boca y el socorro no llegaba! Las poblaciones del Oriente estaban alarmadas: si Tihosuco sucumbía, las tropas que se habían aproximado á una legua y que inmóviles parecían presenciar el sitio y combates de la plaza, como si fueran juegos pirotécnicos de simple recreación, se desbandarían tal vez y las hordas victoriosas y aguerridas de los indios se precipitarían como un torrente asolador sobre el Oriente; llegó á temerse algo como otra emigración: las familias recogían lo más valioso y necesario que poseían y se preparaban á huir á la noticia dee la caida de Tihosuco: recuerdo que en Calotmul, mi pueblo natal, en donde entonces recidía, las familias acomodadas tenían sus efectos enfardelados y á la mano bestias de carga, prontas á emprender una nueva y penosa emigración, si fuese necesaria.

El Teniente Coronel don Feliciano Padilla no podía permanecer impacible ante tal situación. Organizó cien hombres de Calotmul y otras poblaciones del Partido de Tizimin y corrió á ponerse con ellos á las órdenes del general Navarrete.

También de Mérida y diversos puntos del Estado, par-

tieron muchos jóvenes distinguidos á incorporarse á las fuerzas del Gobierno, pues la alarma y el peligro hacían vibrar los nervios del patriotismo, desde la Capital hasta la última aldea.

Los sitiados ya no tuvieron de qué alimentarse: ocurrieron á los frutos, perros, gatos, ratas, caballos y cuanto podía satisfacer su hambre voraz, y más de dos mil hombres de Navarrete y Prieto, inmóviles, á un paso si se quiere, se guían esperando órdenes de la capital. Los valientes jefes que allí se encontraban y escuchaban el eco lejano de la artillería de Tihosuco, el sordo estruendo del combate en que sus hermanos sucumbían lentamente, amenazados de muerte, afuera por el machete y el proyectil del enemigo, adentro por el hambre, pateaban de impaciencia y pedían marchar á su socorro; pero no había orden del general en jefe que se hallaba á cincuenta leguas y no se accedía á sus ruegos.

Por fin, se tomó una determinación: se escogió entre la flor de nuestras tropas, un jefe que con trescientos hombres buscase el acceso menos peligroso para penetrar á la plaza: aquellos trescientos hombres procedentes de los Partidos de Tizimin, Temax y Motul, además de su fusil y parque respectivo, debían llevar sobre sus espaldas, cuanto pan pudiesen cargar para ellos y los hambrientos sitiados. Aquel glorioso encargo se confió á Padilla, que ansiaba correr al combate.

Padilla y su columna, mientras la demás fuerza adelantaba con cautela sobre Tihosuco, se desliza al través de los bosques, salta por el camino de Tepich, al Sur, y antes de ser sentido, cae como el rayo sobre la línea sitiadora débilmente cubierta por aquel lado: Padilla se abre paso y avanza á la plaza, pero esta le recibe á balazos, pues no tenía noticia de su llegada y teme que los indios la quieran engañar imitando nuestros toques guerreros: al fin le reconoce y es recibido con delirante entusiasmo.

Despechados, furiosos los sitiadores por esta hazaña, resolvieron dar el golpe de gracia, verificando un asalto general en toda la línea, que creyeron irresistible, y el día 15 de septiembre se arrojaron con frenesí sobre nuestras trincheras que llegaron á tocar con el pecho: nuestros soldados les recibieron con la artillería, descargas cerradas y con la punta de sus bayonetas: el combate fué terrible, cuerpo á cuerpo,, y después de algunas horas en que en vano intentaron varias veces los sitiadores saltar sobre nuestras trincheras, retrocedieron con grandes pérdidas, asombrados de tan heroica resistencia. Entonces Padilla, el astuto é irresistible flanqueador, dijo en el idioma maya, único que hablaba con

perfección, aunque comprendía bien el español: "ahora me sigo yo"! y previa orden superior, escogiendo cien hombres entre sus bravos, saltó las trincheras, buscó un flanco á propósito, cayó de improviso sobre los indios que se reorganizaban, y apoyado por las tropas del capitán Romero, consumó la derrota del enemigo que retrocedió á su línea.

Un héroe, el cabo Piña, atravesando andaz entre los sitiadores, arrastrándose como un reptil, salió dos veces de la plaza y volvió á entrar, conduciendo correspondencia.

Varios dias después, las fuerzas del general Navarrete, á media legua de Tihosuco ya, vieron elevarse un humo denso sobre los árboles.

—Tihosuco ha caido! ese es el humo del incendio!—dijeron algunos. "Nó,—gritó un cosaco que venía de descubierta,—los indios levantan el campo, huyen y queman sus tiendas de campaña!"

Algunos dias más tarde, Traconis primero y Padilla después, el héroe de la defensa y el héroe que le fuera á salvar, al frente de sus bizarros soldados, marchaban á la Capital, en donde fueron recibidos y obsequiados con fiestas y ovaciones.

Desde aquel acontecimiento, los indios no han intentado otra campaña formal, y se han reducido á incursiones más ó menos importantes.

Por aquel tiempo, el efímero Imperio, el solio levantado imprudentemente sobre arena, aquel anacronismo político, en fin, comenzó á bambolearse bajo el peso de la mayoría de la opinión pública de la Nación y bajo las descargas de los soldados de la República que verificaban la reacción.

El antiguo caudillo de la libertad, el compañero de Molas en 1853, Manuel Cepeda Peraza, empuñó entonces la espada, enarboló la bandera republicana en el Estado y pronto le rodeó multitud de guerreros y hombres de importancia social para derrocar el Gobierno Imperial. Este tocó arrebato y sus leales servidores acudieron. Padilla era soldado, su deber le llamaba, y acudió y luchó defendiendo al Gobierno establecido hasta que pereció. Ocupémonos de las dos principales acciones de armas de Padilla en la caida del Imperio.

A principios del 1867, el general Cepeda Peraza ocupaba la hacienda Mukuiché á inmediaciones de la capital, con seis ú ochocientos hombres: á tiro de cañón, las fuerzas imperialistas en número de 1500 á 2000 hombres estaban acampadas hajo las órdenes del coronel don Daniel Traconis. Se dispuso atacar á Mukuiché: Padilla con trescientos hombres debía operar sobre un flanco; igual número de tropas, poco más ó menos, sobre el otro, y el comandante en jefe con el

grueso de la fuerza, atacar de frente: se empeñó el combate; los flancos cumplieron heroicamente su deber, Padilla llegó hasta tocar é intentar trepar el andén de la noria, centro de operaciones de Cepeda y éste temió una derrota segura, si el núcleo del ejército imperialista se hubiese solamente movido sobre Mukuiché; pero no se movió, sin duda porque no lo creyó conveniente: las tropas republicanas se batieron como leones: rechazaron á Padilla que se asombraba de no oir tronar la artillería y fusilería del centro de operaciones y pedía no más un pequeño refuerzo para consumar la victoria; pero á sus repetidos emisarios, el comandante en jefe respondió ordenándole contramarchase. Padilla rugió de dolor, pero obedeció, y en su retirada bajo los fuego de los republicanos, vió con desesperación á sus valientes, minutos antes victoriosos, replegarse, sufriendo entonces grandes pérdidas. Díjose que fué tal el disgusto de Padilla, que él, tan respetuoso para con sus jefes, rompió su espada delante del coronel Traconis, le manifestó que no serviría más á sus órdenes y le pidió su pasaporte para ir á presentarse al Comisario Imperial. Este episodio lo refería el mismo Padilla y aunque muy jóven entonces recuerdo haberlo oído de sus labios, y que sus ojos se humedecían al recordar las desgracias de aquella inexplicable jornada.

Pocos dias después, Padilla fué destacado de Mérida con una sección de trescientos hombres á protejer Izamal amagado por Cepeda: pero cuando llegó frente á la ciudad, ya el general la había ocupado: Padilla retrocedió y en esta evolución se le dispersó la fuerza, marchando en seguida á presentarse en Valladolid al coronel Cantón, después de dar cuenta al Comisario del mal éxito de su misión.

A mediados de aquel año memorable, sitiada ya Mérida por numerosas tropas republicanas, el coronel Cantón organizó en el Oriente una columna auxiliadora con la que voló al socorro de la capital: Padilla, fiel á su bandera y á sus amigos, marchó con Cantón.

La columna auxiliadora llegó frente á Izamal ocupada por tropas republicanas y tomó posiciones: en el ataque primero sobre la plaza, Padilla que se arrojaba siempre á lo más rudo del combate, recibió un golpe de bala en el muslo: era la primera vez que un proyectil tocaba su cuerpo: cuéntase que ñana en el corazón!"—Si esto fué verdad, presintió su muerte.

Al dia siguiente hubo otro combate en que fueron totalmente derrotados los republicanos: Padilla, por su contusión en el muslo, fué prevenido por Cantón, que le quería mucho,

para que no tomase parte en la lucha: pero Padilla suplicó que le dejase batirse, siquiera dentro de la línea, y lo hizo con tal insistencia, que el Cor. se lo permitió, prohibiéndole terminantemente salir de aquella. Los imperialistas triunfaban: su última sección barría con el resto de sus enemigos y los fuegos cesaban ó se perdían en lontananza: de repente observó Cantón que Padilla no estaba dentro de la linea,—dónde está el teniente coronel Padilla?—preguntó alarmado:—Coronel, —respondió un oficial—le ví saltar la línea y lanzarse con un grupo de soldados de Calotmul, en persecución del enemigo que rechazó de sus trincheras.

Cantón presintió una desgracia. Momentos después vió venir un grupo cargando un cuerpo: corrió á indagar lo que era: ay! era el cadáver de Padilla, muerto al terminar su victoria: tenía el corazón atravezado de un balazo. Cantón, el guerrero sereno y frío, en medio del combate, dicen que se conmovió profundamente y aun se agrega que se enjugó los ojos. Tenía razón sobrada: cuán caro le costaba el triunfo! Padilla era su brazo derecho, su amigo más leal y desinteresado, como lo fué de Acereto, y más tarde debía resentir su falta.

Díjose que la bala que mató á Padilla partió de la altura de la iglesia,y otros aseguraron, y es la verisión más valida, que partió de la ventana de una casa; si esto es verdad, ah! cuánto debió sufrir después la conciencia del asesino, si la tenía! Había arrebatado una vida preciosa, que pertencía á la patria y eso á sangre fria, con traición y alevosía: había apuntado bien, su pulso no había vacilado. Era la primera y última herida que recibía Padilla: las balas de cien combates con los indios y en la guerra civil, habían respetado su cuerpo, su vida: la del misterioso cazador de hombres no le pudo respetar.

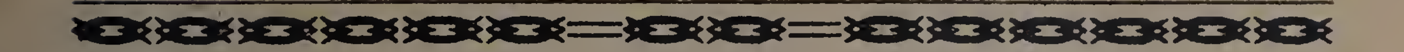
He allí, pues, que el soldado infatigable de la guerra social, el valiente y generoso caudillo de la contienda civil, el héroe de Tihosuco, de la estrategia militar, en fin, acababa de perecer después de su última victoria, acababa de acostarse para siempre sobre sus laureles.

Su cadáver fué inhumado en una Capilla al extremo oriental de la ciudad. Calotmul, su pueblo adoptivo, ha adoptado sobre el suyo, el nombre del héroe, aprovechando una disposición de la Legislatura: y ya que el Estado no ha hecho justicia todavía al salvador de Tihosuco y tal vez del Oriente, ojalá que ese pueblo adoptivo consagre un modesto monumento á la memoria del pacificador de Yokdzonot!

Tizimin, 1880.

SEGUNDA PARTE.

Cuadros Históricos.



Chuichuen.

—Y bien, querido D. Pedro, ¿tendría usted la amabilidad de referirme aquella interesante leyenda que me tiene prometida?

—Con mucho gusto, amigo mío; he terminado mis ocupaciones de hoy, la tarde está serena y silenciosa y confío en que esa brisa que nos arrulla, refrescará mi ya cansada memoria.

—Escucho con profunda atención.

Este diálogo se cruzaba entre mi anciano y respetable amigo el señor don Pedro M. Mena y yo, sentados ambos á orillas del Golfo en el pequeño puerto San Felipe, al espirar una apacible y fría tarde de noviembre.

El señor Mena cerró un instante los ojos y se pasó la mano por la frente, como para evocar y condensar sus recuerdos.

—De fines de 1848 á principios de 1850,—comenzó,—el Oriente del Estado fué teatro de esa grandiosa epopeya que se llamó "La Recuperación". Panabá, pueblo poco antes reconquistado del poder de los indios rebeldes, estaba entonces guarnecido por un destacamento de tropas á mis órdenes. Cuando había noticias alarmantes, personalmente hacía el servicio de patrullas, y llevaba en mi compañía á un valiente anciano, conocido entre nosotros bajo el nombre familiar de "tata Huel Ramos", oriundo de la comarca, que era un ambulante archivo de tradiciones y cuyos cuentos distraían siempre mis largas horas de vela. Era una noche de crudo invierno y la luna en toda su brillante plenitud, bogaba en un cielo diáfano y derramaba cascadas de luz sobre la dormida naturaleza: serían las tres de la mañana: reinaba en el campamento un sombrío silencio que sólo interrumpía el melancólico "centinela, alerta" que cada cierto tiempo surgía de los puestos de vigilancia. Rendíamos casi la patrulla, cuando llegamos á una plazuela poco distante de la plaza principal, en cuyo centro existía y aun existe, un pozo que surte de agua al barrio.

—Detengámonos aquí,—dije sentándome sobre el bro-

cal del pozo,—y mientras llega la hora de entrar al cuartel, cuéntanos algo, viejo Ramos, que nos aleje el sueño.

—Qué me place, mi Jefe,—respondió el condescendiente anciano—precisamente estamos sobre un monumento histórico: ¿conocen ustedes el origen de este barrio de Panabá y por qué así el barrio como el pozo se llaman "Chuichuen?"

—Nó, ¿y tú?

—Sí; y se los voy á comunicar.

—Habla, viejo, que ya te escuchamos.

—En el siglo pasado, no recuerdo la fecha, existía entre la costa y Panabá el pueblo de Chuichuen, perteneciente á la parroquia de Kikil y que, por su importancia, era residencia habitual de uno ó dos frailes franciscanos. El principal de ellos tenía una señora que le asistía en calidad de ama de llaves, y vivían juntos en paz y gracia de Dios. Un dia llegó al pueblo uno de esos buhoneros ó mercaderes ambulantes, de que desde aquel tiempo está plagada la Península y que, por lo general, distan mucho de ser modelos de moralidad; y ya sea que quisiese solamente añadir una hoja á su corona de Tenorio ó que en realidad se enamorase de la ama del fraile, lo cierto es que este santo varón se disgustó y notificó al galán, que no volviese á pisar los umbrales de su casa y que en seguida saliese de la población.

—Por supuesto, como en aquel tiempo los señores curas eran omnipotentes en sus respectivas parroquias, el buhonero obedeció más que de prisa.

—No, señor, se echó á reir al recibir la orden é insistió en sus pretensiones eróticas. Entonces su reverencia mandó á sus sacristanes que le trajesen ante su tribunal y á su Fiscal que le aplicase cincuenta azotes de padre y muy señor mio, por via de segunda amonestación, esta vez en las posaderas, ya que había sido ineficaz la primera en los oidos. Luego le hizo sacar del pueblo. Ciego de furor el mercader y persuadido de su impotencia para vengarse, corrió á un punto de la costa llamado "El Cerro", se embarcó en un "cayuco" de pescadores, se hizo conducir á Yalahau, uno de los puertos frecuentados por los piratas que entonces infestaban el Golfo y, nuevo don Julián, les invitó á venir á Chuichuen, cuya riqueza les ponderó.

—Infame!

—Los filibusteros no se hicieron rogar y á las seis de la mañana, al quinto dia de la azotaina, cuando el fraile celebraba el sacrificio de la misa ante la mayor parte de los vecinos prosternados, cayeron como el rayo sobre la sorprendida población, robaron, incendiaron, asesinaron sin misericordia, ancianos, mujeres y niños, se entregaron á mil repug-

nantes excesos, allí, al pie mismo del altar; el buhonero escarneció y mató al fraile, arrebató á la señora y en seguida volvieron á la playa á reembarcarse.

—¿Y no se supo más tarde nada del traidor y de aquella mujer?

—Nada, sin duda ingresaron á la partida de piratas. Los habitantes que sobrevivieron á aquel degüello, arruinados y horrorizados de tan proditorios crímenes, huyeron del pueblo y caminando á través de los bosques, llevando á cuestas lo que pudieron salvar de la catástrofe, vinieron á establecerse al rededor de este pozo y fundaron este barrio de Panabá al que llamaron Chuichuen, en memoria de su desgraciado y abandonado pueblo, cuyos escombros perdidos bajo el bosque y guarida de fieras y de aves nocturnas, son ahora conocidos con el nombre de Labcah (pueblo viejo.) (1). He aquí, señor,—concluyó el viejo Ramos,—el triste origen de este barrio, sobre cuyo pozo descansamos.

—Gracias por tu interesante relación, **tata Huel**; pero ¿es cierto todo esto, es una novela histórica, ó es simplemente una fábula?

—Oh! no, señor; es una historia verdadera que mis abuelos y padres escucharon de los suyos y que me trasmitieron: es una tradición muy conocida y aceptada por los antiguos pobladores de este barrio, muertos ó arrojados de aquí por la invasión de los indios y de los que acaso yo no más existo.

En aquel momento sonaba la hora de rendir la patrulla, nos levantamos y regresamos al cuartel.

—Ahí tiene usted la leyenda prometida, amigo mío,—agregó don Pedro—¿le agrada?

—Sí, don Pedro; ¿me permite usted escribirla y publicarla en algún periódico?

—No encuentro inconveniente; haga usted de ella lo que le plazca.

—Mil gracias, mi respetable amigo; sólo suplico á usted de antemano, no se disguste, porque quizá la narración que ha tenido la bondad de hacerme, pierda mucho de su brillo y colorido al pasar bajo mi incorrecta pluma.

Y á tí, querido lector, ¿no te ha fastidiado esta historia?

Junio de 1887.

---

(1). Hoy es la finca de campo "Bella Vista".

Caída de Chancenote.

—Por vida, querido amigo, que se hacen eternas las dos leguas que me dijo Ud. teníamos qué caminar de Tixcancal á Chancenote: estoy cansado y tengo hambre.

—Cincuenta pasos más y habremos llegado á la iglesia: allí descansaremos y comeremos.

—Diablo! es decir, que estamos ya dentro del recinto del pueblo?

—Mira,—dijo el interpelado señalando á su compañero en derredor y al través de los árboles, algunos derruídos muros y albarradas cubiertos de malezas y del muzgo de la intemperie y de los años, cuarteados los primeros por las raíces de los arbustos.

—Es verdad; no había observado estos escombros: adelante!

Este corto diálogo se cruzaba entre un hombre de edad madura y otro joven que, en traje de campo, fusil al hombro y machete al cinto, marchaban uno en pos de otro.

El sol en las tres cuartas partes de su carrera, resbalaba hácia Occidente y deslizaba al través de las verdes y frondosas ramas algunos de sus rayos de fuego que iluminaban las sombrías bóvedas del bosque.

Llegaron á la iglesia, sin puertas, casi perdida entre los árboles, y penetraron en ella. Varias piedras agrupadas, aquí y allá, cenizas, algunas palmas secas de guano, esparcidas por el pavimento y nombres y fechas escritos en las paredes con carbón, anunciaban desde luego que aquel lugar, antes sagrado, era entónces de descanso y refugio para viajeros y cazadores. Ya dentro, el joven paseó en su alrededor una mirada curiosa: el coro y el oratorio del camarín de la virgen, situado éste en la parte Oriental, estaban quemados y derrumbados: lo demás del edificio estaba en regular estado de conservación: los desnudos altares enseñaban aún algunos ligeros vestigios de su antiguo y perdido lujo. Un silencio profundo y solemne reinaba bajo

aquellas imponentes bóvedas: dos buhos asustados por el ruído de los pasos y voces, se desprendieron de la corniza de un altar, revolando un momento, y se lanzaron afuera por la ventanilla del coro: todo allí inspiraba un misterioso respeto.

Nuestros hombres arrimaron sus escopetas al muro, tendieron palmas que sacudieron del polvo, sacaron víveres de su morral, y se sentaron á comer.

El mayor de ellos estaba grave y pensativo: el joven experimentaba cierta emoción.

—Si mal no recuerdo,—dijo éste, interrumpiendo el silencio,—Ud. nació en este pueblo?

—Sí, y no le abandoné hasta que se desplomó, pero como se desploman los gigantes.

—Cómo! sería Ud. uno de sus heroicos defensores en Febrero de 1,848?

—Sí,—suspiró el interpelado,—y fuí uno de los que le reconquistaron más tarde.

—Oh! por favor, cuénteme Ud. esa jornada, quizá la más hermosa de la guerra social.

El viejo soldado de la civilización apoyó su frente en la mano y evocó sus recuerdos.

—Escucha,—principió:—este lugar que hoy ves inculto y enredado campo, residencia del silencio y de la soledad, guarida de aves nocturnas, de fieras, reptiles y animales salvajes, fué asiento de uno de los pueblos más ricos é importantes del Oriente: su apacible y monótona existencia se deslizaba suavemente entre el placer, la paz y el trabajo...... Un día circuló una espantosa noticia: la clase indígena acababa de dar el grito de rebelión y exterminio en Tepich, degollando á todos los que no eran de su raza, incendiándolo y destruyéndolo todo, como un ejemplo de lo que harían con los otros pueblos que cayesen bajo su poder: gran parte de los indios del Oriente corrían á incorporarse á sus hermanos. La patria estaba en inminente peligro! Chancenote tocó á rebato y en breve tiempo organizó ciento ochenta hombres, casi todos bisoños que por primera vez acaso empuñaban un fusil; pero resueltos á vender cara su existencia y la de su querido pueblo: su Capitán era D. Prudencio Argumedo. Era eso en Septiembre de 1,847. Desde aquel día se emprendió una serie de excursiones hacia el Sur y Oriente con el objeto de destruir varios focos de reunión que empezaban á formar los rebeldes, para atraerse á los que aún no se habían sublevado. Te referiré dos de ellas solamente, capitaneadas por Argumedo. El 13 de Noviem-

bre de aquel mismo año, ciento treinta hombres atacaron y tomaron Sisbicchén, pueblo á siete leguas en el camino real de Valladolid; pero fueron en seguida sitiados por más de mil indios. No te sorprendan estas cifras, porque al empezar la guerra, la mayoría de los rebeldes no tenían más armas que machetes y palos ahusados y los fusiles que poseían eran casi todos viejas é inútiles escopetas: después adquirieron mejor armamento. Vuelvo á mi narración: nuestros valientes barrieron la línea enemiga y ya sólo faltaba una trinchera, y ya iban á cargar sobre ella con el delirio de la victoria, cuando se oyeron agudos y angustiosos gritos de niño: todos se detuvieron sorprendidos y sobre la trinchera erizada de fusiles y tras la que hormigueaban los indios, vieron á una criatura de siete á ocho años, blanca y casi desnuda, sostenida por dos indios, y que retorciéndose entre las manos que le tenían asido, lloraba, y con las manos extendidas nos pedía á gritos que no le matásemos. "Que nadie tire!"—gritó el capitán;—y dividiendo la fuerza en flancos, mandó sitiar y rendir el reducto, con orden terminante de que en caso de romper los fuegos se procurase no herir y sí salvar al niño. La trinchera fué tomada, dispersados los indios; pero nadie volvió á ver ni supo nada de la criatura. El 5 de Febrero de 1,848, amagado ya de cerca Tizimín, cabecera del Partido, llegó orden á la plaza de destacar cien hombres para combatir á los indios en Chechem, á cuatro leguas Sur Este de dicha cabecera. Argumedo vacila, las tropas murmuran, pero el capitán obedece, parte, y es dispersado, envuelto por el enemigo, en mayor número, y Argumedo cae prisionero para ser sacrificado pocos días después. Ni uno solo de los cien hombres reconoció el cuartel de Chancenote, cuya guarnición quedó entónces reducida con nuevos alistados, á cien hombres bajo las órdenes del capitán Manuel J. Pardo. Ay!—se interrumpió el narrador en un rapto de ardor patriótico,—si no hubieran salido esos cien hombres, Chancenote no hubiese sido tomado tan pronto, acaso Valladolid no se hubiese apresurado á levantar el campo, y quién sabe! tal vez la guerra hubiese cambiado de faz.......! El 10 de Febrero vuelven los indios á ocupar á Panuoh, en donde los derrotaron poco antes, dos leguas rumbo á Sisbiccheen: el teniente D. Eusebio García, les ataca en la mañana pero es rechazado y perseguido con grandes pérdidas hasta las puertas de la población. La tarde de ese mismo día, dos ó tres mil indios, destacados de los alrededores de Valladolid, plaza asediada entónces, sitian y cercan á Chancenote con gran gritería.

—¿Y las familias?—preguntó el joven que escuchaba con ansia.

—Habían salido antes conforme pudieron, y no quedaban más que guerreros. El 10, 11 y 12 nos batimos sin cesar de día y de noche: el señor Cura Felipe C. Castillo, auxiliaba á los moribundos, consolaba á los heridos y animaba á los combatientes: cuántas veces al disparar nosotros á quemarropa sobre algún indio imprudente que aproximaba su pecho á nuestras trincheras, el compasivo sacerdote levantó nuestros fusiles, salvando la vida del temerario! El 12, un rebote de bala hirió mortalmente al valiente Pardo; y el capitán Marcelino Aguilar que con algunos hombres de Tixcancal había acudido al socorro de Chancenote y penetrado intrépidamente á la plaza, fué también herido en un brazo. Entonces se confió al teniente Eusebio García el honor y la salvación de aquel grupo de valientes, rodeados de nubes de indios. El 13 estaban ya reducidos no más que á la iglesia: el combate se hacía más encarnizado, cuanto era más desesperado: las puertas del templo, abiertas de par en par, estaban obstruídas por trincheras: las de los indios sólo distaban sesenta pasos: el pavimento de la iglesia estaba cubierto de muertos y heridos, la sangre corría en pequeños arroyuelos, y los gemidos de los moribundos desgarraban y hacían vacilar el corazón de los combatientes: los bárbaros quemaban chile al rededor de nosotros para asfixiarnos con el humo: cinco hombres mandados por el cabo Marcelo González, apostados en el oratorio del camarín, allí en ese lugar que ves quemado y derrumbado, con la estrecha orden de antes morir que permitir á los indios aquel paso de comunicación con el interior del templo, habían cumplido su consigna: resistieron con valor, y cuando los indios enfurecidos prendieron fuego al camarín, nuestros héroes se desplomaron con él y perecieron entre las llamas ó aplastados por los escombros. Entretanto, el pueblo ardía en derredor! Y ya no había municiones de guerra ni de boca! Y ningún auxilio les llegaba! Y sólo quedaban en pie treinta y seis hombres de combate........! De repente oscila la línea de los indios: se oyen tiros hacia el Poniente y el piquete apostado sobre la iglesia grita "¡el socorro!" Todos los corazones laten con violencia: los heridos lloran de alegría....... pero la fusilería se va alejando, se retira más y más y todos se ven los rostros con sombría desesperación. Un auxilio de cien hombres venía en efecto de Tizimín, á las órdenes del oficial D. Esteban Rodríguez; pero había sido rechazado y dispersado.—"Ya que es preciso morir, muramos como se debe" —exclama aquella pequeña falange de héroes y aprovechan-

do el debilitamiento de la línea enemiga y de sus fuegos, por la persecusión de las fuerzas auxiliadoras, el teniente García, de acuerdo con los otros oficiales, dispone violentamente la salida: Pardo y Aguilar y todos los heridos que podían caminar, fueron colocados en el centro de la columna: Ay! —se interrumpió de nuevo el narrador, enjugando una lágrima:—todavía me parece verles intentando ponerse de rodillas, revolcándose entre su propia sangre, extendiéndonos las manos, llorando, pidiéndonos por piedad, por humanidad, que les matásemos para no dar á los bárbaros el feroz placer de martirizarles! Pero era duro, imposible lo que pedían, y con el alma despedazada por el dolor, sollozando, derribamos nuestras trincheras y nos lanzamos afuera de la iglesia. Con qué furor sepultamos entónces nuestros machetes y bayonetas en el cuerpo de aquellos tigres que iban á destrozar á nuestros valientes hermanos indefensos y heridos.......!

El narrador estaba profundamente conmovido; temblaba su voz al pronunciar las últimas palabras, y doblaba su cabeza bajo el peso de tan tristes recuerdos. El joven se extremecía también de emoción: miraba con religioso respeto al narrador, y en su mirada brillaba el sacrosanto fuego del patriotismo y de la emulación con todo el esplendor de la juventud.

Habían dejado de comer hacía rato: las tinieblas comenzaban á invadir el templo: el sol se hundía en el Ocaso limpio de nubes, y uno ú otro fugitivo resplandor rojizo que atravezando las ramas mecidas por la brisa de la tarde penetraba por el postigo del coro y dibujaba en la parte superior del altar principal fantásticas figuras, anuciaban no más que el astro del día aún permanecía sobre el horizonte. Tenía no sé que de solemne é imponente magestad, aquella escena en que un viejo soldado refería á un joven de imaginación ardiente, un drama, una epopeya en que él había sido actor, en medio de aquella soledad, en aquella hora tan silencioso y melancólica de la tarde, y en el mismo teatro en que se había desarrollado la acción hacía el espacio de treinta y dos años.......!

El joven paseó instintivamente una mirada en su derredor: en aquella semioscuridad, creía ver vagar los espectros de los valientes que sucumbieron en aquella gloriosa jornada, y que se agrupaban á escuchar su apoteósis hecha por uno de sus compañeros de armas.

—Continúe V., señor,—dijo el joven.

—Supremos fueron nuestros esfuerzos para romper el sitio,—prosiguió el viejo soldado, levantando la cabeza y

pasándose la mano en la frente, como si quisiera apartar de ella terribles pensamientos:—peleamos como leones, sin pensar siquiera en el peligro, y al fin, conseguimos derribar una trinchera enemiga, y nos arrojamos entre las chusmas que retrocedieron y nos abrieron paso, espantadas de nuestra audaz temeridad. Pero de súbito cayó sobre nosotros una avalancha de indios, que cortando nuestra pequeña columna, dejó entre sus hordas al bravo teniente Francisco Santollo y once soldados: pensamos en volver á su defensa...... imposible! Durante un instante sus disparos é imprecaciones nos revelaron que se defendían como fieras; pero luego un aullido de los bárbaros nos anunció que Santollo y sus valientes habían sucumbido.—Las tropas que algunos días después vinieron á Chancenote, les encontraron quemados, destrozados, devorados por los cuervos. Cuéntase que un hermano del teniente, Paulino Santollo, capitán de indios y que asistió al cerco de Chancenote, le hizo sacar los ojos y quemarle, para probar á los bárbaros que era leal y digno compañero de ellos. ¡Extraña fraternidad! Cuatro años más tarde, en 1,852, Paulino Santollo, fué juzgado en Valladolid y condenado á la última pena por un Consejo de guerra ¡Qué contraste! Chançenote había caído, pues, para siempre! Los indios nos persiguieron hasta media legua del pueblo: en Xkimil, dos leguas al Norte, se dispersó el resto de la fuerza y sólo quedaron reunidos, Pardo, mortalmente herido, el teniente García, el cura Castillo, el sargento Norberto Sánchez y José Yamá, sirviente del teniente García, detenido por sospechoso y para guía. Siguieron rumbo á San Juan, finca de García; la marcha era penosísima, pues estaban rendidos de fatiga: Pardo no podía más: sufría mucho de su herida grave y sin curación alguna: sus compañeros por más que quisiesen, no podían cargar con él: era la media noche, poco más ó menos, y la luna en toda su plenitud, irradiaba en medio de un cielo diáfano: acordaron entonces esconder á Pardo en una cueva, para volver luego á buscarle, en la medianía de Xkimil á San Juan, conviniendo con él las únicas señales á que respondería, para evitar un encuentro con los indios: le dejaron un poco de pan y una botella de agua y los otros siguieron su marcha á Tizimín, á donde llegaron el 14. El 15 los oficiales Atanacio y Andrés García, hermanos del defensor de Chancenote, fueron con doscientos hombres á recoger á Pardo, regresando con él el 18: en la mañana del 19, un médico extrajo á Pardo el proyectil de su herida, y á la noche del mismo día espiró el héroe con los auxilios de su religión y llorado por sus compañeors de armas.

Bendita sea su memoria! La paz sea con su espíritu!

El viejo soldado calló: estaban bajo las bóvedas de un templo: instintivamente se arrodillaron y oraron por las almas de los héroes de Chancenote.

La noche había cerrado completamente: era profunda la oscuridad: nuestros hombres olvidaron que no habían concluído de comer, se dieron las buenas noches y se acostaron sobre las palmas. Durmieron.......? ¡Quién sabe! la alborada sorprendió al joven sumergido en muy tristes reflexiones, hijas del pasado, despertadas en su memoria por la épica leyenda que acababa de escuchar y otras relativas al porvenir de Yucatán, bajo la terrible influencia de la guerra social; y durante la noche oyó moverse con frecuencia sobre las palmas á su compañero.

1,879.

Caida de Valladolid.

(1,847—1,848.)

Confidencias al lector.

Hace tiempo que mi pobre pensamiento, sin medir sus débiles fuerzas, se atrevió á concebir una idea: la de bosquejar una galería de cuadros históricos, copiados de los principales acontecimientos de nuestra guerra social, de esa gran revolución que cambió la faz de la Península yucateca, convirtiendo gran parte de ella en escombros y cenizas.

En presencia de esa galería, por incorrecta que fuere, nuestra juventud estudiosa, la que no tuviese voluntad ó tiempo de detenerse en leer la pormenorizada y filosófica narración de esa guerra en los libros respectivos, podría al ménos adquirir una somera idea de ella, podría recorrerla, pasando de cuadro en cuadro, como recorre una gacela las distancias en un suelo accidentado, saltando de roca en roca.

Yo hubiera querido enlazar esos cuadros por órden cronológico en una acción narrativa, más ó ménos novelesca, forma brillantemente usada por Pérez Galdós en sus magníficos episodios sobre la guerra de Independencia española; pero esa forma, además de ser imposible para mis casi nulos recursos intelectuales, hubiera hecho dilatada la obra, y sabido es que las publicaciones extensas no se costean en nuestro país, salvo la protección oficial, con más razón en las presentes circunstancias, y más todavía, atendida la oscuridad y notoria incompetencia del pretensioso autor.

Entónces, sin valor para renunciar á mis deseos, cuyo único objeto es tributar un justo homenaje de gratitud y admiración á la memoria de los héroes que nos devolvieron patria y hogar, me decidí á compendiar y aislar todo lo posible la relación puramente histórica de aquellos sucesos, y en ese sentido han visto la luz pública los "Ensayos biográficos" en un librito editado por el Sr. Lic. José Vidal

Castillo; la "Caída de Chancenote", en "El Fronterizo" de Tekax, y "El Sitio de Tihosuco", "Asedio de Riolagartos" y "Campaña de Bacalar" en "La Revista de Mérida."

La inmerecida y bondadosa aprobación de unos y el silencio tolerante de otros, me animan á proseguir el desarrollo de mi propósito y ahora ofrezco tímidamente á la sociedad yucateca la "Caída de Valladolid", uno de los cantos más grandiosos de la épica odisea de 1,848: me han servido datos extractados de la mejor obra publicada sobre el particular y recogidos de actores ó testigos presenciales. Hechas estas confidencias, que el lector perdonará, comenzemos nuestro relato.

I.

El 15 de Enero.

En 1,846, la ciudad de Valladolid encerraba una población de 10,500 habitantes. Consultemos la interesante Memoria que el 18 de septiembre de aquel año, leyó ante el augusto Congreso extraordinario de Yucatán el Secretario general de Gobierno y distinguido estadista Sr. D. Joaquín García Rejón:

"Tiene el Partido de Valladolid 28 poblaciones con 37,556 habitantes, que unidos á los 14,049 que contienen las 117 haciendas y 115 ranchos, hacen el total de 50,760. (Aquí hay un error aritmético, pues la suma de las anterior es cifras es 51,605 y no 50,760). Cada parroquia (el Partido tenía 9 cabeceras de parroquia) está encargada al celo de un cura y de los ministros necesarios para la administración espiritual, costeados unos y otros por el erario público, gozando, además, los curas los derechos de estola, á excepción de la séptima parte que está destinada para la conservación del culto y gastos de los templos. Valladolid es residencia del Jefe superior político y del Ayuntamiento: tiene essuela primaria pagada por la hacienda pública y una máquina de vapor de telar manta." (Esta fábrica pertenecía al Sr. D. Pedro Sains de Baranda, padre de los hoy ilustres General Pedro Baranda y Secretario de Justicia é Instrucción Pública en el Gabinete de la Unión y Gobernador propietario del Estado de Campeche, Lic. Joaquín Baranda. El edificio, en estado ruinoso, existe aún y creo forma parte del presidio.)

Entra luégo la Memoria en detalles ajenos á los fines de este artículo, en los que sólo haré observar de paso, que en 1,846, Valladolid no tenía más que una escuela primaria para sus 10,500 habitantes........!

Sin embargo de las frecuentes contiendas políticas que entónces trastornaban el Estado y de que las asfixiadoras sombras de la ignorancia envolvían á la gran mayoría de los hijos de Valladolid, éstos gozaban de una visible prosperidad y constituían uno de los pueblos más ricos y laboriosos de la Península.

Era asombroso el movimiento de la ciudad, señaladamente en las mañanas, horas en que la inmensa población indígena de los pueblos circunvecinos afluía al mercado, conduciendo pastura, leña, carbón, frutas, legumbres y otros artículos de consumo. Pero...... ay! aquel robusto y vigoroso cuerpo social alimentaba un cáncer que corroía sus entrañas.

La sociedad principal vallizoletana, fundada por españoles, que se consideraban de los más distinguidos entre los conquistadores, era altiva y orgullosa, aún en sus relaciones con la capital. Blasonaba de ilustre y no adulterada prosapia y miraba con insultante desdén á todos los que clasificaba inferiores en cuna. Esta imprudente y necia conducta había cavado entre el **centro,** en donde residían los de **sangre azul,** y los **barrios,** habitados por **mestizos** ó **plebeyos** un abismo de odios y rencores, que el tiempo fué ahondando y corrompiendo más y más; abismo, ay! que no debía llenarse sino con sangre, escombros y cadáveres; odios y rencores que ejercían su perniciosa influencia en todos los actos de la vida.

En las fiestas del **centro,** v. g., no se admitía á los de los **barrios,** ni en las de éstos á los del **centro**; y ay del que intentase salvar esa valla ó hacer el amor á alguna señorita que no perteneciese á su **clase**! En estos casos ocurría más de un escándalo, en que siempre llevaban la mejor parte los del **centro,** naturalmente apoyados por las autoridades. Existía, además, otro combustible violento: el aborrecimiento de los numerosos contrabandistas de la comarca contra los funcionarios que les perseguían sin trégua.

Tal era el estado de cosas, cuando estalló la revolución del 8 de Diciembre de 1,846 en Campeche. Gran parte del Estado la secundó y una numerosa tropa revolucionaria, á las órdenes de Antonio Trujeque, partiendo de Tihosuco, avanzó sobre Valladolid, fiel al Gobierno establecido. Aquella tropa, en su mayor parte de indios de la comarca, iniciados inoportuna y fatalmente en nuestras discordias y adiestrados en la guerra desde la célebre revolución de 1,840, se vió rápidamente reforzada por las gentes de los barrios de la ciudad que entreveían, al fin, una ocasión para vengar de

una manera terrible sus ultrajes y humillaciones.

Cedo aquí la palabra al justiciero historiador don Serapio Baqueiro.

"El 11 de Enero del nuevo año de 1,847, las tropas de Trujeque y Vázquez, que como dijimos, habían retrocedido á Tihosuco, para dirigirse á Valladolid, encontrábanse posesionadas de Tixcacalcupul, distante cuatro leguas de la ciudad.—Desde allí intimó Trujeque al Teniente Coronel Venegas, Comandante militar del distrito, para que se le rindiera con sus tropas, entregándole la situación. El contesto de Venegas fué mandar una sección que lo batió al siguiente día, pero la cual, encontrándose con una fuerza superior, tuvo qué replegarse á su destino, dejando á los contrarios en pacífica posesión de Tixcacalcupul. El día 13 avanzó Trujeque con sus tropas, compuestas en su mayor parte de indios, posesionándose del barrio de Sisal, á cuyo punto se le fueron á incorporar todos los vecinos de los otros barrios, siempre en constante pugna con las familias del centro de la ciudad. Venegas, portándose con el mismo valor de siempre, lo mandó batir ántes que se atrincherase; entónces Trujeque sitió la plaza y retrocedieron los que estaban haciendo fuego sobre Sisal, empezando desde aquel momento una lucha desesperada entre trescientos hombres, que eran los únicos que componían la guarnición, contra tres mil que los hostilizaban sin cesar.

"Todo el día y toda la noche del 13, sostúvose por ámbas partes un vivo fuego que los sitiadores hacían desde sus atrincheramientos, colocados á las inmediaciones de la plaza, y que los sitiados contestaban desde los suyos y también desde las alturas que ocupaban. Los indios atronaban los oídos con sus gritos, los vecinos de los barrios insultaban frenéticos á los del centro; unos y otros, indios y vecinos, se habían entregado á la embriaguez. Trujeque se hallaba confundido entre la multitud, sin que significasen nada ni su presencia ni su voz. Al día siguiente, el sitio estaba ya más estrecho, y los fuegos más vivos y nutridos, así por parte de los unos como de los otros. El desórden se aumentaba á cada instante las familias que podían, abandonaban sus hogares: las que no podían, lloraban por ellas y sus hijos; así se pasó todo el día.

"El día 15, firmes los defensores de la plaza, todavía sin rendirse, sin embargo de que las trincheras enemigas apénas distaban unos cuantos pasos de ellos, dió Trujeque la órden de asalto que simultáneamente se emprendió por todas direcciones en cuyo momento, si bien el valiente Venegas, izó bandera blanca, como sus tropas no suspendían el vivo fue-

go que hacían sobre los asaltantes, debido á la confusión en que se encontraba el jefe, hicieron los últimos tocar á degüello, apoderándose á viva fuerza de la plaza disputada, cuyas consecuencias lloró Trujeque, y dijo que en toda su vida lloraría siempre que se acordase de aquellos hechos de brutal ferocidad que mancharon de una manera escandalosa la revolución. En esos momentos, Venegas, que al tremolar la bandera de parlamento, lo hizo fuera de la trinchera principal, fué conducido prisionero al barrio de Sisal, en unión de D. Juan José Méndez, Jefe Político de Espita, que también había ido allí, pero no con la misma idea que aquel, sino al contrario, para impedirle lo que iba á hacer. Cuando esto estaba sucediendo, la turba desorganizada, ya en la plaza, empezaba su obra de destrucción, cuyos horrores no pudieron menos que estremecer al país. No nosotros, sino un documento auténtico, una carta nada ménos, escrita en Valladolid casi en los mismos días, nos vá á explicar con claridad lo que sucedió. Son sus palabras las que vamos á copiar á continuación."

"Mientras esto estaba sucediendo, es decir, mientras Méndez y Venegas eran conducidos al barrio de Sisal, la gente sitiadora que se había aumentado á cerca de tres mil indios, unidos á los vecinos de los barrios, que también se habían armado, cayó como un torrente sobre la plaza, trayendo abajo las puertas de las casas á menudos pedazos y dejando en las calles y en la misma plaza ochenta y cuatro cadáveres de personas sacrificadas cruelmente á balazos y machetazos. Tres mujeres, dos niñas, dos ancianos y un tullido, fueron de este número. El vicario D. Manuel López, á quien encontraron en su hamaca por no poderse mover de ella; sin embargo de haberles franqueado cuanto tenía, para librarse de un caso desgraciado, fué herido de un balazo en el vacío, un machetazo en el ombligo y un culatazo de fusil en la oreja izquierda, quien falleció el 18. El espanto y el terror fué llevado hasta seis leguas al rededor de esta ciudad, en donde también se cometieron incendios, robos y asesinatos. El saqueo duró ocho días, y cuanto se presentó á la vista de los indios, tanto fué objeto de su furor aniquilador. Puertas, ventanas, muebles de lujo y de uso, árboles, flores, todo fué devastado; un rayo, diez rayos que hubieran caído en cada una de las casas, no hubieran hecho tanto estrago. Los asesinatos no sólo fueron horrorosos, sino también bárbaros y de caníbales, pues los cuerpos fueron arrastrados en triunfo por las calles, quemados y colocados los indios al rededor de las hogueras, escuchaban con algazara el crugido de las carnes, que algunos para prueba de

ferocidad, arrancaban y mascaban. Ni la iglesia fué respetada, porque los que se refugiaron en ella, fueron sacados y asesinados á sus puertas.—El día 17, un famoso asesino, llamado Bonifacio Novelo, encabezó una partida de mil indios en San Juan y pasó al barrio de Sisal, en donde estaba preso Venegas; y este hombre valiente, que con ménos de doscientos hombres sostuvo un fuego de tres días, y resistió las balas de dos mil indios, fué asesinado, descuartizado y arrastrados sus pedazos por las calles. Ay, amigo no es posible escribir esto con serenidad! tiemblo y me espanto al menor ruído, como si oyese venir la turba de asesinos sobre mí! El corazón no puede ménos que llenarse de pesar. ¡Valladolid ha sufrido mucho!—Familias enteras han quedado reducidas á la más espantosa mendicidad, y las que ménos han sufrido, por pertenecer á la clase proletaria, han quedado desnudas y sin amparo. Diez años, quince años por lo ménos, serán necesarios para reparar tanto mal. La emigración de las familias es diaria y es probable que el centro de la ciudad quede yermo. Las personas visibles que perecieron son las siguientes: el señor Vicario D. Manuel López Constante, D. Pedro Gutiérrez, D. Francisco Esperón, D. José María Moreno, D. Angel Trejo, D. Vicente Méndez, D. Romualdo Ríos, D. José María López, de Dzitás, D. Baltazar López, de Cenotillo, D. Silvano Bracamonte, de Izamal, D. Juan Estéban Echeverría, de Mérida, D. Andrés Vales, D. Juan Arce, de Sucopo, D. N. Cervera, de Chichimilá, D. Nicolás Osorio, D. Claudio Venegas, mexicano, D. Andrés Rosado, D. Bacilio Conrado y Da. Escolástica Solís.''

"De esta manera,—continúa el historiador Baqueiro,—cayó Valladolid, el único baluarte del Gobierno en el Oriente, víctima de una soldadesca ébria de vino y de lujuria, que así desarrajaba las puertas de las casas para destrozar cuánto encontraba, que así daba muerte á los ancianos, á las mujeres y á niños indefensos, como cometía los actos más brutales de lascivia, profanando á las esposas y á las hijas delante del esposo y de los padres, comiéndose la carne palpitante de sus víctimas, y arrastrando los cadáveres en las calles para hacer alarde de su bárbaro furor.''

Después de aquellos luctuosos acontecimientos, muchas familias de la ciudad que huyeran del peligro, léjos de regresar, procuraban apartarse más y más, porque los indios capitaneados por el feroz bandido Bonifacio Novelo, escapado de la prisión en que por breve tiempo estuvo, recorrían armados la comarca, cometiendo nuevos crímenes, desórdenes y escándalos.

El Gobierno, justamente alarmado, envió á Valladolid

tropas á las órdenes de los Tenientes Coroneles Trujillo y Heredia, á D. Ezequiel Enríquez, como Jefe Político y al Lic. D. José Raimundo Nicolin, con carácter de Juez de primera Instancia, á practicar averiguaciones sobre los asesinatos del 15 de Enero.

La cabecera del Distrito se tranquilizó un tanto en presencia de los nuevos funcionarios, apoyados por tropas de confianza; pero Novelo y sus sanguinarias hordas proseguían en otros puntos del Oriente sus depredaciones.

Desdichado Valladolid! Acababa de recibir una herida mortal y vibraba ya en el campanario de sus templos el lento y triste toque de su agonía.

Entretanto, la raza indígena se agitaba en el Oriente y un mugido sordo y misterioso, como el que precede á las tempestades y á las erupciones volcánicas, se escuchaba en toda la superficie del país.

El buho de la fatalidad se cernía, exhalando proféticos graznidos, sobre la infortunada Península......... El génio del exterminio y de la destrucción batía sus alas sobre Yucatán....... Esta situación no bastaba, sin embargo, á mitigar las pasiones políticas y D. José D. Cetina, instrumento rápido y terrible del bando barbachanista, saltaba de motín en motín, acelerando, casi sin saberlo, la pérdida del Estado........

Pero sigamos el órden cronológico de los sucesos. Hemos llegado á la hora suprema de la sociedad yucateca. Tras el prólogo espantoso del "15 de Enero", se alza el telón y comienza el pavoroso drama llamado "Guerra social de Yucatán", cuyo desenlace final no se verifica todavía, después de treinta años de acción. Asistamos al terrible despertar, á la espantoso convulsión de una raza valiente y desgraciada, de un pueblo encadenado hacía tres siglos y que tanto diera qué hacer á los conquistadores. Escuchemos:

II.

La conspiración.

"El 18 de Julio, (1,843)—dice Baquiero—pocos días antes del pronunciamiento verificado en Tizimín, (el de Cetina) se presentó á D. Eulogio Rosado (entónces Comandante militar de Valladolid) D. Miguel Gerónimo Rivero, procedente de su hacienda Acambalam, distante diez leguas de Valladolid, manifestándole lo siguiente: que estando en su

hacienda referida, había observado hacía el espacio de ocho días, que grandes turbas de indios, conduciendo provisiones de boca ó bastimento, pasaban por allí dirigiéndose á la hacienda Culumpich, de la propiedad de Jacinto Pat, cacique de Tihosuco: que estos indios eran de Chichimilá, Tixhualahtun, Dzitnup, Tixcacalcupul, Xocen y Ebtun: que en vista de esto había enviado á un sirviente suyo á Culumpich, con objeto de averiguar lo que pasaba, habiéndole manifestado éste á su regreso, que aquel lugar estaba lleno de indios, naturales todos del Distrito de Valladolid: que tramaban una gran conspiración contra la raza blanca, de la cual eran jefes principales Bonifacio Novelo, Jacinto Pat y Cecilio Chí: que el propósito de este último, según oyó decir, era apoderarse ante todas cosas de Tihosuco; que en el rancho Tzal se había efectuado un desembarque de escopetas, traídas de Belize para el efecto; y por último agregaba D. Miguel Gerónimo Rivero, que dos días ántes de separarse de su hacienda ya citada, de donde salió precipitadamente con su familia, por el peligro que corría, había visto pasar con dirección á Culumpich más de doscientos ó trescientos indios, cargados, los más, de toda clase de provisiones, que descaradamente aseguraban era para llevar al referido Culumpich.

"D. Eulogio Rosado, en vista de lo ántes relacionado, dió cuenta inmediatamente al Gobierno del Estado, por conducto del Secretario General, dictando en seguida cuantas providencias le parecieron convenientes para averiguar si eran ciertas ó no las noticias dadas por D. Miguel Gerónimo Rivero, y poner en seguridad el Departamento de su cargo, cuyos pueblos, según aquél, estaban comprometidos en la conspiración que debía estallar. No necesitaba, sin embargo, de mayor esfuerzo para venir en conocimiento de la verdad.

"Un momento después de haber comunicado por extraordinario las noticias anteriores, se le presentó D. Antonio Rajón, Juez de paz del pueblo de Chichimilá, manifestándole que, hallándose en su casa Manuel Antonio Ay, cacique de dicho pueblo, tomando aguardiente con otros compañeros suyos, como lo acostumbraban los domingos y días de fiesta: (domingo era también aquel al cual se refería): asentó su sombrero en la mesa, cuando más desatada estaba su hilaridad por la embriaguez, dentro del cual vió un papel que cogió al instante para leer, aunque al verificarlo, sorprendido el cacique de aquella acción, le dijo, que cuidado lo fuese á denunciar: que sin embargo de esto, se lo había dejado, no sin advertirle que la prueba de que él lo

hubiese denunciado, sería que el Jefe superior político del Departamento se lo presentase en un caso dado. El papel era una carta de Cecilio Chí, dirigida al incauto Manuel Antonio Ay, la cual reproducimos en seguida, sin variarle nada, por ser uno de los documentos más curiosos é interesantes de los hechos relativos al descubrimiento de la guerra social en Yucatán. Héla aquí:

"Tepich, Julio de 1847.—Sr. D. Manuel Antonio Ay.—Muy señor mi amigo, hágame Usté favor de decirme gatos pueblos hay avisados para el caso, para que usté me diga gando.—Item quiero que usté me diga si es mejoro mi intento es atracará Tihosuco para que tengamos toda provisión, hasí aguardo la respuesta para mi gobierno, medice usté ó me señala usté el día en que usté ha de venir aca conmigo, porque aca me estan siguiendo el bulto, por eso selo digo á usté, me arusté el favor de avisarme dos ó tres días antes, no deje usté de contestarme no soy yo más que su amigo que lestima.—**Cecilio Chí.**"

El Coronel Rosado se estremeció ante aquel documento que podía ser un Mane, Thecel, Phares para Yucatán, mandó aprehender al desgraciado Ay y prévio el proceso judicial respectivo, le mandó fusilar en la plaza de Santana, á las cinco de la tarde del 26 de Julio de 1,847. Ay era apénas un joven de 28 á 30 años y murió con ese valor estoíco que caracteriza á la raza histórica de los Kupules é Itzaes.

El Coronel Rosado, en nombre de Yucatán, en nombre de la República, en nombre de la civilización y del progreso, recogía el guante que arrojaba á sus plantas la barbarie y rompía las hostilidades. Ay era la primera víctima de aquella horrible hecatombe......... Esta ejecución irritó profundamente á los indios que amaban y respetaban mucho al cacique de Chichimilá. Se embriagaron, profirieron amenazas en són de rebelión y lloraron sobre el cadáver de su jefe, jurando sin duda en su interior, tomar pronta y espantosa venganza. Se dictaron órdenes violentas para asegurar á Jacinto Pat y Cecilio Chí, los dos caudillos principales de la vasta conjuración; pero Trujeque, encargado de tan importante medida, se dejó engañar, primero por la severa cortesía y obsequiosa amabilidad de Pat en su hacienda Culumpich, y luégo por la astucia y previsión de Chí en Tepich.

En este pueblo tan tristemente célebre, cuna de la conflagración social, las tropas de Trujeque cometieron abusos y tropelías indignas en las familias de los indios, ofreciéndoles de esa manera un funesto ejemplo que éstos supieron imitar con horrible ventaja.

III.

GUERRA SIN CUARTEL.

En la noche del viernes 30 de julio, día en que Trujeque fusiló á cuatro ó cinco indios sospechosos, Cecilio Chí, capitaneando á dos ó trescientos rebeldes, lanzó el primer grito de abierta sublevación, cayó como un rayo sobre Tepich, asesinó á todos los blancos y mestizos que allí se encontraban, excepto Alejo Arana, que pudo escapar y llevar la funesta noticia á Tihosuco, incendió las habitaciones y allí, al fatídico resplandor de las llamas, sobre la sangre y los cadáveres, sobre los escombros y pavezas de su pueblo natal, el caudillo indígena, el descendiente y émulo de los Cocomes y de los Kupules, juró insensato y ebrio de matanza reconquistar la tierra de sus mayores, ó morir al menos, como Sansón, sepultado entre sus ruinas y vengando las humillaciones y ultrajes, que durante tres siglos se habían prodigado á su raza.

Aquel grito resonó como una celeste maldición en todo el país: la Península se extremeció, las pasiones políticas enmudecieron, todas las manos se buscaron y se estrecharon instintivamente, y los yucatecos amenazados se agruparon bajo la bandera de la civilización y del progreso para resistir aquel torrente asolador que se desbordaba sobre ellos. Valladolid reconcentró sus elementos y entonces se inició en los pueblos y bosques del Oriente, en donde eran fuertes y prácticos los astutos indios, una dilatada serie de encuentros y combates más ó menos importantes, pero siempre sangrientos y sin cuartel por ambas partes, y cuyo éxito era vario.

El volcán estallaba por fin, y sus ardientes devoradoras lavas inundaban la tierra: esto no impidió (extraña obsecación) que el infatigable motinista Cetina,—quien poco después debía transfigurarse en héroe épico, que prestaría á su patria tan grandes é inolvidables servicios en esa misma guerra,—que Cetina, pronunciándose otra vez en Tizimín, derrotado en Sucilá y volviéndose á pronunciar en seguida en la capital, marchase sobre Valladolid que luchaba por otro lado en contener las hordas crecientes de los indios.....

Pero la mano del destino castigó su imprudencia parricida: la brillante División de Cetina fué completamente destruída en las inmediaciones de la ciudad por las tropas que, al mando del digno y bravo coronel Rosado, la guarnecían.

Entretanto, los pueblos del partido de Valladolid, aban-

donados casi sin combate, por sus aterrados habitantes, caían uno tras otro y desaparecían bajo la tea de los rebeldes, y éstos, aumentando rápidamente su número cada día con los de su raza, estrechaban más y más el anillo de hierro y fuego con que rodeaban y procuraban ahogar á la hermosa metrópoli oriental.

El Coronel campechano, D. Agustín León, había sustituído al Coronel Rosado en el mando de la plaza, y ésta encerraba en su recinto más de mil quinientos defensores, con regular artillería, suficientes pertrechos de guerra y bizarros subalternos, como Bolio, Vergara, Angel Rosado, M. Cepeda Peraza y otros y otros.

IV.

EL CERCO.

El 19 de enero de 1848, después de los heroicos combates de Chemax, Tikuch, etc., en que los adalides ya aludidos y don Sebastián Molas, que expontáneamente había acudido al auxilio de Valladolid con una sección de Tizimín, hicieron prodigios de intrepidez y serenidad, los indios en número de más de veinte mil, establecieron definitivamente el sitio de la ciudad dejando no más que dos ó tres brechas, por donde una ú otra vez recibieron los sitiados víveres y pertrechos de guerra.

Procuraré no fatigar y aburrir á mis lectores con la relación, imposible por otra parte, de los innumerables combates, encuentros y escaramuzas habidos en aquel memorable sitio, en los que frente al tenaz arrojo de los campeones de la barbarie, brillaba el heroismo de los soldados de la civilización. Me concretaré á los más notables y postreros.

El 7 de marzo, entusiasmado el coronel Victoriano Rivero con un triunfo recientemente adquirido por nuestras tropas contra los indios, rumbo á Chichimlá, solicitó y obtuvo el permiso de marchar á la cabeza de 300 hombres sobre Dzitnup, uno de los más fuertes campamentos de los rebeldes. La columna partió, abrióse paso á viva fuerza entre los sitiadores, les obligó á desalojar sus trincheras, batió sus aleves emboscadas, alfombró su camino de cadáveres y sangre agenos y propios, arrolló por todas partes al enemigo y entró victoriosa á Dzitnup. En la sacristía encontraron demente y acostado en una hamaca al anciano cura Villamil.

El honrado Rivero no podía abandonarle allí, le colocó en una camilla, y mientras ejecutaba esto, gruesas masas de indios cercaron su sección, la enviaron una lluvia de balas

y la hicieron replegar y reconcentrarse en el atrio del templo.

Rivero, sin desconcertarse ante el inmenso número de enemigos que le ensordecen con su grita salvaje y su incesante fuego de fusilería, organiza y arenga á su columna, coloca en el centro la camilla del Cura Villamil y emprende su marcha, abriéndose paso con sus bayonetas, machetes y proyectiles: pero pronto tiene qué detenerse ante el imposible: los indios irritados por aquella intrepidez, se amontonan en su tránsito y cargan con furor sobre la columna fatigada y diezmada ya: cuando el desorden y el desaliento las amenazan, las tropas avanzan un poco más todavía; pero las emboscadas las destrozan, los indios, cuando no mataban, lazaban y arrastraban á sus víctimas, y por último, resonó el "sálvese el que pueda......."

En aquella desgraciada jornada, cuéntase que se hizo visible por su denuedo un joven oficial del batallón "Libertad", de Campeche, D. Celestino Brito, hoy General del ejército y residente en la nombrada ciudad.

Rivero y los restos de su columna llevaron á Valladolid el abatimiento y el dolor. Dícese que el Jefe D. Miguel Bolio, irritado sin duda por este descalabro, se permitió herir la susceptibilidad militar de Rivero, se cambiaron algunas palabras desagradables, y á consecuencia de ellas, pidió y obtuvo, como Rivero, licencia para marchar sobre Dzitnup, con igual número de tropas y oficiales que él escojería. Compuso su columna de lo más florido de los batallones de Mérida, Campeche y Valladolid y de los oficiales don Manuel Cepeda Peraza, don Antonio Fernández Montilla, don Joaquín Mézquita, don Manuel Iturrarán y don Francisco Oviedo, hijo. Se convino situar á don Angel Rosado con cien hombres en observación, pronto á auxiliar á Bolio, si no se veía incendio en Dzitnup, señal que ofreció hacer el mismo Bolio, en caso de no encontrar resistencia.

Más feliz al parecer, que Rivero, Bolio no encontró más que los cadáveres de la derrota anterior, cuya vista conmovió el ánimo de sus tropas, á pesar de exhortarlas sin cesar: las trincheras eran abandonadas por los indios, apenas se aproximaba á ellas la columna expedicionaria, y de esa manera llegó sin novedad á Dzitnup, ocupó el atrio y todavía fortificaba ligeramente las esquinas, cuando como brotados de la tierra, los indios en fabuloso número inundaron como un torrente el pueblo, por todas direcciones, rompieron sus fuegos y en un instante redujeron á nuestras tropas á solo el atrio. Para colmo de desgracias,

las casas de la población empezaron á arder y ahogar con el humo á los sitiados, y esa señal ofrecida por el mismo Bolio, como la de no haber encontrado resistencia, impidió que le fuese el auxilio, que pudo haberle salvado, en vez de marchar á Chichimilá inútilmente, como estaba convenido. Fatal imprevisión y más fatal complicación!

Desigual, rudo y terrible fué el combate que entonces tuvo lugar. Los indios, con la implacable ferocidad del bárbaro y las tropas con la rabia de la desesperación, lucharon como tigres......

Bolio y varios de sus mejores oficiales, perecieron sembrando la muerte á su alrededor, rodeados de cadáveres de enemigos, como mueren los héroes.

La jornada dejó fuera de acción á más de sesenta hombres.

Valladolid tembló otra vez al saber este nuevo fracaso. Rivero.... lloró á Bolio. La Sultana del Oriente llegaba á su última agonía. Es verdad que le quedaban tropas, municiones de guerra y buenos Jefes; pero los últimos reveces la habían herido de muerte: el sitio, lejos de debilitarse, se estrechaba más y más: Molas y su sección habían partido á defender el partido de Tizimín en peligro inminente, después de la caída épica de Chancenote: la capital, el Gobierno, parecían olvidados de su único baluarte en el Oriente. Por último, una infame estratagema de los rebeldes iba á arrebatar y sacrificar al más inquebrantable y entusiasta y firme defensor de la plaza y determinar el abandono de esta, talvez prematuramente....

Cedo de nuevo la palabra al historiador Baqueiro. Oigámosle:

V.

LA CELADA.

"El 10 de marzo escribió Miguel Huchim, (uno de los principales cabecillas indígenas) una carta al coronel Rivero, manifestándole los deseos que tenía de conferenciar con él y con el Vicario Sierra, acerca de los tratados de paz, iniciados en Tekax con el caudillo Jacinto Pat, y para el efecto le señalaba un sitio denominado Halal, casi en el mismo Valladolid, en donde podían hablar sobre el particular.

"Rivero aceptó estas indicaciones en el momento (á pesar de las prudentes observaciones del coronel León, que

no pudieron hacer vacilar su indomable patriotismo, llevado hasta la abnegación, hasta el sacrificio de sí mismo) y al siguiente día, haciendo que el Vicario Sierra le acompañara, dirigióse á Halal, en unión de varios oficiales que se le incorporaron, y de los presbíteros don Marcelino Paz, don Manuel Jesús Pérez y don Ramón Vales. El Vicario era el que llevaba la vanguardia, y no tan pronto llegó á media distancia entre la trinchera de aquella parte de la ciudad y la de los indios, en donde había hecho alto, cuando aquellos se pusieron á llamarlo á grandes voces, y entonces, habiendo avanzado él, avanzaron todos los demás, en medio de una inmensa turba que los fué rodeando y los condujo hasta Halal.

"Una vez allí, manifestóles el Vicario Sierra que no tenía confianza en las promesas halagadoras de paz que les habían sido hechas, como lo probaba el que ellos por su parte no fueran á la plaza; á cuyas palabras contestaron, presentándosele más de veinticinco indios, ofreciéndole que lo harían, y en el acto lo verificaron, dirigiéndose serenamente á la ciudad. Más cuando ellos apenas habían avanzado menos de dos cuadras de distancia, los nuestros, á quienes se había invitado á descansar en una de las habitaciones de la finca, estaban ya prisioneros, y con sus respectivos centinelas de vista, dispuesto esto por un indio que los había recibido de una manera grave y que regenteaba el alto puesto de Jefe ó caudillo, según el respeto con que lo miraban y trataban.

—"Perdidos somos, señor Vicario!—exclamó el malogrado coronel Rivero, al ver la presentación de los centinelas y el cruzamiento de armas......"

Dejemos, empero á aquellos desgraciados cumplir sus tristes destinos: conducidos á Dzitnup, Rivero, Oviedo, cuyo hijo había perecido pocos días antes con Bolio en las inmediaciones de aquel pueblo tristemente célebre ya, y los demás prisioneros, excepto los religiosos, fueron matados á machetazos en la única pieza del convento que les servía de prisión, en los mismos momentos en que retumbaba la artillería y la fusilería en Valladolid, que caía en poder de los indios, como si la falta de Rivero, alma de la defensa, hubiera hecho imposible prolongar más la resistencia, como si la mísera sultana del Oriente con el estruendo de su ruina, celebrara los honores fúnebres de su preclaro y predilecto hijo. Volvamos á Valladolid:

"Muerto el valiente don Miguel Bolio,—prosigue Baqueiro,—prisionero el magnánimo Rivero, que si no lo mandaban á batirse, se batía de oficio, habían desaparecido de

los cuatro héroes de la plaza, dos Aquiles, quedando de los cuatro á quienes consideramos del mismo modo, solo dos: don Angel Rosado y el bravo primer ayudante Vergara. Don Agustín León, persuadido por esta causa de la imposibilidad de reanimar á las tropas de la guarnición, convocó una junta de jefes y oficiales para tratar seriamente de la cuestión, dejándolos en absoluta libertad de hablar, habiendo opinado todos ellos por la desocupación, que se verificó el 14 de marzo, á la misma hora en que eran socrificados los prisioneros, en que el Vicario Sierra (que en vano intentó salvarlos) extendía los brazos para entrar en oración en la iglesia de Dzitnup. He aquí el modo con que se verificó:

VI.

SE LEVANTA EL CAMPO.

"Al rayar el alba, el coronel D. Pastor Gamboa, célebre caudillo de la revolución de 1840, asaltó con quinientos hombres y dos piezas de artillería las fortificaciones enemigas del camino de Espita (al N. O.) con el objeto de romper el sitio por este lado y limpiar el tránsito de las emboscadas que encontrase. Vivo, heroico y desesperado fué el empuje de nuestros soldados, que precedidos del fuego de artillería, calaron bayonetas y pasaron sobre los atrincheramientos de los sitiadores, abriéndose paso hasta el pequeño pueblo de Popolá.

"Después empezaron á desfilar los carros de tráfico, cargados de las riquezas de los principales propietarios; de los heridos, de los pertrechos de guerra, y aún de familias que en ellos habían procurado acomodarse, y además, una multitud de calesas, literas y otros vehículos de viaje, en que iban las personas de recursos, formando todo esto un conjunto de más de cien carruajes.

"Otra sección de quinientos hombres, á las órdenes del teniente coronel don Cristóbal Trujillo, emprendió su marcha en seguida y cerró este primer cuadro de la desocupación á retaguardia, de cuya fuerza formaron para seguirla, más de diez mil personas, que desde la media noche se habían despedido de sus hogares é inundaban aquella parte del campamento en donde debía verificarse la salida. Los niños lloraban, los ancianos se lamentaban, las mujeres gemían de dolor y de desesperación; los caballos en tropel se encabritaban; don Agusín León, gritaba, increpaba y daba órdenes para expedir las operaciones: tal era el

espectáculo que en aquellos momentos se presentaba, hasta que gracias á incansables esfuerzos, vino á conseguir que salieran, aunque no con todo el orden que se quería.

"A las siete de la mañana reinaba en la ciudad el más profundo silencio; las puertas de las casas estaban abiertas, pero todas habían sido abandonadas por sus dueños; hallábanse tristes y solitarias como vacías tumbas y solo se veía enjambres de perros que corrían desesperados de una á otra parte, y que alguna vez ladraban tristemente por la ausencia de aquellas personas á quienes tenían consagrado su cariño. D Agustín León, con trescientos hombres y dos piezas de artillería, permanecía una cuadra después de la plaza por el camino que conduce á Mérida (Oeste) esperando que el mayor general Fajardo le indicara con el toque convenido que las familias habían salido de la línea, y que podía emprender su marcha, junto con las tropas de los campamentos de San Juan y de Santa Ana, (al S. y E.) que también permanecían hasta aquella hora sin móverse.

"Bueno sin duda hubiera sido el resultado, si esto hubiese podido verificarse, porque entonces, libre de los obstáculos de carros, familias y heridos, que caminaban apoyados á vanguardia y retaguardia por secciones organizadas con su correspondiente dotación de artillería, y además con un espacio de tiempo y de lugar suficiente entre unas y otras, claro es que las últimas fuerzas hubieran podido retirarse en orden y sostener la extrema retaguardia sin llegar el caso de verse embarazados con los inconvenientes que hemos indicado. Pero por desgracia no fué así.

"Cuando aún 3 ó 4 cuadras del camino se hallaban nutridas con las familias que no habían podido salir, los indios invaden el barrio de Sisal (Oeste de la plaza); siguen su marcha triunfadora hasta salir al cmino de Mérida; incendian el caserío de paja de aquel lado de la población, y precedidos de un círculo de fuego y de polvo, avanzan sobre don Agustín León. Este los recibe con su artillería, arrojándoles bala-rasa y metralla, entre tanto espera que el mayor General Fajardo, á quien le ha mandado aviso con el jóven cirujano don Juan Pío Manzano, le indique que podía emprender su marcha; más no habiéndose podido conseguir, al fin verificó su retirada, siguiéndole las tropas de los campamentos de S. Juan y de Santa Ana. El procuraba no precipitar su marcha, y hacía fuego de artillería y de fusilería sobre los asaltantes: mas éstos, que sobre haber ocupado la plaza principal habían cortado la muchedumbre de familias y de fuerzas que se dirijían hácia el camino de Popolá, ha-

bían ya conseguido su objeto, introduciendo la desesperación y el desórden en nuestras filas. Por este motivo las tropas de Santa Ana tomaron diferentes direcciones y se desordenaron: las de San Juan, encabezadas por su valiente Comandante Rosado, atravesaron la plaza por en medio de las inmensas chusmas que las recibieron á balazos, además del fuego que de parte de D. Agustín León tuvieron también qué sufrir y finalmente, envueltos en esta confusión tropas, familias y carros, nadie se pudo entender.

"Desde el cabo de la ciudad hasta Popolá, aunque en medio de un fuego sostenido que quitaba la vida á niños inocentes en los brazos de sus padres, á mujeres indefensas y ancianos y desvalidos; D. Agustín León, eficazmente secundado por el valiente oficial de artillería, Trejo, pudo conservar organizada una sección y llegar á Popolá; mas una vez aquí, las tropas todas se desmoralizaron; los carros de tráfico, la artillería, un sinnúmero de caballos y carruajes de viaje y todas las familias detenidas en la plaza, formaron un conjunto desordenado, que fué imposible vencer y en medio de cuyo desórden, habiéndose aparecido los indios que rompieron sus fuegos por diferentes direcciones, unos perecieron en medio de su confusión, otros se internaron en el bosque, arrastrando á sus hijos pequeños; todos los carros y efectos fueron abandonados, el parque fué incendiado por un valiente oficial del Batallón "Libertad" de Campeche, para evitar que cayera en manos del enemigo, pero cuya explosión acabó con la existencia de algunos, no habiéndose conservado otra defensa en tan críticos momentos, más que una pieza de artillería, siempre al mando del generoso oficial Trejo, con la cual salvó un considerable número de familias, hasta que como á las cinco de lo tarde de aquel día, habiendo llegado á un lugar en que no le era posible avanzar por los inconvenientes del tránsito, la clavó ó inutilizó por disposición del Comandante en Jefe y la abandonó con el pesar de un verdadero soldado, pronunciando estas sentidas y dignas palabras al retirarse: ¡¡Adios piecesita!!

"Al fin, despues de tres días de un penoso tránsito, llegaron á Espita las familias y las tropas en completa dispersión, á excepción de don Agustín León, que con un puñado de leales que le obedecieron, tuvo la suficiente fuerza de ánimo para permanecer á retaguardia, hasta que supuso que todos habían conseguido salir del peligro".

Tal fué la caida de Valladolid! Si no murió como morían los héroes antiguos y los gladiadores romanos; si no cayó como Chancenote, luchó al ménos con denuedo, hasta que los repetidos reveces y la pérdida de Rivero desmoralizaron

á sus defensores, que la abandonaron cuando quizá aún podía esperar......!

En 1848 y 1849, el Oriente fué reconquistado, Valladolid volvió á poblarse y desde entónces hace esfuerzos por recuperar su pasado esplendor.

En nuestros días, no tiene sin duda esa simpática ciudad y su partido el número de habitantes que en 1846, pero en recompensa, lo que ha perdido en censo, lo ha ganado en civilización: ya no hay **sangre azul,** ya no hay aristócratas **del centro y plebeyos** de los **barrios**: en fin, lo que perdió en **cantidad,** lo ha ganado en **calidad.**

Terminaré con un breve cuadro comparativo entre 1846 y 1883.

En 1846, según la Memoria del Sr. García Rejón, que citamos al comenzar, el partido de Valladolid comprendía la cabecera, 27 pueblos y 232 ranchos y haciendas, con un total de 51,505 habitantes: no había más que una escuela pública en la ciudad y otra en Tixcacalcupul, pagadas por el Erario.....

En 1883, según la Memoria de 1o. de Enero, del Sr. General don Octavio Rosado, actual Gobernador, el partido de Valladolid comprende la cabecera, que es cuartel principal del 2o. Batallón de colonias, 24 pueblos y 786 fincas rústicas, con un total de 18,107 habitantes. Aterradora diferencia en el censo!

Pero en compensación, hoy cuenta un Instituto literario, un Colegio católico, una escuela de artes y oficios, siete liceos de niñas y 18 escuelas de varones.

Ay! y el presupuesto para el año próximo suprime 10 de esos planteles de enseñanza . . . ! Tengo razones para esperar que el Sr. General Rosado, apasionado por la instrucción pública, sabrá conjurar esa calamidad y que no se apagará ninguno de esos focos de civilización...! Así sea.

Valladolid, resucitada sultana de nuestro querido Oriente, firme baluarte del Estado y de la civilización en las fronteras, todavía amenazadas por el indio rebelde, salud!

Que el arcángel de la paz, de la dicha y de la prosperidad bata siempre sus alas protectoras sobre tu cabeza y arrulle el dulce sueño de tus valientes y laboriosos hijos!

Tizimín—Diciembre—1884.



Asedio de Riolagartos.

EL SAKAUAH.

(Marzo de 1,848.)

I

El sol de Julio, desde un zénit enteramente limpio de vapores, dejaba caer á plomo sus abrasadores rayos sobre la tierra; ni una ráfaga de aire agitaba las hojas de los árboles, se me hacían ya insoportables el cansancio y la sofocación del calor, y el rocinante que me conducía sobre sus lomos demostraba á toda luz encontrarse en análogas condiciones. Me detuve entonces bajo la sombra de un frondoso **Sakauah** que desde la orilla del camino extendía sobre éste sus ramas: eché pié á tierra, quité el freno á mi cabalgadura, deslié su soga, cuyo extremo até al tronco de un árbol para que paciese el verde zacatillo que alfombraba el suelo, desaté mi cobertor de viaje de la **anquera,** lo extendí en el sitio más suave, seco y sombrío y me acosté con delicia, reclinando mi cabeza sobre una piedra plana que hallé á mano. Aquel sitio se encontraba á diez leguas, próximamente, de Tizimín, y á tres leguas de Riolagartos, punto á donde me dirigía. Es decir, que viajaba en uno de los peores caminos del Oriente, en todos tiempos, por muy pedregoso, y mucho más en época de lluvias, en que ese camino se convierte en agua, piedra y lodo, **deliciosa** circunstancia que hace la jornada perfectamente fastidiosa y cansada.

Vuelvo á mi cuento. Quedamos.... ah! quedamos, mi caballo paciendo, (el caballo por delante, porque no se espante) yo recostado al pié del sakauah y el lector, aburriéndose con esta balumba de detalles, talvez ociosos.

Cuando en una jornada, en las condiciones apuntadas, se tiene la ocurrencia de tomar la determinación que acababa de poner en práctica, item más, en plena digestión de improvisado almuerzo con mucha grasa, nada más lógico que sentir en seguida un muelle sopor que cierra insensiblemente los párpados. Poco á poco, en efecto, me fué embargando

el sueño, y mis últimas lánguidas miradas se tendían y descansaban sobre una doble albarrada que, cubierta de muzgo y arbustos, partía de ambos lados del camino y se internaba doce ó quince pasos bajo el campo, á cuarenta ó sesenta pies de mi silvestre lecho, albarrada que forzosamente atrae la atención del viajero que durante el día pase por aquel sitio.

Alguien ha dicho que los ojos son las puertas, ó los postigos, ó las ventanas del alcázar del alma. Pero á ésta, le sucede precisamente lo contrario que á los seres materiales que habitan aposentos que tienen puertas, postigos ó ventanas: esto es, que cerrados herméticamente esos orificios y ellos dentro, se entiende, ya no ven nada del exterior, ni pueden salir: al paso que el espíritu, cuando los ojos se cierran, es cuando despliega sus alas y se lanza á esas misteriosas mansiones del ensueño, cuya topografía y naturaleza todavía no ha podido describir y explicar el poderoso telescopio de los filósofos.

Tal me aconteció. Apenas cerré los ojos, mi espíritu se escapó de prisa y desapareció en la brumosa región de los recuerdos.... Parecióme que el camino á cuya orilla dormía se ampliaba: que no estaba en él la albarrada aquella: que el campo perdía su verde frescura y se desvestía de su manto de hojas: que el silencio y la soledad reinaban allí.

De súbito, de un recodo de la vía, hácia el Sur, se destacó un grupo feroz de hombres, semi-desnudos, armados de fusiles y machetes y que avanzaban con cautela. Detuviéronse á veinte pasos de mí y á breve rato, fueron llegando más y más hombres del mismo aspecto y armamento, hasta cubrir el camino, perdiéndose de vista un mar de hombres y fusiles, matizado con muchas banderolas rojas. Gran número de ellos arrimaron sus armas y en pocos momentos levantaron no sólo la doble y sólida albarrada que entonces atravesó la vía, sino otras y otras más atrás, en las que se escalonaron los guerreros y se distribuyeron las rojas banderolas.....

Entonces mi espíritu, como si le guiara el diablo cojuelo, abandonó aquel cuadro y se trasladó á Riolagartos. La pequeña población hervía literalmente de gente. Todas las familias del Oriente que no habían perecido, que abandonaron su hogar al oir aproximarse los pasos y ahullidos de las hordas sublevadas de indios, y que no huyeron por los caminos del interior y costa del Estado, estaban aglomeradas en su reducido recinto ó en la inmediata isla "Xkumil" una milla al Oeste. Más de mil hombres de guerra á las órdenes del célebre caudillo don Sebastián Molas guarnecían el punto.

Aquellos bravos, sorprendidos en Tizimín y alrededores por la fatídica nueva de la caída de Valladolid, capital del Oriente, vacilaron de pronto en abandonar el campo, sin defenderlo palmo á palmo y en su sublime arrojo, pensaron reconquistar el Oriente. Celebróse acalorado consejo de Jefes; pero hubo qué desistir de tan atrevido proyecto, por su gran dificultad y responsablidad, y por qué las tropas, cuyas familias habían ya partido, comenzaban á desmoralizarse.

Entónces levantaron el campo, los últimos en el Oriente, y marcharon á Riolagartos, en las riberas del Golfo, á pedir y esperar refuerzos. Molas soñaba en la reconquista que aun creía posible. Para las familias, que todavía carecían de embarcaciones en que transportarse á más seguro asilo, y para las tropas, salían frecuentes expediciones con bestias de carga, en busca de maíz, rumbo á las abandonadas rancherías del interior, y poco antes de los sucesos que van á desarrollarse, bajo mi incorrecta narración, había sido derrotada una de ellas en Kinchakán, por otra mayor de indios con que inesperadamente tropezaron. Entónces y creyendo anticiparse al avance de los rebeldes, Molas dispuso que uno de sus oficiales partiese con setenta y cinco hombres escogidos y suficiente número de bestias, á recoger todo el maíz que encontrarse en Xmenkin, finca á poco más de tres leguas, hácia el Sur. El oficial designado fué el hoy Coronel don Temístocles Correa, entónces joven de 18 á 20 años. Este emprendió su marcha y á poco menos de tres leguas del puerto, encontró los primeros grupos de indios, que retrocedieron fácilmente. Correa, práctico ya en la estrategia del enemigo, comprendió que éste era en mucho mayor número y que cedían para arrastrarle hácia el grueso de sus fuerzas y despedazarlo. Hizo alto, mandó dar parte, haciendo regresar las bestias, consultando lo que debía hacer y contramarchó hacia Riolagartos, lentamente.

Horas después, ya terminando el día y á una legua del puerto, encontró al valiente capitán don Andrés Romero, tan joven como él, que venía con una columna de cien hombres y orden de atacar al enemigo.

—Andrés, son muchísimos,—advirtió prudentemente Correa.

—¿Tienes miedo?—replicó en son de broma Romero,—ya se lo diré á nuestro Jefe. Tengo instrucciones de hacerles á W. batirse á punta de balloneta.

Las dos columnas pernoctaron en aquel punto, y á la mañana siguiente marcharon hácia el enemigo. En Xkantunich, pequeño depósito de agua, á dos y media leguas de

Riolagartos, se detuvieron. Romero hizo tomar agua á la sección Correa y luego, mientras la suya hacía lo mismo, mandó avanzar aquélla.

—Y si encontramos al enemigo antes de que W. lleguen?—preguntó Correa.

—Bátelo!—respondió lacónicamente Romero.

—Está bien!—dijo Correa y avanzó á la cabeza de sus setenta y cinco hombres.

Sublime y conciso lenguaje el de nuestros guerreros de entónces, lenguaje digno de los antiguos lacedemonios!

II.

A cien pasos del primer parapeto, Correa y su sección fueron saludados con una gritería inmensa que partió de millares de bocas de indios.

Algunos soldados se subieron á los árboles y tras aquella primera trinchera descubrieron más y más, hasta perderse de vista, coronadas de banderas rojas y tras las que hormigueaban los sublevados.

—Muchachos,—mandó Correa—no se diga que tenemos miedo. Adelante, fuego!

Y los setenta y cinco hombres se arrojaron sobre la trinchera, trabándose un combate heróico, encarnizado y desigual.

Varias veces tuvieron qué retroceder nuestros valientes y varias volvieron á la carga. Hubo momentos en que destrozados, ensordecidos y aturdidos por la detonación de las armas de fuego y el silbido de los proyectiles, tenían que parapetarse tras los troncos de los árboles y se disputaban el asilo del grueso **sakahuah,** á cuya tranquila sombra soñaba y que fué ese día acribillado á balazos. Por fin, el tenaz heroismo triunfó sobre el número, y la trinchera fué tomada y arrebatada su bandera, pero después de perder veinte y cinco ó treinta soldados, entre muertos y heridos, lo que redujo á cuarenta y cinco ó cincuenta hombres la sección de Correa.

—Bien!—les dijo Romero al incorporárseles en aquel momento, estrechando la mano de su caudillo.

—Gracias,—respondió Correa, y devolviéndole la chanzoneta, añadió.—Ya diré á Molas que mientras despedazaban á mi gente, tu permaneciste quieto á nuestras espaldas.

La primera trinchera estaba tomada, pero adelante se levantaban las demás, defendidas por millares de indios que aullaban, retaban y se burlaban de nuestros valientes. Romero y su columna se arrojaron como leones sobre la segun-

da; pero al punto le mataron seis hombres, y Correa le dijo que no insistiese en tan temeraria pretensión, que comprometería talvez la vida de aquellos valientes y el honor de nuestra bandera.

—No es posible tomarlas todas,—le dijo á Romero meneando la cabeza,—apenas somos ciento cincuenta y ellos... ya ves cuántos son.

En aquel instante, Molas, D. Domingo Navarrete y algunos Jefes y caballeros más, llegaron á caballo al lugar del combate.

Molas, de una ojeada comprendió la situación, contempló con tristeza á los muertos y heridos, inertes ó pugnando por levantarse en el mismo sitio todavía en que cayeron, midió, alzándose sobre los estribos, la muchedumbre de enemigos que veía adelante, y mandó recoger muertos y heridos y replegarse á Riolagartos. Los indios les persiguieron hasta una legua, pero repelidos cuantas veces se aproximaban demasiado, retrocedieron á sus atrincheramientos.

Nuestras tropas prosiguieron tranquilamente su camino, sepultando en el tránsito á los muertos.

Dos ó tres días después, se presentaron los rebeldes frente á la línea de defensa.

Molas mandó cargar sobre ellos, y fueron batidos y rechazados hasta media legua; pero el perspicaz caudillo observó que á medida que salían del escampado ó sabanas y se acercaban á los bosques, los indios cedían más fácilmente: al punto comprendió el lazo, comprendió que les atraerían á los campos, en donde sin duda amartillaban ya sus armas las aleves emboscadas y se replegó á sus atrincheramientos. Los enemigos le siguieron furiosos en su despecho, y levantaron sus parapetos á tiro de fusil de los nuestros. Entonces principió el asedio, que duró ocho ó diez días. No es posible referir las privaciones, zozobras y miserias que sufrieron allá las infortunadas familias que, en su precipitada fuga, casi nada habían podido llevar consigo. Diariamente se tiroteaban ambas líneas y apenas si tenía lugar alguna escaramuza de importancia. Los rebeldes nunca intentaron un asalto que hubiera sido indudablemente estéril, pues ya conocían el temple y peso de las armas de nuestros soldados. Todas las noches rodaban unas pacas de zacate ó algodón, tras las que se ocultaban y aproximaban, pretendiendo sorprender nuestra línea; pero á la mañana siguiente se les barría y huían á sus parapetos.

Una ocasión provocaron de tal manera á nuestros bravos, que éstos, sin orden de sus Jefes y en un momento de coraje y entusiasmo, saltaron su línea, cayeron sobre la ene-

miga y la rechazaron hasta larga distancia; pero fué recuperada tan luego regresaron los nuestros.

Durante el asedio, el intrépido Molas cayó enfermo. Sin embargo de ésto, y á pesar de repetidas órdenes que recibía de levantar el campo, no lo hacía, repugnando abandonar el Oriente y pidiendo algún refuerzo para reconquistarlo. Valientes subalternos, como Vergara, Mezo, Correa, Virgilio, Romero y otros, opinaban de igual manera.

Pero esos auxilios no llegaban ni podían llegar, pues en aquellos momentos, el Gobierno, á punto de huir á Campeche, amontonaba todos sus elementos en el camino de Izamal, para detener el impetuoso torrente que azotaba ya los alrrededores mismos de nuestra bella y populosa capital.

Un día, los indios tremolaron bandera de parlamento. El soberbio Molas lo rehusó: pero informado el campamento de que los rebeldes, persuadidos, sin duda, de su impotencia contra la plaza, sólo pedían que se les diese cierta cantidad de sal para en seguida retirarse, intercedió con su caudillo, no por temor, sino por las numerosas familias que estaban en perpétua zozobra y angustia. Molas se negó á entrar en convenciones con aquellos bárbaros y viendo la disposición del campamento, y agravándose por otra parte su enfermedad, pasó el mando de las tropas á su padrastro el señor General don Santiago Imán y se embarcó para Campeche, libertándose con gusto de aquel compromiso, así como del de levantar el campo contra sus opiniones, hijas de su patriotismo y valor.

Los indios recibieron la sal que pedían y se retiraron. Las familias emigrantes fueron transportadas á Campeche y Sisal, en donde continuaron la larga cadena de sus sufrimientos y miserias, nuestras tropas, abandonando Riolagartos, desembarcaron en este último puerto, y se dirigeiron á Mérida, de donde partieron poco después, formando parte de la célebre cuarta División de operaciones, que, acaudillada por el Coronel don Juan José Méndez, llevó á cabo tantas hazañas en la reconquista del Oriente.

III

En aquel momento despert-. El sol, próximo á su ocaso, apénas doraba las copas más elevadas de los árboles: los grillos, cigarras y demás músicos del crepúsculo vespertino, entonaban á toda voz su aguda y monótona sinfonía.

Me incorporé asombrado y con ese instintivo terror de quien despierta en tales momentos y circunstancias, me llevé la mano á la cabeza y al pecho. Mi frente sudaba y mi

corazón latía precipitado, bajo la influencia todavía de mi ensueño, cuyas peripecias al punto recordé en sus menores detalles. Maquinalmente miré en derredor. Estaba completamente sólo y hasta mi caballo, ora que se hubiese hartado, ora que se hubiese agotado las pasturas en el círculo que podía alcanzar, ú ora también que obedeciese á la influencia del silencio y soledad de aquella hora, se mantenía inmóvil sobre sus cuatro piés, como un veterano en su cuarto de centinela ó un filósofo en sus profundas meditaciones. Quién sabe si tal vez pensaba y lo que pensaba! Me puse en pié y me aproximé con respeto á aquella trinchera, cuyo color natural desaparecía, bajo el muzgo de treinta y tres años de intemperie. Un hermoso higuano, que al pronto tomé por un lagarto y que asomaba su enorme cabeza sobre las piedras, se metió apresurado entre ellas. Después de contemplar largo rato aquel parapeto, en el que tantos proyectiles se aplastaron y que fué salpicado con la sangre de nuestros valientes hermanos, cuatro años antes de que al que ésto escribe se le ocurriese venir á este pícaro mundo, como dice un amigo mío; después de mirarlo como si quisiese descubrir aún la huella de aquellos proyectiles y de aquella sangre bendecida, me aparté de él, recogí y sacudí mi corbertor que arrollé y lié de nuevo á la **anquera** de mi caballo, enfrené á éste, recogí y arrollé también su soga y antes de montar, consagré todavía mis últimas miradas al histórico **sakauah** que me había prestado su redentora sombra, que me había protegido de los abrazadores rayos del sol de estío, como treinta y tres años antes prestó á nuestros hermanos su tronco salvador y les protegió de los mortales proyectiles de la guerra. Entonces observé que parecía bastante joven.

¿Si no fuese el mismo.......? Le miré con más fijeza y hube de advertir que aquel tronco, joven aún, en efecto, abrazaba otro viejo y seco. Indudablemente el **sakauah** de mi sueño había visto aproximarse el término de su vida, tal vez á consecuencia de las numerosas y nobles heridas que recibiera en la jornada, y antes de morir había confiado á un vástago suyo la religiosa guarda de sus restos mortales y la de los gloriosos recuerdos del combate, y como una herencia sagrada, la importante y elevada misión de conservar en aquel sitio, un monumento vivo de aquel épico suceso.

Acaso cuando el actual **sakauah**, hijo de tan ilustre padre, vea también aproximarse su fin, legará igual herencia á un vástago suyo, para que de padres á hijos se perpetúe, si es que la mano irreverente y sacrílega del hombre, que no sería la primera vez que destruyese sin piedad y sin conciencia monumentos y documentos históricos de mayor importancia, no de-

moliese este, extinguiendo para siempre la noble y generosa familia y descendencia del glorioso **sakauah** de 1848 . . . .

Entre tanto, el sol se ocultaba ya bajo el horizonte, las sombras de la noche avanzaban con rapidez, y aún me faltaban que recorrer tres leguas de agua, lodo y piedras para llegar á Riolagartos. Dirigí una mirada de despedida á la trinchera y al sakauah, cabalgué en mi descansado rocinante y continué mi camino.

Tizimín.—Diciembre.—1881.

CAMPAÑA DE BACALAR.

(1847 -- 1858.)

(Al Sr. Gral. D. Octavio Rosado.)

I.

Allá, hacia el extremo Sudeste de la Península yucateca, á cien leguas, poco más ó menos, de Valladolid, florecía hasta principios de 1,847 una próspera, culta y populosa villa: según los documentos estadísticos de aquella época, encerraba 5,055 habitantes, cifra que ascendía á 7,061, añadiéndole la que corespondía á su comprensión política; era residencia del Jefe Político subalterno, de un Ayuntamiento y gastaba el entonces inusitado lujo de poseer una regular escuela primaria, dotada por el Tesoro público. En su recinto se elevaban 43 casas de mampostería y azoteas, tres de ellas de dos pisos, un templo católico, la Aduana Marítima y un castillo con foso y puente levadizo, que dominaba su extensa y pintoresca laguna. Su comercio y agricultura guardaban un satisfactorio estado de creciente prosperidad.

Aquella población, con honores de plaza militar, irguiéndose altiva en el punto más avanzado al Sudeste de las regiones habitadas y civilizadas de la Península y frente á la intrusa y codiciosa Colonia de Belice, parecía un centinela apostado allí para velar sobre la seguridad y decoro del Estado y sobre la integridad é inviolabilidad de su territorio.

Aquel centinela se llamaba Bacalar. . . . . . .

Su existencia resbalaba tranquila y venturosa . . . . . . De repente, los vientos del Noroeste hacen llegar á sus oídos rumores espantosos, rumores de muerte y desolación, ecos

fatídicos del terrible cataclismo que hacía desaparecer á media Península, bajo los escombros y pavezas de la guerra social.

Bacalar se alarma, levanta su línea de defensa, monta su abandonada y oxidada artillería, concentra su corta guarnición y al presentarse en sus alrededores masas compactas de indios rebeldes, acaudilladas por el yá célebre Venancio Pec, que sólo piden armas y pólvora para retirarse en seguida, les responden rompiendo sus fuegos sobre ellos. El comandante de la plaza era don Ireneo Pereira, hijo de la villa.

Los indios formalizan su asedio, sitiados y sitiadores se cambian proyectiles sin decisivo resultado, los bacalareños clavan sus ansiosas miradas hacia donde les pueden venir socorros. Sucesivamente fueron recibiendo noticias de que el Oriente y el Sur del Estado estaban ya en poder de los rebeldes; de que Chancenote había caído como un héroe de Homero; de que las fuertes guarniciones de Valladolid é Izamal, levantaron su campamento, quizás prematuramente, en medio de la más horrible confusión y carnicería y de que todas las demás poblaciones fueron abandonadas con la prisa y desórden del pánico. Entonces la guarnición de Bacalar, exausta ya de recursos de guerra y boca y reducida á la fortaleza con las familias, tiene que renunciar á toda esperanza de salvación, iza la señal de parlamento, entra en tranquilos tratados con los bárbaros y con banderas desplegadas, arma al brazo, tambor batiente y escoltando á todas las familias de la villa y el resto de sus elementos, sale del castillo y de la población, sin que recibieran la menor injuria.

Cuéntase que en los tratados, los indios consintieron que todos partiesen libres, menos el comandante Pereira y un tal Reyes: que Pereira pudo escapar bajo un traje de mujer; pero que Reyes fué reconocido á pesar de su disfraz, detenido y en seguida sacrificado.

Aquí asalta al pensamiento una interrogación. ¿Cuál fué el origen de esa diferencia entre la honrosa y pacífica capitulacion de Bacalar y el sitio y asalto sin cuartel de las otras poblaciones del Estado . . . . ?

. . . . ¡El corazón se resiste á confesarlo, pero la conciencia grita más alto y debemos decir la verdad. Antes de la conflagración social de 1847, la población de Bacalar, desendiente en su mayoría, no de altivos y arrogantes conquistadores, sino de apacibles y laboriosos colonos inmigrados en no lejana fecha, en vez de tratar á la raza indígena con la humillante autoridad y el desprecio con que se la agobiaba en casi todo el resto del país, cultivaba con ella las más ami-

gables relaciones y año tras año, en la época de cosecha y corte de maderas, numerosas partidas de indios del interior iban espontáneamente á las rancherías de Bacalar en busca de trabajo, que al punto se les proporcionaba y era convencional y satisfactoriamente remunerado.

He allí por que no había entre ellos ultrajes qué vengar, ni rencores que satisfacer . . . .

Apartemos la memoria de ese triste contraste y reanudemos mi narración.

Transcurrió un año. Nuestras tropas, combatiendo y venciendo sin descanso, reconquistaron palmo tras palmo el territorio profanado por la planta del bárbaro invasor hasta Tekax y Peto, al Sur, y hasta Tihosuco y Chemax al Oriente. El Superintendente de Belice había reconocido oficialmente á los indios rebeldes como beligerantes y amparádolos bajo la orgullosa bandera de San Jorge.

Se habían establecido en Bacalar depósitos ingleses de armas y municiones de guerra, que cambiaban con el dinero y objetos saqueados en nuestras poblaciones.

"Esto era horrible—exclama Baqueiro, al referirse á esta **hazaña** británica,—pero lo hcían." Tales sucesos llegan á noticia del Gobierno yucateco, excitan la indignación de toda la atribulada sociedad y haciendo un esfuerzo supremo, inaudito, inverosímil en aquellos días de miseria y de angustia, se organiza una columna de siete á ochocientos valentes para marchar por vía marítima á la reconquista de Bacalar, á la reivindicación del honor yucateco, tan vilmente ofendido allá.

Dirige en Jefe tan atrevida y peligrosa expedición el señor Coronel don José D. Cetina, alma de acero, guerrero impetuoso y ardiente, cuya espada pronta siempre á asaltar de su cubierta, y quizá un tanto manchada en las frecuentes luchas fraticidas de aquella época, se ha purificado y ennoblecido en la defensa y heróica reeuperación del territorio patrio.

Le acompañan bizarros jefes, como su segundo el señor Teniente Coronel don Isidro González. el Mayor General de la División don Angel Rosado, hijo de Bacalar y oficiales subalternos dignos de ellos, como Ongay. Castillo y otros.

Iba de médico el joven don Ramón Gamboa.

En el úlimo tercio de abril de 1849, zarpaba de las aguas de Sisal el vapor "Cetro" conduciendo á las tropas expedicionarias, en presencia de una numerosa y conmovida multitud que, aglomerada en la playa, las despedía con el llanto en los ojos y la amargura en el alma.

Ah......! cuántos de aquellos valientes partían para

no volver jamás á los brazos de su familia y amigos, dejando padres, esposas é hijos en la más triste orfandad! Cuántos iban á sucumbir en aquella épica campaña, ora bajo el plomo y el machete del enemigo, ora asfixiados por la envenenada atmósfera de Bacalar . . . . . !

No me detendré á referir los detalles de esa cruel separación, ni las peripecias del camino hasta Cayo-cocina, á donde arribaron ocho días después y en donde necesariamente deberían trasladarse las tropas á embarcaciones menores. Una vez trasbordados, emprendieron su navegación por el Río Hondo: en éste fué fácil, pero llegados á los esteros, cuya agua era sumamente baja, la gente tuvo que echarse á ella y arrastrar penosamente á las embarcaciones entre el lodo y arenas en el trayecto de varias leguas. Pasados los esteros y después de un combate formal frente al Rancho Tasajo y de varias escaramuzas entre la guarnición de la plaza y nuestro pequeño ejército, éste se apoderó de Bacalar el cuatro de Mayo.

II.

La villa no había sido incendiada ni demolida como las otras poblaciones invadidas. El Coronel Cetina mandó al punto ceñir la plaza con una sólida línea de defensa: los mismos soldados eran los obreros. Pocos días después, los indios, que aparentemente habían desaparecido, se aproximaron, persiguiendo á una pequeña tropa destacada á explorar las inmediaciones, é intentando, en vano, asaltar las fortificaciones.

El memorable Jacinto Pat reunió bajo sus órdenes, á más de cuatro mil rebeldes y asedió la plaza, decidido á lanzar de ella á los temerarios que se aventuraban á una lucha terrible tan lejos y aislados de todo auxilio y apoyo.

Desde entonces las escaramuzas, salidas y asaltos se sucedieron casi sin interrupción: el estampido del cañón y de la fusilería extremecían de día y de noche los antes silenciosos ecos de las playas y selvas próximas. Los combates más generales y encarnizados tuvieron lugar el 28 de mayo y el 14, 20, y 29 de junio. Los indios en el asalto y nuestras tropas en la defensa, desplegaron todo su arrojo, astucia y temeridad. El enemigo apenas tocaba y alguna vez saltaba nuestras fortificaciones, era violentamente rechazado hasta largas distancias. La plaza se mantuvo firme.

"Las casas de paja, los lienzos de pared y las albarradas, todo fué destruído, reducido á escombros y cenizas, á fin de dejar libre la campiña y no tuviesen los sublevados ningún objeto que pudiera favorecer sus agreciones." ("Ensayo Histórico" Baqueiro.)

Permítaseme detener mi sucinta narración en la jornada del 29 de junio, en donde cayó para siempre el bizarro Mayor Gral. don Angel Rosado, el ídolo de las tropas y de sus paisanos, en particular, el discreto y suave regulador del carácter, á veces demasiado enérgico de Cetina y González, el caballero, **el ángel de la villa**, como le llamaban los bacalareños por sus bellas cualidades, el Bayardo, en fin, de la División.

Abramos el interesante "Ensayo Histórico" de Baqueiro y admiremos en sus páginas ese cuadro que resplandece al fuego de su patriótico entusiasmo, como debió resplandecer el teatro de aquel combate á la luz del incendio y de los relámpagos de la artillería y de fusilería.

"A las tres de la madrugada del 29, anunciáronse (los indios) con un ruidoso toque de generala por la parte del Norte.

"En seguida cargaron con tal audacia sobre los reductos de la línea del Sur, que derribaron las trincheras sobre nuestros soldados. Los números 3 y 4 sucumbieron.

"El 1, el 5 y el 6 se sostuvieron con inaudito valor. En el número 5, el valiente sargento de artillería Cirilo Reyes, sucumbió de una manera gloriosa al cargar su pieza, después de haber hecho una resistencia heróica. El mayor general, que al oir lo que ocurría había avisado al Coronel Cetina en la Comandancia y luego había acudido al número 3, acompañado del capitán D. Faustino Peña, llevando una guerrilla de cuarenta hombres, cae entre el enemigo sin saberlo; arrójanle una descarga, es víctima de cinco balazos que lo dejan casi sin sentido, y el Capitán Peña, tiene que derribar la misma trinchera para abrirse paso por el campo descubierto y batir á retaguardia á los asaltantes. El Coronel Cetina parte también de la Comandancia para dirigirse al número 1.

"Llega á la plaza en esos momentos solemnes y advierte una verdadera confusión. La fuerza de los reductos se había replegado, formando barricadas en las avenidas, los indios tomando diversas y contrarias direcciones, se apoderaban de la plaza misma y tupían sus fuegos á retaguardia de nuestros soldados.

"Revueltos unos y otros contendientes, no se conocen ni se distinguen. Pero el valiente Cetina no desmaya: alcanza el punto á que se dirige, dicta enérgicas medidas y consigue formar una segunda línea de defensa. A las seis de la mañana, Bacalar se haya envuelto entre el humo y el fuego del combate. ¿Qué sucederá . . . . . ?

"Tal era la tenacidad de los asaltantes, que al fin se re-

tira el Coronel Cetina á la Comandancia, en donde dice al Teniente Coronel González que había quedado allí por enfermo, estas palabras que bien revelan la desesperación en que se encontraba: "Dirígete á la línea, ármate de energía y vé si consigues remediar lo que pasa; por que de no ser así, habremos abandonado á Bacalar dentro de una hora." González marcha sin detenerse, despreciando los peligros que encuentra en su paso, hasta que llegando á su destino "vengan,—exclama—veinticinco hombres". Estos dan un paso al frente. "Un Oficial,—vuelve á decir— que en nada estime su vida." y se le presenta el valiente norte-americano, Capitán auxiliar Samper, á quien desde luego, continuando sus órdenes breves y terminantes, sus frases sonoras y elocuentes que siempre le harán honor, le dice con el imperio de un verdadero jefe, apuntándole con el dedo los números 3 y 4 ocupados por el enemigo: "Si Ud. es quien marcha, señor Oficial, sepa que ese es su destino; á la balloneta me ocupa Ud. esas trincheras."

"Hízolo así el heróico Samper, perdiendo en el acto más de media guerrilla, pero posesionándose, como se le previno, de los atrincheramientos perdidos, á las exclamaciones entusiastas de "Viva México! ¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva Yucatán!"

"La situación se había salvado, dejando los indios multitud de cadáveres que no pudieron llevarse, aunque sufriendo por nuestra parte la pérdida de once muertos y cuarenta y cinco heridos, entre éstos el denodado Mayor General, el Capitán don Faustino Peña, el Teniente ó Subteniente don Alejandro Solís y otros varios oficiales, cuyos nombres no hemos podido averiguar. En la clase de Cabos ó sargentos, fué premiado el valiente joven don Faustino Zavala por el heroismo con que se portó.

"Los rebeldes no volvieron á intentar un asalto como el que hemos referido, pero no por eso abandonaron sus atrincheramientos en la circunferencia de la población. Algunas veces pretendían una sorpresa, validos ya de la obscuridad ó del humo del incendio de sus barracas, mas eran rechazados con vigor por la artillería.

"El dos de julio, á las seis de la mañana, falleció el Mayor General de resultas de sus gloriosas heridas. Los bacalareños le lloraron como á un padre y á sus funerales asistió una fuerza que le hizo los honores correspondientes."

III

Nada debería yo añadir á esta brillante descripción, si un antiguo militar y jefe, testigo presencial de aquella jornada, no me hubiera hecho al leerle este episodio, las obser-

vaciones siguientes: que no es exacto que los indios se hayan apoderado de la plaza; que al ser desalojados nuestros soldados de su línea, se replegaron formando barricadas, sosteniéndose con un heroismo increible, sin que los asaltantes llegasen á la plaza, hasta que, tomando la ofensiva, rechazaron al enemigo; que el asalto no fué á la línea del Sur, sino á la del Norte, después de llamar fuertemente la atención hacia el Sur, pretendiendo engañar. Otro testigo y actor, hijo de Bacalar, soldado entonces, me ha referido que al encontrarse, sin saberlo, la guerrilla del Mayor General entre los indios, y al caer éste mortalmente herido, su pequeña tropa retrocedió en desórden, pero que al encontrarse menos á su querido jefe, un grupo de bacalareños se lanzó furioso sobre las chusmas enemigas y un instante después, los que sobrevivieron, traían en sus brazos al ilustre herido que había quedado en el lugar del combate y que, merced á la obscuridad de la madrugada que impidió que le reconociese el enemigo, no había sido despedazado.

Perdóneme mi querido y respetable amigo el Sr. Baqueiro que aventure estas observaciones, de cuya verdad responden los caballeros que se han dignado hacérmelas.

Tal fué la muerte del bravo don Angel Rosado, uno de los más distinguidos campeones de la guerra social desde que se inició en la Península. La jornada del 29 de junio fué un canto de Homero, la muerte del Mayor General fué la muerte de un héroe de la Iliada. Rosado era hijo de Bacalar y comenzó su carrera militar junto con su hermano don Eulogio, en las compañías fijas de aquella villa: justo era que al sucumbir, fuese defendiendo su amado pueblo natal; que las campanas que repicaron alegremente su bautizo. doblasen gemidoras en sus funerales y que las brisas que orearon sus cabellos en su frente infantil y despertaron sus primeros ensueños, meciesen los arbustos y flores silvestres que brotaron sobre su tal vez ignorada sepultura.

Bendita sea su memoria!

"Entretanto, — prosigue Baqueiro,—los sufrimientos de nuestras tropas habían llegado á ser horribles. El agua estancada y corrompida de los alrrededores, les caía en el estómago como un veneno, muy especialmente la de la laguna, en donde fué preciso poner una guardia para que no bebieran de ella. La lluvia se había desgajado á torrentes desde principios de Mayo, de tal manera, que inútiles las pequeñas barracas levantadas en los reductos para precaverse de la intemperie, el soldado tenía que estarse mojando toda la noche, sin el consuelo siquiera de mudarse la ropa al

otro día. Nadie dormía, nadie descansaba, no había un sólo momento de reposo. Con un enemigo como los indios, tenaces y atrevidos, sin rival, á todas horas las fuerzas avanzadas tenían que guardar la más escrupulosa vigilancia. De un extremo á otro de la línea de fortificaciones, podía decirse que todo estaban de centinela, pues los que aún no tenían esa consigna, no tan pronto querían entregarse al descanso, resolviéndose á verificarlo aunque fuese sobre una piedra ó entre el fango, inmediatamente tenían que ponerse en pié, al grito del centinela, que anunciaba al cabo de cuarto las rondas y contrarondas que se multiplicaban.''

Llegó un día en que más de la mitad de la gente que quedaba (cerca de doscientos cincuenta hombres) estuviese enferma y tendida en el duro lecho del sufrimiento físico, que aumentaba el sufrimiento moral. Un sólo médico, el joven patriota don Ramón Gamboa, sin botiquín, sin camas, sin lienzos, etc.... etc., se esforzaba en atender á aquellos mártires; pero este también, cayó enfermo, fué embarcado para ser conducido á Mérida y habiendo fallecido en el tránsito, su cadáver fué arrojado al mar......!

Abandonados, olvidados de su Gobierno, á más de cien leguas de sus hermanos, alimentándose frecuentemente de caballos, perros y gatos, de raíces y cogollos de plantas; oyendo los fatídicos lamentos de los enfermos, que sin médico ya, se retorcían y espiraban en el lecho del dolor, velando los que aún estaban en pié, pálidos, desencajados, semi-desnudos, apoyándose en sus fusiles ó en las fortificaciones para no rendirse á la inanición, y sin embargo, batiéndose de día y de noche...... ah! era necesario un heroismo y patriotismo sin límites en aquellos hombres y sobre todo, un caudillo del temple, del genio de Cetina, para afrontar aquella situación y mantener en las tropas la obediencia y la moralidad. Espantosos recursos llegó á emplear para conseguir ese objeto!.

Causa horror todavía leerlos ó escucharlos de los mismos actores de aquella epopeya.

Oh! después de tanto sacrificio, tanto valor, tanta abnegación, tantos valientes que en esa campaña perecieron, el corazón se desgarra al reflexionar que todo fué inútil y que siete ú ocho años más tarde, absorvidos los elementos del país en la odiosa lucha fratricida, Bacalar fué asaltado de nuevo por los indios, degollada su corta guarnición y que desde entonces flamea en sus alturas la salvaje bandera del bárbaro de Chan Santa Cruz, fraternalmente enlazada con la bandera de la ilustrada, liberal y filantrópica Inglaterra...!

Pero no anticipamos los acontecimientos: continúo mi relato.

Desde la irreparable pérdida del Mayor General, la sección bacalareña sintió abatirse su ánimo bajo el peso del sufrimiento y de la mano de acero del Coronel Cetina, de ese hombre de bronce, que en los momentos más angustiosos, entre el gemir del hambre y del dolor, entre el estruendo del combate y á la sombra del docel que, al cruzar silbadoras las balas, formaban sobre su cabeza, se sentaba á leer en la puerta de la Comandancia, dando ejemplo á sus tropas de la más estoica tranquilidad.

Sin embargo, bajo aquella máscara de hielo, ¡que tempestad de reproches contra el Gobierno que le abandonaba, de remordimientos por su cruel energía y de pesar por el espantoso cuadro de desolación que se desplegaba ante sus ojos, debía rugir en su alma de gigante! Los bacalareños comenzaron á desertar y á cambiarse á la banda inglesa con armamento, correaje y parque. "De 500 hombres que eran,—dice Baqueiro—sólo quedaban á mediados de agosto, menos de la mitad."

Si ésto continuaba, si ese ejemplo era imitado por la demás tropa, en breve tiempo quedaría desamparada la plaza.

Cetina frunció el ceño: inclinó la cabeza bajo el peso de una de aquellas borrascas que con frecuencia agitaban su ánimo y meditó....... Un momento después levantó la frente. estaba nublada: en su mirada brillaba el fuego siniestro de alguna resolución firme pero terrible.

Volvamos á escuchar á Baqueiro: "Un día Cetina, por medio de su segundo, el Teniente Coronel González, dispuso que fueran á formar (los bacalareños) á la puerta de la Comandancia, conviniéndose antes con algunos sargentos de influencias y relaciones en sus Compañías, para que dieran un paso al frente á la voz de "el que quiera su pasaporte para la Colonia de Belize, que lo diga:" verificado lo cual y habiendo caído en la intriga cinco ó seis, "desármalos, —dijo á González— y fusílalos en el acto". Aquel jefe los llevó para el efecto á la fortaleza y fusiló tres ó cuatro, pero no pudo hacer lo mismo con dos, porque eran padre é hijo, los que iban á morir de aquel modo horrible.

"Creyó que serían perdonados por esta circunstancia, y fué á hacerlo presente al desapiadado Coronel, quien lejos de sentirse conmovido al oir que su segundo no lo haría, díjole que él lo haría, con la mayor serenidad, y tomando su sombrero, se fué á la fortaleza, en donde si bien perdonó al hijo, por la razón de ser un joven todavía, no lo hizo con el padre,

á quien fusiló inmediatamente, delante de aquel. La deserción, después de esta medida terrible, es verdad que se calmó; peró no por eso seremos nosotros los que aprueben el acto de haber sido castigados hombres que no sólo no habían delinquido, sino que habían sido víctimas de una traidora combinación, indignamente tramada por sus propios jefes.

"Vive todavía uno de los sargentos que dieron un paso adelante, para engañar á los demás y cuánto por cierto ha lastimado nuestro corazón al decirnos en el momento de ocuparnos de esta campaña, que hallábase en su cuartel ese día, cuando se le presentó el Teniente Coronel González y le comunicó las odiosas instrucciones que había recibido del Coronel Cetina. Con lágrimas en los ojos, lastimada su alma al recuerdo doloroso de que acaso su conducta fué la causa de la desgracia de un amigo suyo, me ha informado, que ya en el cuadro, al colocar aquel su sombrero en el merlón del baluarte en que se hallaban para presentar su pecho á los tiradores, le dijo estas palabras que jamás ha podido olvidar: —"Ah! mi sargento, nunca creí que Ud. me arrastrara á la muerte." A cuyas palabras contestó él con el pecho oprimido: "Hijo, perdóname aquí, ante Dios y ante los hombres, que yo no sabía lo que iba á suceder."

Informes particulares que he podido recoger, me autorizan á referir aquí una modificación de esa escena infernal.

Dícese que al desfilar, no los cinco ó seis, sino ocho ó diez que cayeron en el infame lazo, Cetina observó que el último era un joven apenas adolecente, cuya tierna edad le inspiró piedad. "Que no fusilen al que vá de último,"—murmuró al oído del jefe ejecutor. Estas palabras pudieron ser oidas por otro de los sentenciados que, durante la marcha, y seducido por el irresistible instinto de la conservación, se ingenió de tal manera, que al llegar al sitio de la ejecución, él estaba en último lugar. Todos, menos él, inclusive aquel niño, fueron pasados por las armas. Al ser presentado al Coronel Cetina, éste se asombró, el desdichado confesó su estratagema y pidió misericordia . . . . .

—Señor—exclamó llorando y de rodillas—soy esposo y padre. El no tenía á nadie.

Todo fué inútil. Cetina indignado, le mandó fusilar al punto. ¿Este atroz incidente será el mismo de padre é hijo que refiere Baqueiro? ¿Hasta qué punto podrán ser engañados por su memoria los que me lo han referido . . . ..? Entre tanto, la deserción cesó: horroroso, pero eficaz fué el remedio!

V.

Poco tiempo después, el mismo Cetina fusilaba al célebre Vito Pacheco.

Este cabecilla de las guerras civiles, proscripto y que traficaba por aquellas costas, ofreció sus servicios á Cetina quien los aceptó, decidido á observarle, por ciertos criminales antecedentes que de él tenía, respeto á sus relaciones con los indios rebeldes. Pronto fué sorprendido, según Baqueiro, cosechando sementeras puestas bajo su cuidado y vendiendo á los indios sus productos. Cetina le llamó y no habiendo venido le hizo traer. Le recibió amigablemente, le hizo almorzar á su mesa y en ella le anunció su muerte. Juzgado en seguida y sentenciado á la última pena, por un Consejo de Guerra, se despidió de sus dos hijos, recomendando desde el patíbulo la moralidad y obediencia á las tropas, estrechó la mano al Teniente Coronel González, citándole para la eternidad y recibió la muerte con la serenidad del verdadero soldado.

Un amigo que no hace mucho tiempo regresó de Belice, me refirió que en una pequeña población de la banda inglesa, encontró á un hombre de malas costumbres que le dijeron ser hijo de Vito Pacheco . . . . . Si las culpas de los padres recaerán sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación.. . . . . . !

Después de aquellos tristes sucesos, Cetina se consagró con la inteligencia, perseverancia y actividad que le distinguían, á más nobles y grandiosas obras.

Hizo reparar, montar y distribuir estratégicamente en la línea toda la artillería de la plaza: el armamento y coreage que se deterioraban, eran al punto compuestos: la vasta campiña circunvecina fué talada y despejada bajo el fuego del enemigo: nuevo Esdras bíblico, sobre los escombros de Jerusalem, ciñó á Bacalar con muralla y una serie de fortificaciones, obra colosal, inverosímil en aquellas circunstancias, obra que llevó á cabo con sus mismos hombres que alternativamente, ora se batían como invencibles guerreros, ora trabajaban como activos albañiles, herreros, peones, etc., realizando literalmente la tan usada figura de retórica de "en una mano las armas del combate y en otra los instrumentos de trabajo."

"Convencido (Cetina)—dice Baqueiro,—de que los indios jamás prescindirían de la ocupación de Bacalar y de que era el punto fronterizo más interesante para Yucatán, se propuso hacerlo inexpugnable, levantando en toda la parte de tierra, una muralla con baluartes, dispuestos de un modo

que hicieron cruzar los fuegos de artillería. Para eso tenía que luchar contra graves inconvenientes, pero á todos ellos se sobrepuso. Nada le importaba que el enemigo estuviese al frente; que una gran parte de la fuerza se hallara enferma en el hospital y que careciera de recursos pecuniarios para consumar su obra. Tenía un ánimo fuerte que lo alentaba, y este era su elemento principal.

"Teniendo á su disposición buenos carpinteros, herreros y albañiles, pertenecientes á la fuerza de Campeche, dispuso que cada gremio tuviese su cuartel separado, para disponer de ellos á cualquier hora, no sólo para el servicio que iban á prestar, sino también para los momentos de peligro; mandó cortar maderas suficientes por el exrremo Oriente de la laguna, con el objeto de hacer los hornos necesarios que le habían de proporcionar la cal: reunió los otros materiales que le proporcionaban las cuevas y colinas, dispuso que en las fraguas se trabajaran martillos, picos, asadas y demás, y por último, cuando ya tenía todo lo necesario, y había levantado el plano de la obra, dió principio á ella del modo más admirable que se pudiera dar.

"A las siete de la mañana, varias guerrillas salían á batir al enemigo á retaguardia de sus reductos, al mismo tiempo que la fuerza que cubría las trincheras salía á formar fuera de la línea, extendiéndose de Sur á Norte, de cuyo modo dejaba cubiertos á los trabajadores, y obraba en combinanación con las guerrillas que flanqueaban á los indios. Hecho esto, cruzándose las balas, acaso escuchándose los lamentos de los heridos, los albañiles trabajaban con la cuchara y el martillo, mientras los peones iban y volvían, llevándoles los materiales que necesitaban. Con estas precauciones trabajaban hasta las doce, repitiéndose esta operación todos los días, hasta que al cabo de algunos meses, Bacalar se encontró ceñida completamente de muros, baluartes y fosos, con una artillería bien organizada que era el terror de los rebeldes.

"Algunos, pero pocos, por cierto, de aquellos hombres, pequeños para sobreponerse á sus pasiones, nada dignos de las dotes intelectuales con que la Divina Providencia los favoreció, pues que rehusan sentir los goces íntimos del que sabe hacer justicia al que la tiene, y alejándose además, de las ideas sublimes que debió presentar el espectáculo de un puñado de hombres macilentos, casi desnudos, muertos de hambre, luchando frente á frente con el enemigo, cuando levantaban los muros y baluartes, se han atrevido á blasfemar, negando la grandiosidad de su obra y el valor del Jefe que la consumó. No han querido ó no han podido llegar á comprender los benéficos resultados que hubiera dado en fa-

vor de la civilización, si los yucatecos, desgraciados por que quieren, reducidos á la capital de su Estado, por cuestiones de interés personal y de bandería, hubieran sabido aprovechar las ventajas de un punto fronterizo como Bacalar, convertido en una de las plazas más fuertes del país, gracias al heróismo del Jefe benemérito de la memorable séptima División.''

No por estar mejor defendida la plaza, levantaron su campo los pertinaces rebeldes; pero su astucia y tenacidad se estrellaron siempre en la bravura incontrastable de nuestros sufridos soldados.

En febrero de 1850, llegó de México y empuñó las riendas del Gobierno el señor General Micheltorena y desplegó un nuevo plan de campaña sobre los indios rebeldes. Entonces, de los ochocientos hombres de la 7a. División que marchara á Bacalar, sólo restaban reliquias: las enfermedades y el hámbre agoviaban á los que sobrevivían.

El Coronel Cetina obligó al Teniente Coronel González á partir á la Capital á implorar auxilios ó relevo. Su viaje no fué estéril, por que menos de un mes después entraba de nuevo á la plaza al frente de 500 hombres frescos y sanos, que fueron recibidos con transportes de delirante alegría. Apenas llegaron, relevaron del servicio á toda la antigua guarnición que pudo desde luego embarcarse y regresar á sus hogares; pero el infatigable Cetina no quiso partir sin dar un golpe de despedida á los indios.

Organizó una columna de 400 hombres bajo el mando del valiente Teniente Coronel don Diego Ongay, y la disparó sobre los alrrededores del Río-Hondo y otros lugares donde se abastecían de víveres los rebeldes. Arrolló al enemigo donde quiera que le encontró, destrozó sus recursos y algunos días después, regresaba victorioso trayendo nuevos prisioneros y otros trofeos. Durante esa expedición, se recogieron pruebas irrecusables de la activa ingerencia de los ingleses en la guera social y de su decidida protección á los indios.

En seguida, Cetina y las tropas relevadas, emprendieron su vuelta á Mérida, dejando el mando de la plaza á su segundo, el Teniente Coronel González. Ah! cuántos de sus hermanos de armas que vinieron con ellos, no regresaban ahora, por que habían perecido en la campaña.....!

VI.

En junio de aquel mismo año, el Coronel don Patricio O' Horán, consigue organizar setecientos hombres y acaudillándolos emprende su marcha por tierra á Bacalar. Debía recorrer setenta ó ochenta leguas de despoblado.

"Describir con exactitud.—dice Baqueiro,—los sufri-

mientos de aquellos valientes á travez del desierto, en medio de una estación crudísima en que los aguaceros y tempestades se sucedían sin interrupción, y en que tenían que afrontar los choques y escaramuzas con el enemigo, sin refugio ni abrigos, sin nada que los pudiera consolar en aquel atrevido movimiento, no nos es posible verificarlo, por más voluntad que para ello nos asista. Fueron superiores á toda narración y débil ha de ser el cuadro, pálida la pintura que vamos á hacer sobre el particular. Basta decir que fué un hecho militar digno de nuestro eterno recuerdo.''

Perdóneseme salvar los pormenores de esa marcha penosa, pero triunfal.

''Atónitos—continúa Baqueiro,— quedaron los por siempre magnánimos defensores de Bacalar al ver á los indios abandonar sus atrincheramientos, cuando menos lo pensaban, y luego aparecer victoriosa aquella columna de setecientos hombres, que mojándose día y noche, acampando al raso en medio de fangales y sobre todo, sufriendo el hambre y el cansancio, les llevaban el consuelo de su acompañamiento por algunos días, les llevaban noticias de sus deudos y familias y les prodigaban su cariño hasta donde podían. Compañeros al fin, y tan desventurados los unos como los otros, acaso esta fué la única ocasión en la campaña, en que tuviera su verdadera aplicación aquella máxima conocida de sólo el dolor conoce al dolor: sólo la desgracia auxilia á la desgracia.

''En efecto, viendo el Coronel O'Horán la miseria en que se encontraban, cubrió con su fuerza los puestos respectivos; el Teniente Coronel Gonzállez, que había sustituido al Coronel Cetina en el mando de la plaza, salió con toda la suya, á expedicionar en las inmediaciones, y de este modo, con el auxilio eficaz que se le proporcionaba, acopió víveres suficientes hasta para dos meses.''

Hecho ésto, O'Horán regresó con sus tropas, y Bacalar, esa piedra de los sacrificios de nuestros hermanos, ese matadero de nuestra sufrida G. N., como la denomina Baqueiro, prosiguió su triste y doloroso calvario de heroismo y desesperación.

Desde la expedición de O'Horán, trascurrieron ocho meses sin que la guarnición de Bacalar recibiesee refuerzos, víveres, medicinas para su atestado hospital, llamado así por sarcasmo, y ni siquiera noticias del resto del Estado.

''¿Eran aquellos desgraciados,— pregunta con razón Baqueiro—criminales destinados á sufrir su condena en Bacalar, ó beneméritos soldados, en denfensa de los intereses de la patria . . . .?''

Para colmo de desventuras, la traición asoma allí en

aquel campo de miseria y desolación, su horrible faz: González descubre una conspiración para pasarse al enemigo y probado el crimen, fusila al principal culpable, llamado Esteban Guerrero

(Cuéntase que este acto duro, pero necesario, fué desaprobado y juzgado en Consejo de guerra más tarde.)

En vano González impetra el auxilio del Gobierno; en vano pinta con vivos colores su angustiosa situación; en vano escribe que su fuerza solo se reduce ya á doscientos hombres, cifra que mengua diariamente . . . . no recibe ni contestación siquiera que le aliente: no, hay que apurar hasta las heces la copa del sacrificio y del patriotismo. . . . . !

Levantemos la vista de ese cuadro de agonía. . . .

Por fin, cuando la guerra social parecía espirar en el Sur y en el Oriente; cuando el país acertó á respirar un tanto; cuando el Gobierno logró normalizar su Administración, pudo, aunque de tarde en tarde, acordarse de Bacalar y mandar relevar periódicamente su guarnición: el Teniente Coronel González, fué sustituido en su puesto. El mismo General Vega que sucedió á Micheltorena en el Gobierno, comandó una memorable expedición á aquellas apartadas regiones y visitó Bacalar. Pero la implacable guerra fratricida levantó de nuevo su feroz y ensangrentado rostro, las líneas fueron abandonadas, los vencidos bárbaros se rehicieron y reanimaron para la lucha, se olvidó otra vez á Bacalar, su guarnición aislada y siempre asediada por el tenaz rebelde, se redujo á un grupo de valientes y. . . . .

Tomemos aqui el número 297 de "La Revista de Mérida", correspondiente al 5 de enero del presente año, y leamos en un notable artículo titulado "Bacalar", fechado en Belize el 15 de septiembre del año próximo pasado y firmado por A. Ongay, tal vez de la familia de esos Ongay que tanto y tan bien combatieron en la heroica campaña que nos ocupa, la postrera convulsión de la villa natal de los ilustres patriotas don Eulogio y don Angel Rosado.

VII.

"El 21 de febrero de 1858, un horizonte sombrío, negro, aterrador, pesaba sobre Bacalar, sobre las desgraciadas familias y los pocos soldados que consecuentes con su deber quizá con sus afectos patrios, permanecían sin emigrar, pendientes de una dulce, pero vaga esperanza, la de ser auxiliados; y en el silencio de la noche, una fuerza de mil quinientos indios, con esa sutileza propia y única del hombre de la selva, caen sin ser sentidos sobre los pequeños cuerpos de

guardia, los acuchillan, incendian, destruyen y aniquilan y embriagados con el triunfo, arrebatan ferozmente, matan y escarnecen á las mujeres, tiran y descuartizan á los niños y se seban en los hombres con todo género de crueldades. Un momento de reflexión salvaje los contiene, piensan tomar vivos á los que quedan guardados en sus casas y otros lugares, para utilizarlos como prendas de botín, ó para mejor saciar en ellos su ardiente sed de venganza: así lo ejecutan, y al despuntar la luz de un nuevo día, se encuentran en reclusión ochenta y cuatro prisioneros de diferentes sexos, edades y condiciones, de los cuales fueron escogidos cuatro niños varones y cuatro hembras para ángeles de la Cruz. ¿Qué sucedió con los setenta y seis restantes? La historia lo sabe . . . . . . ! Nosotros sólo nos damos cuenta de un triste montón de esqueletos humanos . . . . ! Pluma, detente . . . . Paz á los mártires!"

En medio de aquel degüello, de aquella escena espantosa de aniquilamiento, brillan heróicos rasgos de desesperación. Ya es alguna valerosa mujer que al ver asesinados en su presencia á su padre, esposo é hijos, al ser ultrajada y herida ella misma, clava un puñal, un cuchillo, un instrumento cualquiera ó dispara una arma de fuego sobre el pecho de sus viles y cobardes verdugos y muere enseguida con la sonrisa en los labios. Ya es un héroe que sube á una azotea con su fusil y parque, arroja lejos la escalera que le ha servido y desde su fortaleza, dispara con segura puntería sobre los indios, mata á muchos de ellos, soltando una carcajada á cada enemigo que derriba, sin que le toquen á él las cien balas que silban á su derredor, como si le cubriera la egida sagrada de Marte, hasta que rendido de cansancio, agobiado por el hambre y por la sed, consumido ya su parque, candente el arma que le quema las manos, y bastante fuerte de ánimo para no suicidarse con su último tiro, deja el arma y se acuesta casi muerto, y allí le encuentran los furiosos bárbaros, que entonces y con cautela suben, cobardes sepultan sus machetes en un inerme cuerpo, que escarnecen y que arrojan desde la azota al suelo, en donde le reciben y le descuartizan aquelos caníbales que extremecen la atmósfera con sus salvajes aullidos. . . . . .

Los amarguísimos reproches que arroja el artículista, señor Ongay, como puñados de sangre al rostro de los yucatecos, no son del todo merecidos. El heroismo y martirio de Bacalar, en cuyo suelo, según hemos visto, sucumbieron tantos hermanos nuestros del interior de la Península, no han sido mirados con desdén ni han sido olvidados. Abrá el articulista la importante obra del señor Lic. Serapio Ba-

queiro "Ensayos históricos sobre las revoluciones de Yucatán", de donde he recogido yo la mayor parte de los datos para estos incorrectos apuntes, confrontados con relaciones de actores y testigos, y leerá en sus luminosas páginas vivas y conmovedoras narraciones relativas á la épica campaña de Bacalar, la más dilatada y memorable, sin duda, de todas las emprendidas en el curso de la guerra social.

Es verdad que desde 1858, ninguna tentativa formal ha hecho el Gobierno por recuperar aquella importante plaza; pero culpemos de eso al Gobierno Federal, que no ha querido ó no ha podido dispensarnos la necesaria cooperación y auxilio para el efecto. Yucatán, sólo por hoy, tal vez podría, haciendo un esfuerzo supremo, reconquistar Bacalar: pero no podría conservarla por mucho tiempo, y no quiere sacrificar á sus hijos sin verdadero éxito y é hijos, al ser ultrajanúa en poder de los indios rebeldes: según noticias recientes, una competente guarnición vela sin cesar tras sus fosos y murallas: su recinto contiene una regular población de indios, en su mayor parte: allí florecen y prosperan cuatro ó cinco establecimientos mercantiles de colonos de Belize, que se alimentan como las de éste, del producto del trabajo y de las depredaciones de nuestros jurados é implacables enemigos . . . .

Ahora bien! ¿Bacalar estará, como todo el vasto y fértil territorio comprendido entre él y nuestras actuales líneas de defensa, perdido par siempre?

¿Jamás podrá ser reconquistado. . . . ?

Esperamos que no: confiemos en que la marcha tranquila y progresiva de la nación, producirá nuestra reconciliación diplomática con Inglaterra y terminará al fin, esa guerra que hace 36 años corroe el corazón del país y detiene la prosperidad de su pueblos fronterizos del Sur y del Oriente.

Confiemos en que nuestro actual Gobernante, digno hijo y sobrino de los ilustres bacalareños don Eulogio y don Angel Rosado, no descansará hasta agotar todas sus facultades en procurar la conclusión, de un modo ó de otro, de esa lucha innoble y bárbara que sella como un estigma de oprobio la frente de nuestra culta y liberal República.

Entonces podrá repoblarse la importante población de Bacalar . . . . . ! Aguardemos!

Tizimín.—1883.

El Sitio de Tihosuco.

1,866.

I.

Terminaba el segundo tercio del año de 1866. Poco tiempo había transcurrido, desde que la expedición comandada por el Coronel don Francisco Cantón y que avanzara hasta 12 leguas solamente antes de Chan Santa Cruz, se viera precisada á replegarse á Valladolid, su punto de partida, dejando á Tihosuco guarnecido por trescientos hombres del 9o. batallón de línea y tres piezas de artillería, á las órdenes del Coronel de G. N. don Anacleto Sandoval, á quien sustituyó el Teniente Coronel del Ejército don Daniel Traconis, el 1o. de agosto.

El 3, los indios acaudillados por los generales Crescencio Poot y Bernardino Cen, sus más prestigiados Jefes, se presentaron al Oeste de la villa, rechazaron á cincuenta hombres que, mandados por el Capitán don Eduardo Jiménez y Teniente don Miguel Pérez Marín, salieron en descubierta y fué necesario que el Teniente Coronel Traconis acudiera á su auxilio con ciento cincuenta hombres, para retornar á la plaza, después de recoger á sus muertos y heridos, contándose entre los últimos el mismo Jefe Traconis, el Capitán Bacelis, y el Subteniente Lavadores.

Al día siguiente, y en número que entonces se calculó en cinco ó seis mil mal armados combatientes, los rebeldes circunvalaron la población y cortaron las comunicaciones de esta con el exterior.

La funesta nueva circuló con la celeridad que caracteriza á las malas noticias, el Gobierno y sus Agentes tocaron alarma, organizaron tropas para socorrer á la frontera, seriamente amagada, y en todas las poblaciones del Estado surgieron juntas patrióticas, que colectaron dádivas y suscriciones en dinero y especies, para auxiliar á las familias de los que marchaban á la defensa común y reforzar los elementos oficiales.

Desde la clase más distinguida hasta la más humilde de la sociedad yucateca, dando el ejemplo Mérida, abandonando

sus muelles comodidades ó míseras labores, muchos jóvenes, espontáneamente y ardiendo en entusiasmo, corrieron al teatro de la guerra, cuyo estruendo y peligros jamás conocieran.

Comprendíase por instinto la gravedad de la situación: comprendíase que exacerbados los indios rebeldes por el avance de nuestras tropas hasta casi las puertas de su cuartel general, venían á tomar la revancha y si caía Tihosuco, quitado este obstáculo, acaso emprender una campaña formal.

Todos los pueblos se ponían sobre las armas, sin distinción de edades, ni condición social.

En breve tiempo, una Brigada de más de mil quinientos hombres, casi toda de línea, al mando del General don Macario Prieto, ocupó Peto. Ichmul, X-Cabil, catorce, seis y dos leguas, respectivamente, al Oeste de Tihosuco y otra de más de setecientos hombres, gente colecticia á las órdenes del General don Felipe Navarrete, tomó posiciones desde Valladolid hasta Carolina y Mahas, catorce, seis y cuatro leguas al Norte de la plaza sitiada é incomunicada.

Las operaciones militares eran lentas y tortuosas, en razón á que el General en Jefe que las dirigía, estaba en la Capital del Estado, sin rápidas y fáciles vías de comunicación y transporte, sin ferrocarriles ni telégrafos y á más de cincuenta leguas del teatro en que aquellas se desarrollaban.

Entretanto, no se recibía ninguna noticia de los sitiados, ni éstos sabían lo que ocurría en el exterior.

El asedio, lejos de debilitarse, se estrechaba cada día más.

El 14 de agosto, por disposición del jefe de la segunda Brigada, General Navarrete, cuatrocientos hombres comandados por el Coronel don Francisco Cantón y una brillante oficialidad, intentaron penetrar á la plaza sitiada. Ya apenas distaban dos leguas de ella; previniendo las emboscadas del enemigo, el Coronel Cantón, destacó columnas flanqueadoras á las órdenes del Comandante don Pablo Farfán y del Capitán don Wenceslao Aguilar; lanzó á vanguardia al Capitán don Roberto Erosa y cubrió la retaguardia con la sección de Espita, á las órdenes del Teniente Coronel don Pedro Rosado Lavalle.

Pronto, sin embargo, los nuestros se vieron envueltos por las emboscadas de los indios que, reforzadas á cada momento y en número muy superior, les atacaron con encarnizamiento. Las tropas del Coronel Cantón, esperando de un instante á otro que las del Gral. Prieto, protegiendo el movimiento, como se le ordenó, rompiese sus fuegos sobre el flanco y retaguardia del enemigo, se batieron con bizarría y dis-

putaban tenazmente la victoria, cuando un inoportuno y copioso aguacero cayó en auxilio de los rebeldes. Mojado el parque é inútiles ya los fusiles, el combate fué al arma blanca, venció la superioridad numérica, vibró el fatídico "sálvese el que pueda" y se emprendió la retirada en el orden posible.

La columna sufrió más de doscientas bajas entre muertos y heridos, según se aseguró, no obstante ser menor la cifra consignada en el parte oficial.

Entre los primeros figuraron el Comandante Farfán, el Capitán Aguilar y el Subteniente voluntario don Pastor Osorio; y entre los segundos, el Mayor de órdenes don Juan J. Alamilla, los Capitanes don Narciso Ontiveros y don Roberto Erosa, el Ayudante don Juan Lope, el Teniente don Germán Castillo y el joven voluntario don Heliodoro Rosado.

Debióse principalmente aquel desastre, que repercutió con eco lúgubre en toda la península, según entonces se dijo, á que las fuerzas del General Prieto, que vivaqueaban apaciblemente hasta dos leguas de Tihosuco, no atacaron á los sitiadores por el Oeste, en los momentos en que el Coronel Cantón lo hacía por el Norte, como se había dispuesto, para distraer la atención de los indios y proteger, de esa manera, la entrada del auxilio á la plaza.

Y en Tihosuco se habían agotado los víveres. Y así la guarnición, como las familias de la villa, empezaban á devorar raices, perros, gatos y caballos. No se había verificado ningún choque decisivo de armas, pero eran diarios y sangrientos los combates y escaramuzas. La moral en la plaza era magnífica y era firme, unánime y decidida la resolución de luchar hasta el último extremo.

Los indios constantemente renovaban sus víveres y municiones y se relevaban. Tiraban bala rasa, metralla y granadas con las piezas de montaña tomadas á las tropas del General Gálvez en Telá. Los sirvientes de las fincas de campo comenzaban á incorporárseles y se rumoraba una nueva sublevación indígena general.

Impaciente por la inacción y preocupado por la ignorada situación de los sitiados, el General Navarrete avanzó cautelosamente dos leguas de los sitiadores, y la noche del 31 de agosto destacó una columna de trescientos hombres escogidos para que, á las órdenes del valiente Teniente Coronel don Feliciano Padilla, quien con cien voluntarios del partido de Tizimín se le había presentado hacía pocos días, efectuase un hábil flanqueo y procurase penetrar á la plaza. La columna se internó bajo los escabrosos campos y después de cruentas penalidades agravadas por una lluvia copiosa, sal-

tó al tercero día en los términos de Tihosuco, al Sur, tras la línea sitiadora y sobre el mal defendido camino de Tepich, cuna de Cecilio Chí, pueblo y personaje de infausta celebridad. El silencio y la soledad reinaban por aquel lado; Padilla revistó su columna; ni uno sólo había desertado. Entonces, después de una breve arenga, mandó que avanzaran sin tirar, con el fin de sorprender al enemigo y penetrar en la plaza. Los indios, sorprendidos, en efecto, y engañados por el traje de nuestros valientes, sucios y mojados aún por el lodo y la lluvia, no opusieron de pronto resistencia, creyéndolos de los suyos; pero llamándoles la atención su número, cuéntase que les preguntaron quiénes eran y á dónde iban y que entonces algunos de nuestros bravos gritaron imprudentemente:—"Somos del Coronel Padilla y vamos á la plaza!"

Trabóse un combate encarnizado, y ya la valiente columna, arrollando al enemigo, estaba próxima á penetrar en la línea de defensa, cuando la guardia que había sobre el templo rompió su fuegos sobre ella, tomándola por enemiga, pues ignoraba su venida, y engañada también por su aspecto, ese aspecto que, habiéndola favorecido para con los indios, la perjudicaba esta vez para con sus hermanos.

En vano fueron toques de ordenanza que, ó nó fueron escuchados por el estruendo de la lucha, ó los calificaron de estratagema de los sitiadores: fué preciso que algunos temerarios avanzasen bajo el fuego de los del templo, hasta poder hacerse reconocer, y entonces penetraron y fueron recibidos con los brazos abiertos.

Nueve heridos de balas amigas, fueron víctimas de ese fatal é inevitable accidente.

Tres cañonazos anunciaron á Navarrete la entrada de Padilla, como estaba acordado.

Los sitiados recibían un respetable refuerzo: pero si era verdad que el número de los defensores aumentaba, también lo era que aumentaba el de los hambrientos, haciéndose más crítica la situación, por cuanto era ya más difícil alimentar mayor número de gente. Los caballos, gatos y perros se agotaban y nuestros soldados estaban pálidos y extenuados.

La desesperación comenzaba á apoderarse de ellos.

Un héroe, el cabo Pedro Piña, de Peto, primero sólo y luego con un compañero, atravezó temerariamente, dos veces, la línea sitiadora, llevando correspondencia, primero al General Prieto, y luego al General Navarrete, pidiendo auxilios..

Pero éstos no llegaban y el hambre, el hambre implacable y terrible, amenazaba aniquilar á tantos valientes.

Traconis y Padilla, serenos como en una parada, aunque interiormente conmovidos ante aquel cuadro desolador, recorrían las filas taciturnas de sus casi exánimes tropas, y las alentaban con la esperanza de un pronto socorro, socorro de que ellos mismos comenzaban á desesperar.

Con fecha 14 de septiembre, el Teniente Coronel Traconis escribió al General Navarrete, por conducto de Piña y otro valiente, á los que encargó que informasen verbalmente al General de su tan crítica situación y de que si hasta el 18 no recibía auxilio la plaza, en la noche de ese día se vería precisado á levantar el campo y abrirse paso rumbo á Ekpedz. El periódico oficial publicó esas graves noticias que circularon con la velocidad del relámpago; las comentó en dos tristes y fatídicos artículos; desde la Capital hasta el último pueblo del Estado, toda la sociedad fué presa de una dolorosa y profunda ansiedad y las familias de las fronteras, con sus ligeros equipos al alcanze de su mano y la angustia en el corazón, esperaban la nueva aciaga para emprender, como en 1848, la miserable y espantosa peregrinación del proscrito, que oye tras sí los pasos y ahullidos de su feroz verdugo é implacable perseguidor.

II

Era la tarde del 14 de septiembre. En la línea de los indios que se extendía frente á la nuestra, se observaba un movimiento inusitado. Veíase á Crescencio Poot, su principal, caudillo, recorrerla montado en brioso corcel. Su numerosa banda de guerra ejecutaba los toques de ordenanza y un inmenso, atronador clamoreo se levantaba al rededor de los nuestros, extremeciendo los ecos. Algo grave se preparaba. ¿Sería un asalto general? ¿Sería una retirada falsa ó verdadera? Estaría próximo el socorro, y los indios huían . . . . . . ?

Traconis mandó reforzar los puestos y redoblar la vigilancia.

La noche transcurrió en medio de un silencio solemne. A las 3 de la mañana del 15, una densa niebla envolvía ambos campamentos, cuál un velo funeral. De súbito y como un huracán, toda la línea enemiga cayó simultáneamente sobre la nuestra, rompiendo sus fuegos y atronando el espacio, como de costumbre, con su grita infernal.

Los nuestros resistieron con bizaría y se empeñó un combate terrible. Los indios, exaltados sin duda por el licor y el despecho, llegaron á tocar nuestros parapetos, pretendiendo derribarlos, lazaban ó agarraban y tiraban de las pie-

zas de artillería y de los fusiles que hacían fuego por las troneras, lograron tomar algunos reductos y hasta arrebataron la bandera del fortín, número 1. Bravos oficiales como los señores José Villafaña, Antonio Carbonel, Fabián Gamboa, y Miguel Pérez Marín, y otros, cayeron heridos mortalmente. El estruendo de la artillería y de siete ú ocho mil fusiles ensordecía á los combatientes. Aquel cuadro, en el negro fondo de la noche, era terriblemente magnífico. Rechazado, al fin, el primer empuje de los indios que lo creyeron irresistible, clareadas sus compactas masas y no resignándose á la derrota, se escondieron tras de los parapetos y azoteas, en donde no se les pudiese tirar. Nuestros bravos, entonces, les arrojaban desde lo alto piedras que los aplastaban; y apenas la velada aurora despejó la obscuridad de la madrugada, después de tres horas de reñido combate, el Teniente Coronel Traconis dispuso que para consumar la victoria, Padilla, á la cabeza de cien hombres de su brillante sección, saltara los parapetos y ejecutara un hábil flanqueo, mientras él atacaba de frente. Padilla cayó como una tromba sobre el enemigo y "El éxito fué completo,—dice el parte oficial de Traconis,—El Teniente Coronel Padilla verificó el movimiento con la inteligencia y bravura que acostumbra, y los indios cortados, fueron víctimas de las armas de nuestros soldados." Sí, era el hermoso día de Hidalgo, el día de la patria, y los campeones de la civilización no debían sucumbir. Los indios se replegaron en desorden á su línea, dejando muchos muertos, prisioneros y heridos, no pudiéndoseles perseguir hasta allí, por ser relativamente corto el número de los sitiados, estar exánimes por el hambre y la fatiga y haberse casi agotado el parque. Oh! si entonces y mientras el enemigo era batido de frente, hubiese sido atacado á retaguardia por las frescas, bien alimentadas y fuertes Brigadas que hacia el Norte y Poniente escuchaban impasibles á una ó dos leguas solamente el ronco tronar de la artillería . . . ! Pero no tenían orden del General en Jefe que, lejos de allí, ignoraba lo que ocurría en aquellos supremos instantes. Eran soldados y tales son los cánones de la ordenanza militar!

Cuéntase que entre los pocos prisioneros heridos, llamó la atención uno de ellos, por su despejo y serenidad.

Este informó que aquel asalto había sido decisivo, que se habían replegado y concentrado todas las emboscadas y que, á ser rechazados los indios, debían levantar su campamento: que la señal de partida, sería la explosión de una bomba.

Durante algunos días, la tropa destacada sobre el tem-

plo, vió desfilar á lo lejos, largas hileras de camillas rumbo al Sur, al campo enemigo: sin duda eran los heridos de los sitiadores.

En la mañana del 23, después de cincuenta días de sitio, se observó desusado movimiento en el campamento de los rebeldes: los toques de su banda guerrera, el incendio de sus barracas ó rústicos pabellones de campaña y señales que se comunicaban, todo anunciaba que levantaban su campo y se retiraban.

Pero temiendo una celada, y no obstante el gran silencio que reinaba allá, momentos después, la guarnición de la plaza se mantuvo en observación todo ese día y la noche siguiente. Continuando aquel estado hasta la mañana del 24, el Teniente Coronel Traconis, envió con ciento veinte hombres al Teniente Coronel Padilla, al heróico é infatigable Padilla, al siempre escogido para los grandes golpes y para las circunstancias supremas, á practicar un reconocimiento sobre el campamento enemigo. Lo encontró desamparado, avanzó hasta media legua rumbo al Sur, siguiendo el sangriento rastro de los indios que dejaban á su paso fosas numerosas en que arojaban sus muertos, y no siendo su fuerza bastante para aventurar una formal persecución, regresó á su punto de partida. En seguida, el mismo Jefe Traconis salió á explorar rumbo al Oeste y demás alrrededores.

Cuando los rebeldes emprendían su retirada y se escuchó la detonación de una bomba, al indio herido y prisionero se le escapó esta exclamación en su idioma: "Ay! se van..!" y una lágrima indiscreta que se apresuró á enjugar con corage, resbaló por su bronceada mejilla, volviendo á su estoica indiferencia.

Entonces, al percibirse sobre los campos la humareda de las barracas que al retirarse incendiaron los indios, las tropas de línea acampadas entre Ichmul y Tihosuco, en Xcabil, creyendo perdida la plaza sitiada, huyeron despavoridas, arrojando á los pozos parque, víveres, armamento, etc., replegándose á Ichmul, desde donde el General Prieto, sin persuadirse de la verdad del hecho, se apresuró á dar parte al Comandante en Jefe, á Mérida, de la toma de Tihosuco.

Oh! ¿qué habría acontecido entonces, sin la atrevida entrada de Padilla á reforzar la plaza sitiada, si esta hubiese sido ocupada el 15 por los sitiadores . . . . . .?

Durante los cincuenta días del sitio de Tihosuco, la primera Brigada de operaciones, casi toda tropa de línea, bien armada y municionada, con artillería y más de mil quinientas plazas á las órdenes del General don Macario Prieto, no

disparó un tiro, no dió un paso fuera de sus campamentos hacia el enemigo y, como expresado queda, la sección fortificada en Xcabil huyó al ver humo de las barracas incendiadas.

Huelgan los comentarios.

Al descubrirse la falsedad del parte oficial rendido por el General Prieto, el Jefe Supremo de las armas en el Estado, General don F. G. Casanova, lo mandó relevar en seguida con el Coronel don Juan Noriega; pero ignoramos si se le juzgó como merecía, para depurar su conducta.

Breves horas después, penetraron á la plaza las tropas de Navarrete y Cantón, primero, y luego las de Ichmul, abrazando con delirante júbilo á los heróicos defensores de Tihosuco; y sin embargo de las enérgicas precauciones que se tomaron, estos, hambrientos, asaltaron las vituallas, muchos comieron más de lo que podían soportar sus extenuados estómagos, enfermaron y aún dícese que algunos murieron por haber comido más de lo conveniente, atendido su estado.

El Comisario Imperial, don Domingo Bureau, con una corta comitiva, partió entonces de la capital el 26, atravesó las desoladas campiñas del Sur, diez y ocho años antes tan ricas, florecientes y populosas, cuya contemplación refiérese que le hizo exclamar conmovido: "Lástima, pobre país!" y llegó el 30 á Tihosuco, lleno entonces de tropas, en donde se le recibió con entusiasmo, en donde estrechó entre sus brazos á la heroica guarnición, en las personas de sus bizarros Jefes y en donde obsequió al Teniente Coronel Traconis, como principal caudillo, con una magnífica pistola de seis tiros, galvanizada, con la siguiente inscripción: "D. Bureau, Comisario Imperial de Yucatán, al valiente Teniente Coronel don Daniel Traconis. Mérida, 23 de septiembre de 1866."

Aquel homenaje fué justo, sin duda. Ah! el esterior y cultura de Padilla no correspondían, desgraciadamente, á su fama y mérito guerrero, al valor, lealtad y magnanimidad de su corazón, y no atrajo sobre sí toda la atención que merecía, y modesto y desprendido, se conformó y agradeció las consideraciones que se le dispensaron. ¡Qué mayor gloria, qué mayor satisfacción que la de haber cumplido con su deber de valiente y patriota y ser objeto, como Traconis y compañeros, de la gratitud y bendiciones de toda la península yucateca!

El Comisario llevó consigo á Traconis hasta la capital, en donde se les recibió el 4 de octubre, vestida la ciudad de gala, bajo arcos triunfales, saludados con salvas de artillería, músicas, vítores, discursos, versos y coronas dedicadas al

caudillo de los defensores de Tihosuco. Toda la prensa peninsular pregonó y encomió aquel tan fausto suceso, y en todos los pueblos del Estado, se celebraron fiestas y se cantaron himnos y **Te-Deum.**

Los nombres de Traconis y Padilla y Manzo y demás oficiales, volaron envueltos en la aureola de la gloria, y la capital, arrebatada de entusiasmo, llamó á su seno á esos bravos paladines y siquiera á una parte de la salvadora sección del heróico Padilla, para saludarlos y obsequiarlos . . . . . .

El sol del 12 de octubre de 1866 se hundía lentamente tras el laberinto de torres de la populosa Mérida, cuando rodeadas de un gentío inmenso, que les tributaba á porfía sus delirantes homenajes y les aclamaba como á libertadores de la patria, hicieron su entrada las beneméritas tropas que, en medio del hambre y de la miseria, supieron sostener el terrible asedio de Tihosuco. Todos aquellos bravos traían en sus armas, guirnaldas, coronas y flores que les fueron ofrecidas desde los términos de la ciudad. El Comisario y las principales autoridades salieron á recibirlos. El trayecto que recorrían estaba profusamente adornado con banderas, ostentando los colores nacionales, y á cada paso eran saludados por inspirados oradores. El comercio, ese comercio tan patriota, tan entusiasta y noble, tan generoso y espléndido cuando se trata de premiar al verdadero mérito, ó de ejercer algún acto de patriotismo ó de beneficencia, les arrojaba coronas y flores desde las azoteas y balcones y distribuía ropas y gergas á los soldados. Allí, en la entonces vasta alameda, esperaba á los héroes de Tihosuco un abundante y magnífico banquete; y después de asistir en la Catedral á un Te-Deum, en acción de gracias, y dejar sus armas en los cuarteles, sentáronse á la mesa que ocupaba toda la longitud de aquel paseo. La concurrencia era asombrosa: lo más selecto de la sociedad meridana se aglomeraba á contemplar con cariño y admiración á esos humildes guerreros del Estado. Ciertamente, éstos no vestían brillantes uniformes, con cruces y condecoraciones, ni usaban rifles de repetición, ni maniobraban con la destreza y precisión de los ejércitos regulares, y sí calzaban alpargatas y llevaban el sencillo traje del país, y estaban pobremente armados, y cuando se cansaban, se ponían de cuclillas en plena formación; pero en cambio, además de las coronas y guirnaldas de sus agradecidos compatriotas, traían al rededor de su frente la invisible aureola de la gloria y del patriotismo. Hubo brindis, discursos á cual más entusiastas de caballeros y señoritas, en el banquete que terminó con el mayor orden y en medio de la más cordial alegría.

En la mañana del 17 de aquel mismo mes, se celebraron en Catedral honras fúnebres por las víctimas del sitio de Tihosuco.

Pocos días después, aquellos valientes eran retirados á sus hogares, distribuyéndoseles una regular cantidad de dinero.

Cuando aún palpitaba el Estado bajo la sensación de aquel importante acontecimiento, el Gobierno Imperial pensó seriamente en llevar la guerra hasta los aduares de los rebeldes y terminarla para siempre. Entonces había recursos y elementos para realizar tan grandioso pensamiento. Pero ay! estaba escrito que aún sufriría Yucatán el peso de tan horrible calamidad, y que todavía no era llegado el momento en que, libre y desembarazado de esa rémora, pudiera avanzar con rapidez en la vía de su completa regeneración. Aquel efímero Gobierno se desmoronó, poco después del sitio de Tihosuco, y desde entonces, no ha sido posible emprender una campaña decisiva sobre los sublevados de Chan Santa Cruz.

Menos de un año había trascurrido después de ese épico acontecimiento, cuando Padilla, aquel guerrero tan astuto y valiente y tan útil y necesario á su país, cayó en Izamal, en el campo del honor, atravesado su leal corazón por una bala fratricida. Carbonel no pudo curar de la noble herida que recibió en la jornada del 15 de septiembre y ella le arrastró al sepulcro, el 8 de octubre siguiente, dejando esposa é hijos en la mayor pobreza. Villafaña, inutilizado por la que ese mismo día le derribó, falleció más tarde en su pueblo, Calotmul, en un pobre y miserable lecho. Gamboa, vive todavía, muy pobre, pero ostentando orgulloso en el pecho la cicatriz de su gloriosa herida, como honorífica condecoración.

Ay! y cuántos más de esos bravos han bajado á la tumba en medio de la mayor miseria y oscuridad, olvidados ya del Gobierno y de sus compatriotas . . . . !

Concluyamos rindiendo un entusiasta homenaje á la memoria de los héroes de Tihosuco, sean cuales fueren los errores políticos en que por leal convicción, por necesidad ó por delicadeza, incurrieron sus principales caudillos; los yucatecos y especialmente los fronterizos, les debemos una ofrenda eterna de agradecimiento.

¡Honor á quienes honor merecen!

Tizimín.—1,883.

EL BOMBERO.

I.

LA DESPEDIDA.

Silencio completo y absoluta soledad reinaban en la plaza y calles del fronterizo y oriental pueblo de Tixcacalcupul, una noche de enero de 1857. La luna llena, la dulce confidente de los amantes, navegaba en la inmensidad azul, limpia y transparente, rodeada de su magnífica corte de estrellas. Mas no; me expresé con impropiedad: el silencio no era completo, era interrumpido por ladridos de perros que se corespondían de casa á casa, de solar á solar, y por el monótono grito del centinela que, desde las torres del templo parroquial, del cuartel y de los puestos avanzados y después del acompasado toque de vela, lanzaba á los aires su marcial acento, anunciando que estaba vigilante. El grito periódicamente repetido de: "¡Centinela, alerta!" anunciaba que un adversario aleve acechaba constantemente las horas de reposo de aquel sufrido y valiente pueblo, para clavar en el sus traidoras garras.

Algunas casas de plomiza paja conservaban sus puertas entreabiertas, á través de las cuales se escapaba la luz debil y mortecina de alguna pobre antorcha ó lámpara miserable, ó del rústico fogón.

De la puerta de una de aquellas casas, situada á cien metros de la plaza, salió un hombre de color bronceado, joven, vigoroso y simpático, con ese atractivo que imprime la mocedad lozana en un rostro juvenil. Cruzó la calle, y á pocos pasos se detuvo ante otra puerta sombreada por un frondoso naranjo que embalsamaba el fresco ambiente con el aroma penetrante de sus azahares. Allí, sentada en el umbral, le esperaba tímida doncella, de ojos negros, facciones regulares y puras, de modesto continente, de mirar dulce, y que al sentir la presencia de su prometido, no pudo ocultar el regocijo que llenaba su alma virginal.

—¿Tú eres, Juan?—preguntó en el lenguaje expresivo de los mayas, á cuya raza ambos pertenecían.

—Sí, yo soy, querida Isabel, que vengo á despedirme de

tí. . . . .

—¿Cómo? ¿partes? Bien me anunciaba algo desagradable mi corazón sobresaltado é inquieto desde que te vi preocupado en la tarde, al encontrarnos en la plaza.

—No te engaña tu corazón, Isabel, parto mañana.

—¿Para dónde? ¿Por mucho tiempo? ¿Y nuestro casamiento que debía verificarse el lunes próximo, dentro de tres días?

—Hay que diferirlo, mal que nos pese. Hoy hemos sido nombrados mi cuñado y yo para ir á relevar á los que cuidan la bomba de aviso, en el bosque, á tres leguas de aquí, camino de Tihosuco. La guardia dura siete días, como sabes, y aunque he rogado y suplicado, no me han permitido trocar mi turno para más tarde en este servicio gratuito y tan peligroso. Tenemos que aplazar nuestra boda, nuestra felicidad, para mi vuelta, si es que vuelvo, porque de tiempo en tiempo un presentimiento cruel cruza rápidamente por mi imaginación . . . .

—¡Qué malo es el Comandante, Juan! pero ya que su orden es irrevocable y que no podemos sustrarnos á nuestra implacable suerte, ¿por qué agobiar tu alma con funestos presentimientos? ¿Hay alguna mala noticia?

—Ninguna, Isabel mía; otras veces he prestado este servicio, más ahora me asusto, tiemblo al pensar en nuestra separación, horribles ideas entenebrecen mi alma y parece que la desgracia espía mis pasos . . . .

—¿Dudas acaso de mi amor y fidelidad?

—¡Oh, no!

—Entonces . . . .

—No sé; pero temo que algo fatídico me espere . . . . .

—¿Hay nuevas de que los indios rebeldes de Chan Santa Cruz se aproximen?

—Que yo sepa, nó; pero sabes que caen sobre las poblaciones como el rayo, sin anunciarse y cuando menos se les espera. Y si asaltaran el pueblo no estando yo aquí . . . .

—¿Y los bomberos? ¿No los hay en todos los lugares por donde pueden venir los enemigos? . . . .

—Sí; mas pueden burlar su vigilancia, sorprenderlos, matarlos . . . .

—Sorprenderlos, matarlos . . . —repitió Isabel maquinalmente y como sobrecogida por letal opresión—Sorprenderlos, matarlos . . . . . pero esto no te sucederá á tí, porque tu y tu cuñado son diestros, ágiles y buenos vigilantes. Sabran huir á tiempo después de prender fuego á la bomba de aviso.

—Sin duda, más nadie está libre de una desgracia.

—Tranquilízate, Juan, no te inquietes, esperemos en Dios que no habrá novedad, y que no sufrirás nada y que, volverás sano y salvo...Una semana pasa rápida y á tu regreso nos casaremos y seremos felices . . . Pero si presientes alguna horrible desventura ..... escóndete, finge una enfermedad, escápate por esta vez del servicio que tantas veces has dado tan generosa y noblemente.

—Esconderme, huir, fingirme enfermo, es decir, confesarme cobarde, mentir descaradamente para que otro sufra por mí, ésto, Isabel querida, no lo haré jamás. Iré pensando en tí . . . . . . Ruega á Dios que me proteja.

—Así lo haré—murmuró Isabel lanzando hondo suspiro y con sus tristes ojos fijos en las verdes ramas que los cobijaban con su sombra.

—Si, iré,—continúo Juan, irguiendo su noble frente un momento abatida;—iré á cumplir mi deber como lo hacen mis compañeros y hermanos. Si la suerte me deparase el infortunio . . . . . . paciencia . . . . . lo arrostraré con resignación. Adios, mi adorada Isabel, hasta mi vuelta, si Dios quiere— terminó el bizárro joven con vos tierna y melancólica, imprimiendo un casto beso en la frente de su amada y se alejó con lento paso del objeto de su amor, abismado en sus sombrios presentimientos.

Su bella prometida, de pié en el umbral de la puerta, le siguió con los ojos, con el pensamiento, con el corazón, con el alma...sin adivinarque ésta habíasido la suprema despedida, que había recibido el último beso, y que el porvenir, con su velo impenetrable, guardaba para ella sólo amargura, llanto, inmenso é irremediable desconsuelo . . . . .

II.

LA GUARDIA.

A doce kilómetros próximamente de Tixcacalcupul y como á 30 metros del estrecho y lóbrego sendero que conduce al abandonado y yermo pueblo de Tihosuco, ocultábase en la espesura del bosque una pequeña barraca de palmas, á cuya entrada estaba de pié un hombre con el fusil apoyado en el suelo, la mano acariciando el cañón y el machete al cinto . . . . Era Juan, nuestro joven conocido, que con la mirada vivaz y alerta, clavada en el vecino sendero y el oido pendiente del más leve ruido, esperaba la vuelta de su compañero que había ido á proveerse de agua potable en el cercano cenote.

Al alcance de su mano estaba una enorme bomba lista á estallar en el momento preciso; dos leños ardían lentamen-

te entre la ceniza del fogón, y no lejos de allí, colgaba un morral con tortas gruesas y enmohecidas de pan de maiz, que le servían de frugal y rústico sustento en aquella soledad.

Era el sexto día de haber montado la guardia y al siguiente debían ser relevados y correr al pueblo á ver á su Isabel y unirse con ella para siempre . . . Había materia para soñar y devanear con lisonjeras ilusiones.

Sublime y abnegada misión la de esos hombres, indígenas casi siempre, destinados en las fronteras, sin ninguna remuneración, al servicio de las llamadas bombas de aviso! Por regla general se turnaban semanalmente. Sin más alimento que el duro pan de maíz, al sol, al agua y al sereno, por único lecho el suelo, y sintiendo cernirse sobre ellos constantemente la muerte, se alternaban en las velas nocturnas esos héroes ignorados, esos valientes que tienen en sus manos la vida de las poblaciones, de millares de personas por cuya existencia se sacrifican.

¡Ay de esas poblaciones si por un descuido, por una inevitable sorpresa, no pueden, con la explosión de la bomba, prevenir la aproximación del enemigo, que nunca ataca con franqueza, sino que arrastrándose entre las tinieblas de la noche y entre las escabrosidades de la selva, salta sobre su presa con la rabia y alevosía del tigre! ¡Cuántas veces, después de prender fuego á la bomba, no tienen tiempo de huir y son asesinados sin piedad!

Eran las seis de la tarde. Los últimos rayos del sol doraban las más altas copas de los árboles, y las sombras de la noche comenzaban á extenderse bajo el tupido follaje del bosque.

—¡Cuánto tarda mi cuñado!—murmuraba inquieto Juan. —Hace más de dos horas que partió y ya debía estar de vuelta. ¡Si habrá resbalado y caído al cenote! Pero sabe nadar . . . si yo fuera á verle . . . . . . Nó, esta mañana nos mandó aviso el Comandante de que se habían descubierto rastros del enemigo, rumbo al pueblo . . . . No debo dejar desamparada la guardia.

Un grito que se escapó de su labios interrumpió su monólogo. Sintió su brazos oprimidos como por tenazas de hierro. Volvió rápidamente el rostro y vió con rabia á un indio que le aseguraba con hercúleas fuerzas, y en pos de este otro, y otro, y otros que ya llenaban la barraca de palmas y la circuían y se aremolinaban en rededor.

—Si das otro grito, eres muerto,— dijo con áspera voz uno de ellos, amartillando su fucil y apuntándole á la cabeza.

—¡El enemigo, Pedro, huye!—gritó Juan con toda la fuerza de su pulmones, sin importarle un bledo la amenaza de su verdugo y luchando desesperadamente por desasirse.

—Ah! se llamaba Pedro,—respondió el indio lanzando una carcajada—los peces del cenote están celebrando en estos momentos gran banquete con sus pedazos.

Juan no pudo hablar más. En un momento lo amordazaron, lo ligaron fuertemente de pies y manos y le arrojaron al suelo.

III.

EL SACRIFICIO.

Como habrán comprendido nuestros lectores, los invasores no eran sino los terribles indios salvajes de Chan Santa Cruz, acaudillados por su jefe el cruel y sanguinario Crescencio Poot. Este se aproximó al pobre y desgraciado Juan, clavando en él su torva y amenazadora mirada, y en tono de mando dijo:

—Quítenle la mordaza.

Luego que Juan pudo hablar, le preguntó.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Cupul,—respondió con acento tranquilo.

—¿De dónde eres?

—De Tixcacalcupul.

—A tres leguas de aquí. Allá vamos. ¿Cuánta tropa guarnece el pueblo?

—Trescientos hombres.

—Mientes; mis emisarios me han comunicado que sólo hay allí veinticinco hombres, que los otros pueblos están desguarnecidos, y que el grueso de las tropas ha marchado á la revolución.

—Si crees que miento, ¿por qué me preguntas?

—¡Insolente, traidor! Ya te escarmentaré. Hijo indigno de nuestra raza, que infamas el nombre heróico de Cupul, que llevas, sirviendo la causa de los monos blancos. (zacmaaxob) y ayudando á matar á tus hermanos. No te arranco la vida desde luego, porque te reservo para una muerte más ruidosa. A nuestra vuelta, después de tomar el pueblo y de degollar á su habitantes, volarás por los aires con tu bomba.

—Haz lo que quieras—contestó estóica y lacónicamente Juan.

Le volvieron á amordazar, apretaron sus ligaduras, le amarraron la enorme bomba junto al pecho, y dejando dos

hombres para custodiarle, se alejaron los demás rumbo al pueblo. Al salir de la barraca Crescencio Poot, dijo en alta voz.

—En la madrugada caeremos sobre Tixcacalcupul, regresaremos por este mismo camino, y á nuestro paso volaremos á este traidor.

Y dirigiéndose luego á los dos guardianes añadió:

—Si por algún caso imprevisto, somos derrotados, lo que creo imposible, ó por evitar ser perseguidos no volvemos por aquí, si á las doce del día de mañana no tienen noticia mía, que maten á este miserable y vayan al crucero á juntarse con nosotros.

En aquel momento ya las sombras de la noche se habían vuelto más profundas, y á poco rato el silencio, la soledad y el temor de lo que iba á ocurrir, hacían más espantosa y lúgubre la situación de Juan, que sufría horriblemente.

—Dios mío—pensaba con angustia,—han asesinado á mi infeliz cuñado y van ahora á sorprender á la población dormida, á degollar sin piedad á la gente, á incendiar las casas, á destruirlo y aniquilarlo todo. Y están allí mis padres, mis hermanos, mi Isabel . . . . . . Y yo no puedo avisarles, no puedo defenderlos, no puedo morir con ellos . . . . .

Y se retorcía entre las ligaduras, que crugían y se hundían en sus carnes, sin romperse. Y el tiempo corría velozmente. Y los implacables indios avanzaban sin duda hacia el pueblo. Y este pronto quedaría convertido en hacinamientos de cadáveres, escombros y cenizas, humedicidos con sangre . . . . !

Así transcurrieron algunas horas de espeluznante agonía para Juan. Alzó los ojos al cielo y por la marcha de los astros calculó que serían las doce de la noche. Tres ó cuatro horas mas y la catástrofe se realizaba. De sus dos guardianes, uno se había rendido á la fatiga y dormía á pierna suelta. El otro, con el fusil al hombro y bostezando, iba y volvía sin cesar del camino á la barraca, sin preocuparse de Juan, á quien consideraba bien seguro, maniatado de modo que no podía desligarse ni incorporarse.

Un ligero ruido le hizo estremecerse; era el chisporroteo de la leña que ardía aún en el fogón.

Heróica idea cruzó como relámpago por su pensamiento y la acogió con ardor.

—¡Divina inspiración!—murmuró— muera yo, pero sálvense mi pueblo, mis padres, mis hermanos, mi adorada Isabel. Es tán joven, tan inocente, tan pura y tan hermosa! Gracias, Dios de bondad! los salvaré, aún es tiempo. Recibid, Señor, mi alma, aceptad mi sacrificio en holo-

causto, por la salvación de mi pueblo. Morir así . . . . Y á los veinte años . . . . . ¡Ah . . . . qué hermoso morir!

Uno de los guardianes, como hemos dicho, roncaba apaciblemente; el otro, cansado y tiritando de frio, se hbaía recostado junto al árbol corpulento que sostenía la barraca, apoyándose en el cañón de su fusil. Poco á poco cerró los ojos é inclinó la cabeza, no pudiendo resistir al cansancio y al sueño.

Juan hizo un esfuerzo sobrehumano y consiguió rodar sobre sí mismo, sin hacer ruído, con dirección al fogón, hasta aproximarse al leño que ardía y lo mejor que pudo, colocó sobre la braza la mina de la bomba que al punto empezó á arder. Cuando sólo quedaba una pulgada, se estremeció de horror Juan y elevó sus ojos al cielo.

—Señor, —murmuró—sálvalos! que mi sacrificio no sea inútil . . . . . !

Una espantosa detonación interrumpió el silencio de la noche, sacudió la tierra, hizo temblar los árboles y derribó la barraca cuyas secas palmas se incendiaron. Los miembros descuartizados de Juan volaron por el aire, estrellándose en los troncos y enredándose en las nudosas ramas.

El grueso casco de la bomba, forrada interiormente de lámina metálica, despedazó el cráneo del guardian dormido junto al árbol, en tanto que el otro que roncaba junto á la barraca, saltó como una pelota, ya axfisiado por el humo de la pólvora y del incendio.

IV.

¡SALVADOS!

Los centinelas de Tixcacalcupul oyeron la detonación y avisaron al punto á sus jefes. Las campanas tocaron arrebato, las cajas y cornetas, generala, y en un instante todos los habitantes del pueblo estaban en pié, ya prevenidos contra el feroz invasor. Los hombres empuñaron las armas, las mujeres y niños se refugiaron en el templo, la guarnición ocupó las alturas y puntos estratégicos, y todo quedó dispuesto para rechazar al enemigo.

A una legua apenas de la población estaba Crescencio Poot, cuándo oyó el estallido de la enorme bomba.

—Maldición!—exclamó pateando con rabia el suelo— ¿Qué habrá ocurrido? ¡Alto! Es seguro que los blancos han sorprendido á los guardianes que dejamos custodiando al preso. Vendrán sobre nuestras huellas, el pueblo está ya apercibido para la defensa; vamos á ser cogidos entre dos fuegos. Retirada, dispersión, y al ponerse el sol, todos en

el cenote, dos leguas al Sur del gran crucero de Tihosuco.

Momentos después, toda aquella tropa de rebeldes había desaparecido.

El heróico sacrificio de Juan no había sido estéril. Juan había muerto, su hazaña sublime sería tal vez siempre desconocida, su nombre iría á aumentar el número de los héroes y mártires ignorados, la infortunada Isabel lloraría sin consuelo su desventura; pero se habían salvado centenares de vidas de ancianos, mujeres y niños; se había salvado un pueblo.

Junio.—1898.

COSAS DE ANTAÑO.

LOS ENMASCARADOS.

(Episodios de la guerra civil.)

I.

—¿Ha recibido usted noticias recientes de importancia, don Vito?

—Precisamente de gran importancia, nó; después de la espantosa carnicería del 15 de enero último en Valladolid, borrón eterno de sangre y lodo que manchó la revolución iniciada en Campeche el 8 de diciembre del año pasado, no ha ocurrido ningún hecho de armas ni acontecimiento de trascendencia, que yo sepa.

—Sin embargo, á juzgar por las versiones que nos llegan del vecino partido de Valladolid, la situación del país, y especialmente del Oriente, es grave, nubes tempestuosas se acumulan en el Sur y se preparan acaso terribles sucesos.

—Es de temerse que así sea, don Rafael; las chusmas de indios, imprudentemente inmiscuidas en nuestras contiendas civiles, á raiz del asalto de Valladolid, se han dispersado por campos y poblados, entregándose al pillaje y al crímen y se habla ya de un levantamiento general de la raza indígena contra la blanca y mestiza, de una guerra sin cuartel y de exterminio.

—Y si ese rumor se convirtiera en realidad, don Vito, Dios salve al Oriente! Dios salve á Yucatán! Los mayas constituyen la inmensa mayoría de la población de la Península, gran porción de ellos, armados desde la revolución de 1840, son ya soldados aguerridos; y si tienen conciencia de su superioridad numérica y de su fuerza; si llegasen á unirse y disciplinarse bajo las órdenes de jefes hábiles y audaces y sí, por otra parte, se dan cuenta de la debilidad y desorganización de los elementos del Gobierno, merced á nuestras constantes luchas fratricidas, quién sabe las consecuencias que produciría una conflagración social!

—Agregue usted á todo eso, que sin meditar en esas

circunstancias, en esa catástrofe suspendida sobre la Península, los partidos políticos se ensañan cada día más y lejos de reconciliarse ante el peligro común, ahondan el abismo que los divide y se disputan el poder con odio implacable y ciego encarnizado.

—A propósito, don Vito, esta tarde he recibido un anónimo en el que se me dice que estemos prevenidos, usted y yo, porque se proyecta asesinarnos.

—También he tenido aviso de que el Coronel don José Dolores Cetina debe pronunciarse entre poco en un punto del Oriente, ignorándose todavía cuál, y de que los desertores que se esconden en los bosques se mueven con inusitada actividad. Ya he observado alguna insubordinación y secreteos sospechosos en la guardia y he ordenado que desde mañana sea doblada y relevados el oficial, sargentos y cabos.

II

El diálogo anterior se cruzaba de nueve á diez de una obscura y fría noche de febrero de 1847, entre el Jefe Político de Tizimín, don Victoriano Cantón y su Secretario don Rafael Aldáz, mientras tomaban chocolate en una casa situada á ochenta metros al Norte del ángulo noroeste de la plaza principal de la villa cabecera.

Don Vito, como le llamaban familiarmente, estaba en una hamaca, junto á una pequeña mesa apenas iluminada por una vela de sebo, y al otro lado, de espaldas á la calle, ocupaba una silla baja su interlocutor.

En aquellos momentos, en la esquina inmediata, se destacó un hombre del fondo sombrío de una calle adyacente, y se oyó un ligero silbido.

Como evocados por aquella señal, seis ú ocho sombras surgieron de las tinieblas y se incorporaron al hombre, sin producir el menor ruido, cual si fueran fantasmas.

—¿Completos?—preguntó lacónicamente en voz baja el que diera la señal.

—Sí, Coronel—respondió uno de los recién llegados, en el mismo tono.

—¿Armados, como dispuse?

Los interrogados presentaron un fusil en la mano derecha y con la izquierda tocaron sus machetes al cinto.

—Bien;—prosiguió el llamado Coronel.—"Ellos" están saboreando su chocolate, el último que beban. Mucho silencio y buena puntería. No teman ustedes nada. Entre pocos días vendrá á acaudillarnos el Coronel Cetina.

—¿Y la guardia?—observó alguien.

—Es nuestra. Tiene instrucciones de no moverse de su cuartel, oigan lo que oigan y suceda lo que suceda. ¿Tra-

jeron las máscaras?

—Sí.

—Pues cubrirse y adelante!

Y aquellos hombres, ocultándose el rostro con caretas, avanzaron sigilosamente, á paso de tigre, amartillando las armas, hacia la casa en donde conversaban tranquilamente el Jefe Político y su Secretario.

III.

Entre tanto, terminada su frugal colación, éstos se disponían á levantarse.

—En fin, mi querido jefe—concluyó Aldáz—sea lo que Dios quiera! Ni usted ni yo hacemos mal á nadie y nos limitamos á cumplir con nuestro deber . . . .

La última palabra se extinguió en la explosión de una descarga de fusilería, que rasgó fatídicamente el silencio de la noche.

Aldáz cayó atravesado por las balas, sin exalar un gemido.

Cantón, milagrosamente ileso, saltó de la hamaca, se precipitó por entre los asesinos que, asombrados de su temeridad, le abrieron paso, y echó á correr hacia la plaza, perdiéndose de vista en la obscuridad.

Vueltos de su estupor los asaltantes, se lanzaron en su persecución, abandonando el cadáver de Aldáz.

Cantón desembocó en la plaza, tenebrosa, como toda la población, pues ésta no se permitía entonces el lujo de tener alumbrado público.

Todas las casas estaban cerradas.

Pensó acaso dirigirse al cuartel; pero comprendiendo que la guardia estaba vendida, toda vez que no había acudido al ruido de la descarga, á cien metros no más de ella, prosigió su carrera rumbo á una casa en donde sabía que debía haber jugadores.

Esta, ordinariamente abierta hasta altas horas de la noche, también estaba cerrada.

Sin duda al escuchar la detonación de armas de fuego, los que allí se encontraban creyeron que se trataba de un pronunciamiento y se aislaron prudentemente.

Cantón sintió muy próximos ya á sus perseguidores y apresuró su marcha; pero al trepar unos escalones de la accidentada banquete que recorría, tropezó y rodó por tierra.

Antes de poder incorporarse, cinco ó seis machetes cayeron á la vez sobre su cabeza y en un instante fué despedazado, sin tiempo de pronunciar una palabra.

En el cuartel reinaba absoluta quietud y sepulcral silencio, y á favor de la débil lamparilla que lo alumbraba,

apenas se percibía al centinela paseándose apaciblemente, con el fusil al hombro.

—Ahora—dijo el titulado Coronel, limpiando la sangre de su machete en las ropas de su víctima—dispersémonos hasta nueva orden; mucha reserva y esperemos los acontecimientos. Pena de la vida al que se atreva á revelar, ni en el tormento, ninguno de nuestros nombres!

Y aquella horda de cobardes y feroces asesinos, se esfumó en las tinieblas de la noche.

. . . .

Por disposición del Gobierno del Estado, el señor Lic. don José Raimundo Nicolín, entonces Juez de primera instancia del Departamento de Valladolid, fué á Tizimín á practicar diligencias; pero nunca se pudo descubrir ni castigar á los criminales.

Agosto.—1907.

COSAS DE ANTAÑO.

Aventuras Políticas.

(Episodios de la guerra civil.)

I.

EL PLAGIO.

Varias personas de las más caracterizadas, entre ellas el Jefe Político del partido, Coronel don Santiago Pérez Virgilio, jugaban tranquilamente al rededor de una mesa redonda, en una casa situada á sesenta ú ochenta metros al Sur de ángulo Suroeste de la plaza principal de la villa de Tizimín, la noche del 15 de junio e 1,863.

Repentinamente el local fué invadido por diez ó doce hombres armados, á cuyo frente estaban el Coronel don José E. Canto Virgilio y el Capitán don Jesús Imán, célebres guerrilleros de nuestras entonces frecuentes guerras civiles, perseguidos como "facciosos" en aquellos días.

Todos los circunstantes se pusieron en pié.

—Nadie se mueva, señores,—dijo Canto Virgilio—no necesito más que á uno de ustedes.

Y obedeciendo á una señal suya, sus hombres se apoderaron del Jefe Político, y antes de que nadie pudiese hacer un movimiento ni formular una protesta, los asaltantes desaparecieron con su presa, que en vano intentó resistir.

El Comandante militar de la plaza don Manuel Francisco Mezo, avisado en seguida, organizó rápidamente una guerrilla que lanzó en persecución de los fugitivos; pero no se les dió alcance.

Entretanto, Canto Virgilio y sus hombres, se incorporaron al resto de la partida que al mando del Teniente Coronel don Feliciano Padilla, el futuro héroe de Tihosuco, les esperaba en un sitio denominado "la glorieta", al es-

tremo suroeste de la población, y emprendieron precipitada marcha hacia el Sur, por estrechos y poco transitados caminos.

II.

EL JUICIO.

Amanecía. La partida de desertores acampaba en una pequeña milpería, á dos kilómetros, aproximadamente, al Noroeste del pueblo de Calotmul, y á catorce kilómetros al Sur de Tizimín. Excepto los centinelas apostados en los alrededores, los demás dormían, sin duda, á juzgar por el silencio que allí reinaba.

Canto Virgilio, Padilla é Imán, salieron de una de las dos únicas chozas de la milpería, cuando el sol surgía del horizonte.

—¿Duerme todavía el señor Pérez Virgilio?—preguntó el primero al centinela que guardaba la puerta de la inmediata choza.

—No, mi Coronel, está ya levantado.

—Condúcelo aquí.

Un instante después comparecía el aludido, fumando apaciblemente su habitual cigarro de "holoch."

—Buenos días, querido primo—dijo sonriendo irónicamente Canto Virgilio—supongo que habrás descansado bien y dormido mejor.

—Agradezco tu solícita atención—respondió el Jefe Político.—Pero como presumo que no me han traído ustedes á este sitio para dispensarme consideraciones y proporcionarme comodidades, espero te sirvas explicarme el motivo del atentado de que soy víctima y los fines que te propones respecto á mí.

—Me place tu cándida frescura. ¿Con qué motivo aprehendiste y remitiste á Valladolid á la señora Catalina Castañeda, respetable vecina de Tizimín, por el sólo hecho de haber recibido y entregádome una carta que para mí se le encargó? ¿No recuerdas que habiendo logrado sorprenderme, también me enviaste á la misma ciudad, atado codo á codo, como si fuera un facineroso, ordenando en mi presencia que la escolta hiciese fuego sobre mí si intentaba fugarme?

—Cumplía con mi deber. Yo soy empleado del Gobierno legalmente constituído, ustedes conspiran por derrocarlo y debo defenderlo y procurar inutilizar á sus adversarios.

—Estás en tu perfecto derecho; más no me negarás que también estamos en el nuestro al combatir á ese go-

bierno, si nos parece malo, y "eliminar" á sus defensores.

—¿Qué me das á entender con eso?

—Que dispongas lo que tengas por conveniente—replicó Canto Virgilio, con fisonomía grave y voz severa— porque dentro de dos horas serás pasado por las armas.

—Como no he cometido ningún crímen, ni veo aquí el tribunal que ha de juzgarme, tratarás de asesinarme.

—Sabes que en la guerra y especialmente para ciertos casos y en los tiempos que corren, basta la identificación de persona . . . .

—Para fusilar bandidos declarados fuera de ley, tal vez; pero . . . . .

—Bien; tómalo como te parezca. El tiempo vuela y te repito que sólo cuentas con dos horas de vida. Ahí dentro te he preparado recados de escribir. Despacha pronto.

Pérez Virgilio comenzó á alarmarse y miró á Imán y á Padilla.

—Tú también, primo Jesús, ¿opinas que se me asesine? ¿Canto y tú se bañarán en su propiasangre? Y tú, Feliciano, tan noble y valiente, te harás cómplice de crímen tan injustificado?

Imán y Padilla permanecieron impacibles y mudos.

—A buena hora te acuerdas del parentezco—observó Canto Virgilio.—¿Lo recordaste cuando de manera tan humillante me remitiste preso á Valladolid, acaso con la esperanza de que me asesinaran en el tránsito ó me fusilasen en aquella ciudad?

Resonó en aquel momento una clara detonación, hacia el norte, y, algunos minutos después, vióse venir de aquel rumbo á un hombre corriendo con el fusil empuñado.

—Repliéguense los centinelas y en marcha. Pronto!—ordenó Canto Virgilio.—En cuanto á tí—añadió dirigiéndose á Pérez Virgilio—te perdono la vida por hoy; pero ay de tí si reincides, porque entonces no habrá misericordia.

—¿Quedo en libertad?

—Cuando hayamos ocupado Tizimín. Mientras tanto, nos favorecerás con tu amable compañía.

La partida desapareció entre el bosque y veinte minutos después desembocaba en la milpería una media centede soldados á paso de carga y con el arma amartillada.

—Hemos llegado tarde!—exclamó el oficial con desaliento, al observar las frescas huellas de los fugitivos

EL ASALTO.

Eran aquellos tiempos de transición, de conformación política en Yucatán, como en toda la nación mexicana.

Los pronunciamientos ó revoluciones se eslabonaban con breves interrupciones, los Jefes de Estado se sucedían unos á otros, tras corto gobierno, y los que un día eran nobles y valientes y patriotas, sostenedores del orden constituído, eran llamados al siguiente, "facciosos" y "bandidos", cuando caían.

Se preparaba la revolución que, derrocando el gobierno establecido, debía entroncar en la Península con la intervención extranjera y el Imperio. En el partido de Tizimín, constantemente dividido en dos bandos, gobiernistas y antigobiernistas, acaudillaban á la sazón á los primeros el jefe político señor Pérez Virgilio, el Teniente Coronel Mezo, uno de los laureados campeones de la guerra social y las autoridades municipales; á los segundos, el Coronel Canto Virgilio, el Teniente Coronel Padilla, el Capitán Imán y otros oficiales.

Frecuentemente se cambiaban anónimos, versos y canciones populares que se cantaban en los campamentos y avanzadas.

Recordamos algunos que á título de curiosidad reproducimos literalmente:

Los gobiernistas decían:

Donde mece Mezo, nadie mece;
Donde canta no canta Canto,
Si quieren Canto y Padilla
Infundir miedo y espanto,
Que vengan y en esta villa
Imán y Padilla y Canto
Morirán como una ardilla.

Los otros cantaban:

Donde canta Canto nadie canta,
Donde mece no mece Mezo;
Si Canto toma la villa
Y Pérez no se arodilla,
Le apretará la garganta
Como si fuera una ardilla.

Como se vé, aquellos "versos", si tales pueden llamarse, no eran modelos de literatura poética, ni mucho menos, pero sí acogidos con regocijo popular, se les ponía música, que rivalizaba en mérito con los versos y se cantaban al són de los guitarrillos.

Aquello recordaba en pequeña escala, la guerra de la "Fronda" en París, durante la minoría de Luis XIV.

. . . .

Acababa de dar ocho campanadas la campana del cuartel, que señalaba la hora pública, la noche del 17 de junio del citado año de 1863.

El tambor José María Canché, valiente veterano de las contiendas sociales y civiles, tocaba retreta y la guarnición formaba para pasar lista.

Súbitamente desembocó por el ángulo nordeste de la plaza, al extremo de la extensa galería del Palacio Municipal, un numeroso grupo de hombres armados, al mando de Canto Virgilio, Imán y Padilla, y á los gritos de "Viva el Coronel Navarrete!" y "¡Muera el Gobierno!" se precipitaron sobre el cuartel.

La guarnición, conquistada de antemano, no obedeció la voz de "fuego!" lanzada por su jefe; pero el tambor trocó el toque de retreta por el de ataque y el centinela, Feliciano Tún, previo el grito de "alto!" que en vano dió, se encaró el fusil y disparó sobre el más próximo de los asaltantes, un cabo de Calotmul llamado Basilio Calderón, á quince pasos de distancia. Se oyó una exclamación de rabia y de dolor y aquel hombre, con el muslo roto, rodó por el pavimento.

Pero incorporándose penosamente, apuntó á su vez y descargó su trabuco sobre el centinela que cargaba de nuevo su arma. Tún, con el rostro, cuello y pecho clareados por los proyectiles, cayó también bañado en sangre.

Entretanto, el tambor batía frenéticamente el toque de ataque.

Imán se precipitó sobre él y con el puño de su espada desfondó el parche. Canché, impávido, volvió el otro y continuó tocando.

Entonces Imán, envainando su espada, le sujetó las manos, mientras varios asaltantes levantaban sobre él sus machetes.

—Nadie le toque!—gritó Imán—es un valiente y á los valientes no se les mata de esa manera. Ya es bastante con tener mortalmente heridos á dos.

En el momento del asalto, el Comandante Mezo tomaba chocolate en su casa, á cincuenta metros de la plaza. Al escuchar los gritos de los asaltantes, corrió al cuartel espada en mano y al cruzarse en el tránsito con algunos de ellos, que no le conocieron por la densa oscuridad, fué levemente herido en un brazo de un bayonetazo, detenido y conducido á presencia de Canto Virgilio.

Este que, como todos, estimaba y respetaba á Mezo

por sus altos méritos, había dado orden de que nadie le hiciera el menor daño.

Reprendió severamente al heridor, que se disculpó con la oscuridad, presentó sus excusas al Comandante y le dejó en libertad.

Al Jefe Político Pérez Virgilio, también se le dejó libre en el instante de verificarse el asalto.

EPILOGO.

Algunos años después, dos labriegos, hacha al hombro y machete al cinto, se encontraron, de repente, al dar vuelta á una curva del estrecho sendero que comunicaba las fincas Santa Elena y Santa Rita, del municipio de Calotmul, de las que eran, respectivamente, jornaleros de campo.

—Basilio Calderón!

—Feliciano Tún!

Estas exclamaciones partieron simultáneamente de los dos individuos.

Se midieron un instante con la mirada y luego se tendieron la mano.

—No nos habíamos encontrado desde aquella noche, amigo,—dijo Calderón,—aquí me tienes cojo, á causa de aquel tu famoso balazo. Buena puntería, á pesar de que, según supe después, estabas borracho. Gracias que no me costó la vida ó cuando menos la pérdida del pié.

—Tampoco fué flojo el baño de proyectiles que me obsequiaste con tu trabuco, querido;—replicó Tún—todavía no acabo de expulsarlos del cuerpo. Hace pocos días, justamente ,al espectorar, escupí una posta. Me escapé de la muerte, por milagro.

—¿Y qué haces ahora? ¿Abandonaste el servicio?

—Me declararon inútil cuando sané de mis heridas, y soy jornalero de Santa Rita, desde hace una semana.

—También á mí me exceptuaron por inservible. No tuve con qué pagar mi curación al doctor don Pedro A. Arjona y desde entonces le sirvo en su finca Santa Elena. He allí lo que gané por meterme en aquella revolución.

—Qué se le ha de hacer, hermano, cada quién con su suerte. Adiós, Basilio,—añadió conmovido— no olvides que tienes en mí un amigo.

—Adiós, Feliciano: celebro que estemos en fincas cercanas. Cuenta también con mi amistad y ya tendremos ocasión de recordar nuestros buenos tiempos de soldados.

Estrecháronse en cordial abrazo aquellos dos valientes y cada cual prosiguió su marcha.

Enero.—1908.

COSAS DE ANTAÑO.

Jesús Imán Virgilio.

(Episodios de la guerra civil.)

I.

A las doce de la noche, próximamente, del 15 de junio de 1868, en la plaza principal de la villa oriental de Tizimín, reinaban el más completo silencio y la más profunda obscuridad, apenas alterados por el estridente chirrido de los grillos, por el fulgor de los astros y por la mortecina luz de una lámpara que iluminaba el puesto de la guardia de seguridad, en las galerías de la casa municipal.

Dos hombres, embozados en amplios zarapes mexicanos, conversaban recostados en el ángulo Noroeste del atrio del templo, á cien pasos de la guardia.

—¿Sacaron á mis caballos del patio del cuartel?—preguntó el de estatura más elevada.

—Sí,—respondió el otro—ya deben encontrarse lejos de aquí.

—He querido demostrar al Jefe Político que tengo amigos entre los mismos soldados de la guarnición y que con su permiso ó sin él, recuperaría mis caballos.

—¿Por qué se apoderaron de ellos?

—Con el fin de ocasionarme mortificación y perjuicios. Mandé decir al Jefe Político que si estaba en su derecho al perseguirme como enemigo del actual orden d cosas, no lo tenía para ocupar objetos de mi propiedad y que esperaba que ordenaría la devolución de mis dos caballos, pues, en caso contrario, yo los haría sacar.

—¿Qué contestó??

—Que yo viniese por ellos. Y he venido.

En aquel momento, un hombre envuelto en una capa española ó "montecristo", como entonces llamaban á aque-

lla prenda, desembocó de una calle, al Sur de la plaza, á ochenta metros de los dos interlocutores, que se volvieron al oir el ruido de sus pasos.

—Es él—dijo el más bajo.

—Buena oportunidad de liquidar nuestras cuentas;—repuso el otro—pero no es así como quiero encontrarme con él, sino frente á frente, en leal combate y con armas iguales.

—Entonces, ocultémonos.

—Lo creo innecesario. No debe sospechar que estamos en este sitio, que nos metamos en la boca del lobo, y preocupado con sus pérdidas ó ganancias, pues indudablemente se retira de la casa de juego, ni se fijará en nosotros.

—¿Y si nos reconoce y llama á la guardia y nos acometen?

—En ese caso . . . . . que Dios le perdone!

Entretanto, avanzaba tranquilamente el aludido, hasta enfrentar con los dos encubiertos, quienes se subieron el emboso hasta las narices, calándose el sombrero hasta los ojos, y llevándose la diestra á la empuñadura de sus armas. Aquel se fijó en ellos, vaciló como queriendo detenerse y reconocerlos, más sin duda desistió de la idea y prosiguió su marcha, alejándose lentamente.

—Aún no suena la hora;—murmuró el que parecía más caracterizado—pero te aseguro que otra vez que nos encontremos, uno de los dos quedará en el campo. Tengo ese presentimiento.

El que ésto decía, era el valiente guerrillero Jesús Imán, y su acompañante, el no menos valiente Serafin Palmero, su inseparable hermano de armas. Ambos se hallaban fugitivos y perseguidos desde el fracasado pronunciamiento del 11 de diciembre del año anterior.

El embosado que pasara tan cerca de ellos, era, en efecto, el Jefe Político don Manuel Sierra Arce.

II.

Las sonoras campanas del templo de Calotmul, repicaban alegremente, llamando á misa mayor, la mañana del domingo 4 de agosto del año expresado al principio de esta página histórica.

A las puertas de una casa de mampostería, en el ángulo nordeste de la plaza principal, platicaba el doctor don Francisco Losa, quien habitaba aquella casa, con algunos vecinos de la población, cuando se aproximaron, saludando á la tertulia, dos individuos.

Uno de ellos, alto, esbelto y robusto, joven, de una her-

mosura varonil, vestía, sin duda por capricho ó comodidad, el blanco y resplandeciente traje de mestizo, calzaba elegantes caclles y portaba sombrero de paja. Colgaba de su hombro derecho un rifle de dos cañones, cruzaba su pecho rico zarape mexicano y por debajo de la fina camisa de hilo se percibía el puño de una daga y la culata de un revólver, pendientes de la cintura.

Era Jesús Imán.

Su compañero, trajeado como él, aunque con menos elegancia, machete al cinto, mal disimulado por la larga camisa, era su inseparable Serafín Palmero.

—Eres muy imprudente, Jesús,—dijo al primero el señor Losa—sabes que estás perseguido á muerte y que ayer salieron tropas de Tizimín, rumbo á Espita, en donde acaso reforzarán sus columnas para emprender luego una batida en todo el Partido ,hasta encontrarte. Y si ese caso se diese, tu cabeza "olerá á pólvora." No debes comprometer á esta población, cuyos habitantes tanto te quieren y te han ayudado á evitar que seas sorprendido y á los que cualquier día vas á proporcionar un grave disgusto.

—Tranquilícese usted, doctor,—respondió sonriendo Imán.—Estoy prevenido. Recibo aviso oportuno de todos los movimientos de mis perseguidores y acabo precisamente de ser informado de que en la madrugada de hoy salió de Espita el Jefe Político de Tizimín, al frente de más de cien hombres, por la carretera de Valladolid.

—Puede ser ese un rumbo falso y dirigirse las tropas á este pueblo por sendas extraviadas.

—Es muy posible; pero llegarían tarde, porque sólo estaré aquí muy poco tiempo, el indispensable para cerrar mis compromisos con el teniente Eusebio Barrera, á quien deseo atraer á nuestras filas. Hasta luego, señores.

Imán y Palmero se dirigieron hacia el Oeste de la plaza.

Media hora después llegó agitado uno de los amigos de Imán que solicitó por él, con vivo interés.

—¿Qué sucede?—le preguntaron.

—El Jefe Político y sus tropas entran á la población en este instante, por el camino de Valladolid; han destacado guerrillas flanqueadoras y van á copar á Imán y á los suyos. Algunos hombres de Espita, acaudillados por el Coronel don Hilario Baeza, todos amigos y copartidarios de Jesús, han llegado en su auxilio, están en el estremo del pueblo, camino de Tizimín y puede ocurrir un choque de consecuencias deplorables.

—Pues vé á prisa—observó álguien—Imán se halla en

este momento en la tienda de Ceferino López, en compañía de Palmero y Barrera.

Efectivamente, los señores nombrados se encontraban en la mencionada tienda, aproximadamente á ciento cincuenta metros de la plaza, vía á Tizimín y á ciento de Baeza y compañeros.

Imán jamás tomaba aguardiente; pero aquella mañana, en su empeño de comprometer á Barrera, había libado, según se dijo entonces, algunas copas que lo tenían excitado, aumentando su irritación la resistencia de Barrera.

—Coronel!—exclamó Palmero que tampoco bebía y vigilaba afuera—ahí está el enemigo ya en la plaza. Vámonos!

—Y los flanqueadores van á desembocar precisamente sobre este punto,—añadió otro.

—No hay cuidado,—contestó Imán lanzándose á la calle—toda la gente de Tizimín, excepto los jefes, es nuestra. A una señal se pondrán de nuestra parte.

Mientras tanto, una columna de tropas avanzaba con cautela desde la plaza á cien metros apenas.

Imán se echó á la cara el rifle y descargó, sin apuntar, los dos tiros sucesivamente. En ese momento percibió á la guerrilla flanqueadora de espiteños que venía rumbo del Este, al mando del Teniente Eligio Erosa, y que estaba á cincuenta pasos.

—Esos no son amigos—dijo. Y amartillando su revólver, disparó sobre ellos, hiriendo levemente á un soldado.

—Vamos, Coronel!—repitió Palmero tomándolo del brazo y casi arrastrándolo apresuradamente hacia donde estaban Baeza y los suyos.—Esto es una locura!

Tan sólo había adelantado quince ó veinte pasos, cuando desembocó al flanco del Oeste, á las órdenes del Teniente Fabián Gamboa.

—Fuego!—mandó éste.

La descarga estalló, pero Imán y Palmero resultaron ilesos.

Mas casi al mismo tiempo se oyó un tiro aislado. Imán rodó á tierra, mortalmente herido, mientras Palmero saltaba una cerca y desaparecía entre las malezas.

La bala, penetrando por la espina dorsal, atravesó el pecho del infortunado y temerario guerrillero. Los soldados de la guerrilla que había disparado, eran de Tizimín, simpatizadores de Imán y tiraron, visiblemente, sin apuntar; pero uno de ellos, según se supo después, recluta llamado al servicio recientemente, y ajeno á todo compromiso, no tuvo la necesaria precición para ejecutar á la voz de man-

do, pero sí bastante puntería para hacer buen blanco, desgraciadamente.

El Jefe Político, que llegó segundos después, bajó de su caballo, reconoció al moribundo y dispuso que se recogiesen las prendas que portaba.

El Teniente Barrera, testigo de lo ocurrido, saltó rápidamente sobre el caballo propiedad del Jefe Político, y sin duda enardecido por el alcohol y por la indignación, se lanzó por las calles profiriendo á gritos, frases inconvenientes, subversivas y ultrajantes para los asaltantes.

Poco después fué detenido y encerrado en un calabozo.

A Imán, agónico, se le condujo al templo. Minutos después espiró y al día siguiente recibió su cadáver modesta sepultura.

Su presentimiento no le había engañado!

La muerte de Imán fué muy sentida en toda la comarca, pues poseía un carácter noble, franco y jovial y un valor á toda prueba. Ciertamente, el hijo del célebre General don Santiago Imán y de la legendaria doña María Nicolasa Virgilio; el hermano del inmortal Coronel don Sebastián Molas, el denodado y popular guerrillero, no debía sucumbir de aquella manera, recibiendo por la espalda la herida mortal . . . .

Al día siguiente, una orden superior mandó pasar por las armas inmediatamente y con sólo la identificación de persona, al teniente Eusebio Barrera; pero pudo salvar la vida, merced á empeñosas gestiones de distiguidas personas, entre las que descollaron el entonces cura párroco de Calotmul, don Manuel Luciano Pérez, fallecido hace poco, ya canónigo Vicario de Valladolid, y los doctores don Francisco Losa, don Julián Alcalá Alcalá y don Pedro A. Arjona, residentes, los dos primeros en el mencionado pueblo y el tercero y el cuarto, en Tizimín.

En el parte oficial se consignó que Imán resistió al frente de veinte hombres y que murió en el combate; mientras que por otro lado, se dijo que fué vilmente asesinado.

Los hechos ocurrieron, como queda expresado. y el que esto escribe, joven á la sazón, de diez y seis años, fué testigo ocular de ellos.

Tristes y amargos frutos de las guerras civiles y de los odios políticos, cuyo recuerdo pone de relieve los beneficios de la presente paz nacional!

Febrero.—1908.

COSAS DE ANTAÑO.

Un asalto á Tizimín.

(Episodio de la guerra civil.)

I.

La clásica y tradicional feria de los Reyes Magos, que, desde tiempo inmemorial se celebra en la villa oriental de Tizimín del 30 de diciembre al 6 de enero, tuvo qué aplazarse, en 1867, para los primeros días de febrero, á causa de la intranquilidad pública sembrada en aquella región por partidas de **pronunciados** ó **desertores** que conspiraban para derrocar al gobierno de entonces y vagaban por los alrrededores.

Con tal motivo, la concurrencia no fué tan numerosa como en años pasados.

En previsión de una sorpresa por parte de los **desertores** quienes, según versiones, ofrecieron concurrir á la feria, la pequeña guarnición cubrió no sólo las alturas del cuartel, sino las del templo y de las desembocaduras de las calles á la plaza principal.

Pero no se confiaba en la fidelidad de toda aquella gente que, en su mayor parte, fraternizaba con los republicanos.

Los hechos confirmaron esa desconfianza.

Setenta ú ochenta hombres armados, acaudillados por el oficial Alejandro Medina, asaltaron la plaza al mediar la noche del 31 de enero, víspera de la primera función de toros, á los gritos de "Viva la República" y "muera el Imperio!", arrollando la débil resistencia que opuso la guarnición.

El Subprefecto don Roberto Rivas, y los huéspedes de la villa, general don Felipe Navarrete, Teniente Coronel don Feliciano Padilla y otras personas distinguidas, que se encontraban allí con ocasión de la feria, sorprendidos,

unos en sus habitaciones y otros en la calle, escaparon trabajosamente de una muerte probable ó cuando menos de ser atropellados.

Las demás autoridades se escondieron.

Los asaltantes franquearon á machetazos las puertas de las oficinas públicas y cometieron algunos otros desórdenes.

Era indudable que la causa republicana contaba con numerosos partidarios y simpatizadores en la población, y hasta se aseguraba que varios prominentes vecinos estaban en connivencia con las partidas revolucionarias, que se agrupaban en los campos, y cuyos movimientos dirigían secretamente.

Se habían suspendido la función de toros y las diversiones de ese día; pero Medina ordenó que la feria continuase, como si nada hubiese ocurrido, prometiendo que nadie sería atropellado; y dejando una pequeña guardia en el cuartel, él y sus otros compañeros se dirigieron al lugar de la lidia, entregándose á frecuentes libaciones alcohólicas.

Momentos después, casi todos los asaltantes, inclusive Medina, estaban ébrios.

Se temió que en aquel estado perpetrasen nuevos desórdenes y saqueasen los establecimientos de comercio.

Entonces los principales vecinos, reforzados por un grupo de obreros de la fábrica de mantas establecida en la villa por el señor Ildefonso Gómez, tomaron la pronta y enérgica resolución de restablecer violentamente el orden.

Bajo la dirección del Subprefecto y muy señaladamente de don Santiago Medina, distinguido habitante de la localidad, se armaron en el interior de las casas con lo que encontraron, sin apercibirse de ello los asaltantes, y á una señal convenida, cayeron rápidamente sobre la corta guarnición, que encalabozaron, se apoderaron de las armas y persiguieron á tiros á los que huyeron.

Cuando Medina y algunos de sus compañeros, avisados de lo que ocurría, acudieron al cuartel, fueron también desarmados y encalabozados.

En aquellos momentos de terrible efervecencia, uno de los que más activo y enérgico participio tomaron en la reacción, sin embargo de que, con razón ó sin ella, era considerado como simpatizador de la causa republicana, declaró que se imponía la urgente necesidad de fusilar en el acto y sin ningún trámite al oficial Medina, si es que se quería consolidar el orden, hacer un severo escarmiento que produjera eficaz resultado y conjurar un nuevo asalto, cuyas conse-

cuencias no era fácil prever, después de los recientes acontecimientos.

El Subprefecto señor Rivas y otras personas respetables le hicieron tenaces objeciones, pero él insistió de tal manera, secundado por otros, recalcando que se trataba del orden y de la tranquilidad de la villa y de salvar varias vidas, que aquella voluntad de hierro se impuso.

El oficial Medina, que aún no volvía de la embriaguez, fué sacado de la cárcel, casi arrastrado al patio del cuartel y sentado y ligado con cuerdas en los primeros peldaños de la escalera de maderas que se utilizaba para subir á la azotea.

No confiando, tal vez, en la gente de la localidad para aquella ejecución, se nombró para ella á un piquete de obreros del telar que, á la voz de mando y con el arma amartillada, se colocaron frente al sentenciado.

Pero en el instante en que los fusiles se tendían é iba á sonar la voz de "fuego!", se abrió bruscamente paso entre el gentío que presenciaba mudo y conmovido aquella terrible escena, un hombre también alcoholizado, uno de los que habían contribuido á restablecer el orden y se sentó en las rodillas de Medina, desabrochándose la camisa y extendiendo los brazos.

—Señores—exclamó con lágrimas en los ojos—, si este hombre es reo de muerte, hay aquí otros más culpables que él. Este infeliz es inocente, ha sido impulsado, precipitado por álguien y ofuscado por el licor. Es un valiente servidor de la patria, y no debe ser fusilado sin formación de causa, sin siquiera los auxilios de su religión, si los desea. Más si es culpable, yo también lo soy y debo morir con él.—Fuego, muchachos!

Varios hombres lo arrancaron á viva fuerza de los piés de Medina, estalló la descarga y el infortunado oficial pasó de la vida á la muerte, tal vez sin darse exacta cuenta de lo que le ocurría, aturdido por la sorpresa y la embriaguez.

El hombre que tan valerosamente intercediera por él, era el Teniente don Fabián Gamboa, hijo del célebre Coronel don Pastor Gamboa, y uno de los heróicos defensores de Tihosucó, que ostentaba orgulloso en el pecho, mal cerrada todavía, como gloriosa condecoración, la cicatriz de la herida mortal que en el reducto número 1, recibió durante el legendario sitio de aquella plaza, cuando el formidable asalto de los indios rebeldes en la madrugada del 15 de septiembre de 1866.

1,912. 2

COSAS DE ANTAÑO.

El Sitio de Maxcanú.

(Episodio de la guerra civil.)

I.

En las primeras horas de la noche del 30 de enero de 1868, cuatro hombres conferenciaban en la comandancia, situada en la plaza principal de la villa de Maxcanú.

Eran el inolvidable Coronel don Marcelino Villafaña, Jefe de las tropas que ocupaban la población, su segundo, de igual grado, don Pedro O'Horán, el Mayor Arroyo y el Ayudante don José María Roca.

—Es preciso convenir,—decía O'Horán—en que el movimiento del 11 de diciembre último, ha sido un golpe bastante audaz y muy peligroso, si no obtiene la sanción del Supremo Gobierno Nacional.

—Sea lo que fuere—replicó Villafaña—es un hecho consumado y coronado por el éxito. La Capital del Estado está en nuestro poder, el Coronel don Francisco Cantón, se ha encargado del mando político y militar y todos ó casi todos los pueblos han secundado el movimiento.

—Según nuestras noticias,—terció Arroyo—el General don Ignacio R. Alatorre, que al frente de varios batallones de línea y numerosa artillería, desembarcó en Campeche, reforzado con tropas de ambos Estados, avanza sobre nosotros y mañana estará aquí.

—Señores,—concluyó Villafaña, frunciendo el ceño—me parece absolutamente estéril y estemporánea toda discusión acerca de la conveniencia y oportunidad del movimiento del 11 de diciembre y del número y calidad de fuerzas que trae el General Alatorre. Ignoramos las instrucciones que éste recibió del Presidente de la República y mientras no tenga-

mos órdenes en contrario, nuestro deber es impedir la marcha del enemigo, sin analizar su número y elementos. ¿Con cuántos hombres contamos?

—Con doscientos noventa y uno, porque de trescientos han desertado nueve.

—Esos bastan á cubrir el atrio del templo y las esquinas de la plaza. Cada quien á su puesto y mucha vigilancia.

El grupo se disolvió y Villafaña, seguido de sus ayudantes, recorrió la línea de defensa, alentando á sus soldados.

II.

Como se esperaba, la división comandada por el General Alatorre llegó á la villa en la mañana siguiente del 31 de enero y sitió la plaza.

Previa intimación, altivamente rechazada, abrió en seguida sus fuegos sobre los sitiados.

Integraban ese cuerpo de ejército los batallones 1o., 2o. y 3o. de Oaxaca, uno de Toluca y auxiliares de Yucatán y Campeche, con un total de dos mil quinientos á tres mil hombres y quince ó veinte piezas de artillería.

Los defensores de la plaza, menos de trescientos hombres, los más de la población, inclusive una compañía del ligero de Mérida, contestaron al ataque con un vigor y arrojo que asombraron á los sitiadores, considerada la enorme inferioridad en número, armamento y disciplina, de los sitiados.

La artillería tronaba vomitando bala rasa y metralla y demoliendo los atrincheramientos y la fusilería de ambos campos cruzaban sus mortíferos proyectiles.

Un valiente joven oficial español, cuyo nombre no se recuerda, murió en la trinchera principal, en la calle que conduce á la carretera de Halachó.

El intrépido Capitán Leonardo Guillermo, defendía heróicamente el ángulo sudeste de la plaza, impasible ante las balas que silbaban á su derredor.

—Cuidado, Capitán,—le advertían, haciéndole observar que desde hacía un momento, los proyectiles que partían del Oeste casi le rosaban el cuerpo—le están cazando á usted.

—Paciencia—contestó imperturbable,—moriré en mi puesto.

Momentos después caía mortalmente herido.

Arroyo y otros valientes también sucumbieron.

El Coronel Villafaña se multiplicaba.

De dos á tres de la tarde, dirigíase de la trinchera Noroeste á la Nordeste, pasando frente al cuartel, seguido de su corneta de órdenes, cuando un casco de metralla silbó tan cerca de su cabeza, que casi le voló el sombrero.

—Ya me andan cerca—dijo sonriendo.

Todavía no terminada la frase, rodó á tierra atravesado por una bala dirigida del lado Sur de la plaza, en donde á traves de patios y cercas había logrado el enemigo llegar á la trinchera.

Conducido á la habitación más próxima, expiró á los pocos instantes.

Consternados los defensores por la muerte de los bizárros Coronel Villafaña, Capitán Guillermo, Mayor Arroyo y otros bravos y pudiendo apenas tenerse en pié, por enfermo, el Coronel O'Horán, quien asumió el mando de las fuerzas, la resistencia se debilitó y á las nueve da la noche los sitiados se abrieron paso por el rumbo Norte, sin ser perseguidos por los sitiadores, que desde luego ocuparon la plaza.

A propósito de la muerte del Coronel Villafaña, díjose entonces y aún se consignó en una correspondencia publicada en el periódico oficial del 7 de febrero de aquel año, ponderándose como un hecho providencial, que el Gral. Alatorre, mortificado por la temeraria y tenaz resistencia de aquel puñado de valientes y señalándosele á Villafaña que cruzaba á tiro de rifle, tomó una de esas armas y disparó personalmente sobre el denodado Coronel, con harta certera puntería, desgraciadamente.

Conceptuamos inverosímil tal versión, que entendemos nunca pudo comprobarse y que sin duda acogió la pasión de partido, sin discreto exámen, en aquellos días de candente exacerbación política.

1,912.

COSAS DE ANTAÑO.

Marzo 13 de 1872.

(Episodio de la guerra civil.)

ANTECEDENTES.

Uno de los últimos días del año de 1871, los vecinos del pueblo de Calotmul, Partido oriental de Tizimín, despertaron profundamente consternados.

Hacía algún tiempo que un fuerte destacamento de tropas del Gobierno, establecido en la población, se esforzaba en vano por lograr la presentación ó aprehensión de los desertores substraídos á la obediencia de las autoridades, después de la reciente revuelta.

Halagos, promesas, amenazas, todo había sido inútil.

Entonces el Jefe Político don Manuel Sierra Arce, por orden del Gobierno, señaló por bando un último plazo para que los desertores se acogieran al indulto y se presentasen y entregasen sus armas, en el concepto de que, si vencido el improrrogable término fijado no lo hacían, serían aprehendidas y conducidas á la cabecera sus familias.

Sea por obstinación, por no creer en la amenaza, ó por no tener fé en la sinceridad del indulto, muy pocos se acogieron á él, estos quedaron detenidos á pretexto de que se les pondría en libertad cuando se presentasen los demás y en la madrugada del día á que nos referimos al principio, madres, esposas, hermanas é hijas, las que representaban á las familias de los contumaces, fueron arrancadas de su hogar y en unión de los desertores presos, enviadas á la cabecera á pié y entre filas.

Algunas de ellas estaban en cinta y una ó dos dieron á

luz á raíz del suelo, en el cuartel de Tizimín, momentos después de su llegada, acaso por precoz alumbramiento determinado por el susto, el pesar y la fatiga é incomodidades del viaje.

Varios respetables vecinos de Calotmul intercedieron por aquellas inocentes é infelices mujeres, haciendo observar que lejos de influir aquel acto en la presentación de los desertores, los exacerbaría y quizá provocaría violentas y desagradables manifestaciones de disgusto y represalias.

Se les contestó que, aunque con pena, se cumplía disposiciones del Gobierno y que eran indispensables aquellas severas medidas para restablecer el orden, reconstituir el principio de autoridad y hacer cesar de una vez la situación anómala que pesaba sobre la comarca.

Por aquella época uno de los desertores, Juan Nah, que se hizo célebre por sus asaltos y robos y salvajes atentados en caminos y pequeños poblados, evadiendo y burlando hábilmente las persecuciones, al fin fué apresado y, con sólo identificación de su persona, pasado por las armas.

Las familias de Calotmul, prisioneras en Tizimín, obtuvieron su libertad al cabo de algún tiempo, en vista de la inutilidad de su arresto, y los desertores aprehendidos, fueron enviados al Batallón de Colonias militares del Sur, del que se escaparon poco después.

Aquellos sucesos y otros análogos que se desarrollaban en el Partido y en los fronterizos de Valladolid y Espita, crearon un profundo malestar en todo el Oriente, el descontento social rugía sordamente y se elevaron ocursos y hasta vinieron honorables comisiones al Gobierno, en demanda de un cambio de situación, ocursos y comisiones que no obtuvieron resultado satisfactorio.

Comenzaron entonces á circular rumores de un próximo levantamiento y de celadas para plagiar y asesinar al Jefe Político, quien redobló su vigilancia.

Una tarde se supo que iría á caballo á una finca inmediata, sin escolta, pues era valiente, á comprar unas piezas de ganado, y un grupo de hombres armados se ocultó á esperarlo en el tránsito; pero se dió la circunstancia de que le acompañaban el propietario de la finca, don Pablo I. Conde Meso y el Secretario de la Jefatura, don Demetrio S. Osorio. Marchaban los tres en línea, en la ancha carretera, estando en el centro el señor Sierra Arce, al pasar frente á la emboscada, y por no herir ó matar á aquellos, los conspiradores no hicieron fuego.

LA TRAGEDIA.

El Gobierno y los Jefes Políticos y militares del Oriente, tuvieron conocimiento de que á mediados de marzo de 1,872, debía estallar en aquella región un movimiento revolucionario y se previnieron. Pero, descubierto el complot, aunque sin pruebas todavía, bastantes á determinar aprehensiones, supieron también que se había aplazado indefinidamente, versión que circularon hábil y astutamente los conspiradores y renació la confianza en las autoridades.

A tal grado, que por orden del Jefe Político, el doce de aquel mes, fueron desarmados, limpiados y aceitados los fusiles de la guarnición y asoleado el parque respectivo, habiendo cerrado la noche sin que se hubiese podido volver á armar la mayor parte de aquellos, por apatía de los soldados, por falta de tiempo ó de sol para secarlos, ó acaso intencionalmente.

El señor Sierra Arce, á quien no perdían de vista algunos espías, estuvo, acompañado de su Secretario el señor Osorio, tertuliando en una casa de juego, hasta las doce de la noche de aquel día, hora en que se despidieron para ir ambos á dormir en la Jefatura, costumbre que adoptaron desde que se acentuaron los temores de una rebelión.

Mas al salir, algún amigo del señor Osorio lo retuvo con cualquier pretexto, y el señor Sierra Arce se fué sólo, visitó la guardia, que dormía tranquilamente y se acostó.

Serían las tres de la madrugada del trece, aproximadamente, cuando el Jefe Político despertó sobresaltado al eco de aclamaciones sediciosas que resonaban en las galerías municipales, en donde estaban el cuartel y la Jefatura, y de fuertes golpes que hacían crugir la puerta que comunicaba ésta con aquellas.

—Levántate, Manuel Sierra, y piensa en Dios; al fin te llegó tu hora—exclamaba una voz en la que reconoció la de uno de los caudillos de los conspiradores y encarnizado enemigo del señor Sierra Arce.

El Jefe Político saltó del lecho, en lugar del revólver que estaba en una mesa, tomó su rifle de repetición y en paños menores y chinelas, sin tiempo de calzarse ni vestirse, abrió la puerta del patio, desierto entonces y se lanzó al fondo.

Al orientarse el señor Sierra, vió destacarse de la sombra de un árbol á un hombre embosado hasta las narices y con el sombrero calado hasta los ojos, que le interceptó el paso.

—No vaya usted por ahí, don Manuel,—dijo señalándo-

le el muro que á cien pasos, al Norte, cerraba el fondo del patio y sobre el que asomaban cabezas y brillaban armas, al resplandor de la luna plena;—allá le aguardan y le van á despedazar. Sígame usted.

El Jefe Político, sorprendido de la aparición de aquel inesperado aliado, en el que reconoció á otro de sus enemigos, le siguió maquinalmente y receloso.

El incógnito se dirigió á un portón que daba á una calle al Oriente, lo abrió y salieron ambos.

La calle estaba desierta y silenciosa. Repentinamente el hombre saltó sobre el señor Sierra asegurándole el rifle con las dos manos, y pretendiendo quitárselo.

—Don Manuel,—dijo con acento solemne y concentrado —no he querido que muera usted en otras manos que las mías. Hay graves cuentas pendientes entre nosotros y ha llegado el momento de liquidarlas. Defiéndase usted, si puede.

—Traidor!—exclamó el Jefe Político.

La lucha fué breve y ruda. No logrando su adversario arrancarle el rifle del que el señor Sierra no podía servirse, lo aseguró con la mano izquierda, tiró el emboso que le estorbaba, con la derecha desenvainó rápidamente un machete que llevaba al cinto y descargó un golpe terrible en la cabeza del Jefe Político.

Este arrojó un grito de dolor y todavía bregó; pero otro machetazo le aturdió, la sangre empañó sus ojos y rodó por tierra dando un segundo grito y soltando el rifle.

Aquella espantosa escena se desarrolló en un instante.

Cuando caía el señor Sierra Arce, los conjurados apostados tras el muro, viendo que no aparecía por ahí el Jefe Político y habiendo escuchado en el silencio de la noche sus gritos, abandonaron su puesto de observación, corrieron al lugar de la lucha singular, encontraron moribundo al infortunado funcionario y, sin piedad, como fieras salvajes, lo despedazaron cruel y horriblemente. Entre ellos estaban los desertores de Calotmul, que sin duda recordaban el atropello de sus familias, ejecutado en cumplimiento de órdenes superiores.

Cuán tristes son, en ocasiones, las consecuencias de una incondicional y ciega obediencia á injustas y arbitrarias disposiciones . . . . . . !

El matador del señor Sierra Arce había desaparecido.

Cuando llegaron al sitio de la tragedia los señores don José de Jesús Velázquez Larracilla y don José Romualdo de la Portilla, principales caudillos del pronunciamiento,

ya todo había concluído y el cadáver del desgraciado Jefe Político era una masa informe.

El asalto del cuartel se verificó sin resistencia. La guarnición estaba vendida á los revolucionarios, los fusiles casi todos desarmados y el señor Sierra Arce, cuyo valor personal era indiscutible, no tuvo tiempo de organizar la defensa.

EPILOGO.

Al mismo tiempo que estallaba el movimiento en Tizimín, eran asaltadas las plazas de Valladolid y de Espita, cabeceras de Partido, escapando milagrosamente sus Jefes Políticos y militares.

Precisamente una semana después, al amanecer del veinte de marzo, las tropas del Gobierno, comandadas por el impetuoso y valiente Coronel don José A. Cepeda, caían por sorpresa sobre la plaza de Dzitás, la que, á las diez de la noche anterior, tras ruda jornada entorpecida por copiosa lluvia, había ocupado el entonces Coronel don Francisco Cantón con las fuerzas rebeladas de los Partidos de Tizimín y Espita, pues todavía debían incorporarse las de Valladolid esa misma mañana.

En lo más recio del combate, en el momento en que el Comandante don José de Jesús Velázquez Larracilla, á caballo, á la entrada del atrio del templo, se inclinaba á recibir órdenes del Coronel Cantón, un fragmento de casco de metralla, rebotando en el dintel de la puerta de la iglesia, le hirió mortalmente en el cráneo, cayendo moribundo en brazos de su Jefe.

Poco menos de dos años después, en la tarde del 21 de febrero de 1874, los Coroneles don José Romualdo de la Portilla y don Pedro Rosado Lavalle, aprehendidos en la villa de Hoctún, Partido de Izamal, en la madrugada de aquel mismo día, rodaban atravesados por las balas de la "Ley fuga", al ser conducidos de aquella población á la ciudad de Izamal.

De esa manera murieron los dos principales Jefes del pronunciamiento de Tizimín, del 13 de marzo de 1,872.

Frente al lugar en que fué sacrificado el señor Jefe Político don Manuel Sierra Arce, el Gobernador doctor don Nicolás Cámara Vales, colocó solemnemente, entre músicas, discursos y vítores, el 6 de enero del presente año de 1913, la primera piedra del Colegio civil de niñas, como si se quisiera desagraviar aquel sitio de fatal recordación.

¿Cuándo se colocará la última piedra de aquel edificio?

Mérida.—Mayo.—1913.

COSAS DE ANTAÑO.

Serafín Palmero.

(Episodio de la guerra civil.)

Todavía no se tranquilizaba el partido oriental de Tizimín, después de la revuelta que siguió á las borrascosas elecciones extraordinarias de altos Poderes locales, verificadas el 11 de mayo de 1,873, durante las cuales se registraron hechos violentos y hasta sangrientos en el Estado y señaladamente en la capital.

Batidas en la villa de Halachó, el 14 de septiembre, y en otros puntos, las tropas revolucionarias á las órdenes de los Coroneles don Pedro Rosado Lavalle y don José Romualdo de la Portilla y Lic. don Mariano Brito, se replegaron rumbo al Oriente, por el camino llamado de la costa, perseguidas de cerca por las del Gobierno, comandadas por el Coronel don José Matilde Alcocer.

A la entrada de estas últimas en el pueblo de Panabá, Partido de Tizimín, el diez de octubre siguiente, hicieron fuego sobre algunos resagados de la columna revolucionaria. El joven doctor don Miguel Bustillos, oriundo de Mérida, establecido en aquel pueblo, absolutamente ajeno á la política y que estaba de visita en una casa céntrica, huyó alarmado y en su aturdimiento se refugió en una cueva próxima. Los soldados creyendo que se habían ocultado en ella los fugitivos, dispararon sus armas al interior, resultando mortalmente herido el inocente Doctor, cuyo fallecimiento ocurrido dos días después, causó profunda y dolorosa sensación en toda la comarca, en donde era muy estimado.

Los revolucionarios pasando por Tizimín, Kikil y Loche, se embarcaron en el puerto de Riolagartos, rumbo á las cos-

tas del Estado de Campeche, después de retirar á sus hogares á los procedentes del Oriente.

El Coronel Alcocer entró en Tizimín el 11 de octubre, restableció al Jefe Político Coronel don Anastasio Aguilar, quien vino en su compañía, dejó una competente guarnición foránea, con insstrucciones severísimas para perseguir y castigar á los revolucionarios y se dirigió á Espita y Valladolid. Transcurrido algún tiempo sin que la persecución diese resultado, se señaló por bando un término para que se presentasen con sus armas al Jefe Político, los rebeldes, prometiéndoseles el perdón, en el concepto de que los que no lo hiciesen y fuesen aprehendidos, serían terriblemente castigados.

El Teniente don Serafín Palmero, uno de los oficiales de la famosa Compañía del Teniente Coronel don Feliciano Padilla,inseparable y fiel compañero del célebre guerrillero don Jesús Imán Virgilio, hasta la muerte de éste, vecino caracterizado de pueblo de Calotmul y que tomó activo participio en la revuelta, abandonó su escondite, al tener conocimiento del indulto; pero antes de presentarse inmediata y directamente al Jefe Político, se exhibió imprudentemente en las calles de la citada población, y denunciado por algún enemigo suyo, fué al punto aprehendido y remitido á la cabecera. Por su desgracia, llegó á la Jefatura en momentos en que el Coronel Aguilar, por causas que no es necesario consignar, era presa de violenta y terrible exitación y ordenó que desde luego fuese fusilado, sin más trámite que levantar el acta respectiva, sin formación de causa.

La prisión y llegada del Teniente Palmero, al medio día, fueron á un mismo tiempo conocidas por los vecinos de Tizimín, sin producir gran impresión, porque nadie se imaginó lo que iba á ocurrir.

Pero al circular la fatídica resolución del Jefe Político, un sacudimiento de indignación y de pena conmovió á la culta sociedad tizimileña y los señores don Pedro B. Narváez, don Arcadio Aranda y el que traza estas líneas, corrieron á interceder con vivo empeño y energía por la vida de aquel desgraciado ó, cuando menos, porque fuese juzgado conforme á las leyes.

Todo fué inútil. El señor Coronel Aguilar, espantosamente exaltado y alegando indeclinables órdenes superiores, no atendió razones de ningún género, se mantuvo inexorable y mandó activar la ejecución.

El que esto escribe, muy joven entonces, íntimo amigo personal del Jefe Político, á quien dos veces había salvado de ser aprehendido y tal vez de ser sacrificado, cuando, sin

efusión de sangre, estalló algunos meses antes, en Tizimín, el movimiento revolucionario, cuyo epílogo se desarrollaba; en su angustia y desesperación, con el afán de evitar que un nuevo estigma de sangre cayera sobre la frente de la sociedad tizimileña, de salvar la vida aquel valiente, le recordó, como último recurso, aquellos servicios y en su nombre le pidió el perdón de Palmero.

—Basta, señores,—gritó Aguilar, en el colmo de la exacerbación—no puedo complacerles. Reconozco y nunca olvidaré los servicios que me recuerdas, Felipe,—añadió dirigiéndose á mí—pero no me exijas que desobedezca las órdenes de mi superior. Suplico á ustedes, señores, que se retiren, que no me precipiten á mayores y desagradables extremos, que mucho me apenarían. Asumo la responsabilidad de mis actos.

Nos retiramos hondamente consternados.

—No pido gracia—dijo altivamente Palmero al enterarse del mal éxito de nuestros esfuerzos—sólo deseaba, antes de morir, despedirme de mi anciana y querida madre que no tardará en llegar. No temo á la muerte, á la que muchas veces he visto de frente, sin esquivarla.

No se le concedió este triste consuelo.

Palmero pidió agua para lavarse ligeramente y se vistió de limpio.

Al ser sacado de la cárcel, un paisano suyo, Gumersindo Méndez, sargento de la escolta, tiró de él brutalmente al ligarle con una cuerda los brazos.

—Muy bien, mi valiente,—le dijo Palmero, mirándole y sonriendo desdeñosamente,—cómo te luces con el inerme é imposibilitado de defenderse. Sobran estas cuerdas, porque me conoces y sabes que no acostumbro correr.

Con el puro en los labios, sereno, sonriente, despidiéndose de los amigos y conocidos que encontraba en su camino, con paso firme y la frente erguida, marchó al patíbulo, lo sentaron al pié de una improvisada y rústica cruz á la que fué atado, le vendaron los ojos á pesar de su resistencia y sin palidecer, sin inmutarse, sin un extremecimiento, recibió la descarga fatal. Inclinó la cabeza sobre el pecho y el puro encendido cayó sobre su camisa que empezó á arder.

El sargento Méndez le dió el tiro de gracia.

Cuando era conducido Palmero al cuadro, un oficial franco, indiferente, más todavía, adversario del bando revolucionario á que aquel pertenecía, Teodosio Perera, fuertemente exaltado por el alcohol, esgrimía un machete á treinta pasos del cuartel y despuntaba frenético las hierbas de la plaza.

—Que me acompañen, tizimileños—gritaba llorando—vamos á salvar á ese valiente, á ese desgraciado que van á asesinar. No me dejen sólo......!

A una señal del Jefe de la guarnición, varios soldados se precipitaron sobre él, lo desarmaron y le llevaron al cuartel, en donde siguió gritando.

Fué necesario amordazarlo . . . . .

Eran las cuatro de una tarde del mes de noviembre de 1,873. Una tarde fría, triste y silenciosa. Un glacial, sutil y penetrante viento del Norte, extendía sobre la muda y consternada villa, una bóveda de plomo, un denso velo de sombrías y llorosas nubes que hacían recordar los enlutados cortinajes de un túmulo, la lúgubre decoración de una cámara ardiente.

A las siete de la noche llegó la infeliz y anciana madre del Teniente Palmero.

Pocos días más tarde se separó de Tizimín, para no volver jamás, el señor Aguilar.

Cómo lamentó después, durante la cruel enfermedad que al cabo de algún tiempo y tras terribles padecimientos le llevó al sepulcro, aquel exceso de celo y de obediencia, aquel rapto de feroz obsecación y delirio . . . . . !

Tal fué uno de tantos trágicos episodios de aquel largo y sangriento período de nuestras disenciones políticas, que, con la revolución de 1,876, cortó con mano férrea el señor General don Porfirio Díaz; episodio que, como otros, no consignados en ninguna parte, he recogido del limbo de lo desconocido, de la tradición y del olvido, para legar á la historia, antes de que se esfumen en el abismo de los tiempos.

Y después de treinta y cuatro años de no interrumpida paz, paz rota por la **gloriosa y redentora** revolución de 1910, ¿se repetirá, corregido y aumentado, ese luctuoso período de guerra fratricida. . . . . . ?

Dios salve á la Patria!

1,913.

COSAS DE ANTAÑO.

¡Una noche buena Tuxtepecana.

(Revolución de 1,876.)

I.

Desde diciembre de 1,875 habían brotado en el pueblo de Dzilam, las primeras chispas de la revolución porfirista en Yucatán.

El primero de febrero de 1,876, se pronunció en la villa cabecera de Temax el Coronel don Teodosio Canto, al frente de un núcleo considerable de guardias nacionales, secundando el "Plan Regenerador de Tuxtepec" y pronto estallaron sucesivamente, rebeliones más ó menos importantes en diversos puntos del Estado, contra el Gobierno del señor Lic. don S. Lerdo de Tejada, pero sin cohesión, sin unidad de acción, porque mientras en unas se enarbolaba la bandera porfirista, en otras se izaba la del señor Lic. don José María Iglesias.

El señor General don Guillermo Palomino, Jefe de las armas, de acuerdo con el señor Gobernador Lic. don Eligio Ancona, activa y tenazmente mandaba batir, siempre con buen éxito, á las partidas de revolucionarios, donde quiera que aparecían, y en julio, el Teniente Coronel don Ramón Reguera derrotó en Tunkás al Coronel Canto, que al mando de quinientos hombres, cálculo aproximado, se había fortificado en aquel pueblo.

El Coronel Canto se dirigió entonces á Valladolid, algún tiempo después, á conferenciar con el Coronel don Francisco Cantón, cuyo prestigio político y militar en el Oriente le era bien conocido.

El 10 de diciembre se levantaron simultáneamente en

las villas de Tizimín y de Espita, respectivamente, los Coroneles don Santiago Pérez Virgilio y don Heliodoro Rosado y en los alrrededores de la ciudad de Valladolid el Coronel Cantón, adhiriéndose al Plan de Tuxtepec, y en seguida las poblaciones de los dos primeros partidos secundaron el movimiento, sin que en ninguna de ellas se disparase un tiro, se vertiese una gota de sangre, ni se registrase ninguna violencia, respetándose la vida y la libertad de los Jefes Políticos y demás autoridades.

Sólo la plaza de Valladolid, á las órdenes del Jefe Político don Máximo Hernández, del Jefe de la línea, Coronel don Felipe Díaz y del Coronel del quinto batallón de G. N., don José Coronado, se mantuvo fiel al Gobierno.

Concentrados en el pueblo de Dzitás, en donde se incorporó el Coronel Canto, las tropas revolucionarias en número de quinientos hombres, poco más ó menos, y sin preocuparse de la guarnición de Valladolid, emprendieron su marcha rumbo al centro del Estado.

Un acontecimiento importante ocurrió entónces en la ciudad de Izamal, plaza fuerte intermedia entre el Oriente y la Capital del Estado.

El Coronel don Roberto Erosa, antiguo y entusiasta amigo y subordinado del Coronel Cantón, que al frente de un respetable cuerpo de tropas la guarnecía, se pronunció también el 14 de diciembre, se puso á las órdenes de su antiguo Jefe y le abrió las puertas de la ciudad.

De Izamal fueron destacados los Coroneles Canto y Rosado á movilizar más elementos en la costa.

La columna revolucionaria, reforzada con la guarnición de Izamal, continuó su avance sobre la Capital, á cuyas goteras llegó sin haber tropezado con el enemigo.

En Conkal, á diez y seis kilómetros de Mérida, punto en donde se incorporaron los Coroneles Canto y Rosado, al emprenderse la salida, ordenó el Coronel Cantón que cada soldado cargase con un saquillo lleno de tierra, para improvisar trincheras, previendo que al llegar á la Capital, sería inmediatamente atacado, sin darle tiempo de fortificarse.

II.

Espiraba la tarde del 24 de diciembre, cuando los revolucionarios llegaron á la plaza del suburbio de Santa Ana, Norte de la ciudad, y sin pérdida de tiempo, se apresuraron á ocupar alturas y posiciones estratégicas y á formar trincheras y parapetos con los saquillos traidos, con piedras, y en la desembocadura de las calles por donde

necesariamente debían ser atacados, con pacas de henequén que casualmente encontraron á la mano, según unos, y según otros, detenidas allí, exprofeso, por disposición de un hacendado simpatizador de la revolución, propietario de ellas.

Las fuerzas sumarían al rededor de ochocientos hombres, deficientemente armados, una parte con viejos fusiles de percusión y con escopetas y los restantes con machetes.

Aun no terminaban las improvisadas obras de fortificación, de ocho á nueve de la noche, cuando se escuchó el estampido de un tiro de artillería, cuyo proyectil rebotó en la gran trinchera de pacas de henequén que cerraba la hoy calle 60, que de la plaza de Santa Ana conduce á la principal.

Momentos después, una columna de cuatro á quinientos hombres, tropa de línea, acaudillada por el intrépido Teniente Coronel don Ramón Reguera, quien venía á caballo por la mensionada calle, rompió sus fuegos sobre el campamento de los revolucionarios.

Estos rechazaron vigorosamente la agresión y contuvieron el empuje arrollador de la columna asaltante.

El Coronel Cantón ordenó que el Coronel don Juan Mendoza, al frente de una sección saliera á batir el flanco derecho del enemigo, comunicándole instrucciones reservadas.

—Señores, — dicen que exclamó el Coronel Cantón, dirigiéndose á sus Oficiales al romperse los fuegos,—recuerden ustedes que estamos en Noche-Buena y que nos espera una magnífica cena, después de la victoria.

Transcurrido el tiempo necesario y no oyendo el Coronel Cantón, pendiente del movimiento ordenado al Coronel Mendoza, señales de combate en el flanco ó retaguardia del enemigo, corrió al sitio de donde debió partir y le encontró todavía sin cumplir la orden recibida. El Coronel Cantón, le reprendió duramente, puso al frente de la sección al Capitán don Juan Méndez, de Cansahcab, y le lanzó sobre el flanco de la columna asaltante.

La lucha fué breve, pero encarnizada. Los proyectiles que de las trincheras y de las alturas llovían sobre las compactas filas del Teniente Coronel Reguera, que se batían á pecho descubierto, hicieron en ellas sensibles destrozos(y aquél, herido ya su caballo, se vió precisado á emprender violenta retirada, abandonando á parte de sus muertos y heridos.

En aquellos momentos desembocó en la calle 60 la

sección del Capitán Méndez, cortó la columna y copó á una guerrilla de veinticinco ó treinta federales, mandados por el Capitán Martínez, los que fueron conducidos prisioneros al campamento. Fué opinión general, que si en lugar de hacerlo á cien metros solamente de Santa Ana, hubiera desembocado más al Sur como se le ordenó, probablemente hubiese apresado al mismo Teniente Coronel Reguera y á la sección de artillería.

En el ardor de la victoria, los vencedores pidieron marchar en seguida á tomar las posiciones gobiernistas, aprovechando el desconcierto de los vencidos; pero el Coronel Cantón previendo saqueos, violencias y desórdenes difíciles de evitar en un asalto, y en ahorro de más efusión innecesaria de sangre, se negó enérgicamente á complacerlos.

Comentándose aquel hecho de armas, se rumoró entonces que el General Palomino se oponía al ataque á Santa Ana, en vista de las noticias que llegaban del triunfo de la Revolución y considerando inútil más derramamiento de sangre, obstinándose el Teniente Coronel Reguera en verificarlo; pero que enterado el primero del encarnizamiento del combate y de las pérdidas sufridas, mandó orden de retirada, orden que el Teniente Coronel Reguera obedeció con viva contrariedad, desarrollándose luego entre ambos Jefes, con tal motivo, una escena violenta y desagradable.

III.

Lamentables fueron las pérdidas sufridas por ambas partes contendientes, siendo, naturalmente, menores las de los revolucionarios, defendidos por sus parapetos, contándose entre éstas, la muerte del valiente joven don Joaquín Acereto, quien, en lo más recio del combate, por tercera vez saltó temerariamente sobre la trinchera, desde la que hacía fuego, y de donde dos veces había sido bajado por el Coronel Cantón, cayendo al fin, mortalmente herido.

Refirióse en aquellos días, que aludiendo el Teniente Coronel Reguera al Coronel Cantón y á los deficientes elementos con que marchaba sobre Mérida, dijo en un círculo de amigos, sonriendo desdeñosamente:

—Le conoceré por la espalda.

Tal incidente, si en efecto ocurrió, debió aumentar la mortificación que por su derrota sufrió el valiente y pundoroso militar.

Levantado el campo y dictadas las precauciones conducentes á evitar una sorpresa, al mediar la noche, los

Coroneles Cantón, Canto, Rosado y Erosa y los principales oficiales, cenaban alegremente, celebrando la Noche Buena y el triunfo obtenido y brindándose por el señor General don Porfirio Díaz y por el Plan de Tuxtepec, reformado en Palo Blanco.

Al día siguiente, fué destacado el Coronel Rosado, al frente de cien hombres, para ocupar Progreso, el principal puerto y llave del Estado.

Al llegar á su destino, le enteraron de que al saberse el desastre de Santa Ana, acababan de reembarcarse quinientos rifles, con su dotación de tiros, recientemente traidos á consignación del Gobierno, con el propósito de desembarcarlos en otro punto.

El Coronel Rosado mandó inmediatamente embarcaciones armadas en su persecusión, lográndose la captura de los rifles y cartuchos que, conducidos en seguida al campamento de Santa Ana, sirvieron para armar ya convenientemente á las tropas tuxtepecanas.

Sabiéndose ya el triunfo difinitivo de la Revolución y la ocupación de la Capital de la República por el General don Porfirio Díaz, se acordó suspender las hostilidades.

Pocos días después desembarcó en Progreso el Coronel don Protacio Guerra, enviado por la Revolución triunfante para restablecer la paz y organizar la nueva Administración en Yucatán, y el Coronel Cantón, por medio del Coronel Rosado, le envió la más cordial bienvenida y se puso á sus órdenes.

El señor General Palomino que asumió la autoridad política y militar del Estado, el 28 del propio mes de diciembre, con esa misma fecha expidió un manifiesto, reconociendo el nuevo orden de cosas y al presentarse en Mérida el Coronel Guerra, le hizo entrega del Poder sin ninguna oposición.

Aquella Revolución, coronada por un éxito feliz á los catorce días de iniciada, ha sido acaso la más breve y la que menos vidas y daño ha costado al país, entre las muchas que registran los anales de Yucatán en su largo índice, pues no se libró en ella más combate que el de Santa Ana.

Diciembre 25.—1912.

COSAS DE ANTAÑO.

Onomástico Macabro.

I.

Seis años y medio habían transcurrido, desde que la espada vencedora del señor General don Porfirio Díaz, cortara el nudo gordiano del gran problema de la paz pública, interrumpida desde la proclamación de la Independencia nacional, en Dolores, el 16 de septiembre de 1,810.

Después de tan prolongado y doloroso período de gestación política y social, en la que una cadena de encarnizadas y sangrientas luchas fratricidas, así generales, como domésticas en los Estados, habían casi agotado la vitalidad y energías de la Nación, ésta cayó exánime, agonizante, á los pies del vencedor, implorando una tregua á sus sufrimientos, pidiendo paz y reposo para reconstruirse, aun al precio de sus libertades y de sus derechos.

Y la paz fué impuesta. Y cesó la guerra. Y la hidra revolucionaria de mil cabezas quedó, si no muerta, encadenada, impotente, temporalmente, al menos. Y comenzó la magna y titánica obra de la reconstrucción política, social y económica de la República, de su unión, solidaridad y prosperidad material, intelectual y moral, en el interior, y de su prestigio y respetabilidad en el exterior.

Pero todavía quedó la amarga y corrosiva levadura de las discordias locales, de los celos y ambiciones personalistas, de los odios y rencores, fermentando en la masa social, en algunas poblaciones yucatecas; y si es cierto que no alcanzaban, afortunadamente, á trastornar la tranquilidad del Estado, sí estallaban, algunas ocasiones, en violentas manifestaciones domésticas que, á veces, degeneraban en lamentables tragedias.

La villa de Tizimín, cabecera del Partido Oriental de

su nombre, cuna de tantos héroes de la guerra social y de tantos corifeos revolucionarios, era una de las poblaciones en las que no desaparecían las rivalidades de política personalista.

Durante la tenaz lucha sostenida en todo el Estado por los círculos que se disputaban el Poder y el derecho de **hacer la felicidad del país**, surgió en los albores del año de 1,882 el Gobierno del señor General don Octavio Rosado que, si bien yucateco, hacía muchos años que vivía lejos de Yucatán y era completamente extraño á las banderías locales, como la oliva de la paz, como una halagadora promesa, como una garantía, como **un lazo de unión,** concordia y justicia.

Persiguiendo, sin duda, esos levantados ideales, al renovar el personal de la Jefatura Política de Tizimín, en los inicios de su Administración, no colocó en ella á ningún individuo del partido, sino al Coronel don Heliodoro Rosado, oriundo de Valladolid y radicado en la Villa de Espita. Caballeroso, afable y correcto, honrado, de severa moral administrativa y de carácter firme y enérgico, el nuevo Jefe Político emprendió desde luego la paulatina corrección de ciertas irregularidades tradicionales arraigadas de muchos años atrás, entre ellas la inequidad en el servicio de guardia nacional, aboliendo prerrogativas, explotaciones, privilegios y favoritismos, y procurando que el servicio pesase por igual, sobre todos los ciudadanos legalmente obligados á él, sin distinción de ricos y pobres, ni de gerarquía social, con derecho á optar por prestar personalmente el servicio, presentar sustituto ó solicitar el rebaje respectivo, que concede la ley.

Mas, como acontece por lo general, no todos los beneficiados con esa disposición la supieron estimar, ni comprender, ni agradecer, en tanto que disgustados los con ella perjudicados, aliándose á los humana y naturalmente descontentos con el cambio de empleados, comenzaron, más ó menos ostensiblemente, á levantar el ánimo popular contra el Jefe Político, explotando el espíritu de localismo y comentando desfavorablemente en corrillos y hasta por la prensa, sus medidas de orden administrativo, que podían ser más ó menos duras, impulsivas, y erróneas, pero siempre honradas, bien intencionadas y enderezadas al mejor servicio público. Además, el extricto cumplimiento, en lo posible, de sus deberes de Inspector de bosques, conciliando los interéses de la Nación con los particulares, deberes descuidados por sus antecesores, y persiguiendo la ta-

la ilegal é inmoderada de los árboles pertenecientes á la Federación, le conquistó malquerientes.

Por último, ocurrió entonces un hecho que, aunque de orden privado, indudablemente influyó en los trágicos sucesos que historiamos.

Varios y caracterizados caballeros de la localidad, entre ellos los señores Jefe Político D. Heliodoro Rosado, su Secretario don Manuel Pérez Hernández, don Francisco Rejón Espínola, don Pedro B. Narváez, don Manuel Rejón García, y el que esto escribe, bajo la presidencia del primero, fundaron en Tizimín una Logia masónica y, conforme á los cánones de la Institución, celebraban tenidas á puertas cerradas, fuera de la inspección de los profanos. Estos conciliábulos ó sesiones secretas y misteriosas, exclusivamente consagrados al objeto de la Asociación, y á la confraternidad tizimileña, toda vez que estaban afiliados á ella individuos de distintos y hasta antagónicos credos é interéses políticos, fueron maliciosa y torcidamente comentados entre las ignorantes y sencillas clases populares, haciéndoles comprender que nunca podían ser honrados los propósitos de quienes rodeaban sus actos de tanto misterio, en pleno régimen de libertad, ya que para hacer el bien, no era necesario ocultarse con tanto rigor y empeño en las sombras, pudiendo y debiendo practicarlo á la luz del día y á la faz del público.

Y sobre esta tela, la incidia y perversidad de unos pocos y la cándida fantasía de los más, bordaron multitud de congeturas más ó menos extravagantes que, sin poderse evitar, formaron desagradable atmósfera á los componentes de la Logia, en las bajas esferas sociales. Y con este motivo y por innobles intrigas, surgieron enojosas y ruidosas cuestiones que llegaron á noticias del señor Gobernador, quien comisionó al Jefe Político de Espita, don Manuel Negróe y al que ésto escribe, Presidente del H. Ayuntamiento de Tizimín, para intervenir, á su nombre, en el conflicto y conciliar los ánimos é intereses.

Ni el Jefe Político ni sus adversarios opusieron obstáculos, y tras varias conferencias, pudo celebrarse una conciliación sobre las bases de olvido de lo pasado y, si no cordial amistad, por el momento, á lo menos respeto y consideración mutuos y suspensión de toda hostilidad recíproca para el presente y lo futuro.

Con aplauso y contentamiento general, excepto de los muy pocos obstruccionistas interesados en mortificar al Jefe Político y en suscitarle dificultades, reinó entonces en

la vida, por algún tiempo, una aparente y relativa tranquilidad.

Desgraciadamente, en los primeros meses de 1,883, ocurrieron ciertos incidentes desagradables, nuevos actos hostilizando á la primera autoridad política, ataques injustificados y acervas polémicas por la prensa.

Rumoróse que en el día ó en la noche del 3 de mayo, últimos de una fiesta de barrio, estallaría un motín en que serían asesinados el Jefe Político y sus amigos; pero que con motivo de que concurrieron á esa fiesta muchos individuos de la comarca, extraños al complot, se había aplazado para una serenata en las próximas elecciones.

Entonces surgió un incidente que precipitó la catástrofe.

II.

En la mañana del 22 de mayo de 1,883, una mujer del pueblo vecino de Sucopo, díjose que enviada por álguien, que con ese acto creyó halagar al Jefe Político, se presentó á éste acusando á don Demetrio S. Osorio, de un delito. El señor Osorio había sido Jefe Político y Coronel del Batallón, en diversas ocasiones, por cuya razón, por su benignidad con los guardias nacionales y por sus cualidades y antecedentes personales, disfrutaba entre gran parte de éstos, de prestigio y popularidad y de la estimación social.

El señor Rosado manifestó á la mujer que no podía ni debía conocer en aquel delito, si era real; que aquello no era de su incumbencia, sino de la del ramo judicial. La acusadora compareció entonces ante un Juez de paz, quien practicó diligencias y encontrando, sin duda, motivo para proceder, ó por tratarse de un enemigo del Jefe Político, dictó contra el señor Osorio orden de prisión incomunicada en la cárcel pública. Esta la llevó á cabo un agente de policía á las 6.30 p. m. de aquel mismo día.

El señor Osorio la obedeció sin resistencia y aunque se le ofrecieron facilidades para huir y presentarse ante el Juez de primera Instancia de Valladolid, á cuyo Departamento pertenecía Tizimín, y al cual supo que debía remitírsele con el expediente de su proceso, desgraciadamente no las aprovechó.

Al llegar á la guardia, el Jefe de ella, Francisco Díaz, en estado de embriaguez, declaró con frases inconvenientes al agente de policía, que de ninguna manera pondría á su Coronel en el inmundo calabozo del cuartel, sino en la sala de banderas, pues no lo consideraba un criminal vulgar.

El agente dió cuenta del incidente al Juez, quien con los

señores Manuel Arce, Pedro B. Narváez y Manuel Pérez Hernández, tertuliaba en una casa frente á la plaza menor y no le dió ninguna importancia.

Oh! si se hubiera fijado y meditado en el estado, actitud y lenguaje del oficial, en la condición del preso y en las circunstancias delicadas que pesaban sobre la población, de seguro se habría mandado relevar al punto al oficial con otro de confianza y dictado disposiciones preventivas de vigilancia y de orden.

Entonces,.....cuánta sangre, cuántas lágrimas, cuántas desgracias se habrían conjurado . . . . . !

El señor Osorio no fué encarcelado, pidió una silla en una casa próxima y se sentó junto al oficial en las galerías municipales, frente á la llamada **sala de banderas.**

A las nueve p. m., algunos principales vecinos combinaban en la tienda de los señores Arce y Hermano, inmediata á la casa del señor Jefe Político, un brillante y alegre programa de diversiones para el día siguiente, 23, onomástico de la señora Epitacia Rosado, esposa de aquel funcionario. Para ese objeto, á las siete de la noche habían llegado de Espita el padre de la futura festejada, don Lorenzo Rosado, sus otros hermanos y don Antonio López y familia, quienes se alojaron en casa del Jefe Político, así como otras respetables personas de la misma procedencia que se hospedaron en otra casa.

A la reunión concurrió don Pedro B. Narváez, amigo y correligionario del Jefe Político, pero amigo personal también de sus detractores, habiendo mediado repetidas veces para calmarlos y conciliarlos y evitar escenas violentas.

Uno de los números culminantes del programa, era, en el instante de mayor expansión y entusiasmo, durante la fiesta en casa del señor Rosado, promover ardientemente una reconciliación entre éste y el señor Osorio, la que esperaban que ambos aceptarían, sellando así la hermosa convivialidad con aquel hecho de tanta trascendencia para el orden y tranquilidad de Tizimín.

El señor Rosado, al ser enterado de la prisión del señor Osorio, pensó intervenir, en lo privado, á fin de que no estuviese en el calabozo, sino en el salón municipal, con las comodidades y consideraciones convenientes, bajo su palabra y con su fianza, reservándose influir al día siguiente, para solucionar favorable y decorosamente al señor Osorio, aquel enojoso asunto. Pero las preocupaciones y preparativos de las próximas fiestas y el acomodamiento y atención de sus huéspedes, le hicieron olvidar tan noble propósito ó aplazarlo para pocas horas después, cuando amaneciese.

En aquellos precisos momentos, de nueve á diez de la noche, tres caracterizados individuos, enemigos del señor Rosado y amigos del señor Osorio, deliberaban sigilosa y acaloradamente en la glorieta central de la plaza principal, á cincuenta pasos del cuartel, guarnecido por seis ú ocho hombres y un oficial ebrio y en donde estaba preso el señor Osorio, con quien se comunicaban, procurando ocultarse de uno ú otro rezagado transeunte que pasaba en las desiertas calles inmediatas. Combinaban un programa muy distinto al de los amigos del señor Rosado.

Tomados, sin duda, los acuerdos necesarios, los tres individuos se dispersaron llevando diversos rumbos.

Al rededor de la una de la mañana, el Capitán Teodosio Perera, su hijo Rómulo, menor de quince años, los Tenientes Exiquio Ilacedo y Román Castillo, los Subtenientes Pedro Bórges, Salvador Medina y Pedro Barrero y 10 ó 12 compañeros, invadieron el cuartel, sin que el oficial Díaz ni sus subalternos se opusieran en lo más mínimo, se armaron y municionaron con los fusiles y el parque del depósito y declararon libre al Coronel Osorio, al que proclamaron su Jefe. El aguardiente y el dinero circularon con profusión.

La fuerza fué dividida en tres grupos: uno que al mando de Ilacedo, por medio de la escalera del servicio de alumbrado público, debía ocupar el patio de la casa del Jefe Político, para evitar que se escapase por ahí; otro al de Perera, que debía atacar la casa de frente y otro, al de Bórges y Barrero, para aprehender á don Pedro B. Narváez, que otras veces había sido Jefe Político y de quien temían que, con su valor y prestigio, si sabía á tiempo el complot, lo hiciese fracasar, ó cuando menos castigase á sus autores convocando á la gente de orden.

Al salir el grupo de Perera, díjose que el señor Osorio, acaso aterrado ante las consecuencias de lo que se iba á hacer y arrepentido de no haberlo evitado oportunamente, pretendió permanecer en el cuartel, en calidad de preso, pero que Perera le obligó á acompañarlos.

—Coronel—asegúrase que le dijo—por usted nos hemos comprometido en esta aventura y tiene usted que correr nuestra suerte.

Oh! si al conocer el espantoso plan que sus amigos urdían y calcular los terribles extremos á que puede llegar una turba de ignorantes exitados por prédicas subversivas y por el alcohol, extremos que si hundían á sus enemigos políticos, también lo hundían á él, trocando en luto y desolación la paz y ventura que entonces alegraban sus respectivos hogares, hubiese podido ahogar sus resentimien-

tos y humillaciones del momento y vencer su vanidad ó amor propio, é inspirándose en un impulso de noble caballerosidad, hubiera frustrado el atentado que inevitablemente le comprometería y de no obedecérsele, prevenido al Jefe Político, ó al frente de la guarnición, que le era adicta, dominado la sedición y el desórden, á qué sublime altura moral se hubiese levantado y cuántas calamidades habría desvanecido el señor Osorio . . . . . !

La fatalidad, empero, dispuso los acontecimientos de otro modo.

Y todo aquel inucitado movimiento, que absorvió dos ó tres horas, en el iluminado y céntrico cuartel, en la plaza principal de la villa, en una noche espléndidamente bañada por la luna plena que navegaba en un cielo limpio de celajes, había pasado desapercibido, no había sido observado por álguien ajeno al complot que diese la voz de alarma, que avisase al Jefe Político y á sus amigos para que acudieran á restablecer el órden ó siquiera se pusiesen á salvo del inminente peligro . . . . . !

III.

El Capitán Perera y sus hombres llegaron silenciosamente á la casa del Jefe Político, ocultándose á la vuelta de la esquina. Uno de ellos llamó á la puerta. El señor Rosado, algo enfermo hacía días, preguntó, sin abrir, quién llamaba.

—Una comunicación urgente de Valladolid, señor,—le respondieron—novedad de indios.

En efecto, circulaban rumores de aparición de mayas rebeldes en la frontera.

El señor Rosado entreabrió la puerta, apenas lo indispensable para sacar y extender la mano y recibir la comunicación; pero otras manos se apoderaron de la suya y tiraron brutalmente de él. El señor Rosado, apoyando el cuerpo en la otra hoja de la puerta, logró desasirse y pretendió en vano cerrar ésta. Los conjurados la empujaron y se precipitaron al interior en su persecución. El señor Rosado saltó en la obscuridad, sobre la hamaca de su padre político que dormía en la primera pieza y sobre la de don Antonio López que estaba en la siguiente y se dirigió al patio; pero retrocedió al punto al verlo ocupado por hombres armados, refugiándose entonces en la última pequeña habitación limitada por un débil cancel de lienzo.

Entre tanto, los asaltantes invadieron la casa. Don Lorenzo Rosado, se levantó azorado, sacando la amortigua-

da luz de la lámpara colocada en una mesa, la levantó sobre su cabeza para alumbrar mejor y preguntó qué sucedía.

Confundiéndole, sin duda, con el Jefe Político, uno de los hombres, José Rosalía Güemes, lo derribó de un tiro de fusil, rematándole en seguida los otros á machetazos.

La esposa y cuñada del funcionario, hijas de don Lorenzo, á medio vestir, horrorizadas ante aquel cuadro, tan espantoso como inesperado, se precipitaron locas de desesperación y de dolor, pretendiendo cubrir con los suyos el cuerpo de su padre.

—Es mi padre!—gritaban—no es don Heliodoro, si es á éste á quien buscan.

Fueron brutalmente rechazadas.

Ya era tarde. El infortunado don Lorenzo, víctima inocente de aquella catástrofe, exhalaba los últimos alientos. Don Antonio López, descalzo y en paños menores, sin sombrero, pudo escapar con vida, milagrosamente, en medio del desórden, no sin recibir algunos golpes y ligeras heridas, por el patio contiguo, de don Manuel Pérez Hernández, quien le acogió y le proporcionó sombrero, calzado y ropas, y ya al amanecer, partió para Espita, á seis leguas, por senderos extraviados, á dar cuenta de lo ocurrido. Los asesinos pasaron sobre el cadáver de don Lorenzo y se detuvieron ante la frágil puerta del cancel, tras el que indudablemente estaba el Jefe Político. Más nadie se resolvía á derribar el leve obstáculo, suponiendo que don Heliodoro esperase revólver en mano al primero que se aventurase, siendo proverbial su valor y serenidad.

Una circunstancia fatal. Con motivo de la llegada esa noche de niños en su casa, sacó el revólver que siempre tenía á la mano en un cajón de su mesa-escritorio y lo escondió en el fondo de un ropero, en el aposento en que su esposa y huéspedes se alojaban, muy lejos de sospechar los acontecimientos que tenían lugar.

La situación era espantosa y no podía prolongarse. El señor Rosado tomó una resolución suprema, abrió bruscamente la puerta y se presentó ante los asesinos que instintivamente retrocedieron.

—Aquí estoy, muchachos,—exclamó—qué me quieren ustedes, qué mal les he hecho, qué escándalo es éste!

Un alarido salvaje le contestó y los machetes se alzaron sobre su cabeza. Con los brazos levantados, en los que recibía los golpes, luchó por un momento.

Uno de los asesinos, José Encarnación Gutiérrez, amartilló su fusil, le apuntó á la cabeza, á quema ropa, y disparó. La bala dió en la frente, pero su dirección oblicua

y su poca fuerza inicial, por su proximidad, impidieron que penetrase al cráneo y describiendo una curva, le abrió una canal en el cuero cabelludo.

Manteniéndose todavía en pié el señor Rosado, aunque cegado casi por la sangre que brotaba de su herida, Rómulo Perera le dió en el rostro un terrible golpe con la culata de su fusil, que lo derribó.

Ya en tierra, con un inverosímil poder de voluntad se fingió muerto y se mantuvo inmóvil, sufriendo impávido, entumecido por la fiebre, los pinchazos de los asesinos que se retiraron, creyendo terminada su obra, quizá hartos de sangre.

Su esposa y su cuñada, enloquecidas testigos de su sacrificio, se precipitaron sobre su cuerpo, apartándose del cadáver de su padre.

—Silencio—les dijo en voz baja, incorporándose y enjugándose con el dorso de sus mutiladas manos la sangre que cubría su rostro—¿ya se fueron?

—Sí;—le respondieron.

—Cierren la puerta y ayúdenme á levantarme. Me han **tasajeado** esos infames.

Siguiendò sus indicaciones, le alzaron, se dirigieron al muro del patio, en donde aún estaba la escalera por donde penetraron los asaltantes; por ella, él y su esposa subieron y bajaron al otro patio, perteneciente, como hemos dicho, á la casa de su Secretario y compadre, don Manuel Pérez Hernández, y le pidieron albergue mientras amanecía y se despejaba la situación.

El señor Pérez Hernández y su esposa, enterados ya por el señor López de los sucesos, se apresuraron á ocultarlo en un recóndito y reducido aposento interior y á prestarle los auxilios posibles en aquellas circunstancias tan críticas.

Fuertes golpes sacudieron brutalmente en aquel momento la puerta de la calle.

—Son ellos! acaso me han descubierto!—murmuró el señor Rosado.

—Quizá no, y me buscan á mí—hizo observar el señor Pérez Hernández—prudencia y serenidad ,y manténganse imóviles y silenciosos mientras averiguo quién llama y qué quiere.

Los golpes se repitieron con más violencia. Instantes después regresó el señor Pérez.

—Como lo presumí—dijo—don Demetrio Osorio me manda á buscar como Secretario de la Jefatura. El que vino, el Capitán Teodosio Perera, me dijo que usted, don

Lorenzo Rosado y don Pedro B. Narváez eran ya cadáveres. Por consiguiente, no sospechan que usted vive y conviene que yo vaya á todo riesgo, para evitar dudas que podrían ser de funestas consecuencias.

Los esposos Rosado y la señora de Pérez Hernández, se oponían á que este acudiese al llamamiento, temiendo, fundadamente, por su vida.

—No;—insistió él—es necesario que vaya á exponer mi existencia, no sólo por usted, compadre, sino por mi esposa y por mis hijos. Adios!

Entregó á su señora su anillo y su reloj y se dirigió al cuartel.

Allá fué recibido con ultrajes, amagado y amenazado de muerte reiteradas ocasiones, y sólo pudo salvar la vida por su serenidad y fingiendo hacer causa común con los asesinos.

Condujéronlo á la glorieta en donde le enseñaron el cadáver del señor Narváez.

IV.

Veamos lo que había acontecido con el señor Narváez.

Como en la casa del señor Rosado, sus aprehensores se escondieron y un músico, Anastasio Vitorín, llamó á la puerta.

—¿Quién es?—preguntaron del interior.

—Que ya es hora, don Pedro, ya todos están reunidos para ir á casa del Jefe Político. Sólo aguardan á usted—respondió Vitorín.

—Me parece muy temprano, apenas son las dos de la mañana. En fin, allá voy.

El señor Narváez se levantó y vistió, se embozó con un plaid y sin más arma que un flexible fuete en la mano, abrió la puerta, dió un beso en la frente á su esposa, con la que apenas hacía seis meses se había casado, y salió.

Apenas avanzó á media calle, sus aprehensores le rodearon y le condujeron á empellones.

—¿Qué es ésto, muchachos?—preguntó sorprendido—¿de qué se trata?

—Ya lo sabrá usted—le respondieron—es orden del Coronel Osorio. Se trata de un pronunciamiento..

—Pues bien, vamos, pero no me atropellen. Me han sorprendido á traición y desarmado.

Ya en el cuartel, se sentó en un banco y preguntó por

el Coronel Osorio, que aunque su adversario en las lides políticas, era su amigo personal.

Osorio no estaba allí.

Frente á Narváez cuchicheaban los oficiales Bórges y Barrero. Ambos, carpinteros, habían sido arrojados ignominiosamente una ó dos semanas antes, por el Sr. Narváez, de la finca "Utzimté," en dònde trabajaban, á causa de que, embriagados y en momentos en que se ausentó el propietario, pretendieron perpetrar odiosos y salvajes atentados en la esposa é hijas de uno de los jornaleros.

Indudablemente por esa circunstancia se les confió la aprehensión y **aseguramiento** del señor Narváez, según expresiva y subrayada frace de quien nombró á las comisiones.

—¿Qué esperas?—dijo Bórges á Barrero.—No tardarán en venir los otros.

—No tiene filo mi machete—contestó Barrero.

—Pues el mío sí—dijo Bórges, desenvainando el suyo; y arrojándose sobre el señor Narváez, le dió el primer golpe en la cabeza.

A tan inesperada agresión, el herido se puso de pié.

—¿Duele?—preguntó Bórges con cruel ironía.

—Un poco—respondió Narváez, enjugándose la sangre que corría por su rostro.—Cobardes!—añadió—¿Qué les he hecho á ustedes? estoy desarmado. Permítanme siquiera escribir dos palabras á mi esposa y á mis hijos, que disponga algo para ellos.

Una sarcástica carcajada y un segundo machetazo fué la contestación.

—Pues acábenme, villanos, no me martiricen.

Quiso precipitarse hacia el armero y tomar una balloneta, cualquier objeto, para defenderse. No le dieron tiempo. Un tercer machetazo, y otro y otros descargados por Bórges, secundado ya por Barrero, le derribaron agonizante. Rodaron su cuerpo á la plaza y luego le llevaron á la glorieta.

Instantes después, don Alberto González Rodríguez y don Eusebio Alfaro, hijo y pariente políticos, respectivamente, del señor Narváez, avisados de la prisión de éste, por su esposa, se aproximaron al cuartel, preguntando por él.

—Retírense ustedes, que es lo que les tiene cuenta—les respondieron Bórges y Barrero apuntándoles con sus fusiles.

González y Alfaro se retiraron angustiados y apenas se habían alejado cien pasos, oyeron los tiros de casa del

Jefe Político, cuyo eco vibró fatídico en el sombrío silencio de la madrugada.

—Ahí asesinan á don Heliodoro—exclamó González.—Han matado ó van á matar á mi suegro. Qué hacemos?

Minutos más tarde, el Coronel Osorio y las partidas del Capitán Perera y del Teniente Macedo, reunidas, llegaban al cuartel.

—¿Dónde está don Pedro Narváez?—preguntó Osorio.

—En la glorieta, despachado yá—contestó Bórges.

—¿Y quién ordenó que lo maten?

Osorio, seguido de varios, se dirigió á la glorieta. Parecía contrariado. Narváez aun respiraba, en el último estertor de la agonía.

—Despenen á ese hombre, — mandó Osorio.

Y un advenedizo, un campechano, le dió el machetazo de gracia.

Entretanto, la campana del cuerpo de guardia tocaba á rebato, los tambores y cornetas generala, á los vecinos que acudían al llamado de alarma se les decía que se trataba de una revolución en todo el Estado, y cuando la luz del día iluminó á la aterrada y muda población, cuyas plazas y calles estaban desiertas y cuyas puertas permanecían cerradas, más de cien hombres ocupaban el cuartel.

El Coronel Osorio ordenó á su hermano político don Carlos Ma. Rosado que escribiese dos cartas: una para el Coronel don Daniel Traconis, Jefe de las armas de Valladolid, y otra para el Coronel don Eligio Erosa, Jefe Político de Espita, comunicándoles los sucesos; y á don Manuel Pérez Hernández, que levantara una acta de pronunciamiento. Este le hizo observar, que estando en absoluta paz el Estado, no encontraba fundamento para un plan revolucionario. Entonces acordaron dirigir un oficio al Gobernador, comunicándole que, con motivo de la prisión de Osorio, el pueblo se amotinó, le extrajo de la cárcel y, sin poderlo remediar, asesinó á don Heliodoro Rosado, á su padre político, don Lorenzo Rosado, y á don Pedro B. Narváez; que en seguida asumió el mando de los amotinados para restablecer el orden y evitar más violencias y atropellos, lo que consiguió.

Clareando ya el día, circuló el rumor de que el Jefe Político aún vivía, de que estaba oculto en casa del señor Pérez Hernández, y de que sólo se estaban construyendo dos cajas mortuorias, una para el cadáver de don Lorenzo Rosado y otra para el de don Pedro B. Narváez, cuando se creía

que eran tres los muertos. Y el Jefe Político era el principal objeto de su saña.....!

Osorio, rodeado de los oficiales, interrogó á Pérez Hernández sobre el sitio en que estaba oculto el señor Rosado. Pérez Hernández negó en firme tener noticia alguna sobre el particular. Los machetes se alzaron sobre su cabeza.

—Declara la verdad ó morirás!—le dijeron.

—Mátenme, si quieren,—replicó—pero ignoro lo que ha sido del señor Rosado.

Ante tal seguridad, los conjurados desistieron de buscar al Sr. Jefe Político.

—Está bien;—terminó Osorio, dirigiéndose á Pérez Hernández—reforma el oficio en que se comunica al Gobernador que murió don Heliodoro Rosado.

Calculando que no tardarían en venir tropas de Espita, Calotmul y Panabá, puntos inmediatos, los sediciosos salieron de la población, de 8 á 9 a. m., rumbo al Oriente, llevándose las armas y parque en depósito y dejando libre á Pérez Hernández. Al partir, Osorio destruyó el expediente de su proceso.

Erosa ocupó la plaza, sin ningún incidente, á las dos p. m., trayendo cuarenta hombres.

Ay! de cuán distinta manera se había desarrollado el brillante y alegre programa de fiestas acordado por los amigos de la familia Rosado, para celebrar aquel 23 de mayo....! Qué onomástico tan espantoso....!

Ahora bien; el plan concebido por los conspiradores, fué tal como se realizó? Alguién aseguró que sólo se trataba de libertar á Osorio y de encalabozar en su lugar á Rosado, para demostrar el prestigio del primero y la impopularidad del segundo; y respecto á Narváez, de aprehenderlo no más é imposibilitarlo para defender á Rosado; pero que imprevistas complicaciones en la casa de Rosado, la embriaguez de los amotinados y el odio y venganza de Bórges y Barrero hacia Narváez, habían torcido el curso de los acontecimientos; que la muerte de D. Lorenzo fué accidental é imprevista.

Otros afirmaron que los asesinatos de Rosado, de Narváez y de algunos de sus amigos, estaban acordados de tiempo atrás y solamente se aguardaba una oportunidad.

No conocemos el proceso y más adelante indicaremos los motivos que indudablemente oscurecieron, entorpeciéndolo, el esclarecimiento de los hechos y desviaron el criterio judicial del camino de la verdad, en algunos puntos.

Nuestra narración está fundada en datos recogidos más

tarde, fría y desapacionadamente, de actores y testigos presenciales.....

Sea como fuere, cualesquiera que hayan sido las culpas ó irregularidades administrativas ó personales que se atribuyesen á don Heliodoro Rosado, si existieron, los agraviados tenían pleno derecho para acusarlo y para exigirle responsabilidades ante sus superiores; si éste recurso no les parecía eficaz ó fracazaba, para castigarlo individualmente, de hombre á hombre, leal y caballerosamente; y en muy último caso, por infame y odioso que este medio extremo resultase, pudieron armarle una celada, asesinarlo; pero nunca para promover un escándalo público de aquella magnitud, para sacrificar víctimas inocentes, para envolver en un proceso criminal á tantos pacíficos ciudadanos, para manchar con un nuevo estigma de lodo y sangre el buen nombre de la villa de Tizimín y para ahondar en su seno los surcos de sus divisiones y rivalidades y sembrar en ellos nuevas semillas de odios y rencores, de represalias y venganzas, por cuestiones puramente personales.

....

La noche del 23, reforzaron la plaza tropas de Calotmul, traídas por el Capitán don Sebastián Alcalá quien enterado en su finca de los sucesos, bajó á Tizimín violentamente y fué á dicha población con aquel objeto. Gran número de guardias nacionales de la villa, que condenaban los crímenes cometidos, prestaron también eficaces servicios en la persecución de los asesinos, á las órdenes del Coronel Erosa.

El que esto escribe, entonces Presidente del H. Ayuntamiento de Tizimín, llamado por la ley al despacho de la Jefatura, tuvo noticias de los acontecimientos, á las once p. m., del 23, en el puerto de Ríolagartos, en donde se encontraba de temporada con su familia; por vía marítima partió violentamente á Mérida á recibir instrucciones del Gobernador y á las cuatro de la tarde del 26 llegó á Tizimín, acompañado del doctor don José M. Tappan, enviado por el General Rosado á prestar sus servicios profesionales al herido Jefe Político, á cuya cabecera estaban ya los doctores don Gregorio Buenfil, residente en la villa y don Severiano Góngora, de Espita, encargándose en seguida de la Jefatura y emprendiendo, de acuerdo con el Coronel Erosa, una vigorosa y tenaz persecución contra los asesinos.

Refirióse que al llegar á Espita el cadáver de don Lorenzo Rosado, persona prominente y muy estimada, y que era Presidente del H. Ayuntamiento de aquella villa, conducido por don Domingo Barrera Navarrete, una gran mul-

titud de todas las clases sociales le recibió delirante de indignación y de dolor.

—¡Viva Tizimín! ¡viva Demetrio Osorio!—gritaban los más exaltados—¿quién quiere ir á pasear y á divertirse á Tizimín?

¡No!; la culta sociedad tizimileña, el pueblo honrado en su conjunto, no podían, no debían ser solidariamente responsables de los horrendos crímenes cometidos en plena paz y orden constitucional, sin la atenuante de haberse perpetrado al estallar algún movimiento político, por un grupo de ignorantes precipitados por el alcohol y por perversos consejos, triste reliquia de nuestras pasadas discordias políticas....

El Juez de primera Instancia del Departamento, Lic. don Lorenzo Manzano, llegó en la mañana del 26 con tropas de Valladolid, practicó las diligencias que consideró necesarias y en la tarde del 28 partió, disponiendo la conducción á la cabecera departamental de treinta presos, al principio incomunicados, pero que luego tuvieron tiempo y ocasión de confabularse, bajo la dirección de sus defensores, lo que mucho debilitó y desorientó, sin duda, la acción investigadora de la justicia.

Ni don Heliodoro Rosado, ni los deudos de don Lorenzo Rosado y de don Pedro B. Narváez se ostentaron entonces acusadores. El proceso se siguió de oficio.

La mayor parte de los aprehendidos ó espontáneamente presentados, quedaron desde luego en libertad por falta de pruebas para proceder contra ellos, ó tras pocos meses de prisión. Don Carlos M. Rosado, complicado en los atentados del 23, según varias atestaciones, desapareció y más tarde murió lejos del Estado. Bóuges, Barrero y Gutiérrez, ocultos algún tiempo en los bosques, también se expatriaron. Perera, detenido pocos meses después de los sucesos, fué sentenciado y, en el término legal, indultado por su buena conducta en la cárcel. José Rosalía Güemes, cuyo nombre no figuró en el proceso, confesó antes de morir, que fué quien disparó sobre don Lorenzo Rosado; y don Demetrio Osorio, que voluntariamente se presentó al Juez de Valladolid, después de vagar algunos meses en las selvas del Oriente y en la colonia inglesa de Belice, fué al fin sentenciado y falleció en el Hospital "O'Horán", en donde estuvo con el carácter de enfermo durante los últimos años de su prisión.

Denunciado por Perera, también estuvo algún tiempo detenido, por orden judicial, en casa particular, por enfermo, don Enrique Vales Fernández; pero desvanecidos jurídicamente los cargos que se le hicieron, como uno de los au-

tores intelectuales é instigadores de los crímenes del 23 de mayo, se sobreseyó en su causa.

La justicia humana dictó su sentencia definitiva sobre aquellos hechos delictuosos, cuyos detalles, circunstancias y magnitud conmovieron profundamente y horrorizaron á la sociedad yucateca. Esta, á su vez, independientemente de la verdad legal, informó su criterio sobre el particular. Y si existe un Supremo Juez ultraterrestre, que nunca engaña ni se equivoca, El confirmará ó reformará los fallos humanos.....

Seis lustros se han deslizado sobre aquellos deplorables acontecimientos, enjugando lágrimas, cauterizando heridas, borrando odios, resentimientos y proyectos de castigo y de venganza, é inspirando y robusteciendo ideas de perdón y de concordia.

Ha prescrito la acción penal.

Don Heliodoro Rosado, que aún vive, y los deudos de don Lorenzo Rosado y de don Pedro B. Narváez, entendemos que, si no han olvidado ni podrán olvidar en mucho tiempo, sí han perdonado á los asesinos y á sus instigadores y cómplices, vivos ó muertos ya, y no alimentan la menor prevención hacia los unos, ni respecto de los deudos de los otros, irresponsables de culpas que no cometieron.

Ya lo hemos dicho en nuestro anterior cuadro histórico.

Como hemos hecho con otros culminantes sucesos que no constan en ninguna parte, ó si constan, fueron escritos al candente calor y bajo la presión de las pasiones é impresiones y de la indignación del momento, nos limitamos á recoger este triste y sangriento episodio social para legarlo á la historia, imparcial y fríamente.

Ojalá que su recuerdo y ejemplo, sean una elocuente y saludable lección que conjure explosiones análogas, extinga completamente las huellas de antiguos odios y rencores y evite el nacimiento y desarrollo de otros nuevos!

Mérida.—Junio.—1,913.

Guerra Social en Yucatán.

Breve ojeada retrospectiva.

EXPEDICIONES al CAMPO ENEMIGO.

(AL SEÑOR GENERAL D. PORFIRIO DIAZ.)

I.

PREAMBULO.

La tierra prometida....! El Oriente del Estado, la legendaria región, cuna de tantos héroes y teatro de tantos a-acontecimientos; esta tierra bendita, consagrada por las luchas de la civilización contra la barbarie, regada con la sangre de tantos mártires y fecundizada con sus despojos mortales, que aun blanquean insepultos bajo las selvas y en las yermas poblaciones y con las pavezas de sus incendiados hogares; esta comarca, un día rica, populosa y floreciente, y que ahora ofrece á la mirada interrogadora del viajero, en las elocuentes y conmovedoras páginas de sus escombros y de sus ruinas, la epopeya de un pasado de gloria y de grandeza y la ejecutoria del valor, laboriosidad, patriotismo y perseverancia de sus hijos; el Oriente, repito, vé, por fin brillar en sus horizontes tristes y sombríos, los resplandores de un nuevo día, la aurora de un risueño porvenir, el lábaro de su redención.

Hace apenas pocos meses que se estremecía de júbilo y de esperanza, al escuchar el estrindente silvido de la locomotora, repercutido por los dormidos ecos de los bosques, que anunciaba la entrada triunfante del Genio del Progreso, por las puertas del Oriente, á Tunkás, su primera población, punto en donde convergen los tres Partidos orientales, en su

larga y penosa peregrinación rumbo á la Capital y otros centros principales de comercio y civilización, distante todavía cincuenta ó sesenta kilómetros de Valladolid, cabecera de Distrito. Por otra parte, la tan deseada y esperada pacificación de los indios rebeldes; la terminación de esa guerra cruel y salvaje que hace más de medio siglo entorpece el adelanto general del país y sustrae á su movimiento industrial y agrícola sus más fértiles terrenos y una considerable porción de sus habitantes, elementos harto necesarios para el desarrollo y difusión de la riqueza pública, ahora concentrada en las comarcas henequeneras y en los ingenios azucareros del Sur; la terminación de esa guerra sin cuartel, promeza obligada que hace diez lustros viene consignándose en lugar prominente y llamativo, en todos los programas de nacientes administraciones, sin que, por causas extrañas á su voluntad, hubiese podido cumplirse, al fin va á convertirse en hermosa realidad.

El Jefe actual de la República, á quien cupo en suerte segar las cien cabezas de la hidra revolucionaria, á quien la Nación agradece casi un cuarto de siglo ya de inalterable y regeneradora paz, quien, á las sombras de esa paz, ha sabido con mano firme, inteligente y hábil, impulsar al país en el carril del progreso, bajo todas sus faces de acción, y prestigiar y consolidar, cada día más, el crédito y respetabilidad exterior de México, ha creído llegado el momento de iluminar el único punto sombrío del territorio nacional, con la pacificación de los rebeldes mayas y, antes de mucho, la justiciera historia añadirá á la bella corona de laureles del héroe de la Paz, esa hoja brillante que le faltaba.

La prensa local ha reproducido de la metropolitana, la especie de que el señor General Díaz vendrá á dirigir personalmente la campaña. Por más que la noticia nos halague, es de temerse que las múltiples y graves atenciones de su alta investidura oficial, le impidan apartarse durante muchos días de la Capital y se desvanezca tan grata esperanza

Creo recordar, que cuando hace algunos años, una agrupación patriótica yucateca solicitó el valioso concurso del señor General Díaz, en cuyos hombros no pesaba entonces el Gobierno de la Nación, para la terminación de la guerra de indios y rescate de cautivos, ofreció, entre otras cosas, su espada. Si llegara á realizarse esa promesa....!

Como corolario y lógica consecuencia de la pacificación de los rebeldes, la Compañía Nacional de ferrocarriles Sudorientales, acopió elementos necesarios para iniciar la construcción de esa gran línea que surcará las zonas más exhuberantes de los terrenos que se reconquisten, para explotar

esos incalculables tesoros que palpitan latentes en su avaro seno.

Y cada noticia, cada rumor, que anuncian la inauguración de un nuevo tramo del ferrocarril á Valladolid, un paso adelante de las tropas expedicionarias que han avanzado ya hasta la histórica villa de Tihosuco y una seguridad más de que el proyecto de las vías férreas su-orientales se traducirá, más ó menos pronto, en bienhechora realidad, circulan en estas pobres, lejanas y desgraciadas poblaciones, como corrientes eléctricas que las galvanizan y reaniman, que las hacen incorporarse en su lecho de sufrimientos y esperar anhelantes la hora sublime de su redención, á la voz de la Paz y del Progreso que enlazados en estrecho y cariñoso abrazo, les dicen: "Levántate y anda!"

.. ..

En tan supremos momentos históricos y sociales para Yucatán, para toda la Península y aun para la Nación, que lavará de su frente, de su glorioso escudo, esa mancha de lodo y sangre que le arrojara la rebelión indígena; en los umbrales de la nueva era, de esa tierra de promición, ¿no sería oportuno detenernos un instante y dirigir una rápida mirada retrospectiva sobre esa guerra social....?

No pretenderé hacer recorrer á mis complacientes lectores, ese espantoso calvario del pueblo yucateco, desde el fatídico grito de Tepich, hasta la caída de Izamal y Tecoh, casi en las goteras de la Capital, después de desaparecer una tras otra las poblaciones del Sur, del Oriente, del Centro y de la Costa, bajo la avalancha incendiaria y demoledora de la invación indígena, que en su marcha hollaba los cadáveres y la sangre de nuestros hermanos; no les haré seguir á nuestros valientes guardias nacionales en la épica campaña de recuperación, desde Izamal hasta el fondo de los bosques del Sur y del Oriente, á donde arrojaron á las diezmadas hordas sublevadas, después de cién victorias, dignas de ser cantadas por Homero; tampoco les conduciré á travez de ese dédalo de incursiones parciales de nuestras tropas sobre el campo enemigo, reconquistados ya los pueblos, en los que, triste, pero penoso es confesarlo, en medio de mil heroicidades, rivalizaron, en ocasiones, con los indios, nuestros guerreros, en actos inauditos de crueldad y salvajismo, que mancharon sus laureles, ahondaron el abismo que separaba ambos campos, recrudecieron el odio de razas y retardaron hasta ahora la reconciliación con esos nuestros hermanos, desheredados de la civilización, precipitados á la más brutal y aterradora de las rebeliones, por

causas, tal vez, no enteramente dependientes de su voluntad.

No; me limitaré á recordar, en breves cuadros, las principales expediciones organizadas sobre Chan Santa Cruz y algunos de los cantones sublevados, desde el año de 1,850, año en que se fundó aquel cuartel general de los indios rebeldes, hasta la presente época.

Quién sabe si la recordación de las heroicas y patrióticas hazañas realizadas en esa guerra, ofrecerá un estímulo, un ejemplo para nuestros soldados que, ignorantes del género de combate que les espera, en el dudoso caso de que los mayas presenten seria resistencia, serán los que arrostren las penalidades de esa campaña, á través de inmensos y desconocidos bosques y de las traidoras y mortíferas emboscadas de los indómitos y valerosos indios orientales. . .

II.
ASPECTO DE LA GUERRA EN 1,850.

La campaña contra los indios rebeldes, parecía próxima á su término, al finalizar el año de 1,850. Nuestros valientes guardias nacionales, empujados en 1,848 por las masas invasoras hasta los alrededores de la Capital del Estado, en donde fué tal el pánico, que se llegó á pensar seriamente en trasladar los Poderes públicos á la ciudad de Campeche y á mendigar de varias naciones europeas y de los Estados Unidos de América, en cambio de la soberanía del Estado, auxilios para salvar de una pérdida que, por un momento, se consideró inminente, á Yucatán, sustraído entonces de la Confederación mexicana, que á su vez gemía bajo las herraduras de la invasión americana, nuestras guardias nacionales, decía, reorganizados bajo la hábil y enérgica iniciativa de Jefes como el Gobernador don Miguel Barbachano, el General don Sebastián López de Llergo, los Coroneles don Juan José Méndez, don José Dolores Cetina, don Eulogio Rosado, don Juan de D. Cosgalla, don Sebastián Molas, don Pablo Antonio González y otros, habían tomado la ofensiva y, de victoria en victoria, rechazado á los rebeldes hasta el corazón de los bosques del Sur y del Oriente, reconquistando todas las poblaciones, sí, pero convertidas en escombros y cenizas por el hacha y la tea de los sublevados mayas.

La bandera de la civilización flotaba desde Chemax, Cobá y Kanpokolché, al Oriente, hasta Sabán é Iturbide al Sur.

Las continuas incurciones de nuestras tropas sobre los campamentos enemigos, con objeto de destruir sus guaridas y de proporcionarse víveres, alternaban ó coincidían con las de los rebeldes que, infatigables, tenaces é implacables, espiaban un momento propicio, el menor descuido, para caer como el rayo y sorprender los cantones y pueblos repoblados que consideraban débiles.

Aquella lucha presentaba un cuadro original, fantástico y extraño, un cuadro terrible.

Era la brega desesperada de la necesidad contra la miseria.

Tres años de guerra sin cuartel, cuyo campo era más de la mitad de la Península, durante la que habían abandonado las labores agrícolas todos los hombres útiles, convertidos en soldados, y en la cual fueron arrasadas todas las sementeras y plantaciones que se encontraron al alcance de los combatientes, habían agotado las existencias de maíz, elemento principal de alimentación, extinguido ó dispersado en las selvas las ganaderías y gastado, en fin, todos los recursos de sostenimiento y subsistencia.

Más de 17,000 hombres estaban sobre las armas, á las órdenes del Gobierno.

Nuestros soldados hambrientos, sucios, harapientos y enfermos, no se diferenciaban en su aspecto, de los indios escuálidos, desgreñados y semi-desnudos.

Frecuentemente, cuando al amanecer en los campamentos, los infelices soldados pedían pan á sus Jefes, estos les respondían:

—Hijos míos, aquí no hay; es preciso ir á buscarlo al campo enemigo.

Y aquellos hombres, empuñaban con sus fatigadas y débiles manos el fusil y el machete, cruzaban embreñados bosques, en cuyas espinas dejaban los últimos girones de su vestido y aun algunos de su piel, saltaban cercas y trincheras, flanqueaban ó arrollaban emboscadas y caían como una tromba sobre los aduares rebeldes, á los que arrebataban los pocos víveres que cuidaban avaros, tras feroz defensa, después de alfombrar el suelo con cadáveres.

Cuántas ocasiones, cuántos días habían pasado aquellos valientes sin tomar el menor alimento!

Y si es verdad que á los indios bastaba una nutrición frugal, que eran más resistentes á las privaciones y fatigas y estaban más habituados á la inclemencia del tiempo y á la vida de los campos y que nuestras tropas llevaban la peor parte en aquella terrible contienda, las filas de los rebeldes

clareaban, á causa de los muchos que morían, caían prisioneros ó se acogían al llamamiento del Gobierno; y destruídos sus aduares, tan pronto los formaban, vagaban bajo las selvas como tribus nómadas.

El plan de campaña del General don Miguel Micheltorena, Jefe entonces de las armas en el Estado, eficazmente secundado por el Gobernador Barbachano, producía los buenos resultados que se propusiera. Un esfuerzo más y los rebeldes arrojados á los confines de la Península, no tendrían más remedio que someterse ó emigrar á la Colonia inglesa ó á Guatemala.

Desgraciadamente, mientras nuestros bizarros y mártires soldados, sin prest, sin vestidos, sin pan y sin medicinas, combatían en las fronteras, las odiosas discordias políticas embargaban á los ánimos en la capital, disputábanse el poder con encarnidamiento y, en vez de unirse todos los yucatecos para dar el golpe de gracia á la rebelión indígena, se creaban y multiplicaban dificultades al Gobierno, harto preocupado ya ante la falta de recursos para continuar la campaña, ante la gravedad de la situación.

En aquellos momentos supremos, cuando nuestras tropas batían sin descanso á los indios y volvían anhelantes sus miradas en demanda de refuerzos y elementos para concluir la guerra; cuando consideraban ya aniquilados á los rebeldes, circuló de campamento en campamento una noticia inesperada, alarmante y sensacional.

Los mayas habían fundado en el fondo de los bosques una nueva población, en la que se concentraban todas sus fuerzas.

Su fanatismo religioso y su ignorancia, hábilmente explotados por uno de sus principales caudillos, habían erigido un santuario que creían indestructible y del que, según decían, partiría la derrota y aniquilamiento de los blancos, no deteniéndose después los indios, hasta tremolar el estandarte de la Cruz sobre las torres de la Catedral de Mérida.

Mas para no fastidiar demasiado á mis benévolos lectores, aplazo para el siguiente artículo el rápido bosquejo de ese acontecimiento de trascendental importancia.

III.

FUNDACION DE CHAN SANTA CRUZ.—EXPEDICIONES DE LOS CORONELES NOVELO Y GONZALEZ.

Conocido es el carácter instintivamente supersticioso y crédulo, respecto á todo aquello que sea maravilloso y so-

bre natural, de la raza maya, cualidad acaso cultivada por la viciosa y adulterada educación religiosa que le inculcaron los conquistadores y sus descendientes.

Recordando esta circunstancia, ante el desastre de la sublevación indígena y viendo dispersos y punto menos que aniquilados los elementos que aún quedaban de la rebelión, cuyas fuerzas dícese que llegaron en el apogeo de la guerra, á la inverosímil cifra de sesenta mil hombres de combate, si bien no todos armados, por fortuna para Yucatán, uno de sus más valientes y astutos capitanes concibió el proyecto de concentrar aquellos elementos y reanimar á los sublevados para continuar la lucha, por medio del fanatismo religioso.

Refiérenos el laborioso historiador don Serapio Baqueiro, inspirándose en tradiciones é informes cuidadosamente recogidos, que durante la peregrinación de José María Barrera, á través de los bosques del Oriente, hacia noviembre de 1,850, descubrió un manantial de agua á la entrada de un subterráneo, bajo la sombra de unas caobas seculares y que, para no perderse tan precioso hallazgo, en aquellos días de persecución, trazó en la corteza de uno de aquellos árboles tres cruces pequeñas, por las que pudiera reconocerse el sitio exacto de la fuente.

Por otra parte, Barrera conocía la predilección idolátrica de los indios hacia la Cruz y como lo previó, pronto comenzaron á ocurrir por agua al fresco y puro manantial y á depositar ofrendas y á encender velas al pie de las cruces.

Entonces el astuto Capitán hizo labrar secretamente tres de regulares dimensiones y colocarlas junto á las esculpidas en el tronco del árbol.

Barrera congregó á la sorprendida multitud, la persuadió de que aquellos símbolos de la redención cristiana habían descendido del cielo para apoyar la rebelión indígena, para alentar á los mayas en la lucha, para inspirarles con sus divinos consejos y para hacerlos invensibles y de que, guiados por aquel nuevo lábaro, en breve vencerían á los blancos y reconquistarían todas las tierras y heredades de sus mayores.

Colocó las tres cruces sobre un elevado montículo, hizo creer á la ignorante muchedumbre que hablaban, valiéndose para aquella farsa de Manuel Nahuat, hábil ventrílocuo y su cómplice, y pronto la invención y su ardiente culto, adquirieron las proporciones é influencias de un dogma indiscutible, de una nueva religión.

Teniendo presentes la astucia y clara inteligencia de aquel émulo de Santa Elena, los ejemplos de la aparición de la Virgen de Guadalupe, en el Tepeyac; de San Diego, en la colina de Tekax; de la Virgen de Hampolol y de otras análogas, ejemplos que bien cuidaría Barrera de recordar ó enseñar á sus cándidos oyentes y la superstición y fácil acceso á lo inverosímil, característicos de la raza, envuelta en las sombras de la ignorancia y del fanatismo, sin dificultad se comprende el éxito brillante y cumplido que logró alcanzar en su propósito.

Antes de muchos días, los árboles que sombreaban aquel sitio sagrado fueron en gran parte derribados y al rededor de la fuente y del rústico templo construído para las cruces, comenzaron á levantarse rápidamente multitud de habitaciones, que formaron la nueva población de Chan Santa Cruz, llamada así para diferenciarla de otro punto denominado Santa Cruz.

Desde luego las cruces aconsejaron que los indios atacasen Kanpocolché, el más avanzado cantón de nuestras tropas, á unos cincuenta kilómetros, próximamente, al Norte del cuartel general de los rebeldes.

Rápido, inaudito, irresistible fue el asalto, favorecido por las tinieblas de la madrugada, el 4 de enero de 1,851.

Los indios sorprendieron á las avanzadas, derribaron las trincheras, arrollaron á sus defensores, penetraron hasta la plaza y puntos principales y rechazaron á la guarnición á fuera del campamento, camino á Tihosuco, excepto un grupo que pudo sostenerse heroicamente en una colina de la plaza, y que protegió el regreso de sus compañeros, reorganizados por su valiente Capitán don Andrés Demetrio Maldonado y sus dignos subordinados los oficiales Bacelis, González y Ruíz.

Trabóse entonces una espantosa lucha, casi cuerpo á cuerpo. Los indios caían por pelotones, los que sobrevivían saltaban sobre los cadáveres de sus hermanos para arrojarse sobre nuestros soldados, con ese ciego furor del fanatismo, y solo tras más de tres horas de combate y diezmadas sus fuerzas, se retiraron dejando en la plaza y en las calles de la población, sesentinueve cadáveres y veintinueve en los caminos, por donde fueron perseguidos.

(Baqueiro. Ensayo histórico.)

Justamente alarmados los Jefes de los cantones fronterisos, con la enérgica y poderosa reacción producida en el campamento de los rebeldes por la fundación y progreso de Chan Santa Cruz y la exaltación de su fanatismo religioso,

decidieron ahogar en su cuna aquel nuevo foco de sublevación.

El 21 de marzo del mismo año de 1,851, el Coronel don Juan M. Novelo, al frente de doscientos infantes y veinte cosacos, partió de Kanpocolché, rumbo al naciente centro de insurrección. Flanqueó la vía principal, abiéndose paso bajo el bosque, y en la madrugada del 23, sorprendió á la dormida población. Barrera pudo escapar, merced á su valor y astucia, pero el intérprete de las cruces, Nahuat, murió bizarramente á machetazos, hiriendo y matando.

Cruces, reliquias, pertrechos de guerra, todo cayó en poder de las tropas de Novelo.

De más de dos mil habitantes que poblaban aquel recinto, cuatro meses antes desierto bosque, huyó la mayor parte, aprisionándose á los que se pudo.

Los objetos encontrados en los almacenes de Chan Santa Cruz, confirmaron al Coronel Novelo y á sus compañeros, en la persuación, que ya alimentaban, de que, además del fanatismo religioso y patriótico que exaltaba y mantenía la sublevación maya, existía otro factor, menos místico y menos noble, el cual era el activo y criminal comercio que la colonia inglesa de Belice cultivaba y fomentaba con los indios, facilitándoles víveres, telas, armas y municiones de guerra, á cambio de dinero, caballos, mercancías y otras prendas de valor que robaban en sus depredaciones y del arriendo de terrenos en la costa oriental, en que explotaban maderas de tinte y de construcción.

Barrera, comprendiendo que el desastre de Kanpocolché y el asalto y toma de Chan Santa Cruz, que llamó invulnerable, quebrantaría la fé y entusiasmo de los suyos, se apresuró á reorganizarlos, les explicó de manera conveniente los sucesos, atribuyéndolos á castigo de Dios por sus pecados y reemplazó al ministro-intérprete de las cruces, Nahuat, con otro de su calaña, Juan de la Cruz Puc, quien no satisfecho con hablar en representación de aquellas, circuló entre los indios una carta ó epístola, modelo en su género.

En ella se hacía reconocer bajo el carácter de sacerdote privilegiado de las cruces, las que lloraban la muerte de su patrón Ñahuat, sacrílegamente asesinado; decía que, desaparecido éste, se habían ellas distraído, conversando con los Serafines y Apóstoles; que habían sido conducidas á Kanpocolché, en medio de gritería y algazara; que se habían resistido á contestar á los blancos que les interrogaban, porque sólo lo harían á su patria y en hora oportuna; que esta había sonado y que les anunciaban el próximo cas-

tigo de los blancos y su derrota definitiva; en fin, los alentaban al combate, prometiéndoles el triunfo y la poseción absoluta del país de sus antepasados. La carta estaba signada con tres cruces y firmada por su intérprete Puc.

Barrera, eficazmente ayudado por Bonifacio Novelo, otro caudillo que paseaba por los campos y guaridas de rebeldes, una imagen de la Virgen, que también decía aparecida, después de la salida del Coronel Novelo, quien verificó su regreso á Kanpocolché sin ningún accidente notable, reorganizó á sus huestes y volvió á ocupar Chan Santa Cruz, que pronto recuperó y aun aumentó su población.

Mes y medio más tarde, el Coronel don Pablo Antonio González, partió el 3 de mayo de su campamento de San Antonio, conduciendo ciento veintitres soldados de infantería, treinta cosacos y diez hidalgos cargados de proviciones. Era aquel día solemne, los indios celebraban con pompa y fervor la primera festividad religiosa en honor de las cruces, y había Barrera replegado al cuartel general, mil cuatrocientos hombres de sus mejores tropas, en previción de un ataque. Desde una legua de la población, mandó derribar árboles y levantar fuertes cercas para obstruír los caminos y detrás de éstas, sólidas trincheras guardadas por vigilantes guerreros.

Las fuerzas de González fueron recibidas con una lluvia de balas que partía de las empalizadas y trincheras, sin poder hacer blanco sus disparos en sus ocultos enemigos. Pronto se encontraron envueltas por estos á vanguardia, retaguardia y un costado; pero haciendo un exfuerzo supremo, al toque de asalto, derribaron á machetazos las cercas, saltaron sobre las trincheras, arrollaron á los indios asombrados de tanta bizarría, y prosiguieron su marcha victoriosa hasta Chan Santa Cruz, que ocuparon después de un encarnizado combate, con pérdida de siete hombres muertos, catorce heridos y ocho caballos inutilizados.

Según el señor Baqueiro, de cuyo interesante libro, citado ya, tomo estos apuntes, el Coronel González ponderó en su parte oficial la importancia de la población y el inconcebible é indestructible fanatismo de los indios por las cruces.

Barrera, lejos de desmoralizarse, con este segundo ataque á su cuartel general, reunió sus tropas y hostilizó á González toda la noche.

Al día siguiente, no debiendo permanecer allí más tiempo, González emprendió su retirada á San Antonio. Calculando que sería perseguido, usó de la táctica del enemigo,

hizo avanzar á sus heridos, emboscó bajo el campo á sus tropas y cuando los indios llegaron á su alcance, los envolvió en un fuego nutrido y mortífero, que les obligó á retirarse en disperción y González prosiguió tranquilamente su marcha, conduciendo ochenta y un prisioneros, veinte y un fusiles y siete bestias mulares.

"Acaso,—dice el señor Baqueiro—haya sido ésta, una de las hazañas más nombradas, y bien se deja traslucir de su parte oficial, en las justas recomendaciones que hizo de su fuerza, y en las cuales ocupan un lugar distinguido por su exfuerzo intrépido, el sargento segundo de la compañía del pueblo de Tekit, Manuel Llanes, un asistente del mismo Coronel, Norberto Huchim y un tambor del pueblo de Chapab."

Tizimín.—Julio.—1,899.

IV.

EXPEDICION DEL SR. GENERAL VEGA.

Al emprender esta gira al través de la guerra social, indiqué que no me proponía referir su historia, tan conciensudamente trazada por el ilustrado cuanto modesto escritor señor Lic. don Serapio Baqueiro, en su "Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán", sino solamente recordar las principales expediciones de nuestras tropas á Chan Santa Cruz, desde su fundación, y á uno ú otro de los más notables cantones rebeldes.

Por esa razón y para no fustigar la paciencia de mis benévolos lectores, dando mayor extensión á estos incorrectos y cansados artículos, me he abstenido de citar la brillante incursión del Coronel don Patricio O'Horán, en junio de 1,850, á Bacalar, defendido por nuestros soldados del constante asedio de los indios, en medio de las más inauditas privaciones, enfermedades y miserias. O'Horán, á su paso, batió Chan Santa Cruz, pero no siendo el punto objetivo de su expedición, sino comunicar al hasta entonces mísero, abandonado y olvidado destacamento de Bacalar, con los cantones de la línea fronteriza, y ayudarlo á proporcionarse víveres, no se detuvo allí.

Tampoco mencionaré las atrevidas y victoriosas expediciones de Novelo y otros denodados jefes, que conducían los periódicos relevos de ese destacamento, atravesando y batiendo los aduares de los sublevados.

Pero no creo supérfluo detener nuestras miradas en la memorable excursión del señor General don Rómulo Díaz

de la Vega, quien sustituyó en el Gobierno y en la Jefatura de las armas, en la Península, al señor General Micheltorena, en mayo de 1,851.

Díaz de la Vega juzgó conveniente variar el plan de campaña, hasta entonces observado, contra los rebeldes y dividió las tropas en móviles y sedentarias, á fin de dar descanso á los fatigados guardias nacionales.

Á esa división,, que enervó la actividad y energía de las operaciones militares, y á las disidencias políticas, en las que al fin tomaron parte los más ilustres caudillos de las fuerzas fronterizas que descuidaron la vigilancia de las líneas militares; descuido lamentable que supieron aprovechar los indios, reorganizándose y cayendo sin piedad sobre pueblos mal guardados de nuestras fronteras, se atribuye el que entonces no hubiese terminado la funesta guerra social.

El General Vega visitó punto por punto las líneas militares del Oriente y del Sur, se informó de sus condiciones y de su estado, se esforzó en conciliar los ánimos divididos por la discordia, en algunas poblaciones, dictó cuantas medidas creyó oportunas y conducentes á su moralización y reorganización , acordó el plan que debía seguirse en el gran movimiento de tropas que se proponía efectuar sobre el campo enemigo, y se situó personalmente en Tinosuco, doce leguas al Sur de Valladolid, á donde llegó el 1o. de enero de 1.852, acompañado de su Estado Mayor y de una fuerza de caballería.

Con sujeción al plan trazado, el General Vega debía partir de Tihosuco á la cabeza de seiscientos hombres, divididos en dos columnas, comandadas por los Coroneles Novelo y Mezó. Los Coroneles Maldonado y Ruiz y el Teniente Coronel don Romualdo Baqueiro, al frente de sus secciones, saldrían de Kancabchén, Becanchén é Iturbide, respectivamente, se reunirían en Lochhá y proseguirían su marcha sobre Chichanhá.

Entretanto, el Teniente Coronel don Lázaro Ruz, partiendo con su columna, de Valladolid, batiría los campos orientales hasta la costa.

Compréndese que el General Vega se proponía distraer la atención, por distintas direcciones, de los rebeldes y evitar de esta manera la concentración de sus fuerzas.

Vega emprendió su marcha desde Tihosuco, el 19 de febrero, rindiendo su segunda jornada en Kanpocolché, ocho leguas al Sur de su punto de partida.

Allí estaban **prisioneras** las célebres primeras cruces,

recogidas por Novelo en marzo del año anterior, las que conservaban sus ridículos vestidos de hipiles y fustanes, bordados de colores chillones.

En dos jornadas más, llegaron á las goteras de Chan Santa Cruz, á diez y seis ó veinte leguas de Kanpocolché, sorprendidos de no encontrar resistencia en el tránsito, escuchándose solamente el estampido de bombas de aviso, á medida que iban avanzando.

El General Vega y el Coronel Rosado adelantaron de frente mientras Novelo y Mezo flanquearon la población.

Todas las familias de los indios se habían refugiado en los bosques.

Una inmensa gritería, algunos disparos y la explosión de bombas en diversas direcciones, fué todo el recibimiento que los mayas dispensaron á los expedicionarios.

Sombrío y fatídico cuadro presentaba el pueblo fundado por Barrera y que en vano habían pretendido destruír nuestras tropas, repetidas ocasiones, como si en efecto estuviese protegido por alguna potencia sobrenatural.

La expanción de la población, había modificado su primitivo trazo. El sitio consagrado por la supuesta aparición de las cruces, á notable distancia ya de la plaza principal del pueblo, residencia de los jefes y de la guarnición, estaba en una plazuela sombreada por árboles seculares, uno de los cuales tenía una pequeña cruz gravada en la corteza con la inscripción: **Santa Cruz, 2 de noviembre** y ennegrecido el tronco con el humo de las velas que allí encendían constantemente los creyentes.

Presúmese que aquella fecha gravada en el árbol, es la de la fundación de Chan Santa Cruz.

Aquel árbol era objeto de religiosa veneración y los indios lo consideraban indestructible y eterno.

Enterado el General Vega de esta creencia, congregó á todos los mayas prisioneros al rededor del caobo, lo mandó derribar y después les preguntó si opinaban que había caído.

—**Bey uale, dzul,**—respondieron los indios—**chen bale, matech u tus santa cruz.**

—(Así será, señor; pero la santa cruz nunca engaña.)

La población ostentaba calles nuevas, recién desmontadas, y multitud de casas de dimensiones reducidas, excepto la que servía de cuartel, que era espaciosa.

Donde quiera veíanse cementerios y esqueletos insepultos, resultado de los últimos combates librados en aquel tan disputado recinto.

El aspecto de los desgraciados aprisionados, era triste y conmovedor. Flacos, hasta semejar esqueletos ambulantes, macilentos, desgreñados y haraposos, más bien desnudos, parecían condenados prófugos de algún círculo infernal, olvidado por Dante en su Divina Comedia.

Después de algunos días de reposo, no interrumpido por ningún ataque importante de los rebeldes, las tropas salieron sucesivamente de Chan Santa Cruz y continuaron su trabajosa marcha rumbo á Bacalar, sin accidente notable.

Frecuentemente se desprendían columnas que se internaban á los lados del camino, descubriendo y destruyendo ignoradas guaridas, haciendo prisioneros y redimiendo cautivos, todos en el más espantoso estado de abatimiento y miseria.

Las tropas expedicionarias hicieron su entrada en la histórica villa, el primero de marzo, siendo recibidas por la valiente y sufrida guarnición con vivo entusiasmo.

El General Vega hizo cuanto pudo por aliviar la desesperante situación de la plaza, destacó diversas secciones exploradoras á recoger granos y víveres para reforzar los escasos bastimentos del destacamento y emprendió su regreso, no por la ruta que á su ida llevara, sino pasando por Chichanhá.

Exceptuando ligeras escaramusas con los indios, la captura de multitud de prisioneros y las naturales dificultades de la marcha al través de intrincadas y desiertas selvas, nada digno de consignarse ocurrió.

En Chichanhá encontró á las secciones de Maldonado y Baqueiro y en Lochhá, la del Coronel Ruiz, que habían ejecutado brillantemente la parte que se les señaló en el plan concebido y realizado por el General Vega.

El 27 de abril hicieron las tropas expedicionarias reunidas, su entrada triunfal en Peto.

El Coronel Ruz cumplió también con su proverbial bizarría, su misión en la costa oriental.

Tal fué, á grandes rasgos, la memorable campaña realizada por el señor General don Rómulo Díaz de la Vega.

Tizimín.—Julio.—1,899.

V.

INCURSIONES DE RUZ Y VERGARA.

Desde el regreso de Bacalar del General Vega, en abril

de 1,852, hasta fines de 1,853, la guerra de indios estuvo punto menos que paralizada.

Las discordias políticas absorvían toda la atención de los hombres públicos y desde la Capital hasta las últimas poblaciones fronterizas, las exaltadas pasiones de bandería hervían en los cerebros y sembraban la división.

De septiembre á diciembre se había desarrollado el sangriento drama de la revolución de 1,853, acaudillada por los célebres héroes de la guerra social, Coronel don Sebastián Molas y Teniente Coronel don Manuel Cepeda Peraza.

Durante el espacio de año y medio, habían desaparecido Molas, Villamil, Ontiveros y Gío, fusilados; Cepeda Peraza fugitivo en el interior de la República, y los Coroneles don Eulogio Rosado y don Agustín León, víctimas del cólera, el primero, en Izamal, y el segundo en Ichmul.

Todos ellos legendarios campeones de la guerra de razas, cuyas vidas respetadas por las armas enemigas en los campos de batalla, no lo habían sido por las pasiones políticas ni por el terrible viajero del Ganges que diezmaba las poblaciones.

Ahogada en sangre la revolución, las tropas que en la lucha civil tomaron parte, volvieron á ocupar las líneas fronterizas que abandonaron por ella y se reanudó la campaña.

Los mayas rebeldes supieron aprovechar aquel interregno, reorganizándose y cayendo como el rayo sobre varios puntos mal guarnecidos de las fronteras.

A principios de 1,854, una columna de tres ó cuatrocientos hombres, comandados por el Coronel don Lázaro Ruz y el Teniente Coronel don José María Vergara, marchó sobre Chan Santa Cruz.

La columna, hostilizada por los indios desde Kanpocolché, se abrió paso á través de los obstáculos que aquellos amontonaron en su camino, barrió al enemigo y penetró hasta el cuartel general de los rebeldes. Pero estos la sitiaron en seguida y la atacaron con furor.

Nuestras tropas las rechazaron constantemente; mas los víveres y municiones de guerra se agotaron, las balas enemigas clareaban sus filas, no se esperaba ningún refuerzo y Ruz ordenó la retirada.

Cuéntase que para verificarla, se valió de una curiosa estratagema.

Observó que había un punto débil y poco cuidado en la línea compacta sitiadora, por donde sin duda creían los indios improbable una salida. Una espesa neblina aumenta-

ba la obscuridad de la madrugada y un silencio sepulcral envolvía ambos campamentos.

Ruz mandó colocar estacas tras de las trincheras, sombreros en las estremidades superiores, junto á ellos fusiles con ballonets calada, y guardando el más profundo silencio, se deslizaron uno tras otro por la descuidada brecha, escapando sin ser sentidos.

Cuando el día lanzó sus primeros destellos, los sitiadores vieron brillar las ballonetas á los rayos del sol, á travez de la neblina, percibieron los sombreros y no dudaron de que nuestras tropas estaban en su puesto y velaban.

Apenas el calor solar hubo disipado la niebla, los indios rompieron sus fuegos con más empeño que antes, disponiéndose á dar el asalto definitivo, pues no ignoraban la angustiosa situación de los sitiados.

Asombráronse de que los inmóviles defensores no respondieran á sus disparos, avanzaron con suma lentitud y cautela, temiendo una celada, y al descubrir que habían sido burlados, rugieron de rabia y de despecho y se precipitaron sobre las frescas huellas de los fugitivos. Pero estos se encontraban ya fuera de su alcance y pocos días después llegaban á su punto de partida, saludados con hurras de entusiasmo.

En mayo del mismo año, estimulados por el éxito de su anterior excursión, los mismos Jefes Ruz y Vergara condujeron otra, con igual número de tropas, aproximadamente.

Como aquella vez, entraron victoriosos á Chan Santa Cruz, expedicionaron por las cercanías, rechazando á grandes distancias á los indios, que al punto volvían á condensarse al rededor de la plaza, ensordeciendo con su atronadora gritería y hostilizando sin cesar.

Sobrevino entonces una espantosa complicación.

Refiérese que los rebeldes, decididos á exterminar á los nuestros; de cualquiera manera, envenenaron las únicas fuentes de agua de que forzosamente tenían que servirse nuestras tropas, antes de abandonar la población.

Una terrible enfermedad parecida al cólera, se desarrolló rápidamente entre nuestros soldados, causando numerosas víctimas.

Otros opinaron que no hubo tal envenenamiento y que aquella enfermedad era el terrible cólera, azote que entonces hacía estragos en el campo de los rebeldes, á juzgar por las muchas sepulturas que se encontraban por todas partes y por las declaraciones de los prisioneros.

Entretanto, los sitiadores engrosaban sus filas, aulla-

ban de furor contra los que por dos veces en breve tiempo habían invadido su cuartel general y profanado su santuario y redoblaron sus ataques.

Libráronse encarnizados combates; los indios rechazados siempre, volvían infatigables á ocupar sus atrincheramientos.

El número de los nuestros disminuía bajo el plomo y el machete del bárbaro y la guadaña del cólera.

Cuéntase que el prudente Vergara aconsejó á Ruz la retirada, cuando todavía era oportuna; pero el indómito caudillo le replicó que no levantaría el campo hasta escarmentar por mucho tiempo á los rebeldes y aun significó su esperanza de establecer un cantón permanente en Chan Santa Cruz.

Vergara no insistió, temiendo que se dudase de su valor y de su patriótica abnegación, tantas veecs demostrados.

Llegó, empero, un día, en que los soldados casi no podían empuñar las armas, enfermos y extenuados, y en que los mismos Ruz y Vergara se sintieron acometidos de la peste infernal.

Acordóse entonces la retirada; pero era ya tarde.

Se verificó la salida de noche y en silencio, consiguiendo, como la primera ocasión, burlar la vigilancia de los sitiadores.

Pero las circunstancias no eran las mismas. Nuestras debilitadas tropas, agotadas sus fuerzas por las privaciones y las enfermedades, se arrastraban más bien que marchaban con lentitud y desorden. Pronto fueron alcanzadas por los indios que cayeron sobre ellas como una avalancha de hierro, plomo y fuego.

Nuestros valientes se defendieron como leones, hicieron prodigios de temerario valor; pero uno contra diez, enfermos en su mayor número, al fin resonó el fatídico "sálvese el que pueda", dispersándose bajo los bosques y arrojando sus armas, los que pudieron escapar del machete indígena, que tan de cerca les persiguió con implacable saña.

Ruz y Vergara, fuertemente atacados de la terrible epidemia, combatieron hasta el último instante, y no pudiendo ya mantenerse en pié, cayeron uno junto al otro y se cambiaron una mirada de sombría desesperación.

Vergara estrechó la mano trémula y helada que le tendió Ruz y no le dirigió ni una sola palabra de reproche.

—Agua, agua—pedían á los soldados que pasaban hu-

yendo cerca de ellos. Pero no la tenían ni podían buscarla en aquellos supremos momentos de angustia.

Aquellas dos palabras fueron las postreras que oyó un sargento que peleaba al lado de los héroes y que el fin huyó también al ver que un grupo de frenéticos indios se precipitó sobre ellos machete enarbolado, arrojando un grito de feroz alegría, al percibirlos recostados y exánimes en una piedra . . . .

Ninguna otra noticia se tuvo de ellos. Pocos regresaron de la columna expedicionaria y no supieron la suerte que cupo á sus Jefes.

Los historiadores Baqueiro y Ancona aluden en sus respectivas obras, muy someramente, á esas dos incursiones de Ruz y Vergara y son avaros en sus detalles.

Más afortunado ó más crédulo que tan ilustrados escritores, tuve oportunidad de recoger los pormenores que dejó consignados, de labios de algunos sobrevivientes de esa heroica y desastrosa jornada, que duermen en humilde sepultura el sueño eterno, pormenores que figuran en mis "Ensayos biográficos", relativos á varios héroes de la guerra social, al ocuparme de Ruz y Vergara, publicados en 1,880, de donde ahora los reproduzco.

Tizimín.—Julio. 1,899.

VI.

CAMPAÑAS DE NOVELO Y GONZALEZ.

Insolentados los rebeldes con su triunfo en la desgraciada expedición de Ruz y Vergara, tomaron activamente la ofensiva y realizaron frecuentes asaltos sobre diversos puntos de las líneas fronterizas, ora cayendo por sorpresa y con la celeridad del rayo sobre las poblaciones, ya tendiendo terribles emboscadas á nuestras tropas, si éstas se aventuraban más allá de las líneas de defensa.

Y las más de las ocasiones, un éxito completo coronó, desgraciadamente, sus operaciones.

Alarmado el señor General Vega, organizó, bajo el nombre de "columnas volantes", dos fuertes secciones, al mando de los bizarros Coroneles Juan María Novelo y Pablo Antonio González, que lanzó sobre el campo enemigo, partiendo de Tihosuco en noviembre de 1854.

González, arrollando cuantos obstáculos intentaron entorpecer su marcha, no se detuvo hasta Chan Santa Cruz. La población había hecho rápidos y notables progresos.

"En el hermoso terraplén de su plaza,—escribe el señor Baqueiro—se destacaba una iglesia de treinta varas de largo y doce de ancho, formada de muy buena madera y cabijada de guanos bien escogidos, y además, con unas verjas en los costados que la embellecían. Por todas partes se levantaban numerosas casas particulares, amplios galerones que servían de cuarteles, y fuertes atrincheramientos."

A pesar de tan buenas condiciones y de sus deseos, González no pudo establecer allí su campamento. El ambiente estaba envenenado con las pútridas emanaciones de más de doscientos esqueletos que encontró á la entrada de la población, y de igual número de cadáveres arrojados al otro extremo.

Los primeros eran de la última expedición de Ruz y Vergara; los otros de prisioneros hechos en el partido de Sotuta, recientemente sacrificados.

Tampoco pudo fijar su centro de acción en Xpanhá, cinco leguas más al Sur, y al fin acampó y se fortificó en Yokdzonot, no distante de allá.

Desde aquel punto, disparó sin cesar sus columnas sobre los aduares de los rebeldes, arrazando cuantos encontraba, haciendo innúmeros prisioneros, arrebatando al enemigo sus bastimentos y municiones de guerra y procurando sorprender las importaciones de armas, plomo y pólvora, con que los comerciantes beliceños cambiaban el rico y abundante botín recogido por los indios en sus depredaciones.

El blanco principal de los ataques de nuestras tropas, fué naturalmente Chan Santa Cruz, metrópoli y cuartel general de los sublevados, á cuya destrucción convergían todos sus esfuerzos.

Pero, como antes, como después y como hasta el presente, fracasaron en sus propósitos.

El fanatismo religioso, personificado en las cruces, velaba sobre Chan Santa Cruz, campamento y santuario, que, nuevo fénix, renacía constantemente de sus cenizas.

Aun no sonaba la hora de su aniquilamiento definitivo ó de su sometimiento.

La brillante campaña del Coronel González, tuvo una nota triste y sombría, un momento peligroso para el orden y disciplina de las tropas y acaso para la vida del Jefe.

Los valientes capitanes Ocampo y Alfaro, que tan señalados servicios prestaron hasta entonces, fueron sorprendidos jugando á los naipes con otros oficiales, contra las

terminantes órdenes del Coronel González, quien les impuso un arresto correccional.

Mortificados por aquel rigor, sublevaron á la soldadezca, habituada á obedecerlos, cansada de combatir y anhelosa de volver á sus hogares. Ocampo y Alfaro acaudillaban la rebelión y parece que su objeto era destituír á su Jefe, y conducirlo preso á Pachmul, campamento del Coronel Novelo, á cuyas órdenes se pondrían.

González, acompañado de Ariza, su ayudante, en presencia de los seiscientos hombres formados frente á su alojamiento, y cuando se disponía la fuerza que debía aprehenderlo y escoltarlo, tomó una resolución suprema y atrevida.

Aprovechando un momento en que Ocampo se separó de las filas para ir á conferenciar con Alfaro á un cuartel poco distante, pidió su espada á Ariza, se colocó en actitud arrogante frente á las tropas, las arengó con elocuente y poderosa voz, les recordó sus gloriosos hechos que iban á manchar con una sedición criminal en campo enemigo, y al grito de "¡Viva el Coronel González!" arrojado por la columna, conmovida y sugestionada por aquel rasgo de valor y serenidad, fueron aprehendidos Ocampo y Alfaro y momentos después pasados por las armas. (Baqueiro. Ensayo histórico.)

Por su parte, el Coronel Novelo, émulo y rival de González, se había aventurado más que éste al fondo de los bosques, como éste había batido y destruído multitud de escondrijos de indios, sembrando el pánico donde quiera que lanzaba sus valientes partidas y no sabía qué hacer con el enjambre de prisioneros que capturaba.

El Coronel Maldonado, segundo en Jefe de la sección, había logrado apresar parte de un convoy de víveres y material de guerra, procedente de Belice.

La columna de Novelo incursionó hasta las inmediaciones de Bacalar, acampó algún tiempo en Halal, poco distante de la histórica villa, recorrió victoriosamente inmensa extensión de bosques, y en una de sus expediciones, los capitanes Garma, Bacelis y el Comandante de Batallón, don Feliciano Ruiz, salvaron de un desastre á unas tropas del Coronel González, que á las órdenes del Subteniente don Alvino Moguel, se dirigían á Pachmul.

Quién sabe qué resultados, quizá la terminación de la guerra, la pacificación de los rebeldes, hubieran producido la unión y armonía entre aquellos dos esclarecidos Jefes, si en vez de maniobrar independientes y en ocasiones en-

torpeciéndose en sus operaciones, hubieran podido ó sabido sacrificar sus celos y personales aspiraciones y acordar y ejecutar un bien combinado plan de campaña, dándose la mano las dos brillantes secciones... !

El Coronel Novelo dió pasos en ese sentido y propuso al Coronel González la alianza, cuando vió su columna disminuída y quebrantada por las privaciones, las enfermedades y el machete y los proyectiles del enemigo, que, infatigable y tenaz, aprovechaba todas las circunstancias favorables para reorganizarse y batir con éxito á nuestras tropas; pero González se excusó manifestando que el lamentable estado de su sección se lo impedía.

No existiendo, pues, la concordia entre los dos caudillos, sucedió lo que era lógico esperar.

Reducido cada día más el número de sus respectivas fuerzas, embarazadas su marcha y sus operaciones por multitud de enfermos, aumentando y condensándose y envalentonándose las masas rebeldes, á medida que se debilitaba la acción de las secciones expedicionarias, escasas ya de víveres y pertrechos de guerra, nuestras tropas se vieron obligadas á replegarse hacia las líneas fronterizas, á donde al fin llegaron diezmadas y en estado mísero, después de una desastrosa retirada en que muchas veces tuvieron qué abrirse paso á través de las emboscadas, de grandes cercas que obstruían su camino, de sangrientos combates cuerpo á cuerpo, de derrotas parciales y de todo género de penalidades, habiendo tenido en algunos casos, qué dejar en poder de sus implacables perseguidores, á sus enfermos y heridos, que á su vista fueron cruelmente sacrificados.

"Los dos Jefes, Novelo y González,—comenta el señor Baqueiro, al referiese á aquella campaña—habían merecido bien de la patria; los dos se habían portado con marcada resolución é inteligencia y éste fué el último esfuerzo laudable que de entonces acá se ha hecho para castigar á los sublevados."

Efectivamente, aquellos dos infatigables campeones, fueron los primeros y los últimos que seriamente atacaron á Chan Santa Cruz, aunque sin conseguir aniquilarlo.

Tizimín.—Julio.—1899.

VII.

EXPEDICION DEL CORONEL ACERETO.

El desastre fatal de las últimas excursiones sobre Chan Santa Cruz, había producido sus necesarias consecuencias.

Los rebeldes cobraron nuevos bríos, condensaron sus centros de población, organizaron, disciplinaron y armaron sus ya aguerridas huestes, prácticas en su alevosa estrategia de sorpresas y emboscadas y profundas conocedoras de la topografía, elementos de defensa y puntos vulnerables de los pueblos fronterizos.

Trocaron su actitud defensiva por una vigorosa ofensiva, caracterizando sus operaciones una rapidez y seguridad de acción, una audacia y un arrojo admirables.

Mientras que los indios que se acogían al llamamiento pacificador de los agentes del Gobierno, se agrupaban en sitios como Chichanhá, Ikaiché, Kantunil, Yokdzonot y otros, los indómitos y pertinaces se concentraban á su vez en Chan Santa Cruz, Tulum, San Antonio, Cacabadz y algunos más, reconociendo por capital, residencia de sus principales Jefes y Gobernantes y cuartel general á Chan Santa Cruz.

Muchas poblaciones fonterizas, desde Iturbide, al Sur, hasta Loche, al Oriente, sin exceptuar á las importantes ciudades de Tekax y Valladolid, cabeceras de Distritos, fueron víctimas de sus asaltos y depredaciones, causando todo el daño que les fué posible.

Las discordias civiles, las constantes revoluciones armadas, desguarneriendo á las fronteras, fueron un poderoso auxiliar que los rebeldes supieron aprovechar.

En uno de los breves intervalos que mediaban entre asonada y asonada, á fines de 1859, el entonces Gobernador don Agustín Acereto, organizó una expedición á Chan Santa Cruz, que puso á las órdenes de su hijo el célebre y valiente Coronel don Pedro Acereto.

El 1o. de enero de 1,860, la ciudad oriental de Valladolid estaba inusitadamente animada de un movimiento extraordinario. Acababan de ser fusilados algunos desertores y en la mañana, en la plaza principal, formando marco la división expedicionaria que ese mismo día debía partir rumbo á Chan Santa Cruz, se había celebrado una solemne misa de gracia.

La división estaba integrada por mil ochocientos infantes, divididos en cuatro secciones, mandadas, respectivamente, por los Tenientes Coroneles don Joaquín Vales, don Gerardo Valle, don Francisco Osorio y don Nicolás Aguilar, cien cosacos, quinientos hidalgos cargadores y trabajadores que escoltaban cien mulas que conducían las armas, parque, etc., algunas pequeñas piezas de artillería y la banda de música de Valladolid.

Comandaba en Jefe el Coronel don Pedro Acereto, siendo su segundo el Coronel don Narciso Virgilio y Mayor general el Teniente Coronel don José María Valdez Sigler.

Emprendióse la marcha y sin más incidentes que la explosión de bombas de aviso, y cambio de algunos tiros con los exploradores mayas, llegaron al rancho Chankik, á cuatro kilómetros solamente de Chan Santa Cruz, el día diez de enero.

En la mañana del once se prosiguió el avance, con las precauciones necesarias y á un kilómetro de la metrópoli maya se tropezó con la primera trinchera defendida por quinientos indios, aproximadamente.

El Coronel Acereto destacó al punto sus columnas flanqueadoras, mandando la derecha los Jefes don Nicolás Aguilar y don Gervasio Alcocer y la izquierda el Coronel Virgilio y el Comandante don Pablo Salado.

Momentos después se escuchó fuego nutrido de fusilería hacia la población y calculando Acereto que eran los flanqueadores que batían la plaza, ordenó el asalto de la trinchera, la que fué abandonada por sus defensores.

La población tomada, sin gran esfuerzo, estaba desierta, los habitantes se habían retirado á los bosques y obedeciendo un plan preconcebido, apenas si los indios ofrecieron una débil resistencia á los invasores, para inspirarles confianza.

El oficial don Atanacio Briceño, con cien cosacos, cayendo en el lazo, alentado por el fácil acceso á la plaza, sin preocuparse de si se apartaba demasiado del núcleo de las tropas, ni de si los flanqueadores habían encontrado ó no obstáculos en su marcha, se aventuró imprudente en pos de algunas partidas, que se dejaron perseguir en el camino á Xunantunich, y súbitamente, cuando menos lo esperaba, él y sus cosacos se vieron envueltos por una emboscada que les abrazaba con su terrible fusilería.

Los ginetes echaron pié á tierra, parapetados tras de sus caballos se defendieron heroicamente, hasta que, cansados de esperar inútilmente ser protegidos por la plaza, se abrieron paso machete en mano, sufriendo lamentables pérdidas.

Acereto mandó formar y fortificar la línea de defensa y los indios, concentrados todos sus elementos, después de luchar en vano por impedirlo, establecieron el asedio de la plaza.

Empezó entonces una serie de combates, de salidas é incursiones de nuestras tropas, sobre las poblaciones y ran-

cherías indígenas de los alrededores, las más de ellas con funestos resultados.

Sugetándose á su plan de combate, los indios no presentaban sino débil resistencia á esas salidas; pero alejadas de la plaza las columnas, las envolvían con el fuego de sus emboscadas, las destrozaban y las obligaban á replegarse en desorden á su campamento.

Por otra parte, la disciplina en este se relajaba, contribuyendo tal vez en mucho á esa relajación, la juventud del Jefe principal y de sus inmediatos subalternos y la demasiada familiaridad que entre ellos imperaba.

A fin de formarse una idea de la situación, voy á permitirme reproducir parte de una carta que uno de los más valientes y distinguidos jefes, el Coronel don Narciso Virgilio, dirigió á Tizimín, desde Chan Santa Cruz, á un individuo de su familia, el 23 de enero de 1,860.

Para no profanar la originalidad de ese precioso documento, me abstengo de alterar los términos y forma en que está concebido.

"El día 11 entramos aquí—decía Virgilio—como á las doce: en la entrada murió José Cordero y un cosaco y siete heridos, entre ellos Luciano Romero, José Och, mal herido. El día 13 salí con quinientos hombres para ir en un rancho llamado Yoklaguna, distante dos leguas de esta plaza, antes de llegar en dicho rancho, me hirieron un oficial que es el hijo de don Mariano Quijano y al regresarlo á esta plaza con doscientos hombres, los indios les cayeron á dichos doscientos hombres y les hicieron seis muertos y quince heridos; el día 12 entré sin novedad: el día 18, salí con 400 hombres á batir los indios que están frente de nuestra línea: solamente pude correatearlos hasta media legua y les hice ocho muertos, entre ellos el General Zapata á más otros nueve muertos y diez y nueve heridos. El día 20 salió Pancho Osorio con 400 hombres y sólo pudo quitarles en tres trincheras: cuando oí el fuego vivo tomó cien hombres, fuí á protegerlo, cuando llegué con la fuerza que se estaba batiendo, ya había entrado en disperción: inmediatamente con los cien hombres, los contuve, ese día nos mataron un Capitán y 11 soldados y veinte y tres heridos: entre los heridos, dos oficiales de Valladolid, es decir, desde el 11 que entramos hasta la fecha, tenemos 65 heridos y 22 muertos y los indios todavía están frente á nosotros, es decir, estamos medio sitiados, nuestros soldados se han acobardado y los indios muy bravos en sus trincheras, no hemos podido derrotarlos . . . . Ruega á Dios por nosotros porque quién

sabe si nos volveremos á ver, pero espero en María Santísima que sí he de volver, aquí nadie da cinco por su vida, asi es que te encargo cuides mucho á la familia, porque á la larga, si no nos matan los indios, nos dejarán plantados nuestros soldados, porque anoche descubrí que se iban á desertar 100 hombres, inmediatamente procedimos á la averiguación y declararon todos que los habían engañado por un cabo, inmediatamente dicho cabo fué pasado por las armas y los otros llevaron á 200 palos, con todo este castigo se nos desertaron 24 esa misma noche, asi es que estamos comprometidos, los indios á la larga nos sacarán de aquí ellos no quieren dejar esta población porque es bien grande, la iglesia es casi como la de esa villa, tienen como veinte casas de cimiento y otras tantas de ripio, saluda á todos los amigos, diles de mi parte que estamos perdidos, no podemos con los indios; los jefes y oficiales unos á los otros se ven las caras y hay algunos que se dan por enfermos, ya verán que en doce días que estamos aquí ya tenemos cerca de cien hombres muertos y heridos.—Rueguen por nosotros á Dios, adios todos y todas. Son las ocho, hora en que están tocando retreta los indios con sus cornetas y cajas una cuadra de nuestra línea...."

Doblada la carta, se lee en la parte opuesta á la dirección, lo siguiente:

"Estando poniendo el sobre de esta, que son las diez de la noche, han rompido el fuego los indios sobre nuestra línea, quisieron entrar en cinco caminos y fueron rechazados, no duró más que media hora de fuego vivo, por nuestra parte no tuvimos novedad.—Virgilio."

Si tal era la desmoralización de uno de los principales y más valerosos jefes de la expedición, júzguese cuánta era la que debía dominar en aquel campamento, cercado por millares de enemigos implacables y feroces, á treinta leguas del más inmediato punto fronterizo y sin esperanza de ser socorrido....!

El Coronel Acereto, por conducto de una anciana aprisionada, escribió en maya á Crescencio Poot, el Jefe más caracterizado de los indios, proponiéndole la sumisión al Gobierno y ofreciéndole todo género de protección y garantías.

Poot, en su nombre y en el de sus compañeros todos, contestó que jamás reconocerían á ningún gobierno español; que lo más que podía conceder, era la vida á los Jefes y tropa, á quienes permitiría la retirada por el camino de Tihosuco, pero dejando en la plaza todo su armamento, parque y demás pertrechos y entregándole al Coronel Narci-

so Virgilio, con quien tenían cuentas pendientes qué liquidar.

Acereto replicó á tan insolente respuesta, mandando una carga sobre los principales cuarteles de los indios, con buen éxito en uno, pero con un resultado desastroso en el otro, en donde nuestras tropas tuvieron más de ochenta muertos, entre ellos dos capitanes.

La comunicación por tierra era imposible. Todas las veces que nuestras tropas salían á explorar y batir los alrrededores ó á llevar la posta ó correo á la bahía de la Ascención, volvían destrozadas y á la desbandada, abandonando en poder del enemigo sus muertos y heridos.

Estériles fueron la intrepidez y arrojo de Virgilio, Osorio, Garma, Valle y otros valientes Jefes que al fin también se abatieron profundamente.

Llegó un día en que la situación se hizo insostenible.

La insubordinación tomaba alarmantes proporciones entre la soldadezca y era inminente una sublevación contra los Jefes, que hubiera sido de espantosas consecuencias en aquellas circunstancias.

Acereto dispuso emprender la retirada por el camino que llevaran; pero la noticia exasperó á la tropa y fué recibida con elocuentes señales de disgusto por los oficiales.

Entonces se acordó escapar por la bahía de la Ascensión, á diez leguas de Chan Santa Cruz, en donde se embarcarían para regresar por la vía marítima.

Salió el Comandante Vales custodiando en la vanguardia á los heridos y en pos de él el Coronel Osorio al frente de quinientos hombres.

Más á corta distancia de la plaza, cayeron en las emboscadas; nubes de furiosos indios se desplomaron sobre las desmoralizadas tropas, la vanguardia se desbandó, el der contener el desorden, los infelices heridos fueron cruel-
Comandante Vales fué herido de un machetazo al preten-
mente asesinados y Osorio, con parte de su sección, pudo replegarse á la plaza en terrible disperción.

No he podido obtener detalles de la desocupación de Chan Santa Cruz, al día siguiente del desastre en el camino de la Ascensión.

Parece que las tropas no fueron aparentemente perseguidas hasta cinco leguas de la población, en Nohpop, en donde los indios les tenían armada la gran celada.

Allí dieron alcance á los fugitivos, cayendo sobre ellos como un huracán. Las columnas se dispersaron tirando sus armas; en su huida, nuestros soldados se veían envueltos

en las horribles emboscadas, se encontraban detenidos por árboles derribados, infranqueables cercas y otros obstáculos, los Jefes y oficiales se arrojaron de sus caballos y cada quien procuró salvarse como pudo, pereciendo gran número de expedicionarios, entre ellos el Coronel Virgilio, el Comandante Pablo Salado y varios oficiales.

Muchos escapados del machete de los bárbaros, sucumbieron de hambre, sed, cansancio y desesperación bajo los bosques, ó en las angustias de una muerte aterradora, devorados por los gusanos de sus heridas . . .

Pocos días después fueron llegando, en el más miserable estado, los destrozados restos de la división de Acereto, á Tihosuco, Peto y diversos puntos fronterizos.

Pudieron salvarse el Jefe principal de la expedición, los Tenientes Coroneles Vales, Valle, Osorio, Aguilar, Valdez Sigler, Alcocer, Ruiz y Maldonado y los oficiales Garma, Méndez, Cardós, Zavala, Briceño, Imán, Romero y otros, el Capellán señor Ballester y los médicos Várguez, González y Buenfil.

"Tal fué—dice el señor Baqueiro—la derrota más ignominiosa y cruenta que sufrieron las armas yucatecas."

Tizimín.—Agosto.—1,889.

VIII.

CAMPAÑA DE 1,866.

Profunda y dolorosa conmoción produjo en toda la Península la noticia del pavoroso desastre sufrido por la expedición de Acereto.

Para agravar los males públicos, las constantes y encarnisadas disenciones políticas embargaban y distraían las ya cansadas energías sociales. Los **pronunciamientos** se atropellaban.

La Administración de don Agustín Acereto rodó al empuje de una revolución armada que creó un nuevo orden de cosas, y este rodó á su vez arrollado por otra revolución que se refundió en la intervención extranjera y en el Imperio.

Reconocido oficialmente el régimen monárquico en todas las poblaciones del Estado, restablecida aparente y transitoriamente la paz en el país y bajo la viva indignación provocada por las frecuentes depredaciones de los indios sublevados en las fronteras, señaladamente por las invaciones de Tunkás y Cenotillo, en el corazón del Estado, el Go-

bierno imperial resolvió emprender una seria campaña sobre el campo de los rebeldes, con la firme intención de pacificar ó de someter por la fuerza á los indómitos mayas ó, cuando menos, de castigar severamente su creciente osadía y poner un dique á sus reiteradas invasiones.

Fuéronse acumulando en Valladolid y Tihosuco los elementos necesarios; en el último tercio de 1,865 comenzó á abrirse un amplio camino desde Tixcacalcupul, rumbo á Chan Santa Cruz y se inició la construcción del fuerte Carolina, punto intermedio entre aquel pueblo y Tihosuco.

A medida que avanzaba la apertura del camino, una columna de quinientos hombres, á las órdenes del entonces Coronel don Francisco Cantón, partiendo de la citada villa, adelantaba también con todas las precauciones posibles y escalonando atrincheramientos, pues penetraba ya en pleno campo enemigo y á pesar de la enérgica disciplina y ejemplos de valor del Coronel Cantón y de los otros Jefes, de tiempo en tiempo circulaban sordamente en las filas los recuerdos y comentarios de las últimas catástrofes.

La columna llegó, sin ningún incidente notable, hacia el mes de mayo de 1,866, á Kanpocolché, diez leguas, próximamente, al Sur de Tihosuco y todavía avanzó la apertura del camino hasta media legua más arriba; pero entonces empezaron á observarse huellas frescas y alarmantes de los rebeldes, una de cuyas descubiertas se encontró y tiroteó con otra de los nuestros, que se replegó trayendo algunos heridos.

El Coronel Cantón destacó doscientos hombres á explorar los alrrededores, no hallando al enemigo y conceptuando aventurado permanecer en aquel desierto, se replegó á Dzonot, cinco leguas de Tihosuco, para dar cuenta y esperar órdenes, obedeciendo á instrucciones superiores.

Todavía no terminaba su línea de defensa, que fortificaba de la mejor manera posible en aquel improvisado campamento, cuando se presentaron los indios en masas considerables, que se arrojaron sobre aquel con su ímpetu y audacia característicos. Algunos disparos de una pequeña pieza de artillería y una vigorosa resistencia los hicieron retroceder.

Entonces comenzó el asedio, cubriendo con sus emboscada el camino á Kanpocolché y levantando sus atrincheramientos á cuatrocientos metros de la plaza.

Durante algunos días se mantuvo expedita la comunicación con Tihosuco.

Aumentadas las huestes sublevadas con refuerzos que

constantemente les llegaban del interior, interceptaron por fin, el camino de Tihosuco y un día que el Coronel don Anacleto Sandoval pretendió salir con una compañía á conducir la correspondencia, se vió envuelto y ferozmente batido por las emboscadas enemigas que le obligaron á replegarse.

En la mañana del 13 de junio, algunos soldados que descansaban acostados con la cabeza apoyada en el suelo, se levantaron alarmados y dieron parte de que habían escuchado el estampido lejano de artillería.

Momentos después se percibieron claramente las detonaciones hacia el Norte y entonces el Coronel Cantón, dejando cubierta la línea de defensa, partió al frente de doscientos hombres á proteger la entrada de aquella fuerza, que sin duda procedía de Tihosuco; pero antes de apartarse largo espacio de su campamento, las emboscadas de los rebeldes, que en vano mandó flanquear, rompieron sobre sus tropas un terrible fuego de fusilería que, ante la irresistible superioridad numérica, le obligó á retroceder, con lamentables pérdidas, entre ellas las de los bizarros oficial Camargo, de Valladolid; Capitán Avila, de Temax; Teniente Eduvigis Méndez, de Calotmul y Capitán Sixto Cetina, de Espita, á cuyos cadáveres pudo arrancar de la ferocidad de los bárbaros y dar humilde, pero gloriosa sepultura.

Entretanto, el estruendo del combate exterior se aproximaba, el Coronel Cantón se lanzó con una nueva columna auxiliadora, que oía silvar y estallar sobre sus cabezas las metrallas y granadas que disparaban las tropas que venían, y al fin, tras encarnisadísima y sangrienta brega, pudo entrar al campamento el señor General don José Ma. Gálvez, acaudillando trescientos hombres, en su mayor parte tropa de línea, después de ver cortada su retaguardia y de perder una pieza de artillería.

La situación era crítica, las masas enemigas aumentaban diariamente, el improvisado campamento no ofrecía las necesarias condiciones estratégicas y se resolvió la retirada.

Aun se mantenía en pié la profesía de José María Barrera! Continuaba invencible Chañ Santa Cruz!

En la madrugada del 14, se deslizó una compañía escoltando á los heridos, por senderos escusados, pues no tenían cerrado el sitio los rebeldes.

Desgraciadamente, esa compañía se dispersó, abandonando á los heridos que no pudieron huír por sí mismos, desbandada por los gritos y precipitada carrera de la retaguardia, acosada por una nube de avispas que alborotaron á su paso, y creyendo que los indios les caían encima.

Mandóse recoger á los heridos y en la mañana del 15, con todas las precauciones necesarias y burlando la vigilancia de los sitiadores, nuestras tropas levantaron el campo, después de un mes, poco más ó menos, de asedio, y siguiendo, hacia el Poniente, por la finca yerma Canalkiuic.

La vanguardia mandada por el Coronel Cantón llegó felizmente á Telá, dos leguas de Tihosuco y tres de Dzonot; pero ccuando el centro formado por la sección del General Gálvez le alcanzaba, la retaguardia, á las órdenes del Coronel Sandoval, fué asaltada y dispersada por los rebeldes, que descubrieron al amanecer las huellas de los fugitivos.

En seguida los indios cayeron sobre la sección del General Gálvez, quien inútilmente pretendió fortificarse y defenderse en las ruinas de la finca.

El combate fué terrible. Las tropas de línea y nuestros guardias nacionales lucharon como tigres, pero tuvieron que sucumbir bajo el número y huír en dispersión, abandonando artillería, bagages y hasta sus banderas!

Sin más tiempo que el necesario para encontrar los fragmentos de las destrozadas secciones, la columna prosiguió su marcha, sin ser perseguida, y entró sin otro accidente á la fortificada plaza de Tihosuco, en la que quedó mandando la guarnición el Coronel Sandoval.

Refirióse entonces que el General Gálvez, hondamente contrariado, exclamó:

—Miente quien diga que los indios orientales son cobardes y no saben batirse y estoy dispuesto á mantener este mentís en cualquier terreno!

El 9o. Batallón de línea, á las órdenes del entonces Teniente Coronel don Daniel Traconis, relevó en Tihosuco á las tropas expedicionarias que hacía un año faltaban de sus hogares, el 1o. de agosto.

El 3 se presentaron las partidas rebeldes, comandadas por el famoso Crescencio Poot, en los alrededores de Tihosuco y breves días después comenzó el épico sitio de aquella villa, cuya defensa ilumina una de las más brillantes páginas de la historia de la guerra social.

La narración de este acontecimiento militar, no cabe en el plan de estos artículos, circunscritos á recordar las principales expediciones de nuestras tropas á Chan Santa Cruz.

Tizimín.—Agosto.—1,899.

IX.

EXPEDICION A TULUM.

Si la desgraciada incurción del Coronel Acereto fué la última, hasta hoy, que ha llegado á Chan Santa Cruz, la campaña de 1,866 fué el más reciente esfuerzo serio que se intentó para terminar la guerra social, esfuerzo malogrado, sin duda, no por falta de voluntad, de valor y de elementos, en el Estado, ni por la indómita resistencia de los indios, sino á causa de las circunstancias políticas del país, en momentos en que el Gobierno imperial se bamboleaba sobre sus frágiles cimientos, terriblemente sacudidos por el volcán, próximo á estallar en Yucatán, de la reacción republicana, y en los que no debía alejar de su lado las tropas con que podía contar para su defensa.

Poco menos de cinco años transcurrieron sin que se iniciase ningún acto hostil sobre el campo de los sublevados, mientras que estos, por su parte, asolaron con sus invaciones nuestras fronteras, atreviéndose hasta asaltar Chichimilá, una legua solamente de la ciudad de Valladolid, en agosto de 1,870.

Verdad es que á raíz del triunfo de la República, el Coronel don Manuel Rodríguez Solís, pretendió llevar una expedición á Chan Santa Cruz, péro solo llegó á Tihosuco y fracasó por falta de buena organización, por los medios y forma de que se valió para reunir sus colecticias y heterogéneas fuerzas y por otros graves motivos que no son del caso referir.

En enero de 1,871, gobernando el Estado el Lic. don Manuel Cirerol, por entusiasta iniciativa del entonces Jefe de la línea de Oriente, Coronel don Daniel Traconis, aprobada por el Gobierno, se organizó una columna de mil hombres, aproximadamente, guardias nacionales de los tres partidos orientales, que á las inmediatas órdenes del iniciador, debía expedicionar sobre diversos cantones principales de los rebeldes.

Una Junta popular, creada al efecto en Valladolid, colectó por medio de suscripción patriótica los fondos y elementos que fueron necesarios y el Gobierno contribuyó con jergas, pertrechos y los haberes económicos de un Batallón que del centro salió á guarnecer la línea durante la expedición.

Figuraban en la columna, á la cabeza de sus respectivos

Batallones, los Jefes políticos de los partidos, varios veteranos cubiertos de lauros y muchos entusiastas voluntarios.

El 21 de enero, después de ser elocuentemente arengada por el Gobernador señor Lic. Cirerol, quien se situó en Valladolid á despedir á la expedición, la columna emprendió su marcha rumbo á Chemax, al Este, y de allí al Sur, al inmenso desierto de las selvas.

Sin camino transitable, abriéndolo á través de bosques frecuentemente intrincados, las tropas avanzaron lenta y cautelosamente, conociendo la alevosa estrategia de los rebeldes y temiendo caer en sus traidoras emboscadas y celadas.

Ningún incidente notable ocurrió hasta el 29 en que la vanguardia comenzó á encontrar vías traficadas de comunicación, campos cultivados y viviendas abandonadas, y pudo aprisionar á uno de cuatro indios, escapándose tres.

Prosiguióse la marcha, ya con mayores precauciones, guiados pur el pisrionero. El 30, en las inmediaciones yá de Tulum, á una legua del mar Caribe, dos cazadores indígenas, á quienes no pudo apresarse y sobre los que se hicieron estériles disparos, dieron aviso á la población, en donde en seguida resonaron la campana de alarma y los toques de tambores y cornetas, huyendo al campo las familias y aprestándose á la defensa la escasa guarnición y cuantos hombres allí se encontraban.

Entre los fugitivos se escapó la llamada "reina" María Uicab, á la que entonces obedecían los mayas rebeldes.

El Coronel Traconis destacó secciones flanqueadoras y él avanzó de frente con el resto de las tropas, ocupando la población después de una breve pero enérgica resistencia.

En seguida lanzó guerrillas exploradoras por los alrededores, que capturaron siete prisioneros de distintos sexos y edades, entre ellos el hijo de la "reina."

El 31 continuaron la marcha camino á Chan Santa Cruz, en el que se había anticipado la víspera el Coronel don Domingo Sierra que ocupó, sin accidente, el rancho Xpalma, tres leguas de Tulum y tres antes de Muyil, población de mediana importancia.

Dos leguas antes de llegar á ella el Teniente Coronel don Nicolás Aguilar, Jefe de la vanguardia, tropezó con una descubierta de indios, á la que batió y dispersó, sin más desgracia que la herida del cabo Piña, avanzando la columna á paso veloz hasta tomar la población, tras corta y desesperada resistencia. Las guerrillas exploradoras destacadas incontinenti, encontraron también y batieron al enemigo.

De Muyil se dirigió la columna hacia Chumpom, doce leguas de Chan Santa Cruz y después de varias escaramuzas con los indios, siempre batidos, durante el tránsito, fué ocupado el punto, tras ligero combate, lamentándose solamente la leve herida del Teniente don Roberto Bustillos. Momentos más tarde, los rebeldes hostilizaron la plaza, pero fueron rechazados y dispersados, resultando heridos el Coronel don Domingo Sierra, el Teniente Laureano May y contuso el soldado Cristino Alcocer.

Varias bombas de aviso que detonaron al Sur, en el camino de Chan Santa Cruz, revelaron que los indios organizaban una resistencia más vigorosa y tenaz, á medida que la expedición se aproximase á su cuartel general y como el plan del Coronel Traconis no era atacarlo, sino solamente reconstruír la perdida moral de nuestras tropas y probar que á los rebeldes se les podía batir en sus mismas guaridas, ordenó la retirada, pernoctando la noche de aquel día al Norte de Chumpom, después de tender sus emboscadas en el camino de aquel cantón, en previsión de alguna sorpresa.

El [illegible] de febrero la columna pasó revista de comisario, y siempre tomando las precauciones que las duras lecciones de la experiencia aconsejaban, prosiguió su marcha de regreso, á través del desierto, sin ser perseguida, hasta que el 6 pernoctó en Chichimilá, una legua al Sur de Valladolid, y en la mañana del 7, hizo su entrada triunfal en la metrópoli oriental, saludada con músicas, discursos, vítores y otras entusiastas manifestaciones de regocijo de la autoridades y habitantes de aquella histórica ciudad.

Pocos días después llegaban a sus amados hogares los expedicionarios pertenecientes á las otras poblaciones orientales, recibidos también con frenético entusiasmo, con palmas y coronas.

Tan poco habituado estaba ya el país á esos regresos triunfales.... !

Según modesta y discretamente expresó en su parte oficial el señor Coronel Traconis, comentando esa expedición, no fueron de importancia sus resultados materiales, á causa de la falta de caminos, de la ignorancia completa de la situación de las nuevas poblaciones indígenas fundadas en los últimos años al Norte y al Nordeste de Chan Santa Cruz y de otros incidentes que no creyó necesario consignar.

Consiguióse, en cambio, levantar el quebrantado espíritu de nuestros guardias nacionales; demostrar que los mayas no eran inatacables ni invencibles en sus propios adua-

res; que no eran impenetrables sus bosques y que en las venas de nuestros soldados aun circulaba la sangre ardiente y valerosa de los heroicos reconquistadores del territorio en 1848, 1849 y 1850.

Sin duda influyó también aquella expedición á impedir que fuese desarrollándose la colonización de la costa oriental por los indios rebeldes, cuyas poblaciones y rancherías se extendían ya hacia el Norte, hasta las inmediaciones del pueblo de indios pacificados, Kantunilkin, á quienes podrían arrastrar bajo sus banderas con gran peligro del Oriente.

Tizimín.—Agosto.—1,899.

X.

INCURSION A SAN ANTONIO MUYIL

Los implacables rebeldes humillados por la expedición á Tulum, no tardaron en tomar terrible revancha. Poco tiempo después sorprendieron á Chemax, cuyas casas incendiaron, y el 5 de julio de 1,872, asaltaron el pueblo de indios pacíficos, Kantunilkin, veinticinco leguas al Este de Tizimín, acaso para castigarles por su sumisión al Gobierno y á fin de suprimir ese obstáculo á sus vandálicas correrías y á la expansión de su población hacia el Norte de sus principales cantones.

Como el ataque a Kantunikin continúa una amenaza y un peligro inminentes para las importantes fincas agrícolas de aquel litoral, don Andrés Urcelay, uno de los propietarios, eficazmente ayudado por don Angel R. Rosado, obtuvo permiso del entonces Gobernador del Estado, General D. Vicente Mariscal, para organizar una expedición sobre el campo de los rebeldes, con objeto de escarmentarlos y poner coto á su audacia. En la mañana del 31 de julio de aquel año, partió de Tizimín una columna de trescientos hombres, procedentes de los tres Partidos orientales, mandados por los Coroneles don Pedro Rosado Lavalle, don José Romualdo de la Portilla y don José Hilario Baeza, Comandante don Eligio Erosa, Capitanes don Juan J. Godoy y don José Isabel García Tenientes D. Angel R. Rosado y don Clemente Martín. Dirigía la expedición el señor Urcelay. Pernoctaron en el yermo histórico pueblo Chancenote, y al día siguiente continuaron hasta Kantunilkin, en donde se incorporó una guerrilla de indios de ese cantón pacífico.

Desde este último punto, emprendió su marcha la co-

lumna, siguiendo las huellas aun no completamente borradas de los que tres semanas antes lo asaltaran.

A la salida, el Capitán García que cerraba la retaguardia al frente de cuarenta hombres, desviándose del derrotero señalado, sin causa que justificase su deserción, tomó rumbo al camino que conduce á Tizimín. El Coronel Portilla dispuso al Teniente Rosado que fuera á su alcance y los volviera al órden, pero encontrándose ya bastante alejados, Rosado regresó sin conseguir el objeto.

Después de atravesar con grandes dificultades y sufrimiento una extensa y pantanosa sabána, al caer la tarde llegaron á una abandonada ranchería de indios rebeldes, llamada Chunchacalhaas.

Al día siguiente, prosiguieron la marcha lenta y penosísima, sofocados por el sol abrazador de estío y las mefíticas emanaciones de la ciénega y ostigados por el hambre, la sed y el cansancio, desembocando en la playa, tres días despues, entre Tamul y Tanchacté, en donde les esperaban don Nicolás Urcelay y don Fermín Mundaca con seis embarcaciones.

Tras el descanso necesario, la columna fué embarcada y en la tarde del 13 de agosto, la escuadrilla dió fondo frente al Paso Muyil.

En la mañana del 14 se emprendió camino rumbo á San Antonio, organizándose las tropas en el órden siguiente; vanguardia, Coronel Portilla y Teniente Martín; flanco izquierdo, Comandante Erosa; derecho, Coronel Rosado Lavalle; retaguardia, Capitán Godoy y Teniente Rosado. El Coronel Baeza se quedó á bordo por enfermo.

A una y media ó dos leguas, aproximadamente, la vanguardia aprisionó á dos hombres y un niño, que hacían el servicio de bomberos, y dos kilómetros más adelante, se descubrió á otros que huyeron, después de hacer explotar sus bombas.

Orientada la expedición por los informes arrancados de los prisioneros y comprendiendo que ya estaría prevenido el enemigo por la detonación de las bombas de aviso, se dió el toque de paso veloz.

Poco despues y en las goteras de la población, interceptaron el avance de las tropas los indios parapetados en una pequeña eminencia.

La vanguardia rompió los fuegos, los flancos efectuaron un movimiento envolvente y tras media hora de combate, en el que los indios defendieron bizarramente sus trincheras una á una, al fin se replegaron á los bosques con sus fa-

milias, dejando en el campo los cadáveres de su jefe Juan de la Cruz Poomol y de siete mas, y visibles rastros de sangre, ocupando la población los expedicionarios.

"La población tendría sobre ochenta casas—dijo el señor Urcelay en el diario de la expedición—una iglesia como de veinticinco varas de largo, sobre cuyo altar principal existían treintinueve cruces, con guarda-polvos de manta: á uno y otro lado de la iglesia, había dos casas de á veinte varas de largo con barandaje de palos alrededor, en las cuales podían contarse hasta sesenta hamacas, siendo ambas, en mi concepto, cuarteles. Al Oeste de la iglesia y como á unas cincuenta varas de ella, estaba la casa del Comandante" etc. etc.

Por parte de nuestras tropas, solo hubo tres heridos leves, gracias á la mala calidad y poco alcance de los fusiles-escopetas que tenían los indios.

Entretanto, la bombas de aviso estallaban sucesivamente por todas direcciones y á diversas distancias, previniendo y poniendo sobre las armas á los cantones rebeldes de la comarca.

Los Corôneles Rosado Lavalle y de la Portilla, prácticos en la guerra de los indios, opinaron que no debían permanecer en aquel punto en donde antes de mucho serían sitiados por compactas masas de rebeldes, mientras los señores Urcelay deseaban pasar allí la noche y al día siguiente dar una batida por los alrededores.

Los referidos Jefes, apoyados por el Teniente don Angel R. Rosado, al fin lograron convencer á los señores Urceley y después de tomar el rancho preparado, a la una de la tarde se emprendió la retirada en el órden siguiente: vanguardia, Coronel Rosado Lavalle; flanco derecho, Comandante Erosa; izquierdo, Capitán Godoy y Teniente Martín; retaguardia, Coronel de la Portilla y Teniente Rosado.

Desde la salida de la población, los indios emboscados rompieron sus fuegos sobre nuetsras tropas. El camino estaba obstruído por árboles derrumbados, **(noc-chac)** y la vanguardia, protegida por los flancos, se abría paso trabajosamente, despejando ó flanqueando la estrecha vía y avanzando lentamente.

Lon indios de Kantunilkin, en revancha del incendio de sus casas, prendieron fuego á las de San Antonio Muyil al salir de la población, circunstancia que reclamó las preferentes atenciones de los indios y debilitó la persecución de los expedicionarios.

Dos horas más tarde estaban estos fuera de peligro, lle-

gando al cerrar la noche al Paso de Muyil, embarcándose é izando en seguida velas. Ya era tiempo, porque media hora despues, más de mil rebeldes semi-desnudos, con hachones encendidos y armados con escopetas, hachas y machetes, invadieron la playa aullando como manada de feroces lobos y ofreciendo un cuadro fantástico en el negro fondo de la noche. Eran, sin duda, los de San Antonio, reforzados por los cantones vecinos, que con un poco más de prisa hubiesen alcanzado y destrozado á los nuestros sin parque y rendidos de cansancio.

El 15 arribaron á Isla Mujeres, de donde partieron, para el puerto de San Felipe los procedentes de los Partidos de Tizimín, Espita y Valladolid; para el de Yalahau, los de Kantunilkin y para Progreso los señores Urcelay y Rosado, conduciendo á los prisioneros que pusieron á disposición del señor Gobernador. Los ya hombres fueron filiados en un batallón federal y al menor de edad lo llevó á México el General Mariscal.

La expedición fué costeada por los señores Urcelay, el Gobierno solo dió el parque, á las tropas se les distribuyó al partir un pequeño socorro y rancho durante la campaña y aunque se les ofreció pagarles despues, nunca se les cumplió, lo que produjo entre ellas descontento. Ignoramos si el Gobierno indemnizó más tarde los gastos á los señores Urcelay.

Tizimín.—Agosto.—1,899.

XI.

CONCLUSION.

Después de la expedición á San Antonio, ninguna otra de trascendencia se ha intentado sobre el campo de los rebeldes.

Estos, divididos á su vez por discordias y rivalidades, asesinando á sus caudillos principales uno tras otro, y ante la paralización de nuestras tropas que les dejaron tranquilos en sus aduares, suspendieron también sus invaciones á nuestras fronteras, las que cada día fueron más raras, y desde los asaltos de Katbé, en las goteras de Tekax, Dzonotchel y Tahdziu, en el Sur, hace ya doce á quince años, no recuerdo ninguna otra agresión.

A juzgar por las noticias que han solido llegar de los cantones de los sublevados, la disciplina y la unidad de acción se han relajado en ellos, los rebeldes se han disemi-

nado en multitud de pequeñas poblaciones y viviendas ocultas en el fondo de los bosques, muchos retirándose de la feroz tiranía de los jefes principales, sin resolverse, por temor, á presentarse pacíficamente en nuestras fronteras.

El Supremo Gobierno Nacional, eficazmente secundado por el del Estado y por el señor Jefe de la Zona, firmemente decidido á poner fin á la situación anormal de los mayas sublevados, á entrar en plena posesión de esa inmensa y fértil extensión de terrenos, sustraida de su acción gubernativa y de la explotación, del trabajo y de la industria de México y hacer partícipes á los indios que la habitan de los beneficios de la civilización, de la fraternidad, del progreso y de la libertad, ha mandado invitar afectuosamente á esos rebeldes á reconocer á los Poderes legítimamente constituídos, por cuantos medios ha tenido á su alcance, sin ningún resultado hasta ahora, y en virtud de las circunstancias, próximamente se iniciará una campaña formal y definitiva, ocupándose los puntos estratégicos en la costa oriental y avanzando con paso lento, pero firme y seguro, para no retroceder como otras veces, por la vía terrestre, hacia Chan Santa Cruz y los principales centros sublevados, dando á estos todo el tiempo necesario para fraternizar con nuestras tropas y para someterse pacíficamente, apelándose, no mas que en último caso, á la fuerza de las armas.

Existen temores, más ó menos fundados, de que los indios, acaso en su mayor parte, por tenacidad y desconfianza, defenderán sus hogares, y, derrotados, huirán á la colonia inglesa, al fondo de los bosques más remotos y á las fronteras de Guatemala, perdiéndose lastimosamente esos preciosos elementos de trabajo y prosperidad nacional.

Esperamos, no obstante, que los directores de esa campaña, no de conquista y vejaciones, sino de amigable pacificación, no recurrirán a la presión de las armas, sino después de agotar todos los medios conciliadores y persuasivos, y que la recuperación toda del territorio, se realizará sin efusión de sangre ni deplorable pérdida de vidas.

Si es cierto que los indios de la presente generación, no son ya los aguerridos y feroces de antaño, también lo es que nuestros guardias nacionales, en su generalidad, no son tampoco los que con aquellos combatieron, excepto pocos veteranos que aun existen.

En caso de combate, ninguna precaución será supérflua para prevenirse contra un enemigo valiente, sufrido y pertinaz, que pocas veces ataca de frente; que hiere y mata

tras sus traidoras emboscadas, en lo más espeso de las selvas; que ocultándose tras cada árbol, del que parten sus certeros disparos, no presenta blanco a sus adversarios, y que no necesita para hacer largas jornadas y combatir muchos días, mas que algunas tortas de pan y manantiales de agua, abundantes estas en aquellas desiertas comarcas.

Todavía sobreviven Jefes prácticos en el género de guerra de los mayas y conocedores de sus terrenos, tal vez futuros campos de batalla.

Navarrete, Garma, Correa, Briceño y algunos otros, aunque ancianos ya y cansados, sin duda que harían con gusto el último esfuerzo, el último sacrificio en aras de la patria, en las que tantas veces ofrecieron su vida en holocausto.

Por otra parte, el actual señor Gobernador, General don Fráncisco Cantón, el señor Gral. D. Daniel Traconis, el señor Gral. D. Teodosio Canto y otros que también han combatido con los indios rebeldes, podrán ser eficaces y muy útiles colaboradores en la magna obra de pacificación é ilustrar con su experimentado, patriótico y discreto consejo el plan que se desarrolle en esa obra.

He terminado, con la incorrección y deficiencia consiguientes á mis pobres facultades, la tarea que me impuse de recordar, en los momentos de emprenderse una campaña definitiva sobre el campo de los mayas rebeldes, las principales expediciones llevadas á cabo por nuestras tropas desde la fundación de Chan Santa Cruz, cuartel general y santuario de los indios, hasta la presente época.

Ojalá que el fastidio que he ocasionado á mis benévolos lectores sea, en parte al menos, atenuado por la sana y patriótica intención que me ha guíado al bosquejar esos cuadros de la guerra social!

Pluguiera á Dios que los últimos resplandecientes destellos del gran siglo XIX, el siglo clásico del progreso moderno, en todas sus manifestaciones, confundiéndose con la brillante alborada del siglo XX, iluminen nuestra hermosa bandera tricolor, flameando en toda la extensión del territorio mexicano y á todos los habitantes de la República unidos estrechamente en un sincero abrazo fraternal, a la sombra redentora de la paz, de la democracia y de la libertad, tremolada por el ilustre militar y hombre de Estado que ahora preside los destinos de la Nación....!

Tizimín.—Agosto.—1,899.

XII.

LA ULTIMA EXPEDICION A CHAN CANTA CRUZ.

SU OCUPACION DEFINITIVA.

I.

Cuando en el año de 1,899 el Supremo Gobierno Federal, presidido por el señor General don Porfirio Díaz, había iniciado ya la campaña resolutiva de pasificación y sometimiento de los mayas rebelados desde 1,847, consideré oportuno y conveniente bosquejar en una serie de breves y compendiados cuadros históricos, las más notables expediciones llevadas á cabo con éxito vario, por nuestras tropas, con objeto de destruír Chan Santa Cruz, capital de los rebeldes, y otras de sus principales poblaciones, desde la fundación de aquella capital y santuario, en 1,850, por el hábil caudillo José María Barrera, hasta la incursión á San Antonio. en agosto de 1,872, organizada y comandada por don Nicolás Urcelay, gobernando el Estado el señor General don Vicente Mariscal.

Desde aquella incursión, hasta 1,895, se habían intentado ninguna otra.

Para cerrar esa galería de cuadros históricos, esa serie de expediciones y en momentos en que me ocupo de agrupar esas narraciones en un folleto, juzgo pertinente referirme á la última campaña coronada por la acupación definitiva de Chan Santa Cruz.

Pero al satisfacer ese propósito, me es penoso no poder seguir paso á paso á los expedicionarios, no precisar fechas de combates y ocupación de cantones, omitir tal vez hechos, circunstancias y pormenores interesantes y limitarme á consignar los más salientes de la campaña, porque, á pesar de mis vivos y tenaces empeños, no he podido obtener datos completos de ella en la prensa oficial y de información de aquella época, ni en los archivos y oficinas en donde pudieran existir.

Me he visto, por consiguiente, obligado á recoger, seleccionar y confrontar recuerdos de varios estimables militares que concurrieron á la campaña.

Por lo demás, no es mi intención escribir una historia técnica y detallada de ella, sino únicamente un bosquejo, un cuadro histórico, á semejanza de los publicados acerca

de las anteriores expediciones, y en cuanto lo permiten los estrechos límites de un artículo de periódico.

Acaso más tarde, obtenidos los datos necesarios, pueda abordar un trabajo completo sobre este interesante y trascendental acontecimiento.

Hechas estas explicaciones previas, entremos en materia.

El 11 de octubre de 1,895, siendo Gobernador del Estado el señor Lic. don Carlos Peón, partió de Mérida, entre los aplausos de todas las clases sociales, un tren militar que condujo á las fronteras del sur al señor Jefe de la Zona, General don Lorenzo García y á sus órdenes el 6o. Batallón de línea, una compañía del 22o., y tres de guardias nacionales.

Iba á comenzar la campaña de pacificación de los mayas rebeldes.

Después de algunos días de práctica, salieron de Peto para ocupar Dzonotchel, á veinte kilómetros de aquella villa, doscientos federales, cien guardias nacionales y cien hidalgos que, con la escolta respectiva, iban abriendo y ensanchando la vía y tendiendo la línea telefónica, convertida luego en telegráfica.

El 4 de noviembre, día del nombre del señor Gobernador, se inauguró dicha línea de Peto á Dzonotchel, y con ese doble motivo, desde este último punto felicitaron al Jefe del Estado los señores Jefe de la Zona, General García; Jefe Político del Partido, Coronel don Casimiro Montalvo Solís; Presidente del H. Ayuntamiento, don Miguel Narváez Pérez y otras personas de consideración.

Por circunstancias que no he podido precisar, probablemente por no contar todavía con los elementos de guerra necesarios para asegurar el buen éxito de la expedición, en marzo de 1,896 se suspendió el avance, las tropas de línea quedaron guarneciendo Dzonotchel, Cepeda Peraza, Calotmul, Tekax y Peto y los guardias nacionales se replegaron á Mérida.

En Cepeda y Calotmul se inició la construcción de dos pequeñas fortalezas.

En marzo de 1,898, gobernando ya el Estado el señor General don Francisco Cantón, reforzaron la columna expedicionaria el resto de los Batallones federales 6o. y 22o., este último al mando del Sr. Coronel D. Juvencio Robles, una pieza de artillería de tiro rápido y tres compañías de guardias nacionales á las órdenes del Teniente Coronel don Juan

A. Quintero; Mayor don José Dolores Guerra y Capitán primero don Braulio Bolio.

Una sección de trabajadores, al principio de cuarenta hombres y más tarde de tres y cuatrocientos encabezados por el Capitán don Alejandro Puerto, y bajo la dirección técnica de los Ingenieros don Miguel Medina Ayora, Coronel don Abelardo Avalos y Capitán don Francisco Campos, hacían desmontes, abrían amplios caminos y brechas y, en los puntos que iban ocupando, levantaban trincheras y reductos y construían cuarteles, hospitales, fortines en Cepeda y Calotmul, y líneas telefónicas.

El General García organizó un servicio de exploradores, á los que lanzaba frecuentemente al desierto campo enemigo en grupos de tres ó cuatro individuos.

La misión era peligrosa, cuando era extricta y celosamente cumplida, por cuanto era fácil que los exploradores, sorprendidos por los indios, fueran sacrificados.

Por esa razón, no muchos la aceptaban con agrado y un cabo llamado Abato Canto, vecino de Peto, quien por su valor, audacia y pericia, prestaba importantes servicios en ese sentido, al mismo tiempo que por ellos se captó el afecto y distinción del General García, se conquistó el celo y animadversión de algunos de sus compañeros y aún díjose entonces que de algún Jefe.

Un día partió en comisión el cabo Canto, acompañado de un sargento y de un soldado de Valladolid, llamados, respectivamente, José María Chablé y José Exaltación Díaz, volviendo poco después los dos últimos, manifestando que Canto se había extraviado.

Pasaron días sin que apareciera, surgieron sospechas y rumores de que le habían asesinado y arrojado á un cenote sus compañeros y éstos fueron detenidos y procesados.

Se practicaron investigaciones, se encontraron en el campo prendas que pertenecían al desaparecido, aunque no el cadáver, y sin duda se comprobó la culpabilidad de aquellos sujetos, pues algún tiempo después del suceso, fueron pasados por las armas en la ciudad de Tekax, entonces cuartel general de la Zona.

Más tarde circularon sordas versiones, pero vagas, sin llegarse á justificar, de que Abato Canto no había muerto, de que realmente se extravió en el campo, y de que se había expatriado, por motivos que nunca llegaron á esclarecerse.

¿Habrán sido, en tal caso, víctimas de un error judicial, Chablé y Díaz, y Canto de alguna tenebrosa intriga.....?

¡Quién sabe!

Aquel trágico suceso quedó sombreado por las nubes del misterio.

Ocupado ya Ichmul, treintiocho kilómetros de Peto, el General García, con la escolta conveniente, visitó la histórica y yerma villa de Tihosuco, sobre cuyo derruido templo izó la bandera nacional, replegándose en seguida á Ichmul.

Parece que en un principio, para la campaña que se iniciaba, se proyectó seguir el derrotero recorrido en las anteriores expediciones á Chan Santa Cruz, pasando por Tihosuco, Tela ,Dzonot, Chikindzonot y Kanpokolché; pero al fin se optó por otro más directo, al sureste del Ichmul.

El avance era lento y penoso á causa de las dificultades en la apertura y terraplenamiento de accidentados y pedregosos caminos; construcción de cuarteles, hospitales y fortificaciones en los puntos que iban ocupando y guarneciendo; enfermedades por la mala calilad del agua y lo insalubre del clima, al punto de tener qué guardar cama la mitad ó más de las tropas expedicionarias, muriendo muchos individuos.

De esa manera llegaron á Balché, ocho kilómetros de Ichmul, en donde el General García fué sustituído en la Jefatura de la Zona y mando de las fuerzas, por el señor General don Ignacio A. Bravo, quien trajo los Batallones 1o. y 28o., á las inmediatas órdenes de los Coroneles don Ramón N. Ricoy y don Enrique Alabat, respectivamente, cincuenta de caballería á las del Teniente don Ruperto Ortiz, tres piezas más de artillería, tiro rápido y al Ingeniero Teniente don Angel Villaseñor, imprimiendo un vigoroso impulso á la campaña.

Se continuó el avance hasta Okop, veinticinco kilómetros de Balché, dejando destacamentos en los puntos intermedios que se juzgó conveniente guarnecer.

En Okop, el señor General Bravo hizo construír dos fortalezas con fosos, puentes levadizos y amplia campaña, calculando que allí comenzarían las hostilidades de los indios.

Los hechos justificaron su previsión. Un mes apenas de ocupado el punto, guarneciéndolo con su compañía el entonces Capitán primero don Aureliano Blanquet, fué una noche impetuosamente atacado por una fuerte columna de indios, la que tras rudo combate fué rechazada, después de matar á un arriero de Peto y llevándose siete caballos y prisionero á un señor Cámara.

En la mañana siguiente repitieron su ataque con más arrojo, y otra vez fueron rechazados, acampando y atrincherándose á tres kilómetros, á orillas de una aguada.

Telefoneado el suceso al General Bravo, quien se escontraba en Peto, acudió violentamente, tomó cien hombres á su paso por Sabán y con ellos y la mayor parte de la guarnición de Okop, cayó rápidamente sobre los desprevenidos y mal armados rebeldes, á los que derrotó después de encarnizada lucha, dejando en el campo un muerto; que según el arete que llevaba en una oreja, tenía el grado de sargento.

II.

Por lo visto, no habían surtido ningún efecto benéfico los medios pacíficos y conciliadores desplegados por el Gobierno federal y local, antes de emprenderse la campaña, enviando a los indios, por diversos conductos, cartas y manifiestos escritos en español, inglés y maya, en los que se les invitaba cordialmente a reconocer a los Supremos Poderes Nacionales, ofreciéndoseles respetar sus costumbres, darles tierras y elementos para cultivarlas, profesores que les instruyan, recursos para alimentarse y vestirse, si los necesitaban, y todo género de protección y garantías.

El maya es, por naturaleza, desconfiado y testarudo, amante de su libertad y de su terruño y no creía o no quería creer en aquellas promesas.

Los trabajos y avance continuaron hasta Santa María, diez y siete kilómetros de Okop. Pero antes de ocuparse aquel punto, los indios, engrosadas sus filas hasta mil o más hombres, apróximadamente, por tercera vez atacaron con redoblado brío los fuertes de Okop, cortando el alambre telefónico, obstruyendo con árboles los caminos y parapetándose tras sólidas y sucesivas trincheras a tiro de fusil del campamento.

Se encontraban en éste, el General Bravo y el Coronel don Fernando González.

El combate fué terrible. Los maiisers y cañones hicieron grandes estragos en los rebeldes, mal armados, algunos con viejos fusiles de percusión y los más con escopetas y los indios veían con asombro y terror que los proyectiles de sus adversarios atravesaban los robustos troncos de árboles, tras los que se guarecían, y los herían ó mataban.

Sin embargo, la lucha se prolongaba y se hacía dudoso el resultado, cuando oportunamente llegó el Teniente

Coronel don David Knox, con cien hombres del 28 Batallón, determinando la derrota de los rebeldes que dejaron en el campo diez y seis muertos y visibles rastros de sangre.

Los mayas no volvieron a atacar Okop.

Este punto resultó más insalubre que los otros, registrándose al rededor de cinco mil enfermos en el curso de un año, por cuyo motivo lo mandó desalojar la Secretaría de Guerra, trasladándose el Cuartel General a Santa María, quedando solamente cincuenta hombres a guarnecerlo.

En Santa María se incorporaron el completo del Batallón 10o., al mando del Coronel don Jesús Oliver, el resto del 22o., el 8o., a las órdenes del Coronel don Manuel Bonilla, más tropas del Estado y los ingenieros don Carlos Argüelles, don Pedro de la Cerda y don Wilfrido Castillo.

Y prosiguió el trabajoso y disputado avance.

Entre Santa María y Hobompich, nueve kilómetros, se libraron dos reñidos combates; de Hobompich a Tabi, diez y seis kilómetros, tres; de Tabi a Nohpop, diez y siete kilómetros, veinte y dos encuentros, uno de ellos tan encarnizado, que hubo necesidad de repetidos disparos de artillería que hicieron en las columnas rebeldes horribles destrozos, las que al retirarse, no dejaron en el campo ninguno de sus muertos.

En todos esos combates, los mayas, en número de mil a mil quinientos hombres, opusieron viva y tenaz resistencia defendiendo su campo palmo a palmo, derribando árboles para obstruir el paso y parapetándose tras fuertes y escalonadas trincheras, a pesar de las cuales sufrieron bajas considerables, que preocupaban a su Jefe principal el General Juan Llamá, su Gobernador.

Las del ejército expedicionario fueron mucho menores, en virtud de la inmensa inferioridad y deficiencia del armamento y disciplina de los indios, lo que hacía que los combates fuesen de corta duración.

Pero en cambio, es aterradora la cifra de los que sucumbieron a las enfermedades y privaciones en ese largo y doloroso calvario de Peto a Chan Santa Cruz, ciento cincuenta y dos kilómetros de desierto, al extremo de estar en cama más de la mitad de las tropas y de carecer, en diversas ocasiones, de los más indispensables alimentos, por la dificultad del trasporte de víveres hasta aquellas soledades.

Varios Jefes y aún el mismo General Bravo, se vieron seriamente enfermos, y fué menester la inquebrantable

energía y la naturaleza de acero del caudillo y de los Jefes subalternos de la expedición y el carácter valeroso y sufrido de las tropas, para no enervarse la disciplina y entorpecerse las operaciones militares.

De Nohpop se adelantó a Sabacché, nueve kilómetros; a Chankik, tres kilómetros, entrando el General Bravo a la legendaria capital de los mayas sublevados, cuatro kilómetros de Chankik, sin tener ningún otro encuentro, a las 7 a. m., del 3 de mayo de 1,901, seis años después de iniciada la campaña, en 1,895, pero solamente tres de activa y penosa faena, desde 1,898 que se readudaron las operaciones militares, suspendidas en 1,896.

Pocos días más tarde, sin resistencia fué ocupada, diez y seis kilómetros rumbo al mar Caribe, la población llamada **Santo Cah Veracruz,** la ciudad sagrada, santuario principal de las cruces parlantes, y residencia del Sumo Sacerdote, su intérprete, desde que las reiteradas incursiones de nuestras tropas a Chan Santa Cruz, no prestaron garantías y seguridades al culto idolátrico de los mayas en aquella población. Estos se replegaron al fondo de los bosques.

Quedaban, pues, definitivamente reconquistados y ocupados por el Supremo Gobierno Nacional, la capital y cuartel principal de los indios sublevados, a los cincuenta y cuatro años de su levantamiento general y cincuenta y uno de la fundación de Chan Santa Cruz por el célebre cabecilla José Ma. Barrera, muerto hacía muchos años.

Estaba roto el encanto. La profesía de Barrera a los mayas, asegurándoles que la nueva población, el nuevo santuario, consagrados por la aparición de las cruces parlantes, serían eternos, inexpugnables, y que nunca, jamás caerían bajo el dominio de los blancos, había fracasado y al fin Chan Santa Cruz quedaba definitivamente sometida, después de más de medio siglo de existencia independiente y libre. El prestigio de las cruces se desvanecía a los disparos de los maiisers y de la artillería de tiro rápido. La bandera roja de exterminio tremolada sobre los humeantes y ensangrentados escombros de Tepich, la noche del 30 de julio de 1,847, por el feroz Cecilio Chí, era al cabo sustituída por el pabellón tricolor de la civilización, símbolo de paz, fraternidad y progreso, que flotaba ya sobre la capital maya.

La ocupación de Chan Santa Cruz fué celebrada con júbilo ardiente en todo el Estado.

Un mes después, el señor General don Francisco Cantón, el Lic. don Delio Moreno Cantón, en funciones de Secretario General de Gobierno, el Tesorero general del Es-

tado, don José Ma. Iturralde y otras distinguidas personas, llegaron la Chan Santa Cruz.

El señor Gobernador tomó solemne posesión del territorio reconquistado, en nombre de la Nación y del Estado, recorriendo la plaza y calles de la población, en alegre e imponente procesión cívica, al estruendo de dianas y piezas marciales por las bandas de guerra y de música y de entusiastas vítores al Supremo Gobierno, al Genenral Bravo y al Gobernador.

Con fecha 10 de junio de aquel año memorable de 1,901, expidió allí mismo un decreto, publicado también por bando solemne, denominando a aquella histórica población "Santa Cruz de Bravo" y a la no menos legendaria antigua villa de Salamanca, ocupada ya por el ameritado señor General don José Ma. de la Vega, "Bacalar de Cetina." En el mismo decreto se dispuso el nuevo trazo de la población y de sus ejidos, se concedió excepción por cinco años del servicio de G. N. y tequios vecinales, a los que se establecieren en el nuevo territorio, por dos años de toda contribución del Estado y Municipal, a los establecimientos mercantiles, por cinco años a los industriales, de artes y oficios y por diez a las fincas rústicas.

Empero, ¿se había terminado la guerra? ¿Se había realizado la pacificación que había costado a la Nación millones de pesos, millares de vidas y cruentos sacrificios....?

Responde con irresistible elocuencia a esas interrogaciones, la triste serie de sangrientos encuentros, asaltos, asesinatos y tras depredaciones de los indómitos rebeldes, replegados al fondo de los bosques, durante los doce años que han transcurrido desde la ocupación de Chan Santa Cruz y Bacalar.

Ojalá que las hábiles, empeñosas y discretas gestiones de pacificación que en estos momentos y sin efusión de sangre lleva a cabo el actual Jefe de la Zona, General don Rafael Eguía Lis, den por fín el resultado tanto tiempo anhelado, inmortalizando el nombre de este ya prestigiado Jefe del Ejército.

Febrero de 1,913.

"AURORA Y OCASO"

ERRORES HISTORICOS

La benevolencia de un amigo puso recientemente en mis manos el primer tomo o volumen de "Aurora y Ocaso," obra histórica nacional publicada hace algún tiempo

por su autor, el distinguido historiador don Ciro B. Ceballos, y que me era desconocida, llamándome la atención el citado amigo sobre ciertos errores sufridos por el señor Ceballos, al referirse a sucesos desarrollados en Yucatán en marzo de 1,872.

Efectivamente, en dicho tomo, páginas 267—268, dice:

"A enmarañar más todavía tan fatal estado de cosas, llegó el pronunciamiento verificado en Valladolid, (Yucatán) el día 13 de marzo de 1,872 por las fuerzas de Felipe Navarrete y del General Francisco Cantón, en contra de las autoridades locales, levantamiento que costó la existencia al Coronel José Cepeda Peraza y a su compañero Espada Guerra, la derrota de los soldados del Gobierno local, (el 31 de marzo) en la que murieron los Generales Canto y Aguilar y la fuga del Gobernador Cirerol con los empleados principales, quienes llegaron a Veracruz el día 5 de Abril del año terrible que he venido analizando."

Son erróneos los informes que acerca de esos hechos sirvieron de fundamento al laborioso señor Ceballos para escribir su libro.

Los señores Cepeda Peraza y Espada Guerra no murieron en el pronunciamiento de marzo 13, sino a consecuencia de las graves heridas que recibieron en la derrota infligida a las tropas gobiernistas que mandaban, por las revolucionarias a las órdenes del entonces Coronel don Francisco Cantón, en el pueblo de Dzitás, en la mañana del 20 de aquel mes de marzo, al ser atacadas estas por aquellas.

Tampoco es exacto que en la segunda derrota que las fuerzas del Gobierno sufrieron en la ciudad de Motul el 31 del propio mes, sucumbieran los "generales" Canto y Aguilar.

Los entonces Coroneles don Daniel Traconis y don Teodosio Canto, así como don Anastasio Aguilar que militaba a sus órdenes, no recuerdo si con algún grado, es verdad que fueron víctimas de peligrosas heridas en la mencionada función de armas, y hasta en el primer parte oficial se les consideró muertos; pero afortunadamente se curaron de ellas y sobrevivieron muchos años.

En el mismo libro, página 269, dice el señor Ceballos:

"En Yucatán (el 20 de abril,) fué fusilado por Perfecto Ramírez, que obedecía órdenes del General Daniel Traconis, don Roberto Ríos."

Ni el 20 de abril, ni en ninguna otra fecha pudo haber sido fusilado don Roberto Ríos, porque no existió en aquella época, en Yucatán, persona alguna conocida con ese nom-

bre y apellido, ni menos lo pudo ser por el Mayor don Perfecto Ramírez, quien fué pasado por las armas en Dzitás, el 18 de marzo del año en referencia, por las tropas pronunciadas que en aquel pueblo mandaba el Coronel don Roberto Erosa.

El Mayor Ramírez, segundo del Coronel Traconis en el mando de la plaza de Valladolid, en los momentos del levantamiento de marzo 13, convencido de que la situación estaba perdida en el Oriente, cuyas poblaciones todas habían secundado el movimiento político, se dirigía a ponerse a las órdenes del Gobierno, cuando fué aprehendido por los rebeldes en las inmediaciones de Dzitás.

El señor Ramírez era generalmente estimado en el Oriente, y muchas personas distinguidas de Valladolid, Espita y Tizimín intercedieron por él, temiendo que peligrase su vida, en aquellos días de efervecencia política.

Aseguróse entonces que se había acordado no fusilarlo y no más retenerlo en rehenes hasta el fin de la revolución; pero desgraciadamente se comunicó en esos precisos momentos que el oficial de Guardia Nacional, don Francisco Alcocer y el ex-Presidente municipal del pueblo de Uayma, don Catalino Espadas, portadores de correspondencia para los pronunciados de Dzitás, aprehendidos entre este pueblo y Valladolid, por fuerzas del Coronel Traconis, acababan de ser pasados por las armas en el pueblo de Tunkás.

Un clamor de indignación se levantó en el principal campamento insurrecto, a la sazón establecido en la villa de Espita, y en el de Dzitás y se pidió la muerte del Mayor Ramírez, preso en este último punto....

Y el Mayor Ramírez fué entonces fusilado....

Tristes y nunca bastante lamentables represalias, tan tristes y lamentables, como inevitables, las más de las ocasiones, durante las contiendas armadas y las explosiones de pasiones y resentimientos políticos.....!

Tuve la satisfacción de ser amigo personal del señor Ramírez y aunque muy joven entonces y sin personalidad política alguna, fuí de los que abogaron en su favor, en mi débil esfera de acción.

Quedan, pues, hechas las rectificaciones que, a indicación de varias personas y en honor de la verdad histórica, me he permitido hacer a la obra del señor Ceballos, cuya inteligencia, honradez y laboriosidad, soy el primero en reconocer.

Noviembre de 1,912.

"AURORA Y OCASO"

POR LA VERDAD HISTORICA.

I

En el concepto de que el libro del laborioso escritor don Ciro B. Ceballos, al que ya en artículo anterior me he referido, no es una obra de combate, ni arma de circunstancias, sino narración serena, fría y desapasionada de un período histórico, en la que se ha tenido el firme propósito de consignar severa y honradamente la verdad y no más que la verdad, me permito seguir espigando en las mieces del señor Ceballos, sin más objeto que ayudarlo en el mejor éxito de su loable pensamiento, sólo en cuanto se roza con acontecimientos ocurridos en Yucatán, rectificando algún error y apuntando omisiones.

Leo al pié de la página 256 del segundo volúmen de "Aurora y Ocaso," que lleva el subtítulo "Historia de la Revolución de Tuxtepec," la nota siguiente:

"Tanto don Pedro Rosado Lavalle como don Romualdo Portilla, caudillos de la anterior revolución, después de ser aprehendidos cerca de Izamal, fueron fusilados el día 23 de febrero de 1,874.

"En una correspondencia de la época, se decía que esos políticos vivían tranquilamente en Cacalchén, pero que después pasaron a Hoctún, en donde fueron fusilados."

Efectivamente, sofocada la revuelta en 1,873, en la que figuraron en primer término los señores Rosado Lavalle y Portilla, vagaron perseguidos en diversos puntos del Estado, sin lograrse su aprehensión, principalmente por Cacalchén y Hoctún.

A las diez de la noche del 20 de febrero del año de 1,874, llegó inesperadamente al último de los pueblos citados, don Valeriano Castro, Jefe Político de Izamal, a cuyo Partido pertenece Hoctún, acompañado de veinticinco soldados federales a las inmediatas órdenes del Subteniente don Agustín Flores, aprehendiéndose en seguida a los señores Rosado Lavalle, Portilla, Notario don Pablo Bolio, de Izamal, don Manuel Ahumada y don Alvino Ma. Moguel.

A la una de la tarde del 21, aprehensores y aprehendidos emprendieron la marcha rumbo a Izamal, adelantándose seis u ocho hombres que, al mando de un Sargento llamado Rufino, custodiaban a los señores Rosado Lavalle y Portilla, quienes iban a pié y ligados por los brazos, siguiéndoles a

cierta distancia los señores Castro Flores y el resto de la tropa, con los otros presos.

A tres kilómetros de Hoctún, sonaron disparos en la vanguardia, y al ser alcanzada por los que marchaban detrás, éstos encontraron a un lado del camino los cadáveres de los señores Rosado Lavalle y Portilla, rodeados de la escolta.

El sargento informó que los presos, que momentos antes solicitaron que les desligasen los brazos, a fin de andar mejor, pidieron permiso para hacer aguas,, se internaron en el campo y emprendieron la fuga, dando ocasión a que la escolta disparase sobre ellos y los matase.

El señor Jefe Político hizo conducir los cadáveres al inmediato pueblo de Kinbilá, en donde fueron sepultados.

He allí como refieren los hechos, el citado señor Jefe Político en su parte oficial del 22 de febrero, y el Notario señor Bolio, en un certificado que acerca de ellos libró el 4 de marzo siguiente, publicado, junto con una carta de remisión, del señor Castro, en el "Periódico Oficial", correspondiente al 23 del mismo mes, con motivo de haberse acentuado en el público la versión de que los señores Rosado Lavalle y Portilla, a quienes consideraba enemigos peligrosos el orden de cosas reinante, habían sido fría y premeditadamente asesinados, aplicándoseles la "Ley Fuga," sin que los infortunados presos la hubiesen intentado.

Aceptando como exacta la narración certificada por el señor Notario Bolio y descartando la posibilidad de que haya procedido éste, preso también, bajo la presión oficial, fijaron desde luego la atención social tres circunstancias que concurrieron en ese drama.

PRIMERA.—Que el señor Jefe Político haya utilizado tropa federal y no la del Estado, para el desempeño de aquella triste comisión.

SEGUNDA.—Que al ser conducidos los presos, hayan sido aislados de sus compañeros los señores Rosado Lavalle y Portilla, adelantados del resto de la fuerza, con una escolta especial.

TERCERA.—Que haya sido tan certera la puntería de los escoltantes, que los presos resultaran precisamente muertos y no solamente heridos en su fuga, que debió ser precipitada y rápida, sin lucha de ningún género.

La sociedad formuló en aquella época su juicio sobre este lamentable episodio de nuestras contiendas civiles.

II.

En el capítulo de "La Revolución Peninsular," páginas 788—789—790 del mencionado volúmen, se consigna que en primero de febrero de 1,876, don Teodosio Canto enarboló la bandera porfirista, pronunciándose con la Guardia Nacional del Partido de Temax y que en julio del propio año, al frente de quinientos hombres, fué completamente derrotado en el pueblo de Tunkás, por las tropas gobiernistas comandadas por el Teniente Coronel don Ramón Reguera, con lo que la paz quedó totalmente restablecida, pues sólo andaban huyendo por los bosques y aguadas de Chocholá, Próspero Patrón, con dos que le acompañaban, y los plagiarios y revoltosos del Partido de Temax, dispersos completamente y ocultos en los bosques, en donde se les hacía una activa y vigorosa persecusión."

(Partes oficiales de febrero 13 y septiembre 14 de 1,876.)

Y ni una palabra más respecto a Yucatán.

Sin duda no pudo obtener el ilustrado y estudioso señor Ceballos los datos necesarios para completar el cuadro de la Revolución Peninsular, porque no solamente en Temax, sino en muchas otras poblaciones del Estado, durante aquel año, estallaron rebeliones armadas de mayor o menor consideración, contra el gobierno del señor Lic. Lerdo de Tejada, ya bajo la bandera del Plan de Tuxtepec, ya bajo los auspicios del proclamado por el partido iglesista.

El señor Gobernador, Lic. don Eligio Ancona y el Jefe de las armas, General don Guillermo Palomino, hicieron batir sin tregua a los sublevados y procuraron apagar las chispas del incendio que se extendía en todo el Estado,, donde quiera que aparecían, sin que ni unos ni otros alcanzasen resultados definitivos; el diez de diciembre izó la insignia tuxtepecana el entonces Coronel don Francisco Cantón, en el Oriente, marchó sobre la Capital, se le incorporaron, sucesivamente, en el tránsito, los Coroneles don Teodosio Canto y don Roberto Erosa, quien se pronunció en la plaza de Izamal el 14 del propio mes, con sus fuerzas, y en la tarde del 24 acampó en la plaza del suburbio de Santa Ana, en la Capital del Estado, a los catorce días de iniciada la revolución, sin haberse vertido una gota de sangre, sin haberse registrado ninguna violencia, ni al estallar el movimiento oriental, ni en el tránsito de las tropas revolucionarias a través del Estado.

La noche de ese mismo día fué atacado el campamento de Santa Ana por una fuerte columna a las órdenes del

valiente Teniente Coronel don Ramón Reguera, pero la victoria se mostró esta vez esquiva a las tropas gobiernistas, que se vieron obligadas a replegarse violentamente a la plaza principal.

El 28 de ese mismo mes, asumió el General Palomino el mando político y militar.

Por esos días se comunicó el triunfo decisivo de Tecoac, la ocupación de la Capital de la República por el señor General don Porfirio Díaz, la consiguiente caída del gobierno lerdista y entónces se suspendieron las hostilidades, toda vez que era inútil más derramamiento de sangre.

Una semana después llegó el entónces Coronel don Protasio Guerra, enviado por la revolución triunfante, asumió el Poder público y procedió a organizar la nueva Administración.

Diciembre de 1,912.

COSAS DE ANTAÑO

LA DIPLOMACIA DE NACHI COCOM.

UNA LECCION HISTORICA.

Corría el año 1,541. Poco tiempo hacía que D. Francisco de Montejo, jr., en quien su padre, del mismo nombre y apellido, sustituyera todos sus derechos y obligaciones de conquistador, colonizador y Capitán Gral. de Yucatán y Cozumel había llegado al campamento de T-Hó, antigua y yerma ciudad maya, ocupada anteriormente por su primo, llamado también como el Adelantado su hijo, ocupación robustecida por la gran victoria de Xpeual, que a raiz de aquella alcanzó sobre los incontables guerreros de la entonces populosa Mayab. Aquella victoria y otras razones de Estado, que no es nuestro propósito analizar, determinaron a Tutul Xiu, el prudente y filósofo cacique de Maní, descendiente de los antiguos reyes de toda la Península, a presentarse en son de paz en el campamento español, rodeado de su corte, a rendir pleito homenaje, a ofrendar víveres y regalos al conquistador, a solicitar su protección y alianza, y a ofrecer su intervención y buenos oficios para que los demás caciques se sometieran pacíficamente y se evitara un derramamiento de sangre y sacrificio de millares de vidas, completamente estériles. Una triste y dolorosa experiencia había demostrado que las lanzas, dardos y flechas de los mayas, a

pesar del número, valor y patriotismo de éstos, no podían resistir a la artillería y arcabuces y acerados sables de aquellos hombres blancos y barbados que disponían del trueno y del rayo, que cabalgaban sobre monstruos que echando fuego por los ojos y humo por las narices, arrollaban como un huracán las masas indias, y que, envueltos en sus armaduras, eran punto menos que invulnerables a los proyectiles de los itzalanos, por más certeramente dirigidos que fuesen.

Los Cheles de la Costa y los hijos de Acanul, cacicazgo occidental, se habían anticipado a Tutul Xiu en su rendición.

Ya no existían muchos imitadores del soberbio cacique de Chetemal, quien, doce años antes, al ser requerido por el Capitán Alonso de Avila para que le mandase víveres, contestó con espartana altivez:

—Ven a tomarlos; las gallinas que pides, están ensartadas en mis lanzas y los granos de maíz en mis flechas.

Los españoles aceptaron con júbilo el vasallage y alianza de Tutul Xiu.

En seguida que este llegó a Maní, comunicó, en solemne Asamblea, a los caciques y sacerdotes de los pueblos de su dependencia, el objeto y resultado de su visita al campamento español y fué unánimemente aprobada su conducta.

Entonces, entre la flor de su corte y de sus sacerdotes y guerreros, nombró dos comisiones para que fuesen a invitar a seguir su ejemplo, previa elocuente demostración de las circunstancias que pesaban sobre el país, a los caciques de Sotuta y de Zaquí, respectivamente, a los altaneros Cocomes y Cupules, los caudillos más aguerridos y valerosos de la Península.

Sigamos a la que se dirigió a Sotuta, a visitar a los Cocomes, tradicionales e implacables rivales y enemigos de los Xiues.

Nachi Cocom la recibió cortés y afablemente, escuchó con profunda atención a los embajadores, les manifestó que, tratándose de un asunto tan grave y trascendental, necesitaba consultar a sus principales guerreros y sacerdotes, a su pueblo, y les citó para comunicarles su resolución, en el término de cinco días, ordenando que fueran espléndidamente alojados y alimentados.

Dos días después, luego que Nachi Cocom celebró con sus magnates un conciliábulo rigurosamente secreto, cuando menos para los embajadores, mandó invitar a estos para unas fiestas con que deseaba obsequiarles en un pintoresco paraje, denominado "Otzmal," dos leguas al sur de Sotuta,

en el fondo de un bosque rico en vegetación y en piezas de cacería.

Tres días duraron las fiestas en las que los Cocom y sus súbditos y los de Xiu, fraternizaron alegremente, como si fueran antiguos y cordiales amigos, entregándose con frenesí a los placeres de la caza y libando abundantemente el nacional **balché,** hasta embriagarse.

El banquete final, preparado con el magnífico producido de la cacería, se sirvió bajo la sombra de un frondoso y secular zapote, sitio convenientemente dispuesto, y en el que cupieron holgadamente los convidados.

Cocóm y los suyos se extremaban y multiplicaban en sus afectuosas atenciones hacia los embajadores.

Al finalizar el banquete, los efectos de la espléndida comida y los vapores del **balché** que se subían a la cabeza, llevaron a su colmo el entusiasmo de los circunstantes.

—Señores embajadores—dijo entonces Nachi Cocom, con voz poderosa y vibrante, poniéndose de pié:—hoy vence el término que les fijé para comunicarles mi respuesta a la embajada de Tutul Xiu, que ustedes me han traído, y voy a cumplir mi promesa.

Y a una señal suya, los súbditos del cacique cayeron sobre los embajadores, degollándolos sin piedad, entre blasfemias y vociferaciones ultrajantes y groseras.

A tan inesperada, brutal y rápida agresión, los infelices y sorprendidos embajadores no tuvieron tiempo de defenderse.

Solo conservaron con vida los asesinos a Kin Chí, hijo político de Tutul Xiu y Jefe de la embajada.

Nachi Cocom le mandó sacar los ojos con una flecha y le hizo conducir a los límites del territorio de Maní.

—Refiere a tu amo—le dijo al despedirlo—que lo que has visto, es la respuesta y el castigo que doy a los miserables cobardes que se atreven a proponerme que traicione a mi patria y la unza al yugo de la esclavitud extranjera.

. . . .

Está fuera de discusión que el atentado, sin ejemplo en las tradiciones mayas, consumado por Nachi Cocom, con premeditación, alevosía y ventaja, en las personas de embajadores que, como tales, siempre han sido, son y serán consideradas como inviolables y dignas de respeto, por reprobable que sea el objeto de su misión, no podrá nunca ser sancionado por la justicia y el derecho de gentes de ningún país.

Pero recordando y teniendo en cuenta el medio social en que florecía el altivo y soberbio cacique de Sotuta, su educación, el odio secular de su dinastía contra la del rey de Maní, y las graves circunstancias en que se jugaban entonces la independencia, la soberanía y la libertad de toda la Península, de toda una raza, el arranque feroz, la explosión brutal del patriotismo de Nachi Cocom, conmueven profundamente y hacen inclinarse y descubrirse respetuosamente las cabezas, por un instintivo e irresistible impulso.

Oh! y cómo se dilata y se regocija el alma, al evocar aquellos actos y a aquellos hombres, en estos tiempos en que el patriotismo se esfuma en el negro fondo del egoismo, de la ambición, del rencor y de la envidia, de las pasiones e intereses bastardos y personales; en estos tiempos en que, desgraciadamente, no son muy raros los mexicanos que por satisfacer su ansia de poder y de venganza o su conveniencia particular, no vacilan en aceptar y hasta en provocar la intervención extranjera, aunque se hunda la patria, con tal de que con ella se hundan también sus adversarios y prosperen sus negocios.

Noviembre de 1,913.

TERCERA PARTE.

Hojas Dispersas.

La Mujer.

I.

La mujer!!.... he aquí el verso más bello, más grandioso y más sublime de ese divino bardo que se llama Dios, en su inmenso poema que llamamos Universo.

¿Qué es la mujer?... La más preciosa mitad del género humano, la compañera inseparable del hombre, la que le ayuda en sus trabajos, la que le consuela en sus pesares.

El orígen, la fuente de donde brota continuamente la humanidad.

Ahora bien; cuando la fuente es pura, lo que de allí brota es tan puro como ella.

Es decir, que si la mujer es buena, los hijos que produzca serán buenos como ella.

He aquí un principio generalmente reconocido.

¿Y qué se había hecho hasta no ha mucho tiempo por la mujer?.... Muy poco, casi nada.

Veamos lo que ha sido esa mujer, lo que es y lo que debiera ser.

Según las Santas escrituras, la mujer formada de **una costilla del hombre**, debía ser su eterna e íntima compañera. Una parte de sí mismo.

En los tiempos primitivos, entre los patriarcas, cumple su misión.

A medida que la humanidad se desarrolla vá olvidando y vá corrompiendo su primera creencia. La mujer se degrada y envilece.

En los primeros tiempos de Roma, que más adelante sería la metrópoli del mundo, aún se respeta a la mujer. El ultraje de Sexto Tarquino a Lucrecia derriba la monarquía. El insulto del decenviro Apio a Virginia es causa de un cambio político en la misma Roma.

Avancemos un gran paso. Nos encontramos en medio de la nación más culta de la antigüedad; estamos en Atenas. ¿Qué es allá la mujer?... "Una cosa bella que se teme marchitar," según la frase de un historiador.

El griego con el espíritu embargado por pasiones más nobles, casi no tiene tiempo para entregarse a la voluptuosidad exclusivamente Asiática.

La mujer aparece reclinada sobre la cuna de sus hijos; allí es madre. Aspacia y Lais no por eso dejan de empañar la reputación de la metrópoli de las ciencias y de las artes. Tal es la ciudad de Solón.

En Esparta, la ciudad guerrera, la mujer es una planta que se cultiva para recoger sus frutos, que son otros tantos soldados para la patria. Una madre a quien sus hijos no conocerán y a quienes ella olvidará en breve.

Tal es la ciudad de Licurgo.

En el Oriente, la mujer, en la reclusión del serrallo, no es más que un instrumento de placer y de recreo. Tiene que dividir el amor de su esposo con otras que tienen igual derecho al tálamo nupcial. Está en el mayor grado de corrupción y degradación.

Pobre mujer!.... Su corazón, su tesoro más inapreciable, es un vacío.....

En Roma imperial, la reina de las naciones, la mujer está más envilecida aún. Allí están las impúdicas Mesalinas, Papeas y Agripinas, que no desmentirán la historia.

La mujer sirve apenas para perpetrar la raza. Es menester que Augusto y sucesores ofrezcan grandes premios y privilegios y permitan la mezcla de los patricios con los libertos, para poder realizar algunas uniones legales....

Pero en medio de tanta abyección, cesa de repente todo ruido. Un magestuoso silencio se estiende en todo el orbe. Algo grande y supremo vá a acontecer.

En un pequeño pueblo de Judea, aparece un hombre justo y virtuoso. Con gran pasmo de la multitud de sectas que divide la religión antigua, enseña una doctrina absolutamente nueva y extraña en su expresión, su moral es pura, sencilla y sublime.

Predica la bondad, la humildad, la creencia de un sólo Dios y el amor al prójimo. Establece la libertad e igualdad del género humano y dice a la mujer:

—"Alza tu noble frente infeliz esclava, el hombre es tu igual y no tu señor!"....

El mundo se asombra. El pueblo judío aprehende al gran Liberal que enseña una doctrina tan contraria a sus costumbres y lo sacrifica en la cumbre del Gólgota.

—"Perdónalos, señor, que no saben lo que hacen—" murmuró al espirar el Hombre-Dios.....

Aquella voz de redención retumba en el corazón de la mujer. Sacude sus cadenas y vuela gozosa al martirio. Tiene que pisar este horrible escalón para poder llegar a los pies de su Libertador.

Después de tres siglos de atroz combate entre el paganismo y el cristianismo,, éste triunfa al fin!... El estandarte de la Cruz flamea en el pináculo del alcázar de los Césares. La luz del Evangelio brilla en todo su esplendor. La mujer es libre y ocupa en la sociedad parte del lugar que le corresponde.

Pobre mujer!.... aún no es ese tu puesto. Las tinieblas de la edad media envuelven en su espeso manto a las naciones. Aún permanecerás mucho tiempo en la obscuridad de la vida doméstica. Aguarda!... llegará el día de tu redención.

Entonces aparece el gran siglo XIX. La civilización se desborda como un torrente de luz en todo el orbe. La mujer sale a la faz del cielo y participa de su resplandor.

Mad. de Stael, Mad. de Sevigné, Gertrudis Gómez de Avellaneda y otras mujeres ilustres brillan por sus talentos.

—"Adelante, compañeras,—exclaman dirigiéndose a su sexo,—adelante, está salvada la valla, ilustraos y brillad, no desmayeis!"

Al escuchar estas palabras, la mujer se estremece de entusiasmo y alza la frente en donde brilla el fuego del genio y de la esperanza.

Una falange de poetizas y literatas aparece en el gran teatro del mundo civilizado, y deslumbra y encanta con sus producciones....

Es, pues, indudable, que el medio más eficaz para regenerar la sociedad es la educación de la mujer.

La nuestra necesita y pronto de esa regeneración. Edúquese a la mujer, que se la instruya y se verá que puede servir para algo más que para dirigir una casa.

Ella, que enseña a su pequeño infante a dar los primeros pasos, a balbutir las primeras palabras, que mira cómo se abre ante el mundo el tierno capullo de su razón, al través de sus sonrisas, al través de sus besos, al través de sus lágrimas, sabrá depositar en ese capullo el rocío del honor y de la virtud, sabrá inculcar en su inocente y puro corazón los sentimientos que ella haya aprendido de sus padres y maestros.

Educad, pues, a la mujer y nuestra patria será feliz.

Tizimin, Marzo de 1,873.

DE GUSTOS NO HAY NADA ESCRITO.

Hé aquí una verdad como un.... tomate. Y a cada instante la escucharemos.

Cómo que nó! Se ha escrito mucho, pero se ha dicho poco o nada cierto.

"De gustos no hay nada escrito." Hé aquí lo mejor que se ha escrito sobre el particular.

Hé aquí lo más exacto, lo más razonable que se ha dicho y se podrá decir sobre el gusto.

Y es verdad. Cuánta variedad, cuánta contrariedad entre los animales bípedos y cuadrúpedos, racionales e irracionales, cuando se trata del gusto!

Ah! y pobre humanidad si los gustos fueran iguales!

La tierra se volvería un campo de Agramante.

Y a cada instante se parodiaría el pasaje del rapto de Elena.

Y la mitad de los hombres sería Menelao y la otra mitad Páris.

Y las mujeres bonitas serían Elenas. Y las feas..... bienaventuradas! Disfrutarían, como han disfrutado siempre, disfrutan y disfrutarán en los siglos de los siglos, de una paz celestial.

Nadie las importunaría. Nadie turbaría su dulce reposo. Ningún insolente malandrín pretendería seducirlas y por consiguiente labrar su desventura por toda su vida. Aunque nunca falta un roto.....

Bienaventuradas las feas, porque ellas....vivirán tranquilas.

Pero "los gustos no son iguales." Esta es otra verdad como el coloso de Ródas.

Raro es encontrar dos hombres apasionados de una misma mujer.

Raro es encontrar dos mujeres apasionadas de un mismo hombre.

Raro es encontrar dos personas que piensen de una misma manera respecto de un objeto cualquiera.

Lo que a la una le parece perfecto, ideal, intachable, para la otra carece de alguna buena cualidad, o adolece de algún defecto.

Y esto es una fortuna. Esto prueba, una vez más, que el Creador no ha dado la tierra a los hombres para que se despedacen por ella y sobre ella, sino para habitarla y repartírsela pacíficamente.

Lo propio sucede con las cosas. Un traje, un adorno, un

dije, pueden cautivar a una mujer y no llamar la atención de otra.

Sólo la moda, tan caprichosa como esa hermosa mitad de la familia humana, suele nivelar y encadenar el gusto de las mujeres.

Y nos referimos especialmente a las mujeres, porque ellas son las emperatrices del gusto.

Por que ellas poseen mejor que nosotros ese tacto exquisito, esa fina delicadeza del sentimiento del gusto.

Si nos encontramos de repente en nuestro camino un lagarto, una vívora, un zapo u otro cualquier reptil inmundo, por más que pertenesca al sexo femenino, (no decimos al bello) retrocedemos, huimos de él con repugnancia, con horror, y acaso perpetremos en su individuo el crimen de asesinato. Y si está cerca el macho del propio género, si no se lanza sobre nosotros para castigar nuestra insolencia, nos dirige una profunda y soberana mirada de desprecio acompañada de una sonrisa de compasión.

—¡Qué bruto,—dice para sus adentros;—desdichado! no conoce lo bello. Es un idiota!''

Eso, concediendo que el susodicho reptil tenga nociones de brutalidad, desdicha, belleza e idiotismo.

Y, por otra parte, dirá bien. Porque aquel ente que nos horripila con su cabeza achatada, sus ojos saltones, su inflado abdómen y su asqueroso contacto, es para él el prototipo de lo bello, el ideal de la perfección, y ni quien lo saque de sus trece.

Y lo mismo sucede con los demás animales.

No obstante, existe en la humanidad ese don del cielo que se llama sentido común.

Ese don que hace que las mujeres prefieran siempre un hombre a mil mujeres como ellas. Ese instinto que a nosotros los del sexo feo nos hace también preferir una mujer a un millón de hombres.

Existen las leyes generales del arte, del gusto, de la perfección, de la conveniencia y de la naturaleza.

Se trata, vg., de una mujer, de un edificio, de un libro, de un objeto cualquiera que sea apto para satisfacer todas o la mayor parte de esas leyes. Se trata, en fin, de una producción del genio.

Nadie se atreverá a negar su mérito, a menos que sea un solemne ignorante.

Todos confesarán que es una cosa perfecta.

Cada cual la elogiará con más o menos exaltación, según su organismo particular.

Lo propio sucede con un ser, un objeto esencialmente imperfecto, extravagante y feo.

O se trata también de un trono, de una silla presidencial, de un bastón de gobernador u otro encargo honorífico, y sobre todo lucrativo.

Todos convienen en que es un medio de adquirir dinero y poder, y que con dinero y poder se hace buena la vida algunas veces.

Con la única diferencia, de que unos, en su mayor parte por fortuna, procuran adquirir ese dinero honradamente, y otros lo roban, o pelean, se insultan, se asesinan bárbaramente por conquistar alguno de los puestos que acabamos de mencionar.

Pero se trata de sacrificarse real y efectivamente por la patria.

Todos exclaman con acento grave y magistral que es una idea noble, generosa, sublime.

Pero, cosa rara! pocos o nadie quiere ser noble, generoso y sublime. Lo que son los gustos!

Confesemos, pues, que si los gustos no son iguales, suelen llegar a cierta altura en que todos los hombres se ponen de acuerdo respecto a ellos.

¿Qué es el gusto? El sentimiento de lo bello. La idea de la perfectibilidad innata en nuestra inteligencia. O al menos, tal es nuestra humilde opinión.

Es incuestionable que los sentidos, órganos de la sensibilidad, influyen poderosamente en las decisiones de nuestra inteligencia. Y el estado de nuestros sentidos no siempre es uno mismo.

Y es chocante, por lo demás, que el mérito, el valor de un ser, de cualquier otro objeto, o la vibración de un sonido, no nos parezca, muchas veces, tal como es en realidad, sino según la disposición en que éste la retina, el tímpano u otro sentido herido, merced al estado que guarde el espíritu o el cuerpo, o según la educación que hayan recibido estos órganos en su existencia práctica.

Pero basta ya de borronear papel y fastidiar a nuestros tolerantes lectores.

Cuánto hemos escrito y no hemos podido decir nada!

Lo más acertado será rceonocer ingénuamente, una vez más, que de gustos, no solamente no hay nada escrito, sino que no se podrá escribir nada fijo, nada exacto, nada de aplicación general.

Tizimin, Marzo de 1,874.

EL BO—KEBAN.

(Purificación o lavado de pecados)

(Supersticiones mayas.)

Pasaba entonces una temporada en el campo; la mañana estaba serena y deliciosa, como la suelen describir los poetas, pues era nada menos que una de las más bellas de primavera: la noche anterior había llovido; los verdes y frondosos árboles parecían envueltos en mantos de líquidas perlas que brillaban a los rayos del sol que se elevaba sobre un límpido horizonte; saltaban en sus ramas trinadores pajarillos y a veinte pasos de mí gorjeaba un ruiseñor; un vientecito fresco, leve y perfumado mecía las copas del bosque y sacudía sobre mí las gotas del rocío, porque debo advertir que con mi escopeta al hombro vagaba en la selva, más para disfrutar de aquella mañana encantadora, que por el interés de cazar alguna cosa.

Insensiblemente me interné y al salir en un claro del bosque, sentí que los rayos del sol me quemaban ya, que al fresco vientecillo había sucedido una calma completa y observé que los pájaros ya no saltaban ni cantaban: alzé la vista al sol y calculé que serían las diez, aproximadamente: y no solo el astro del día me señalaba aquella hora, sino también el estómago, dominando a la distraída imaginación, me recordaba que era la de almorzar: me detuve y traté de orientarme, tomé rumbo, en efecto, y salí a un estrecho sendero; pero después de recorrer unos cien pasos, reconocí que no era el que había traído: el sol inflamaba sus rayos cada vez más, el hambre me apremiaba, y comenzaba a inquietarme seriamente, vacilando entre avanzar o retroceder, cuando el cercano canto de un gallo me decidió a lo primero: instantes después percibí varios penachos de humo que surgían de encima de algunas casas de paja y llegando a ellas, reconocí ser un parage poblado de indios libres, próximo a mi residencia: oí entonces un rumor sordo y monótono que salía de una de ellas; allí se rezaba: continuaba mi camino, cuando salió de aquella casa el indio propietario de ella, gran amigote mío, y acercándoseme, me invitó a detenerme.

—Amigo, —le respondí,—estoy extraviado, asi como me ves, tenyo hambre y quiero llegar al rancho.

—Venga usted, señor,—me replicó,—y tomará alguna cosa; se dá con entera voluntad.

Jamás me ha gustado despreciar a nadie, por inferior que sea en lo moral o en lo social, y a un indio menos; por lo demás, se recordará que llevaba una hambre atrasada y como aquel rosario me anunciaba una comilona, acepté y le seguí: cuando llegamos, el rezo concluía y aventuré desde la puerta una mirada al interior de la casa: varios individuos de uno y otro sexo se levantaban del suelo frente a un altar modesto en el que había una cruz de madera y ardían algunas velas de cera silvestre; y sobre el altar y ante la cruz, ví seis u ocho platos de relleno negro de pavo con su dotación de tortillas de maíz y otras tantas jícaras de atole: figúrense ustedes si aquel agradable espectáculo avivóme el apetito y si me senté con gusto en un banquillo ante una rústica mesita que cubrieron con un lienzo blanco y en la que pusieron un plato de relleno, tortillas y una jícara de atole para mí: ataqué, pues, la incitante comida, pero al primer bocado sentí tal ardor en la lengua y en el paladar, que se me encendió la cara, un copioso sudor brotó de todos mis poros, y, no pude tragarlo: tenía chile y con exeso atroz: para mitigar algo aquel ardor insoportable, tomé la jícara de atole, endulzado con miel, y apuré hasta la última gota.

En seguida, y disimulando mal mi disgusto, me despedí de mi huésped.

—Muchas gracias, señor,—me dijo con afecto,—agradecemos a usted su bondad y el difunto le bendecirá.

—¿Qué difunto? pregunté sorprendido.

—Mi pobre hermano, señor, que murió hace ocho días; este rosario es en sufragio de su alma.

—Les acompaño en el sentimiento de esa muerte que ignoraba; y ¿de qué murió?

—De viruela; pero ya estaba seca, cuando le dió el viento de agua, se le encendió la calentura y murió.

—Resignación, amigo; saluda y dá el pésame a la viuda de mi parte.

—Pobrecita; y cómo vá a agradecer a usted el que hubiese contribuído a aligerar el peso de sus pecados al difunto.

—¿Qué dices?

—Sí, señor, esa comida y ese atole....

—¿Qué tiene?

—Es el bó—Kebán?

—Y ¿qué es eso de bó—kebán?

—Cuando muere uno de los nuestros, se lava bien su cadáver, el agua del baño se conserva, y con ella se hacen

la comida y el atole que se reparten en los rosarios que se rezan tres y ocho días después.

Sentí erizárseme el cuerpo todo, y en el estómago un vuelco terrible; parecía que en maza quería salírseme por la boca: y el finado había muerto de viruela! y aquella agua impura hacia ocho días que estaba depositada....! me despedí rápidamente y tomé casi corriendo el camino de mi casa. Estaba yo furioso: el chasco había sido bien pesado: le conté al llegar la ocurrencia al mayordomo y este se hechó a reir en mis barbas.

—Es esto para reirse con tanta gana? —le pregunté exasperado.

—No,—me dijo,—me río de la casualidad: esa costumbre de bañar a los muertos, existe aún entre las familias rancias de indios, y están persuadidos de que ese baño póstumo lava las culpas del difunto, culpas que heredan en proporción los que comen las viandas y beben el atole, y no saben cómo agradecer a estos tan singular beneficio.

—Pero ese murió de viruela!

—Y ¿qué les importa?

Yo estaba de un humor del diablo: no comí nada más en ese día y hasta la noche sentía bascas y mal estar general; casi, casi sentía el peso de los pecados que inocentemente había bebido entre el famoso atole: maldije una y mil veces la estúpida superstición de aquellos bárbaros, y juré y rejuré no volver a comer ni beber nada en casa de un indio, sin antes averiguar su procedencia; porque, amén del escrúpulo, que no es lo de menos, no tiene nada de divertido eso de echarse encima pecados de gentes a quienes quizá ni conoce uno: cuánta verdad es que el sublime papel de redentor no se deja para todos!

Agosto, de 1,876.

MEXICO.

Las naciones, como los individuos, tienen su infancia, su juventud y su vejez. Como éstos, aquellas suelen tener una infancia robusta o enfermiza, una juventud sensata o turbulenta, y una vejez honrada o disoluta. En fin, suelen morir en su tierna edad o alcanzar una grande longevidad.

Los viejos imperios de los aztecas y de los mayas espiraron para siempre bajo las herraduras del corcel del conquistador castellano. Dios sabe lo que duró su autonomía nacional....'.!

Sobre sus soberbios escombros se levanta un pueblo nuevo, semilla implantada de la vieja Castilla que deberá adquirir un rápido y brillante desarrollo en el fecundo seno de la vírgen América.... La infancia de la Nueva España es tranquila; se parece a esas preciosas plantas que crecen mústias y lánguidas en las sombras silenciosas de sus augustas ruinas, escondidas de los vivificadores rayos del sol.

Llega a su juventud, ensaya sus fuerzas y su pensamiento y siente demasiada pesada yá sobre su cabeza la mano dominadora de la madre patria.

Siente entonces hervir en todas sus artérias el fuego de la libertad, y por la voz de Hidalgo, del más grande y generoso de sus hijos, reclama su independencia. Nada más justo y natural que un pueblo o un individuo se emancipe al llegar a su mayor edad. Pero España que vé arrancarse el más rico girón de su régio manto, sostiene en los campos del Anáhuac una guerra sangrienta y dilatada. Más la hora de la redención de México ha sonado en el cronómetro de la humanidad, y México es independiente y libre, después de once años de combates.

La Nueva España se encuentra entonces como el joven que tras un largo y severo pupilage, se vé de súbito dueño absoluto de sus acciones y obligado a raciocinar para poder vivir. ¿Qué camino tomará? ¿Qué sistema de Gobierno se impondrá? ¿Cuál es el sendero de la felicidad....?

Entonces resiente las funestas consecuencias de una emancipación no preparada. La transición ha sido demasiada rápida. Por un lado arrebatan la opinión el libre pensamiento y las ideas modernas de libertad, democracia, república: por el otro, la arrastran las tradiciones monárquicas de tantos años. Iturbide, el libertador de México, desciende de su altar de héroe para subir los escalones de un trono y trocar sus verdes coronas de laurel con una diadema imperial.......

Efímero debía ser y fué ese imperio. Iturbide, precipitado de aquel sólio levantado sobre movible arena, es sacrificado sin piedad por sus enemigos, sin respetar aquella cabeza coronada por los lauros frescos aún, de la Independencia.

Desde entonces, ¡pobre México! camina de guerra en guerra, de abismo en abismo, tropezando y cayendo a cada paso, buscando la verdad y la paz, sin vislumbrar todavía en lontananza el punto misterioso a que dirije sus pasos...

Tal ha sido y es la juventud de México. ¿Llegará a la madurez de la edad viril? ¿Recojerá los frutos de tan ruda

experiencia? Esperemos que sí, porque no es un misterio la causa principal si no única de las desgracias del país. Es el exclusivismo político, la intolerancia religiosa, el egoismo de los partidos y el más criminal aún de los individuos, que hace enemigos acérrimos a dos que piensan de diferente manera o tienen intereses personales encontrados y privan a la República de los útiles servicios de la mitad de sus hijos.

Cada partido que triunfa, monopoliza el poder, atendiendo su conveniencia particular y no la aptitud y el mérito, ni el beneficio del país. Y hé allí a ese país, es decir, al pueblo trabajador, productor, explotado como una rica veta, precisamente por quienes podían y debían hacerle próspero y feliz; y he allí la palabra "República," símbolo de unión, justicia, progreso y libertad, convertida en sinónimo de discordia, persecución, ambición personal e intolerancia política y religiosa.

No, y mil veces no: no es esa la República democrática. Bajo el estandarte de ésta caben todas las nobles aspiraciones. Solo hay una obligación sacrosanta y eterna: el patriotismo. Sólo hay un deber sagrado e ineludible: el respeto profundo a la ley. Sólo hay un crimen capital: la traición a la patria. Y todo eso, comun a gobernantes y gobernados. Porque, ¿con qué derecho se exijirá de éstos, si aquellos sacrifican y pisotean la ley que ellos mismos dictan?

Basta ya, o somos perdidos! Luchen en horabuena los partidos, deslinden sus derechos, pero no con el fusil embrazado, la infamia en el corazón y el odio en los ojos, sino con la lealtad en el alma y la fraternidad en las miradas. Basta ya de exclusivismo político, de intolerancia religiosa. Paso a la igualdad civil y a la libertad.

Cuando en los días de la patria he visto flamear nuestro querido pabellón tricolor sobre una multitud entusiasmada por las fiestas, allí en medio de ese delirio, cuántas veces, a mi pesar, no he sentido escaparse mi pensamiento y remontándose al espacio, pasear sus miradas sobre la República. Entonces ha oido apagarse el ruido de las fiestas, ha visto a través del entusiasmo y de la alegría el corazón desgarrado de la patria y su frente nublada por sombríos presentimientos; ha oido descender de las regiones celestes una música tristísima; ha visto entreabrirse el azul del firmamento; y allí en los umbrales de la eternidad, ha visto aparecer blancos fantasmas presididos por un anciano sacerdote de grave y melancólica fisonomía. Y ese anciano, enjugándose los ojos, y con acento sordo y funeral: "Mexicanos!—ha exclamado,—gozad un

instante! sí, apagad con el estruendo de vuestras efímeras fiestas de gratitud, de unión y de paz, el gemido de la patria, el fuego de vuestros odios, el infierno de vuestras bastardas ambiciones, para que mañana, olvidándolo todo otra vez, os entregueis de nuevo a vuestras fratricidas contiendas! Gobernantes, ¿hasta cuándo abusaréis del sufrimiento del pueblo? Pueblo, ¿hasta cuándo sabrás hacer un uso legítimo de tu derecho? ¿Qué habéis hecho de la Independencia que pedí al cielo para todos vosotros y a la que sacrifiqué mi vida? La comprometéis a cada instante y os exponéis a perderla por vuestras eternas y sacrílegas divisiones. ¿Qué habéis hecho de la libertad? La ultrajáis sin cesar, salpicáis su rostro inmaculado con sangre y lodo, y os cubrís bajo su sagrado manto para realizar vuestras innobles aspiraciones e insultar a la verdad y a la justicia. ¿Qué habéis hecho, por último, de Iturbide, Guerrero y otros que os han legado Independencia, Libertad y Gloria? Ingratos! los habéis inmolado a vuestras venganzas de partido; os habéis manchado con su generosa sangre y por un momento de error, habéis olvidado años de sacrificios e inmensos servicios en favor de la patria. ¡Ay de tí, México, si continúas en ese camino que vá recto al precipicio! ¡Ay de vosotros, mexicanos, si seguis empujando a vuestro país a su total ruina!"

Y tras un doloroso clamor, el anciano y los fantasmas han desaparecido. Y he sentido entónces que un frío glacial inundaba mi corazón y mi cabeza. Y he huido de esas fiestas con el alma oprimida.

Ahora, empero, parece que la paz interior se consolida; pero una nube preñada de tempestades amenaza levantarse allá en la frontera yankee. Alerta, Jefe Supremo de la Nación, sois responsable ante Dios y ante la humanidad de la autonomía y felicidad de la República!

Patria mía, si un día destilando sangre por todos tus poros, muertos yá todos tus valientes, hayas de caer moribunda a los piés de un conquistador, sin haber disfrutado desde tu emancipación un día de verdadera libertad, una hora de unión, un minuto de paz, un segundo de felicidad, ábrase antes bajo tu suelo un abismo y al ver desaparecer sobre tu cabeza las últimas estrellas del firmamento, que serán los trémulos espíritus de tus héroes, exclama por la vez postrera: ¡Viva la República! ¡viva la Independencia! ¡viva la Libertad!

Tizimin, Septiembre de 1,878.

15 de Septiembre de 1,810.

Como el mísero labriego arroja sus harapos y viste de gala el día más clásico de su vida, así la infortunada nación mejicana rasga hoy, por un momento siquiera, el tenebroso y ensangrentado velo de rencillas fratricidas que la envuelve y ofusca su razón, y desnudándose de sus bastardos intereses de partido, viene unánime con el gozo en el corazón y la frente levantada a recordar el día más grande de su historia, a depositar la ofrenda de su amor y gratitud en ese altar de la patria en donde rinde culto a sus héroes y redentores.

No pretendo referir el acontecimiento que consagró en la Nueva España los días 15 y 16 de Septiembre, esa épica lucha de once años, digna de la lira de Homero y de Virgilio, que iniciada por el Cura de Dolores la noche del 15 de Septiembre de 1,810, dió por resultado la emancipación de México.

El 27 de Septiembre de 1,821, entraba en la Metrópoli de Nueva España el vencedor ejército de las tres garantías, acaudillado por don Agustín de Iturbide, consumada yá la independencia nacional.

Aquellas tres garantías eran "Religión, Unión, Independencia."

.. ..

Estamos a 15 de Septiembre de 1,880. Han transcurrido 59 años. La faz de México ha sufrido una asombrosa metamórfosis. Un abismo de sangre, rencores y egoismo, mezclados con grandes conquistas y heróicos acontecimientos, nos separa del día en que la Nación se proclamó Independiente.

Echemos una rápida ojeada sobre lo que resta de aquellas célebres garantías, emblema de la revolución de 1,810.

Sobre "Religión" se ha escrito con carácteres indelebles este dogma político: "El Estado no tiene religión: se declara la libertad de cultos."

"Unión"....ay! fijemos la vista en la República y en vano la buscarémos. Además de la todavía profunda división entre conservadores y liberales, éstos están desgraciadamente subdivididos en facciones personalistas, más o menos importantes, que sin cesar se disputan el poder, que se destrozan mútuamente, aniquilando al país, y que, para alcanzar sus fines, suelen descender lastimosamente hasta el crímen y la infamia.

"Independencia".... la conservamos aún, ciertamente, pero escarnecida de contínuo en la frontera oriental por la intrusa colonia de la soberbia Albion, y con frecuencia en la frontera septentrional por esa colosal República **hermana** que ha devorado yá la más rica mitad de nuestro territorio y que acaso acaricia la idea de adjudicarse lo que nos ha dejado, más tarde o más temprano, como yá públicamente lo dicen algunos soñadores yankees.

Hé allí lo que existe de las tres garantías, divisa del valiente ejército, del pueblo altivo que derrocó la dominación española.

En cambio, consolémonos: México es ahora una República democrática, representativa, popular; posee una Constitución federal en que están consignados los principios de Justicia y Libertad y en lugar de las tres antiguas garantías, ha escrito en sus estandartes: "Libertad, Igualdad, Fraternidad." He ajuí sus conquistas en 59 años.

Amables lectores, no se rían ustedes; me dirán que todo eso es una farsa, que la Libertad, Igualdad y Fraternidad son hasta este momento una utopía no más, consignada en nuestras instituciones, pero muy lejos de ser practicadas por nuestros gobernantes y nuestros políticos.

Efectivamente, es cierto por desdicha nuestra. Pero recordemos que los abusos y crímenes de los ejecutores de la ley no quitan a ésta su bondad; que nuestra Carta fundamental, salvo algunas aclaraciones que la experiencia ha hecho necesarias, está basada sobre los principios de la Democracia, y que si todavía no es observada como se debiera, no debemos culparla de ello. Culpemos, sí, a los egoístas y ambiciosos representantes del poder público que en todos los tiempos la han violado a cada paso para sus fines particulares; y en último caso, reconvengamos a esa inmensa mayoría del pueblo que, ora por su carácter laborioso, pacífico y sufrido, ora porque en su generalidad desconoce la latitud de sus derechos, se resigna a todo y soporta la tiranía de muchos, después de sacudir la de uno, con tal que se le deje trabajar tranquilamente.

Oh! y siquiera por eso que se le dejara en paz! Pero no, los perpétuos aspirantes al poder y los que no quisieran dejarlo, empeñados en ser los que rediman y regeneren y coloquen al país de patitas en el paraíso, se despedazan sobre ese desdichado pueblo, le arrebatan o destruyen el fruto de su trabajo, sacrifican a gran número de sus hijos, cuyos cadáveres les sirven de escalones para subir o de parapeto para defenderse y acumulan sobre él todas las

horribles calamidades que emanan de la ambición y de la guerra.........

Resignémonos, empero: tengamos fé y esperanza en el porvenir. Ese pueblo que ayer desconocía sus derechos y del que, en consecuencia, se abusaba más, hoy lo vá conociendo yá, se deja burlar menos, y mañana, quién sabe! tal vez adelantada, yá que no terminada su instrucción social, ocupará entonces el trono de soberano que hace tiempo conquistó con su sangre y que hasta hoy ha sido regenteado, unas veces por los más hábiles, otras por los más audaces o afortunados de sus hijos. Entonces será una realidad la República y el imperio absoluto de la ley.

Sí, instruyamos, pero a prisa, al pueblo en sus derechos y en sus deberes, para que pueda gobernarse por sí mismo y sacudir la odiosa tutela de los patrioteros de oficio, y ser verdaderamente libre y feliz.

Hidalgo proclamó una noche de 1,810 la Independencia nacional, Iturbide y Guerrero la consumaron en 1821, Juárez la aseguró en 1,867 dando en Querétaro el golpe de gracia a la intervención extranjera.

Pues bien; hoy que conmemoramos el primer grito de esa Independencia, jurémos sobre la memoria venerada de esos beneméritos de la patria, morir independientes y vender caras nuestras vidas, ántes que renunciar la noble herencia que nos han legado, ántes que permitir que las herraduras de los corceles extranjeros profanen nuestro querido hogar y las cenizas de nuestros mayores y de nuestros héroes. Juremos sobre el altar de la República la más franca unión, para levantar a nuestro infeliz México de su lecho de padecimientos, y elevemos un ferviente voto de gratitud y nuestras bendiciones hacia la mansión en que reposan nuestros bienhechores.

Tizimin, Septiembre de 1,880.

EL CANTO DEL XCUCUTCIB.

(Fábula maya.)

No recuerdo en qué periódico del Estado he leído una bella anécdota sobre el orígen del canto de la paloma morena, muy conocida en nuestras campiñas con el nombre indígena **xcucutcib**. En esa anécdota se atribuye ese orígen a los celos de la paloma, explotados por la astuta ardilla.

Yo, amigo exaltado de las tradiciones del país, procuré avistarme con uno de esos ancianos **macehuales** en cuyas ve-

nas aún se conserva pura la ardiente sangre de los itzalanos, como se conserva puro en sus labios el breve y expresivo idioma de sus antepasados, y le consulté sobre el particular.

—Señor,—me respondió—esa anécdota es exacta en el fondo, pero nó en la forma.

—Y tú, ¿de quién la aprendiste?—le pregunté.

—Mi padre, en las largas noches de invierno, cuando terminados los trabajos del amo, se distraía tegiendo cintas de palma para nuestros sombreros, o corchando hilo de henequén para nuestras hamacas, o, en fin, tegiendo bejucos para cestos o **canastos,** allí junto al fogón o la la plateada luz de la luna, nos reunía en su rededor y nos instruía y deleitaba, ora con narraciones que tomaba de las tradiciones históricas de este país que un tiempo fué exclusivamente nuestro, ora con esas poéticas fábulas de que abunda nuestro idioma.

—Veamos, pues, cuál es le orígen del canto del **xcucutcib,** según tu padre.

—Y según todos los indios de por acá, señor.

—Bien, te escucho.

Y con esa grave y melancólica entonación del idioma maya en los labios del verdadero indígena, comenzó su relación.

—Era a la mitad de un caluroso dia de verano. El sol, libre de nubes, abrasaba la tierra desde el zenit con sus rayos de fuego. No se sentía una ráfaga de viento. Reinaba una calma absoluta. Ni una hoja de árbol se movía. Cuadrúpedos y aves, refugiados en ls escasas sombras, dormían como narcotizados. Imperaba un completo silencio. Sólo la ardilla que no había podido desayunarse hasta aquella hora, recorría el campo seco y árido, y yá saltando sobre el suelo, yá deslizándose de entre las ramas, buscaba en vano una fruta siquiera para saciar su hambre voraz. De repente se encontró entre el ramaje de un grande y frondoso roble. Estaba tan fatigada y era tan deliciosa la frescura del follaje, que se detuvo.

—Ya que no encuentro qué comer, al menos dormiré en este lugar tan agradable,—murmuró—no sé dónde he oido que el que duerme, come.

Y paseó, en efecto, la mirada entre el ramaje, buscando un sitio apropósito. Entonces oyó una especie de susurro amenazador, se volvió y percibió a una hermosa paloma morena que posada sobre su nido, levantó una de sus alas al ver aproximarse a la ardilla, con aire hostil. Pero al hacer este

movimiento defensivo, dejó ver varios huevos que cubría con su cuerpo y que hicieron dar un vuelco en el hambriento estómago de su astuto huésped. Entonces cruzó por la mente de la ardilla un pensamiento infernal.

—¡Desdichada!—dijo a la paloma exhalando un suspiro,—¿porqué cuidas con tanto empeño esos huevos? ¿no sabes lo que nos espera?

—Nó,—respondió la inocente paloma, ¿qué va a suceder?

—¿No sientes esta calma y este calor que nos sofoca?

—Sí.

—Pues en pocas horas se desatará un espantoso temporal que no dejará árbol ni arbusto en pié, y luego caerá una lluvia de fuego que consumirá todos los campos y tú y tus huevos, y todos nosotros pereceremos, sin remedio, si antes no huimos de la catástrofe.

—¡Gran Dios!—eeclamó aterrada la pobre y cándida paloma,—¿y a dónde?

—No lejos de aquí, en el lindero del bosque, hay una roca en cuyas cavidades corren a ocultarse nuestros hermanos. Vuela, si quieres vivir.

—Y mi esposo y estos huevos?

—Tu esposo te espera en las rocas. Estos huevos... ya pondrás otros.

La crédula paloma partió llena de angustia y la ardilla saltó sobre el nido y devoró los huevos que con tanto cariño cuidaba aquélla.

Pasó aquel día y otro, y no hubo ni temporal, ni lluvia de fuego.

La paloma regresó a su nido y sólo encontró las cáscaras de sus queridos huevos.

—¡La infame me ha engañado!—exclamó rompiendo en llanto.

Algún tiempo después, se encontró con la ardilla que intentó huir.

—¡Miserable! por qué me mentiste? —le dijo furiosa.—¡Y yo que te creí! ¡Ah! pues que sólo querías devorar los huevos en cuyo seno se formaban ya mis adorados polluelos. ¡Maldición para tí!

—¡Qué dices, desventurada!—exclamó la ardilla con un aplomo envidiable—ni te he mentido, ni he comido tus huevos. El gavilán los devoró.

—¿Pero y el temporal y la lluvia de fuego?

—Dios tuvo piedad de nuestro llanto y de nuestra de-

sesperación y retiró su mano pronta a exterminarnos: bendigamos a la bondad de Dios,—añadió hipócritamente.

—¡Mientes, villana!

—¿No me das crédito? Mira, ahí vienen varias de tus compañeras, pregúntales y te convencerás.

La ingénua paloma voló hácia sus compañeras y la ardilla desapareció; y cuando las palomas juntas llegaron a castigar a la infame embaucadora, no la encontraron.

Desde entonces la paloma todas las mañanas, o por la tarde, u oculta al mediodía entre el follaje, o despertada a la media noche por el melancólico resplandor de la luna que excita sus recuerdos, entona, siempre ese único canto tan triste y melodioso, eco de sus penas: "Ay! Cuut-tuutuu-sen," es decir: "la ardilla me ha engañado repetidas veces."

Calló el viejo **macehual,** le dí las gracias por su historia, y me aparté de él, decidido a trasladarla a los bondadosos lectores de **La Revista de Mérida,** aunque nó con la corrección y expresión con que me la refirió el anciano.

Tizimin, Noviembre de 1,880.

LOS SIRVIENTES DEL CAMPO.

I.

Hace tiempo, desde que comenzamos a observar con tristeza la marcha decadente de la agricultura en el Oriente, y la desmoralización que de algunos años a esta parte viene cundiendo entre los sirvientes de campo, hemos deseado, los agricultores todos, que nuestros inteligentes legisladores y jurisconsultos colocasen en el tapete del estudio y de la discusión, la cuestión importantísima encerrada en el título de este incorrecto escrito.

Pero en vano deseamos y hemos esperado: sin duda el asunto es harto espinoso y delicado y se han abstenido de tocarlo nuestros escritores yucatecos, atreviéndose, cuando más, a aventurar brillantes pero rápidas observaciones sobre el artículo 5o. de la Constitución de 57, como lo hizo el ilustrado jurisconsulto Sr. D. Néstor Rubio Alpuche en "La Revista de Mérida," pero sin dirigirse al fondo tenebroso de la cuestión.

Ahora bien; la ignorancia es atrevida y ya que los inteligentes en la materia han creído más prudente callar, en nombre de los agricultores, inmediatamente interesados en ello, y no obstante mi insuficiencia, me atrevo hoy a poner

el dedo sobre la herida, no para analizarla ni menos recetar el remedio eficaz, sino para enseñarla sencillamente a nuestros gobernantes y legisladores y pedirles que intenten un tratamiento radical.

Pero antes de hacerlo, arrojemos una mirada retrospectiva a nuestra historia y procuremos buscar allí el orígen y antecedentes de la enfermedad moral cuya curación imploramos.

Raro será el que desconozca las raíces del sistema agrícola en la Península yucateca. Cuéntannos nuestros historiadores, que terriblemente decepcionados los conquistadores que esperaban encontrar en Yucatán, como en México y Perú, minas de oro, plata y piedras preciosas, en Yucatán, cuyo sojuzgamiento y reducción a provincia española tanta sangre y perseverancia les costara, resolvieron sacar, al menos, todo el provecho posible de su conquista. Y el único medio para ello era cultivar la tierra: pero los conquistadores eran pocos para el caso y, por otra parte, no habían atravesado el Océáno, ni sufrido tantas privaciones y peligros, ni humedecido el itzalano suelo con su sangre, para solamente venir a encorbarse sobre él, bajo el ardiente sol tropical, y con el hacha y el machete en la mano, en lugar de la espada y el mosquete, arrancar a la tierra sus preciosos frutos. En cambio allí estaban los indios sojuzgados, que eran muchos y habituados al trabajo del campo. Entonces se establecieron las **encomiendas y repartimientos,** los vencidos fueron distribuídos entre los vencedores y muy torpe debió ser el encomendero que al cabo de algunos años no poseyese una buena renta, producido del sudor y afanes de sus indígenas. El antes indómito y soberbio **macehual** gimió bajo el yugo de su señor, y si alguna vez su ardorosa sangre se calentaba demasiado y agitaba sus brazos o solamente su lengua, allí estaban la picota, los grillos y el cepo; sus tostadas espaldas crugían bajo el látigo del **fiscal** y esa sangre hirviente, no pudiendo contenerse en las venas, saltaba y salpicaba esos instrumentos de suplicio y aun el rostro del verdugo, como una maldición espantosa. Y entretanto, ínterin que se explotaba de esa manera al vencido, era descuidado su espíritu envuelto en las densas sombras de la ignorancia y de la superstición, si bien es cierto que, aunque aparentase lo contrario, no quería aceptar nada de sus amos y apenas si se les hacía aprender de memoria una religión de **amor y caridad**, que no comprendían, cultivándose sordamente en el fondo de su corazón, la perfidia, el disimulo, la hipocrecía más infame. Frutos de la

época, ¡ay! sí, porque precisamente eso que hoy nos parece abominable, parecía entonces, no sólo justo y necesario, sino indispensable para la conservación de la sociedad yucateca. Ay! inicua y deplorable educación cuyos muy amargos resultados nos tocó en suerte venir a recoger! Bomba de dinamita cargada lentamente por nuestros antepasados y que ha venido a estallar al fin bajo nuestros piés al cabo de tres centurias....! Varias, aunque inútiles fueron las tentativas del maya para romper sus cadenas; muchas y protectoras fueron las leyes que emanaron de la metrópoli con el objeto de mejorar su condición; supremos fueron los generosos esfuerzos de Las Casas y otros apóstoles de la humanidad en su favor... Todo fué en vano: el trabajo y ciega sumisión del indio constituía la única fuente de riqueza de los conquistadores y sus descendientes y no renunciaban a ella.

Esta tirante situación se prolongó hasta fines del siglo XVIII y albores del XIX, en que los vivos resplandores del inmenso volcán que abriera estrepitosamente su cráter en el corazón mismo de la Europa, iluminaron ambos hemisferios, y purificaron las miasmáticas atmósferas sociales y las impregnaron de justicia y libertad, y haciendo germinar en cada pueblo la simiente innata del progreso, hicieron surgir esos Códigos y Reformas, más o menos exaltados y oportunos, más o menos prematuros que desde entonces comenzaron a pugnar por restablecer el equilibrio en el interior y exterior de las comunidades.

Enteramente profano yo en la ciencia de las leyes, muy someras tienen necesariamente qué ser las nociones que posea sobre las diversas constituciones políticas que se promulgaron para el Estado antes y después de su emancipación de la madre patria, desde la de Cádiz hasta la de 57. Solamente sé, como todos, que se abolieron sucesivamente las odiosas encomiendas y repartimientos, que los aborígenes fueron declarados ciudadanos libres e iguales ante la ley a los blancos y mestizos, que fueron libertados de toda contribución y téquio que pesase especialmente sobre ellos, más aun, que se les concedieron más privilegios todavía que a los blancos. Y las picotas y los grillos y los cepos fueron destruídos o tirados a enmohecerse, quemados o fundidos, y sus cenizas y huellas sepultadas para siempre bajo los escombros, osarios y pavezas del cataclismo de 48.

Sin embargo, una clase hubo que no pudo levantar libre la frente entre los indios: los sirvientes o criados de las fincas de campo. ¿Cómo se formó esa clase tan numerosa y

que tenía y aun tiene absorvida gran parte, tal vez la mayor parte de la riqueza pública? ¿Cómo contrajeron esos indios deudas crecidas, inverosímiles a veces, con el compromiso de solventarlas con su trabajo personal, pues no lo podían hacer de otro modo, trabajo cuyo precio tenía qué ser puramente convencional, en atención al interés de la cantidad anticipada y al arrendamiento de los terrenos de propiedad en que labraba sus sementeras y levantaba su habitación? Es fácil presumir cómo, puesto que en nuestros días, a cada paso vemos hombres libres, indios o blancos, contraer espontáneamente esas deudas y en breve tiempo convertirse en sirvientes de campo. Como es natural, pocos llegan a saldar su crédito y quedar libres para ir donde les plazca, y desde que esa deuda excede de ciento o ciento cincuenta pesos, el sirviente pierde la esperanza de emanciparse, su amo apenas le dá lo muy indispensable, el ánimo indolente y estoico por educación, del indio, se hace más y más apático, van desapareciendo en él los últimos destellos de su sofocada dignidad, al fín se convierte en un autómata y procurando tomar a su amo todo lo más y trabajar todo lo menos, persuadido de que por conveniencia propia, sino por deber, tiene ese amo qué subvenir a todas sus necesidades y cuidar esmeradamente su salud, espera flemáticamente el fin de sus días y uno de estos muere, llevándose en sus **alpargatas** uno, dos o trescientos pesos que adeudaba. Con frecuencia, los amos se ven en el caso de usar alguna energía para que los sirvientes trabajen, habituados por tradición a moverse no más que bajo la presión de la mano de aquel.

Refiéresenos que hace veinticinco o treinta años, era raro ver a un blanco o mestizo en el número de los sirvientes de campo, al paso que ahora es lo más frecuente. Atribúyese esto a que ahora es más cara la vida que en aquellos tiempos, y a que perseguidos desde su temprana edad para el servicio de las armas, han preferido cambiar su residencia a las fincas rústicas en condición de jornaleros y allí se han adeudado insensiblemente, prefiriendo ser **criados** y trabajar continuamente, pero con la seguridad de que serán atendidas todas sus necesidades, a ser soldados mal remunerados y peor tratados y sujeta su familia a todo género de privaciones. Y una vez establecidos en la finca, sus hijos siguen sus pasos, como los indios se hacen también sirvientes y ya solo se distinguen blancos e indios por la piel o el apellido.

He allí, en resúmen, la situación que guardaba el servicio de campo cuando, como el decálogo mosaico, apareció

entre truenos, relámpagos y sangre la sabia y liberal Constitución del 57, declarando solemnemente en su artículo 5o., que nadie puede ser obligado a prestar sus servicios personales sin su pleno consentimiento y justa retribución de su trabajo.

II.

Nada más equitativo ni racional que el artículo 5o. de la Constitución de 57 y hasta no hace mucho, poca alarma había infundido entre los propietarios de fincas rústicas con sirvientes adeudados. Pero hace algún tiempo que en la mayor parte de esas fincas, antes tan pacíficas y metodizadas, se viene observando una especie de inquietud, de desmoralización, relativamente a sus hábitos, una tendencia a la disolución.

Los sirvientes han empezado a desaparecer, sin ningún motivo aparente, siendo pocos de ellos los que se consigue encontrar: si por alguna falta que cometen, se les reprende, en ausencia de autoridad competente, se rebelan contra la voz del propietario, a veces le ofenden y si éste en un acto de indignación castiga su atrevimiento, o levantan su mano armada contra él o se fugan de la finca; y, o desaparecen o van ante un tribunal de justicia en donde pintan al propietario como un mónstruo de iniquidad, callando su propio delito. Y si, como por lo regular sucede, en este último caso, la autoridad hace justicia al acreedor, el sirviente pide separarse de su servicio, y si aquel se opone, por recibir perjuicio, pide amparo al Juez de Distrito quien se lo concede, declarando que el consentimiento de que habla el artículo 5o. debe ser **actual** y no **prévio.**

Un ejemplo práctico. Juan posee una finca de campo, con planteles de cualquiera cosa y treinta sirvientes que los cultivan y que le adeudan cinco mil pesos, todo lo cual o lo ha heredado de sus padres, o se lo ha traído su esposa al matrimonio, o lo ha adquirido honradamente con su trabajo: la procedencia no hace al caso. Compréndese que él no tiene ninguna culpa de que esos sirvientes adeuden sumas para pagar con su trabajo personal. Pero hétenos que un día se les ocurre a los treinta sirvientes, que tienen noticia de la actual aplicación del artículo 5o., tirar sus instrumentos de labor y en lo más delicado de las faenas agrícolas, pedir sus cartas—cuentas. Naturalmente se las niega Juan: entonces si no se van por esos mundos de Dios, ocurren al Juez

de Distrito y éste condena a Juan en virtud del artículo 5o., de la Carta federal. Juan replica que no se puede desprender de sus sirvientes en aquellos momentos, porque todos sus planteles, que son su única esperanza para pagar o siquiera contentar a sus acreedores y alimentar a su numerosa familia, están en tiempo de ser cultivados o cosechados y que si en ese estado se les abandona, pues no ha de encontrar con facilidad quienes hagan el trabajo de sus sirvientes, se pierden todos sin remedio, y se arruina y arruina a sus acreedores, y su larga familia quedará hundida en la miseria.... Nada, en vano se desespera el pobre Juan, la ley le obliga a dar carta—cuenta a sus sirvientes y tiene que hacerlo. Pero he aquí que no hay quien quiera pagar por estos sirvientes tan **leguleyos** y admiradores del artículo 5o. que invocarán a cada instante, con el fin de no trabajar y andarse de mano en mano: la ley ha previsto el caso, entran a servir a jornal y una cuarta parte del que perciban será para ir pagando sus deudas. Figurémonos que esas deudas son de a dos y trescientos pesos... ¿en cuánto tiempo vendrá a acabar de recibir Juan su dinero, dinero que pagó junto? Pobre Juan! ¿cómo lo hará con su finca y planteles abandonados de la noche a la mañana...? ¿cómo lo hará con sus acreedores y su numerosa familia...?

Tal es lo que sucede en detall con los sirvientes que pretenden separarse de las fincas, tal es lo que es posible suceda a toda una finca o a todas las fincas de campo, si todos los sirvientes conocieran la latitud de los derechos que les concede el precitado artículo 5o.

¿Cuál es, entonces, el porvenir de la agricultura en Yucatán, especialmente en el Oriente, en donde son más crecidas que en cualquier otro punto del Estado las deudas de sirvientes....? La disyuntiva es terrible: o para la conservación de las fincas de campo, es decir, de gran parte de la riqueza pública, hay que obligar a los sirvientes adeudados a servir a sus acreedores, hasta saldar su débito, sin poderse separar, salvo en los casos previstos en nuestro Código civil, con lo que se vulnera el espíritu del artículo 5o. de la Carta Federal; o se aplica éste en todo su rigor, y entonces no estará lejano el día en que desaparezca la riqueza agrícola del país, porque esos ex-sirvientes, perezosos por naturaleza, no verán más que su presente, sin pensar en el mañana, y se limitarán a arrancar de la tierra el indispensable alimento cuotidiano, sin procurar formar ni fomentar una reserva para sus descendientes.

A la vista tenemos ejemplos palpitantes de esta ase-

veración nada exagerada. ¿Qué sería entonces de Yucatán....? ¿Cuál será el desenlace de este problema social....?

Alguna vez nuestros legisladores han meditado en una ley agraria, cuya urgente necesidad han conocido. Pero han tropezado por un lado con la muralla de granito del precitado artículo 5º y por el otro, con el abismo del sistema de servicio agrícola en el país.

Empero, cada día se va haciendo más y más precisa una resolución que hunda o salve nuestra riqueza agrícola. Antes de veinte años, si los sucesos prosiguen como hasta aquí, el régimen de servicio de campo habrá variado de una u otra manera. La situación amenaza agravarse. Los sirvientes comienzan poco a poco a agitarse en las fincas en donde algunos propietarios apegados al antiguo sistema, mantienen tirante la cuerda del arco que al cabo estallará en sus manos; y aun en aquellas cuyos previsores propietarios han procurado contemporizar con las circunstancias y han ido modificando su conducta en pró de los sirvientes y con perjuicio quizá de sus intereses, se hacen más repetidas las fugas de éstos, disminuyendo así, en respetables cantidades, el valor representativo de los capitales. Los tribunales de justicia ven reiterarse a menudo las controversias entre propietarios y sirvientes. De tiempo en tiempo, como fatídico amago, corre la noticia de que un sirviente mató o hirió gravemente a su principal porque éste le reprochó una falta o le castigó su atrevimiento..... Oh! cuidado con la reacción.....!

¿Qué es lo que sucede? ¿Será que ha sido tal la cantidad de libertad derramada sobre nuestro afortunado país, que no sólo ha llenado las cabezas, sino que se ha desbordado en la tierra, y evaporándose como el éter, al calor de nuestro ardiente sol, ha degenerado, envenenándose y ha saturado hasta el ambiente que se respira en los campos y desiertos....?

La libertad....! Oh! estará bastante avanzado nuestro pueblo, en particular la clase indígena, estará bastante preparado, para comprender, recibir y disfrutar de toda esa suma de libertades y derechos soberanos consignados para él en nuestras instituciones?

Responda ese mismo pueblo, responda la experiencia!

III.

Hablemos con formalidad. El asunto es bastante importante y sério para jugar con él. Busquemos una salida

a este laberinto en que sin intención, nos han extraviado nuestros abuelos. Y cosa extraña, más aun, triste. El minotauro de ese laberinto es el artículo 5o., uno de los más luminosos de nuestra Constitución federal. Afortunadamente hay una Ariadna que puede sacarnos de él, y es la verdadera justicia y la razón de Estado.

Muy enhorabuena que nadie pueda ser obligado a prestar sus servicios personales sin su pleno consentimiento; pero parece racional que debe obligarse a todo individuo a cumplir un compromiso que libre y espontáneamente ha contraído. Si un artesano, v. g., me pide anticipado el valor de un trabajo y luego no quiere hacerlo, sin razón justificada, ¿debe obligárseme en justicia a recibir de nuevo mi dinero, si lo devuelve, o a percibirlo en pequeñas parcialidades, o tal vez a perderlo? No se nos hable de indemnización de perjuicios, porque es inútil, tratándose de artesanos o jornaleros insolventes. ¿No parece más natural, y equitativo el que la ley haga efectivo todo compromiso, salvo inconveniente de fuerza mayor plenamente demostrado? Lo contrario ¿no sería fomentar y autorizar la estafa? ¿no sería desmoralizar a la sociedad, minar sus más sólidos cimientos, destruyendo la fé pública? ¿no sería cerrar todas las cajas hasta a los artesanos y proletarios honrados, quienes por lo general necesitan del anticipo del precio de sus obras o de su jornal? La ley, se dirá, tiene penas para la estafa! Perfectamente! se le pone al estafador algunos meses en prisión, lo cual léjos de ser un castigo para él, es un beneficio, puesto que se le alimenta sin trabajar y se le ahorra la tarea de buscar a quién estafar. A poco tiempo recobra su libertad y casi siempre el acreedor queda cínicamente burlado.

Cierto es que obligar a un sirviente a solventar su crecida deuda con su servicio personal, en virtud de su compromiso prévio, equivale a condenarle a continuar siendo sirviente todo el resto de su vida; pero eso no lo evita el "consentimiento actual," puesto que, aun cuando mudare de amo a cada instante, raro será el que pueda saldar su débito, si asciende a ciento o doscientos pesos, a no ser que su acreedor se lo perdone o una ley tiránica e injusta lo declare insubsistente.

Sí, lo repito, la cuestión que inconexa y atrevidamente acabo de indicar, merece un profundo, concienzudo y escrupuloso estudio de parte de nuestros gobernantes, legisladores y jurisconsultos, y a la altura que nos han conducido nuestras instituciones y teorías políticas, se hace ya urgente y necesaria una resolución. Antes de hacer leyes para los pueblos, deberían formarse pueblos para las leyes, como

ha dicho un respetable escritor: antes de dictar Códigos desde el Sinai de nuestros deseos y utopías metafísicas, a un pueblo cuya gran mayoría ni los comprende ni está todavía en condición de cumplirlos, enseñémos a ese pueblo, eduquémosle en las prácticas democráticas, ilustrémosle, purifiquemos su inteligencia para hacerlo digno de leyes tan elevadas y sabias, digno de recibir la sagrada eucaristía de la Libertad y del Derecho y procuremos que en su legislación marche siempre a la par con su cultura y progreso, porque es evidente que, si una cualquiera se adelanta a otra, lejos de favorecerle le será perjudicial y, en todo caso, tal vez sea menos malo que nuestra civilización se adelantase a nuestra legislación, porque ésta avanzaría por sí misma, como inevitable resultado de aquella. Ay! no plagiemos instituciones que hacen florecer a otros pueblos ciertamente, si no poseemos las virtudes cívicas de éstos, si aun nos falta mucho para alcanzar su altura intelectual y política!

Lejos, muy lejos de mí el osar censurar nuestras preciosas instituciones, de las que, por más que carezca de los tamaños y conocimientos necesarios para poderla apreciar en toda su magnificencia, he sido siempre ardiente y respetuoso admirador: pero la helada mano de la experiencia que lentamente se ha ido posando sobre mi frente juvenil, comienza a hacerme dudar de si tendrían razón los que opinan que todavía son inaplicables de modo absoluto a nuestro país, algunas de las prácticas que prescriben esas instituciones. Porque una semilla, por noble y buena que sea, germina, florece y fructifica robusta y rápidamente, si cae sobre un terreno apropósito y preparado de antemano; pero, o muere, o nace y se desarrolla con lánguida y mústia lentitud, si se le arroja sobre un campo inculto y que todavía no posea las condiciones indispensables para su completa germinación.

En nombre, pues, de la conservación de nuestra agricultura, fuente principal de nuestra riqueza pública, en nombre de la justicia, en nombre del porvenir de Yucatán, conjuro solemnemente a nuestros inteligentes escritores y jurisconsultos a qué, más competentes e instruídos en la materia que mi humilde individualidad, diluciden esta importantísima cuestión por la prensa, si lo creen conveniente y oportuno, y a nuestros legisladores peninsulares para que, ya que no les ha sido posible una ley agraria sobre las bases de la justicia y conveniencia generales, eleven su autorizada voz hasta las Cámaras Supremas de la Unión para que ellas, después de meditar detenidamente sobre la delicada y excepcional condición del servicio agrícola en Yucatán,

reglamenten el artículo 5o. de nuestra magna Constitución de 57 y entonces pueda dictarse esa ley agraria tan necesaria, cada día más, para garantía de todos, así de los adeudados sirvientes de campo, como de sus acreedores los propietarios de fincas rústicas.

Ojalá que estas débiles palabras, ya que no les sea permitido ascender a las altas regiones del Poder nacional, lleguen siquiera hasta nuestros representantes en la Cámara del Estado,, para que, asociando su voz a la del hermano Estado de Campeche, dén los pasos necesarios para el objeto que me he atrevido a proponer!

Tizimín, Mayo de 1881.

HOL—TAM.

(Agujero profundo.)

A poco menos de una legua al Esnordeste de Riolagartos, a corta distancia hacia el Norte de la desembocadura del estero en la ría, a cuya márgen izquierda se extienden las casas del puerto, y a veinte o treinta metros de la orilla de la ría y dentro de esta, existe un ojo de agua con el nombre que va al frente de estas líneas.

Tiene aproximadamente nueve o diez pies de diámetro, es el mayor de los varios que hay en el estero y ría y a esta circunstancia debe, sin duda, su denominación que en castellano significa "Agujero profundo."

Pero lo que hace notable a **Hol—tam**, no es sólo su dimensión, sino que estando constantemente anegado, unas veces expele y otras absorbe agua. Allá por los meses de marzo y abril, según autorizados informes, durante las grandes vaciantes, el surtidor se convierte en vorágine o pequeño **maelstrom**: el agua se precipita con rapidez en el orificio, girando como en un ancho embudo, y produciendo un ruido que se percibe a bastante distancia: entónces los pescadores evitan aproximarse a su círculo de atracción, porque serían arrastrados a una muerte segura: cuéntase que han arrojado allí maderas y otros objetos que no han vuelto a aparecer.

A mediados del año, apenas es visible sobre el nivel, de la ría la fuerza expulsiva de **Hol—tam**; pero en noviembre y diciembre, en las grandes crecientes, se le ve elevarse hasta uno y dos pies sobre la superficie de las aguas. Las del surtidor, no son amargas como las que la rodean, ni dulces: a semejanza de los otros ojos de agua, tienen ese sabor indefinible, insípido para los de tierra adentro, pero

soportable para los riolagartenses que, no teniendo en las cercanías otra mejor, la beben sin repugnancia.

Muchos años hace que conozco y visito a Riolagartos y alrrededores y nunca había tenido noticia del curioso fenómeno que distingue a **Hol—tam**, sino es hace pocos días. Y son tantas y tales las personas que me lo han asegurado, que no me es lícito dudar de su veracidad.

Ahora bien: ¿cuál es la causa de ese fenómeno? ¿de qué lugar provienen las aguas que alimentan ese surtidor-vorágine? Respondan los que tengan conocimientos científicos sobre la materia, que yo estoy lejos de poseer. Sin embargo, acerca del primer problema, varios amigos míos opinan y con ellos yo, que las aguas que alimentan a **Hol—tam**, difieren en ciertas épocas del año del nivel de las que circundan al manantial: cuando aquellas suben más que éstas, el surtidor se eleva buscando naturalmente el nivel de su origen; y cuando bajan más que las de la ría, entonces absorbe hasta nivelarse ambas superficies. Y parece autorizar esta teoría, el hecho comprobado de que **Hol—tam** alcance su máximun de expulsión durante las grandes crecientes y absorba en las grandes vaciantes. Y entiéndase que esta opinión no es magistral, y que la asiento con las debidas reservas.

A propósito del fenómeno de **Hol—tam**, una de las personas que informaron de sus propiedades, recordó que, durante los años aciagos de 1,847,—1,848, cuando servía como soldado de la civilización contra las hordas bárbaras de Chan Santa Cruz, allá en los alrrededores de Maní se hizo célebre y objeto de diversión entre sus camaradas, un pozo de unos treinta o más metros de profundidad, en el que existían corrientes subterráneas de aire, de tal fuerza expulsiva, que cuando esas corrientes estaban en actividad, los soldados tiraban sus sombreros al fondo del pozo y momentos después salían bailando en el aire y los recogían, como si algún monstruo oculto allí, con su poderoso aliento los lanzara a la superficie de la tierra. El autor de esta curiosísima noticia es bastante respetable y digno de crédito: sin embargo, dejo a los habitantes o exactos conocedores de aquella comarca, el ratificarla o rectificarla.

Tizimin, Mayo de 1,881.

JUNTO A UNA TUMBA.

Hay acontecimientos supremos que unen los corazones en un solo latido, en un solo sentimiento. Hay dolores en la vida que escapan a toda definición, que burlan el idioma

más rico y la imaginación más brillante y fecunda, que encuentran pobre el diccionario y pálidas las más sublimes imágenes para describirlos. Ante esos dolores desaparece todo egoísmo, todo interés: las pasiones más exaltadas huyen espantadas, las frentes se inclinan y de todos los pechos se escapa simultáneamente una exclamación desgarradora.

El señor General D. Octavio Rosado, el distinguido hijo de Yucatán que como una prenda de concordia, como el íris de paz, como una grata esperanza para el porvenir del Estado, volviera a su suelo natal tras muchos años de ausencia, y su digna esposa, acaban de sufrir una de esas crueles pruebas a que el destino suele sujetar al pobre corazón humano. La muerte envidiosa y despiadada acaba de arrebatar de sus brazos al ángel cariñoso y puro de su hogar, que apenas posaba su leve planta sobre el suelo yucateco; al génio benéfico que iluminaba su existencia, cuyas espinas trocaba en flores a la mágica influencia de sus sonrisas; al emblema y conjunto de todo su amor, de todo su pasado, su presente y su porvenir; encarnación bellísima, ideal, de todos sus recuerdos, sus delicias y sus esperanzas; a su única hija, en fin, que todavía pisaba los encantados umbrales de la juventud, broche de diamantes que estrechaba y confundía más y más las almas de sus amantes padres......!

No tuvimos la dicha de conocerla, nó; pero hasta nosotros había llegado la fama de su belleza y virtudes y la nueva funesta de su partida a otra patria mejor, ha causado general y profunda conmoción en todos los ánimos.

Egoista tierra yucateca! Sin duda no quiso arrostrar la posibilidad de que un día la abandonase aquel ángel de candor, y se apresuró, cruel, a sepultarla para siempre en sus maternales entrañas!

Pobres padres! Cuando en los siguientes días a la partida de María, encontraron desierto su lecho virginal, en el que poco antes dormía arrullada por los rosados ensueños de su temprana edad y en donde luego sufría las angustias de la fiebre: cuando en la mesa, en la tertulia íntima encontraron un sitio vacío y mudo, vacío y mudo para siempre... oh...! cuánto debieron sufrir....!

Respetemos ese inmenso dolor: guardemos silencio, porque el silencio es el mejor, el único consuelo para esos dolores; porque en esas circunstancias todo sobra para el espíritu acongojado que busca ansioso la soledad, el silencio, el infinito.....

Se llamaba María.... María, dulce, sencillo y melodioso nombre: María, nombre que el Cristianismo escogió para designar al ideal de la mujer bella, pura, perfecta!

Pobre María! Hermosa, inmaculada y odorífera flor que aún entreabría sus pétalos, arrancada del pensil en que naciera, para ser marchitada por el hálito emponzoñado de nuestra atmósfera, al ser trasplantada a esta tierra que la recibía feliz y orgullosa, como una bendición del Eterno! Meteóro luminoso que un instante atravesó el espacio y desapareció en las sombrías e ignoradas profundidades del firmamento! Sensitiva que cerró sus delicadas hojas al contacto de nuestro ambiente, para volver a abrirlas en los mágicos jardines de la eternidad!

María pertenecía a esos querubes que apenas tocan la tierra y tienden de nuevo las alas de rosa hácia el cielo, como si solo les enviara Dios, de tiempo en tiempo, a recordar a la mísera humanidad que hay un más allá, en donde será premiada la virtud y la resignación, que la felicidad no es un mito, que existe en alguna parte que no es la tierra; que vienen a decir a esa humanidad que tenga fé, que sufra con paciencia, y que, como al descuido, entreabren ante sus ojos las puertas de la bienaventuranza.

Sí; María era uno de esos querubes. María, sonriente y sublimemente bella, debe estar recostada a los piés del Altísimo, reposando de las fatigas de su breve peregrinación a nuestro globo. María debe desde allí estar mirando con infinita melancolía a sus amados y desesperados padres y en cada rayo de sus divinos ojos les envía una sonrisa de inefable cariño, una bendición, un afectuoso "hasta la vista.....!"

Basta. Cortemos la interminable serie de tristes a la par que tiernas reflexiones que arrancan en tropel del pensamiento ante el doloroso acontecimiento que lamenta la sociedad yucateca.

Inclínese la frente y ciérrense los labios ante el inmenso pesar de esos padres que sin crepúsculo, de súbito, han visto trocarse el bello y resplandeciente día de su felicidad, en la negra y espantosa noche de la desesperación.

En nombre de la sociedad tizimileña, en nombre del Oriente, elevamos al cielo nuestras humildes preces para que derrame en esos lacerados corazones, el bálsamo redentor de la resignación!

Tizimín, Enero de 1,882.

EL DIA DE SAN JUAN.

Si hay una fiesta simpática y popular entre las que, como amadas reliquias del pasado, se conservan entre nosotros, es la de San Juan, el 24 de junio, sirviéndole de apéndice la de San Pedro y San Pablo, cinco días después.

¿Cuál es su verdadero orígen? ¿Será la misión bautizadora de San Juan quien, según el Nuevo Testamento, bautizó al mismo Jesús en las aguas del Jordan, antes que los cristianos empezasen a bautizar en pilas, misión que también desempeñaron los apóstoles San Pedro y San Pablo?

¿De qué época data? ¿Quién la instituyó? Me declaro incompetente para resolver esos problemas y los traslado a quien pueda hacerlo.

De esa fiesta que, desde veinte años a esta parte que la empecé a comprender, ha ido decayendo año tras año, apenas quedan algunos de sus inocentes y fantásticos encantos.

Cuando cierro los ojos para recordar mejor y retrocedo cuatro lustros, allá en el tercero de mi edad, me parece ver todavía el entusiasmo con que los hijos de mi pueblo se preparaban a celebrar San Juan. Desde la víspera, los **bañadores** de cenote, entre alegres dianas, despejaban de árboles, limpiaban y engalanaban el de la población y echaban sobre sus aguas flores y yerbas aromáticas. Las del bello sexo, particularmente las hermosas y cándidas doncellas, llenaban a su vez sus **bañaderas** de pared o madera, las cubrían también de flores y **xnabanché**, yerba olorosa, las dejaban toda la noche al cielo raso, y cuidaban que nadie se les aproximase, para que las sirenas, náyades y ondinas se bañasen en ellas y las consagrasen, lo mismo que los **cenotes**, allá en las altas horas de la noche, cuando la luna, muchas veces, despedía sobre la tierra sus cascadas de plata y nácar; cuando el silencio y la soledad reinaban absolutos; cuando toda la naturaleza dormía, excepto algún discreto cefirillo que, desvelado por sus amores, se deslizaba insensible entre las ramas y las rosas.

Alguien se aventuraba a asegurar que había visto a esas ninfas de las aguas y hasta escuchado su celestial y misterioso canto.

Algunos verdaderos creyentes velaban toda esa noche, espiando con febril ansiedad que los **cenotes** y pozos rebosasen, y no agua, sino vino puro; que la yerbabuena y la ruda floreciesen para sorprender y coger una flor, talisman poderosísimo para alcanzar riquezas y felicidad, y que se

levantasen llamas sobe los tesoros escondidos; todo lo cual, decíase, debía ocurrir la noche víspera de San Juan y de San Pedro y San Pablo!

Ya se supondrá que esperaban en vano.

Llegada la hora apropósito, los bañadores de **cenote** se arrojaban a él con música y algazara y las del bello sexo se sumergían alegremente en sus bañaderas o pilas, ora aisladas, ora en grupos, sea cual fuere el estado del tiempo.

Gentes conocí entonces y todavía conozco que, incapaces de tomar un baño tibio o fresco, abrigado o no, en el día más sereno, que no sea en los enunciados, por sólo un vago síntoma de quebranto en la salud, lo toman ese día aún enfermas, sin escrúpulo, sin temor, sin precaución alguna, así lloviera a torrentes, con esa fé que tantos mártires ha dado a la humanidad, confiados en que léjos de dañarles el baño les sanará. Fácil es congeturar que no pocas quedan cruelmente burladas.

Terminado el baño, continuaba la fiesta en tertulias familiares; se sacaban **suertes,** se cantaba, se bailaba, etc., etc.

Todavía me parece ver aquellas lindas jóvenes frescas, alegres y perfumadas, como las primaverales flores de nuestros campos, con el húmedo y flotante cabello esparcido sobre sus espaldas, empeñadas en consultar el oráculo, el libro de los destinos, el agua mezclada con clara de huevo en un vaso trasparente, y otras fórmulas cabalísticas, para saber si se casarían o no; si el futuro sería rico o pobre, bueno o malo, jóven o viejo, gallardo o feo; cuándo morirá fulano; si alcanzará el objeto de sus deseos, etc., etc.

Y cuántas veces ví palidecer y aún llorar o encenderse de júbilo o de rubor aquellos rostros juveniles, al escuchar las respuestas a sus consultas!

Por mí parte, aún recuerdo que las tres o cuatro que, en diversos años y lugares, han interrogado mi horóscopo algunas amables pitonizas, éste ha declarado con una espantosa perseverancia, que sería apasionado por la música y que moriría joven; sentencia que pude escuchar sin sufrir un síncope, gracias a que se desprendían de unos risueños labios de coral, que sólo podían prometer vida y felicidad.

Sin embargo, he tenido ya tiempo para ver cumplida la primera parte. Figúrense ustedes si me estaré aparejando para esperar que se cumpla la segunda!

Pero volvamos a nuestro trabajo, que me voy poniendo triste y fastidioso a mis bondadosos lectores.

Análogas a las fiestas de San Juan eran las de San

Pedro y San Pablo, aunque menos entusiastas y generales.

. . . .

Han transcurrido ya muchos años desde que con el ardor de la primera juventud tomaba parte activa en estas fiestas. Todavía sobreviven algunas de sus prácticas: todavía subsiste y subsistirá hasta sabe Dios cuándo, entre ambos sexos, el tradicional y alegre baño, aunque sin la poética ilusión de que las ninfas de las aguas lo consagran antes.

En los puertos de mar, el día de San Juan y su consiguiente de San Pedro y San Pablo, los marinos empavesan sus pequeñas embarcaciones, reparan sus aparejo y velámen e izando sus blancos trapos, se entregan a los placeres del **voltegeo** y de la regata, en medio de los aplausos de la muchedumbre que les contempla desde la orilla.

Refiérese que esas fiestas de ahora, no son sino una débil sombra de las de otros tiempos.

Hé ahí lo que nos resta de las tradicionales fiestas de San Juan. Hace muchos años que no veo en las mesas de tertulia de ese día, el oráculo, el libro de los destinos, ni el vaso revelador del porvenir. Hace muchos años que no hay quienes velen para esperar que se desborden en vino los **cenotes** y pozos, que florezcan la yerbabuena y la ruda, que ardan los tesoros enterrados, etc., etc.

Es que la luz de la civilización y del realismo ha disipado esas inocentes preocupaciones del vulgo, como la luz del día dispersa las sombras de la noche. Ay! así los desengaños arrancan y despedazan uno tras otro, los pétalos más bellos y fragantes de la encantada flor de nuestras esperanzas!

Tizimin, Junio 25 de 1,882.

JOSEFINA ALCALA MEZO.

No más que diez y ocho primaveras habían deshojado sus rosas sobre su frente virginal y pura. Y cada una de ellas, al pasar, la había engalanado con uno de sus encantos, con una de sus armonías, con uno de sus perfumes.

Comenzaba a vivir todavía. Empezaba todavía a descorrerse lentamente ante sus ojos, el velo que la ocultaba el campo de la vida. Y cuán llena de juventud, cuán llena de hermosura, cuán llena de vida, de entusiasmo y de esperanzas palpitaba hace apenas 15 días.... !

Hacía algún tiempo que, confundida su alma con otra alma, joven y ardiente como la suya, recorría, pasando agra-

dablemente de sorpresa en sorpresa, ese sendero alfombrado de flores, ese sendero lleno de aromas y frescura, que debía conducirles a la capilla de Himeneo y en seguida al templo de la suprema felicidad terrestre.

Cuán contentos estaban! Con qué cándida fruición se entregaban, ciegos, a futuros proyectos de ventura! Los horizontes se teñían para ellos de color de rosa. El porvenir les sonreía. Dos pasos más, y hubieran llegado al término de sus anhelos. Allí esperaba a Josefina el blanco traje de boda, símbolo de su pureza. Allí les aguardaba la dicha. El casto nido en que debían arrullarse estaba ya preparado. Las luces de la fiesta se empezaban a encender. Ya iban a llegar.....

De repente, al dar el penúltimo paso, al ir a pisar los encantados umbrales del Eden, la tierra se abre bajo las plantas de Josefina, y desaparece! Y antes de darse cuenta de lo que sucede, su amante compañero se encuentra atónito ante un lecho cubierto de blancos lienzos, a cuyo alrrededor brillan pálidas y tristes luces, y en donde reposa el inerme y frío cadáver de una joven ataviada con el nítido traje de boda, ceñida la frente con la corona de jazmines, semioculto el semblante con el velo de desposada, y sosteniendo en su diestra una guirnalda, también de jazmines...!

Ay....! y esa joven es Josefina; pero no la festiva y decidora, la hermosa y radiante Josefina que pocos días antes caminaba hácia el Paraíso, en cuyo mágico recinto iba a posar los pies, sino Josefina, inanimada y rígida, Jofina muda, pálida y fría; Josefina muerta....! El tálamo nupcial se ha trocado en el túmulo de muerte; las luces de la fiesta, en cirios funerarios, su traje de boda en mortaja....!

La Parca inexorable la ha arrebatado al tocar las puertas del Eden!

Y espantosa coincidencia! Por uno de esos raros refinamientos de crueldad en el destino, precisamente el sol de este día, que debía iluminarles para siempre unidos, les ha alumbrado separados para siempre! Cuando Aurora abría a Febo con sus dedos de luz las puertas de oro y nácar del horizonte; cuando los capullos de las flores entreabrían sus hojas y exhalaban su primer perfume, aquella flor del hogar cerraba eternamente sus delicados pétalos y despedía su último aroma, que se elevaba y desaparecía en las profundidades del infinito.....!

Pobre Josefina! al ir a ofrecer, en nombre de Dios, trasfigurada de júbilo, el cáliz de diamante de la felicidad al elegido de su corazón para compañero de su vida, ese

cáliz y ese corazón y esa vida, han estallado bajo el látigo de la fatalidad, y ella ha caído como herida de un rayo!

Oh....! la angustia de Moisés, al espirar en los linderos mismos de la anhelada Tierra de promisión, no debió ser mayor que la de la infortunada niña.... Pero no, Dios es un buen Padre, y sin duda no quiso que muriese desesperada, ya que a su prometido quedaba el tiempo que, más o menos tarde, mitigase su pena. El delirio se apoderó de Josefina, días antes de sucumbir, y tal vez no pudo tener conciencia de su desdicha; quizá no pudo sentir toda su intensidad.

Sin duda por eso, Josefina ha muerto como se extingue la lúgubre armonía que produce la cuerda de una arpa al estallar; como se cierran las hojas de la sensitiva; sin una convulsión, sin un gemido, con la sonrisa en los labios.

Acaso en aquel momento se abrían ante su espíritu las puertas de la eterna ventura.....!

Momentos antes de caer en el lecho de que no volvió a alzarse, leyó en un periódico la necrología de otra joven como ella.

—"Dichosas,—dijo con melancólica sonrisa,—las que tienen amigos entre escritores y periodistas, que se ocupen de ellas después de su muerte!"

—"No soy ni lo uno ni lo otro, Josefina,—la respondí, extrañamente conmovido,—pero si murieces antes que yo, te ofrezco un párrafo necrológico en un periódico."

Ah! ¿presentiría acaso su tan próximo fin...? Josefina, te cumplo mi ofrecimiento!

Ah....! llorad flores del pensil tizimileño, que tenéis corazón, que sabéis ya o adivináis lo que es amor; llorad, porque habéis perdido a una de vuestras mejores hermanas. Y en qué circunstancias.....!

Sí, llorad; inclinad sobre su tumba vuestras embalsamadas corolas y que la humedezcan esas líquidas perlas que en ellas fulguran. Llorad; yo también siento que rebeldes lágrimas nublan mis ojos, ruedan en mis mejillas y caen a humedecer el papel en que trazo, con mano trémula, estas líneas. Llorad, porque el llanto sincero, es la mejor de las oraciones que puede ofrecerse a Dios sobre un sepulcro.

Adiós, Josefina, adiós para siempre! Duerme el eterno sueño; el sueño de las azucenas marchitadas, como tú, por el sol abrasador de nuestros trópicos; el sueño de los querubes que descansan a los piés del Altísimo.....!

Señor! ya que has llamado a tu corte de celestiales vírgenes, a esa niña tan llena de juventud y de vida, envía un

destello de tu, luz sobre su desventurado padre y sobre su infeliz prometido, qeu mitigue la acerba pena que hoy desgarra su corazón!

Josefina....! adiós por última vez, adiós para siempre! Duerme.....!

Tizimín, Julio de 1882.

Neron

LA GARZA BLANCA.

(Del album de mis recuerdos.)

Me encontraba ante cuatro inmensidades: el espacio, el Océano, el silencio y la soledad..... no, me equivoco: estaba también ante la inmensidad de mi pensamiento y ante la inmensidad de mi melancolía.

Con la escopeta al hombro, mientras mis piés hollaban la fresca y sutil arena de la ribera, mi espíritu, dilatado al contacto de aquellas inmensidades, como se dilata el gas a medida que asciende en la atmósfera y disminuye la densidad del aire que le rodea, mi espíritu, navegaba en ese insondable y proceloso mar de los recuerdos y de las esperanzas

Era una hermosa tarde primaveral.

El sol acababa de hundirse tras de la línea horizontal de las aguas: acabába de desaparecer entre el polvo y la bruma enrojecidos de nuestro hemisferio, para ir a alumbrar el otro, que le guardaba lleno de aromas y frescura y armonías.

Y allí, en el sitio en donde desapareciera, no quedaban más que bellísimos celajes de variados y caprichosos colores y formas, que parecían, ora ricos cortinajes de rosa y púrpura, corridos sobre el lecho de un monarca que se entrega al reposo; ora, con sus juegos de luz, un grande, magnífico y resplandeciente abanico de nácar y oro, desplegado sobre la líquida superficie por la mano celestial de Venus; ora, en fin, inmensas llanuras, alfombradas de toda clase de metales y piedras preciosas, que derramaban cascadas de fuego.

Y entre los pliegues de aquellos cortinajes, de aquel abanico, en aquellas llanuras encantadas, mi apasionada imaginación veía flotar la sombra bella, fantástica y misteriosa del ángel de mis ensueños.

Una brisa suave y delicada rizaba apenas el limpio espejo de las aguàs, y leves ondas venían a espirar dulcemente a mis piés.

Cansado de mi tortuoso paseo en la desierta y silencio-

sa playa, me extendí con deliciosa negligencia sobre la húmeda y mullida arena, fijas las miradas en el Occidente, en donde poco a poco y como una aurora boreal, se extinguía ya el espléndido y luminoso panorama de la puesta del sol, y coloqué mi escopeta al alcance de mi mano.

Un dulce letargo empezó a apoderarse de mi cuerpo y de mi espíritu, ambos fatigados, y lentamente se fueron cerrando mis párpados.

Entonces percibí en lontananza y rozando las aguas, un punto blanco que se iba agrandando, a medida que se aproximaba hacia el sitio en donde me encontraba.

Al principio le tomé por una vela de embarcación; pero luego distinguí que era una hermosísima garza de nítida blancura.

Codicioso de tenerla, me sepulté entre la arena, a fin de que no me viese y pasase lejos de mí, dejando fuera no más que la cabeza y la mano con que empuñaba la escopeta. Pero la garza se detuvo, se posó a cien pasos antes de llegar al lugar en que me ocultaba y giró en derredor una inquieta y escrutadora mirada.

Una extraña emoción se apoderó de todo mi sér: la fiebre me hacía extremecer a cada instante: mi corazón latía con inusitada violencia: atribuí aquellas sensaciones a la ansiedad natural del cazador ante su víctima.

Pensé arrastrarme, aproximarme a tiro y disparar sobre aquella ave bellísima: pero lo juzgué inútil, todo mi cuerpo temblaba, no podía tomar buena puntería y lo único que conseguiría era hacer huir la caza.

Aquella conmoción que experimentaba me tenía asombrado : no era la primera vez que cazaba garzas, pero aquella me hacía un efecto inexplicable: me fascinaba.

De súbito ahogué un grito de sorpresa. El ave, después de examinar de nuevo la ribera y contornos, se había desprendido de su blanco plumaje, y trasfigurado en una lindísima joven de esbelto y gentil talle y de profusa cabellera esparcida sobre sus espaldas. Un ancho traje del color del espacio y del Océano, apenas velaba y permitía adivinar unas formas dignas del buril de Fidias y del pincel de Rafael. Sentí pasar sobre mi frente una nube de fuego, y cerré los ojos deslumbrado.

Oh! aquella hada desprendida de los cuentos árabes; aquella virgen, descendida de la corte del Altísimo; aquella hurí, escapada del edén de Mahoma, no me era desconocida. Ah! no. Frecuentemente la había visto en los más ardientes delirios de mi imaginación. Era el númen bende-

cido de mis ensueños, el astro vivificante de mi existencia, el ideal que en vano buscara en la vida real y a cuyas plantas arrojara para siempre mi corazón.

Cuando abrí los ojos, ya no ví nada más que el blanco plumaje en la arena. Contuve una exclamación de dolor y ya iba a ponerme en pié, cuando de sobre la rizada superficie de las aguas se elevó un canto de una melodía nueva, dulce, misteriosa, de una melancolía extraña, fantástica, infinita; uno de esos cantos que hacen pensar con entusiasmo y fervor en esas barcarolas de que tratan las leyendás napoltanas y escocesas; que hacen soñar en las náyades y nereidas, a la mitad de una noche silenciosa y solitaria, entre el rumor armonioso de las fuentes y de los árboles que bordan sus márgenes, a la luz melancólica de la luna que boga en el zenit de un cielo azul y diáfano; en esos cantos con que las circes seducían a los navegantes y de los que a duras penas pudo librarse el sabio y prudente Ulises, tapándose herméticamente los oídos; de esos cantos, en fin, que sólo se escuchan una vez en la vida, que arrebatan, que sofocan, que matan.....

Sentí que mi corazón se derretía y mis ojos se llenaban de lágrimas: me puse de rodillas, cruzados los brazos sobre el pecho, como ante una divinidad, y escuché en éxtasis profundo.

A cincuenta pasos de la orilla, muellemente extendida sobre las aguas, como sobre un lecho de plumas, y apoyada la encantadora cabeza sobre su torneado brazo, la ninfa era dulcemente mecida y arrullada por las ondas. Ella era la que cantaba. De repente interrumpió su canto, dió un grito de terror y nadó como una flecha hacia la ribera. Me había visto.

Lancé otro grito, y temiendo perder aquella arrobadora ilusión o realidad, corrí como un rayo en la misma dirección. Yo llegué antes, y me interpuse entre ella y su plumaje.

Entonces se detuvo a diez pasos y fijó en mí sus hermosos ojos, anegados en llanto.

—Por piedad—exclamó con acento trémulo y suplicante:—déjame mi blanca vestidura. Ay! es mi único tesoro, es mi vida. No seas cruel, no me asesines. Hunde un puñal en mi corazón, sepulta en él el proyectil de esa arma que empuñas, y me harás menos mal que arrebatándome mi blanco ropaje, y moriré amándote y bendiciéndote!

Caí otra vez de rodillas ante aquel afligido querube, cuyo acento triste y melodioso desgarraba mi alma.

—Angel de mi vida—le respondí,—númen de mis ensueños, faro de mis esperanzas, ¿por qué huyes de mí? ¿no te apiadas de mi angustia y desesperación? ¿Quién eres tú que has fascinado mi espíritu, herido de muerte mi alma y cuya imagen siempre fugitiva y vaporosa no se aparta, sin embargo, un sólo instante de mi pensamiento? ¿por qué no correspondes a mi pasión tan ardiente, inmensa y pura? ¿soy acaso indigno de tí?

—Oh! por piedad, cállate, déjame huir!

—¿Me aborreces?

—No!

—Entonces, ¿por qué no me amas? ¿Si amarás a otro?

—No, no! por compasión, déjame partir!

—Que no! no partirás, sino correspondes a mi amor o me dices porqué no puedes hacerlo. Basta ya de horribles sufrimientos. Tu amor o la muerte!

—Pues bien; júrame que respetarás y dejarás que conserve mi blanco plumaje, que nunca intentarás arrebatármelo, rasgarlo o mancharlo; que me dejarás partir y te satisfaceré.

—Te lo juro!

—Ahora, apártate.

Me aparté. La ninfa se envolvió púdicamente en los pliegues de su ancho ropaje, salió de las aguas y se inclinó a recojer su nítida vestidura.

—¿Te vas?—murmuré con angustiado acento.—¿Cuándo volveré a verte?

—Sí, me voy, pero después de decirte que te amo, que te amaré hasta el último instante de mi vida y que jamás amaré a otro!

Caí por tercera vez de hinojos a los piés de aquel arcángel de pureza.

—Oh!—balbuceé, sofocado de dicha,—¿será verdad?

—Sí, en tanto te conserves digno de mi amor.

—Oh! te lo juro por la memoria de mi madre! Gracias, angel mío, bendito seas!

La ninfa recogió su plumaje.

—Adiós,—murmuró con una voz que resonó como una música celestial,—hasta la vista!

—¿Cuándo?

—Pronto, te lo prometo.

—Adiós!—respondí juntando las manos con religioso fervor.

La ninfa se inclinó sonriendo sobre mí; sus húmedos y sedosos cabellos rozaron mi abrasada frente como una

llama; un beso ardiente y fugitivo, como un relámpago, se deslizó sobre mis trémulos y enardecidos labios y caí desvanecido de felicidad.

De repente retumbó a mi lado una voz enérgica y festiva.

—Magnífico cazador que eres tú!—exclamaba,—¿qué cazas durmiendo allí?

De un salto me puse en pié, me restregué los ojos y reconocí a mi compañero de cacería en la playa.

Giré en derredor una mirada aturdida para hacerme cargo de la situación.

La noche extendía ya su manto tachonado de estrellas sobre la tierra. La luna, sultana del espacio, astro de la melancolía, como si sólo esperase que desapareciese y se alejase el rey del día para presentarse, asomaba su tímido y pálido rostro sobre el líquido horizonte, se balanceaba un instante sobre las ondas y comenzaba su lenta y majestuosa ascensión hacia el zenit.

—Pero hombre,—prosiguió mi amigo—¿qué te pasa? Parece que acabas de caer del cielo!

—Oh!—respondí,—en efecto, en el cielo estaba, y tú, bárbaro, me arrancaste de él.

—Bueno! ¿querías que te dejase dormir aquí hasta mañana, hasta sabe Dios cuando? Mientras yo creía que, ínterin perseguía yo furioso, por otro lado gallinolas y flamencos, tú hacías por acá lo mismo, hétenos que te encuentro dormido y sonriendo como un bienaventurado. Algún sueño, eh? Apuesto a que veías en sueños, como acostumbras, alguna deidad, angel, querube, etc., etc. Pues bien, sempiterno visionario, insufrible soñador, cuando desees cazar, llámame y te acompañaré; pero cuando te propongas venir a dormir y a soñar sobre la arena mojada, vente sólo y no me importunes con tan original capricho.

Dejé pasar aquel chubasco, desahogo del mal humor de mi festivo amigo.

—Según eso,—le dije sonriendo,—¿se burlaron de tí las gallinolas y flamencos; ¿qué cazaste?

—Nada; corrí, me arrastré, me enfangué y nunca tuve a tiro a esos endemoniados palmípedos. Tienen tal vista y son tan cobardes.....! Pero aguarda, aquí viene una garza que pagará por todos.

Y diciendo esto, amartillaba su rifle, se lo echaba a la cara y apuntaba a una hermosa garza blanca que, con lento y majestuoso vuelo, pasaba a veinte pasos de nosotros.

—Detente!—grité, abalanzándome sobre el arma, a tiempo que partía el tiro.

Pero ya había desviado la terrible puntería de mi amigo y el ave no hizo más que apresurar su vuelo, exhalando un graznido de espanto.

Mi amigo se volvió a mí furioso.

—Y bien,—exclamó,—¿te has vuelto loco esta tarde? ¿por qué has dejado escapar esa ave magnífica de tan nítido plumaje?

—Querido,—le repliqué sonriendo,—sábete que desde este momento, ni mataré, ni mientras pueda, permitiré matar una garza blanca. Son inofensivas y no sirven para comer. ¿Para qué, entonces, hacerles daño?

—Pero ¿de dónde te ha salido ese nuevo capricho?

—Ya te lo contaré luego. Vámonos; ha cerrado ya la noche y estamos a una milla del puerto.

Mi amigo me miró como quien mira a un hombre de cuyo juicio se duda y echamos a andar.

Desde aquella tarde, que nunca olvidaré, profeso mucho cariño a las garzas blancas, no he vuelto a disparar sobre ninguna de ellas y evito, cuando se presenta la ocasión, que otro lo haga.

Riolagartos, Abril de 1,882.

ARCADIO GONGORA.

La naturaleza suele usar burlas espantosas con la humanidad.

Yá en el fondo del hogar, yá a la faz pública, el génio del mal suele hacer sangrientos escarnios del hombre, del rey de la creación, de ese a quien el Supremo Hacedor formó a su hechura y semejanza, según la frase bíblica. Suele precipitarlo desde el trono en que le colocó natura, hasta los últimos sucios escalones de la degradación.

Se ha visto a individuos de la especie humana, en todas las gradas de la escala social, proceder como jamás se han conducido los más estúpidos animales irracionales.

Pongan ustedes la mano sobre el polluelo de cualquiera ave, sobre la cria de cuelquier cuadrúpedo, sobre el cachorro de la bestia más feroz, y verán cómo se abalansa sobre ustedes, y cómo sufre y se desespera, si se encuentra impotente para defender o vengar a sus hijos. Y si estos enferman o se extravían, con qué cariño o angustia les cuidan y curan, o les buscan!

Pues bien; hánse visto padres y, lo que es más monstruoso todavía, madres que permanecen indiferentes y frías ante la agonía o el cadáver de un hijo o que los abandonan

y olvidan hasta el extremo de vivir como si nunca lo hubieran concebido y alimentado en su seno.... Se ha visto morir a gentes en tales condiciones que.....

¡Afortunadamente, no es eso lo regular en la existencia de las sociedades.... Tan sombrías reflexiones me las sujiere el reciente desenlace de un drama, que no por ser humilde el protagonista, ni por haberse desarrollado la acción en la oscuridad de la pobreza, deja de conmover a todo espíritu pensador y humanitario.

El 13 del presente mes, ha dejado de sufrir para siempre un hombre que en la villa fué conocido con el nombre de Arcadio Góngora.

Parece que hace unos 32 años perdió completamente la razón, víctima de cierta predisposición orgánica de familia, determinada por no sé qué descalabro amoroso.

Erase entonces un arrogante mancebo de 18 a 20 años, lleno de vida y de salud.

Desgraciadamente, su locura, inofensiva y apacible al principio, se hizo a poci tiempo hostil y peligrosa, hasta el caso de tenérsele qué encadenar a un poste, como una fiera, para su propia tranquilidad y la de sus familiares.

Allí se le llevaba su mísero alimento, de allí no se movía jamás, y allí.... vivía como vive una bestia, y en ocasiones, en peor condición que ésta.

Hace cosa de diez años que yo le conocí. Aun no se ha borrado ni creo se borre de mi pensamiento, la impresión que entonces produjo en mí su presencia.

Estaba sentado con el codo derecho apollado en la rodilla, y la mejilla en la palma de la mano, en una pequeña hamaca que era todo el mueblaje de la ruinosa, desaseada y desabrigada choza de guano que habitaba, choza triste y aislada de las demás, como la de un pária o la de un apestado. Con un pié estrechamente aprisionado entre un anillo al extremo de una cadena de fierro fijada en un poste; los cabellos, las patillas y las barbas incultas y crecidas, cayendo sobre sus hombros, pecho y espaldas y formando marco a unas facciones que debieron ser correctas, pero que entonces estaban desfiguradas; sus negros y azorados ojos casi saltando de sus órbitas y su calzón y camisa sucios y rotos, enseñando en diversos lugares su velluda piel, parecía un salvaje o un anacoreta perdido en las profundas soledades de la selva. Hablaba sin cesar, ora alzando, ora bajando la voz, pero en un lenguaje incoherente, ininteligible y rápido.

Al pararme en el umbral de la puerta, levantó los ojos,

los fijó en mí con una expresión que me hizo retroceder y los giró en derredor como buscando algún objeto.

De repente se inclinó, echó mano a una piedra y la arrojó violentamente sobre mí; pero observé el movimiento y me oculté tras de la puerta que recibió el terrible golpe, que a alcanzarme, sin duda me hubiera hecho daño.

Le miré un momento con sincera piedad y me retiré con el corazón oprimido.

Desde aquel día hasta su muerte, no volví a verle sino dos o tres veces.

Nadie podía acercársele sin peligro, y su pobre familia, compuesta solamente de señoras, sufría crueles penalidades para atender a su subssistencia.

Las ocasiones que transitaba yo a inmediaciones de su pequeña choza, escuchaba con emoción su cavernosa y sonora voz, cuyo eco, en las altas y silenciosas horas de la noche, vibraba hasta larga distancia y se cernía sobre la dormida villa y se elevaba al cielo, como una dolorosa protesta contra la sociedad que le abandonaba, o como una misteriosa plegaria impregnada de una tristeza infinita. Entonces me preguntaba: porqué la Justicia divina no volvia la razón a aquel desdichado, o no hacía cesar para siempre su espantosa desgracia, quitándole la vida, harto pesada para él, por más que no tuviese conciencia de su estado....

Decíase que casi nunca dormía: el aniquilamiento de sus fuerzas le obligaba no.más a callar y a rendirse a breves instantes de reposo.

Diversas ocasiones, personas caritativas pretendieron enviarlo al Hospital general de Mérida en donde, si no se le curaba, siquiera estaría aseado y mejor atendido; pero su familia siempre se opuso y rogó se le dejáse, creyendo que por peor que ella pudiese tratarle, siempre estaría mejor que en manos extrañas.

Funesto temor! Fatal equivocación que acaso perjudicó al infeliz demente! Por último, hace algún tiempo fué atacado de una enfermedad del vientre que le fué consumiendo lentamente, que agravó su situación hasta ser anticipadamente devorado por los gusanos parte de su cuerpo; y el 13 del presente mes, la Providencia se apiadó de él, y puso punto final a sus padecimientos terrenales.

Tenía entonces 52 años aproximadamente, y estuvo demente, 32.....!

Cuéntase, que antes de morir, la fugitiva razón, como esos relámpagos que rasgan fatídicos la profunda oscuridad de una noche tormentosa, centelleó sobre su espíritu al ir éste a desprenderse de su miserable cárcel. "Ea, hermanos,"

—dicen que exclamaba lastimosamente en lengua maya.— "llegó entonces la hora de mi muerte.....!"

Cuando la muerte se presenta bajo esa forma u otra análoga, creo que en vez de deplorarla, débese dar un voto de gracias. En esos casos, la muerte, lejos de ser un mal, debe ser un positivo beneficio.

¡Paz al espíritu de Arcadio Góngora! Repose en la mansión de los mártires.

Tizimín, Diciembre 15 de 1882.

EL DIA DE LOS DIFUNTOS.

Una de las costumbres más antiguas, populares y simpáticas, costumbre que parece instintiva en la humanidad, y no una ceremonia de determinado culto religioso, es la conmemoración de los muertos.

Sean cuales fueren sus creencias religiosas, se observa que los pueblos todos tienen una mansión sagrada y respetada en donde depositan los despojos mortales del hombre.

Y desde el vulgo ignorante y sencillo que hace comidas y bebidas y quema velas y hace "rosarios" con profusión, en la inteligencia más o menos sincera de que las almas de los difuntos bajan a la tierra y "reciben la gracia," así de las comidas y bebidas como de los "rosarios," hasta el incrédulo y pensador filósofo que rechaza esas preocupaciones grotescas, todos tributan un recuerdo, un tierno culto exterior o interior, a la memoria de los que han muerto, ya en el aniversario de su nacimiento, ya en el de su fallecimiento o ya en los clásicos días que el hábito tiene señalados.

Cuando aún era yo niño, cuando todavía no empezaba a gozar, pero tampoco a sufrir en las grandes sensaciones de la vida, recuerdo que mi familia me llevaba esos días al templo de mi pueblo, me hacía asistir a misa, y me enseñaba a orar por el reposo del alma de mi adorada madre, muerta cuando apenas cumplía yo dos años, de mis otros ascendientes y por último, de todos los difuntos. No hay duda que mis oraciones carecían de valor, pero desde entonces, al nombre de mi madre que no tuve la dicha de conocer, experimentaba no sé qué recogimiento religioso y tierno que por un momento me hacía olvidar mis juegos infantiles.

Un poco más tarde, mi padre, que nunca frecuentaba los templos, no me instaba, en verdad, a concurrir a ellos, pero el día de los difuntos me llamaba, imprimía un beso en mi frente y me ponía en la mano una moneda.

—Anda,—me decía,—lleva esta moneda a fulano y dile que rece por el alma de tu madre.

Y aquél Fulano, era siempre un pobre, verdaderamente pobre, merecedor de caridad.

Mi padre murió cuando vencía yo los catorce años, cuando más le necesitaba. Han transcurrido desde entonces diez y siete años; rudas y violentas tempestades se han desencadenado sobre mi cabeza, en mi pensamiento y en mi corazón, revolucionando terriblemente mis ideas.... pero en medio del naufragio de la mayor parte, de mis ilusiones juveniles y de las creencias religiosas inculcadas en mi ánimo infantil, allá en la estrecha atmósfera de mi pueblo o en la de una Escuela de la Capital, cuando la enseñanza no tenía el vastísimo campo ni la absoluta libertad de ahora, en medio de ese naufragio, repito, ha sobrevivido y sobrevive y flota sobre las agitadas olas del pensamiento, mi cariñoso y respetuoso culto a la memoria de los muertos.

Es cierto que no voy, como en mi infancia, a orar al templo; pero respeto a los que sinceramente lo hacen, procuro acordarme y socorrer a algún necesitado, sin que él conozca la mano que le auxilia, y encuentro un indefinible encanto, una poética expansión, cuando contemplo a esa pléyade de encantadoras jóvenes, a esas gentes de todas edades, sexos y condiciones, que en estos días visitan el cementerio, colocan guirnaldas y rezan sobre los sepulcros de sus deudos, y siembran o hacen plantar siemprevivas y flores a su alrrededor.

Y como si la amante Naturaleza secundara esas tiernas y sencillas manifestaciones, en estos días próximos al invierno, el ambiente se enfría formando una deliciosa temperatura que impregna la imaginación de dulce y misteriosa melancolía, y el cierzo sutil gime entre las ramas, como si en efecto anduvieran por ahí los espíritus en pena de los difuntos, pensamiento que me trae a la memoria aquél bosque del círculo séptimo en el Infierno de Dante Allighieri, en donde cada árbol era un alma que sufría el terrible castigo de sus culpas.

Sí; muy seco debe tener el corazón y muy decepcionado el espíritu, aquél que en el día de los difuntos no consagre un recuerdo de cariño y de respeto a sus padres y demás séres queridos que han rendido ya su terrenal jornada.

Paz eterna a los muertos! Salud! a los hombres de buena voluntad!

Tizimín, noviembre de 1883.

LA PESCA DE ANIMALES.

—Derriba y despasa, quita botalón y aferra!—gritó de repente una voz sonora, que unida al sacudimiento que la maniobra mandada imprimió al cayuco, en cuyo fondo dormía, me hizo saltar asustado.

Tiburcio echó el ancla y Concepción cesó de gobernar.

—¿Llegamos?—pregunté.

—Este es buen pesquero—me respondieron,—pero si aquí no hallamos pesca, avanzaremos.

—¿Qué sonda tenemos?

—Diez brasas.

—¡Cáscaras! veinte varas de profundidad!

Me senté sobre el banco y giré en rededor la mirada.

Serían, apróximadamente, las tres de la mañana. No había luna, pero la límpida transparencia de la atmósfera franqueaba el paso a la luz de las estrellas, que reverberaba en la rizada superficie de las aguas, produciendo un sensible resplandor difuso.

La mar estaba tranquila, desierta y silenciosa: un suave **suestecillo** apenas levantaba leves ondas.

—Podemos dormir un poco,—dijeron los pescadores acostándose.

Yo les imité y......

Pero hétenos que nos íbamos a dormir sin dar al lector la clave del anterior diálogo.

En una de mis largas temporadas en Riolagartos, puerto sobre el estero de su nombre, se ofreció la salida a **pesca de animales** en el Golfo, de los dos hermanos Concepción y Tiburcio Díaz, buenos amigos míos, acompañados de otro pescador.

Repetidas veces había escuchado narraciones de este género de pesca en nuestra costa, tan frecuentada por atrevidos y voraces tiburones y tintoreras, manatíes, etc., sus peligros y la audacia y valor de los pescadores.

Mi curiosidad se excitó y solicité acompañar a los Díaz.

—No sabe usted lo que pretende,—me replicaron,—la pesca, sobre ser muy penosa, es peligrosa: los animales suelen abundar de tal manera, que casi hacen zozobrar el cayuco y si esto sucediera, ay de los pescadores!

—Tanto mejor,—exclamé, herido en mi amor propio,—esos peligros aumentan mis deseos.

El viaje quedó acordado, **arranchamos** la embarcación, y una hermosa tarde de primavera, aprovechando un viento regular del Sueste, salimos del estero, desembocamos en el Golfo frente a San Felipe, y pusimos proa a la mar, a bor-

do del ligero "Céfiro," cayuco que a lo sumo tenía cinco o seis metros de proa a popa.

Después de cruzar los extensos bajos que existen frente a San Felipe, percibimos a proa un cardumo de bufeos, que asomaban sucesivamente sus plomisos lomos sobre la superficie del agua.

—Ahí está la **carnada**!—exclamaron ambos hermanos.

Y mientras Concepción guiaba hábilmente el cayuco hácia los animales, Tiburcio tomó la **vara**, aseguró en su punta la fisca o **jara**, desenredó la **sondaleza**, larga cuerda de cuyo extremo pende la **fisca**, y se puso sobre la **paneta** de proa, ora en pié, ora echado sobre ella, procurando no hacerse muy visible, pero siempre empuñando la **vara** y clavada la mirada en los bufeos, cada vez más próximos.

Los animales pronto comprendieron que se les perseguía y apresuarron su marcha; pero el viento era fresco y el velero "Céfiro" se deslizaba en pos de ellos, como una saeta.—Yo de pié sobre el banco, seguía con ansiosa mirada, aquella caza marina.

Ya estaban los bufeos a tiro de **vara**: Tiburcio enarboló su brazo armado.... pero arrojó una exclamación de despecho y dejó caer la mano con desaliento.

—¿Qué sucede?—pregunté.

—Que se han ido al fondo del mar los muy cobardes...

En aquel momento uno de los animales, rezagado o aturdido sin duda, asomó tan cerca de un costado del cayuco, que instintivamente me eché hacia atrás.

Tiburcio lo vió a tiempo y lanzó rápido su **vara**, con tal destreza, que quedó clavada en el lomo del bufeo, que dió un bufido y se dejó ir al fondo: la **sondaleza** se fué desenrollando hasta quedar tirante; el "Céfiro" era arrastrado y todos observábamos con silenciosa ansiedad. De repente se aflojó la cuerda.

—Ya es muerto,—exclamó Tiburcio, empezando a recogerla,—le acerté en buen lugar.

Momentos después el bufeo flotó sobre el agua y fué atraído y subido a bordo: estaba muerto.

Era un hermoso pez: mediría cinco o seis pies de la cabeza a la cola.

El otro mozo tomó el timón y los dos hermanos descuartizaron al animal: observé que recogían la sangre y la iban regando a popa, dejando una estela roja.

—¿Para qué hacen eso?—interrogué.

—Para **engordar** y atraer la pesca,—me contestaron.

Como he dicho ya, fondeamos a las tres de la mañana, a veinte varas de sonda.

Despertamos al rayar el día.

—Buena pesca!—exclamó Concepción, paseando en rededor su inteligente mirada de marino.

Me puse en pié y me extremecí de terror al vernos rodeados de doce o quince enormes peces de ojos brilladores, que circulaban en torno del pequeño esquife.

Los tres pescadores pusieron carnada a sus grandes anzuelos y se los tiraron: los animales **engodados** por el rastro de la sangre se abalanzaron sobre ellos, los tragaban y al sentir clavarse en sus fauces la aguda punta de los ganchos, huían, arrastrando la cuerda del anzuelo; pero pronto rendían, eran atraídos al borde de la embarcación y matados a golpes de mazo en la cabeza.

Léjos de desmoralizarlos aquella matanza, nuevos animales acudían, se arremolinaban y hubo un momento en que conté más de treinta monstruosos tiburones y feroces tintoreras, algunos de los cuales medían nueve piés de longitud.

Insensiblemente me había ido tranquilizando; la fiebre de la pesca me contagió y tomé participio en ella.

Los animales, engolosinados con la carne que se les arrojaba, llegaron a aproximarse tanto, que hubo ocasión en que los atrevidos pescadores ya no tiraban, sino colocaban el anzuelo, aún sin carnada, en sus descomunales bocas. Algunos los arrebataban de sus manos a la borda del cayuco, bastante sumido ya con el peso de la pesca.

—Ya cogí el más grande!—exclamó alegremente el mózo.

En efecto, procuraba tirar de una colosal tintorera de ojos travesados y brillantes, que se agitaba furiosa al verse cogida. El mozo luchaba con la fiera, con el pié izquierdo apoyado en la borda: acudimos en su auxilio, ya la tintorera casi tocaba la embarcación y se alzaban las mazos......

De repente el pez dió un salto terrible y lanzamos simultáneamente cuatro gritos de terror. El imprudente mozo, para tirar mejor, había cometido la torpeza de arrollar la cuerda del anzuelo en su mano derecha, y al saltar el monstruo marino le había arrastrado al agua.

Tiburones y tintoreras se abalanzaron sobre el infeliz.....

Por fortuna suya era buen nadador y valiente y no se aturdió. De una brazada alcanzó la orilla del esquife, que por poco zozobra a su peso, le cogimos por manos y cabellos y le subimos violentamente.

Chorreaba sangre y tenía la ropa despedazada. Le examinamos. Por ágil que hubiese sido, había recibido en el

hombro izquierdo y en una de las **posaderas**, dos grandes mordidas y un raspón en el muslo derecho.

Se había salvado milagrosamente. Nosotros estábamos tan pálidos como él y aún no volvíamos del susto.

—Vámonos,—dijo Concepción,—ya empezaron las desgracias: tenemos con la pesca hecha.

—¿Y la tintorera?—pregunté indignado.

—Aquí viene,—respondió Tiburcio que tiraba, en efecto, de ella.

Pronto estuvo cerca y mientras Tiburcio y yo le dábamos furiosos mazasos en la horrible cabeza, Concepción, con riesgo de una dentellada, se inclinó y le atravesó el cuello con su cuchillo. Le izamos con trabajo a bordo: medía diez piés.

Entretanto, el esquife amenazaba hundirse con tanto peso.

—¿Y porqué no descuartizan esos animales y toman sólo el hígado que es lo que necesitan?—pregunté.

—Porque se echaría a perder el pesquero,—me contestaron.

Yo adelantaba notablemente en el curso de la pesca que estudiaba.

De la manera posible en aquellas circunstancias, restañamos, lavándolas con aguardiente, las heridas del mozo, y se las ligamos; sobre los mismos enormes peces que le sirvieron de mullido colchón, le improvisamos con sacos una cama.

Serían las once de la mañana: el sol nos quemaba ya: rceogimos el ancla, izamos velas y el "Céfiro" se deslizó hacia la tierra bajo la brisa que comenzaba a refrescar. Los feroces peces nos siguieron largo trecho hasta faltarles agua.

Tiburcio iba en el timón: Concepción observaba sobre la paneta de proa y yo iba sentado sobre el banco del medio: el herido gemía; todos estábamos silenciosos y tristes.

—Un manatí con su hijo a cuestas!—exclamó derrepente Concepción incorporándose, tomando su **vara** y armándola.

Yo no podía dar un paso sobre aquellos animales muertos, que eran como diez, inclusive los colgados en las bordas, y que si antes me causaban repugnancia, después de la catástrofe me inspiraban horror.

—Orza.... derriba.... caza.... arría escota....—decía Concepción, siguiendo en su tortuosa marcha al fugitivo pez.

De súbito arrojó su **vara** y hechó al mar la **sondaleza.**

—¿Bien?—le pregunté,—deseo mucho conocer ese animal.

—Me parece que sí; creo que hoy lo conocerá usted.

Pocos instantes seguimos en su fuga al animal: cuando lo creyó oportuno, el pescador comenzó a recoger la cuerda y momentos después, no obstante su enérgica resistencia, entre él y su hermano lo subían.

Aun estaba vivo: al ser sacado del agua, observé asombrado sus extrañas formas anteriores y cómo se cruzó rápidamente sobre el pecho sus dos aletas.

Mediría cinco o seis pi-s de longitud y uno a dos de espesor.

La cabeza era muy semejante a la del cerdo, con grandes orejas que le caían a los lados. Su piel exageradamente tosca y gruesa. En vez de vaca marina, debía llamársele **cerdo marino.** Era hembra: su pecho, senos, etc., tenían un maravilloso parecido al de una mujer en la plenitud de su desarrollo.

Para ver mejor los senos, hubo qué separar con esfuerzo las aletas con que tenazmente los cubría. ¿Sería el poderoso instinto del pudor......?

—Otra vez he oido referir esta singular analogía,—dije sin volver de mi sorpresa;—pero dudaba.

—¿Y ahora?

—No puedo resistir a la evidencia: esto parece increíble.

Una especie de sordo vagido, apenas perceptible, se dejó escuchar en aquel instante.

Giré en derredor la mirada: no era el herido ni ninguno de nosotros.

Los hermanos Díaz se sonrieron.

—Debe ser el hijo de este pez que huyó al clavar a su madre y que nos sigue llorando—dijo Tiburcio.

—Que nos sigue llorando! tu te burlas de mí—observé.

—No, es un hecho que los viejos pescadores aseguran: estos animales nunca andan en **cardumos**: las hembras, cuando están criando, llevan siempre a su hijo a cuestas o en pos de ellas hasta que crecen y entonces se separan: cuando se pesca a la madre, el hijo huye, pero vuelve, sigue por mucho rato la embarcación que se lleva a aquella y hay quien diga que se le suele oir llorar, así, así, como criatura.

—Y ¿por qué no coges al hijo?

—Por lástima y porque, como pequeño, es más difícil la pesca.

Aquella relación, que me recordaba las de Cheherasada en las Mil y una noches, era evidentemente absurda: pero era tan interesante y tan original, que no solamente no me empeñaba en combatirla, sino que, sin sentirlo, casi, casi le daba crédito.

—Y ¿no saben ustedes nada más del manatí?

—Usted que habrá leído muchas cosas, debe saber su historia.

—Pues se equivocan: ni he leído muchas cosas, ni menos sé esa historia.

—¿Deveras? pues no es larga.

—Cuéntenmela.

—Yo;—empezó Concepción,—la aprendí de un anciano pescador de Cozumel, a quien, según me dijo, se la enseñó su padre: sin duda se ha ido trasmitiendo de padres a hijos: me la refirió una bellísima noche de luna que pescábamos juntos. Decía que en tiempos muy antiguos, habitaban no sé qué lugar de los mares, unas circes o sirenas, diosas de las aguas, de prodigiosa hermosura, que de una manera irresistible, atraían y seducían con su canto, sus gracias y belleza a los navegantes que pasaban por sus dominios: esos navegantes quedaban allá esclavizados para siempre. Y los que deseaban escapar, se llenaban los oidos con algodón para no escuchar su melodioso canto y apartaban la vista para no mirar su mágica, encantadora mansión. Parece que un hijo del dios de las aguas fué víctima también de sus seducciones y por más que fué reclamado por su padre, éste nunca pudo recobrarlo. Indignado entonces el dios, las maldijo, las arrojó de su misterioso alcázar y las condenó a perder esas gracias y hermosura y esa encantadora voz de que tanto habían abusado, a verlas trocadas en repugnante fealdad y a vagar errantes y miserables en el desierto de los oceános. Desde aquel día, las circes o sirenas se convirtieron en manatíes, uno de los cuales tiene usted a la vista.

Yo escuchaba aquella sin duda adulterada fábula mitológica con extraña ansiedad; fábula que tenía no sé qué puntos de afinidad, al mismo tiempo, con la genesiaca leyenda de la caida del primer hombre. Mi razón estaba sofocada por mi imaginación.

Fijé la mirada en el manatí y creí ver que inclinaba la cabeza y que tenía lágrimas en sus redondos y feísimos ojos.

—Parece que llora,—observé.

—Y quién puede asegurarnos,—dijo Concepción,—que ese animal no conserve algo de su inteligencia, y para mayor castigo, de su memoria y que no comprende que hablamos de él!

—Es una barbaridad,—respondí exforzándome por reir y mucho más por arrancarme de aquella absurda y singular preocupación que me fascinaba.—Lo que me acabas de referir es una de tantas bellas, pero disparatadas fábulas de la antigua mitología, que creo se ha ido trasmitiendo por tradición entre los ignorantes y supersticiosos pescadores. ¿Sabes qué es mitología?

—No.

—Pues como hemos llegado ya a la orilla y no hay tiempo de comunicarte lo que conozco de ella, en recompensa de tu cuento ten presente recordarme cuando estémos en Riolagartos, desocupados los dos, que te lo enseñe.

Efectivamente, tocábamos la playa: era el mediodia y el sol abrazaba: sacamos cuidadosamente al herido, le colocamos en un lecho de mullida y fresca arena, bajo una tienda que formamos con una vela y mitigamos su hambre y sed con un pan y agua clara. El infeliz estaba con calentura.

Entonces recordamos que aun no habíamos almorzado, lo que hicimos con pan duro y pescado asado que llevamos.

Los Díaz arrastraron a la playa los enormes animales pescados, los abrieron, sacaron y reembarcaron los hígados que necesitaban para extraer grasa, artículo que vendían a buen precio en los mercados y volviendo a embarcar a nuestro herido y remolcando a la gran tintorera heridora y al manatí que acababa de espirar, como trofeos de la pesca, continuamos nuestra navegación. A las cuatro de la tarde, veinticuatro horas después de nuestra salida, desembarcábamos en Riolagartos.....

Oh! Cuántas emociones me habían agitado en aquellas veinticuatro horas.....!

x x x

—Peregrina ocurrencia la de ir a semejantes aventuras!—exclamará algún benévolo lector.

—No, amigo mío, líbreme Dios! todo eso fué un sueño, una terrible pesadilla que sufrí anoche y que asustado aún, me apresuro a referirles. Sólo deploro y me tiene inquieto, no haber sabido si sanó o murió aquel infeliz a quien dejé yá con la fiebre de sus terribles heridas....!

Febrero de 1,884.

EN MI CUARTO.

(Confidencias.)

Ante todo, amadísimos lectores míos, si están ocupados o aburridos y esperan encontrar sensación, interés o solaz en este articulejo, permítanme advertirles, con el respeto debido, que todo podrán hallar en él, inclusive el más estupendo fastidio, menos las condiciones arriba enumeradas.

Salten, pues, sobre estas líneas, como sobre un vacío que se abriera a sus piés.

Este artículo, si tal puede llamarse asaz pretenciosamente, es sólo la expansión de mi espíritu oprimido, la explosión, digámoslo así, de mi tedio.

En medio de mi accidental y obligada ociosidad y no teniendo cosa mejor en que ocuparme, me propongo derramar en este papel la bilis de mi aburrimiento y enviarlo luego (el papel, no el aburrimiento) al amable Editor del "Eco del Comercio," para que, si le pareciese conveniente, lo encaje en una columna vacía, conforme había de póner en ella una andanada de anuncios seculares, o un artículo sobre..... sobre tantas cosas insustanciales que suelen aparecer en las publicaiones periódicas de ambos mundos.

Héteme, pues, sentado junto a una mesa, ante un pliego de papel, el tintero al alcance de la mano, la pluma húmeda entre los dedos (al extremo del palillo, eh? cuidado con los críticos) y viendo elevarse en caprichosas espirales el humo que se desprende de un puro que oprimo con los dedos de mi siniestra que al mismo tiempo apesgan el pliego.

El reloj municipal acaba de vibrar las cuatro de la tarde, el viento levanta en las calles nubes de polvo y de vez en cuando tengo que sacudir el papel y limpiar la pluma, porque se cubren de ese polvo sutil que se mete por el póstigo que he entreabierto, no por gusto, sino porque tenga luz.

Pero ¿sobre qué escribiré.....? He aquí un verdadero conflicto..... Y sin embargo, es cosa irrevocablemente decidida que he de llenar este pliego con palabras, con tal de no dormir de día y a esta hora, toda vez que mi médico me ha prohibido salir so pena de muerte....natural.

Porque han de saber ustedes, aunque maldito lo que les interese, que hace quince días fuí brutalmente asaltado en esta muy noble y leal ciudad, por una fiebre tifoidea que, aunque benigna, según mi caro Galeno, no por eso de-

bía tratársela de poco más o menos; y si bien estoy ya convaleciente, aún no me es lícito asolearme ni serenarme.

Y a propósito, no sé a qué atribuir tal enfermedad: mi médico opina que al brusco cambio de estación que me ha sorprendido en esta atmósfera que no es la mía, como que estoy habituado a respirar allá en mi amado Oriente, ya el puro, fresco y perfumado ambiente de los campos, ya las brisas embalsamadas de la playa.

Pero tengo para mí, que lo que ha determinado el quebrantamiento de mi salud de fierro, es la incalculable cantidad de polvo que he absorbido por todos mis orificios respiratorios, por todos mis poros, al recorrer las calles de esta capital y aspirar el aire abrasador que durante el medio día circula en un recinto, aire que en lugar de purificarse y refrescarse cruzando verdes y frondosos bosques, se caldea en los áridos alrrededores exhaustos de vegetación, y en los que no más se ven secos y deshojados arbustos o vastas llanuras de henequén. . . . . .

—Y ¿qué diantre nos importan la salud de usted ni ese fárrago de disparates que viene ensartando hace una hora. . . . ?—preguntará el que haya tenido la debilidad de leer estos renglones.

—Bien castigado está usted, señor mío: ¿no le advertí a su tiempo que no me leyera?

Yo me he puesto a embadurnar papel, porque en este momento de fastidio no tengo con quién conversar, porque no debo salir de mi cuarto, porque ya mi vista y mi cerebro se cansaron de leer de día y de noche, unas veces las instructivas y originales ocurrencias de Mr. Julio Verne, otras los chispeantes cuadros sociales, al natural, de Mr. Emilio Zolá, ora las legendarias narraciones de don Antonio de Trueba, ora los periódicos del día, llenos en verdad de palpitante interés.

Figúrese usted que hace quince días ¡¡quince días!!! que vivo, mejor dicho, que vegeto entre cuatro paredes, en el centro de esta bulliciosa capital. Es decir, que durante ese tiempo, mi cuarto ha sido para mí, no un oásis en medio del desierto, sino un desierto en medio de un oásis.

Como me duermo siempre tarde, despierto de seis a siete de la mañana, en esta estación, ah! en que la mañana, y la noche son las únicas horas **racionales** de Mérida.

Entonces percibo el rumor de la ciudad entregada a sus labores y el rodar incesante de los carruajes que ya se alejan, ya se aproximan.

A medida que avanza el día, escucho el zumbar del

viento en la calle; el sonido del polvo al arremolinarse y estrellarse en la puerta cerrada; el ronco grito de las locomotoras al partir y regresar los trenes; los agudos pitazos de los molinos y otras industrias al vapor; el ruido del urbano que va y viene a cincuenta pasos de mí, con su timbre o su pito.

Los domingos por la mañana, por la tarde y por la noche, y por ésta los jueves, las auras y las brisas traen a mis oidos sucesivamente el alegre clamor de las campanas que llaman a los creyentes, las lejanas melodías de la música en el parque, la grita del circo de toros y los ecos deliciosos de la banda en las serenatas.

Todas las noches, desde que empiezan hasta las diez o poco más, el ruido de la máquina a cien pasos de mí en línea recta, ese ruido que parece el aleteo de una grande ave nocturna que se cierne en el espacio, me anuncia que la luz eléctrica derrama sus resplandores sobre el jardín principal y el parque Hidalgo.

Y más tarde, cuando ya el rumor de los pasos y de los carruajes y los armoniosos acordes de algún piano o caja de música de las vecindades, se han ido alejando, extinguiendo; cuando ha cesado ya todo sonido, excepto el de las pisadas de algún galán que se despide tarde de su Dulcinea, de algún Tenorio de callejuela, de algún concurrente a los saraos, casinos o garitos, o de algún sacerdote o médico que va o regresa de asistir algún moribundo; cuando el silencio ha descendido ya sobre la ciudad, entregada al reposo, entonces, me encuentro solo, muy solo, y apenas escucho con tristeza el melancólico y misterioso gemir del viento en los hilos telefónicos y telegráficos, que parece el eco todavía de las mil palabras que durante las doce horas del día han trasmitido, o el monótono rezo de ánimas en pena que vagan en el espacio, o el lejano mugido de la electricidad en la atmósfera, cuando está cargada de nubes tempestuosas.

Ay! entonces, en medio de aquel silencio, interrumpido no más a intervalos por el tin tan del reloj municipal en perpetua disputa con el de la Catedral, que unas veces se adelanta y otras se atrasa; en medio de aquella soledad, alejado el sueño de mis párpados, cansada la vista de leer junto a la luz, contemplando, acostumbrado ya a la semiobsridad, a la inteligente araña que tiende sus sedosas redes en los ángulos de la pared; o a las hormigas, ejemplo de unión, que se juntan para arrastrar a sus almacenes algún grillo o mosca muerta; o a algún manso ratoncillo que cruza a cada instante el aposento, entonces, cómo he de-

seado el talento de Silvio Péllico para escribir, no digo un libro como sus "Prisiones," sino siquiera una página como las de aquella magnífica obra; o la habilidad artística del infortunado Mariscal Ney o del novelesco Justino de Dumas, para arrancar a una flauta o a un violonchelo sus notas más dulces y tristes; o a lo menos, el estro poético de Peón Contreras para componer "Ecos," dramas o romances.....!

Pero vamos, a todo esto, no he escrito nada absolutamente de lo que me proponía. Y todavía estoy resueltísimo a hacerlo, sobre cualquier tema, dé donde diere.

A ver.... ¿trataré de la guerra de castas....?

No, ahí está el infatigable y valiente "Honor Nacional" consagrado a esa santa tarea y que ni a cañonazos quita el dedo del renglón, en lo que hace muy bien. Por otra parte, chist, no interrumpamos los trabajos diplomático-pacificadores del digno y patriota señor General Canto, quien se ocupa ahora de ese importantísimo asunto.

¿De ferrocarriles....? Tampoco; **hasta aquí** está el público de ese tratado: no hay el menor suceso ferrocarrilero que no sepa al punto por la trompa pregonera de la prensa.

¿De política....? Menos; líbreme Dios! ¿quién que tenga de qué ocuparse se mete ya con esa venal y corrompida cortesana....?

¿De las cosas nacionales y extranjeras?Quita allá! para eso, ahí están las bien tajadas plumas de Don. Alfredo Herrera, del querido Rodolfo Menéndez y de corresponsales que manejan aquello que es un portento....

Qué idea....! me declararé oposicionista recalcitrante y.... cuerda con el Gobierno y su séquito de empleados...!

Pero no; además de que soy sincero apreciador y admirador de la actual Administración, que, no por estar presente y sin agravio de otras, me parece una de las más sensatas, ilustradas y progresistas y que jamás atentaría contra la libertad de imprenta, sin embargo, no hay que olvidar la última reforma hecha a esa libertad, ni la infame paliza dada a algunos valientes escritores de la Metrópoli nacional y de algunos Estados. El que ama el peligro.....

Demonio! ¿de qué voy a tratar entonces....?

Albricias! ya dí en el **quid**! Eureka! Escribiré la apología del actual Presidente de la República y de su presunto futuro sucesor el señor General Díaz; la del Gobernador del Estado, de los principales y más influyentes funcionarios públicos y la de los que se susurra ya les relevarán en sus encargos.

Bueno es caer siempre parado y estar bien con los que bajen y con los que suban.

He allí el nudo gordiano de la política moderna!

Aquí, pues, me cuelo por si algo se pesca!

Y ya que no puedo fundar un periódico **independiente y sin subvención,** y aumentar con él el número de los venideros Mesías, seré a lo menos, un ardiente colaborador, y a la hora de repartir, por si quedasen migajas del festín, gritaré: "presente!"

Pero ya va cerrando la noche y no veo: ya estoy cansado de escribir y más el lector de leer tanta tontería y este prefacio se ha hecho sumamente largo y fastidioso.

Lo dejaremos para mañana. Muy buenas noches, caro lector.

Mérida, abril de 1,884.

5 DE MAYO DE 1,862.

Finalizaba el segundo tercio del presente siglo. El espantoso vestiglo de la guerrra civil se paseaba ensangrentado por los campos de la nación mexicana. El Gigante de la Reforma luchaba a muerte con el Genio del Pasado.

Un día, la República se extremeció del uno al otro confín, como sacudida por un terremoto. Un ejército extranjero había desembarcado en sus playas y avanzaba tambor batiente y en son de conquista sobre la Metrópoli.

Y aquel ejército era parte del que venciera en Magenta y Solferino; eran las huestes victoriosas de Napoleón III, que con el prestigio de su gloria y aprovechando la división y sorpresa de los mexicanos, avanzaban al corazón del Anáhuac. De repente se detienen: han visto desfilar tropas enemigas y brillar sus armas, y tomar posisiones con resolución y ofrecerles la batalla.

Los franceses están frente a Puebla: otro ejército mal armado, menos disciplinado que el suyo, ejército improvisado de mexicanos inspirados por el santo amor de la patria, se atreve a disputarles el paso.

Los hijos de los valientes de Lodi, Arcole, Austerlitz y Jena, sonrien con desden y gozan de antemano con un fácil triunfo. Ah....! no han reflexionado, quizá, en que aquellos hombres son soldados de la Libertad y de la Independencia y de la Democracia; que inflama su alma el fuego de la patria; que están a la puerta de sus hogares hollados y profanados; que están resueltos a regar el suelo natal con su sangre y a perecer antes que dejarlos avanzar

impunemente; que, en fin, son un ejército de héroes, cuyos caudillos se nombran Zaragoza, Negrete, Díaz y otros.

El clarín de los franceses dá la señal de asalto, y éstos, con la terrible calma del veterano laureado y arma al brazo, trepan, como sus padres en Waterloo, los cerros de Loreto y Guadalupe. Un aluvión de metralla y bala rasa cae sobre ellos y diezma sus filas; pero resuena la voz enérgica de sus jefes, en la que creen escuchar la de los Napoleón, los Ney y Murat que les electriza, y prosiguen su ascensión. Nuevas granizadas de proyectiles abren en sus columnas surcos sangrientos, y los franceses vacilan y al cabo retroceden ante el heróico empuje de los mexicanos, como en Los Cuatro Brazos, ante las belgas y alemanes, como en el monte San Juan, ante los ingleses de Wellington.

Dos veces más se lanzan al asalto y otras tantas son rechazados.

Aquel día se fechaba, CINCO DE MAYO DE 1,862. El Sol, magnífico como nunca, derramaba sus más hermosos resplandores sobre la frente de nuestros valientes patriotas, cuya ardiente y generosa sangre, que enrogeció la tierra, debió subir vaporizada, como incienso, a los altares de los dioses penates.

¡Y qué mejor aroma podrían ofrecerles los mexicanos!

Si después de la muerte aún es visible el mundo a los espíritus de los que han partido para la eternidad, cuánto debió complacer al anciano Hidalgo la conducta de sus dignos compatriotas! ¡Cómo se extremecerían de entusiasmo las sombras de Morelos y de Allende, de Abasolo y de Guerrero!

x x x

En un obscuro y remoto rincón de la frontera de la República, se agita un pequeño grupo de hombres harapientos, sucios, mal armados, con el semblante tostado por el sol tropical, y extenuados por la fatiga, las privaciones y la miseria.

Sobre el campamento ondea el pabellón tricolor de la Federación.

Esos hombres están declarados bandidos y fuera de la ley por los decretos de la Intervención triunfante y son perseguidos a muerte.

En medio de ellos se distingue uno de aspecto imponente y severo y frente pensadora. Le rodean otros cuatro o cinco graves y meditabundos como él.

¿Quiénes son esos desgraciados...? Oh....! descubrámonos! Esos hombres son don Benito Juárez, su ministerio y el puñado de patriotas republicanos que les ha seguido en el Calvario de la redención de México. Ese mísero campamento es el Tabernáculo, el santuario de la República: allí están encerrados el porvenir y el destino de la patria: allí están los legítimos Supremos Poderes de la Nación y esos hombres agrupados alrrededor de una bandera momentáneamente vencida, pero no arrollada, como náufragos en una isla desierta, son la única, la suprema esperanza de Anáhuac.....

De súbito Juárez alza la frente iluminada por el genio y se yergue con los ojos brillantes: ha vibrado en su conciencia la hora de la Justicia. Levanta la mano con solemne ademán y señala con el dedo rumbo a la Capital de la República.

—Ya es tiempo!—exclama con acento profundo.

Los hombres que lo rodean le comprenden: arrojan un grito de júbilo y de esperanza, y con el estandarte de la ley y del derecho en una mano y las armas de la patria en la otra, emprenden la reconquista del suelo usurpado por la Intervención extranjera..........

x x x

Era el 18 de Junio de 1,867. En una de las más históricas y pintorescas ciudades de la República se observa un inusitado y grande movimiento: multitud de guerreros pululan por sus plazas y calles con aire triunfal.

La victoriosa bandera republicana flamea en todas las alturas.

Mirad....un grupo de soldados sube la pendiente de una eminencia de la ciudad, custodiando a tres hombres de noble y distinguido continente.

Llegan a la meseta del cerro, los tres hombres se desprenden del grupo y van con paso firme y digno a colocarse frente a un pelotón de soldados.

El oficial hace una seña, resuena una descarga y los tres hombres vacilan y caen destrozados por las balas....

Inclinemos la frente ante la Justicia nacional. Respetemos a la Majestad caída!

Esa ciudad es Querétaro: aquellos guerreros son los soldados de la República vencedora en toda la extensión del territorio: el águila mexicana que gemía en las tristes márgenes del Bravo, de triunfo en triunfo, de campanario en campanerio, de montaña en montaña, ha vuelto a posarse sobre el palacio de los Supremos Poderes de la Fe-

deración: la eminencia se llama el Cerro de las Campanas: los ajusticiados, Maximiilano, Miramón y Mejía.

El infortunado príncipe de Apsburgo, pérfida y cobardemente abandonado por los aliados europeos que le empujáran a México, ha sido rendido en su último baluarte: la espada de la Justicia ha caido implacable, pero necesariamente sobre su cabeza y sobre la de sus dos más leales y queridos compañeros.

Pobre Maximiliano! Víctima de su espíritu aventurero y caballeresco, encontró un patíbulo en lugar de un trono de oro que soñó levantar en América, sin observar que no era ya la América de los Colón, Cortés y Pizarro, sino la América de los Washington, Bolívar y Juárez.

Crueles lecciones, sangrientos ejemplos para los príncipes y para los pueblos.....

El ruido del derrumbamiento del efímero trono de Maximiliano y de la catástrofe del Cerro de las Campanas, alcanzó a la desdichada Carlota en Roma y le arrebató el juicio.... Han transcurrido diez ocho años y aún Dios no se lo devuelve!

¿Sería un bien para ella la memoria?

Qué la sangre del primero y la locura de la segunda, caigan siempre sobre la memoria de Napoleón III, que bien caro en verdad expió sus faltas!

Dejad pasar la Justicia de Dios!

x x x

Después de aquel drama histórico, la mano del tiempo ha ido extinguiendo los odios y persecuciones que fueron sus inmediatas e inevitables consecuencias.

Han surgido otras sangrientas revoluciones: mucho ha sufrido la República; pero ahora parece que el ángel de la Paz y el de la Libertad velan a su cabecera.

Ay! eran menester los dolores del parto para sentir las dulzuras de la maternidad.

Plegue a los cielos que jamás sea turbada esa paz, ni profanada por propios o extraños esa libertad!

Mayo 5 de 1,885.

¡EL QUINTO NO MATARAS!

De tiempo en tiempo suele agitarse violentamente el apasible lago de nuestra vida social, al caer sobre él ciertos acontecimientos que hacen extremecer de indignación y horror a las gentes honradas y pacíficas, y que parecen abortos escapados de lo más profundo del averno.

Entonces, bajo la presión de esos acontecimientos, se invocan remedios extremos, incompatibles con los progresos del siglo y con nuestras liberales instituciones.

De esa manera, cuando no hace muchos años tuvo lugar en Mérida una espantosa tragedia doméstica, un diputado, impresionado por la honda conmoción que produjera aquel hecho, presentó al Congreso local una iniciativa para restaurar la pena de muerte abolida en el Estado.

La conmoción pasó y la iniciativa murió en su cuna.... Así debía ser. Algo grave ocurrió en el ramo criminal en el vecino Estado de Campeche, cuando su ilustrado Gobernador inició hace poco tiempo el mismo proyecto; ignoro la suerte que corrió en la Cámara campechana, pero es de esperarse que se haya retirado.

En efecto, si es mucha verdad que nuestros Códigos generales son asaz susceptibles de perfeccionamiento, contienen, sin embargo, severos y eficaces correctivos, que bastan, en mi humilde concepto, señaladamente en un pueblo que, como el yucateco, es notablemente morigerado y honrado, siendo raros y monstruosos, por fortuna, acontecimientos que, como el citado de Mérida, el del 23 de Mayo de 1,883 en Tizimín, y otros análogos, hielan de espanto a la sociedad.

No; no es la pena de muerte con la que deben conjurarse o castigarse tan horrendos crímenes, ni la falta de aquella es motivo para que éstos se repitan.

No; en otro lugar está el remedio; otra es la causa.

El cáncer está, no en la legislación penal, sino en su inexacta y viciosa aplicación.

Los partidarios de la pena de muerte objetan que se han visto y se ven muchos graves delitos impunes o poco menos y que sus autores andan libres, alardeando de esa impunidad a la faz de los ofendidos y de la sociedad toda, sirviendo de estímulo y ejemplo para que otros les imiten.

Desgraciadamente ello es cierto; pero la culpa no está en las leyes: está en los encargados de aplicarlas, que en esos casos duermen en la indolencia, o venden la justicia, o conceden indultos inmerecidos: está en la errada designación de Jueces y en la falta de energía para destituirlos, si no cumplen sus deberes: consiste en que en ciertas ocasiones se enerva el vigor de la justicia para la persecución, proceso o castigo de los reos, bajo la mágica influencia del dinero y de las relaciones sociales y políticas, o de la simple apatía; la prensa, ese gran Jurado de los pueblos cultos y libres, y la sociedad, guardan muchas veces un egoísta y censurable silencio, y los superiores de aquellos Jueces

miran esos abusos con indiferencia, cuando, una vez descubierto y comprobado un crimen, no debe reposar un instante la justicia hasta obtener, para garantía de la sociedad y escarmiento de los perversos, la aprehensión y castigo de los delincuentes; cuando la prensa y la sociedad, por interés propio, deben excitar sin tregua a las autoridades a cumplir con su misión, sin miramientos, porque tal es su sagrado objeto: está, en fin, en esa misma sociedad que, persuadida de la frialdad, injusticia o venalidad de algunos jueces, acepta de nuevo en su seno y tiende la mano y aún los brazos a quienes todavía llevan en la frente la sangre de sus inocentes víctimas.

No; no es con la pena de muerte que se cura esa enfermedad social. ¡Cuántas veces se habrá asesinado jurídicamente a un inocente, por engañosas apariencias, conociéndose después ¡ay! demasiado tarde, el error! ¡Cuánta hiel amarga entonces la conciencia de sus Jueces!

Nómbrense siempre autoridades de experiencia, energía y honradez acrisolada, no según lo soliciten, sino según lo merezcan, que apliquen las leyes sin pasión, pero tampoco sin temor, favoritismo ni venalidad; présteseles el apoyo moral y material que necesitan: pesen sobre ellos toda la vigilancia de sus superiores y de la opinión pública y toda la responsabilidad de sus actos; fúndense penitenciarías y así acaso veamos castigados debidamente los crímenes, detenida la desmoralización que amenaza invadir y tetanizar el cuerpo social, y aseguradas la paz y las garantías individuales a que tienen perfecto derecho todos los ciudadanos.

Oh! y también se conjurarán otros graves y trascendentales daños...... Cuando se ha perpetrado un nefando crimen; cuando se contempla el fatídico cuadro de un hombre cayendo en un camino o en una calle desierta, o en su propio hogar, en medio de su esposa e hijos bañados en su sangre y retorciéndose en su desesperación, bajo los proyectiles, machetes y puñales de uno o más miserables, que sin valor para luchar cara a cara con él, le sorprenden y despedazan con ventaja, alevosía y traición, con crueldad y rabia salvajes; cuando luego se ve a esa esposa y a esos hijos en la más triste orfandad y miseria; cuando tras todo eso, se ve a la autoridad, por cualquier motivo, que retira su mano de sobre los asesinos, que no los persigue o los absuelve, y que se pasean tranquilamente, interín lloran sus víctimas...... entonces la sangre debe hervir en las venas de los ofendidos; deben alzar los ojos al cielo y desesperando de la justicia humana y sin esperar la divina, deben

experimentar ímpetus de hacérsela por su propia mano y cobrar ojo por ojo, diente por diente, vida por vida, aún cuando se hundan en el mismo abismo en que se revuelcan los miserables, aún cuando así eslabonen la horrible y repugnante cadena de las represalías......

No; nunca aprobaremos la justicia en mano propia, ni la odiosa represalia, ni menos la pena del Talión: jamás!

Si la justicia humana suele esquivarse o no encontrar luz suficiente para percibir con evidencia el crímen y castigarlo, todavía tenemos fé en la justicia divina, que nunca se equivoca y que tarde o temprano se hace sentir inexorable.

Atrás la pena de muerte! Paso a la moralidad y honradez en la justicia, y que no se confíen las llaves del orden y seguridad generales, las llaves de las puertas todas del hogar a gentes ineptas y débiles, sino a las dignas, incorruptibles y enérgicas, que garanticen o venguen al débil contra el fuerte, al honrado contra el pícaro, al leal y caballero contra el cobarde asesino, al trabajador contra el vago; qué no confundan al inocente con el culpable, ni al instrumento con el que lo esgrime; en una frase, que defiendan a la sociedad contra sus infames agresores y que las leyes no sean en sus manos como las telas de araña, según dijo el joven Anarársis a Solón, en las que solo se enreden los insectos; pero en las que pasan, rompiéndolas, los pájaros.

Mayo de 1,885.

DE COMO ES LA LIDIA DE LOS TOROS EN CIERTAS POBLACIONES DEL ESTADO.

Ha comenzado la fiesta: va a verificarse la primera **corrida.**

A las tres de la mañana, la **nona,** con gran acompañamiento recorre las calles y el circo, construído generalmente frente al templo, en cuyo altar se rinde culto a la imagen objeto de la fiesta.

El terrible fragor de bombas, petardos y cohetes voladores, mezclado con las armonías de la música despierta a las gentes.

Después de recorrer la población, la comitiva se dirije a casa del **diputado** que es quien paga los gastos menores de la función, y allí es obsequiada con chocolate y licores.

Desde las siete de la mañana, **vaqueros** a caballo comienzan a conducir las reses destinadas a ser víctimas aquel día.

De diez a once, más o menos tarde, los palcos o **tablados** se llenan de espectadores de todas edades, sexos y condiciones. Hombres graves, señoras circunspectas, lindas y delicadas señoritas, elegantes jóvenes, allí están todos esperando con impaciencia.

Suena el clarín del palco municipal, y se desata al toro que aparece junto a un poste en medio del circo. La viva y dolorosa sensación del hierro que le clavan y del cohete que estalla sobre su cabeza y le quema la piel, la cuerda que le ciñe fuertemente el cuerpo para contener su agilidad, la barrera que por doquiera le cierra el paso, el ruido de la música y de la muchedumbre que le circunda, todo esto, inusitado para él, habitante de las selvas, le exita, le exaspera, a veces, de manso animal, se convierte en terrible fiera: los banderilleros le irritan más con nuevas **jaras.** Suena de nuevo el clarín y se lanzan a su encuentro los picadores, armados de afiladas y agudas lanzas.

El toro acosado, provocado sin cesar, con obscenas palabras que tolera el auditorio, pasea en torno sus miradas. Pudiera creerse que protesta contra aquella violencia ante el público: que protesta de antemano contra las consecuencias de la lucha.

El bruto irracional ha sido obligado, conducido por fuerza al circo, arrastrado, cercado para que no huya, y ostigado sin piedad; mientras que sus provocadores, más salvajes que él, le retan voluntariamente; mientras que el público, **civilizado, enchido de moralidad,** paga a los toreros, paga su palco y se complace en esa lucha horrible, sangrienta, mortal, de una fiera salvaje provacada, con hombres racionales provocadores.

Y cómo se impacienta y ahulla el público cuando el toro es manso y huye prudentemente de sus adversarios! Parece que se avergüenza y se indigna de que el animal tenga más razón y mejor sentido común que él.

Por el contrario, cuando el toro es bravo y feroz, el pública grita de entusiasmo y a cada embestida, a cada golpe, a cada hombre que es derribado, magullado, mutilado, muerto tal vez, una descarga cerrada de aplausos hace temblar el circo.

Y la sangre de la bestia y de los hombres, brota a borbotones de sus heridas, regando el suelo; y la vista de la sangre enardece las pasiones de la multitud y corrompe sus buenos instintos y la predispone al crimen; y degrada

los delicados instintos de la mujer, y educa para sangrientos actos y espectáculos a la juventud y a la niñez......!

El toro, vencido por el número, debilitado por la pérdida de sangre, vacila: entonces se ensañan contra él sus enemigos, le cocen a lanzasos, al fin le derriban y matan, y ocasiones hay en que le cortan la lengua y se la comen cruda!

La función termina: la multitud se retira satisfecha: qué importa que dos o tres de los lidiadores queden cojos y heridos, con un brazo o un pié rotos, inutilizados para buscar su sustento y el de su mujer e hijos! qué importa que alguno haya muerto! Murió en su oficio: y mientras la multitud baja alborozada de sus palcos, mientras la música **corona** la plaza para ir a continuar la **gresca** en casa del **diputado,** la viuda y sus huérfanos hijos lloran junto al cadáver de su esposo y padre, sin hallar quien les ayude a conducirlo, sin dinero acaso para comprar pan al otro día.......!

Ahora pregunto con Selgas: ¿quién será el más bárbaro y feroz en esos espectáculos? ¿Es él toro, conducido por fuerza y obligado a luchar y defenderse? ¿Es el torero pagado, que quizá se vé en la necesidad de hacer aquello para proporcionarse recursos con qué alimentar a su familia? ¿O es, por ventura, el público **ilustrado** que paga a un hombre para que se nivele con una bestia, que paga o construye su palco y que sufre voluntariamente las incomodidades del calor, del sol y otras molestias por presenciar una escena tan cruel, odiosa y repugnante?

No lo diré yo: sentadas las premisas, fácil es deducir la consecuencia. Y es en una fiesta pública y religiosa donde la ley y la religión autorizan esos espectáculos! La ley, númen de orden y de moralidad, y la religión númen de la caridad y del amor.......!

Y aquellas bellas señoritas que palpitantes de emoción clavaban sus miradas ardientes en la sangrienta lidia, adornarán el estrado de baile en la noche, vestidas con elegancia y gracia, respirando aromas y ternura, y girarán deliciosamente al compás de dulces acordes, y enloquecerán a sus admiradores con su aire voluptuoso y soñador, con sus matadoras sonrisas, con sus lánguidas miradas.....! Qué contraste!

Respetables señoras, adorables niñas, por piedad, no vayan a los toros. Esos sitios son indignos de la pureza y delicadeza de la mujer. No vayan ustedes y probablemente tampoco iremos nosotros. Tal vez vayamos extirpando esa feroz costumbre.

Mayo de 1,885.

UNA MASCARITA.

Era la noche del martes de carnaval.

Más de dos mil personas se agitaban y codeaban en los vastos salones y en los extensos patios de "La Unión," espléndidamente decorados e iluminados, ora en atropellados paseos, ora en el torbellino del baile.

Un rumor sordo se cernía sobre aquel mar de cabezas, como ese misterioso murmullo que respiran los grandes bosques mecidos por el céfiro y el Oceáno risado por la brisa.

La voz de cien mascaritas, chillona o melodiosa, según el sexo, pero siempre irónica, dominaba aquel mugido humano: yo vagaba en el edificio arrastrado aquí y allí por aquel oleage viviente.

—Aristófanes!—chillaba una máscara con acento burlón:—¿hay de esto es tu pueblo?

—Pérez Alcalá, no te vallas a enamorar,—gritaba otra, —los amores de carnaval son falsos amores.

—Señor Diputado,—replicaba un tercero,—anda con cuidado; ahora que el honrado Palomino es Gobernador, vá a cortar las uñas a todos los que en el Congreso, en las Tesorerías, en las Jefaturas políticas, etc., etc., tanto las han hincado en las entrañas del pobre pueblo: creo que tú aún no estás maleado y ayudarás a tu Jefe en vez de pretender merodear como los demás.

Y otras muchas al tropezar conmigo, me dirigían galantes frases o sátiras terribles. Y antes de responderles alguna cosa, antes de intentar conocerlas, desaparecían entre la compacta movible muchedumbre.

Gobernador, Consejeros, Diputados, Magistrados, periodistas, aristócratas y demagogos, nadie escapaba a su crítica mordaz, entre la que se solían deslizar juiciosas observaciones y provechosos consejos.

De repente pasó junto a mí una mascarita que me saludó por mi nombre.

Su voz pura y argentina, su manera de llevar el vestido, el rizado fleco de sus cabellos que asomaba bajo el tocado, el fulgor de sus ojos al travéz del antifaz, la fresca blancura y mórvido contorno de su antebrazo casi cubierto con un largo guante, su talle cimbrador, y su pié breve y ligero, me revelaron que era mujer, que era joven y que debía ser hermosa.

—¿Me conoces mascarita?—le pregunté cortándole el paso.

—Sí.

—¿Y yo a tí?
—Ignoro si me has visto o te has fijado en mí.
—¿Pero hemos hablado.?
—Nunca.
—¿En dónde me has conocido?
—Aquí en Mérida.
—¿Y has estado cerca de mí alguna vez?
—Has solido pasar junto a mi palco en el teatro o encontrádome en el jardín.

Ay, mascarita, a tantas podría aplicar esas señales que me das, que no puedo conocerte por ellas.

—Ni se necesita, mejor.
—Gracias. ¿Quieres dar un paseo conmigo por los salones?
—No hay inconveniente.

Dijo algunas palabras al oido de otra máscara que la acompañaba, se colgó de mi brazo y echámos a andar.

Hacía un calor sofocante, le tomé su abanico, comenzé a darle aire con fuerza a fin de ver si se alzaba un tanto el antifaz, pero sólo pude descubrir un cuello de cisne y la base de un seno blanco y turgente.

Ella comprendió y me disparó una mirada feroz.

—Quieto, o te dejo,—me dijo.
—Pero es que me llevas ventaja, mascarita; tú me conoces, yo quizás ni sin antifaz te conocería y te diviertes conmigo: dime donde vives.
—En Mérida.
—Gracias por la noticia: creía que en China. ¿Eres casada,, soltera o viuda?
—¿Y a tí qué? ¿Quieres hacerme el amor?
—No, soy casado, más soy curioso.
—Eso es en esta ocasión un defecto, amiguito.
—Perdona, mascarita.
—No hay de qué.

Se empezó o tocar un waltz.

—¿Walsamos, mascarita?—le pregunté.
—Como quieras.

Estreché aquella flexible cintura y nos precipitamos al salón en rápidos giros.

Estaba yo harto mortificado por tantas máscaras que se me dirijían, paseaban y bailaban conmigo, sin saber yo quiénes eran, y estaba decidido a conocer aquella. El waltz terminó y le pregunté dónde deseaba que la dejase yo.

—En el primer patio, junto al laurel,—me respondió,—es nuestro punto de reunión. La conduje al sitio designado y allí encontramos una docena de máscaras.

—Quiero ser tu amigo, mascarita,—le dije al sentarla, —¿me lo permites?

—Con mucho gusto.

—¿En dónde, pues, está tú casa?

—Mañana a la hora de Misa Mayor, pasa por la calle que conduce del "Parque" al Instituto y busca una cruz de papel: allí estaré.

Fuí rigurosamente exacto a la cita: al pasar frente al templo de Jesús, ví una cruz blanca de papel en el extremo de una reja. Entré al templo: más de cien personas oían misa de rodillas. Esperé, salió la gente, ví muchas mujeres, con disformes cruces negras en la frente, pero ninguna se fijó en mí, ninguna tenía el talle y modo de andar de mi mascarita.

Comprendí que era yo víctima de un gregorito carnavalesco y me eché a reir.

Pero juro a mi mascarita que algún día la he de reconocer: tengo una señal.

Marzo de 1,886.

LA HECHICERA.

(XPULYA.)

I.

Hay historias que parecen cuentos y cuentos que parecen historias.

La tradición que voy a referir, que es rigurosamente histórica en el fondo y que he recogido en una de mis viajes ai Interior del Estado, pertenece a las primeras.

Aún viven las viudas y huérfanos de los protagonistas de mi narración: por consiguiente, cambiaré los nombres de éstos y callaré el del teatro de los sucesos.

Erase allá por el año de 1,840.

En un extremo del pueblo B.... observaba el viajero que por ese rumbo entraba a la población o salía de ella, una pequeña y ruinosa choza de palmas.

Era la última, estaba aislada de las demás y rodeada de un cercado en que se elevaban varios árboles frutales y vagaban aves de corral.

Bajo su estrecho y descompuesto óvalo habitaba no más que una mujer septuajenaria. Aquella mujer no visitaba nunca a nadie, ni nadie la visitaba jamás, excepto los que por necesidad acudían a ella.

Porque han de saber ustedes, que la tal mujer era, ni más ni menos, una famosa hechicera que curaba, **como con la mano,** toda clase de enfermedades, aún las más graves y desconocidas y rebeldes a todo tratamiento médico; que adivinaba y profetizaba el porvenir; que encontraba los objetos perdidos, por más ocultos que estuviesen, por medio de su **sastun,** (piedra luminosa); que proporcionaba filtros o polvos a los amantes desdeñados; pero que en cambio, causaba a los que le hacían daño y la ofendían, otras terribles enfermedades que nadie más que ella podía curar, y les maldecía atrayendo sobre ellas todo género de calamidades.

Era entonces voz pública que a alguien que había hablado mal de ella, le hizo brotar toda una cría de abejas en el ombligo; que a otro le hizo deponer gran porción de pelos, plumas y hasta culebras y sapos; que a **fulano** le obsequió una jícara de blanco **pozole,** que a los tres minutos se ensangrentó y rebozó gusanos; que a **mengano** le hizo vomitar huevos y aún pollos vivos; que una mujer por influencia suya, dió a luz un par de hermosos perritos; que otra, un pequeño marrano, y en fin, otras muchas atrocidades que habían sembrado el pánico en el pueblo y diez leguas a la redonda, y habían rodeado a la vieja y a su choza de un espantoso y misterioso prestigio que ahuyentaba a las gentes honradas.

¿Eran o nó ciertos aquellos sucesos? El lector los juzgará como guste.

Por mi parte, creo que una gran dósis de ignorancia del vulgo, otra de malicia, y algunos conocimientos botánicos de las llamadas hechiceras y una que otra coincidencia o casualidad, son los elementos de esa creencia grosera y supersticiosa que, si bien huye ante el resplandor de la civilización que lentamente penetra en las masas populares, aún suele palpitar en el fondo de éstas, allí en las míseras aldeas y en las rancherías de indígenas escondidas en el seno de los bosques.

II.

Transcurrían esos momentos en que el día agonizante disputa aun al dios de las tinieblas el imperio de la tierra.

El genio de la noche, apagándose apenas los postreros resplandores del sol poniente, surgía del Levante y con la rapidez de la electricidad, recorría el firmamento encendiendo las lámparas celestes, al mismo tiempo que arrojaba su manto de sombras sobre nuestro hemisferio.

Una decena de muchachos, de catorce a quince años, después de varias horas de correr por la plaza jugando sus cometas o papagayos, conversaban echados sobre la yerba, ínterin otros arrollaban el hilo y las colas de sus papelotes.

—Ahí vá la bruja!—exclamó de repente uno.

Todos volvieron el rostro y vieron en efecto a la anciana hechicera que con lento paso desaparecía en un ángulo de la plaza.

—Vamos a silvarla y correrla,—propuso otro.

—No,—objetaron varios,—nuestros padres nos han prohibido burlarnos de ella; dicen que es una mujer anciana, por cuyo doble motivo es digna de respeto. Por otra parte, no queremos que nos hechice a nosotros o a alguno de nuestra familia, pues se dice que hace pagar muy caro el mal que se le hace.

—Tontos de ustedes!—replicaron tres hermanos llamados Ricardo, Filemón y Jenaro,—es una bruja hechicera que merece ser quemada: vamos a ella!

Y echaron a correr tras la vieja, a la que pronto alcanzaron y hostilizaron con silbidos, pedradas y palabras ofensivas.

—Ah! son ustedes, pícaros, malcriados,—gritó la anciana;—ustedes que donde quieran que me ven me persiguen y ultrajan, sin el menor motivo: conque no tienen ustedes remedio! ¿por qué me aborrecen?

—Porque nos gusta, porque eres una bruja maldita.

Y continuaron apedreándola: dos de los hermanos acertaron a herirla en la cabeza y en el pecho y el tercero la derribó de una pedrada en la rodilla.

Entonces la mujer ensangrentada clamó socorro, los vecinos acudieron y los muchachos huyeron.

—Huyan ustedes, desgraciados,—dijo llorando la anciana,—pero escúchenme: Dios castigará tarde o temprano, sus maldades: me han herido en la cabeza, en el pecho y en la rodilla; pues bien, allí también serán ustedes heridos, pero no de piedra, sino de bala, y morirán de la herida en la flor de su edad, y dejarán en la pobreza viudas y, huérfanos, y a sus últimos hijos que serán únicos varones, no les verán crecer, porque los dejarán ustedes muy niños todavía.

III.

Han transcurrido diez años. Durante ese tiempo, han cambiado de faz las dos terceras partes de la Península.

La conflagración indígena, al pasar como torrente de fuego sobre sus ciudades, villas, aldeas y rancherías, las

han reducido a escombros y pavesas, exterminando a un gran número de sus habitantes y defensores.

Verificóse la epopéyica reacción, reconquistóse el territorio, y los rebeldes que no se sometieron, retrocedieron al fondo de los bosques, perseguidos por nuestros valientes.

Como los otros, el pueblo de B..... fué abandonado, todas sus casas fueron incendiadas, menos la mísera y antigua choza de la hechicera: todos sus habitantes huyeron, menos ella que permaneció tranquila en medio de sus sembrados y animales domésticos.

Los bárbaros invasores supieron quién era y nadie osó ocasionarle el menor daño.

Allí la encontraron los indios rebeldes y allí la encontraron los habitantes de B... al volver.

Aquella raquítica cabaña había sido respetada por el tempestuoso flujo y reflujo de la invasión y por el fuego! ¡Maravilloso poder de la superstición sobre las hordas salvajes!

Replegadas éstas al centro de las selvas, comenzó una serie de excursiones de nuestras tropas a los aduares del enemigo. B..... era un cantón militar, en el que servían los tres hermanos.

Al regresar una de ellas, trajo a Ricardo con una rodilla despedazada por una bala: pocos días después el tétano atacó al herido y éste murió.

—Uno!—dicen que murmuró la vieja cuando lo supo;—que Dios lo perdone!

Ricardo era el mayor de los 3 hermanos que una noche la maltrataron, y moría dejando en la pobreza una viuda, dos hijas y un niño en la cuna.

Aquellas palabras circularon en el pueblo, hicieron recordar a muchos la profecía de la hechicera y asombró a las gentes ignorantes y supersticiosas.

IV.

Llegó el año de 1,867. El Imperio de Maximiliano de Apsburgo se desmoronaba.

Sitiada la capital de Yucatán por los republicanos, organizóse en el Oriente una brillante sección que marchó al auxilio del Gobierno. En ella marchó Filemón, quien había ganado el título glorioso de héroe, combatiendo en la guerra social.

En Izamal les salió al encuentro una columna enemiga, que fué derrotada por la imperialista; pero durante

el combate, una bala atravesó el pecho del intrépido Filemón.

La funesta noticia voló a B.... y consternó al Oriente todo.

—Dos!—dijo la anciana, nonagenaria ya, y que entonces vivía de la caridad pública. Y dos lágrimas rodaron por sus arrugadas mejillas.—Oh! no pudieron esquivar su destino! Que el Señor les reciba en su gloria! Digan al que aún vive,—añadió,—que no tenga fusil en su casa, ni marche a las guerras, ni esté cerca de las armas de fuego. Quiera Dios que ese siquiera se salve de su mala estrella!

Filemón dejaba también en la pobreza una viuda, tres hijas y un niño de un año de edad.

Aquel deplorable acontecimiento, muy natural, sin embargo, aumentó el prestigio de la vieja, y los crédulos la miraron con un respeto casi religioso.

V.

Jenaro, profundamente impresionado por la manera en que habían muerto sus dos hermanos y más todavía por los consejos de sus parientes y amigos y súplicas de su esposa, vendió su fusil de caza, abandonó esta distracción y evitó toda ocasión de hallarse frente a una arma de fuego.

Pocos meses después de la muerte de Filemón, Jenaro dirigía la construcción de un horno de cal a una milla de B......, bajo el campo.

Se retiraba ya, cuando se le juntaron dos íntimos amigos suyos que volvían de sus milpas al pueblo. Uno de ellos llevaba una escopeta.

Ni Jenaro ni sus compañeros observaron esta circunstancia, engolfados como estaban en interesante conversación.

Caminaban en un estrecho sendero, estorbado a cada paso por ramas cortadas de árboles, cuando una de ellas se enredó en las cuerdas de la alpargata de Jenaro. El de la escopeta, que iba tras él y que por una fatal imprevisión llevaba hácia adelante la boca del cañón de su arma, se inclinó solícito a desembarazar la alpargata de la rama.

Pero al hacerlo, el martillo del fusil tropezando en un madero suspendido sobre ellos, se alzó y volvió a caer sobre el fulminante: el tiro salió y el proyectil penetró en la cabeza del infeliz Jenaro, que cayó agonizante.

Su inocente matador y su compañero quedaron mudos de terror, y éste corrió al pueblo a dar aviso del suceso.

El cadáver fué conducido entre el llanto y la desesperación de los deudos y la consternación de todos; y al pasar

el gentío casualmente frente a la choza de la antigua hechicera, ésta informada de la catástrofe, exhaló un gemido, y casi arrastrándose de su mísero lecho, se postró ante una rústica cruz de madera colgada en su ya desmoronada habitación.

—También el último!—dicen que balbuceó sollozando y vertiendo amargas lágrimas.

Y Jenaro dejaba pobres, como sus dos hermanos, una viuda, tres hijas y un niño que aún no daba los primeros pasos.

¡Singulares coincidencias, casualidades extrañas, que alimentan la superstición entre las clases ignorantes y crédulas!

Pocos días después, y como si sólo esperase el exacto cumplimiento de su funesto pronóstico, sobre los noventa años de edad, la anciana falleció sola, miserable, abandonada, sin que nadie recogiese su postrer suspiro, sin que una persona piadosa le rezase la última oración y le cerrase los párpados.

Tal es la relación que me han hecho los viejos vecinos de B.......

Y si, lector, dijeres ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

Junio de 1,886.

EL SR. D. JOSE RENDON PENICHE.

La gran familia del trabajo está de pésame.

Acaba de morir uno de esos hombres que impulsados por sus propios intereses, sirven, acaso inconscientemente, de agentes poderosos para el progreso de los pueblos; uno de esos hombres cuyo nombre es el título de un capítulo en la historia de las evoluciones de una sociedad hácia su mejoramiento; uno de esos hombres que surgen como ejemplo de perseverancia y energía frente a sus conciudadanos.

Hace pocos días, el 12 del presente mes, la mano descarnada de la muerte ha llamado a las puertas del señor don José Rendón Peniche.

Prolongada y dolorosa fué su enfermedad, a la que no sucumbió sino lentamente y hasta después de haberse agotado los últimos átomos de vida en tan vigorosa naturaleza.

Pudiera creerse que aquella alma gigante, que aquel espíritu de acero lleno de vida y de energía y de grandes pensamientos, se resistía a abandonar la tierra en la que con tanto valor trabajara y debió mirar con desdén su mí-

sera y delesnable envoltura material, como indigna de abrigarle, como insuficiente para contenerle.

Pero al fin sucumbió: el cuerpo enfermo, gastado y ya seco, cesó de vivir, como se apaga una lámpara que consume su aceite, con perfecta y admirable serenidad de ánimo.

Pobre condición humana! Del hombre activo y emprendedor, perseverante y enérgico por excelencia; del héroe infatigable del trabajo; del constructor del primero y hasta hoy de los 2 más importantes ferrocarriles de la Península; del que muchos llamaran insensato y temerario al emprender esa grande, difícil y aventurada obra, más aventurada, difícil y grande que ahora, dadas las condiciones del país en aquella época; del que para llevarla a cabo, no sólo quemó como Cortés, sus naves, es decir, realizó sus propiedades todas, sino que empeuó su crédito en enormes cantidades; del que, por último, a fuerza de sacrificios y asombrosa perseverancia, y a pesar de la desconfianza y hasta oposición de hombres públicos y particulares, supo llegar al fin de su jornada, terminar la vía férrea de Mérida a Progreso y presentarla triunfante a Yucatán que tantos beneficios ha recibido de ella; de ese hombre, ¿qué queda ahora..........?

Una tumba en cuya losa se lee su nombre, nombre que ha honrado la Legislatura local con el merecido título de Benemérito; nombre que se ha procurado perpetuar designando con él al ferrocarril que construyó y que es un monumento grandioso a su memoria; nombre, en fin, que guardará como una reliquia la historia patria para ejemplo de constancia, laboriosidad y energía; y allí, en el fondo sombrío de su hogar, un grupo de bellas jóvenes y tiernos niños, llorando inconsolables la irreparable pérdida de su padre.

Consuela al menos haber visto que los sacrificios y tenacidad de ese hombre no fueron estériles; que no murió, como Moisés, antes de pisar la anhelada tierra de promisión; que recogió y gozó el fruto de sus esfuerzos y que deja a sus huérfanos hijos en una condición cómoda y respetable.

La H. Legislatura del Estado, honrando al trabajo que redime al país, izó el pabellón o media asta, le veló una noche en su salón de sesiones, convenientemente decorado, invitó al público para esos honores y nombró una comisión de su seno para acompañar al cadáver hasta su última morada.

Los seis trenes de ferrocarriles que diariamente son disparados por las estaciones al Norte, Este, Sur y Oriente de Mérida, callaron sus pitos y encresponaron sus carros en

señal de duelo, el "Casino de la Unión", del que era socio Rendón Peniche, enarboló su estandarte a media asta, entornó sus puertas y balcones y suprimió su acostumbrado concierto musical nocturno y los periódicos enlutaron sus columnas.

¡Cuán cierto es que ya en la mansión de la muerte, los hombres ilustres, libres ya de la sombra de las humanas pasiones, adquieren mayores proporciones y son vistos conforme a sus virtudes, haciendo abstracción de sus errores!

Oh! Los pueblos agradecidos, que saben premiar y estimular el verdadero mérito, son dignos de tener hijos como Castro, O'Horán y Rendón Peniche.

Julio de 1,887.

15 DE SEPTIEMBRE DE 1,821.

Mañana es el gran día, por excelencia, de la Nación Mexicana; el día que consagra a conmemorar el aniversario de su Independencia.

Cuántos escritores trasmitirán al papel sus más bellos pensamientos; cuántos plectros arrancarán de liras de oro sus más armoniosos acordes; cuántos oradores, en fin, alzarán su voz inspirada, todo eso en justa y ardiente apoteósis de nuestra autonomía, en loor eterno de los héroes y mártires que por conquistarla lucharon con tesón, sacrificando sus intereses, derramando su sangre y dando su vida en holocausto en el sacrosanto altar de la patria!

Sí; en ese día, todos los mexicanos, sin distinción de credos políticos ni religiosos, no deben tener más que un sólo pensamiento: bendecir à México, bendecir a sus bienhechores y jurar morir antes que permitir la deshonra y avasallamiento de la Nación.

Sí; mañana, la República entera, desde el Bravo hasta Tehuantepec, desde Yucatán hasta Baja California, desde la Metrópoli hasta la última aldea, vestirá de gala, tremolará su hermoso pabellón tricolor y con la explosión del más puro entusiasmo, saludará el 77o. aniversario del grito de Independencia lanzado por el humilde cura de Dolores en la noche del 15 de Septiembre de 1,810.

Pues bien; entre ese gran concierto, quiero hoy deslizar una inacorde nota en honor de nuestro querido Yucatán: quiero recordar que esta fecha, 15 de Septiembre, es, además de su grandeza nacional, un día de feliz recordación para la Península.

Abramos la Historia, descubrámonos, y echemos una mirada sobre una de sus más gloriosas páginas.

Era el año de 1,821. Más de dos lustros hacía que tras el grito libertador de Hidalgo, se desarrollara en Nueva España el drama sangriento pero sublime de su emancipación.

Yucatán, también colonia española, pero dependiente solamente en el ramo judicial de la Audiencia de México; Yucatán, que por su posición geográfica y por la índole de su gobierno aún no tomaba parte activa en la revolución, contemplaba, sin embargo, con ansiedad, sintiendo germinar en su seno las avanzadas ideas de independencia y libertad, esparcidas por los Moreno, Zavala, Velázquez, Cosgalla y otras lumbreras de aquel tiempo y seguía paso a paso sus diversas peripecias.

Era a la sazón Capitán general de la Provincia, el Mariscal de Campo D. Juan María de Echéverri, uno de los mejores gobernantes que tuvo la Península; y su ilustración, sus principios liberales, su espíritu progresista y su cariño a Yucatán, le habían hecho universalmente simpático.

Desde entonces estaba dividida la sociedad yucateca en dos bandos opuestos; liberales y rutineros. Pero si los primeros suspiraban y trabajaban por firme convicción en pró de la Independencia, los segundos, heridos en sus intereses y creencias por ciertas reformas políticas y religiosas dictadas por las Cortes españolas, y sabiendo que el plan de Iguala tenía por lema "Religión, Unión e Independencia," esto es, el exclusivismo e intolerancia religiosos, se declararon también por la separación y por la primera vez liberales y rutineros, es decir, todos los yucatecos, se sintieron unidos por un mismo pensamiento en favor del país.

Mas al propio tiempo que ansiaban la independencia, estimaban también la paz, y enterados de la defección de Iturbide que determinaba el triunfo inmediato y definitivo de la revolución, y satisfechos, por otra parte, del buen gobierno de Echéverri, no festinaron los acontecimientos y esperaron el momento oportuno para obrar.

Ese momento llegó al fin. Tabasco se vió invadido en Septiembre del año referido por las tropas llamadas insurgentes, las poblaciones les abrían sus puertas con júbilo y proclamaban la emancipación nacional, y su Gobernador español alarmado, previno al de Yucatán a fin de que se preparara a la defensa.

Echéverri, sensato y discreto como siempre, en vez de armarse imprudentemente para el combate, tomó una resolución más patriótica, más leal y consecuente con su carácter, impulsado quizá por la impaciencia pública que ya se

manifestaba enérgicamente por la prensa y en todos los círculos sociales, desde el célebre club liberal Sanjuanista hasta las cátedras del Seminario Conciliar.

Con el noble fin de que los mismos yucatecos fijaran su porvenir, convocó a sesión extraordinaria a la Diputación provincial y al Ayuntamiento, y en su cualidad de Presidente, les manifestó el peligro que la Península correría si no tomaba una pronta medida que escudase sus intereses generales.

Tal excitativa hecha por un caballero español, por el mismo Capitán general de la Provincia, conmovió a los Diputados y Concejales, y la opinión pública se desbordó, sin herir, no obstante, las merecidas simpatías y el respeto que alimentaban hácia el señor Echéverri.

Acordóse convocar una junta a que concurrieron todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas que residían en Mérida; esa Junta se verificó el 15 DE SEPTIEMBRE, undécimo aniversario del grito de Dolores, y allí con toda la dignidad, grandeza y magestad que el acto requería, sin el menor desorden, sin hueca, destemplada y vana palabrería, sin un desahogo, sin un ultraje al Gobierno colonial representado en aquella asamblea por un hombre de todos amado, se proclamó la independencia de la Península y se nombró al Coronel D. Juan Rivas Vértiz y al Lic. D. Francisco Antonio Tarrazo, en comisión para ir a México a comunicar tal resolución a Iturbide y O'Donojú.

Entonces Echéverri declaró francamente, que si su presencia en el Poder podía entorpecer el desarrollo del nuevo orden de cosas en el país, estaba en disposición de renunciarlo; pero la Junta, apreciando aquel rasgo de delicadeza, le suplicó continuase gobernando la Provincia, pues tenía en él plena confianza.

Tal fué la manera pacífica, imponente y digna con que Yucatán proclamó y asumió su independencia de la Madre patria, sin que hubiese surgido el menor conflicto, sin haber vertido una gota de sangre, sin recibir el menor perjuicio en sus intereses.

Hoy, pues, 66o. aniversario de tan trascendental acontecimiento; hoy que la República agradecida y afectuosa saluda en su natalicio al actual ilustre Jefe de la República, que le ha dado paz y le impulsa a su engrandecimiento; hoy, por último, que nos preparamos a solemnizar el cumpleaños de México libre, independiente y soberano, entre las coronas y vítores y bendiciones que con justicia consagramos a Hidalgo y egregios compañeros, deslicemos una hoja de laurel, un aplauso, un cariñoso recuerdo en honor de

Quintana, Zavala, Velázquez, Cosgalla y otros apóstoles en Yucatán de la libertad e independencia mexicanas.

Septiembre, 15 de 1,887.

UN BAILE DE TERTULIA.

Se había tenido la amabilidad de enviarme una cortes invitación para un baile de tertulia en la casa del Sr D. Fernando Cervera, en la noche del 17 del presente mes, y tanto había esuchado a propósito de aquella fiesta, que a eso de las diez de la noche me dirigí hácia la referida mansión, a la que llegué después de atravesar una larga línea de carruajes.

En todo el frente de la casa, una compacta multitud de todas las clases sociales se aglomeraba; y vacilaba yo entre conquistar a fuerza de codos, un buen punto de vista entre el gentío, o buscar paso para penetrar por la entrada principal, cuando felizmente se abrió una puerta contigua a ésta y escuché la voz del señor Cervera que a varios caballeros y a mí nos invitaba a pasar.

En aquel momento, los grupos de bailadores verificaban el elegante paseo de cuadrillas lanceros; nos detuvimos, y ante nuestra vista desfiló, como fantástica procesión de hadas, una brillante columna en la que admiramos a muchas de las señoritas más distinguidas de la sociedad meridana, por su posición social, su belleza y su elegancia.

Terminado el desfile, atravesamos una série de magníficos gabinetes, en cuyos tapices, muebles y alfombras, el buen gusto y el lujo rivalizaban, subimos una ancha escalinata y llegamos a un segundo piso en donde había mesas de juegos carteados, de billar, de ajedrez, de álbums y lectura, todo en diversos sitios y en donde se divertían los aficionados.

Luegó recorrimos los vastos terrados que rodean aquel pintoresco departamento, y finalmente, apoyados en uno de los balcones de la galería superior, adornada de estátuas y flores, contemplamos el magnífico cuadro que se desplegaba a nuestros piés.

El pequeño jardín, con sus tres preciosas fuentes y sus rosales e iluminado por un foco de luz eléctrica que luchaba ventajosamente con los torrentes de resplandor que arrojaban las numerosas lámparas de petróleo a su alrededor; las espléndidas galerías que en tres de sus costados le circundaban, y sobre cuyo pavimento de mármol se deslizaban falanjes de damas y caballeros, ora paseando, ora en los

giros voluptuosos del baile, al compás de magnífica orquesta; el rumor de las conversaciones, las armonías de la música, el aroma de las flores y de las bellas que subía hasta mí, todo ese conjunto encantador qué fascinaba mis sentidos y deleitaba mi espíritu, me hacía soñar y acaso me hubiera creido trasportado a una escena de la Alhambra u otro mágico alcazar morisco, si el moderno traje **aristocrático** de muchos de los concurrentes no me hubiesen recordado vivamente que aquella era una fiesta de actualidad.

—Qué bella y elegante está fulanita!—exclamaba uno.

—Y zutanita!

—Y aquella!

—Y la otra!—añadían los demás.

—No,—observó alguien,—la reina del salón, por su hermosura, elegante y sencillo traje, porte majestuoso, al par que gracioso y modesto es......

Iba a escribir un nombre, faltando a la galantería y con riesgo de mortificar el amor propio de las lindas damas que allí nos deslumbraron.

La numerosa y escogida concurrencia formada por miembros de la mejor sociedad meridana, fué fina y opíparamente obsequiada por el cortés anfitrión y amables esposa e hija, cuya varita mágica convirtiera, esa noche, en un edén oriental sus magníficos salones.

El joven y caballeroso señor Cervera ha inaugurado de un modo regio una costumbre muy practicada en los grandes centros de civilización, abriendo su casa a ese género de cultas y deliciosas reuniones en donde reposa y se dilata el espíritu, se pulen las maneras sociales, se estrechan las relaciones y amistades, y en donde se desvía a nuestra juventud masculina, ávida de expansión y sociabilidad, de otro género de agrupaciones en las que pudiera contraer hábitos viciosos y perjudiciales.

Mérida, está bastante adelantada y próspera para adoptar esa costumbre, y es de esperarse que, siguiendo el ejemplo del señor Cervera, nuestros acaudalados comerciantes y hacendados abran a las tertulias amenas sus elegantes salones, durante el invierno siquiera, ya que en el verano abrasador, las bellas huyen en gran número, como bandadas de golondrinas, hacia la playa y el campo, buscando un aire más fresco, puro y vivificador.

A este propósito, se me ocurre una observación que, con perdón de nuestros paisanos y amigos, aventuro con leal franqueza. No sé por qué se me figura que esas fiestas de tertulia o familiares, tendrían mucho más encanto si en el lu-

gar de asistir a ellas con **claque**, frac, guante y corbata blanca, se llevara un traje menos cortesano.

Comprendo que se vaya así a bailes de ceremonia y etiqueta, como el del 2 de febrero, en "La Unión," y en los de trajes en cualquier lugar; pero en reuniones de tertulia fafamiliares, me parece excéntrica, salvo que me equivoque, tan rigurosa y aristocrática indumentaria, mucho más en un país esencialmente democrático como Yucatán, en cuyos mejores círculos se codean no solo los de alcurnia elevada o caudal considerable, sino con éstos, los hombres de talento, fina educación y buen comportamiento social, cualquera que hubiese sido su cuna y sea cual fuere su condición financiera

Mas cortemos esta digresión y concluyamos.

El delicioso sarao hubo de terminar a las tres de la mañana.

A esa hora y después de trazar con mano trémula por el frío, (pues no bailaba) algunas inconexas líneas en un álbum abierto en uno de los salones superiores, me despedí del apreciable señor Cervera, a quien felicité y felicito por su plausible idea y por el brillante éxito que la coronó, llevando gratísimos e imborrables recuerdos de aquella noche.

Diciembre de 1,887.

HAZAÑA DE UN TENORIO.

La noche del martes de Carnaval, el espacioso recinto de **La Unión** crujía, perdóneseme la palabra, bajo la presión de un inmenso gentío que se agitaba y zumbaba como un mar huracanado, entre el sutilísimo oleage de luz eléctrica y artificial que, partiendo de sus focos, reververaba en los numerosos espejos.

Allí, realizándose el hermoso y elocuente símbolo que ostenta aquella Sociedad en el pórtico de su bello edificio, la mano guarnecida de cabritilla o seda de nuestros distinguidos caballeros y señoritas, se rozaba sin mancharse con la callosa y desnuda mano de nuestros honrados comerciantes, agricultores y artesanos de mediana y aún humilde condición.

Legiones de mascaritas más o menos oportunas e ingeniosas circulaban en los salones, alhagando a unos, mortificando a otros e interrumpiendo a cada paso los coloquios amorosos de nuestros jóvenes.

—Aristófanes,—chillaba una al cruzarse en mi camino, —cuidado con otra cruz de papel como el año pasado!

—Pérez Alcalá,—decía otra,—goza, hijo, goza, que esta es la ocasión y ya sabes que la pintan calva.

—¿Me conoces?—preguntaban bruscamente varias.

Y esta, sí, que me parecía ocurrencia, porque tal pregunta chocaba en una máscara que, si iba encubierta, se colegía que era para no ser conocida.

En fin, no pudiendo contestar a cuantas me honraban con sus alusiones, decidí oirlas como quien oye llover y no se moja.

De repente se deslizó junto a mí una mascarita cuyo esbelto talle, andar leve y aire juvenil y gracioso, creí reconocer.

—Mascarita,—exclamé siguiéndola,—¿por qué vas tan de prisa?

—Busco a mis compañeras,—respondió con voz fresca y melodiosa, a pesar de su tono de falzete.

—¿Serás tan amable que aceptes mi brazo?

—Con mucho gusto, pero deja que yo te guíe.

—Hasta el fin del mundo, mascarita.

—Galante estás. ¿Qué me has visto?

—Desgraciadamente, nada.

—Entonces, ¿crees conocerme?

—Lo sospecho y si no me engaño, sabes que me simpatizas de una manera irresistible.

—Ignoro a quién te refieres, pero haces mal, porque eres hombre casado.

—Y tú, ¿estás acaso en estado....?

—Interesante,—respondió impensadamente; pero añadió en seguida, sofocando la risa:—qué estúpida soy!—y arrebatándome su brazo, desapareció entre la multitud sin volverla a hallar por más que la busqué en toda la noche.

Algunas máscaras me recordaron escenas en donde, según decían, había alternado con ellas, aceptaban bailar conmigo, y ofrecían dárseme a conocer al día siguiente por la cinta de su cabello, por el color de su vestido o por otras señales.

Pero métase usted a creer sobre su palabra a una máscara, por gentil que parezca, y que en los más de los casos solo quiere divertirse a costa de los cándidos y presumidos!

x x x

Sería la media noche cuendo tropezé con un amigo íntimo que traía la faz radiante de júbilo.

—Canario! qué contento vienes!—le dije.

—Ven acá,—respondió arrastrándome afuera,—y dime si debo o no estar alegre. Cuando te decía, no recuerdo con

qué motivo, que era rara la ocasión que enamoraba a una mujer sin lograr correspondencia!

—Así me lo has asegurado, en efecto; pero cálmate, hombre de Dios, es extraña tanta emoción en un Tenorio irresistible como tú y que debe estar acostumbrado a triunfar de todas las femeniles voluntades: porque ¿supongo que se trata de una conquista?

—Escucha y juzga: anoche me cautivó una mascarita bajo cuyo disfraz dejaba entrever un talle de ninfa y bajo cuyo antifaz adiviné un pedazo de cielo.

—Así he creído yo ver a muchas, y luego.....

—Aguarda: me propuse seguirla, la abordé, conversó y bailó mucho conmigo; alentado por su amabilidad la disparé a quema ropa, durante la danza, una volcánica declaración, la sentí extremecerse entre mis brazos y después de una prolongada lucha, al fin me citó esta noche para responder definitivamente, advirtiéndome la manera de reconocerla.

—Pero, grandísimo bribón, ¿y tu esposa? ¿y tu suegra que, según me has referido, no te deja a sol ni a sombra, que se enfurece y amenaza arañarte y sacarte los ojos apenas te ve sonreir con una mujer que no sea la tuya, que, en una palabra, es el demonio de tu hogar?

—Precisamente por eso: no me dan reposo en mi casa, y busco expansión en donde la puedo hallar: mira, mi mujer me quiere y sería domesticable, sino fuera ésa arpía de mi suegra a quien no puedo arrojar de mi casa por temor al escándalo. Ahora que tuvieron la feliz ocurrencia de no venir al baile, aprovecho y pecho al agua.

—Querido,, me parece que es peor el remedio que la enfermedad y te aconsejo que reflexiones: pero volvamos a tu aventura, ¿acudió a la cita tu misteriosa sílfide?

—Oh! sí; hace un momento la reconocí, me estrechó dulcemente la mano, vacila en aceptar mi amor de una manera prometedora y ha consentido en que la acompañe a su casa.

—Bravo, invicto César, viniste, viste y venciste: te felicito y....... casi te envidio.

—¿Te retirarás pronto?

—Sí, no soy afortunado como tú y me voy a dormir apaciblemente.

—Oye, hazme un favor: el baile, según su aspecto, no terminará sino con la noche: ¿me esperas hasta las tres de la mañana en estos salones?

—Pero, hombre, valiente papel me impones: no puedo bailar de cansancio y el sueño me domina terriblemente.

—Hay mucha máscara y muchachas bonitas, diviértete.

—Pero, señor, de qué le sirve al molino.....

—Vaya, ¿me esperas?

—Pues bien, sí,—resolví, curioso ya de conocer el fin de aquella aventura.

—Entonces, hasta la vuelta!

—Sé muy feliz, y acuérdate de mí cuando estes en el paraíso.

Mi amigo partió como una saeta y yo comenzé a vagar por los salones bailando una u otra vez para sacudir el sueño.

x x x

Mi reloj señaló las tres y media de la mañana y mi amigo no parecía.

Temí algún mal encuentro, alguna catástrofe y ni siquiera sabía qué dirección había tomado.

—Acaso debí seguirle,—pensaba,—más eso me parecía una indiscreción y, por otra parte, estaba yo tan rendido!

No pudiendo resistir más al cansancio, decidí marcharme, pasando por la cantina a tomar algún confortante.

Pero apenas penetré al despacho, el primero a quien ví fué a mi hombre pálido y desencajado apurando con rabia un gran vaso de aguardiente.

—Eh! amigo mío,—exclamé,—muy buen gregorito me has jugado: ¿te olvidaste de que te aguardaba, obedeciendo tu orden, en los salones?

—Ah! por misericordia,—balbuceó,—no te mofes de mí, no me digas una palabra más o te pego: estoy maldito de Dios!

—Pero ¿qué te ha sucedido?

—Escucha,—dijo, aproximándose a mí, ebrio ya, oprimiéndome un brazo casi hasta romperlo y arrastrándome aparte—¿sabes quién era aquella mujer?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pues era mi suegra!—ahulló y salió como alma perseguida por una legión de demonios.

Quedé un instante atónito, luego me hice cargo de la curiosa escena que debió mediar entre el calavera yerno y la irascible suegra y solté una carcajada que hizo volverse a todos los concurrentes, quienes me tomarían por un loco o por un borracho.

—Desdichado!—murmuraba yo riendo todavía, cuando me dirigía a mi casa,—en el pecado has llevado la penitencia!

Marzo de 1,887.

LUNA DE MIEL.

I.

Amanecía: la aurora hacía palidecer la luz de las lámparas de gas.

Los concurrentes comenzaron a retirarse, después de tomar el magnífico y tradicional chocolate con todos sus accesorios.

Mi Emma y yo que presidíamos la gran mesa, nos levantamos a corresponder las despedidas más o menos afectuosas y los votos más o menos sinceros, que por nuestra felicidad se hacían.

Resonaba sin cesar el chasquido de los besos que las amiguitas de Emma imprimían en sus mejillas sonrosadas por el rubor.

Y ¡qué linda estaba mi esposa con su níveo traje de boda, su velo echado a la espalda y su corona de azahares y azucenas!

II.

Una victoria esperaba a la puerta, Emma pasó a su aposento a cambiar de traje y yo fuí al mío con el mismo objeto.

Cuando Emma regresó, tenía los ojos enrojecidos.

—¿Lloras?—le pregunté con cierto despecho.

—¿No quieres que llore al despedirme de mi cuarto, de ese cuarto en donde se ha deslizado mi infancia y mi juventud, en donde he soñado tantas veces con tu recuerdo, en donde he releído y contestado tus cartas, en donde tanto he gozado y llorado? ¿No quieres que llore al dejar allí a mi madre, ahogando sus sollozos entre las sábanas de mi cama? ¿No quieres que llore al dejar mi piano y mis pájaros, confidentes por tanto tiempo de mis dichas y mis lágrimas?

—Pero, Emma, si tu piano y tus pájaros estarán en dónde tú estés, si tu madre te verá cuántas veces quiera, si no acepta ir a vivir con nosotros, ¿para qué te afliges? ¿No basto yo acaso para llenar el vacío que en tu vida y en tu corazón deja el cambio que se va a operar en tu existencia?

—¿Y te atreves a decir eso?—replicó con dignidad,—¡ah! perdona, pero es tan natural llorar al abandonar una la casa, los objetos y las personas con quienes se ha vivido tantos años!

Por toda respuesta, tomé entre mis manos la linda ca-

beza de mi Emma y estampé un beso ardiente sobre su frente de marfil.

—Vamos, Emma,—le dije dulcemente.

—Vamos,—repitió con resolución.

III.

A las seis de la mañana partíamos en el tren de Acanceh, a las siete nos trasladábamos en la estación de aquella villa a una cómoda volanta, y un momento después corríamos hacía Seyé.

En el tren, aunque nos colocamos en la última butaca, las miradas curiosas de los pasajeros y los saludos y sonrisas indiscretas de algunos amigos, nos impidieron toda expansión; pero ya en el camino desierto, mientras el vigoroso tiro de la volanta galopaba, mi trémulo brazo ciñó la fina y delicada cintura de mi esposa, nuestros labios se juntaron con frenesí, y pronto los vivos colores del rubor y de la felicidad borraron las huellas del pesar en el hermoso semblante de Emma, como los rayos del sol de primavera derriten las últimas nubes después de la lluvia.

¿De primavera dije? Sí; era el mes de Mayo. El camino que recorríamos estaba húmedo por la lluvia del día anterior, el campo coronado de flores que embalsamaban el ambiente, vestía su nuevo y verde-rosa traje, cien pajarillos saltaban de rama en rama libando las perlas del rocío y allá a lo lejos, en el fondo del bosque, ocultos entre el follaje, un ruiseñor enamorado dejaba escuchar sus melodiosos trinos y una viuda paloma su melancólico canto.

IV.

A las nueve, al doblar el ángulo de un inmenso plantel de henequén, se ofreció a nuestra vista un paisaje indescriptible, encantador, que fué desplegando sus tesoros, a medida que nuestro carruaje, rodando sobre una magnífica calzada, nos fué aproximando a San Antonio Xukú, bellísima finca, en la que, previa anuncia de sus propietario, nuestro amigo Marquitos Duarte, habíamos acordado pasar los primeros días de nuestra luna de miel.

Sobre un precioso bosque de pinos, laureles y naranjos, descollaba el esbelto penacho de un pequeño templo levantado en la cima de una colina y cuyo frontispicio ostentaba la carátula de un reloj.

A la derecha del templo, se extendía un vasto y soberbio edificio de mampostería, y a la izquierda un bien cultivado jardín. El rojo de la pintura exterior del edificio y de

las rejas, el blanco de las paredes del fondo, y el verde del bosque, causaban un efecto arrobador.

Pasamos entre dos líneas de habitaciones techadas de zinc, pertenecientes a los sirvientes de la finca, cruzamos la plaza principal y penetrando por un elegante pórtico, llegamos a la segunda plaza o recinto de la gran casa.

Al Sur de ella se levanta el edificio del vapor y las ruedas raspadoras, al Norte las bodegas y oficina de Administración, al Este el templo y los jardines y al Oeste la plaza mayor.

Al pié de la escalera, el amable y cortés mayordomo, acompañado de dos sirvientes, recogió nuestro pequeño equipaje.

Al gabinete azul, al gris o al rosado?—preguntó.

—Pasaremos el día en el azul,—repliqué,—y la noche en el rosado. ¿No te parece bien, Emma?

—Donde gustes,— me respondió sonriendo y bajando sus hermosos ojos.

V.

Subimos la escalera, atravesamos el terrado cuyas almenas ostentaban hermosos jarrones de flores, luego la gran galería de arcos ojivos y reluciente piso y penetramos a un aposento tapizado de azul y con pavimento de fino ladrillo imitación de mármol.

Allí nos aguardaban dos domésticas de Emma, que desde el día anterior se habían anticipado.

Dos hamacas finas de hilo, una buena cama, un elegante tocador, algunas sillas y columpios y otros muebles necesarios, decoraban la habitación.

—¿Se pone el almuerzo, niña?—preguntó una de las sirvientas.

—Sí,—respondió Emma, después de consultarme con una mirada.

Todos se retiraron, cerrando, instintivamente, las puertas y nos quedamos solos.

Al cruzarse nuestras miradas, sentí un zumbido en la cabeza, un vuelco en el corazón, ví enrojecerse y luego palidecer a Emma y nos precipitamos el uno en brazos del otro, por la primera vez en nuestra vida......

Aun nos devorábamos a besos, cuando una voz resonó en la pieza contigua.

—Está puesto el almuerzo, niña.

Emma lanzó un pequeño grito y se arrancó de mis brazos.

—Allá vamos,—contesté de mal humor.

VI.

—¿Quieres que demos una vuelta por el parque?—me preguntó dulcemente Emma, terminado el almuerzo.

—Me parece higiénico—respondí.

Cruzamos el terrado y galería que dan sobre los corrales, pasamos frente a las caballerizas, en donde pateaban algunos magníficos caballos, y junto a la bomba "Blaik" que arrojaba una cascada de agua al estanque vecino, y bajamos al parque.

Durante media hora, enlazadas nuestras cinturas con nuestros brazos, estrechándonos con delirio y juntando nuestros labios ardientes a cada segundo, paseamos bajo la deliciosa sombra de los naranjos, mameyes, aguacates y otros árboles de provecho.

Nos detuvimos al borde del estanque que rebosaba.

—Qué fresca y cristalina está el agua!—exclamé—¿nos bañamos, Emma?

—Oh! no; estamos calurosos e irritados con el viaje, la mala noche.....

—Cómo!—exclamé sonriendo,—¿mala noche llamas a la de nuestra boda?

—Es decir, que no hemos dormido.

—Pero hemos soñado!

—Estás intratable!—añadió rodeando mi cuello con su torneado brazo y sellándome los labios con una salva de besos.

Repentinamente rodó sobre nuestras cabezas, un trueno formidable que nos hizo extremecer y alzar la vista.

Al través del follaje observamos entonces una inmensa nube negra que, levantando del Oriente, tocaba ya el cenit.

Los truenos se sucedieron, gruesas gotas de agua comenzaron a rodar sobre las hojas del bosque hasta caer sobre nosotros y corrimos a nuestro gabinete azul.

La presión de aquella atmósfera cargada de electricidad, el rumor de la lluvia que caía a torrentes, el cansancio de la noche de boda y del viaje, la digestión del almuerzo, los vapores del vino, el calor, la soledad, el silencio que entonces nos rodeaba..... todo eso fué sin duda causa del sopor que comenzó a embargarnos en aquel momento, y de que nos entregásemos al más embriagador reposo.

. . . .

VII.

A las seis y media de la tarde desperté.

La lluvia había cesado. El cielo estaba limpio y puro. Un airecillo fresco sacudía las gotas que como pendientes de perlas colgaban al borde de las hojas, y los últimos rayos del sol que desaparecía en el horizonte, tras un cortinaje de brillantes celajes, doraba las cornisas de los edificios, el campanario de la Capilla y las copas altas de los árboles.

Emma aun dormía en la cama.

Ah! qué hermosa estaba! Pudorosamente cubierta hasta cerca del torneado cuello, dejaba ver sin embargo el nacimiento de un seno blanco y turgente, que se levantaba acompasadamente; uno de sus redondos y aterciopelados brazos de alabastro caía negligentemente a su lado, y el otro sostenía su cabeza: sus sueltos y rizados cabellos formaban un marco divino a una nariz griega dilatada por la respiración, a unos labios de coral entreabiertos por una angelical sonrisa y que enseñaban una blanca y limpia dentadura, a unas mejillas como pétalos de rosa y a una frente pura y serena semi-velada por el artístico fleco.

Apenas se adivinaban bajo la fina sábana sus esculturales formas.

Caí de rodillas ante aquella imagen adorada y sin poderme contener, me incliné sobre ella, imprimí mis labios sobre los suyos y pasé mi brazo bajo su cuello.

Emma dió un ligero grito y se incorporó espantada.

—Soy yo, ángel mío,—le dije.

—Ah! me has asustado,—respondió sonriendo, encendida como una amapola e intentando velar su rostro con su suelta cabellera.

—¿Quieres que vayamos al jardín, mientras se pone la comida?

—Oh! no; estoy muy cansada, del viaje sin duda: me siento algo fatigada: mañana pasearemos, ¿no es verdad?

—Como quieras, bien mío: ¿quieres que nos sirvan aquí la comida o pasamos al gabinete rosado?

—No, aquí; mañana veremos ese tu famoso gabinete rosado.

VIII.

Los primeros rayos de la luz matutina me despertaron al día siguiente.

El movimiento que hice al levantarme, despertó también a Emma.

Al encontrarse nuestras cariñosas miradas, se cubrió los ojos con su hermoso brazo.

—¿Te hiere la luz, amor mío?—le pregunté.

—Sí,—respondió ruborizándose,—¿me haces favor de llamar a la muchacha?

Salí a obedecerla y cuando volví estaba ya de pié y vestida.

—Ah picarona!—la dije estrechándola en mis brazos.

Dichosos, sí, inolvidables días aquellos de embarazos deliciosos, de escrúpulos celestiales, de sublime pudor, primeros días de la luna de miel; días que nunca se repiten! Ay! mil veces desgraciado el que no los ha disfrutado jamás!

—Vamos ahora a pasear al jardín,—dijo Emma después de desayunarnos.

Tomados cariñosamente de la mano, subimos la escalera que conduce al atrio de la Capilla.

—Dios mío! no he visitado siquiera la iglesia!—exclamó Emma.—No te invito a entrar, porque conozco tus creencias; pero te suplico respetes las mías.

Y soltando mi mano, penetró en el templo.

Yo la seguí y la ví arrodillarse ante una hermosa efigie de San Antonio que, en medio de dos hermosos cuadros que representaban a Jesús y a María, era el único busto que se veía en la lujosa Capilla.

Momentos después se levantó y se reunió a mí.

—A lo que veo, no eres ingrata,—la dije sonriendo.

—¿Porqué?

—¿No es a San Antonio a quien las mujeres piden aquellas tres cosas?

—¿Y qué?

—Bueno, tú tienes salud y, salvo la modestia, un buen marido; pero, hija, respecto a dinero....

—Ni falta hace: me basta con las otras dos cosas.

—Dejémonos, Emma, el dinero es.....

—Pero, hombre, ayer apenas nos casamos y ya vamos a filosofar?

—Tienes razón,—murmuré.

Recorrimos el jardín en cuyo centro brotaba un magnífico surtidor de agua, y en donde Emma cogió algunas flores que prendió con coquetería en sus cabellos y sobre su seno, dándome la más hermosa y perfumada. Espléndidos pavos reales, gallinolas, patos y otras aves circulaban en sus calles.

—¿Qué es eso?—preguntó Emma señalando al Este.

—Eso,—respondí—es un elegante kiosko que el buen

gusto de Marcos Duarte ha construído sobre aquel cerro.

—Qué bello es! vamos allá.

Salimos del jardín, caminamos en medio de una calle de árboles frutales, jóvenes aun, de plantaciones de legumbres y de guías de sandías que ostentaban aquí y allí sus magníficos frutos y llegamos al pié del cerro.

Subimos treinta y cuatro escalones, cuya posición casi perpendicular fatigó un tanto a Emma y nos encontramos en el poético pabellón, tapisado y decorado con arte y rodeado de un pequeño terrado adornado con jarrones de flores.

Desde allí se descubría el pintorezco paisaje de la hacienda que se extendía al Oeste y un dilatado horizonte.

Señalé a Emma las torres de los pueblos de Hocabá y de Homún, al Este, las chimeneas y bosques de varias fincas y los inmensos planteles de henequén.

—Qué hermoso es esto!—exclamó Emma entusiasmada.

—¿Te gustaría vivir siempre aquí? Pretenderé la mayordomía de la hacienda.

—Yo estaré contenta, donde estés tú.

Un beso que nos cambiamos cortó aquel diálogo que no sé hasta qué punto podía ser sincero.

Media hora más tarde, después de tomar una copa de vino ella y de cognac yo, que el buen mayordomo nos sirvió, volvimos a la casa principal.

Al medio día, siendo el calor insoportable abajo, subimos de nuevo al pabellón batido por una agradable brisa y a donde hicimos llevar una buena hamaca, una hermosa sandía y otras frutas refrigerantes.

A la tarde bajamos y por la noche dormimos en el gabinete rosado .. ..

Quince días trascurrieron así en aquella preciosa finca.

¡Qué noches aquellas en que, mientras la luna plena bogaba en el inmenso oceáno aéreo, Emma y yo, cogidos de la mano, vagábamos en las calles de árboles, en las del jardín, en los terrados, o excursionábamos a la cima del poético cerro, desde donde escuchábamos los amantes trinos de algún ruiseñor que, enamorado como nosotros, se ocultaba en el follaje!

Durante el día, Emma cosía y yo leía o escribía o visitaba los trabajos de la raspa de henequén.

De regreso de nuestros nocturnos paseos, con qué interés escuchaba Emma que le leyese algunas rimas de Becker, algún drama de Echagaray o alguno novela de Pérez Galdós!

Regresamos a Mérida, en donde el calor infernal y el

polvo unas veces y el lodo otras, nos hacían suspirar por San Antonio Xukú.

¡Ah! se me olvidaba decir que el día que nos casamos estaba la luna justamente en el cuarto naciente y volvimos de Xukú en plenilunio.

.. ..

Ahora, querido, lector, ¿crees, por ventura, que todo lo relacionado es verdad?

No; pero me ha encantado Xukú de tal manera, en la última de sus ruidosas fiestas a que concurrí y en las que brillan la cortesía y magnificencia de su propietario, que, te lo juro, si yo fuera recién casado y me lo permitiera el amigo Marcos Duarte Troncoso, allí iría a inaugurar mi luna de miel, conforme al programa que he bosquejado.

Junio de 1,888.

EN CARNAVAL.

OBSERVACIONES DE UNA MASCARITA.

Fatigado del baile, descansaba en un sofá presenciando el brillante desfile de centenares de bellas que recorrían los salones de una Sociedad, de cuyo nombre no quiero acordarme,, y seguía con la mirada a una linda joven que, por la sencilla elegancia de su traje, su modesto a la par que soberano continente y su clásica belleza, merecía ser la reina de la fiesta, cuando pasó frente a mí una mascarita.

—Hola, Aristófanes,—dijo con una voz argentina y dulce que desde luego me impresionó;—¿parece que te gusta mucho la graciosa señorita Mac-Kinney?

—Tanto como tú, por lo menos, mascarita,—respondí saludándola.

Fijéme en la enmascarada.

Portaba un vestido elegante entre cuyos pliegues se percibía un talle fino y cimbrador; su cabello era negro y brillante, relampagueaban sus ojos tras el rojo antifaz, su cuello era blanco y torneado, su seno desaparecía bajo un oleaje de blondas, un guante de seda permitía adivinar la morvidez de las manos, coqueto zapatito de raso oprimía su breve pié, su andar era arrogante y desembarazado y la rodeaba, en fin, esa atmósfera de perfumes y de luz que delatan donde quiera a la juventud, la gracia y la belleza.

Tras este rápido análisis, me levanté y la seguí. La acompañaba una especie de acicalado dandy con aire triunfador, pero que, sin embargo, parecía importunarla.

—Preciosa mascarita,—la dije,—¿serías tan amable que me proporcionaras la dicha de bailar contigo?

—No tengo inconveniente,—respondió.

—Entonces, ¿me permitirá tu caballero que te dé el brazo, entretanto?

—Así no lo permitiera,—replicó con un gracioso mohín, desprendiéndose de su acompañante y aceptando el brazo que le ofrecía,—lo permito yo.

El **dandy** me disparó una mirada de cólera, le correspondí con una sonrisa y echamos a andar mi mascarita y yo.

—¿Quién es ese joven?—la pregunté.

—Un moscón.

—¿Se puede saber su nombre?

—¿Para qué? Es un paisano y pariente mío.

La orquesta comenzó a tocar un chispeante danzón de "Toros de puntas," cuya música retozona y la sal andaluza con que bailaba mi mascarita me subieron la sangre a la cabeza.

—¿Me perdonarías una observación, mascarita?—murmuré a su oido.

—Según y conforme; dí.

—Se me figura que debes ser muy bella.

—Como de poco te aprovecharía que lo sea o no, creo inútil que lo averigües.

—Ah! ¿quizá eres casada? ¿quién eres?

—Supón que no lo sea, tú lo estás. Me parece, además, señor curioso, que no valía la pena de venir a sofocarse bajo un disfraz para satisfacer interrogatorios de esa naturaleza.

—Si te he ofendido, mascarita, perdona.

—Perdonado, hombre, pero vé con cuidado que pierdes el compás.

Quedé aturdido, buscaba en vano qué giro dar a la conversación sin caer en ridículo ante mi inteligente y suspicaz compañera, cuya burlesca sonrisa adivinaba, cuando terminó el danzón y seguimos paseando.

—Oye,—dijo ella sacándome del conflicto,—soy casi una rústica, vengo del interior del Estado, es la primera vez que me encuentro en estos salones y como no comprendo ciertas cosas que veo, espero que me harás favor de explicármelas.

—Estoy pronto a responder a tu interrogatorio,—respondí mortificado aún.

—Oh! no será indiscreto como el tuyo,—replicó vivamente,—no temas.

Decididamente me las había con un adversario fuerte que me llevaba la ventaja del incógnito.

—Vamos al caso,—prosiguió—Observo que los que visten frac, en su mayor número, o sólo traen calzado un guante, o ninguno y los ostentan en el **clak**: ¿por qué no se los ponen si tal es el objeto de portarlos? ¿Es moda o economía? Por otra parte, veo a otros con el guante calzado, pero sucio y humedecido, en la cantina sin duda. ¿Así lo mandará el buen tono? Mira, mira a ese, lleva puestos ambos guantes, pero va con las manos tan abiertas y estiradas, que cualquiera diría que lo acababan de bajar de la cruz. ¿Será que no tiene costumbre de sentir sus manos aprisionadas o no quiere arrugar los guantes para que esos mismos le sirvan en todo el Carnaval?

—Caracoles! mascarita,—exclamé interrumpiendo a mi locuaz y sarcástica compañera,—estás terrible. Si te oyeran!

—¿Y qué? para algo venimos enmascaradas y sufrimos las impertinencias de tantos necios: al menos decimos con claridad lo que pensamos.

En aquel instante pasamos frente a una graciosa amiguita mía a quien saludé.

—¿Quién es esa hermosa joven?—preguntó.

—Es M.....

—Tiene una linda fisonomía; pero o está muy cansada o fastidiada, o como yo viene aquí por vez primera, o la silla está mal colocada. Observa qué impropia es su posición y cómo vuelve descortesmente las espaldas a sus vecinas. Y conversa con una dejadez, con una frialdad....

—Eres muy cruel y exigente, mascarita, no todas tienen tu fuego, educación y elegancia.

—Si es indirecta, está bien; la acepto, pero eso no quita que yo diga la verdad.

—Líbreme Dios de tu sátira!

—Mira ese grupo de jóvenes que se arremolinan frente a aquella niña, estorbando el paso y cubriéndole la vista: pero si se inclinan tanto sobre ella, que casi quedan de cuatro piés! ¿Así se conduce acá la juventud en los salones?

—No toda ella hace eso, mascarita.

—Pero y el bastonero, la policía del salón, ¿por qué no corrige esas inconveniencias? Jesús! vé a ese, lo conozco, ese que vá tan estirado, de frac, guantes y corbata blanca: ¿no es aquel pobre que habita en la calle de..... que apenas gana un miserable jornal para mantener trabajosamente a su familia, que no tiene ni aun los muebles más

precisos en su casa?

—Sí, mascarita, pero cuando se asiste a ciertos centros sociales, hay que vestir bien, hay que cubrir las apariencias.

—¿Aún cuando después se muera de hambre su familia o la prive, a lo menos de cosas indispensables a la vida?

—¿También eres filósofo, mascarita?

—Soy todo en estos momentos, pero sobre todo justiciera.

Aquella mujer me causaba ya miedo. La orquesta empezó un vals y cien parejas se lanzaron en vertiginosos giros.

—Ay!—exclamó mi compañera arrojada sobre mí por un frenético valsador,—¿qué baile es este? ¿esto es vals?

—Así dicen, mascarita, quieren introducir aquí el vals de países fríos que se reduce a trotar y correr por los salones, para entrar, sin duda, en calor.

—¿Pero no ven que eso es infame en un clima abrasador como el nuestro, que estropean y sofocan a la pareja y que atropellan al mundo entero? ¿No es eso una falta de educación? ¿No es mucho más elegante y cómodo nuestro vals?

—Convenido, mascarita, pero la moda.....

—Pero hay modas bárbaras. Creo que cada clima debe tener sus formas de baile, en armonía con su temperatura y sus hábitos. Por lo pronto se hace necesario fundar una escuela de buenas maneras para ciertas gentes que bailan sin el menor cuidado y atropellan sin miramiento cuanto se pone a su alcance. Siéntame por piedad. A otro empujón me matan.

Nos sentamos cuando el vals concluía.

—Cuánta máscara hay esta noche!—dije, por decir algo.

—Ya lo creo—replicó ella,—figúrate que es el jubileo de las viejas el Carnaval. Por cada joven que por no poder comprar un traje, por estar de duelo o por capricho se disfraza, hay cuarenta y nueve reliquias de pasados tiempos que vienen a estos bailes a echar canas y arrugas al aire, a refrescar sus recuerdos, a divertirse con los tontos y pretensiosos.

—Que te quemas, mascarita, tu traje no es de pobre; tu lenguaje no es el de una caprichosa: luego o estás de duelo, o....

—Concluye: ¿o soy una vieja? Pueeeede!

No cabía duda. Mi interlocutora era joven, si no rica, de buen gusto y bella. Y sobre todo, tenía talento. Yo estaba encantado y me esforzaba inútilmente por penetrar

con las miradas su antifaz, para ver si sorprendía un rasgo que me la diera a conocer.

—¿Sabes quiénes son aquellas máscaras sentadas desde prima noche en aquel rincón?—me preguntó.

—No, mascarita, soy muy torpe para conocer disfrazadas y, francamente, tú has absorbido de tal manera mi atención e interés, que no me he detenido a mirar a nadie.

—¿Volvemos a las andadas?

—¿Si te seré importuno y fastidioso, mascarita?

—No, hombre, ya te lo hubiera dicho. Pero dime, ¿no te parece una majadería el disfrazarse para venir a sentarse casi toda una noche, sin bailar sino con sus compañeros, sin hablar, pasear, ni hacer nada? Mejor estaría uno en casa.

En aquel instante resonó un pitazo agudo en el otro extremo de los salones.

—Nos llaman,—dijo mi mascarita, poniéndose de pié—llévame.

—¿A tu casa?

—No, gracias; a donde están mis compañeras.

La dí el brazo, nos reunimos a una bandada de alegres máscaras y conduje a la mía hasta el pórtico del edificio.

Me tendió una mano pequeña y suave que estreché con delicia.

—Adiós,—me dijo,—hasta el otro Carnaval o tal vez hasta el valle de Josafat.

—Adiós, mascarita, que seas feliz.

—Gracias, que tu lo seas más.

Eran las tres de la mañana. El baile terminaba y me retiré profundamente impresionado por aquella máscara cuya gracia, talento y lengua viperina nunca olvidaré.

Marzo de 1,889.

UN RASGO DEL DOCTOR D. JOSE D. PATRON.

De la misma manera que cuando el sol se oculta tras el horizonte, sus últimos rayos se reflejan en los caprichosos celajes de Occidente y presentan en ellos brillantes juegos de luz y bellísimos y fantásticos paisajes que hasta ahora no ha podido copiar el más hábil pincel, así, cuando mueren los grandes hombres, sus méritos y virtudes se reflejan en la conciencia pública con todo su esplendor y se descubren y revelan actos magnánimos que la modestia de su autor había procurado hasta entonces ocultar.

Toda la sociedad yucateca sabía que el tan justamente

llorado Sr. Dr. D. José D. Patrón, era el tipo más acabado del médico honrado, cariñoso, abnegado y caritativo: todos sabían que a pesar de su largo ministerio y de su numerosa y escogida clientela, vivía modestamente y era relativamente pobre: era público que jamás dejó de acudir al llamado de la humanidad doliente, fuese cual fuere la hora y la posición social y pecuniaria del enfermo y que muchas veces con la receta daba el dinero para comprar las medicinas.

Pues bien; hace pocos días se nos refirió el siguiente episodio.

En las altas horas de una fría noche de invierno, una mano llamó a las puertas del Dr. Patrón que dormía apasiblemente.

El Doctor despertó y se levantó al punto e impuesto de que un enfermo de gravedad imploraba sus auxilios, se vistió en seguida, y a pié, pues a esa hora no había carruajes, siguió a la mujer que le llamara, sin preguntar a dónde se le llevaba.

Momentos después penetraba en una choza humilde y tomaba el pulso a un infeliz que en mísera hamaca y casi sin ningún abrigo, era presa de una terrible fiebre.

—Hay que mudarle la camisa que está ya muy mojada y abrigarle,—dijo el Dr. con su voz dulce y cariñosa:—la noche está fría.

—Señor,!—contestó llorando la mujer,—somos muy pobres; la otra camisa, pues sólo tiene dos mi marido, la he lavado hoy y no se ha secado.

El Dr. sin replicar una palabra, se retiró al rincón menos descubierto de la choza, se quitó su levita, su chaleco y su camisa. Dió ésta a la mujer atónita y poniéndose luego el chaleco y la levita, que se cerró hasta el cuello, ayudó a la esposa, que en vano se opuso a aquel acto de peligrosa abnegación, a mudar al enfermo, y le arropó con los trapos que pudo encontrar.

Al día siguiente, el enfermo, merced a las medicinas que el mismo Dr. pagó, estaba aliviado, pero el Dr. había cogido un fuerte catarro que por poco no degeneró en pulmonía.

Oh! elogióse mucho a San Martín que dividió su capa con un mendigo.

¿Qué podrá decirse del Dr. Patrón que dió entera su camisa en una fría noche de invierno?

Diciembre de 1,889.

DESPUÉS DEL CARNAVAL.

Año tras año, cuando he despertado el miércoles de ceniza del sueño reparador de cuatro noches de agitación, placeres e insomnios; cuando fuera ya de esa atmósfera de luz, perfumes y armonías, poblada de ángeles, he vuelto a la realidad, a la vida ordinaria, ¡con qué melancólico fervor he tomdo mi tosca y mal cortada pluma para confiar al papled mis impresiones!

Pero ¡ay! cada año que pasa sobre nosotros los pobres mortales, es un nuevo peso que nos agobia. Cada año que pasa, es una ola que bate y deteriora la barquilla de nuestra existenciá; es una helada ráfaga de aire que arranca muchas hojas del árbol de nuestras ilusiones; es una capa de nievê que va enfriando y solidificando nuestro corazón.

Las impresiones se van naturalmente debilitando, y a la delirante risa del júbilo y de la esperanza, sucede a veces la amarga sonrisa del escepticismo y la punzante carcajada del sarcasmo.

Sin embargo, el roce embriagador de la gracia y de la belleza, del placer y de la juventud, en un ambiente de fuego, galvaniza y rejuvenece al cuerpo y al espíritu más envejecidos......

x x x

Ha pasado un día después de las tempestuosas expansiones del carnaval.

Un día triste y silencioso como el desengaño, muerto y frío como la ceniza.

Inclinado sobre el papel y con la pluma en la mano, siento aletear sobre mi frente al ángel melancólico y dulce de los recuerdos.

Las múltiples y variadas escenas del carnaval se precipitan en desordenado tropel a mi cerebro y a duras penas puedo coordinarlas.

Recapacitemos.

El tiempo, lluvioso antes, se portó admirablemente durante las fiestas: los días fueron serenos y templados: las noches, puras, frescas y deliciosas.

El sábado, el elegante paseo matinal y el baile de trajes del Liceo y el popular bando y el baile de la Unión, a pesar de haber sido acordado éste muy a última hora, estuvieron espléndidos.

Los paseos en las tardes del domingo, lunes y martes, fueron progresivamente magníficos, alegres y concurridos.

Una serie, casi no interrumpida, de vehículos, desde el

lujoso landó del henequenero, hasta la rústicta carreta adornada de ramas y palmas del hijo del pueblo, llenaba el prolongado trayecto del paseo.

En la mañana del martes, el entusiasta Liceo organizó frente a sus salones una batalla de flores que obtuvo un éxito completo.

Cuando las flores se agotaron y el entusiasmo crecía, comenzó a llover arroz, garbanzos, galletas, harina, y ya caía una u otra naranja, cuando a tiempo terminó el combate.

De buen gusto es ese paseo que parodia la fiesta de las flores en París, pero para otra vez, y ya que se trata de promover el renacimiento del verdadero carnaval, que ha degenerado en bailes y paseos, de donde el lujo rechaza a muchas gentes, muy conveniente sería distribuir mejor esas deliciosas batallas, señalando un campo más vasto y el género de proyectiles, a fin de que combatientes y espectadores lleven traje a propósito.

x x x

Los bailes en los elegantes salones de "La Unión," "El Liceo" y "Paz y Unión" sobrepujaron a las esperanzas de las respectivas simpáticas sociedades.

En efecto, la baja del precio del henequén, tan brusca y extraordinaria como su alza, enfrió notablemente el carnaval y no se observó en bailes y paseos todo aquel lujo, chispa y entusiasmo que en años pasados.

Pero la concurrencia fué asombrosa, y los vastos edificios de aquellas asociaciones, apenas podían contener el inmenso y bullicioso gentío que se arremolinaba en los salones, desde las ocho de la noche hasta las primeras horas de la mañana siguiente.

Centenares de mascaritas pululaban, señaladamente en "La Unión," ensordeciendo con un incesante vocerío y disparando sus chistes ingeniosos.

Tuve la dicha de reconocer entre aquella batahola a mi preciosa e inteligente mascarita del año pasado, a quien desde luego ofrecí el brazo e invité a pasear.

Aquella mascarita conocía a todo el mundo.

A este le nombraba la novia o las novias, a aquel le recordaba su mujer celosa, a una le estrechaba cordialmente la mano, a otra le ridiculizaba el traje.

—Mira a esa hermosa jamona!—me dijo designando a una voluptuosa máscara que venía hacia nosotros.

—Adiós, Aristófanes,—exclamó la aludida,—¿me cono-

ces? gallarda compañera llevas: por supuesto, publicarás tus impresiones: escribe algo sobre mí.

—Sobre ella!—murmuró riendo mi mascarita,—tiene gracia! En efecto, sus anchas espaldas pueden muy bien servir de escritorio.

—Mascarita,—le dijo en aquel momento uno de esos galanes horticultores,—estás fresca como una lechuga.

—Hombre, gracias,—le replicó,—has querido, sin duda, dirijirme una flor y se te volvió legumbre.

x x x

Descollaba también entre las multitud de mascaritas, otra, esbelta y graciosa, cuyo semblante bello, fresco y juvenil y cuyos ojos negros y chispeantes se revelaban al través de un velo de gasa.

Parecía ilustrada, a juzgar por sus citas y erudición, y a cada paso corregía con delicada ironía faltas gramaticales en sus interlocutores. Inteligente y aguda, disparaba sus dardos a diestra y siniestra.

Paseando o bailando con ella, a cada instante me hacía observar la brusquedad de algunos bailadores que corrían desaforados por los salones, como si estuvieran solos, atropellando a todo el mundo, rasgando trajes y pisando piés, me denunciaba viudas crónicas y casadas retraídas que aprovechaban el carnaval para, tras un antifaz, retozar y divertirse a costa de los cándidos; solteronas jamonas que anualmente se disfrazan y pretenden, en vano, renovar sus marchitos laureles; máscaras que llegaban al baile y se retiraban a un rincón, como si se ruborizaran de su disfraz, que parecían mudas, limitándose a hacer de tarde en tarde, la pregunta sacramental y tonta: ¿me conoces?

—Eres terrible, mascarita,—le dije,—cómo se conoce que aun gozas de tu juventud y belleza! por eso te ensañas contra las que no poseen ya esos tesoros.

—Puede ser,—contestó soltando una carcajada,—pero te abandono, aquí está mi compañero para la pieza que se va a tocar,—añadió dejando bruscamente mi brazo y tomando el de otro.

x x x

El reloj marcaba las cinco y media de la mañana.

El carnaval agonizaba.

Los bastoneros de "La Unión" mandaron tocar la última cuadrilla.

Doscientas parejas que, hasta aquella hora permane-

cían en los salones, accediendo a las empeñosas gestiones de los ardientes unionistas señores Nazario Herrera, Eudaldo Manzanilla y otros, ocuparon sus puestos.

En el paseo final, un escogido grupo de señoritas se colocó a la cabeza de la brillante columna, conduciendo el hermoso estandarte tricolor de la sociedad, y precedida de multitud de faroles de colores, recorrió los salones entre los acordes de la música y hurras tempestuosos.

A las seis, la concurrencia se disolvía al compás del último danzón.

Infatigables parejas se retiraban bailando hasta el pórtico y un momento después, todo había concluído.

Los salones quedaron desiertos y silenciosos; las lámparas palidecían al resplandor de la aurora; el soplo frío y penetrante de la mañana, deslizándose por los balcones abiertos aún, hacía oscilar las luces y rodar sobre el pavimento girones de cintas y de gasas, pétalos de flores ajadas, muertas al fuego de ardientes senos virginales, símbolos de las ilusiones; se extinguían en los ámbitos del edificio las últimas armonías, los últimos suspiros, las últimas promesas o quejas de amor; y en el exterior, el canto de los gallos saludaba al nuevo día, los silbatos de las locomotoras anunciaban la partida de los trenes y las campanas de los templos llamaban a los fieles a recibir en la frente la fría ceniza de la penitencia y a escuchar el terrible: "Acuérdate que eres polvo y en polvo te convertirás!

Febrero de 1,890.

DE CARNAVAL.

Memorias de una veterana.

Por la estafeta he recibido la siguiente carta, que sin comentarios reproduzco, tal como la recibí:

"Amigo Aristófanes: conociendo tu afición a las aventuras carnavalescas, me tomo la libertad de enviarte algunos apuntes que puedes utilizar en la forma que te parezca.

Verdaderamente el Carnaval de 1,892 ha sido una gran explosión de placer y de entusiasmo, no sólo en Mérida, sino en todo el Estado, según se cuenta.

Lo testifican los tan frecuentes y diversos bailes que las Sociedades y las empresas particulares organizaron desde mucho antes de los días clásicos de Carnaval.

Los dió magníficos "La Unión," "El Liceo," "La Lonja," "Paz y Unión" Sociedad "Recreativa popular," "La Juventud," "El Amor," "El Brinco," "La Raspa," (aun

no he podido entender este raspante título) la empresa del Teatro, la de Pinelo y no recuerdo cuántas otras Sociedades y empresas.

En los bailes llamados de asalto observé una particularidad.

En todas las sociedades en que se daba acceso a las máscaras, están eran escrupulosamente reconocidas por una comisión, mientras que en los bailes de asalto, del punto de reunión al del baile, fácilmente podían incorporarse gentes desconocidas y sospechosas, sin ser notadas, y penetrar al sagrado de una casa, que bondadosamente franqueaban sus dueños.

Otra cosa: causaba mal efecto ver en una respetable casa particular cómo se vendía la entrada a los bailes de asalto, en las puertas mismas, acaso hasta a los amigos o parientes de la misma casa.

En la tarde del martes, después del paseo, ví entrar a mi Espirindión rojo como un cangrejo cocido.

—Vístete con cualquier disfraz,—me dijo,—vamos al baile.

—Espiridión, ¿qué capricho es ese? disfrazarme yo!

—No hay más remedio: mis amigos pasean en los bailes con mascaritas y yo no puedo hacerlo, porque ninguna me conoce ni me hace caso: te necesito, tenemos que pasear en los salones. Mis amigos no han de ser más que yo.

No hubo remedio, en efecto; mi esposo insistió y como la idea me halagaba, después de todo, como una ráfaga de aire fresco y perfumado en un ambiente árido y abrasador, en un momento quedé disfrazada.

Porque has de saber, que frizo en mis sesenta y soy casada hace treinta años, con Espiridión.

Mi marido es un poco menor que yo, pero la diferencia de edad la niveló al casarnos, una herencia regularcita que en dote aporté y que no le vino mal a mi tronado esposo.

En mis buenos tiempos fuí propietaria de un palmito bastante bueno, según decían.

Más ay! de todo eso, apenas si conservo un cuerpo delgado, que bajo un traje elegante y tras un antifaz, pudiera engañar a los incautos, tontos y presumidos.

También fuí reputada como una gran bailadora y me proponía recordar mi antigua agilidad.

A las nueve de la noche entramos a "La Unión."

Iba yo del brazo de mi marido que me llevaba remolcada.

Después de dar varias vueltas por los salones conversando mucho conmigo mi Espiridión y echándome mil flo-

res en voz bastante alta para ser oidas por los que nos rodeaban, me abandonó para ir a la cantina, y me encontré en medio de tanta gente, como en el centro de un desierto.

Oh! cuánto agradezco a mi consorte la gran confianza que en ese hecho demostró tener en mí!

Verdad es que sesenta abriles son ya un imponente baluarte contra la seducción.

Pronto tomé mi partido y me dirigí a los salones de tocador y ambigú.

Allí encontré cenando o fumando mucha gente con máscara y sin ella, y no puedes figurarte la triste impresión que me produjo ver a lindas jóvenes que con el cigarro en la boca y echando columnas de humo, me parecieron soldaderas o cabos de escuadra.

¡Si supieran nuestras bellas señoritas qué desencanto produce en sus adoradores y aun no adoradores verlas fumar, vicio varonil que apenas puede tolerarse en las señoras de edad, toda vez que el aguardiente y el tabaco, no los produce, sin duda, la Naturaleza para uso de la mujer, su obra más bella y delicada!

Bajo los disfraces, como es regular, hallé muchas ancianas que, como yo, venían a regar sus ya secos laureles, y jóvenes que por no poder costear vestidos de baile, o por estar de duelo, se veían precisadas a ocultar tras un antifaz y un dominó, su encantadora belleza.

Entre las primeras reconocí a una contemporánea amiga, la tomé el brazo y nos lanzamos a los salones.

La orquesta tocaba un danzón y mi compañera que era buena bailadora y yo, nos pusimos a bailarlo con todo el ardor y entusiasmo que nos inspiraban nuestros recuerdos.

Llegamos a atraer la atención de los que nos miraban y varios jóvenes nos invitaron a bailar con ellos.

No nos opusimos y cada quien se fué con su pareja.

A cuantos conocidos tropezaba yo al paso, amigos o no, les dirijía un saludo, una frase, una broma más o menos oportuna y como había cuidado de ponerme un traje elegante y perfumado, y calzar mis manos con finos guantes, mis piés con zapatos nuevos, y ceñir con arte y coquetería mi talle bastante bueno aún, en mi concepto, al menos, creo que, ayudada por mi voz limpia y fresca todavía, pude engañar a muchos respecto a mi edad.

Durante el baile observé una cosa curiosa, que ya me habían referido.

Siempre en el Carnaval se han desbordado los casados, pero en este último, ellos habían invadido y ganado el

campo y casi, casi eclipsado a los solteros, en punto a baile y galantería.

Fué un verdadero amotinamiento de esos casados contra su estado.

Uno de ellos, uno de esos petulantes Tenorios de mercado, de esos Lovelace de albarrada, la tomó por perseguirme y me ofreció el brazo.

—Con mucho gusto,—le dije,—resuelta yo a divertirme con él.

—Mascarita,—prosiguió,—tu leve pié, tu diminuta mano, tu talle fino y cimbrador, el perfumado ambiente que te rodea, y, en fin, tu aire elegante y juvenil, me han deslumbrado, me han hecho adivinar en tí un ángel de juventud y de belleza y no he podido resistir a la felicidad de decírtelo.

—¿Su esposa de Ud. y sus niños, están con salud?—le pregunté con naturalidad y a quemarropa.

—Gracias,—replicó visiblemente contrariado,—están bien. Por lo visto, ¿tú me conoces?

—De nombre y circunstancias. Sé que aunque casado,—añadí para alentarlo,—es Ud. un buen mozo y un hombre galante y simpático.

—Gracias, linda mascarita, si supieras qué feliz me haces con esas apreciaciones, aun cuando fuesen irónicas y burlescas!

—Nada de eso, caballero, jamás me burlo de nadie.

—Pero en Carnaval y con antifaz....

—En ningún caso.

—¿Será indiscreción preguntar si eres soltera o casada? Porque en cuanto a que eres joven y bella, lo adivinaría un ciego.

—Esa pregunta, caballero, que en un hombre libre sería natural, en un casado es sospechosa. Permítame Ud., por consiguiente, mantener incólume mi incógnito. No he venido con antifaz, para revelar quién soy.

En aquel momento nos cruzamos con una máscara notablemente gruesa, jamona a quien ya había conocido a pesar del visible tormento en que tenía a su cintura, y que iba retozando con otro casado.

—Mascarita,—me dijo,—te hablan de amores, por lo que parece, no te dejes engañar; el amor es como los fantasmas, todos hablan de ellos, pero ninguno dá fé de su existencia.

—No eres tú mala fantasma,—le repliqué riendo.

La orquesta tocó el delicioso danzón de Balancán.

—¿Bailamos, mascarita?—me preguntó mi compañero.

—Con mucho gusto.

Mi casadito bailaba bien, el danzón era muy bueno, estaba tocado con maestría y yo gozaba realmente, recordando con fruición mis bellos tiempos, por los que en aquel momento suspiraba.

—Pepe,—dijo riendo un caballero a mi pareja;—ahora sí que estás bailando a la bartola.

Sentí encendérseme la cara y lanzé una mirada feroz al insolente.

—Es Ud. un grosero, señor mío,—le dije al encontrarlo.

—¿Cómo me ha conocido este hombre a quién yo no conozco?—pensé.

Porque se me había olvidado decirte, Aristófanes, que mi nombre es Bartola.

—No te sulfures, mascarita,—dijo mi galán,—es una broma.

—De muy mal gusto,—repliqué.

A la sazón llegaba del Liceo, sin duda, una simpática tropa de siete mascaritas, parodiando a los Bemoles, en sus trajes, acaudilladas por el festivo Miguel Laviada.

Los falsos Bemoles dejaban adivinar que eran damas jóvenes y bellas, pero era una lástima que estuviesen las más de ellas punto menos que mudas y no explotasen con más brío su bonito y elegante disfraz.

A cada paso tropezaba con esas máscaras de pacotilla, cuyo único repertorio de chistes se reduce a las sacramentales palabras:

—¿Me conoces? no, **hombe**, te has equivocado. Recuerdos a tu novia o de tu novio. Qué linda estás, Fulanita, etc., etc.

Personas había también que al conocer a alguna máscara, en seguida la llamaban en vóz alta por su nombre.

Esto casi equivalía a arrancarle el antifaz y me parece que, cuando menos, era una descortés indiscreción.

Serían las cinco de la mañana cuando me crucé con mi marido, rojo como una amapola y con el paso no muy seguro.

Me hizo una seña.

—Con el permiso de Ud., caballero,—dije a mi eterno galán de la noche, desprendiéndome de su brazo;—es hora de retirarnos.

—Mascarita, me arrebatas del cielo para precipitarme al abismo de la realidad. ¿Me concedes siquiera la dicha de acompañarte a tu casa, en unión de tus otras compañeras?

—Guárdese usted de hacerlo y si es usted caballero, prométame que no me seguirá, ni al pórtico.

—Mascarita, abusas del derecho de ser seductora, esa es una crueldad, una tiranía.

—No me siga Ud. y si se porta como discreto y leal. pronto sabrá quién soy.

—Bien, mascarita, me resigno y obedezco; pero fío en tu promesa.

—Palabra de máscara.

No me volví a ocupar de aquel desgraciado, y dos o tres días después supe que mi galán pomposamente refería de cantina en cantina, sus aventuras de Carnaval y se vanagloriaba de haber realizado en el baile de "La Unión," el martes, una brillante conquista, entre otras de menor importancia, y que había ya recibido cita nocturna de una joven, bella y aristocrática dama.

Adiós, Aristófanes, hasta el otro Carnaval, si para entonces estuviésemos vivos.—**Bartola.**"

Por la copia, Aristófanes.

Marzo de 1,892.

EL 2 DE ABRIL.

Entre los astros de primera magnitud que forman la brillante constelación de acontecimientos gloriosos y de nombres ilustres, que ilumina el hermoso cielo de la querida patria mexicana, resplandecen con luz limpia y pura "El 2 de Abril de 1,867" y "Porfirio Diaz."

Nunca podremos olvidar, y sí recordaremos siempre con noble orgullo, el atrevimiento, el valor temerario con que el Jefe del Ejército de Oriente se lanzó a la cabeza de sus columnas, al asalto de Puebla, una de las plazas más fuertes y mejor guarnecidas entonces por el Imperio, en la madrugada del 2 de Abril de 1,867.

El señor General Díaz que sitiaba la plaza, no contaba quizá con el número de tropas suficiente, ni con los elementos necesarios para verificar con éxito probable el asalto, siendo acaso más acertado esperar una rendición, y la plaza se encontraba todavía en magníficas condiciones de defensa.

Pero el general don Leonardo Márquez se dirigía a marchas forzadas, al frente de una fuerte y brillante División imperialista, al auxilio de Puebla, y los tropas republicanas en breves horas se encontrarían comprometidas entre dos fuegos, o se verían obligadas a levantar el sitio y a replegarse.

Eran entonces los momentos supremos y decisivos en la lucha de la República y del Imperio.

El General Díaz sintió inflamarse su corazón de patriota, de soldado y de republicano, convocó Junta de Oficiales, a la que comunicó su entusiasmo y decisión; el genio de la guerra y de la victoria batió sus alas sobre su frente enardecida, y pocos instantes después, tras homérico y sangriento combate, el señor General Díaz tomaba por asalto la plaza, clavaba sobre sus alturas la hermosa y triunfadora enseña republicana, y sus valientes tropas hacían vibrar el aire con sus atronadores vítores y dianas.

El señor General Díaz, sin tomar reposo y reforzando su ejército con las tropas de la guarnición prisionera, se lanzó al encuentro de Márquez, el sanguinario tigre de Tacubaya; éste pretendió huir, pero Díaz le alcanzó, y acorraló y despedazó en San Lorenzo la División imperialista.

El corazón del actual Presidente de la República, debe palpitar profundamente emocionado cuando alborea cada día 2 de Abril, al recordar aquel legendario hecho de armas que es el más hermoso florón de su corona de soldado, al recibir las innúmeras felicitaciones de sus amigos y admiradores y señaladamente las de sus bravos compañeros en aquella jornada.

—Puebla es un monumento imperecedero de grandes recuerdos para mí,—nos decía una ocasión el señor General Díaz,—siempre me recordará el 5 de Mayo, la caída de la plaza en poder de los franceses, en cuya rendición quedé yo prisionero, y el asalto del 2 de Abril. Conozco mucho la ciudad, porque he estado en ella como sitiado y como sitiador.......

Desde las modestas columnas de nuestro semanario, saludamos con cariñoso fervor a la patria, al recordar el glorioso 2 de Abril de 1,867, y enviamos nuestras entusiastas felicitaciones al héroe principal de la jornada, señor General Porfirio Díaz, y a todos sus dignos compañeros en ella.

Abril 2 de 1,892.

COMO FUE DESCUBIERTA LA AMERICA.

Al terminar la penúltima década del Siglo XV, tan fecundo en revelaciones geográficas, vivía en Lisboa, Capital del reino de Portugal, de ese país de cuyo seno surgiera entonces una gloriosa falange de inteligentes y atrevidos navegantes que dieron la vuelta al Africa y descubrieron y exploraron antes desconocidas regiones del Viejo

Mundo, vivía en Lisboa, decimos, un estudioso y hábil marino genovés que frisaba en los cincuenta años de edad.

Aquel marino se llamaba **Cristóbal Colón.**

Un día, con la mirada clavada sobre los planos del mundo conocido y enardecido el cerebro por los multiplicados y ruidosos triunfos de los portugueses, se le ocurrió que, mientras los navegantes corrían hacia las Indias Orientales, poniendo proa al Este y flanqueando larga y trabajosamente el Africa, acaso se encontraría una ruta más breve y fácil marchando hacia el Oeste, en cuyo ignorado trayecto debían existir continentes habitados. Comprendió que, dada la forma esférica de la tierra, forma calculada ya, el mundo conocido entonces no era más que un hemisferio, que no era verosímil que estuviese el otro totalmente cubierto de agua y que sin duda existían allí vastos y poblados países.

A medida que extendía y profundizaba sus estudios sobre este punto, su pensamiento se iluminaba, el genio irradiaba en sus miradas y ya no dudó de la verdad de sus cálculos.

Patriota ante todo, se apresuró a revelar tan grandioso plan a su país natal, prometiendo realizarlo en su beneficio.

Tratado como un loco por los genoveses, anduvo de puerta en puerta, mendigando de Portugal, Francia e Inglaterra protección para su idea y ofreciéndoles en cambio la posesión de un mundo nuevo.

Aquellas poderosas naciones miraron con sonrisa compasiva a aquel visionario y le volvieron las espaldas.

Entonces se dirigió a España, empeñada a la sazón en la conquista de Granada y que también le rechazó como a un iluso. Pasaron varios años de decepciones, pero al fin, tomada Granada, un sacerdote, Juan Pérez de Marchena, le presentó a los Reyes Católicos; la Reina Isabel, a pesar de la oposición de su suspicaz y desconfiado esposo, creyó posible el proyecto de Colón, y empeñó sus joyas para armar una escuadrilla que puso a las órdenes del navegante genovés, compuesta de tres pequeños barcos. **La Santa María, La Pinta y La Niña**, y tripulada por un centenar de aventureros.

La escuadrilla desplegó sus velas en el puerto de Palos, Andalucía, el 3 de Agosto de 1,492 y se lanzó al desierto de mares desconocidos.

Durante dos meses, los tres buques navegaron entre dos inmensidades, el cielo y el agua; los tripulantes se desmoralizaron antes de muchos días y son inconcebibles las zozobras, temores y sufrimientos de aquellos aventureros

que llegaron hasta a rebelarse y amenazar con la muerte a Colón, si no volvía proa a la patria.

—Españoles,—les dijo Colón, el 8 de Octubre,—¿queréis volveros en los momentos en que tocais el término de nuestra gloriosa empresa? ¡Bien! Sólo pido tres días más y si al cabo de ellos no divisamos tierra, entonces matadme, arrojadme al mar, y volveos, porque yo, que he ofrecido un mundo a España, no regresaré sin habér conseguido mi objeto.

Amaneció el último de los tres días, el 11; el sol se puso ante los navegantes y ya éstos se entregaban de nuevo a accesos de desesperación y rabia, cuando un marinero, poco después de la media noche, gritó desde lo alto del mástil de la **Pinta**, que iba adelante:

—Tierra! tierra!

La tripulación cayó de rodillas, implorando piedad y bendiciendo a su jefe y Colón mudo de emoción, elevó al cielo los ojos arrazados de lágrimas de felicidad y de agradecimiento.

Por fin, el 12 saltaron a la playa de una isla cuyo nombre indígena era Guahanani y que Colón bautizó con el de San Salvador, simbolizando con ese nombre el brillante resultado de su audaz y gigantesca expedición.

Colón clavó en la tierra el pabellón español, él y todos sus compañeros se arrodillaron ante un altar improvisado a dar gracias al Altísimo por el éxito de su empresa y tomó posesión de la isla, en nombre de los Reyes Católicos de España, con el ceremonial entonces acostumbrado.

Tal es, trazado a breves rasgos, el gran acontecimiento cuyo cuarto centenario celebran hoy con alegres y ruidosas fiestas España y América.

Un millón de hojas impresas en todos los idiomas, ha revelado al mundo civilizado los grandiosos preparativos de esas fiestas, desde la fastuosa Exposición Universal en una de las más ricas Metrópolis americanas, Chicago, hasta el humilde baile de aldea.

El mundo, que como una ninfa hermosa, rica y seductora, surgiera del seno de los mares a la voz de Cristóbal Colón y que fué el más bello brillante de la corona de Castilla, se levanta en el IV Centenario de su descubrimiento, radiante de felicidad, engalanado, no con el ropaje de sus vírgenes e incomensurables continéntes, de sus salvajes habitantes y de sus ciudades aborígenes, cuyas imponentes ruinas revelan una civilización perdida en las sombras del pasado, sino con el espléndido atavío de la civilización moderna, del progreso y de la libertad, y entona un himno uni-

versal y sublime en honor del hombre que adivinó y reveló su existencia al Antiguo Continente.

Cristóbal Colón, como Balboa, Gonzalo Hernández de Córdoba, Hernán Cortés y otros ilustres descubridores y conquistadores de continentes e imperios, fué víctima de la envidia, de la calumnia y de la más negra inconsecuencia, acusado ante la Corte de España, cargado de cadenas en la misma tierra que había descubierto, conducido a esa Corte de tan infamante manera, y al fin, muerta su protectora la reina Isabel, desgarrado el corazón por la ingratitud del rey Fernando, a cuyo trono regalara un mundo, y aniquilado por las fatigas, los pesares y las enfermedades contraídas en sus penosos viajes, murió oscuro, abandonado y miserable, en Valladolid, España, el 20 de Mayo de 1,506, a los sesenta años de edad.

Ay! ni siquiera obtuvo la gloria de que se diese su nombre al mundo que había descubierto!

Un aventurero, Américo Vespucio, logró usurparle esa honra!

La reparación concedida después a la memoria del inmortal genovés, dando posesión a su familia de los honores y riquezas que el Gobierno español prometiera a Colón, no bastó ni bastará nunca a borrar la cruel ingratitud de que hiciera víctima al descubridor de América.

Pero la posteridad y la historia, siempre justicieras, han reinvidicado y glorificado el genio del grande hombre, y al cumplirse el IV Centenario de su obra, el acontecimiento más notable y trascendental en los anales de la humanidad, todo el mundo civilizado y señaladamente España y América, entonan un Himno inmenso de bendición y agradecimiento, un Hossana de admiración a la memoria del ilnstre navegante.

Yucatán, uno de los primeros países descubiertos en la América después de las islas antillanas, desde la Capital hasta su más humilde aldea, une su entusiasta y cariñosa voz al concierto universal y el eco de sus regocijos sube al cielo como un voto de amor y de gratitud al espíritu gigante de Cristóbal Colón.

Gloria impercedera a su nombre!

Octubre 12 de 1,892.

DESPUES DE CUATRO SIGLOS.

Hoy hace cuatrocientos años que fué descubierta la América y que pisó sus playas el primer europeo.

Desde aquel día, Colón y tras él cien navegantes y

conquistadores, fueron descubriendo nuevos países que sometieron a la dominación de España, hasta penetrar al corazón del Nuevo Mundo.

Además de España, Inglaterra, Portugal y Francia lanzaron sucesivamente a América a sus aventureros, sedientos de riquezas, y se repartieron los girones de tan vasto y rico y exuberante territorio.

Aquellas naciones que por sí y ante sí se consideraron dueños de aquella importante parte de la tierra, proclamaban entre las principales condiciones de los tratados, sancionados por el Papa, las de civilizar y cristianizar a los habitantes de los países americanos.

¿Cumpliéronse aquellas condiciones?

Basta leer la historia y pasear la mirada por la América para encontrar la triste respuesta a esa pregunta.

En los primeros años, no preocupó a los conquistadores sino la fiebre del oro y luego no utilizaron a los infelices americanos, sino para arrancar el precioso metal del seno de la tierra y para cultivar los fértiles campos.

El Gobierno español y su Consejo de teólogos declararon **incivilizables** a los pobres indígenas y decretaron su esclavitud.

Los indios fueron considerados como cosas, como instrumentos de trabajo que se arrojaban cuando ya no podían servir.

Hasta hubo quienes asegurasen que no tenían alma!

En vano el ilustre sacerdote Bartolomé de las Casas, tomó enérgica y heroicamente su defensa y desde el púlpito, en sus libros y en la misma Corte, luchó con noble tenacidad porque se mejorase la condición de las razas conquistadas.

El espíritu se aterra y se subleva al contemplar en las páginas negras de la historia americana, los cuadros de espanto, de horribles hecatombes, de inconcebibles vejaciones, de salvaje crueldad, cuadros en que los infelices conquistados eran víctimas de los conquistadores.

—¿Qué ha sido de los mayas, los aztecas, los incas y otras razas aborígenes, pueblos nobles, valientes y generosos que entonces poblaban la América, independientes y libres, únicos propietarios de la tierra que ocupaban?

¿En dónde está la redentora influencia entre ellos de la civilización y del Cristianismo?

¿Existen siquiera algunas de ellas?

Ay! Exceptuando uno u otro indio que por su talento e instrucción han sabido elevarse sobre el nivel de sus conciudadanos, las razas aborígenes continuan casi en el mismo

lamentable estado de ignorancia y degradación a que les condenaron los conquistadores, y aun en algunos países, como en los Estados Unidos, están próximas a desaparecer.

Es verdad que de la Independencia de América a la fecha, se ha concedido a los indios iguales derechos que a los otros individuos de cualquiera raza que fuese, que se les han abierto las puertas de las escuelas, de los talleres, de todas las carreras sociales; pero no fácilmente se borran las luctuosas huellas de tres siglos de ignorancia y superstición y mucho tiempo ha de pasar todavía, antes que las razas indígenas se vean regeneradas y puedan ocupar el sitio que les corresponde en el banquete de la civilización.

Existen aun en América tribus bárbaras, hasta antropófagas, sobre las que han pasado cuatro siglos sin alterar en lo más mínimo sus condiciones de vida, hasta las que no ha podido irradiar un destello siquiera de civilización, en donde si se presenta un hombre con traje europeo es contemplado como un ser raro sobrenatural.

Otras hay que se han retirado al fondo de los desiertos y de los bosques, antes que mezclarse con las razas europeas y someterse a la dominación y que viven en constante lucha con los invasores.

Otras, en fin, como en Yucatán y otros Estados de México, que sojuzgadas largo tiempo, bajo la presión de la fuerza, han aprovechado la primera oportunidad para rebelarse, degollando a los **blancos** y aun a sus propios hermanos que con ellos se alían y oponiendo, como los yaquis, los comanches, y los mayas de Chan Santa Cruz, una tenaz resistencia a la obediencia y reconocimiento del Gobierno, considerándose todavía únicos y legítimos dueños del territorio.

En cambio, la América, agreste y salvaje, (excepto México y Perú) en 1,492, se levanta ahora, 1,892, radiante, independiente de Europa, menos Cuba y alguna otra colonia, puntos oscuros todavía en el glorioso y libre estandarte americano, digna, civilizada y grande; poseyendo naciones que rivalizan con las más adelantadas del Viejo Mundo, en poder, cultura y riqueza; engalanada con el resplandeciente ropaje del progreso y, confundida en estrecho y cariñoso abrazo con España, nuestra Madre patria, saluda el IV aniversario de su descubrimiento con un himno de paz, de concordia y de ventura.

Pero no son, sin duda, las razas aborígenes las que cantan a Colón, sino las razas criollas, los descendientes de los conquistadores, en cuyas venas circula, sin embargo, en mayor o menor cantidad, la ardiente sangre americana.

Juremos al pié de la estatua de Colón, nosotros los mexicanos que blasonamos de liberales, demócratas y progresistas, desde el Jefe de la República hasta el simple ciudadano, emplear todas nuestras fuerzas en la magna y humanitaria obra de redimir y regenerar por medio del libro, del periódico y del taller, a la sombra de la libertad, de la civilización y del progreso, a esas infelices razas indígenas, en cuyo cerebro palpita la inteligencia; en cuyo cuerpo vigoroso circula ardiente la sangre; cuyo activo espíritu se siente inspirado por el númen sagrado de la libertad y del patriotismo, por más que una larga opresión y una educación hipócrita y viciosa le hagan inclinar la cabeza, ahogar sus sentimientos y paralizar sus miembros; que un tiempo fueran dueñas absolutas de esta nuestra patria querida y que tan libres y dichosas encontraran Colón y sus sucesores al desembarcar en América, hace cuatrocientos años!

Octubre 12 de 1,892.

EL CLAVO DEL JESUITA.

(Belize)

I.

No recordamos dónde ni cuándo leímos o se nos refirió la ingeniosa y audaz estratagema de un padre jesuita, que indudablemente deben conocer nuestros lectores.

Tratábase de un hijo de Loyola que, no habiendo podido obtener de un moribundo la donación de una casa para su orden, pudo, sí, conseguir el derecho de colgar su sotana y su sombrero de un clavo en una de las habitaciones interiores, concesión que, al parecer, no podía ser más inocente ni más inofensiva.

Pero tal maña se dió el reverendo padre y **tan oportuno** fué al usar del derecho legalmente adquirido, que a poco tiempo, la familia del difunto no pudo encontrar más medio de vivir tranquila, que abandonar y regalar la casa al susodicho padre.

Algo análogo está pasando entre Inglaterra y México, respecto a la Colonia de Belize.

Cuando México era todavía colonia española, cuando la parte emprendedora, ambiciosa o hambrienta del Viejo Mundo se desbordaba sobre el Nuevo, ardiendo en fiebre de riquezas, gentes hubo, generalmente inglesas, que no queriendo tomarse el trabajo de descubrir y conquistar

tierras, de esclavizar indios o de rasgar el seno de la tierra para sacar preciosos metales, creyeron más breve y cómodo y menos peligroso, armar buques y flotillas en los que recorrían el golfo de México y el mar Caribe, cazando a otros buques cargados de plata y oro que de Nueva España enviaban a Europa, apresando personajes a los que exigían, so pena de la vida, fabulosos rescates, desembarcando y saqueando brutalmente a las poblaciones del extenso litoral y muchas veces penetrando hasta el corazón de la Península yucateca.

Aquellas bandas de foragidos se llamaban corsarios, cuando Inglaterra y España estaban en guerra, y piratas, cuando estaban en paz, y la historia de Yucatán tiene muchas páginas manchadas de lodo y de sangre por las hazañas de tales bandidos.

Tenían sus madrigueras en varias islas del golfo, pero arrojados de la de Términos, por tropas de Yucatán, se fijaron definitivamente al Este de la Península, en un punto que denominaron Walix o Belize, nombre derivado del de Walace, caudillo de los piratas.

Varias ocasiones fueron atacados y desalojados de allí por expediciones yucatecas, siendo de las más notables la del célebre Capitán general D. Antonio de Figueroa y Silva; pero otras tantas volvieron a posesionarse del lugar, hasta que por los tratados de 1,783, ampliados en 1,786, entre Inglaterra y España, se concedió a la Colonia británica el derecho de **cortar y exportar maderas de la comarca que se les señaló**, con la precisa condición de **nunca construir poblaciones ni fortificaciones, ni constituirse en gobierno.**

Pocos años después, con motivo de la Revolución francesa, Europa entera se vió complicada en una guerra inmensa, que no permitió a España ocuparse de sus posesiones ultramarinas.

México, aprovechando la crisis que la Madre Patria atravesaba, proclamó su emancipación política que consumó en 1,821; pero la sangrienta cadena de contiendas civiles que envolvió a la República durante once lustros, cadena que sólo pudo cortar el orden de cosas que estableció la triunfante revolución de Tuxtepec, tampoco le dió tiempo de fijarse, como debiera, en la remota colonia de Belize, al último y más remoto estremo del territorio mexicano.

Entretanto, y a la sombra de nuestras constantes luchas civiles, los descendientes o sucesores de Walace y de sus piratas, parodiando al jesuita del cuento, se fueron

posesionando definitivamente de Belize y aun extendiendo impunemente sus dominios: fundaron poblaciones, levantaron fortificaciones, se constituyeron políticamente y por sí y ante sí, se declararon legítimos dueños de aquel territorio.

Más todavía, y hé aquí su falta más grave: en inmediato contacto con los indios que se sublevaron en el Oriente y Sur del Estado, en 1,847, y que pusieron en inminente peligro la existencia política de Yucatán, les han alentado sin cesar, cambiando con municiones de guerra los objetos, que aquellos robaban en sus depredaciones, fomentando en ellos la idea de que son únicos y verdaderos dueños de la Península, explotando y destruyendo los bosques del litoral oriental y pagando, dícese, a los rebeldes, un mísero arrendamiento por el destrozo de aquellos bosques.

En diversos casos, el Gobierno mexicano ha dirigido al Gabinete inglés, elocuentes y enérgicas notas acerca del estado irregular de la colonia y de la conducta criminal de los colonos, con respecto a la guerra social de Yucatán; pero hasta ahora, no se ha llegado a ningún acuerdo ni a conclusiones definitivas.

Empero, después de diez y seis años de no interrumpida paz nacional, cuando a la sombra bienhechora de ella, el pueblo mexicano acaba de asegurar, por lo menos por cuatro años más, su reposo, su tranquilidad y su marcha progresiva, con la reelección del personaje a quien debe esa paz, se hace necesario ya abordar esa cuestión territorial, no porque México, que posee un vastísimo y fértil territorio, necesite de ese talado girón de terreno, poco menos que ingrato y estéril ya, sino por su dignidad y respetabilidad y para determinar, de una vez para siempre y en los términos convenientes, decorosos y legales, la existencia de la colonia de Belize.

II.

La colonia de Belize, si en su origen fué una madriguera de piratas, es decir, una cueva de ladrones y asesinos, se constituyó más tarde en sociedad civil, culta y laboriosa y al amparo y protección de la bandera británica, se erigió en colonia inglesa.

Pero surgen con ese motivo, preguntas que hace mucho tiempo se hacen y se discuten.

El territorio que ocupa la colonia, diplomáticamente concedido a Inglaterra en simple y determinado usufructo,

pero nunca en propiedad, ¿es inglés o mexicano?

¿Puede Inglaterra alegar el derecho de conquista para demostrar su legítima posesión?

El derecho de México sobre ese territorio, ¿ha prescrito legalmente en virtud de la larga y no interrumpida posesión de los ingleses, aun cuando hayan mediado oportunas y fundadas reclamaciones y protestas del Gobierno Mexicano?

En fin, ¿cuáles son los legítimos títulos de que se amparó Inglaterra para establecer una colonia en territorio extranjero, faltando a los tratados que celebró con España, en los que clara y terminantemente se estipuló que no debía, bajo ningún pretesto, **fundar poblaciones, levantar fortificaciones y constituir gobierno?**

Delicadas cuestiones son esas que discute e ilustra la prensa nacional y particularmente la yucateca, y que discutirán y resolverán, en el sentido más justo y conveniente, no lo dudamos, los gabinetes mexicano y británico.

Rumórase que se han iniciado o se iniciarán negociaciones diplomáticas entre ambos gobiernos sobre ese grave asunto, y con ese motivo, la H. Legislaturua del Estado, en nombre del pueblo yucateco que representa, la Sociedad local de Geografía y Estadística, la Junta de veteranos de la guerra social, el H. Ayuntamiento de esta Capital y, creemos, que los de los otros municipios, han elevado al señor Presidente de la República elocuentes y patrióticas solicitudes, con el objeto de que influya de una manera decisiva a que se lleve a un término definitivo esa cuestión, de decoro para la República y de grave y particular interés para Yucatán.

Si la turbulenta existencia de transición de México independiente, hasta hace diez y seis años, no le había permitido hacer luz en esas sombras acumuladas en un lejano estremo de su territorio, es ya llegado el momento de disiparlas.

La Nación mexicana que reclina dulcemente la cabeza en las doradas playas del Pacífico y baña sus piés en el Golfo y en el mar Caribe; tan exuberante en elementos de trabajo y de riqueza; con un territorio tan dilatado y fértil, que registra todos los climas, que produce todos los frutos, en que se recogen todos los minerales, que puede alimentar todas las industrias, que pudiérase llamar, en una palabra, el resumen de los dos hemisferios, no necesita, no, ese girón de terreno desgregado de la tierra mexicana por la mano de la Naturaleza, por medio del Río Hondo.

México no necesita a Belize, para nada, no; pero tam-

poco quiere que siga siendo la víbora que hinca su emponzoñado diente en el seno que la ha abrigado, que la ha dado vida, el cáncer que corroe uno de sus mas importantes miembros.

Es una innegable y triste verdad histórica, palpable, que desde que los indios del Oriente dieron en 1,847 el grito de rebelión, hasta la fecha, los colonos de Belize han alentado esa guerra feroz y vandálica, mostrándose simpatizadores de los rebeldes, cultivando con ellos un activo comercio y proporcionándoles cuantas armas y municiones de guerra han necesitado para la lucha.

Han hecho más todavía, según han referido algunos viajeros. Se dice que no solamente han establecido grandes cortes de maderas y factorías aquende el Río Hondo, en el territorio mismo de la Península, allá donde no alcanza la acción de nuestro Gobierno y bajo el amparo de los rebeldes, sino que en Bacalar, villa ocupada y guarnecida por los indios, los ingleses poseen importantes casas de comercio y tienen también su guarnición y su policía inglesas, su administración etc., etc., todo eso casi en el corazón mismo de Yucatán.

Todas esas consideraciones, todas esas razones, hacen ya urgente, indispensable, la solución pronta y eficaz de ese problema.

No pretendemos, en manera alguna, que se reconquiste Belize por medio de la fuerza; pero creemos y estamos seguros de que todos los yucatecos creen lo mismo, que el Gobierno nacional puede y debe celebrar tratados con Inglaterra, cediendo al Reino Unido el territorio que ocupa la colonia, allende el Hondo, reconociendo su derecho de posesión, pero determinando con claridad y precisión los límites que le separan de Yucatán y comprometiéndose Inglaterra, no sólo a cortar las relaciones con los indios sublevados, sino a coadyuvar leal y decisivamente para alcanzar la terminación de esa nefasta guerra, la pacificación de los rebeldes y la vuelta de esos hijos de Yucatán al seno de la sociedad civilizada y de ese inmenso y rico territorio que ocupan, bajo la acción del Gobierno.

Hay una circunstancia que facilitará, sin duda, esas negociaciones.

En los últimos deslindes de fronteras de México y Guatemala, dos tercios, aproximadamente, del terreno ocupado por la colonia de Belize, han quedado dentro del territorio guatemalteco y sola una tercera parte corresponde a Yucatán.

Esa operación minora mucho el sacrificio que tiene

qué hacer México para consolidar las buenas y armónicas relaciones con la Gran Bretaña, para borrar por siempre de la frente de la Nación esa mancha de sangre que se llama la guerra social yucateca y para quitar ese obstáculo que hace cuarenta y cinco años detiene la marcha progresiva de la Península.

El señor General Díaz, tan celoso de la paz y de la prosperidad de la República, de la honra nacional, y que un día ofreció su espada para ayudar a la terminación de nuestra guerra social, estamos seguros de de que atenderá la voz suplicante del pueblo yucateco, apoyada, no lo dudamos, por la sensata opinión pública de toda la Nación Mexicana, y confiamos en que antes de mucho veremos realizadas nuestras patrióticas esperanzas.

Noviembre de 1,892.

ECOS DEL CARNAVAL.

—De aquí a ocho días,—me decía en el jardín de la plaza de la Independencia, un amigo mío, la noche del jueves 9,—estaremos oyendo en este mismo sitio, los alegres danzones del Carnaval.

Efectivamente, los pianos de la ciudad y la Banda de Justo Cuevas nos han regalado los oídos con aquellas piezas, cuyas voluptuosas notas, han hecho vibrar en mi corazón todos los deliciosos recuerdos, todas las vivas impresiones del Carnaval, que como brillantes mariposas de luz revolotean todavía en mi cerebro.

Causa pena ver que el célebre Carnaval meridano degenera y se vá!

Los bailes y paseos estuvieron concurridos y espléndidos, pero visiblemente menos **carnavalescos** que los del año pasado.

En el concierto de fiestas, no hay duda de que el número culminante fué la batalla de flores organizada por "El Liceo de Mérida" para la mañana del martes.

Hasta la atmósfera se mostro propicia extendiendo su gran toldo de nubes sobre las bellas y elegantes combatientes, amparándolas contra los abrasadores rayos del sol.

Pero nada más; y excepto una u otra comparsa popular, todo se redujo á bailes y paseos.

¿En dónde acabaron aquellas preciosas estudiantinas compuestas por apuestos jóvenes y lindas señoritas, presididas por el entusiasta **Chan Cil** y en las que nos deleitaban nuestros mejores profesores y nuestras más adorables cantantes?

¿A dónde fueron aquellos grupos hermosos, originales y chispeantes formados por distinguidas y alegres señoritas; aquellas sutiles y punzantes críticas, cuadros que esmaltaban, animaban y embellecían los paseos?

Se han retirado ya del campo carnavalesco los Nazario Herrera, los Felipe Vado, los Belito Vargas y otros genios festivos, sin dejar sucesores.

Apenas quedan Venancio Cervera y alguno otro que luchan por mantener el fuego del buen humor.

La mano de la fatalidad acaba de prender el crespón de luto en las estimables familias Laviada, Ibarra, Peón, Hübbe y otras, cuyas bellas y entusiastas niñas inventaban y componían aquellos cuadros......

x x x

Recorría yo a caza de novedades los bailes de "El Liceo" y de "La Unión" y apenas si tropezaba con una u otra máscara decidora y ocurrente.

—¿Me conoces?

—Conozco a tu novia.

—Qué bonita eres, fulanita.

—No, **hombe**, no soy la que te figuras.

Hé allí las frases de estampilla que a cada paso escuchábamos.

x x x

—Qué guapo estás, mengano,—dijo una mascarita a uno de nuestros **dandys**, comerciante en abarrotes,—con razón todas las muchachas están locas por tí.

—Es una broma de mal gusto, mascarita.

—Vaya, ¿quieres entonces que te hable de papas y cebollas?

x x x

Un amigo mío me contaba furioso que después de pasar toda la noche embobado junto a una mascarita, había descubierto al terminar el baile que era una **deidad** de setenta años.

x x x

Después de cruzar al frente de cien máscaras, cuyos ojos, relampagueaban tras el antifaz, la careta o el velo que apenas semi-ocultaban semblantes frescos, hermosos y juveniles, pero que parecían mudas o poco menos, al fin encontré en "La Unión", la noche del martes, una notabilí-

sima máscara que pronunció mi nombre al pasar junto a mí.

Conversaba con mi amigo Delio Moreno Cantón.

Era hermosa y elegante y toda ella respiraba inteligencia, donaire y juventud.

—¿Me concederías la dicha de bailar conmigo la 11a. danza, mascarita?—le pregunté con esa ingénua intimidad que irresistiblemente inspira una máscara simpática.

—Mucho lo siento,—respondió—pero no bailo.

—Entonces, ¿podré tener el placer de conversarla contigo?

—No hay inconveniente.

Y enlazó su bello, torneado y enguantado brazo con el mío.

Me es imposible recordar cuanto me dijo aquella mujer.

Habló de Javier, de Milk, de Peón Contreras, de Novelito, de todos nuestros poetas y literatos, hasta de mis humildes escritos.

Lamentó y censuró la triste condición de la literatura yucateca; la pereza, desaliento o positivismo de nuestros escritores, quizá por falta de estímulo, y en algunos de ellos enalteció el verdadero talento.

Discutió conmigo sobre religión, poesía, filosofía y hasta sobre política.

En fin, aquella mujer era una verdadera enciclopedia, un libro con pastas de azucenas y hojas de pétalos de rosas, y su palabra fluida, correcta, brillante y armoniosa, se deslizaba sobre todos los temas, como un arco maestro sobre las cuerdas de un violín, o unas manos hábiles sobre el teclado de un piano, arrancándoles sus más expresivas notas.

Por interesante y amena que fuese la conversación de aquella mascarita, confieso que mejor hubiera deseado referirme a sus hermosos ojos que chispeaban bajo el antifaz de seda, a su linda y risueña boca, a su pulida barba y a todas las bellezas seductoras que enseñaba o dejaba adivinar; pero, acaso intencionalmente, no me dió tiempo, ni un momento para ello, tal era la inagotable, variada y luminosa verbosidad de aquella mujer.

La prosaica voz de Delio Moreno me sacó de mi arrobamiento.

—Ha terminado ya la 11a. danza y esta mascarita tiene contraídos otros compromisos,—me dijo acercándose.

—Es cierto,—añadió mi adorable interlocutora estrechando mi mano:—adiós!

No la volví a ver entre aquel inmenso gentío.
¿Quién sería esa mascarita tan inteligente y graciosa?
No sé qué daría yo por conocerla.

x x x

A las cinco de la mañana formábamos la última cuadrilla con más de doscientas parejas, se poseó en triunfo y entre dianas, músicas y vítores el estandarte de "La Unión" y a las seis salían las últimas bailadoras balanceándose todavía al compás del postrer danzón que gemía como una dolorosa despedida.

Febrero de 1,892.

EN EL BAILE DE PINATA.

A las ocho de la noche me dirigía a "La Unión" bastante preocupado.

—Mis consocios,—pensaba,—han resuelto dar el baile de piñata, consultando más bien su entusiasmo ante el brillante éxito que alcanzaron los del Carnaval, que las probabilidades de un buen resultado. Muchas de esas familias que engalanaron entonces sus salones, todavía creen que es pecado asistir a un baile de piñata.

Pero ¡cuál y cuán agradable fué mi sorpresa al encontrar casi lleno de bellas y distinguidas damas y parleras máscaras el vasto y elegante recinto de "La Unión" en aquella hora, y al ver aumentar la concurrencia hasta llenarse completamente los salones!

Hubo más de trescientas parejas.

—Vamos,—decíanse con alborozo,—esto es un completo triunfo: el baile está magnífico, como que es el verdadero último baile de Carnaval.

Y efectivamente, un entusiasmo, vivo y radiante como el postrer destello de un sol que se apaga, reinaba en toda la numerosa concurrencia.

No tardé en encontrar a muchas simpáticas mascaritas con quienes había alternado durante el Carnaval.

Allí estaban Pura, Casta, Estrella, Esperanza, Desconsuelo, Piedad, todas las virtudes teologales y cardinales y hasta algunos pecados mortales.

—¿Cómo te llamas, mascarita?—pregunté a una hermosa joven cuyos frescos y torneados brazos y escultórica garganta humillaban con su blancura la del perfumado ramo de nardos que llevaba en la mano.

—Yo soy Pura,—respondió con una deliciosa voz de falsete.

—Líbreme Dios de dudarlo, mascarita, ¿me otorgarías la merced de que demos un paseo por los salones?

—Con mucho gusto.

Y nos incorporamos a la columna de damas, máscaras y caballeros que circulaban por los salones.

x x x

Rara era la persona a quién no llamaba por su nombre y a quien no dirigía una delicada sátira mi alegre compañera, seguida por cien miradas y medida con la vista a cada paso, pues en verdad que, aunque con el rostro velado, sus chistes de buen gusto, su ligero paso, su flexible y diminuto talle, su voz fresca y melodiosa y la blanca morbidez de sus desnudos brazos, denunciaban a una joven, y a una joven inteligente y hermosa.

No perdonaba ni a las de su sexo.

—Mira, me dijo, enseñándome a una linda joven,—mira esa cara, parece la paleta de un pintor.

—Mascarita, es mi amiga.

—Bueno, pues aconséjale que no se recargue tanto el rostro con las pinturas que la dejan ridícula. Es joven y bonita y no las necesita.

—Yo no me atrevería; ¿se lo dirías tú?

—Si fuera mi amiga, sí, porque le daría un buen consejo. Pero dime, añadió, ¿no anunciaron que este no sería un baile de etiqueta, sino un sencillo baile de Carnaval?

—Así es.

—Como veo tanto frac.....

—Ese es el mejor traje de baile.

—¿Cuál es entonces el que reservan para los de etiqueta? ¿En qué se distinguen unos de otros? Es verdad que si no se lo ponen en estos casos, raros en Mérida, no sé para cuando lo dejarían. Y no todos pueden gastar ochenta o cien pesos en un traje de esos, por más que se equipen en "El Carnaval de Venecia" o en "La Bella Jardinera," para ponérselo tres o cuatro veces al año solamente, hasta que un cambio de la veleidoso moda les obligue a hacerse otro.

En aquel momento, uno de esos bailadores que no bailan, sino corren desatinados por los salones, creyéndose sin duda solos en ellos, y atropellando sin miramiento a todo el mundo,, nos dió tal empujón, que estuvimos a punto de rodar.

La mascarita le fulminó tan furiosa mirada, que no pude menos que soltar una carcajada.

—Ud. perdone,—dijo al corredor, que ni siquiera se detuvo.—¿Pero te ríes, hombre de Dios,—agregó volviéndose a mí,—ante semejante acto que calificaría de grosero, si no creyese que no es más que falta de educación, lo cual es lo mismo?

—Y ¿que quieres que haga, mascarita?

—Si yo fuese hombre, reclamaría a ese atolondrado y me batiría con él.

—Tendrías que batirte con muchos.

—Con todos los que atropellan a la gente y ni siquiera presentan una excusa o piden perdón.

—Pura,—interrumpió en aquel instante un caballero que se aproximó;—esta es nuestra pieza.

—Hombre, y es cierto, disimula, las máscaras somos débiles de memoria; bailaremos la otra.

—¿No se olvidará?

—No, palabra de máscara.

x x x

Cuando terminó el danzón y la llevé a su sitio, altercaba una de sus compañeras con un joven.

—Me has dejado mal, mascarita,—decía éste incomodado:—esta era nuestra danza, te he buscado en tu sitio, en todo el edificio y no te he encontrado sino bailando con otro.

—Estás equivocado.

—Cómo equivocado! ¿pues no eres Casta?

—Ya se vé que no soy Casta, soy Desconsuelo.

—No digas barbaridades, mujer,—exclamó Pura, sofocando una carcajada.

x x x

Momentos después paseaba yo con otra máscara alta, de talle cimbrador como una palma, de grandes, negros y expresivos ojos y que la daba de severa moralista.

—Lo que mas me divierte,—me decía riendo,—es ver a tantos hombres casados, a tanto **pollo crónico**, disfrazados o no, retozando como unos muchachos y haciendo el oso a las máscaras.

—Pero, mascarita, si para eso es el Carnaval y esté es el jubileo de los que están fuera de combate. ¿No ves cuánta venerable matrona abandona sus libros de oración, sus hijos y hasta sus nietos para venir a bailar, a divertirse con el prójimo, ocultas tras una máscara?

—Convenido, pero hacer el amor un hombre casado, es un sacrilegio, está muy mal hecho.

—Es decir, la ley del embudo.....

—Y ahora que de máscaras tratamos, ¿sabes ya quién fué la graciosa literata que te deslumbró el martes de Carnaval?

—No, ni he procurado saberlo. El encanto del misterio, de lo desconocido, tiene para mí irresistibles atractivos, y sea quien fuere, desde esa noche la consagré el culto de mi mas ferviente y respetuosa amistad y de mi sincera admiración.

—Es que yo puedo decirte su nombre.

—Gracias, te suplico no lo pronuncies: déjame confiar a la casualidad su descubrimiento. Pero tratemos de tí, mascarita; permíteme hacerte una pregunta.

—La que gustes.

—¿Eres católica?

—Y apostólica y romana.

—¿Cómo te encuentro, entonces, en un baile de piñata, en cuaresma?

—En primer lugar, porque no creo faltar a Dios con eso, y luego..... qué diablos! si fuese pecado, en mi primera confesión lo declararé, me lo perdonará el confesor en nombre de Dios y..... **patas**. Hé allí las ventajas de mi religión.

—Perfectamente dicho, mascarita.

—Mira,—dijo de repente,—¿has observado a algunos jóvenes que no cambian de compañera, que no bailan más que con sus novias, ni éstas más que con ellos, ni se separan un momento uno del otro?

—No; pero me explico ese monopolio, ese exclusivismo.

—Pero, hombre, para eso, mejor estaban en su casa y no venir a pregonar y a lucir sus amores en un salón de baile.

—Perdóname, mascarita, pero no creo que merezca eso censura, toda vez que está tolerado.

x x x

En aquel momento dieron las tres de la mañana y sonó un pito.

—¿Me haces favor de acompañarme hasta el pórtico?—dijo,—allí deben estar mis compañeras.

—¿Tan pronto te vas, amable mascarita?

—Tan pronto y son las tres!

Obedecí. En efecto, en el pórtico estaba ya un grupo de máscaras al que se incorporó.

—Gracias y adiós, hasta el otro Carnaval,—dijo extendiéndome su fina y enguantada mano.

—Felicidad y buenas noches, mascaritas,—respondí saludando a todas.

Me dirijí a tomar mi sombrero y mi abrigo y me retiré con melancólico paso de aquel templo de la alegría.

Febrero de 1,892.

EL SR. LIC. DON ELIGIO ANCONA.

Todavía recuerdo el magnífico y entusiasta banquete de despedida con que hace apenas año y medio, en momentos de partir a México el señor Lic. don Eligio Ancona, le obsequiaron sus amigos, en "La Lanja Meridana."

Recuerdo aún que en aquel distinguido y numeroso grupo de caballeros estaban simbolizadas todas las opiniones y todas las clases sociales, desde el exaltado católico, hasta el liberal intransigente; desde el opulento millonario, hasta el modesto, pero ilustrado ciudadano.

Allí estaban dignamente representados el comercio, la agricultura, la banca, la política, el foro, la literatura, la prensa, etc., etc.

Porque aquella demostración no tenía ningún carácter político: era una espontánea manifestación de cariño y respeto, un adiós al yucateco ilustre que, abandonando el Estado natal, iba a la Metrópoli a ocupar el elevado puesto de Magistrado de la Suprema Corte de Justicia a que le llamara el voto de sus conciudadanos.

Me parece escuchar todavía los sentidos y elocuentes brindis que entonces se le consagraron y, correspondiendo a ellos, el eco de su voz anudada por la más viva emoción.

Sus amigos le acompañaron hasta el instante de embarcarse en el muelle de Progreso, hasta perder de vista el bote que le llevaba a bordo.....

No tardó mucho tiempo en volver; pero ¡ay! fué para llorar sobre la tumba y sobre la cuna desierta de Adriana y Lucrecia, dos hijas suyas, dos pedazos de su corazón, que el horrible **croup** asesinó antes de que él pisase las patrias playas.

Entonces llevó a su honorable familia a México, cuyo clima decía que tan bien le sentaba. Mas la fatalidad le persiguió hasta allí.

No hace tiempo, implacable y cruel, la muerte le arrebató a otra hija y, por último, el 3 del mes en curso, le de-

rribó a él mismo, dejando en su hogar un vacío inllenable y a su esposa e hijos en la más terrible desolación.

Una coincidencia tristísima. Sus respetables padres polítilos, D. Rafael Albertos y esposa, que en iompañía de su familia partieron de Mérida a México por mitivos de salud, llegaron pocas horas antes de la catástrofe, a tiempo de recibir en sus brazos a la inconsolable viuda y a los infortunados huérfanos.

No sé donde corrió con más rapidez la funesta noticia de la inesperada desgracia; si al través del hilo telegráfico que con la celeridad del pensamiento la comunicó de México a Mérida, o en el seno de la sociedad meridana en donde circuló con la instantaneidad del rayo,, produciendo una sensación violenta y profundamente dolorosa.

Tres días flameó tristemente a media asta el pabellón nacional sobre los palacios del Ejecutivo, del Congreso, del Ayuntamiento y de Justicia; sobre los Institutos y otros edificios públicos.

El señor Gobernador del Estado ha decretado un día de duelo público, en justo homenaje a la memoria del hijo ilustre que acaba de perder Yucatán, señalando para ese objeto el 3 de Mayo, un mes después del nunca bien deplorado acontecimiento.

Para ese día, sabemos que se está organizando una solemne velada fúnebre, que tendrá lugar en el magnífico y espacioso salón de Recepciones del Palacio de Gobierno, en la que tomará parte lo más distinguido de nuestros artistas y de nuestros oradores.

x x x

Pero ¿quién era ese hombre cuya muerte ha conmovido tan dolorosamente a toda la sociedad yucateca y a cuya memoria se tributan tan honoríficos homenajes de cariño, admiración y respeto?

Oh! Yucatán entero lo sabe. El señor Lic. don Eligio Ancona era uno de sus más conspicuos ciudadanos.

Era uno de los inmaculados yucatecos que no transigieron con la Intervención extranjera y con el Imperio; Ancona los combatió franca y enérgicamente, y su patriótica conducta le valió la persecución y el confinamiento a una lejana isla de la Costa Oriental.

Acompañó al General Cepeda durante la campaña contra el Gobierno imperial hasta el triunfo definitivo, colaboró eficazmente para la reconstrucción del Estado y para la fundación del Instituto Literario y fué, en aquellas cir-

cunstancias, Secretario general del Gobierno y luego uno de los vocales del primer Consejo de Instrucción Pública.

Aunque descendiente del conquistador don Francisco de Montejo, era liberal y demócrata, de principios firmes e inmutables; jamás vaciló en sus ideas políticas, pero respetaba las ajenas y si en la polémica sostenía inquebrantables sus doctrinas y procuraba arrollar o convencer a sus adversarios, nunca mojó su pluma en hiel ni manchó la discusión con la diatriba y el sarcasmo.

Por esa razón, siempre le respetaron y estimaron sus contrincantes.

Modesto como Cincinato, austero como Catón, justo como Arístides, era el tipo del verdadero repúblico, del intachable liberal, del ciudadano honrado, ilustrado y patriota.

Historiador, novelista, periodista, y alguna vez autor dramático, su Historia de Yucatán, sus populares novelas, "La Mestiza," "La Cruz y la Espada," "El Filibustero," "El Conde de Peñalva" y "Los Mártires del Anahuac," la primera de costumbres, y las últimas, históricas, y su comedia "Las alas de Icaro," eternizarán su nombre glorioso en los anales de la patria literatura y, como las antiguas vestales, velarán junto a su mausoleo en el templo de la inmortalidad.

En el campo político, fué Secretario general del Gobierno, Diputado al Congreso de la Unión, Gobernador Constitucional del Estado, Consejero de Gobierno, Juez de Distrito, Magistrado de Circuito y a su fallecimiento, era Magistrado de la Suprema Corte de Justicia Nacional.

Ferviente amante y protector de la enseñanza popular, fué vocal y Presidente del Consejo de Instrucción Pública.

Como caballero, era distinguido y culto, bondadoso y correcto en su trato social, lo mismo con sus amigos y correligionarios qúe con los que tenían opuestas creencias políticas o religiosas, lo mismo con el potentado que con el humilde proletario, lo mismo con el sabio que con el ignorante.

Como ciudadano, era honrado, laborioso, severo en sus costumbres, siempre esclavo de sus deberes y consagrado siempre al servicio de su patria.

Hé allí, a grandes e incorrectos perfiles, al hombre ilustre que acaba de perder, no sólo Yucatán, su Estado natal, sino la República Mexicana y especialmente el partido liberal y la literatura nacional.

Hé allí al ciudadano útil y querido por el que la patria

yucateca se ha prendido el crespón de duelo y elevado sus conmovedoras lamentaciones.

Adiós, ilustre amigo; como el gran Altamirano, has muerto lejos de la tierra que arrulló tu cuna, que no habías olvidado ni podías olvidar.

Pero como él, no tenías por qué pronunciar aquellas amargas palabras que Scipión el Africano dispuso se grabasen sobre su tumba en el destierro:

—Ingrata patria, no poseerás mis huesos.

No; duerme el sueño eterno, en la paz de los justos, allá donde al destino plugo arrancarte la vida, mientras tu patria nativa puede recoger tus despojos mortales y conservarlos como una reliquia querida y venerada.

Tu cuerpo ha muerto, sí, pero tu espíritu, desprendiéndose de la materia como una exhalación resplendeciente, brilla con luz purísima en el cielo de la patria, allá en la hermosa constelación de nuestros hombres ilustres.

Las sombras augustas de tus egregios compañeros y hermanos en las lides republicanas, que velan sobre los destinos de su querido Yucatán, como un padre solícito y cariñoso, habrán recibido a la tuya en sus brazos, allí en los campos Eliseos de la inmortalidad.

Tu noble figura, agigantada por la muerte en los horizontes de la Historia, será un ejemplo para la juventud liberal, para la juventud estudiosa que procurará imitar en cuanto pueda, tus virtudes cívicas; será para ella la columna de fuego de Moisés que la guiará en los campos de la política y de la literatura.

Adiós!

Abril de 1,893.

30 DE JULIO DE 1,847.

RECUERDOS HISTORICOS.

Terminaba el mes de julio de 1,847.

La atmósfera social de Yucatán se estremecía sin cesar al soplo de las revoluciones.

Los resortes de la máquina administrativa se relajaban, los bandos se disputaban el Poder con encarnizamiento, y el país, pasando de motín en motín, víctima de las pasiones políticas, se agitaba como un enfermo que no encuentra reposo en su lecho de sufrimientos.

Se sentía la proximidad de una crisis, se sentía algo como las primeras calientes ráfagas de un ciclón que apla-

caría las borrascas parciales, se escuchaba algo como truenos lejanos, se sentía en el espíritu algo como la trepidación de las capas terrestres al ir a estallar un volcán, algo como la gruesa oscilación de las olas próxima a desencadenarse una tempestad.

Las clases indígenas, los descendientes de los altivos y belicosos mayas sojuzgados un día por las armas conquistadoras, que formaban la inmensa mayoría de los habitantes de la Península; que desde el cónato de sublevación de Cisteil ahogado en sangre a fines del siglo pasado, vegetaban en obligada tranquilidad; a quienes la célebre revolución de 1,840, dió en el Oriente y en el Sur una imprudente y prematura intervención en nuestras contiendas políticas; que iniciados y adiestrados en el arte de la guerra, habían conocido su fuerza y su poder; esas masas ignorantes, se agitaban sordamente, descontentas por no habérseles cumplido todas las aventuradas promesas que para levantarlas se les hiciera.

Seis meses antes, sus hasta entonces sofocados odios y rencores contra la raza conquistadora, se habían desbordado en el asalto de Valladolid el 15 de enero, ofreciendo una muestra de sus instintos y de sus propósitos.

Desde aquel día luctuoso, diversas bandadas de indios, desconociendo toda autoridad legal y capitaneadas por hombres sanguinarios y feroces, entre los que descollaban Cecilio Chí, los Novelos y otros, recorrían el Oriente esparciendo a su paso el desórden y el terror.

El Gobierno, luchando a duras penas, pugnaba por refrenar con una mano a los partidos políticos que perturbaban la paz a cada instante, y procuraba con la otra, perseguir y aprehender a aquellos bandidos que sin más divisa que la del crimen, provocaban un alzamiento general de todos los de su raza; el Gobierno se esforzaba por apagar esas chispas que amenazaban conflagrar a la Península toda.

En los últimos días del citado julio, una carta de Cecilio Chí, casualmente sorprendida en el sombrero de Manuel Antonio Ay, **cacique** de Chichimilá, reveló la extensión y gravísima importancia que tenía ya la conspiración indígena.

La culta sociedad yucateca se estremeció, pero recogió el guante y Ay y varios de sus cómplices expiaron en el patíbulo su delito.

En vano intentó el Sr. Coronel D. José Eulogio Rosado, que a la sazón era Jefe de la línea Oriental, la captura del indómito Chí: el 29 de julio, Trujeque y sus soldados pre-

tendieron sorprenderlo en Tepich, su pueblo natal y residencia; más pudo escaparse y nuestras tropas, irritadas sin duda, cometieron algunas violencias en las habitaciones y familias de los indios.

Entonces, furioso el perseguido caudillo, organizó una columna de quinientos o más de los suyos; y en la noche del VIERNES 30 DE JULIO, cayó como un torrente asolador sobre Tepich, incendió y demolió sus casas, degolló sin misericordia a todos los habitantes que no eran de su raza, y de pié sobre aquel espantoso hacinamiento de escombros, pavezas y destrozados cadáveres, iluminado por la fatídica luz del incendio, envuelto por el humo, esgrimiendo en la diestra el ensangrentado machete y en la siniestra la roja bandera del exterminio, y erguido, fiero y terrible, como el demonio de la venganza, lanzó el grito de rebelión y juró, insensato, reconquistar la independencia y antiguo poderío de los mayas o perecer con todos los suyos en la demanda.

—Guerra sin cuartel a los blancos!—rugió aquella turba de asesinos.

—Guerra sin cuartel a los indios!—respondieron nuestras tropas y comenzó la contienda social.

. . . .
. . . .
. . . .

Diez meses después, cuán cambiada estaba la faz material y moral de Yucatán!

Más de sesenta mil indios se habían levantado a la voz de Cecilio Chí, Jacinto Pat, Bonifacio y Claudio Novelo, Crescencio Poot y otros corifeos e invadían las dos terceras partes de nuestro territorio; nuestras florecientes y populosas ciudades, villas, pueblos y rancherías habían casi desaparecido bajo su tea incendiaria y su hacha destructora, y los habitantes, o habían sucumbido al golpe del machete y proyectiles de los rebeldes, o arrastrándose hambrientos, desnudos y miserables hasta las puertas de Mérida y Campeche, mendigaban un pan para mitigar su extenuación y un girón de tela para cubrir su cuerpo.

Valladolid, Tekax, Izamal y otros baluartes de la civilización cayeron: toda la región oriental, toda la meridional y gran parte del centro y de la costa, se hallaban en poder de los indios, cuya marcha triunfal y salvajes aullidos se escuchaban en lontananza, desde el recinto de la Capital, que se pensaba ya en abandonar. . . .

Verificóse entonces una reacción enérgica y sublime.

Todos los yucatecos capaces de empuñar las armas, a la elocuente voz del Gobernador Barbachano y del Jefe Superior de las tropas, señor López de Llergo, se organizaron rápidamente bajo las órdenes de adalides denodados como los Rosados, Méndez, Cetina, Cosgalla, Molas, Baqueiro, González, Ruz, Peniche Gutiérrez, Vergara, los Novelos, Cepeda Peraza, Mezo, Romero y otros muchos cuyos nombres sería muy largo ennumerar, y tras temeraria, pero feliz iniciativa de Ruz y Peniche Gutiérrez, de proeza en proeza, de victoria en victoria, en breve tiempo; no solo recuperaron el territorio invadido, sino que arrojaron a los sublevados que se negaron tenazmente a reconocer al Gobierno, hasta los más apartados bosques del Sur y del Oriente.

Empero, en esa épica campaña, cuánto heroismo, cuán-
fueron necesarios para salvar la integridad, la existencia
ta abnegación, cuántos sufrimientos, cuántos sacrificios
y el honor de Yucatán!

Cuántos valientes y generosos patriotas perecieron en la lucha, regando el seno de la madre tierra con su sangre y esparciendo donde quiera sus insepultos huesos, que aun blanquan bajo nuestros campos y en nuestras yermas poblaciones.......!

Conmovidos por la gratitud más ferviente y con el más religioso respeto, descubrámonos ante la memoria de los que murieron, ante los ancianos que sobreviven de aquella pléyade de héroes y mártires de la civilización, y enseñémosles a los contemporáneos y a la posteridad, como modelos de valor, abnegación y patriotismo.

Julio 30 de 1,893.

¡POBRE OFELIA!

(Leyenda de Invierno)

I.

Salía yo de un baile de máscaras.

Las vivas y múltiples impresiones recibidas desde las once de la noche hasta las cinco de la mañana, bailando y dialogando sin tregua con encantadoras mujeres, sin disfraz o con las facciones veladas bajo un antifaz o una trasparente gasa; los vapores de diversos licores libados con ansiedad antes de la magnífica cena tradicional, en ella y después de ella; las embriagadoras promesas de una hermosa a la que de preferencia había consagrado los homena-

jes de mi amor, promesas que como lenguas de fuego abrasaban mi cerebro y mi corazón; todo eso producía en mí una especie de atolondramiento, una especie de vértigo, una especie de embriaguez física y moral, que hacía bambolear mi fatigado cuerpo y vacilar mi inflamado espíritu.

Era la madrugada del 25 de diciembre.

El día comenzaba a alborear con sus incopiables tintas en el horizonte oriental.

Un desacorde coro de estridentes pitos de vapor, anunciaba prevención, salida o cambios en las estaciones de ferrocarril y avisaba a las familias y a los operarios desde los molinos y talleres.

Apesar del abrigo con que me había envuelto y de la mascada al rededor de la garganta, el aire frío, sutil y penetrante de la mañana, me hirió al salir del tempestuoso salón, sentí una fresca corriente circular por todo mi cuerpo y el sudor se condensó en mi frente.

Me enjugué el rostro con el pañuelo y aunque un carruaje me aguardaba, lo puse a disposición de unas mascaritas que se retiraban del baile y preferí ir a pié para evitar un resfriado, y recuperar mi equilibrio físico y moral.

A cada paso tropezaba con grupos de uno y otro sexo que se retiraban de la misa del gallo, de algún baile, de alguna cena, con Romeos que rondaban alguna casa, o platicaban con Julietas rezagadas en las puertas, o asomadas a los postigos.

Pero esos grupos y esos cuadros pasaron sin llamarme la atención, y penetré al fin, en un laberinto de calles silenciosas y desiertas y ya apenas las tenues ráfagas de aire traían a mis oídos, como melancólicos suspiros de amor, los lejanos y apagados ecos de la orquesta del baile.

II.

De súbito sentí un estremecimiento doloroso y me detuve bruscamente.

Un gemido desgarrador acababa de atravesar el ambiente, coreado por un sordo rumor de rezos.

Dirijí rápidamente la vista hácia el sitio de donde me pareció que salían aquel gemido y aquel rumor y la fijé en una casa de modesta apariencia, cuya puerta entornada y ventana con los postigos no más abiertos, revelaban una iluminación extraordinaria en el interior.

Una atracción irresistible me arrastró hasta aquella puerta, aventuré una curiosa mirada y ésta tropezó desde

luego con mi respetable amigo D. Pepe que, grave y taciturno, parecía dormitar en una silla, entre otros varios concurrentes.

Al ruído de mis pasos, levantó la cabeza, y me reconoció.

—Adelante,—dijo con triste acento,—pase usted.

Penetré en el aposento, saludé a tres o cuatro personas conocidas, ocupé una silla y giré la vista al rededor.

Me encontraba en una sala dividida por un modesto cancel de lienzo.

En la otra división, que no veía por estar cerrada la puerta de entrada, observé mayor iluminación.

De allí partían los gemidos y los rezos.

—¿Qué ocurre aquí?—pregunté a don Pepe, luchando todavía con la influencia de la pasada semi-orgía.

—Una catástrofe,—respondió tristemente.

—¿Se puede saber? ¿qué hay allí adentro?

—Un cadáver.

—¿De quién?

—De Ofelia.

—De Ofelia!—repetí con doloroso asombro, recordando a una bellísima niña de cara de rosa, ojos de cielo y cabellos de oro, de diez y seis primaveras, hija de la casa, que yo conocía mucho.

—Sí, de la infeliz Ofelia.

—¿Pero cómo ha sido eso?

En aquel momento terminaba el rezo, se abrió la puerta, y apareció enjugándose los ojos mi buen amigo Alfredo, hermano de Ofelia.

Detuvo en mí su mirada, avanzó y me extendió silenciosamente la mano, que le estreché con efusión.

—¿Quieres pasar a verla?—me preguntó con voz ahogada.

—Sí,—respondí presa de una viva emoción.

Me levanté y le seguí.

III.

Al traspasar el umbral de la puerta, apareció ante mis ojos un cuadro terrible.

En medio del reducido aposento se levantaba una cama cubierta con blancas y sencillas sábanas, en cuyos cuatro ángulos flameaban las oscilantes llamas de cuatro cirios.

Sobre la cama yacía tendido, rígido e inmóvil el cuerpo de una mujer, con las manos juntas, envueltas en blan-

cos lienzos, entre las que se veía un ramo de azucenas, y con la cabeza ceñida por una diadema de las mismas flores.

Tenía el rostro cubierto con un pañuelo.

En un rincón de la pieza sollozaba un joven sentado, con la frente hundida entre las manos, y al rededor del lecho mortuorio, de rodillas y ocultando la cara entre las sábanas, lloraban cuatro jóvenes amiguitas de Ofelia, como ella, lindas y hermosas, en la primera flor de su edad.

Toda la tempestad que zumbaba en mi cerebro se disipó como por encanto, sentí oprimírseme horriblemente el pecho, se me anudó la garganta y dos lágrimas empañaron mis ojos. Alfredo me tomó de la mano, me arrastró hasta junto á la cama y levantó el pañuelo que cubría el rostro del cadáver.

Experimenté un vuelco en el corazón, un torrente de fuego subió á mi cabeza, me sentí bambolear y un grito se enredó entre el nudo que oprimía mi garganta.

Aquel no era un rostro humano.

Tenía los ojos blancos y casi saltados; la cara toda llena de horribles quemaduras, roja é hinchada, la nariz monstruosa; los labios abultados y negros y el cabello de oro chamuscado y desgreñado.

Tal fué lo que desde luego ví, sin poder fijarme en más detalles.

Maquinalmente retrocedí, y no me destuve hasta la puerta de la calle, en donde el aire frío que aspiré con ansiedad, me volvió en mí.

Junto á mí estaba don Pepe. Apenas podía sostenerme por la fatiga del baile y la emoción tremenda que acababa de experimentar y me dejé caer sentado sobre la acera.

Don Pepe se sentó á mi lado.

—¿Pero cómo ha sucedido eso?—pregunté apenas pude articular palabra.—¿no era hoy el día señalado para que la linda y adorable Ofelia se casase con nuestro amiguito Pablo, a quien amaba con frenesí y de quien era adorada con locura, con beneplácito de ambas familias y de cuantos los conocían?

—Oh, sí,—respondió suspirando el buen don Pepe,—pero la fatalidad dispuso que se desposase hoy, no con Pablo, sino con el ángel de la muerte.

—Por favor, don Pepe, cuénteme usted cómo ha acontecido tan espantosa desgracia.

—Es una historia muy breve y muy triste, amigo mío.

—Hable usted.

IV.

—Ofelia, bella y buena como los querubes, era el encanto de su madre y de su hermano, como usted sabe, y nada le negaban. Unas amiguitas la entusiasmaron para tomar parte en una pastorela, en la que desempeñaría el papel de arcángel Gabriel. Difícilmente hubiesen hallado un tipo más bello y a propósito que el de Ofelia. Ofelia pidió permiso a Doña Claudia y a Alfredo y éstos se lo concedieron sin titubear. Pues bien, hace tres noches, representaba la infantil compañía de artistas, en medio de una tempestad de aplausos, prodigados especialmente a Ofelia, cuya excepcional belleza, aire candoroso y privilegiado talento habían deslumbrado al público. Llegó un momento en que el arcángel Gabriel debía arrodillarse ante el altar, para besar en la frente al hijo de Dios que reposaba sobre el regazo de María. Pero al inclinarse, se apoyó en el altar, éste, sin duda mal armado, vaciló y se derrumbó, las lámparas de petróleo que sostenía rodaron rompiéndose, el gas inflamado cayó sobre las sutiles ropas de Ofelia y ésta se encontró al punto envuelta en llamas. Arrojó un grito terrible de espanto y desesperación y se lanzó a la calle sin que nadie se atreviese a detenerla: era un globo de fuego y la confusión era general. El aire de la calle avivó las llamas y cuando precipitándose en una casa vecina pudieron echarle encima sábanas mojadas, ya había sufrido horribles quemaduras en todo el cuerpo. La infortunada Ofelia cayó desmayada, fué traída a su casa y cuando recuperó sus sentidos, era presa de una fiebre violenta y mortal, que arrollando los recursos de la ciencia y después de martirizarla con inconcebibles sufrimientos, arrebató tan preciosa existencia a las tres de esta mañana......

—Oh!—interrumpí,—día y hora en que debía desposarse con Pablo, en que llevada de la mano por su adorado amante, debían poner los pies en los misteriosos y encantados umbrales del templo de la felicidad!

—Sí, amigo mío, su traje de boda le sirvió de mortaja, —replicó filosóficamente don Pepe,—y si es una triste verdad que a esa hora no pudo pisar los umbrales de la dicha terrenal, en cambio, a esa hora debió subir su inmaculado espíritu, en brazos de los ángeles, a la mansión de la suprema, vedadera y eterna ventura.

—Oh!, pero ¿qué crimen ha podido cometer esa pobre criatura, bella y pura como un ángel, tan jóven, raro modelo de bondad y de virtud, para merecer tan horrible destino?

—Hé allí los inescrutables arcanos de la Providencia, que desesperan y aturden en ocasiones, pero que siempre debemos respetar en silencio.

—Continúe usted, don Pepe.

—Ofelia, en su constante y desgarrador delirio, ora reía, ora lloraba, llamaba a su madre, a su novio, a su hermano, a sus amigas, cantaba estrofas de la pastorela, y al fin espiró balbuceando entre sollozos que partían el corazón:

—Madre mía..... Pablo..... Alfredo..... vámonos pastores..... vamos a..... Belem....

V.

Cuando terminó don Pepe, él y yó, llorábamos como dos niños.

—Es decir,—exclamé—que mientras mi infeliz amiguita espiraba entre tan crueles tormentos, yo, que debía acompañar en su duelo a su respetable mamá, a su prometido y a su hermano, bondadosos amigos míos, yo, loco de mí, no sabía nada y me entregaba a los delirios frívolos y profanos de un baile de máscaras......!

Estreché con angustia la mano de don Pepe, le rogué que me disculpara con Doña Claudia, que se entregaba a los excesos del dolor en un aposento contiguo, con Alfredo, y con Pablo que sollozaba en un ángulo del cuarto fúnebre y me lancé acongojado y enjugando mis lágrimas en el dédalo de calles de la ciudad, iluminadas ya por los resplandores de la mañana.

Diciembre 25 de 1,902.

DESPUES DEL CARNAVAL.

Volverá el carnaval, sin pompa y lujo,
Con sus trajes fantásticos, su sal,
Sus comparsas, su ruido, su alegría,
Todo eso volverá.
Pero aquellas parleras mascaritas,
De los bailes encanto sin igual,
Ingeniosas, chispeantes, seductoras......
¡Esas, no volverán!

Así decía una mujer..... no; así lo digo yo y en prosa sin atropellar a Becker, y es una triste verdad.

Pocas máscaras, relativamente a los años anteriores, se

han visto en los elegantes salones de "La Unión," y del "Liceo", a excepción del baile del domingo en este último, a pesar de la entusiasta reacción que se ha iniciado contra el lujo y la grave y vanidosa etiqueta que va ahogando nuestro clásico carnaval.

Muchos trajes de fantasía y de capricho, las sedas y las blondas en minoría, eso sí, pero pocas máscaras, repito, y éstas, en lo general, mudas y circunspectas, como arrepentidas de haber ido con dominó y careta.

Esta **fuga de mascaritas**, por otra parte, se explica. Condenado el lujo, las señoritas, que por no poder llevar trajes en competencia con las de otras en mejor condición, ocultaban sus gracias y sus belleza bajo un dominó y un antifaz, han preferido lucirlas envueltas en sencillo, pero elegante vestido.

Las señoras de edad que iban a los salones, disfrazadas, a avivar sus recuerdos y regar sus secos laureles, se van absteniendo por el justo temor de que, descubierto el gato en lugar de liebre, queden desairadas y arrinconadas.

Pero todo eso no quita que sea de lamentarse la ausencia de esas inteligentes máscaras que daban un sello especial a los bailes y que tanto los alegraban con su festiva y revuelta cháchara.

x x x

Entre el escaso número de esos pájaros de los salones que aleteaban y charlaban en los bailes, merecen, sin embargo, honorífica mención, tres o cuatro que atrajeron sobre sí las miradas por su elegante porte y su chispeante charla.

Tuve yo la suerte de encontrarme una de ellas.

De su encapuchada cabeza se escapaban flecos castaños, rizados y brillantes. Dos ojos negros y expresivos relampagueaban, tras su negro antifaz, como luciérnagas en el fondo de una noche sombría. Su traje sencillo y elegante, lijeramente descotado, dejaba al descubierto un cuello, unos brazos y un nacimiento de seno que a gritos revelaban frescura, juventud y exhuberante hermosura.

Su enguantada mano era fina y aristocrática. Su talle diminuto y flexible. Sus pies pequeños y coquetamente calzados. Ya en "El Liceo," ya en "La Unión," me había cruzado con ella varias veces, había pronunciado mi nombre y me había arrastrado tras sí con irresistible atractivo.

En la noche del martes, enlazaba su brazo enloquecedor con el mío y recorríamos los salones de "La Unión."

Su voz de fálzete melodiosa y fresca, los encantos que adivinaba yo al través de su disfraz y la brillante cascada de palabras correctas, agudas e ingeniosas que se desbordaban de sus encarnados labios, que apenas entreveía tras la ridícula sisura de su grotesca e inespresiva máscara, me tenían aturdido y febriscitante.

Me dejaba engolfar en aquella deliciosa aventura con verdadera fruisión y provocaba la elocuente y deliciosa verbosidad de mi encantadora mascarita.

—¿Pero tan torpe es usted, Felipe,—me dijo de repente con su voz natural—que no me ha conocido?

—Oh, macarita, no; no solamente no te he conocido, sino que no pretendo conocerte. Te ruego, te pido de rodillas que no desvanezcas ese encanto de hechicero misterio que para mí te envuelve como una aureola de luz y de perfumes.

—Hombre! eres raro y me haces reir—replicó falseando de nuevo la voz y soltando una alegre carcajada—todos ustedes los casados, aficionados a las máscaras, generalmente tienen vivo interés en conocerlas y las abruman con preguntas impertinentes y les tienden lazos paña alcanzar ese fin.

—Permíteme suplicarte, mascarita, que no me confundas con la generalidad, en ese punto al menos. Tu cuello, tus brazos, tu talle cimbrador, tu pié, el sonido de tu voz, esa atmósfera de juventud, de hermosura y de gracia que a mis ojos te rodea, me hacen adivinar al travéz del disfraz, otros pormenores, otros atractivos que me enloquecen. Mi pensamiento inflamado y herido por tu conjunto físico y por tu encanto moral, ha creado tras de tu envoltura carnavalesca un semblante de ángel, un espíritu elevado y un corazón apasionado y amante, todo eso circundado por el ambiente fascinador del misterio, de lo desconocido.

—Por vida que estás romántico.

—Tómalo como quieras, pero te ruego otra vez que no rasgues el velo de ese misterio que para mí te rodea.

—Pero a lo menos me explicarás.....¿temes sin duda un horrible desengaño?

—Oh, no! te lo juro.

—Entonces.... no lo entiendo.

—Pero, adorable mascarita, ¿no te dice tu clara inteligencia que el principal atractivo de ustedes es el misterio, es la espontánea y dulce intimidad que inspiran, ese delicioso tuteo entre ustedes y nosotros?

—¿Y qué?

—Que desvanecido ese misterio, conociendo a ustedes, ya no nos trataríamos de igual manera.

—¿Y qué más?

—Que al conocerlas, si la realidad es inferior a lo que habíamos imaginado.......

—Es decir, si en lugar de la soñada hermosa joven, del ángel, es una fea vieja.....

—No precisamente......

—Sé franco, hombre.

—Pues bien, sí; ya comprenderás el desencanto y la terrible impresión......

—Adelante.

—Mas si esa realidad corresponde al ideal imaginado, si la mujer que ha inflamado nuestro cerebro y nuestro corazón al traves de su disfraz, es joven, bella y hermosa....

—¿Qué sucedería entonces?

—Que nos encontraríamos en una situación difícil, en un disparadero terrible.

—¿Por qué?

—Por qué, mascarita! Porque de simples galanes o galanes simples, resultaríamos verdaderamente enamorados, perdidamente locos.

—En lo que no veo nada de malo.....

—¿Deveras, mascarita? repítemelo, por piedad.

—Con tal que la otra, tratándose de un casado, no correspondiera a ese amor, ni con sus coqueterías le diera pávulo.

—¿Lo ves, mascarita?—repuse con acento melancólico.—¿Comprendes ya por qué no quiero que tú te me descubras, por qué nunca he dicho a una máscara "te conozco" ni le he preguntado quién es?

—En mi caso, temes lo primero ¿verdad?

—¿Qué es lo primero?

—Que en lugar de la bella joven que te has imaginado, sea yo un ridícula vieja.

—Mascarita, te ofendes y ofendes mi perspicacia: temo saber quién eres, porque te temo y me temo.

—Son ya muchos temores. Pues bien; si es cierto que no me has conocido, seguiré ocultándome y sirviendo de inocente pantalla a tus poéticas elucubraciones, de frío reflector a tus ensueños y deseos, como bruñido espejo de acero; es decir, que seré un instrumento de diversión para tí, mientras no pases de ciertos límites.

—Qué injusta y cruel eres! ¿Tú de instrumento? nunca. ¿Con qué de frío reflector, no más?

—Pero, hombre de Dios! si me querrás hacer cómplice de tus calaveradas!

—Cómplice inocente, mascarita, toda vez que no te conozco, ni quiero conocerte.

—Perfectamente: bajo el pretexto de que no me conoces, de que soy una máscara, te atreverás a todo, es decir, a todo lo que yo consienta; mientras que yo, conociéndote y todo, pretendes que corresponda a ese juego peligroso.......

—¿Peligroso?—la interrumpí vivamente.

—Siempre es peligroso jugar con fuego y es mejor prevenir un mal que remediarlo.

—Ah! encantadora mascarita, ¿acaso podría esperar un. . . . .

x x x

—Desengaño!—chilló en aquel momento un **máscara macho**, saludándome con la cabeza y tomando el brazo a mi interesante interlocutora.—Han dado las tres de la mañana y es hora de retirarse: las compañeras están ya en el vestíbulo.

—Adiós,—dijo la máscara soltando mi brazo y tendiéndome la mano que estreché con efusión.

—¿Hasta cuándo,—le pregunté al oido.

—Quién sabe!

—¿Te busco? ¿te sigo?

—De ninguna manera. Te lo prohibo.

.. ..

Mucho rato permanecí bajo la embriagadora influencia de aquella aventura, en verdad sin ninguna importancia, pero que me había impresionado vivamente.

Mi primer impulso fué tomar un carruaje y seguir disimuladamente el suyo que desde un balcón ví partir, hasta conocer su casa, y de este descubrimiento orientarme para saber quién era la tan simpática máscara.

Pero me contuve; no precisamente, sea dicho con franqueza, por obedecer su prohibición, sino porque recordé sus palabras: "siempre es peligroso jugar con fuego y mejor es prevenir un mal que remediarlo."

—Ya no está Gestas para estas fiestas, ni la Magdalena para tafetanes, Aristófanes,—me dijo un amigo que a la sazón me sorprendió en actitud melancólica.

Ya lo sabe mi preciosa mascarita, si leyere estas líneas. La conoceré, cuando ella misma se digne revelárseme.

Febrero de 1,896.

JUANITA.

I.

El aposento estaba triste, silencioso y sombrío.

Las corridas, pero trasparentes cortinas del lecho, en un ángulo de la habitación, dejaban entrever un cuerpo cubierto por blancas sábanas: y sobre una almohada forrada de encajes, se destacaba una cabeza cuyo rostro femenil, coronado por negros cabellos en desórden, fino, enflaquecido y enjuto, pero sonriente, revelaba por la corrección y delicado perfil de las facciones, que había sido muy bello.

La joven dormía, y a juzgar por su plácida sonrisa, soñaba.

En otro ángulo del aposento ardía una lámpara sobre una mesa, que sostenía un cuadro con la imagen de María al pié de la Cruz.

Los postigos de las puertas que comunicaban con la calle y con el interior, permanecían abiertos, por orden del Doctor, con objeto de proporcionar y renovar todo el aire posible en aquella habitación.

Al pié del lecho, una mujer de avanzada edad, recostada en un sillón, ahogaba sus sollozos y se enjugaba con el pañuelo, frecuentemente, los irritados ojos.

En la pieza contigua, un hombre de cabello entrecano y de fisonomía inteligente, sentado junto a la ventana de la calle, fijaba la vista en un periódico que tenía en las manos; pero la vaguedad y profunda melancolía de su mirada denunciaban que su pensamiento estaba lejos de la hoja que parecía leer.

Una rebelde lágrima se desprendió de sus ojos y cayó sobre el periódico.

El hombre tiró el papel con violencia, se levantó y de puntillas avanzó hasta la entreabierta puerta del aposento inmediato, introduciendo la cabeza al interior.

—Entra, papá,—dijo la enferma con voz dulce y débil—no estoy durmiendo.

El atribulado padre se adelantó hacia el lecho y mientras abría el cortinaje, la mujer, en quién se habrá adivinado a una madre, se apróximo también.

—¿Quieres tomar algo, hijita?—murmuró.

—No, mamá, no tengo necesidad.

—¿Cómo te sientes?

—Muy bien. No me duele nada. Apénas experimento una fatiga, como si me faltara aire para respirar.

—¿Has dormido bien?

—Oh! perfectamente. Y he soñado cosas tan hermosas y agradables! ¿Qué hora es?

—Las seis de la tarde.

—Es decir, que he dormido más de tres horas. Qué sueño tan delicioso! Aún me parece que estoy viendo esas cosas, que estoy gozando tanto, tanto......

—Por Dios, Juanita,—intervino el padre,—recuerda que no te conviene hablar mucho, que el Doctor te lo ha prohibido terminantemente, so pena de enojarse contigo y de no volver a verte.

—Pero si me siento ya buena! Si no me fatiga hablar, como me sucedía hasta esta mañana! Por otra parte, el Doctor no cumplirá su amenaza. Es tan amable!

—Bien, pero habla poco. No abuses. No vayas a ponerte mala otra vez por una imprudencia.

—No tengan ustedes cuidado. Me callaré cuando sienta fatiga. Pero quedaría muy triste, lloraría mucho si no les refiriese a ustedes lo que he soñado. Necesito desahogar mi corazón.

—¿Y si lo dejaras para mañana, cuando estés mejor? ¿No será largo eso?

—Para mañana,—suspiró tristemente—acaso sería tarde.

—Tarde!—exclamaron aterrados don Juan y doña María.

—Oh! no se asusten ustedes, queridos padres,—añadió sonriendo cariñosamente la enferma,—digo tarde, porque ya entonces se me habrá olvidado el sueño; ¿temen ustedes acaso que me muera? No; me siento ahora mejor que nunca, apesar de lo que esta mañana dijo a ustedes el doctor al despedirse, allí en la otra pieza.

—¡Lo que nos dijo el Doctor!

—Sí; se olvidó de que los tísicos tenemos el oido fino. Pero no importa. Esta mañana lloré mucho cuando ví confirmadas mis sospechas respecto al verdadero estado de mi enfermedad, es cierto; pero me ha hecho tanto bien el último medicamento, he dormido tan profunda y sosegadamente y me siento tan contenta, que creo viviré todavía. Suelen equivocarse tan frecuentemente los médicos!

Los pobres padres hacían supremos esfuerzos para sofocar sus sollozos y para contener sus lágrimas.

—Basta por ahora, hijita de mi alma,—dijo don Juan.

—Toma esa copa de leche y descansa. Después nos contarás tu sueño.

—Venga la leche,—respondió sonriendo,—pero con la condición de que me permitirán hablar. Les repito mi promesa de que callaré cuando sienta fatiga.

—Está bien, hijita. Pero por tu vida, por nuestro amor, no abuses.

—Lo prometo.

II.

—¿Se acuerdan ustedes,—continuó la joven, después de apurar lentamente la leche, con algún esfuerzo,—de las fiestas de hace justamente un año, con motivo de ser el cumpleaños de papá y el mío? Porque mañana es día de nuestro santo, querido papá!

—Sí, amada Juanita.

—Cumplías, papá, cuarenta años y yo quince. Hubo serenata y baile la víspera de San Juan, **pasadia**, baile y comida hasta la una de la noche, en fin, un día y dos noches de alegres fiestas. Pero si he de ser franca, no fueron las comidas, bailes y músicas lo más agradable para mí. Desde la tarde del 24, mientras mis jóvenes compañeras preparaban sus vestidos para el baile, yo mandaba lavar y llenar con agua limpia el estanque del patio y por la noche, me escapaba frecuentemente del salón para hacer hechar en el agua flores y hierbas olorosas. Qué contenta estaba yo! Mi abuelita me contaba que, según la tradición popular, la víspera de San Juan, al mediar la noche, rebosan los cenotes y los pozos, pero no de agua, sino de vinos, champagne y otros licores exquisitos; que florecen la hierbabuena y la ruda y que sus flores son prodigiosos talismanes que hacen feliz a su poseedor y con las que se alcanza cuanto se desea: que los tesoros escondidos bajo la tierra despiden llamas que acusan el lugar de su existencia y otras muchas maravillas; pero que todo eso solo es visible para los que están en gracia de Dios, para las gentes honradas y virtuosas, para los buenos que aman y respetan a Dios, a sus padres y a sus prójimos; que dan cariñosa caridad a los pobres, que no mienten: en fin, para los seres perfectos......

Un golpe de tos interrumpió a Juanita, cuyos hermosos ojos brillaban al evocar aquellos dulces recuerdos. Se llevó el blanco pañuelo a la boca y lo retiró ligeramente teñido de color de rosa.

—Basta, hijita mía,—dijo la madre enjugando el frío

sudor que aljofaraba la amarilla frente de la enferma,—¿lo ves? te has fatigado y ha vuelto la tos. Cállate, reposa y duerme, ya continuarás.

Juanita, que se había ido incorporando a medida que hablaba, dejó caer la cabeza, cerró los ojos y exhaló un suspiro.

Los afligidos padres corrieron suavemente el cortinaje, al ver su inmovilidad, y que se regularizaba su respiración. D. Juan se retiró de puntillas, secando sus lágrimas, y doña María cayó sentada en el sillón, ocultando el rostro entre las sábanas del lecho.

III.

Transcurrida una hora, la enferma se movió y llamó con débil voz.

—Aquí estoy, Juanita,—respondió doña María.

—Dame la medicina, mamá, y un poco de leche.

Doña María se apresuró a obedecer.

—Cuánto bien me hace esa bebida!—dijo la enferma. —Ya me siento fuerte y alegre otra vez. ¿Dónde está papá?

—Velando a tu lado, hijita,—respondió D. Juan aproximándose.

—Ya puedo concluir mi relación,—prosiguió Juanita sonriendo alegremente, aunque su voz se hacía más débil y cavernosa.

—De ninguna manera, hija mía,—replicó D. Juan, procurando hacer severo su acento;—ya has visto el resultado de tu desobediencia. No continues.

—Pero si ya voy a concluir, papá de mi alma, unos momentos más—dijo y brotaron las lágrimas de sus ojos. —Te juro que después no hablaré, hasta que ustedes me lo manden. Pronto vendrá el Doctor y ya no podré continuar y se me olvidará lo que contaba, ay! y sufriré mucho.

Los padres se inclinaron y luego elevaron al cielo sus húmedas miradas.

—¿En dónde estábamos?—siguió la niña.—Ah! sí, en el cuento de mi abuelita. Nos dijo también que a la mitad de esa noche fantástica y misteriosa, las náyades de las fuentes y ríos, las ninfas del bosque y los ángeles del cielo, bajan a bañarse en las aguas perfumadas de los cenotes y de los estanques y las consagran; que las personas que al día siguiente se sumergen en ellas, sanan, si están enfermas, y robustecen su salud, si no lo están. He allí,—nos decía,— porqué el día de San Juan, es día de baño y de fiesta en donde quiera que hay fuentes, cenotes y estanques, en don-

de quiera que haya agua, así en el interior del país como en los puertos de mar, en donde se celebra,, además, con regatas; en donde tiene un carácter más bullisioso, popular y clásico, esa simpática festividad. Recuerdo que durante esa noche, hasta la madrugada, fuí varias veces junto al estanque y no ví ni oí bañarse a ninguna náyade, ninfa ni ángel. Si habrían despreciado mi baño!—pensaba yo, y no estaré en gracia de Dios; si seré mala, sin saberlo!—y pasé el resto de la noche sin dormir, muy triste. Al día siguiente, en los intérvalos del baile, jóvenes de uno y otro sexo consultábamos el porvenir,**sacábamos nuestra suerte**, como decíamos, por medio del oráculo, de los naipes o de un vaso de agua. Mi pronóstico no fué enteramente satisfactorio. Las suertes y el oráculo respondieron que sería yo feliz y querida por todos, pero que no llegaría a vieja. ¡Si habrán dicho verdad el oráculo y las cartas!—añadió con profunda melancolía la pobre niña.

—¿Pero a qué vienen esos recuerdos, querida hija?—preguntó D. Juan.

—Oh!es todo eso que aconteció, lo he vuelto a ver ahora, durante mi largo sueño, todo, todo, con sus menores detalles, cómo si estuviera sucediendo; y he visto a mi querida abuelita rodeada de luz, de perfumes y de músicas, que desde el cielo me llamaba sonriendo, que me tendía los brazos.

—Juanita, eso ha sido un sueño no más, una pesadilla . . . . . .

—¿Pesadilla? no, papá, ha sido tan agradable y mi despertar ha sido tan triste al ver que no era realidad. . . . ! Pero voy a concluir. Al día siguiente era domingo, lo recuerdo bien: después del baile, aunque tú te oponías, manifestando que estábamos acaloradas e irritadas por la desvelada y la agitación, mis amigas y yo nos bañamos en el estanque. Ay! tenías razón. El resto del día estuve indispuesta y a la mañana siguiente, desperté con una fuerte calentura que se convirtió en fiebre, que me orilló al sepulcro y, gracias a Dios, al Doctor y a los cariñosos cuidados de ustedes, pude levantarme al mes de enfermedad. Mas desde entonces, tengo esta tos y estas calenturas frecuentes que me fueron quitando la apetencia, que me han ido enflaqueciendo y aniquilando y que, a pesar de la ciencia del Doctor y de los desvelos de ustedes, al fin me están matando.

La voz de la enferma se había ido extinguiendo poco a poco, mientras hablaba, hasta degenerar en casi imperceptible murmullo. Cubrióse los ojos con el pañuelo.

dos lágrimas se escaparon y rodaron por sus secas y pálidas mejillas hasta la almohada y se le oyó sollozar débilmente.

IV.

Transcurrieron minutos de angustioso silencio.

—No, hijita de mi corazón,—murmuró con voz ahogada doña María, mientras D. Juan besaba las manos de la enferma.—No, no morirás. Tengamos fé en Dios, ante todo, y luego en la ciencia del Doctor, que tanto te quiere. Eres aún muy joven.

—Precisamente por eso. ¿No lo dijo el Doctor esta mañana? "Nuestro mayor enemigo es la tierna juventud de Juanita. La tisis ya no es galopante, vuela."

—Pero si no ha dicho eso el Doctor! Oiste mal.

—Ay! los tísicos tenemos el oído muy fino!

Un nuevo acceso de tos acometió a la pobre niña, más violento y prolongado que el anterior.

De repente, en medio del acceso, lanzó un ligero grito y se llevó las manos al pecho con suprema angustia. Acercó a los labios el pañuelo y éste se tiñó en sangre.

Alguna ruptura interior se había verificado.

—Aire! aire!—balbuceó.

—Corre a llamar al Doctor!—gritó la desolada doña María.

Era tarde. Cuando el Doctor llegó dos horas después, por haberse ausentado a una finca próxima, apenas fué para recibir la triste, muda y afectuosa despedida de su pobre enferma que murió, mejor dicho, se durmió en los brazos de sus desesperados padres, para no volver a despertar en la tierra, con la sonrisa en los labios y la resignación en la mirada, como deben dormirse los querubes en el seno del Señor, como se duerme el céfiro en el cáliz embalsamado de las flores, a la hora del crepúsculo vespertino; como cierran sus pétalos las rosas; como se apaga la lámpara cuando ha consumido su aceite; en fin, como mueren los justos.

El reloj daba entonces con lúgubre solemnidad, doce lentas campanadas. Era la hora en que, diez y seis años antes, un grito de júbilo de sus padres, saludaba el nacimiento de Juanita.

Era la media noche del 24 de Junio, hora en que las náyades, las ninfas y los ángeles, acuden a consagrar con su cuerpo las aguas de los cenotes, de las fuentes y de los estanques.

Los ángeles que esa noche bajaron del cielo, llevaron

sobre sus nítidas y resplandecientes alas el alma inocente, pura y virginal de Juanita, entre los sublimes acordes de los coros celestiales.

Junio 25 de 1,896.

A TRAVES DEL CARNAVAL.

(Apuntes de un turista.)

A Vuela Pluma.

"La fama del carnaval meridano y de la fiebre de bailes que se multiplican sin cesar, en esta capital, si había de creer a trompetas de la prensa, exaltaron mi curiosidad y héteme liando mi maleta y abandonando mi residencia para venir a conocer a Mérida y a su ponderada fiesta.

Llegué la mañana del sábado, lamentando no haber alcanzado ver la gran recepción que "La Unión" y "El Liceo de Mérida" hicieron a sus respectivos Dictadores, en la mañana y noche, respectivamente, del día anterior, actos que, según me refieren, tuvieron un éxito magnífico.

Al bajar del tren, supe que desfilaba el bando del "Liceo" y sin tiempo de cambiar mi empolvado traje, tomé un coche y salí a su encuentro.

—Aquí nadie me conoce—pensé para tranquilizarme. Detúveme frente al parque "Hidalgo," en donde en aquel momento doblaba el cordón de carros alegóricos y carruajes poblados de bellas damas y alegres caballeros; pero apenas pude percibir uno u otro de los primeros, porque el viento impetuoso, levantaba tan densas nubes de polvo, que aquello parecía, más que un elegante paseo, en culta capital, una caravana en medio del Sahara, sepultada por torbellinos de arena bajo el soplo terrible del **simoun.**

En la tarde tomé mejores posiciones para contemplar el bando de "La Unión."

Aunque, a juzgar por la opinión de un amigo que me acompañaba, tanto el paseo de "La Unión" como el del "Liceo," fueron muy inferiores a los de años anteriores, yo, que no podía hacer comparaciones, aplaudí con entusiasmo los varios carros alegóricos y me descubrí verdaderamente conmovido, ante él que representaba un colosal y primoroso pensamiento, en cuyo centro fulguraba, sí, fulguraba como un astro, una tan hermosa como bella y sim-

pática señorita que me dijeron se llamaba Francisca Cámara.

x x x

Por la noche concurrí al baile de trajes del "Liceo," gracias a una invitación que pude obtener, prefiriendo este baile al que esa misma noche daba "La Unión," por habérseme dicho que era el clásico de aquel.

Qué certamen tan espléndido de belleza, y de elegancia y de gracia en los atavíos!

Yo estaba aturdido, mareado, deslumbrado.

En ese baile, varios grupos en trajes de fantasía, estrenaron con música de francesas, una cuadrilla titulada "Los Piratas."

Cómo deseaba yo ser presa de alguna de esas lindas piratas, de esas encantadoras corsarias de los mares procelosos del amor!

El domingo en la noche obtuve entrada para "La Unión."

Era un baile imposible. Los vastos y elegantes salones del edificio, no podían contener a la inmensa concurrencia y no se pudo bailar con algún desahogo, hasta la una o dos de la mañana.

El lúnes volví al "Liceo" y martes a "La Unión."

En ambas sociedades, los bailes todos fueron entusiastas y magníficos.

Eran una verdadera exposición de la hermosura, de la belleza y de la elegancia. El del martes, en "La Unión," terminó a las cinco y media de la mañana, con más de ciento cincuenta parejas.

x x x

Para la batalla de flores, preferí al principio ser espectador y no combatiente.

Cómodamente instalado y rodeado de proyectiles que arrojaban las que combatían, miraba desfilar ante mí el largo cortejo de carruajes alegóricos o solamente adornados, y el alma se me iba tras aquellas beldades enardecidas por la fiebre del combate.

—¿Estás viendo esto?—me decía un amigo—pues ves la sombra de lo que ha sido en años pasados.

—Quitá allá, hombre,—le contesté—aquello no lo ví. Déjame gozar.

Frente a nosotros ocupaba un templete un grupo de bellas y distinguidas damas, que combatían con ardor con las que cruzaban en carruajes.

Al revistarlas con la mirada, sentí un sacudimiento al detenerla en una encantadora señorita.

Qué linda y encantadora estaba!

El entusiasmo resplandecía en todo su interesante semblante y sus ojos despedían llamas.

—En la guerra, como en la guerra—exclamé palpitante de emoción.

Y envolviendo un rojo tulipán entre otras flores, le disparé el proyectil con tan buena suerte que, chocando en su pecho, allí sobre el corazón, se deshizo y mis flores rodaron por su regazo.

A tan brusco e inesperado ataque, volvió rápidamente la cabeza, buscando a su agresor, fijó en mí su mirada, comprendió por mi turbación que yo lo era, y saludó con una graciosa sonrisa.

Desde entonces quedaron rotas las hostilidades y le envié cuantas flores tuve a la mano.

—Yo la buscaré para presentarle mis satisfacciones más respetuosas y cumplidas—dije a mi compañero que censuraba mi audacia, pues yo era un desconocido para la dama.......

La batalla llegaba a su término. El sol, elevándose ya hácia el cenit, vogando en un cielo limpio y transparente, abrasaba a la inmensa concurrencia con sus rayos de fuego.

El clarín tocó retirada y sus melancólicos ecos rodaron como ondas de sollozos en toda la línea de combate.

El Jurado del "Liceo," Sociedad que introdujo en Yucatán tan hermosa y poética fiesta y que la organiza año tras año, confirió su primer premio a un pandero; el segundo a una paloma y el tercero a un moscardón, los tres decorados por bellísimas jóvenes y con artísticos accesorios.

Pero gran parte del público aclamó con frenesí un soberbio abánico, esmaltado por encantadoras señoritas y se le acordó otro premio de primera clase.

Ay! la batalla terminó y mi bella enemiga, la enemiga de mi reposo, se desvaneció.

Pero mi corazón quedó en el campo alfombrado de flores, gravemente herido. Cuántos habrán quedado allí como el mío, sin una ambulancia que los recoja!

Parto para mi residencia y quizá no la volveré a ver; más dudo curar pronto de tan honda herida y jamás olvidaré a la que, con una mirada y una sonrisa, hizo en mí más estragos que los que hubieran producido todos los explosivos juntos.

—Pero ¿y las máscaras?—preguntaba yo decepcionado profundamente.—¿Dónde están las máscaras de que tanto me hablaran y que eran la vida y el principal atractivo de los bailes de Carnaval? ¿Dónde su alegre cháchara, sus agudos chistes, su gracia seductora, bullicio y encanto de los salones?

Apenas si hubo unas pocas que, como avergonzadas de su corto número, temían hasta levantar la voz.

Tuve, sin embargo, la dicha de encontrar entre esas pocas, algunas sumamente simpáticas y sobre todo insignes bailadoras, cuya perfumada atmósfera y ojos chispeantes a través del antifaz, revelaban juventud, gracia y belleza.

—¿Y no me será permitida la dicha de volver a verte, linda mascarita, y de ser inscrito en el número de tus amigos?—pregunté a una al despedirla en el pórtico de "La Unión" la noche del martes.

—Nos veremos en el baile de piñata,—respondió—Espera a la entrada y me reconocerás por.......

Y me dió una señal que la discresión y la galantería me vedan comunicar.

La nota más interesante y simpática en punto a máscaras, fué un grupo de ellas que, como brillante meteoro, o ráfaga impregnada de perfumes, cruzó unos momentos los salones de "La Unión" y del "Liceo," la noche del domingo, máscaras que por su elegante y gracioso traje de capricho, su distinguido porte y sus costosos dijes, revelaron en seguida ser bellas damas de la alta sociedad meridana a quienes deploré no conocer.

x x x

Es fácil de comprenderse la ansiedad con que en la noche del baile de piñata, desde las ocho y media, apostado en un sitio visible del pórtico de "La Unión," clavaba mis curiosas miradas en la larga procesión de constelaciones de brillantes astros y grupos de elegantes máscaras, más numerosas que en el carnaval, que desfilaban ante mí; pero ninguna hizo la señal acordada.

—Esta máscara se ha burlado de mí—pensaba tristemente decepcionado. Prescindí de bailar lanceros, para presenciar mejor el paseo y convencerme de que mi incógnita amiguita no había venido o no quería dárseme a conocer; y finalizaba el interminable **chorro** y desesperaba de hallarla, cuando cruzó junto a mí una preciosa joven de blondos cabellos, ojos de cielo y graciosa e inteligente fisonomía.

—¿No me ha reconocido usted?—me dijo casi al oido.

Olvidé que estaba encargado de velar porque no se descompusiese el paseo en sitio determinado y me lancé en su seguimiento.

—El martes estuve en el "Liceo" y no le ví a usted,—continuó, cuando momentos después recorría con ella los salones.

—El martes!—repetí asombrado—es decir que no es usted.... señorita,—añadí sonriendo—sospecho que prosigue usted las bromas de mascarita. El martes estaba usted aquí y no en el "Liceo."

—Lo que yo sospecho—replicó—es que me está usted confundiendo con otra.

—Lo confieso—repuse ingenuamente—creí reconocer en usted, a una deliciosa máscara que aquí me citó la noche del martes.

—Lamento la decepción y si quiere usted ir a buscarla......

—De ninguna manera, señorita; sería inútil, toda vez que ignoro quién es. Ella se me revelará, si lo creyese conveniente.

Al fin, ya al terminar el baile, una mascarita que casualmente vino a sentarse a mi lado, me dió las buenas noches.

Su voz natural me hizo estremecer; no cabía duda, era mi compañera del martes, e iba formular mis quejas, cuando se me anticipó.

—Me dejó usted mal en la mazurca—me dijo....—Acordamos bailarla hoy, como el martes.

—Quien me engañó fué usted, me dijo....

—En efecto,—interrumpió—pero no le ví a usted al entrar y ha estado usted pasando lejos.....

—De la felicidad,—interrumpí a mi vez.

—De una amiga—rectificó.—Yo soy.... y me dijo un nombre que conocía.

Comprendí en la sinceridad de su acento que decía verdad y que hacía surgir su considerado y respetado nombre como un para-rayo: le ofrecí el brazo con cariñosa cortesía y bailamos un delicioso danzón, despidiéndonos como buenos, pero simples amigos.—**Oliverio.**"

x x x

El manuscrito anterior me fué enviado bajo cubierta cerrada, junto con la siguiente esquela:

Mi querido amigo don Felipe: a usted que tuvo la bondad de invitarme a escribir mis impresiones de carnaval,

confío el adjunto **mamarracho**, que puede usted corregir y modificar a su gusto y hacer publicar en el **peeriódico que** elija, si lo creyese digno de ese honor. Improrrogables e importantes asuntos me obligan a partir por tren de esta tarde, sin volver a ver a mi bella adversaria de la batalla de flores, para quien soy un desconocido y a la que tuve la dicha de ver por la primera ocasión, aquella, para mí, venturosa e inolvidable mañana. Parto, pero dejo el corazón en Mérida. Si usted se encontrase alguna vez con ella, si es amiga de usted, dígale, que desde la mañana del martes de carnaval tiene un eterno adorador en su cariñoso amigo. —**Oliverio.**''

Por la copia.

Aristófanes.

Marzo de 1,897.

EL LOH.

(Exorcismo.)

(Superticiones mayas.)

Al señor Lic. don Juan F. Molina Solís.

—¿Avisaste al **hmen**?

—Sí, señor.

—¿Convidaste a la gente del pueblo?

—También.

—¿Quedó contratada la música?

—Por ocho pesos. No rebajaron nada.

—¿Y está listo todo lo necesario para que sea esta noche?

—Todo, señor.

D. Antonio Espino, cruzadas las manos a las espaldas y la cabeza baja, prosiguió, con la regularidad de un péndulo de reloj, su ir y venir bajo la **enrramada** recien construída frente a la casa principal, mientras su vaquero, Juan Canul, penetraba en el interior.

De cuando en cuando dirigía la mirada con cierta impaciencia al disco del sol que, agrandado por la refracción, en aquel momento desaparecía tras la verde cortina de los campos.

Hacía algún tiempo que el buen don Antonio estaba seriamente preocupado por la mortandad, sin causa aparente, del ganado vacuno con que un año antes poblara aquel pintoresco **paraje**.

De cincuenta cabezas **pobladoras**, solo quedaban doce.
Cuantos recursos se intentaron para conjurar el mal, habían resultado inútiles.

El vaquero Juan, le aseguraba que malos vientos y peores genios maleficiaban el sitio y que el único remedio eficaz sería el **loh**, o exorcismo, para ahuyentar de allí a los funestos **kates y balaames.**

Maldito lo que creía ni confiaba don Antonio en tal superstición; pero para complacer a Juan, le autorizó a organizar la ceremonia.

Esta era la que iba a verificarse. El vaquero, entretanto, se acercó a una **trapichera**, envase de cedro en que hacía horas fermentaba la corteza blanca del **balché**, remojada en agua endulzada con miel; introdujo primero en ella y despues en la boca, el índice de su mano derecha, para probar si estaba de punto el indígena licor; hizo con la cabeza un signo afirmativo, y luego dirigió una mirada de inspección a una mesa, sobre la que formaban simétrica línea algunas botellas de rom, destinadas a los bebedores **ilustrados y progresistas**, a quienes no agradase el histórico aguardiente maya.

Pronto la noche envolvió a la tierra en su negro manto. Juan encendió dos candilejas, alimentadas con aceite de higuerilla, equidistantemente colgadas de la **enrramada,** y un quinqué de viento en el interior de la casa, mientras su mujer y su cuñado rectificaban los bancos que ocupaban tres lados del **salón** exterior.

En el cuarto lado, cabecero, se levantaba un **caanché,** mesa rústica, encima de la cual se erguía una cruz pintada de verde, que ostentaba varias alegorías de la pasión del Cristo, dibujadas de rojo y encajes de discutible blancura.

El signo de redención, presidiendo aquella ceremonia supersticiosa, revelaba una de tantas mezclas de las creencias católicas con las supersticiones indígenas, muy frecuente entre las clases ignorantes.

Llegaron los músicos, hombres, mujeres y niños del vecino pueblo y de último el **hmen** con paso lento y estudiada modestia, trayendo envuelto en su pañuelo encarnado un objeto de forma esférica.

—¿**Estamos listos?—preguntó** don Antonio.

—Sí, señor—respondió Juan.

—¿Y los pollos y el gallo?—interrogó a su vez el **hmen.**

—En el corral.

—Entonces, vámonos.

Todos, presididos por el **hmen**, se dirigieron al próximo corral, alumbrados por teas encendidas.

Ya adentro, el **hmen** desenvolvió el objeto que llevaba, que resultó ser un **homá**, del que sacó una piedra blanca plana, varios prismas rotos, tapones de frascos y fragmentos de cristal.

Escogió uno de ellos, el **sastun** maestro, se lo aplicó al ojo izquierdo y giró al rededor una mirada investigadora.

—Allá están—exclamó con triunfante acento.

—¿Quiénes?—preguntó don Antonio, que se mordía los labios para contener la risa.

—Los **kates**, señor.

Ordenó que se desatasen los pollos y el gallo que se agitaban y chillaban desesperados; y murmurando palabras ininteligibles y asperjeando con una rama que mojaba en **balché**, dio la vuelta al corral, e hizo sepultar, dejándoles no más la cabeza fuera, un pollo en cada ángulo y en el centro el gallo.

Luego hizo arrodillarse junto a éste un hombre, que aceptó el papel de chivo expiatorio, y entre los salmos cabalísticos del **hmen**, recibió pacientemente una docena de azotes; verdad es que aplicados con bastante consideración.

—Ahora, que toquen el **torito** y que vengan los bailadores—mandó el **hmen.**

La multitud formó círculo: una pareja, el matrimonio más caracterizado de la concurrencia, se colocó en el medio, y, al compás de los alegres aires del **torito**, rompió a bailar con inusitado entusiasmo.

Terminado el **son**, el gentío volvió a la **enrramada.**

Se sirvieron con profusión el ron y el **balché**, el baile se generalizó, degenerando en orgía, y algunas horas después se terminó la fiesta, regresando a sus casas los que pudieron, pues muchos, completamente embriagados, quedaron tirados por el suelo y el camino.

Entre estos últimos estaba el **hmen.**

.. ..

—Y ¿qué resultado dió el famoso **loh?**—pregunté al amigo que me hacía la anterior relación.—¿Se salvó el resto del ganado?

—Poco tiempo después murió el que quedaba y el vaquero Juan, despedido por don Antonio, en desquite, dió una soberana paliza al **hmen.**

—¿Todavía se practica esa ceremonia entre los indios?

—No, donde quiera que ha penetrado la luz redento-

ra de la civilización. Esa práctica supersticiosa, como otras reliquias del antiguo paganismo maya, se ha refugiado en las aldeas de indígenas escondidas en el fondo de los bosques, lejos de los centros cultos, y antes de mucho, sin duda, desaparecerá completamente, pues mucho se ha modificado y simplificado yá.

—Hombre, sería una lástima!

Julio de 1,900.

EN CHAN SANTA CRUZ.

Yucatán atraviesa un solemne momento histórico.

Del uno al otro confín, desde la Capital hasta la más modesta aldea, experimenta una profunda conmoción y el entusiasmo patriótico, el regocijo público, estallan simultáneamente, bajo múltiples y diversas formas, en todas las clases sociales que saludan alborozadas un acontecimiento importante y trascendental para su presente y para su porvenir.

El alambre eléctrico ha irradiado, como haz de rayos de luz, desde el campamento del Sr. General don Ignacio A. Bravo, Jefe de la Zona y de las tropas expedicionarias sobre los mayas rebeldes, a la Capital de la Nación, a la del Estado y a todas las principales poblaciones yucatecas, esta lacónica frase:

"Hoy, 4 de Mayo de 1,901, he ocupado Chan Santa Cruz."

Y esta noticia, aunque esperada con ansiedad, ha hecho vibrar el patriotismo peninsular.

Y sin embargo, no se trata de una gran victoria, tras épico combate, de un acontecimiento heróico, digno de un canto homérico.

Chan Santa Cruz, cuartel principal de los cantones sublevados, centro de su gobierno y sagrado e inviolable santuario de los mayas, ha sido ocupado sin resistencia, sin dispararse un tiro, sin verterse una gota de sangre.

Sus defensores y habitantes han abandonado la población e internádose a los bosques, sin duda persuadidos de su impotencia para luchar con un adversario tan superior en fuerza, armamento, organización y recursos.

Y tampoco es la primera vez que nuestras tropas ocupan Chan Santta Cruz.

Desde que el célebre caudillo rebelde José María Barrera, con el objeto de concentrar sus dispersos elementos de combate y de levantar su abatida moral, fundó

aquella población en 1,850, y explotando la ignorancia mística y supersticiosa de los indios, la consagró con la farsa misteriosa de la aparición y revelación de las cruces, convirtiéndola en venerado y temido santuario que, según les predijo, jamás sería aniquilado, diversas y sucesivas expediciones la han invadido y arrasado, aunque ninguna pudo conservarla, volviendo los mayas a posesionarse de ella y a reconstruirla.

Y cuántos de nuestros hermanos, cuántos valientes, cuántos mártires han fecundizado con sus cadáveres y su sangre, durante las expediciones, esa tierra de Chan Santa Cruz y de sus alrrededores!

Cuántas veces se ha extremecido su atmósfra con el estampido de las armas de fuego, en tantos escarnizados combates allí librados, con la espantosa grita de las masas rebeldes y con el alarido desgarrador de los que morían despedazados por el machete de los implacables luchadores!

No; no es un triunfo guerrero el que en estos momentos celebra Yucatán.

Es la ocupación, la posesión, no transitoria, sino permanente, de Chan Santa Cruz; es la recuperación, después de más de medio siglo, de la región más exhuberante y fértil del territorio yucateco, que en breve tiempo será invadida por un ejército de obreros armados con los instrumentos del trabajo y surcada por cintas de acero, sobre las que rodará la rápida locomotora, haciendo surgir a su mágico roce la vida, el movimiento y la prosperidad, y nuevas poblaciones y nuevas industrias; es el desenlace, el último acto de esa epopeya, de esa gran tragedia social que comenzó el 30 de Julio de 1,847, que ha devorado, cono espantosa vorágine, tantas existencias y tantas riquezas y que ha entorpecido, durante once lustros, el desenvolvimiento y adelanto general de la Península, señaladamente en las comarcas fronterizas al campo de los rebeldes; es la próxima terminación de una campaña, no de incendio, destrucción y matanza, sino de paz, perdón y fraternidad, en la que se han respetado pueblos, habitaciones, propiedades y vidas, y sólo se ha rechazado la fuerza con la fuerza, cuando así lo ha exigido la inevitable y propia defensa; es la reconquista y completa consolidación de la tranquilidad, confianza y seguridad de las fronteras, cuyos sufridos, valientes y laboriosos habitantes ya podrán arrimar sus fusiles y reposar y trabajar serenos y contentos, sin temor a ver reducidas en un instante a escombros y cenizas sus haciendas, fruto de años de constante y penosa faena; es la reconciliación y reincorporación a la patria

común, a la sociedad culta, de esos nuestros desgraciados hermanos, desheredados de la luz y del adelanto, que hace cincuenta y cuatro años que se rebelaron y nos consideran y tratan como a inexorables y sanguinarios enemigos, a causa de grandes y funestísimos errores y pasiones de nuestros antepasados; es, en fin, la victoria definitiva, la apoteosis del hermoso estandarte del trabajo, de la civilización y del progreso, que flota yá sobre Chan Santa Cruz y Bacalar y pronto será tremolado sobre toda la zona sublevada, en sustitución de la roja bandera de los mayas, símbolo de una guerra sin cuartel, de una guerra de exterminio y destrucción, de implacables y nunca saciados rencores.

Hé allí lo que celebra Yucatán con justificado y ardiente regocijo.

Hé allí porque donde quiera resuenan hurras de júbilo y se elevan himnos de cariño y de agradecimiento en honor del Supremo Gobierno Nacional que, sin detenerse en gastos ni dificultades, dispuso la campaña de pacificación; de los señores Generales Bravo y de la Vega que la llevan a cabo, arrostrando tantas privaciones y sinsabores, de los bizarros guerreros y peones que a sus órdenes operan, y del Gobierno local que tan eficazmente ha colaborado en la redentora campaña.

Y qué suma de erogaciones, de sufrimientos y de sacrificios viene representando esa campaña pacificadora para la Nación y, en lo particular, para el Estado, que ha debido contribuir y contribuye a tan patriótica empresa, con el contingente de su Guardia Nacional y de sus trabajadores que, en medio de penalidades, rudas faenas y peligros, van abriendo paso a las tropas, a través de vírgenes, seculares y desconocidas selvas!

Porque todavía no ha terminado la magna obra.

Después de la ocupación militar de Bacalar y Chan Santa Cruz, principales puntos estratégicos, vendrá la de San Antonio Muyil, Tulum, el puerto de la Ascención y otros lugares de importancia; pero entonces principiará la verdadera tarea de pacificación, en la que será necesario desplegar mucho tacto y mucha prudencia, para conseguir la presentación de esos bravos batalladores mayas que aún empuñen las armas; para convencerles de la inutilidad de su tenaz y obsecada resitencia y de las ventajas que les resultará de trocar su condición de rebeldes, por el honroso título de libres ciudadanos mexicanos; para persuadirles de la sincera lealtad de nuestras promesas de amistad, respeto y protección.

Un día fueron tan cruelmente engañados y son de una índole tan suspicaz y recelosa los mayas......!

Esperemos, no obstante, que las altas dotes, así militares, como sociales y humanitarias, de los señores Generales Bravo y de la Vega y de los que con ellos cooperan, y su carácter discreto y conciliador, inspirándose en los levantados propósitos del Supremo Gobierno Nacional, alcanzarán, al fin, el completo sometimiento de los rebeldes, logrando su absoluto aislamiento de la colonia inglesa, en donde se abastecen de víveres y municiones de guerra, y procurando evitar la emigración y pérdida para la República de esos nuestros compatriotas, de esos preciosos elementos de trabajo, útiles y necesarios para el país, tan escaso de población, de obreros que exploten las incalculables riquezas que palpitan latentes en esa inmensa y exhuberante extensión de nuestro territorio.

Mayo 5 de 1,901.

EL CHA—CHAAC.

(Evocación de la lluvia)

(Supersticiones mayas.)

Al señor Lic. don Juan F. Molina Solís.

Cinco horas hacía que vagaba extraviado bajo el bosque, chorreándome sudor desde la cabeza hasta los pies, rendido de fatiga, con las fauces secas y acosado por el hambre y más todavía por la sed.

Apenas podía soportar el peso de mi escopeta y del morral que contenía aperos de caza.

Caminando de la finca a la **milpa**, había visto cruzar el sendero una hermosa perdiz. Corrí en su seguimiento bajo el emmarañado campo, casi a tiro, unas veces la veía deslizarse, culebreando entre la seca hajarazca, con cuyo color se confundía el de su plumaje; otras desaparecía tras los troncos y las hojas, antes de que me fuese posible apuntar y disparar con probabilidades de éxito. Los bejucos y las ramas se me enredaban en los piés y en la garganta, me tiraban el sombrero a cada instante y retardaban mi marcha......

No puedo precisar el tiempo que duró la persecución, que con rabia tomé ya como cuestión de amor propio; pero al fin, agobiado por el cansancio, me detuve y al hacerlo, se dejó oír el agudo silbido de la perdiz a unos cien metros

adelante, como si me provocara a la lucha, nuevo género de sport, y se burlara de mí.

Busqué con las vista el sol, para calcular la hora, porque había olvidado el reloj, y luego miré á mi alrrededor para conocer el sitio en que me encontraba.

El astro del día, que apenas se elevaba sobre el horizonte cuando salí de la finca, tocaba casi el meridiano. Sería de once a doce del día.

Estaba rodeado de un espeso bosque casi impenetrable y me era desconocido el lugar.

Me tendí sobre la gruesa alfombra de hojas secas, con el morral por almohada, y cerré los ojos para descansar el cuerpo y el espíritu, con el objeto de ver si luego me orientaba.

Pasada media hora me incorporé.

Reinaba un silencio absoluto.

El sol deslizaba algunos de sus rayos al través del tupido follaje y su posición en el zenit no me permitía orientarme.

Y el hambre y la sed me hostigaban cada instante más.

Aguardé unos momentos, el sol se inclinó al fin lentamente hacia el Oeste e hice mis cálculos.

El sendero de la finca a la milpa, iba de Oriente a Poniente; yo penetré en persecución de la perdiz rumbo al Norte; luego dirigiéndome al Sur, necesariamente debía de salir al camino. Era claro.

Recogí el morral, me eché al hombro la escopeta y emprendí la marcha al Sur, sin más brújula que el sol que de rato en rato consultaba con la vista.

Pero no contaba con las frecuentes desviaciones a que me obligaban los gruesos troncos de los árboles y las infranqueables malezas.

Ya eran las tres de la tarde; la fatiga, el hambre y la sed crecientes me desesperaban ya y me preparaba a dar gritos y a hacer disparos, lo que no había verificado aún por temor a las sonrisas burlonas de los sirvientes, cuando percibí, hacia el Oriente, un claro a través del bosque; apresuré el paso y llegué a la orilla de una sementera.

Me subí sobre la cerca y la abarqué de una mirada.

Por su extensión, no pertenecía a mi finca. Era menor que mi **palizada** y mayor que las de los sirvientes.

Entonces, ¿de quién era? ¿en dónde estaba yo?

Bajé y empecé a rodear la **milpa**, en busca de un sendero que me guiase.

Vencía ya media circunferencia, cuando oí hacia adelante risas y voces y momentos después, al borde de la mil-

pa y bajo los árboles, distinguí un grupo de hombres, mujeres y niños que al punto reconocí.

Eran de una ranchería indígena, situada a ocho kilómetros de mi finca.

—¿Qué hacen ustedes aquí?—les pregunté, en maya, después de corresponder a sus respetuosas "buenas tardes."

Se miraron unos a otros antes de responder, con embarazo.

—Señor,—dijo al fin el que parecía Jefe—hace más de un mes que no llueve, nuestras sementeras se están marchitando y amenazan secarse completamente, en momentos de espigar, lo que sería nuestra ruina, y venimos a hacer el **cha-chaac**, a invocar al dios de las lluvias. Usted, señor, no cree en estas cosas y acaso se burlará de nosotros; pero cada uno hace su diligencia.

Una idea luminosa relampagueó en mi pensamiento.

Recordé que estas prácticas supersticiosas de los indios iban acompañadas de gran comilona y beberaje.

—Líbreme Dios de eso, muchachos,—me apresuré a replicar—hacen ustedes perfectamente y les agradecería infinito me regalaran algo de comer y de beber, porque desde esta mañana no he tomado nada.

—Con mucho gusto, señor, justamente vamos a desenterrar el **pib**. Solo que tendrá usted que esperar que se termine la ceremonia, porque si se tocara antes la comida, no surtiría ningún efecto aquella.

—Está bien,—dije contrariado—denme siquiera un poco de agua entre tanto: me muero de sed.

—¿No vió usted las jícaras de **sacá** colgadas en las esquinas de la **milpa** para los genios de los campos?—preguntó alarmado el Jefe.

—No;—respondí, maldiciendo mi torpeza por no haber alzado la vista y descubierto aquellas ofrendas.

Con qué placer hubiera sustituído entonces a los señores genios!

Urgidos por mí, desenterraron el **pib** y extrageron de él varios humeantes, gruesos y cuadrilongos panes, cuyo aroma me penetró hasta le médula de los huesos.

—¿Tienen dentro carne de pavo o venado?—consulté a uno de los indios.

—No, señor; pepitas molidas, ibes, y frijoles. No es buena la carne para estos casos.

El Jefe, sacerdote o **hmen**, despedazó algunos de los panes en un gran **lec**, lleno hasta la mitad de **balché** o pitarrilla, que tomó de un depósito inmediato.

Escogió cuatro niños de seis a ocho años, que ató por los piés a las esquinas de un **caanché** o **barbacoa**, sobre el que colocaron los **pibil-uahes** y las jícaras de **sacá**, y luego, mientras los niños gritaban imitando el monótono y melancólico **lec, lec** de las ranas, dió varias vueltas al rededor del rústico altar, seguido de los demás, murmurando palabras misteriosas y esparciendo por el suelo y sobre el altar y los niños, las húmedas migajas de pan que tomaba del **lec**, y que otro indio llevaba junto a él.

Al detenerse, dió frente sucesivamente a los cuatro rumbos cardinales, alzando las manos y los ojos y pronunciando frases ininteligibles, como si evocara a los genios invisibles del campo.

Era primera vez que presenciaba aquella ceremonia, de la que solo tenía noticias incompletas, y apenas pudieron sofocar mis carcajadas, la novedad del espectáculo y mi interés en su feliz término, por el hambre que me atormentaba.

Concluída la evocación final, el **hmen** dió el ejemplo apoderándose de un pan y de una jícara de **sacá** y todos, inclusive y principalmente yó, sin duda el más hambriento, devoramos en breve tiempo la rústica, pero sabrosa comida, que ellos rociaron con **balché** y yo con agua pura y una jícara de **pozole** por añadidura: terminado el **banquete**, me despedí de los sencillos indios, agredeciéndoles sus bondades, y al ponerse el sol, llegaba a la finca, en donde el mayordono, alarmado por mi tardanza, desde el medio día había enviado varios hombres en mi solicitud, los que, informados de mi regreso, volvieron poco después que yo.

Me sentía un tanto estropeado por la larga caminata y la insolación, pero consideré compensados mis sufrimientos con el curioso y para mí nuevo espectáculo que me proporcionó la casualidad.

Julio de 1,900.

LA MUERTE DEL NIÑO.

(Costumbres populares.)

Ocurrió la cosa en un pueblito del litoral.

El pobre niño agonizaba, víctima de alguna meningitis, alferecía, u otra cualquiera de esas mil y una enfermedades, cuyas modernas denominaciones terminan en itis o en ía.

En el pueblo no había médico titulado, ni empírico, hierbatero, "hmen," ni cosa parecida.

Los atribulados padres habían agotado inútilmente los remedios caseros; vomitivos, purgantes, fricciones, emplastos, baños calientes y fríos, se habían sucedido sin resultado.

—El niño está "empanzonado"—decía el Juez auxiliar que, como la primera autoridad y el Sócrates del lugar, había sido llamado en consulta—si no se consigue que "evacue," se morirá.

Y se moría en efecto.

Un gran número de vecinos y vecinas rodeaba la hamaca en que el agonizante espiraba en los brazos de su angustiada madre.

Convencidos todos de la imposibilidad de salvar al enfermito, y de que era llegado el momento de las preces por su salvación eterna, entonaron en coro y plena voz, el canto místico de "suba, suba, suba, el ángel al cielo," cuyas chillonas y atrozmente discordantes notas sofocaban los sollozos de los pobres padres.

El niño exhaló el último aliento en medio de aquella algarabía infernal.

Amortajado en seguida con su vestidito blanco, adornado de cintas de colores, y con su palma y su corona de papel de idem, el cuerpo fué colocado sobre una mesa en un estremo de la única pieza de la humilde choza.

Todos los circunstantes y los que después llegaron a la noticia del fallecimiento, depositaron su óbolo en manos de la familia doliente, yá en efectivo, desde un centavo hasta veinticinco, según los recursos de cada contribuyente, ya en especie, como aguardiente, aves, frutas, legumbres y condimentos.

Durante las veinticuatro horas que precedieron a la inhumación, el canto del "suba, suba, suba" apenas se interrumpió en los momentos en que se comía y bebía, alternado con otras canciones populares, mientras al mismo tiempo se bailaba, al son de una desafinada guitarra y de un ronco tamboril y en un cobertizo contiguo se jugaba al dado y al monte, sin temor a que la policía sorprendiese a los infractores de la ley.

El que había muerto era un inocente, cuyo pecado original había lavado el bautismo, sin duda su alma iría derechito al cielo y por tal circunstancia, el suceso debía ser motivo de fiesta y no de duelo, salvo el parecer de los padres que ahogaban sus lágrimas y suspiros entre el bulli-

cio de la orgía y las atenciones que debían dispensar a sus huéspedes.

Llegó el momento de conducir el cadáver al cementerio.

Cuatro niños suspendieron el pequeño ataúd y echaron a andar seguidos de hombres y mujeres que cantaban el "suba, suba, suba," en tanto que los "músicos" ejecutaban, con una gravedad imperturbable y solemne, en la guitarra y en el tamboril, una especie de marcha, hasta depositar el cuerpo en su último lecho.

Durante la semana que siguió al fallecimiento, el vecindario se congregó todas las noches en la casa mortuoria, las que se pasaron en medio del canto, baile, libaciones y juego, que "amenizaron el velorio."

En la "octava," las aves y víveres ofrendados suministraron suficiente materia prima para que la familia confeccionase un sabroso, picante y abundante "relleno negro," que en tasas y "cajetes" fué distribuído a domicilio, entre los contribuyentes concurrentes a las "fiestas fúnebres."

Si después de todas esas manifestaciones, el alma del niño no voló rápida y directamente al cielo, a incorporarse al coro de ángeles y serafines, será preciso desconfiar de la salvación eterna de los humanos.

Agosto de 1,903.

LA REPUBLICA DE CUBA.

EL ULTIMO DIAMANTE DE UNA CORONA.

Por singular coincidencia, el hilo eléctrico que comunicó al mundo civilizado la coronación del joven monarca Alfonso XIII, en medio del júbileo de España, anunció, casi al mismo tiempo, la solemne toma de posesión del señor don Tomás Estrada Palma, primer Presidente de la naciente República de Cuba, entre el delirante entusiasmo del pueblo antillano.

Después de treinta años de legendaria lucha, la revolución iniciada en Yara el 10 de octubre de 1,868, ha visto terminada su grandiosa obra con la emancipación de Cuba de la madre patria.

De la magnífica corona que los Colón, Cortés, Pizarro, Almagro y otros conquistadores, forjaran con oro y piedras preciosas soldados con el sudor, las lágrimas y la sangre de la virgen América, para ceñir las sienes de los

Reyec Católicos, ha sido, al fin, arrancado por la sublime cólera de un pueblo, el último diamante, que transformado en resplandeciente estrella solitaria, fulgura ahora en la espléndida constelación de naciones libres que bordan el cielo político del Nuevo Mundo y la saludan con cariño fraternal.

Una tras otra, las colonias de América, a las que España diera con la existencia, su sangre, su idioma, su civilización, su religión y sus costumbres, fueron proclamando y alcanzando su independencia, a medida que la conveniencia y la lógica irresistible del progreso lo exigieron.

Cuba, uno de los primeros países descubiertos y sujuzgados por los conquistadores castellanos, ha sido el postrero en recobrar su autonomía.

No importa. Lleno de vida, de inteligencia, de energías y de patriotismo, sabrá recuperar el tiempo perdido y pronto escalará el sitio que le corresponde en la augusta Asamblea de las Naciones hispano-americanas.

Sin perder de vista la historia de éstas; aprovechando las duras lecciones de la experiencia; evitando los escollos en que esas naciones han tropezado, durante su largo y sangriento período de formación; y deponiendo en el altar de la paz y de la concordia tòdos los intereses y pasiones personalistas, todos sus odios y rencores, el noble pueblo cubano sabrá, sin duda, estrecharse en una sola y compacta agrupación y consagrarse con actividad, desprendimiento y entusiasmo, a la sólida, definitiva y conveniente organización de su nueva existencia libre, republicana y democrática.

Así lo exigen su propia conservación, su autonomía y su engrandecimiento.

Los amantes del progreso, de la libertad y de la democracia, estamos, pues, de plácemes.

Yucatán, que con tanto cariño abrió sus puertas a ese pueblo, en sus momentos de angustia; al que no separa de Cuba más que algunas horas de navegación y con el que le ligan afinidades de origen, idioma, ideales y simpatías y aun lazos de familia, se congratula sinceramente con el triunfo de sus más levantadas aspiraciones y estrecha cordial y fraternalmente entre sus brazos a la naciente República.

Salve a la nueva entidad hispano-americana, independiente, soberana y libre!

Mayo de 1,902.

UN BAILE DE MASCARAS EN "LA UNION"

OBSERVACIONES Y COMENTARIOS DE UNA MASCARITA.

Fué un baile clásico, chapado a la antigua, el del 6 de febrero de 1,904, en "La Unión."

Pero era aquel un baile inverosímil. Ocupadas las mil sillas que, aprovechándose en todo lo posible el vasto espacio de los salones, habían sido en estos colocadas, columnas de damas y caballeros giraban sin cesar, buscando, en vano, como la paloma del Arca de Noé, un sitio para descansar.

Hasta las dos de la mañana, que la inmensa concurrencia fué mediándose, las antiguas y alegres notas musicales que la orquesta desgranaba como cascada de castañuelas, se perdían lastimosamente, por no ser posible danzar, ni mucho menos valsar entre aquel apretado apiñamiento de gentes.

Los que habían soñado bailar al estilo antiguo, rabiaban por no poder lucir su habilidad y erudición "terpsicoriana."

Hubo qué prescindir del elegante "chorro" o paseo de la última figura de los Lanceros, a causa de ser materialmente imposible ordenarlo y verificarlo, en medio de aquella anarquía. Los bastoneros se declararon impotentes y dejaron rodar la "bola."

Vagaba yo entre la muchedumbre, cuando resonó a mis espaldas una argentina y fresca voz de falcete.

—Salud, Aristófanes, ¿por qué tan formal y meditabundo? ¿no bailas?

—Es que te buscaba, mascarita, y me apenaba no encontrarte,—respondí a la esbelta y ligera dama que envuelta en su dominó y cubierto el rostro con un antifaz, me interrogaba.

—Es preciso, siquiera por esta noche, que dejes de pensar en tus tronadas acciones de Bancos y Ferrocarriles, y que recuerdes tus alegres tiempos.

—Si tienes la bondad de acompañarme y si tu caballero lo permite. . . . .

—Con mucho gusto—dijo aceptando el brazo que le ofrecí.

—¿Qué te parece el baile, adorable mascarita?—la pregunté, en tanto recorríamos los salones, bailando a intervalos.

—Inimitable, demasiado espléndido y concurrido. Ha sido una verdadera inspiración y el resultado ha excedido,

sin duda, a los propósitos de sus organizadores. Lástima que por falta de espacio no puedan lucirse las correctas y elegantes figuras de los antiguos bailes que se han querido resusitar. He aquí a "La Unión," centro liberal y progresista, convertido en ardiente apóstol del pasado, de la reacción y del retroceso.

—Para bailes de carnaval, distingamos.

—Sin duda. Quién te dice lo contrario.

—O mucho me equivoco, o me pareces demasiado joven para conocer esos bailes antiguos a que te refieres, mascarita,—repliqué, fijando la mirada en su torneada garganta y en la morvidez y frescura de su brazo.

—Pues mucho te equivocas—dijo cubriéndose rápida e instintivamente aquellas partes denunciadoras de su juventud y hermosura—en mis buenos tiempos los bailé. Y qué tiempos aquellos! Cómo volvieran, en estas recordaciones del pasado, con su brillante séquito de finas y elegantes formas sociales!

—¿Qué quieres decir, mascarita?

—En aquel entonces, ningún caballero se aproximaba a una señorita, con la que no tuviese conocimientos, sin ser previa y correctamente presentado, y le pedía piezas de baile, con estos o semejantes términos:—¿Me concedería usted el honor y la felicidad de ser mi compañera en tal pieza?—Si la respuesta era afirmativa, llegado el momento la ofrecía respetuosamente el brazo o la mano, y se lanzaban al baile, cuidando escrupulosamente de no atropellar a nadie y más aún de que su pareja no fuese atropellada.

—¿Y ahora, mascarita?

—Ahora, con ciertas excepciones, cualquier sietemesino se acerca a una señorita a quien, casi siempre no conoce, y a quemarropa la dispara estas o análogas fraces:—¿Tiene usted tal pieza?—No.—Pues la bailamos—y se retira tan campante, como si hubiera concedido una gracia.

—Permíteme que te haga observar, mascarita, que tus apreciaciones son un tanto exageradas y duras.

—Ya he dicho que hay, afortunadamente, excepciones, pero ese es el tipo más general. Continúo. En otros tiempos, en los pórticos de los salones de baile y de los teatros y en los paseos, los jóvenes se apresuraban a ofrecer de preferencia el brazo a la mamáes de sus novias. Ahora, lo dan a éstas y dejan a aquellas rezagadas y sin preocuparse de lo que hacen. Antes, los bailadores, al preludiarse una pieza, decían:—Voy a buscar a mi pareja.—Ahora, dicen muchos de ellos:—Voy a tomar mi bicicleta o mi trompo. Buen "zuncho" me ha tocado!—Y oprimiendo brutalmente a la pobre

señorita, se precipitan como un huracán a través de los salones, atropellando a cuantos encuentren a su paso y dejando molida a su compañera. Un verdadero "masage."

—Eres terrible, mascarita, y repito que exageras, que acaso calumnias......

En aquel momento, una pareja que venía como un torbellino, nos dió tal empujón, que a no sostenernos el gentío que nos rodeaba, hubiésemos rodado por el suelo.

Esperábamos siquiera un—Usted dispense,—pero cuando pudimos restablecer nuestro equilibrio, ya la dichosa pareja había desaparecido entre la multitud.

—¿Lo ves?—dijo mi interlocutora—y te atreves a decir que exagero y calumnio!

—En efecto, pero......

—Prosigo mis comparaciones. En otro tiempo, para calificar a una dama, los jóvenes y no jóvenes decían:—Qué bella y distinguida, qué hermosa! qué inteligente y discreta! y tan linda como virtuosa!—y otras apreciaciones por el estilo. Ahora, cuando ven pasar o se refieren a alguna señora o señorita que les llama la atención, sea quien fuere, no se oye más que esta "afiligranada galantería."—Qué buena está!—Como si fuesen médicos y rindiesen un informe acerca de la salud de la aludida.

No pude contener una carcajada.

—¿Sabes tú, mi adorable mascarita, que eres una gran observadora y podías escribir un manual de urbanidad y buenas formas sociales?

—Pero, hombre de Dios, si hay manuales escritos e impresos; lo que hace falta, es que sean conocidas y cumplidas sus precripciones y que haya un poco más de educación, en ciertas gentes.

—Convengo; pero si la generalidad de los jóvenes danzantes son como has dicho, o hay qué aceptarles así o la que no quiera, bailará poco a no bailará.

—La verdad es que yo procedo de esa manera. Bailo poco, pero a mi gusto, con personas que sepan bailar y me estimen y respeten, sin importarme nada su edad y estado civil.

—Mil gracias por tu galantería, mascarita.

—¿Creerás que hay quienes venden y compran "parejas," es decir, compañeras de baile?

—No te comprendo.

—Sí, señor; se han dado casos de que, deseando alguien bailar con una señorita que tenía comprometida con otro la pieza, haya solicitado que se la ceda toda o en parte, "siquiera una paloma;" y el apalabrado compañero de la señorita

haya accedido, no por deferencia y previo el consentimiento de esta, sino mediante el pago que se ha exigido de una pequeña cantidad de dinero......

—Ahora sí que está usted bailando "a la antigua"—nos interrumpió un festivo y simpático doctor, querido y respetable amigo mío, junto al cual pasábamos entonces.

—Oye,—me dijo mi mascarita—por si acaso, le dirás al doctor que no ha tirado su retruécano en saco roto, que lo he comprendido; pero que se equivoca, porque no soy tan "antigua" como se figura.

Me eché a reir, porque había ya reconocido a mi encantadora compañera, que efectivamente era tan joven y bella, como inteligente y perspicaz.

—Cumpliré tu encargo, mascarita.

—¿Tendrías la bondad de llevarme al salón de señoras? Es hora de retirarnos y deben aguardarme allí mis compañeras.

—Con mucho gusto,....digo, con verdadera pena y sólo por obedecerte. Son tan deliciosas tu compañía y tu conversación! Junto a tí las horas vuelan.....

—Gracias por la galantería. Pero es ya tarde.

—¿Me permites siquiera acariciar la esperanza de que reanudemos nuestra plática y nuestros estudios sociales durante los próximos bailes de Carnaval?

—Ya lo creo. Volveremos a vernos.

—Pero enmascarada, ¿verdad? Porque sin máscara y en la vida ordinaria, jamás te he encontrado tan franca, chispeante y observadora, como esta noche.

Llegamos a la puerta del departamento de señoras.

—Hasta la vista y buenas noches—dijo la mascarita, estrechándome la mano y penetrando en el salón.

Febrero de 1,904.

TRIBULACIONES DE UN YUCATECO EN YUCATAN.

(Crisis de 1,907.)

I.

Imponderable fué el entusiasmo y el asombro de don Juan Peral, al comparar la asfaltada ciudad de Mérida actual, con la cenagosa o polvorosa que conoció y hacía algunos años que no visitaba.

Desde su pueblo, de doce a catorce kilómetros de la última estación ferroviaria, había seguido de lejos, por lo que leía en la prensa o por referencias más o menos exactas, el

desarrollo de los sucesos ocurridos durante cinco o seis años.

Llegado el día anterior, dió una vuelta por la ciudad y le mareó el incesante tráfico de trenes de lujo, automóviles y todo género de carruajes y de pedestres que se arremolinaban por calles y plazas céntricas.

—Tú me servirás de "cicerone," Alberto,—dijo a un sobrino estudiante, que lo fué a visitar en el hotel donde se hospedó—porque no conozco al Mérida moderno.

—Con mil amores, tío; justamente estoy de vacaciones y me pongo enteramente a su disposición.

—Cuando vendí henequén la última vez, se cotizaba a cinco pesos arroba, los valores de acciones de Bancos, ferrocarriles e industrias, según entonces supe, volaban más allá de las nubes y los millones rodaban de caja en caja. Dijeron que al impulso de esa prodigiosa actividad, hasta la tierra tembló, fenómeno desconocido, por entonces, en la Península.

—También ahora ruedan, tío, pero al abismo; y la tierra no sólo tiembla, sino amenaza abrirse y tragarnos. Ya sabrá usted la espantosa crisis que ahoga a Yucatán, particularmente a Mérida, y los inverosímiles desastres financieros que han ocasionado la angustiosa actual situación.

—Pues el aspecto y movimiento de la ciudad, no lo demuestran mucho.

—Nosotros somos así; quítele usted la albarda al mulo y verá sus mataduras. Y lo grave es que no se vislumbra en el horizonte una próxima reacción de valores. Todavía se esperan más catástrofes..... Pero dejemos eso. ¿Me necesita usted para algo?

—Me vas a acompañar, Alberto, a cobrar un giro de quinientos pesos que necesito, porque se me ha agotado el poco dinero que traje.

—¿A cargo de quién?

—De mi compadre don Artemio.

—Pueda ser que esté en fondos, porque el efectivo anda terriblemente escaso y hasta los henequeneros sufren conflictos increíbles por falta de numerario.

—Por Dios, hombre, ¿no tendrá don Artemio quinientos pesos en caja, con su famosa casa de comisiones y manejando millones de pesos?

—Todo es posible en estos tiempos, tío. Vamos allá y saldremos de dudas.

II.

Don Artemio recibió a su compadre, con los brazos abiertos.

Vinieron luego las cariñosas solicitudes de la familia, del ahijado, amigos, etc., etc.

—Compadre,—aventuró tímidamente don Juan, extrayendo un papel de su cartera—traígo una orden a su cargo de quinientos pesos.

—Es muy buena. Ya me la anunciaron.

—Lo celebro. En tal caso, suplico a usted que me la haga efectiva, porque se me han agotado los recursos.

—Lo siento en el alma, compadre, pero hoy me es imposible. No tengo en caja ni diez pesos. Nadie paga ni compra nada.

—Pero, don Artemio, esa suma la suplí en efectivo y en mercancías al administrador de la finca de usted, sin ningún interés, y he venido a Mérida contando con ella. La necesito urgentemente para compras de imprescindible necesidad y para mis apremiantes gastos.

—Lo creo, compadrito: pero repito a usted que no la tengo, ni a quién tomársela, pues nadie dá ahora un centavo.

—¿Y los Bancos?

—Qué Bancos, ni qué niño muerto! Dicen por ahí que por haber dado demasiado, no tienen ya qué dar y están apurados recogiendo sus fondos.

—Entonces.....

—Lo único que puedo hacer por usted, es darle un pagaré a corto plazo y vea usted si encuentra quien se lo descuente.

Don Juan salió aturdido, casi sin despedirse, con el pagaré en la mano.

—¿Qué le anuncié a usted, tío?

—Parece mentira!

—Eso es nada. Prepârese usted a nuevas sorpresas.

III.

Entraron en la sucursal del Banco Nacional.

—¿Qué se ofrece?—preguntó no muy contento el Gerente, sin duda contrariado por algún reciente disgusto, al ver un desconocido con un papel en la mano.

—¿Puede usted descontar este pagaré?

—¿De quién?

—De mi compadre don Artemio.

—¿Quién es su compadre don Artemio? Déme usted... Tenga,—añadió devolviendo el documento después de ojearlo.—No se puede.

—¿No es buena la firma?

—Magnífica! Ese señor tiene una letra clara y correcta y bien cursada. Se conoce que escribe mucho y firma más aun.

—¿Choteitos tenemos?

—Tómelo como quiera, pero no puedo hacer la operación.

En seguida se dirigieron a los Bancos Yucoteco y Mercantil, en donde fueron recibidos de igual modo, poco más o menos, visitaron a varios particulares que sabían verificaban descuentos, y don Juan ofreció nuevas firmas, a cual más respetable, y altos tipos de interés; todo en vano. No era cuestión de garantía, sino falta de dinero.

Medio loco el buen señor, no acostumbrado a aquellas contrariedades y tocándose el bolsillo en donde sólo le quedaban algunas monedas, iba, más bien corría, a pié, pues había retirado el carruaje que le pareció un exceso de lujo en aquellos momentos, cuando al levantar la vista al cielo, cual si invocara la protección divina, sus miradas tropezaron con un letrero que con gruesos y llamativos caracteres decía:

"Caja de ahorros y monte de piedad."

—Me he salvado!—prorrumpió frotándose efusivamente las manos.—Aquí debe haber muchos ahorros y han de tener piedad de mí. El descuento ha de ser insignificante.

Entró sin vacilar en la casa.

—¿El señor Director?—preguntó.

—Servidor de usted—le respondió un respetable caballero, cuyo semblante respiraba cortesía y benevolencia.

—¿Me haría usted el favor de descontar este pagaré?

—Deploro infinito manifestar a usted que no es posible.

—¿No es bastante la garantía? Puedo reforzarla.

—No es eso. No tenemos dinero en caja, por el momento.

—Pagaría yo hasta el uno por ciento mensual de interés.

—Por pequeñas cantidades, la casa cobra el dos y el tres, y sobre prendas, algo más..... cuando hay fondos.

—¿Al año?

—No, señor, al mes.

—Pero ¿no es esto monte de piedad?

—En efecto; pero no la han tenido de nosotros muchos deudores.

—Beso a usted la mano, caballero,

Y don Juan salió disparado, como alma que se lleva el diablo.

IV.

Apenas podía seguirle su sobrino.

No se detuvo hasta llegar a su alojamiento.

—¿Y qué piensa usted hacer, tío?—preguntó Alberto.

—¿Cómo qué? Marcharme en segunda. De Mérida me voy. Esto es inaudito, insoportable, monstruoso!

—¿No se queda usted al último día de la feria de Santiago?

—Para ferias y santiaguitos estoy yo! Pues me gusta la pregunta, por lo oportuna!

—Tenga usted calma, tío.

—¿Calma, con lo que me pasa? ¿Cuando apenas me queda dinero para pagar mi hospedaje y mi pasaje de tercera?

—¿De tercera?

—Y no voy en cuarta porque no la hay.

—Siento no poder auxiliarle, usted sabe que.....

—Quita allá. Ni que tuvieras te aceptaría nada. Pero, señor, hacer economías durante un año entero, prestar tantos servicios y suplir dinero a mi buen compadre, para luego venir a parar a este resultado.....!

Como lo dijo, lo hizo.

A la mañana siguiente tomó el tren, pensando no volver a la capital, ni dar dinero prestado a nadie.

Mayo de 1,907.

RECUERDOS DE NOCHE BUENA.

Fué el 24 de diciembre de 1,873.

Se había bailado desde las ocho de la noche, hasta la una de la mañana y varias familias se habían retirado para asistir a la clásica misa del gallo.

Apenas circulaba en los salones una veintena de juveniles y alegres parejas, que habían preferido la fiesta profana a la religiosa.

La cerveza y licores fuertes para los hombres y los suaves para las damas, habíanse prodigado con objeto de restaurar las fuerzas y fomentar el entusiasmo.

Eligio Rosado, Santiago Cruces Sastré y yo, miembros activos de la bohemia de entonces, habíamos acordado "correrla" aquella noche buena y después de visitar otros bailecitos, resolvimos "dar fondo" en áquel que nos ofreció mayores atractivos.

—¿Quién es esa hermosísima y chispeante señorita, con

la que he bailado varias veces, que me tiene loco, y a la que tuvo usted la bondad de presentarme?—pregunté a don Julián, el amable dueño de la casa.

—Oh! es la linda Victoria L.—respondió—huérfana y rica heredera que habita en casa de unos tíos. ¿Le ha impresionado a usted?

—Extraordinariamente.

—Lástima de muchacha!

—¿Porqué me ha impresionado? Gracias.

—Nó; porque habiendo perdido a sus padres cuando más necesitaba de su cuidado y dirección, cuando apenas pisaba los umbrales de la juventud, de ese encantado jardín bajo cuyos fragantes rosales se ocultan casi siempre reptiles ponzoñosos y abismos insondables, quedó al amparo de unos tíos que, preocupándose más de cobrar la considerable renta que produce la herencia de Victoria, depositada en una de las más honorables casas bancarias de la ciudad, que de dar a la niña una buena y sólida educación, la han dejado crecer sin más ley que su capricho, sin cultivar apenas su inteligencia, sin inculcarle sanos principios morales y concediéndola la más absoluta libertad para ir a donde quiera y con quien quiera.

—Exagera usted, sin duda....

—Ahí tiene usted la prueba. Invitados a este baile, sus tíos fueron a otro lado, y Victoria vino en compañía de casi deconocidas vecinas, porque no quiso seguir a sus tíos.

—Y ella.....

—He allí el peligro. Es de un caracter ligero, voluntarioso y terco, que si pudo ser dominado en su niñez, se subleva ahora contra toda presión.

—Arbol que crece torcido.....

—Su tío cree que con darle un maestro de piano y otro de idiomas, y atisar su afición al ocio y al lujo y a la lectura de toda clase de novelas, ha cumplido con sus deberes de tutor y cubierto su responsabilidad; y esa pobre criatura, no sabe nada absolutamente de costura, de cocina, de economía doméstica; no sabe cómo se administra una casa, ni cómo se lava, ni plancha, ni repasa una pieza de ropa.

—Buen partido para un hombre pobre!

—Mientras sea rica, tal vez; pero si dejara de serlo por una de tantas contingencias que en estos tiempos ocurren, sería muy desgraciada.....

—A la mesa!—exclamó en aquel momento la señora de la casa recorriendo los salones.

Toda la concurrencia se dirigió al amplio corredor ar-

tísticamente engalanado y en el que estaba ya servida una opípara cena.

Cada caballero dió el brazo a una dama; la casualidad, ayudada por mí, me designó para ser compañero de Victoria, sentarme junto a ella y servirla.

Varias veces chocamos nuestras copas y a la hora de los postres la serví una manzana, una pera y un racimo de uvas.

Agradecióme el servicio con una sonrisa, partió la manzana y pasó la mitd a mi plato.

—Mil gracias, Eva encantadora—murmuré en voz baja, inclinándome hacia ella.

—De nada, presuntuoso Adán—me contestó en voz alta, lanzando una alegre carcajada, que hizo converger sobre nosotros todas las miradas y dibujarse maliciosas sonrisas en todos los labios.

Una ola de fuego me subió al rostro, enrojeciendo de rubor, al mismo tiempo que un témpano de hielo oprimía mi enfriado corazón.

Momentos después, terminada la cena, la conduje cortesmente a su silla y sin despedirme de nadie, ni de mis compañeros, me eliminé discretamente de los salones.

II.

Me encontraba en la ciudad de México el 24 de diciembre de 1,900.

Después de pasar deliciosas e inolvidables horas en unas "posadas," en medio de los placeres del baile y de una espléndida cena, y después de aplaudir una artística "lucha romana," en la que tomó parte victoriosamente un inteligente y querido compañero de viaje, me retiraba en compañía de José Vidal Castillo y Delio Moreno Cantón a nuestro hotel, cuando ya la aurora exparcía sus primeros resplandores por sobre la corona de montañas que cierra el pintoresco valle de México.

Bajo una temperatura de cuatro grados centígrados sobre cero, forrados en nuestros gruesos abrigos, con las enguantadas manos metidas en las bolsas y envuelto el cuello en amplia mascada que nos cubría hasta las narices, caminábamos cambiando nuestras alegres impresiones de la fiesta, cuando una forma negra, una mujer harapienta y tiritando de frío se destacó de las sombras y nos cerró el paso tendiéndonos una mano temblorosa.

—Una caridad, por el amor de su santa madre, patroncitos—balbuceó con voz apagada y roñca.

—Tú en la calle a estas horas, desdichada!—exclamó Vidal, conociéndola.

—Es usted, don Vidal!—sollozó aquella infeliz.—Mi hijita acaba de espirar de hambre y de fiebre y la única vela que me quedaba, se ha consumido. Cómo lo voy a hacer!

—Toma,—dijo Vidal dándole nn par de pesos, únicos que le quedaban—no te desesperes. Cuando sea de día, daremos cuenta a la Demarcación para que se te presten los auxilios necesarios.

Nosotros dimos también dos pesos a aquella desgraciada.

—Oh! mil gracias, señores, que el cielo les recompense su buena obra!

—Que se cumplan tus deseos y hasta luego, Victoria,—concluyó Vidal, y proseguimos nuestro camino.

Al oir aquel nombre, en aquella noche y en aquella hora, sentí un vuelco en el corazón y una avalancha de recuerdos se precipitó a mi cerebro.

—¿Quién es esa mujer?—pregunté deteniéndome bruscamente y oprimiendo el brazo de Vidal.

—Victoria L.......—Hombre, ?no la conoces? te la hubiese presentado. Es paisana nuestra, es yucateca.

—Victoria!—repetí profundamente emosionado, recordando la noche buena de 1,873,—¿cómo ha venido a ese estado?

—Oye, chico, no aprietes tanto. Ni la hora, ni el sitio al aire libre y con este frío de perros, son los más a propósito para contar historias tristes. Vamos al cuarto y allí te daré las noticias que quieras.

Quise retroceder en busca de aquella mujer, pero ya había desaparecido.

—¿Tienes mucha prisa en saber eso?—interrogaba bostezando Vidal, momentos después, cuando ya en nuestras mullidas camas colocadas, a petición nuestra, en una sola cámara del hotel Iturbide, y metidos bajo gruesos cobertores, nos disponíamos a dormir, Vidal y yo, pues Delio Moreno dormía ya.—Porque, la verdad, tengo un sueño fenomenal.

—Yá, amigo mío. esa mujer, hace veintisiete años, en la noche buena de 1,873, me interesó extraordinariamente y tras breves horas de ilusiones y ensueños, en que jugó cruelmente con mi corazón, se burló de mí.

—Hombre, hombre,—dijo Vidal incorporándose sobre las almohadas.—picas mi curiosidad, cuéntame; pero no alces la voz, que vas a despertar a Delio.

En pocas palabras le referí mi encuentro en Mérida con la entonces bellísima y altiva Victoria.

—¿Y no se vieron ustedes más?

—No; pocos días después partí al Oriente del Estado, en donde entonces residía habitualmente y cuando meses mas tarde volví, no supe nada de Victoria ni me empeñé en averiguar de ella.

—Pues bien; recordarás que yo vivía en Mérida; fuí uno de sus más ardientes admiradores y galanes; pero soberbia, insustancial y caprichosa, coqueteaba con todo el mundo, sin corresponder decididamente a nadie, hasta que le llegó el terrible cuarto de hora y un día circuló la noticia de que se había escapado con un militar. No habrás olvidado que los oficiales del Ejército estaban entonces muy de moda entre nuestras paisanitas.

—Lo recuerdo, en efecto.

—La trajo su amante, que resultó casado, a Veracruz. De allí a Orizaba, Puebla y México, siguiéndolo en sus cambios de guarnición, hasta que sin duda cansado de ella, la abandonó.

—Y ella....

Descendió rápidamente en la escala social hasta el último peldaño, hasta un hospital.

—Desdichada!

Averiguando, sin duda, de paisanos, supo que vivía yo en México, me envió un recado suplicante y fuí a verla. No puedes imaginarte la impresión que me produjo ver a la infeliz en aquel estado tan miserable, con su hijita al lado, a mí, que la conocí y la adoré en el apogeo de su belleza.

—¿Y el capital que le dejaron sus padres?

—Gastó una parte en inprudentes viajes a Europa, Estados Unidos, Cuba, esta capital y otras ciudades de la República antes de su caída, malversó otra su tío y tutor y el resto lo perdió al quebrar la casa en donde lo tenía depositado.

—Continúa.

—Al cabo de tres meses se le dió de alta en el Hospital; pero desfigurada y hecha un andrajo humano, no tuvo más remedio que ocurrir a la caridad pública. Hace pocos días supe por el Dr. Peón Contreras, que estaba con el tifo en la mísera bohardilla en que se albergaba con otras pordioseras, y por eso me sorprendió verla en la calle en esta mañana tan fría.

—¿Crées que no la mortificará que la visitemos para socorrerla?

—No sé; al través de sus miserias y degradación, siem-

pre conservó, hasta lo posible, su orgullo y antigua soberbia. Te avisaré.

Las últimas palabras de Vidal se ahogaron entre un sonoro ronquido. Yo no pude conciliar el sueño pensando en la infortunada Victoria.

La noche anterior a nuestra partida de México, entró Vidal a la cámara, en donde había acudido a despedirse de nosotros numeroso grupo de yucatecos.

—Llego a tiempo, señores,—dijo—una caridad para costear la modesta sepultura de una compatriota, Victoria L....., que ha muerto esta mañana.

Todos los presentes llevamos la mano a los bolsillos y en un momento reunió Vidal la necesario para el objeto indicado.

—El entierro será a las diez de la mañana próxima; ustedes se irán por el tren de las seis—añadió dirigiéndose a Delio Moreno y a mí—pero los otros señores quedan invitados, por si quisiesen y pudiesen asistir.

Diciembre 25 de 1,907.

EL MILAGRO DE LA VIRGEN.

Leyenda popular yucateca.

"Terminaba, el 8 de diciembre, sin poder precisar yo el año, en el primer tercio del antepróximo siglo, la última función de toros, de una magnífica y concurrida fiesta que este entonces rico y floreciente pueblo de Tábi, consagraba a su matrona, la Purísima Concepción de María Santísima.

Lidiábase el toro número veinte, el postrero de la corrida, anunciado como el más bravo, y que fué introducido al redondel, arrastrado, porque se resistía tenazmente, cubierto de cintas y flámulas de vivos colores y el cuerpo bordado de rojas y bombásticas inscripciones.

Muellemente tendido al pié de un poste, en el centro del circo, los **vaqueros** le levantaron a fuerza de latigazos y de punta piés, lo cincharon, le armaron una silla de fuego y al toque de corneta lo soltaron, clavándole en el cuello una jara con un petardo, cuya mina ardía, encendiéndose también la de la silla de fuego.

Irritado el pobre animal por el dolor producido por la jara, por las quemaduras del petardo y de los cohetes de la silla y aturdido por las detonaciones, partió como una zaeta y dió dos o tres vueltas al redondel, perseguido por los **capeadores**.

Al fin se detuvo y giró sus azoradas miradas por los palcos henchidos de espectadores mudos, anhelantes y pendientes de sus menores movimientos. Luego las fijó en los **capeadores** que, en semicírculo, le provocaban, como extrañando tanta vejación y atropello, tanta provocación, sin causa ni razón alguna. Pero lejos de embestir a sus retadores, dió media vuelta y reanudó su vertiginosa carrera.

Un huracán de gritos, silbidos y ultrajantes apóstrofes estalló entre los millares de concurrentes que se consideraron burlados.

—Afuera!, afuera!—vociferaban;—es un engaño al público! Afuera!

—Abajo el empresario y el que dió el toro,—clamaban otros—que los cinchen!

La bestia humana rugía en todo su **augusto esplendor, en toda su grandeza y magnificencia.**

Fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para que el pacífico toro, más **sensato** que los toreros y los espectadores, diera juego y aceptara el desigual combate a que se pretendía obligarle.

—Lazos!, lazos!—ahulló la muchedumbre.

Media docena de **vaqueros** montados, penetraron al redondel, sustituyendo a los de capa, desenrrollaron sus lazos y comenzó al **jaripeo.**

Lazaban y deslazaban al infeliz cuadrúpedo, entre los aplausos que arrancaban los lazadores diestros y las rechiflas tributadas a los torpes.

Entre ellos se distinguió uno por su habilidad y bizarría y cuyo caballo, habituado a la persecución de las reses, iba constantemente pegado al toro, mordiéndole las ancas.

Hostigado, desesperado el pobre bruto, cansado ya de correr, descubrió un punto del circo en que no había palco o **tablado,** en que la barrera, débil, se inclinaba bajo el peso de los que se colgaban de sus maderos y se lanzó sobre esta.

La barrera cedió y el toro libre, respirando con placer, cobrando nuevos bríos y saltando sobre los cuerpos de los caídos, redobló la rapidez de su carrera, a través de la gente que espantada le abría paso. El **vaquero** a que me he referido con particularidad, no se apartó de la res, y la siguió enarbolando y arrojando su lazo a las astas del animal.

Más esta vez le falló su destreza. El toro, desorientado, desesperado, loco, sintiéndose perseguido tan de cerca, pudo percibir una angosta brecha en los cercados y casas

del ángulo suroeste de la plaza, espacio velado por tupidas malezas y de un salto se precipitó en ella.

Caballo y ginete, en la fiebre de la persecución, saltaron también, sin tiempo de que el **vaquero** pudiese contener a su desbocada cabalgadura, ni de arrojarse de ella, al darse cuenta del inminente y mortal peligro a que corría.

En efecto, en aquel sitio se abría un profundo cenote. Un grito de ansiedad y de espanto se escapó de la multitud, que aterrada presenciaba la catástrofe, sin poderla evitar.

El toro desapareció entre las aguas.

El **vaquero** soltó las riendas, se aferró a la silla con ambas manos, cerró los ojos y, suspendido sobre el abismo, elevó su alma a Dios y en su angustia suprema, invocó la protección de la Virgen, de la que era ferviente devoto.

El caballo, que traía un vigoroso impulso inicial, describió una curva inaudita, inverosímil, y cayó en la otra orilla del precipicio, derrengado, rodando por tierra, sin sentido, pero salvo y sano, sin la menor contusión, el afortunado **vaquero**.

El gentío derribó las albarradas que cerraban el predio y corrió al lugar del maravilloso suceso. Levantó al individuo, y le llevó en hombros al templo, depositándolo al pié del altar de la Purísima Concepción.

—Milagro de la Virgen!, milagro de la Virgen!—gritaba todo el mundo con religioso fervor y asombro.

El **vaquero** volvió a la vida, se puso de pié, giró en su derredor una mirada extraviada, recordó lo ocurrido, se dió cuenta de la situación y bañados los ojos en lágrimas, sollozando de júbilo y de gratitud, cayó de rodillas ante la imagen de la Virgen y oró.

Pocos días después vendió lo necesario de sus bienes y hasta empeñó las alhajas de su esposa, para mandar construir y consagrar a la Virgen esta capilla, a suya sombra nos encontramos, al borde del cenote, teatro de aquel milagroso acontecimiento que hizo pintar en el interior.

La Virgen fué trasladada a la capilla, en donde permaneció, hasta que, abandonado el pueblo, por la invasión de los indios rebeldes en 1,847, se le llevó a la iglesia parroquial de la villa de Sotuta, en donde ahora está.''

.. ..

.. ..

La anterior leyenda, que hace recordar la del salto de Alvarado y la del Pasiego. la escuché con profunda atención de labios de un respetable octogenario, Jefe de la única familia que residía en Tábi, cuando nos detuvimos en

aquel pueblo, durante la visita oficial que, en mayo de 1,893, practicó en el Partido de Sotuta, al que corresponde Tábi, el entonces Gobernador del Estado, señor General don Daniel Traconis, visita en que le acompañé, con el carácter de Diputado a la H. Legislatura local por aquel Distrito.

—Y ese hecho—le pregunté—¿ocurrió realmente, o es una fantástica novela, inventada por algún sacerdote o por algún creyente, para robustecer el prestigio de la Virgen, o para explotar la cándida credulidad de las gentes sencillas?

—Oh! no, señor;—respondió con enérgica firmeza.—Fué presenciado por millares de personas, la tradición se ha transmitido de generación en generación, sin protesta alguna, aunque el nombre del **vaquero** se ha perdido en la noche de los tiempos, y aquí está la capilla, monumento erigido para perpetuar su recuerdo, monumento que respetaron hasta los salvajes sublevados mayas que arrasaron la población. Venga usted a ver el cenote.

Le seguí al borde del abismo.

De una orilla a otra, calculé un espacio de diez metros.

No intenté quebrantar la fé del honrado anciano, veterano de la guerra social, discutiendo con él la autenticidad y verosimilitud del milagro de la Virgen y me despedí, dándole las gracias por su interesante leyenda.

"Y si lector, dijeres ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento."

Noviembre de 1,913.

INDICE.

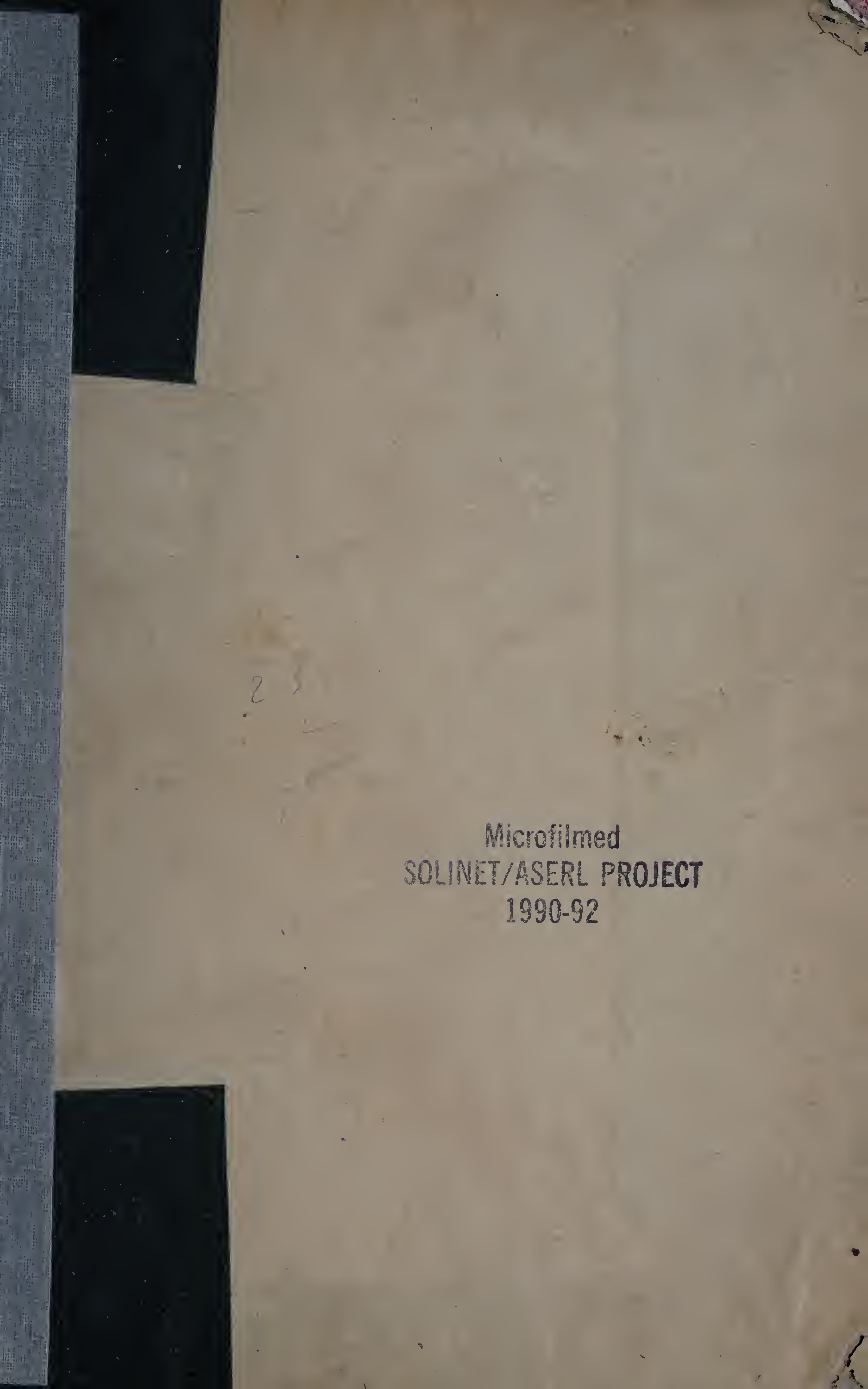
Páginas.

3ª PARTE.— HOJAS DISPERSAS.



INDICE.

Páginas.


2
Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

